T. 162185
C. 1206547

HISTORIA

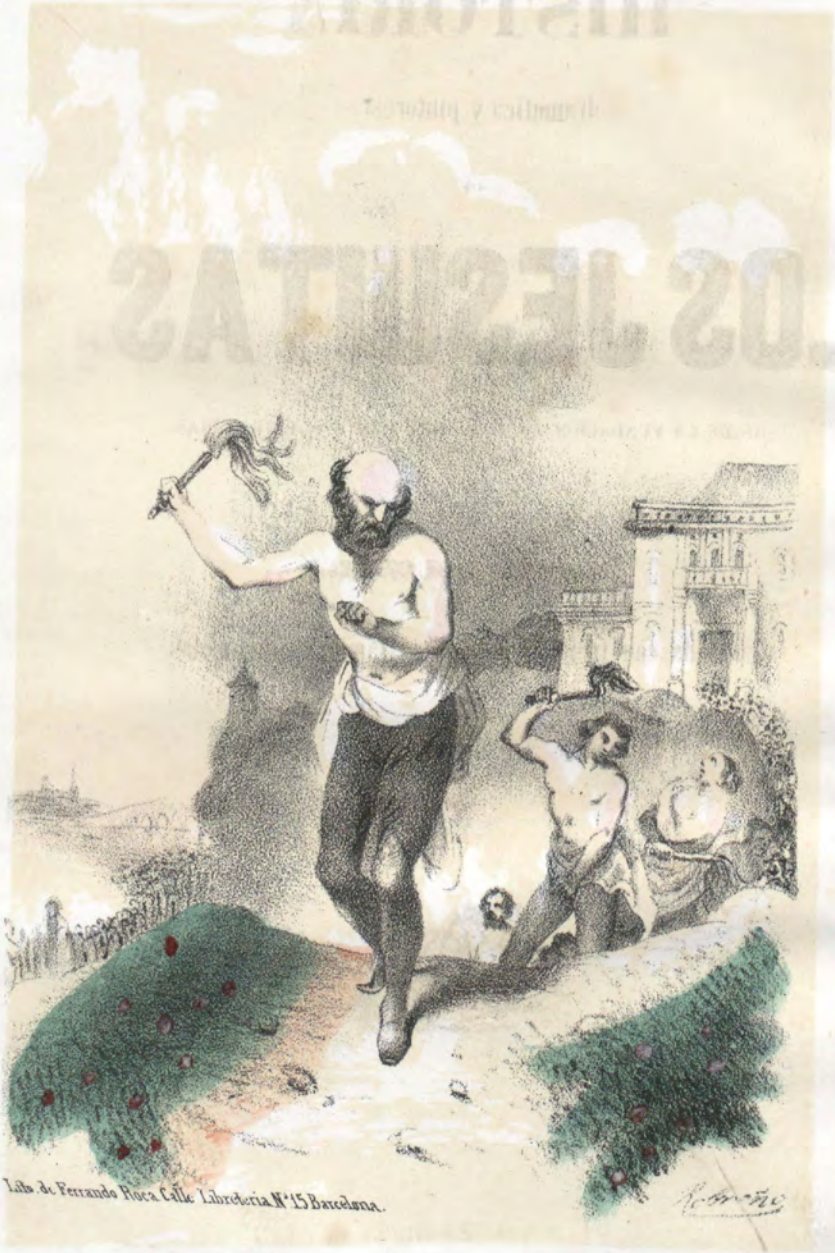
dramática y pintoresca

DE LOS JESUITAS.

HISTORIA

dramática y pintoresca

DE LOS JESUITAS.



Los flagelantes de Coimbra.

HISTORIA

dramática y pintoresca

DE

LOS JESUITAS,

DESDE LA FUNDACION DE LA ÓRDEN HASTA NUESTROS DIAS,

POR

ADOLFO BOUCHER.

Ilustrada con treinta magníficas láminas iluminadas,

TOMO I.

BARCELONA.

IMPRENTA DE A. GASPAR, Y M. SAURÍ, EDITORES

—

1847.

Esta traduccion es propiedad de los Sres. GASPAR y SAURÍ, y se halla de venta en sus librerias. calle del Consulado frente la Lonja, y calle Ancha esquina á la del Regomí.

R. 128560

INTRODUCCION.

EL VOTO EN MONTMARTRE.

Al despuntar el dia 15 de agosto del año 1534 seis hombres fueron á llamar á la puerta del monasterio de N.ª S.ª de los Campos, denominado despues convento de los Carmelitas en el arrabal de Santiago, y en seguida bajando hácia el Sena, atravesaron silenciosamente la ciudad de Paris aun entregada al descanso; y se les vió trepar por la colina de Montmartre entonces árida é inhabitada.

Esos seis hombres iban uniformemente vestidos con una ropa talar de color negro, encima de la cual llevaban un manteo de paño tambien negro; y en la cabeza un sombrero igualmente negro de grandes alas. Si esceptuamos uno solo de tales individuos vestidos con ese lúgubre traje, todos los demas parecian haber nacido bajo un clima mas ardiente que el de Francia; pues en el rostro de los cinco aparecia aquella tez de un blanco mate y un poquito aceitunado que se nota generalmente entre los hombres nacidos á la otra parte de los Pirineos; y por debajo de las anchas alas de su sombrero veíase brillar la chispa del fuego meridional. Sus maneras en general no eran comunes ó cuando menos se distinguian por su talante. Habia entre ellos un hermoso jóven de unos veinte y dos años, de talla vigorosa, pero ágil y elegante, cuyas centelleantes miradas daban á entender, que solo á costa de una lucha contínua é interna podia poner de acuerdo su humilde exterior con los ímpetus de su naturaleza viva y orgullosa.

El sexto, de cabeza rúbia y cuadrada, el rostro ancho, blanco

y colorado, frente cubierta, labios abultados y sensuales, parecia pertenecer á la robusta raza de los cabreros de los Alpes. El de mas edad era tambien un jóven; el mas jovencito era casi un muchacho; y sin embargo esos seis hombres vestidos de negro se encaminaban hácia una mision de gigantes....

Llegó entre tanto el dia con su acompañamiento de resplandores y de ruidos, asomando el sol por encima de la colina de santa Genoveva, y por debajo de un arco de nubes rojizas é inflamadas. Como si hubiese sido una señal esperada y convenida, las quinientas campanas de Paris se echaron á vuelo, permitiendo de vez en cuando entre los intervalos de sus veloces trinados, que dominase la nota grave y lenta de la gran campana de Nuestra Señora. Las quinientas bocas de bronce con fatigada voz publicaban la fiesta de la Asuncion, una de las mas solemnes del año. A tal estrepitoso llamamiento conmovióse de repente la grande poblacion, anunciando que se hallaba despierta con la contínua gritería, que alzándose en el seno de la ciudad corrió hasta sus arrabales con la rapidez del reflujo y volvió á condensarse en sí misma; en seguida cubrió á Paris con un inmenso y confuso rumor, cuyas sonoras oleadas subiendo siempre progresivamente fueron á estrellarse contra el flanco de la colina de Montmartre.

Detuviéronse en aquel instante como por unánime movimiento los seis hombres negros llegados ya cerca del convento que coronaba la altura, y volviendo el rostro echaron una fuerte mirada hácia la ciudad que se estendia casi á sus piés. Tres de ellos continuaron luego su camino; no tardaron en seguirles los otros dos, de los cuales el mas jóven enjugaba á hurtadillas una lágrima que se escapaba por su pálida y surcada mejilla; el otro de aspecto inteligente, de mucha finura y sagacidad pareció que decidia á su compañero con algunas palabras pronunciadas en voz baja. El sexto, como si en aquel momento hubiese quedado vencido por la lucha interior, segun lo dió á entender por un movimiento casi convulsivo, vaciló y se dejó caer en una maleza, permaneciendo algunos minutos en tal estado con la cabeza vuelta hácia la ciudad que acababa de dejar y cuyos alegres ecos escuchaba; con los brazos cruzados sobre el pecho como si quisiese ahogar en él tumultuosas sensaciones. De repente una mano le tocó por la espalda, y

si bien aquella presion fué ligera, le hizo estremecer: así que se levantó con viveza y mirando en derredor suyo casi azorado, vió á uno de sus compañeros junto á sí que llamaba su atencion hácia un objeto que silenciosamente le señalaba con la mano. Fijó allá la vista, y apercibió delante de ellos, casi por encima de sus cabezas á un séptimo personaje, que tambien llevaba el manteo negro, ropa talar, y sombrero negro, puesto en pié sobre un pedrusco que en otro tiempo fuera la base de una cruz entonces derruida y echada informe por el suelo al pié de la colina. Veíase esta herida de lleno por los primeros rayos del sol, que reflejando en las blancas paredes del monasterio le circuian cual sangrienta aureola; y aquel personaje escesivamente crecido á causa del aislamiento, parecia una criatura sobrenatural. Permanecia inmóvil y silencioso en su pedestal granítico, con los brazos tendidos hácia el cielo, la vista fija y aparentando seguir en la inmensidad del espacio alguna vision súblime... Bajando los ojos poquito á poco al valle do resonaba mucha griteria, parecieron volar mas allá del último horizonte: entonces dejó caer repentinamente sus brazos y alargándolos como por un gesto de suprema posesion, se le oyó murmurar estas cuatro palabras que despues se han hecho tan famosas.

« *Ad majorem Dei gloriam!* (para mayor gloria de Dios!) »

¡Para mayor gloria de Dios! repitieron los otros seis hombres negros, que se habian parado todos igualmente y que luego tambien se pusieron todos en camino hácia el convento de Montmartre, con paso firme y seguro precedidos del recien llegado, el cual parecia ser su gefe y que se colocó á su frente despues de haberlos felicitado por su próspera llegada con un silencioso movimiento de cabeza.

Este último que parecia tener al menos cincuenta años, si bien en realidad solo contaba cuarenta y tres á duras penas, vestia el mismo traje de sus compañeros, segun hemos dicho; pero al paso que á los vestidos de todos no les faltaba esmero y en algunos elegancia, los suyos estaban raidos, rotos, sucios y mugrientos. Veíase en su sotana á la altura de las rodillas y casi en todo el manteo una capa de polvo blanquizco, que parecia indicar que ese hombre habia pasado toda la noche orando y durmiendo en una de las canteras ya abiertas en la colina de Montmartre. Su presencia era de las que á primera vista simpatizan ó son antipáticas; pero

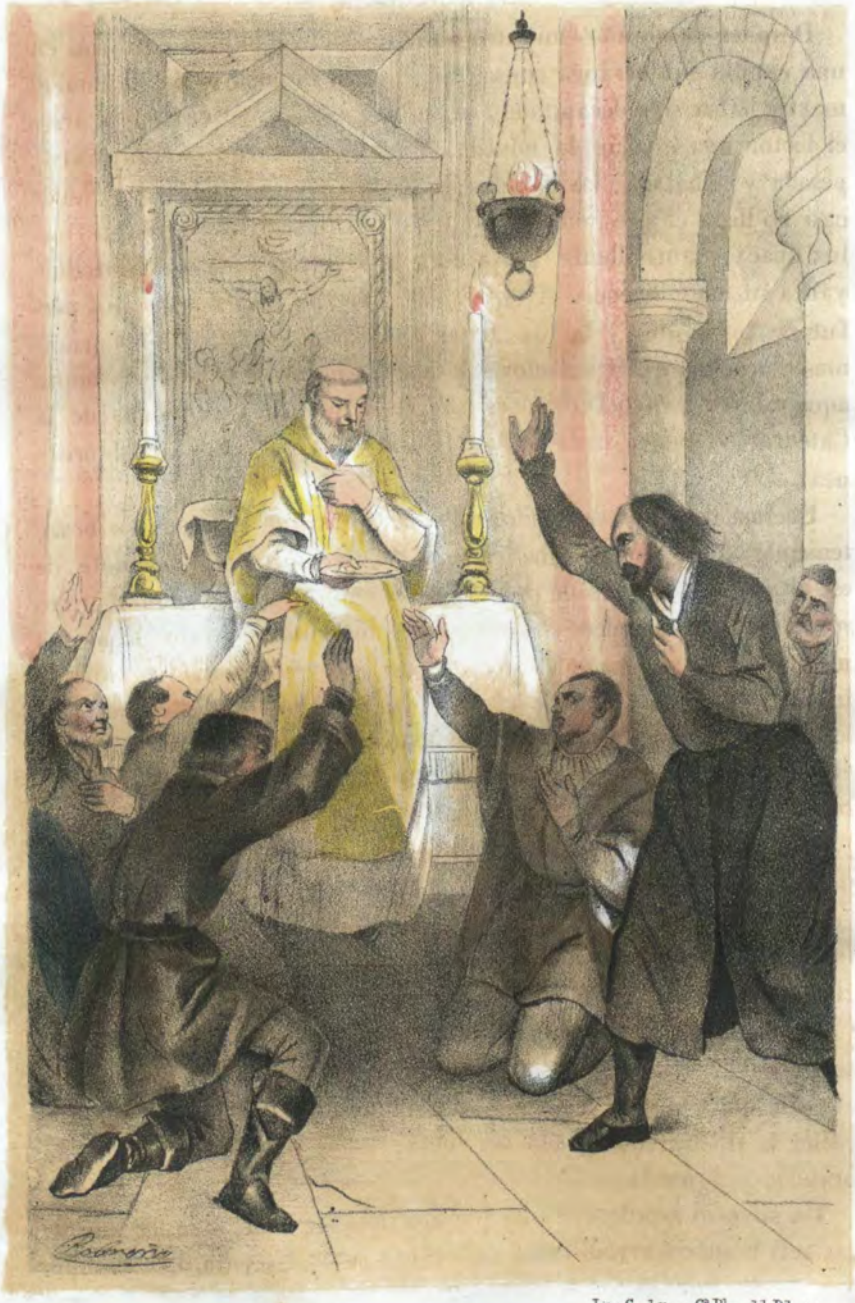
siempre conmueven ó imponen. Era alto y hubiera parecido de buen talante á no ser flaco, casi seco; su andar tenia algo de magestuoso, si bien cojeaba un poquito; su voz era dulce y seductora, su ademan apasionado y dominante. Por debajo de su frente ya casi calva y medio cubierta por un sombrio cerquillo, sus ojos profundamente hundidos centelleaban rápidos y rojizos á la manera de la pupíla de los animales de rapiña; su rostro era de un blanco mate, cuya lívida tez se acrecentaba con el contraste de unas barbas negras cual acebache. La boca pequeña y bien hecha estaba guarnecida de unos bigotes del mismo color que las barbas; los pocos y desordenados cabellos se rizaban naturalmente. La parte superior de la cara anunciaba entusiasmo, la inferior denotaba terquedad; y facilmente se conocia que ese hombre debia ser zeloso de toda gloria, de todo gran martirio, de toda exaltacion, y que en la senda emprendida se veria con sumo gusto clavado en una sangrienta cruz, con tal que esa cruz estuviese bastante elevada y colocase sus pies sobre la cabeza de un pueblo...

Entró en el convento de Montmartre y tras él siguieron sus compañeros siempre graves y silenciosos. En aquel momento salian de la abadía dos ó tres alforjeros, disponiéndose á bajar la colina llevados por el atractivo con que los llamaba la alegre ciudad de Paris, dispuesta sin duda á escatimar algo de sus banquetes para llenar las alforjas de aquellos donados.

Al verlos pasar, el que antes habia titubeado en entrar en el monasterio, dirijiéndose al mas jóven de sus compañeros, le dijo: Don Alfonso, ¿con qué vamos á hacernos hermanos de esos holgazanes y asquerosos zánganos?

El hombre que parecia el gefe de todos oyó esas palabras, ó mas bien pudo adivinarlas por la ojeada que las acompañó; y hablando á media voz respondió al que acababa de hablar: Hijo, ¿la útil y noble abeja no es tambien la hermana del zángano holgazan y asqueroso? Y el último tiene el aguijon mas nocivo.

—Es verdad, padre mio, contestó el primero despues de un corto silencio; si, es mucha verdad!.... Y sacando de debajo de la sotana una cadena de oro como llevaban entonces los caballeros y gentileshombres, la echó á uno de aquellos legos mendicantes harto admirados.



Lit. Gardette y C.ª Plaza del Palazio.

El voto en Montmartre.

Despues de algunos minutos aquellos siete hombres entraron en una capilla subterránea consagrada á san Dionisio y en la cual el mártir habia sido decapitado, segun la creencia del vulgo. Figúrese el lector una especie de bóveda fúnebre, de arquitectura tosca, pesada y achatada; las paredes húmedas y ennegrecidas, á donde casi no llega el aire, en donde unos cuantos cirios esparcen una luz opaca y amarillenta. Por afuera la religion pide que contribuyan á su magnificencia el oro y las pedrerias, las flores y los perfumes, los cantos y la luz, todos los resplandores, todas las armonías. Aquí todo está sin adorno, triste, sombrio y mudo. ¿Se adora aquí tal vez á otro Dios, ó es que las pomposas ceremonias de la Catedral no tienen nada de comun con las de la capilla subterránea?.....

Encima del altar de piedra una tosca estatua estiende su brazo teniendo asida por los cabellos una cabeza cortada, y delante de ese altar estan orando de rodillas seis hombres negros; un séptimo revestido con ornamentos sacerdotales murmura en voz baja una misa, que voces apagadas acompañan sus *responsos*. La titilante luz de los cirios alumbra á medias pálidos rostros, en algunos de los cuales se descubre á pesar suyo una espantosa congoja. Cuando el silencio reina completamente en aquella sombria bóveda, óyese de repente el ruido de una respiracion anhelosa ....

¡La reunion de esos siete hombres en aquella capilla parecida á una tumba, tiene efectivamente por objeto algo de terrible y de fatal! ¡Acaso las palabras que pronto van á pronunciar estan destinadas á tener un formidable eco en todo el universo y por muchos siglos!

Entre tanto el sacerdote ha llegado ya á las palabras místicas y solemnes de la consagracion; teniendo pues en la mano izquierda el cáliz que contiene la sangre de la augusta víctima, y en la derecha la Hostia consagrada se vuelve hácia los que continuaban orando, y aguarda.....

Un silencio sepulcral reina por un minuto; en seguida uno de los seis hombres arrodillados se levanta pausadamente. Era el hombre de exterior súcio, de rostro lívido y enjuto, de los ojos que brillan con un fuego casi salvaje; ese es evidentemente el guia y gefe de los demas. Se adelanta hácia el altar y poniendo la mano

sobre el libro abierto de los Evangelios, en voz alta, lenta y solemne dijo así: «Para obedecer las órdenes de Dios omnipotente, bajo el estandarte de la cruz y en la Compañía de Jesus, hago voto perpetuo de castidad, pobreza y obediencia! Prometo á mas en presencia de la Vírgen María, de toda su corte celestial y de los que me oyen, que de aquí en adelante combatiré perpetuamente y en cualquier lugar, por la causa de Dios, y por la órden de nuestro santo padre el papa, su vicario y representante en la tierra, á quien prometo á mas obedecer como al mismo Dios.

«¡Que mi voto sea pues inscrito en el cielo! Y si debo faltar á él, que este pan de vida que yo reclamo, se convierta para mí en pan de muerte!»

Dicho esto arrodillase delante del sacerdote y comulga. Imítale cada uno de sus compañeros y pronuncia el mismo voto, que el sacerdote repite igualmente el último de todos.

A dos de estos siete hombres debia un dia honrar como santos la Iglesia católica, apostólica y romana; al uno le tenian ya por tal los que le seguian, el otro pronto iba á recibir el título de apóstol de las Indias. En la actualidad todos miembros oscuros de la universidad de Paris, modestos profesores de filosofía, estudiantes pobres de teología, mendigando su pan y albergue iban luego á recibir misiones importantes en los concilios y senados, cerca de los pueblos y de los reyes. Eran siete; y al cabo de pocos años apenas podian contar los millares de sus compañeros y discípulos. Eran pobres y se estan construyendo ya los buques en que deben conducir á bordo las riquezas de dos mundos. Eran obscuros é ignorados, y desde entonces se oyó su voto con un retumbo que apenas se ha debilitado al cabo de tres siglos. Entonces una capilla subterránea acogió aquellos siete hombres, en cuya presencia los palacios de los reyes no tardarán en abrir humildemente sus puertas de par en par desde el Niger al Hudson y al Rio de la plata, y desde Roma al Japon.

Esos siete hombres se llamaban: Alfonso Salmerón, de la ciudad de Toledo; Jacobo Laynez, de la de Almazan, en la diócesis de Sigüenza; Nicolas Alfonso, por sobrenombre Bobadilla del lugar de su nacimiento, pequeña poblacion del reino de Leon; Simon Rodriguez de Acevedo, caballero portugés; Pedro Lefevre de Villaret en la diócesis de Genova; don Francisco Javier, noble navarro; y

don Ignacio de Loyola, nacido en el antiguo castillo de este nombre en Guipuzcoa ó Vizcaya. — Esos fueron los siete primeros padres de la famosa Compañia de Jesus: habia pues entre ellos cinco españoles, un portugués y un saboyardo; cosa muy notable por cierto que habiendo tenido esta Órden por cuna á Montmartre, un arrabal de París, no cuente un francés entre sus fundadores, y no puede decirse que jamás haya sido general de la Órden un francés.....

Todo aquel dia Ignacio de Loyola y sus seis compañeros se quedaron encerrados en la capilla subterránea; pero nadie sabe lo que pasó debajo de aquella tenebrosa bóveda. Se ha dicho sin embargo que delante del altar de piedra aquellos siete hombres hicieron otro voto diferente del que antes hemos referido la fórmula; y que las cláusulas de ese nuevo comprometimiento podrian esplicar porque siempre han seguido catástrofes á las naciones do han aparecido los Jesuitas....

Sea lo que fuere, y volverémos á hablar de ese asunto, en la hora en que los últimos rayos del sol coronaban con una piocha de fuego la cruz de oro colocada sobre la iglesia de Montmartre, Loyola y sus compañeros volvieron por fin á bajar la colina. Todos caminaban con paso lento y grave; pero todos tenian tambien una espresion de energía y de exaltacion. Hablaban poco y cuando se dirigian algunas palabras eran en voz baja, pero vibrante. — Hácia la mitad de la subida el mas jóven de entre ellos llamado Alfonso Salmeron, dijo así á Loyola: Padre mio, veo que amenaza una tempestad sobre Paris, y nos será preciso apresurar el paso para volver vos á N.ª S.ª de los Campos; nuestro hermano Lefèvre á su retiro de la calle de Santiago; y nosotros á nuestros colegios de Santa Bárbara y de Beauvais.

Levantó Ignacio los ojos hácia la tempestad que efectivamente se acercaba; y parándose se puso á considerar con atencion la nube borrascosa, que parecida á un gigantesco buitre con las alas rojizas y el vientre negro subia del horizonte meridional rodando pesada, siniestra y ya amenazadora, si bien muda todavia. Alfonso Salmeron al ver lucir un relámpago y caer algunas gotas gruesas iba á renovar sus instancias; pero Lainez le contuvo y le hizo señal de que callase. Ignacio de Loyola en aquel instante como si hubiese vuelto en sí, inclinó la cabeza sonriendo; luego disponién-

dose á continuar su camino tendió el brazo derecho hácia la tempestad que entonces desplegaba sus alas, y sobre la parte obscura en que el rayo empezaba á serpentear con sus lenguas de fuego, dibujó pausadamente con el dedo la forma de estas tres letras:

I H S

—¿Qué significan esas iniciales, padre mio? preguntó Jacobo Lainez despues de un instante de silencio.

—*Jesus hominum salvator.* (Jesus salvador de los hombres). Tal será hermanos, la divisa de nuestro instituto; ¿no es bella y bien elegida?

Todos comprendieron sin duda aquellas palabras dichas con voz que queria parecer grave y en que se sentia vibrar la exaltacion; comprendieron bien, pues unos á otros se dieron una mirada rápida y animada. Eran los compañeros de Jesus, de Jesus salvador!...

Al pié de la colina y cuando iban á separarse, Francisco Javier rompió de nuevo el silencio diciendo á su gefe: ¿Padre mio, en que convento nos retirarémos por de pronto?

Sonrióse Ignacio de Loyola y dijo á media voz: En aquel solo que puede convenir á tu naturaleza impaciente, hijo, á tu corazon lleno asaz de inmensas aspiraciones.

—¿Y cual será?...

—El mundo.

Acabamos de pintar al lector lo que puede llamarse la colocacion de la primera piedra del edificio jesuítico. Vamos ahora á hacerle asistir á cada uno de los incrementos de ese templo estraño y formidable, cuya clave está en Roma, los cimientos por todas partes; monumento que ha cubierto el mundo con su inmensa sombra casi ántes de que se supiera el nombre de sus arquitectos, y cosa notable que da mucho que pensar, si bien tan pronto ha sido reedificado como derruido, jamás ha podido sin embargo mostrar un solo lienzo de su vasta pared con la data de medio siglo, cualquiera que sea el terreno en que se haya levantado.

Empezando desde la segunda mitad del siglo décimo sexto, la historia de la Compañía de Jesus se liga con la del universo; pues durante tres siglos enteros en la China y en el Japon, en las Indias, en Nubia, en las desconocidas orillas del Niger, en el Canadá, en el Brasil y el Paraguay, en Alemania, en Portugal, en Inglaterra, en Francia, por toda la tierra en fin, no se levanta ninguna grande luz histórica sin que haga aparecer la sombría silueta de los hijos de Loyola. Naturalmente pues nos hemos dejado guiar por las cinco grandes divisiones adoptadas en esta obra. Vamos á seguir á los Jesuitas en Asia, en América, en Africa y en Europa; pero antes procurarémos referir con la ereccion de la Órden y sus primeros progresos, la vida de su fundador Ignacio de Loyola, vida tan llena de lances, tan estraña, y tan romancesca; vida tan fecunda en contrastes, en que se mezclan tan singularmente lo burlesco y lo grandioso, que podia llamarse un esquicio del viejo titan Buonarotti, ejecutado por el fantástico Callot. Por otra parte á esa vida van íntimamente unidas las primeras faces de la historia de los Jesuitas.

Conocemos todas las dificultades de nuestra empresa, sabemos cuan delicada es la mision en que nos hemos empeñado; pero confiamos mostrarnos dignos de ella; si no por el talento, al menos por la intencion.

PARTE PRIMERA.

IGNACIO DE LOYOLA.

La vela de las Armas.

CAPITULO PRIMERO.

La vela de las Armas.

Corria el año 1521, y era en medio de la gran lucha entre Francisco primero de Francia y Cárlos quinto, emperador de Alemania, rey de las Españas y de las Indias, que con las turbulencias de la reforma llenó las primeras páginas de la historia del siglo déçimo sexto; cuando un ejército francés al mando de Andrés de Foix, señor de la Esparre y hermano del famoso Lautrec, fué á poner sitio á Pamplona que Cárlos quinto retenia faltando al tratado de Noyon.

La ciudad se rindió luego, y la ciudadela habiendo querido resistirse fué tomada por asalto; pues le faltaba una gran parte de su guarnicion, que el virrey y almirante de Castilla habia llamado á su socorro para apagar una revolucion.

Andrés de Foix mandó que se cuidara mucho á los enemigos heridos y entre otros á un caballero jóven, de buen talante, que con la espada en la mano, solo y ya herido, se habia quedado tenazmente en la brecha hasta que le derribó una bala fracturándole la pierna derecha. El dia despues de la toma de la ciudadela, cuando el general francés recorria las fortificaciones que queria hacer reparar, vió que salia de la ciudad una litera llevada por cuatro vigorosos montañeses. Al pasar aquella litera por delante del señor

de la Esparre, un hombre que estaba tendido en ella se levantó y saludando con orgullo al grupo de oficiales, dijo con voz apagada: Gracias, señores, por el cuidado que habeis hecho tuvieran de mí; y espero que Dios me pondrá luego en el caso de poderos corresponder con iguales servicios.

Andrés de Foix saludó cortesmente al herido, deseándole una pronta curacion, y riéndose despues del arranque del caballero quiso saber quien era el que se habia espresado en tono tan altivo. Le contestaron que era el valiente jóven que por tanto tiempo se habia mantenido en la brecha de la ciudadela, añadiendo que era uno de los hijos menores de cierta antigua familia bascuence, que hacia remontar su origen mucho mas allá de la dominacion de los godos y hasta la conquista de los romanos. Llamábase el herido don Ignacio de Loyola, cuyo padre don Beltran, Señor de Oñez y de Loyola habia fenecido algun tiempo antes, dejando al mayor de sus once hijos, nacidos todos de su noble y lejítima esposa doña María Saez de Balde, su modesta señoria con el antiguo castillo de los Pirineos. Merced á la proteccion de su pariente Antonio Manrique, duque de Nájara y grande de España, don Ignacio habia sido educado en la corte de Fernando é Isabel, de quienes habia sido page. Aseguraron tambien que era tan valiente soldado como galante caballero; poco instruido, pero hacia buenos versos; y en un dia de batalla ó de duelo manejaba tan bien la espada como tocaba el bandolin en una noche de cita amorosa. Muy delicado en cuanto al rango de la nobleza, y sobre todo tocante al pundonor, pasaba por violento y altanero, si bien fuera de eso era muy amable y muy atento cuando no le contradecian (1).

Tal era en efecto Ignacio de Loyola á los treinta años, y á buen seguro que nadie hubiera podido adivinar entonces que en ese caballero galante y versificador se ocultase el sombrio padre de la Compañía de Jesus.

Herido Ignacio en la brecha de la ciudadela, segun hemos referido, se hacia llevar al castillo de Loyola poco distante de Pamplo-

(1) Los biógrafos mas partidarios de Ignacio de Loyola, es decir, los padres Bouhours, Maffei y Ribadeneira, refiriéndose á esa época de su vida terminan con este último y singular rasgo el retrato de su fundador; retrato que copiamos exactamente de sus cuadros.

na, del cual era á la sazon dueño y señor D. Martin García, el mayor de los siete hermanos. Tambien tenía Ignacio tres hermanas; pero de ellas nada absolutamente tenemos que decir. Llegó al hogar paterno en un estado lastimoso, porque ya fuese que los cirujanos franceses hubiesen hécho mal la operacion, ó que en el camino se hubiesen aflojado los vendajes, los huesos estaban tan dislocados, que segun dijeron fué preciso romper otra vez la soldadura. Debilitado Ignacio por los dolores y por la pérdida de sangre llegó á la agonía, y recibió los sacramentos rodeado de su familia, que deshecha en lágrimas aguardaba recibir su último suspiro.

Por fortuna llegó la festividad de san Pedro, que fervorosamente invocado, curó al enfermo con su mano celestial. No podia hacer menos por el que tanto ha hecho á favor de los sucesores del Apóstol.

Parece que la conversion de Loyola debia ser el efecto natural de aquella curacion milagrosa, que han referido con fé mas ó ménos sencilla casi todos sus biógrafos; pero no fué así: Ignacio, dice el P. Bouhours, aunque agradecido al cielo no pudo desprenderse de la tierra

Debemos añadir que en aquella época andaba perdidamente enamorado de D.ª Isabel Rosella, una de las mas lindas damas de la Córte de Madrid; y cuando dispertó del sueño durante el cual el príncipe de los Apóstoles acababa de derramar el bálsamo maravilloso sobre las heridas del enfermo, este quedó agradecido al médico celestial, porque la curacion le daba espacio para pensar en sus amores. Mas cuando al dejar por primera vez el lecho del dolor quiso probar á andar, se apercibió de que las heridas aunque cicatrizadas le habian dejado disforme y cojo. Los músculos del miembro fracturado se habian contraido, uno de los huesos de la pierna mal reducido por los físicos ó dislocado en el viaje, formaba una eminencia debajo de la rodilla, y no le permitia llevar ya mas la bota bien estirada.

Loyola ha tomado su partido, y deja conocer en esto su indomable energía, que empleada en servicio de otra causa hubiera sin duda ilustrado tambien su nombre.

Burlándose de los temores de la ciencia, despreciando crueles do-

lores mandó aserrar la porcion de hueso prominente; y para alargar los músculos del muslo, sujetólos á la fuerte tirantez de una máquina de hierro. Feliz fué la operacion; pero á pesar de ella Ignacio debió quedar cojo; y los padecimientos atroces que él se habia impuesto acababan de marchitar sus facciones, surcando su frente de nacientes arrugas que los cabellos muy raros ya por efecto de las mismas causas, no podrian esconder debajo de esmerados bucles.

Para distraer el fastidio de la convalescencia y los tormentos de su alma, recurrió entónces á la biblioteca del antiguo castillo. Sus libros favoritos eran los romances de caballerias, en los cuales admiraba, comprendia y aun envidiaba las hazañas de Amadis de Gaula con toda la comitiva de caballeros andantes tan espléndida como fabulosa. El gusto de Ignacio era el de todo su siglo, en que la caballeria espirante rielaba un último, pero brillante esplendor en la persona de Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, al paso que Ariosto con su poema de Orlando furioso reanimaba aquellas estravagantes glorias que el autor de D. Quijote, el inmortal Cervantes iba pronto á marcar con el sello indeleble del ridículo.

Segun dice el P. Bouhours no habia entónces en el Castillo de Loyola ningun libro de ese género; pero otros pretenden que una de las hermanas de Ignacio, ya fuese adrede ó por equivocacion le trajo un *Ftos Sanctorum* en vez de un romance de la *mesa redonda*.

Desde luego se verificó en el ánimo de Loyola una increible revolucion, que la refieren y afirman todos los escritores de la Compañía y que nosotros no dudamos. En seguida se verá el como y la causa.

Téngase presente que cuando Loyola fué herido apenas llegaba á los treinta años (1); que jóven y robusto, noble, bello y bien protejido, podia aspirar á un cómodo y distinguido lugar entre la brillante sociedad que habia aplaudido sus hechos de armas, y sonreido á sus conquistas amorosas. Aquel que entre los esforzados era celebrado como á tal, aquel por quien la víspera entreabrian las celosías de sus ventanas las mas hermosas hembras de la clase ilustre, ¿no habia de soñar para sí la aureola brillante que coro-

(1) Nació en el castillo de Loyola en 1491 bajo el reinado de Fernando é Isabel, y fué bautizado en la iglesia de san Sebastian de Aspezia.

naba la frente caballeresca de los Bayardos, Gonzalo de Córdoba, Cristobal Colon y Hernan Cortés, menos nobles que él?

Pero obsérvese que ese hombre dormido al arrullo de tan dulce ensueño, despierta á la mas horrible realidad que la suerte podia hacer salir de la trabucada copa de las alusiones juveniles. ¡Cual debia ser su desesperacion, su irresolucion angustiosa! ¿Iria como un sol apagado, á girar vergonzoso y desapercibido por la brillante esfera de la córte, siguiendo aquellos astros dominantes que poco ha eran sus nobles rivales ó sus humildes satélites? ¡No! el que poco antes escitaba la admiracion ó la envidia no podia humillarse al estremo de mover á compasion. Por cualquiera senda que marche Loyola debe marchar el primero!... ¿Mas que recurso le queda?

Levántase erguido con toda su altivez, arroja en torno suyo una mirada detenida, y vé que Vasco de Gama, Cristobal Colon, Américo Vespusio, han descubierto continentes nuevos; pero ya Alburquerque, Hernan Cortés y Pizarro los han conquistado; ó parten á la conquista; por consiguiente sobre el mundo antiguo deben fijarse sus miras.

Acaba de recorrer la faz de la vieja Europa un inmenso vendabal que hace vacilar las sociedades sobre sus minadas bases, y á los monarcas en sus tronos carcomidos: de norte á mediodia, de oriente á poniente se levantan y se responden ciertas voces misteriosas que hacen estremecer á los pueblos entonando el himno de un nuevo porvenir. Todo el orbe parece estar en espectacion; y en medio de un silencio de solemne ansiedad hace oir Lutero su voz poderosa convidando á los pueblos y á sus gefes para el gran banquete de la iglesia Romana. A su llamamiento se alza la Alemania con un grito terrible al cual pronto responde el grito de la Inglaterra. La Suiza se conmueve, la Francia aplaude, se aprestan los Paises Bajos, la Italia misma escucha estremecida, y los hielos polares de la Suecia han hallado ecos que responden al terrible alarma!... Roma en sus agonías se agita en mortales convulsiones. Decláranse contra ella los príncipes Alemanes porque á favor de la reforma podrán luchar contra Cárlos quinto su ambicioso emperador; Enrique VIII de Inglaterra, porque quiere ser único dueño en sus estados; los nobles porque desean enriquecerse con los

magníficos despojos del clero; y los pueblos porque esperan que la puerta que acaba de abrirse facilite paso al camino de la libertad.

¿Que le queda al sucesor de san Pedro para defenderse de tantos enemigos? El numeroso ejército que los Benitos, Gerónimos, Franciscos y Dominicos levantaron á favor de Roma, ha perdido su prestigio sobre las naciones que se levantan como avergonzadas de un largo sueño, y sacuden sus vestidos creyéndolos manchados por parásitos insolentes. Dominicos, Franciscos, menores y predicadores, calzados ó descalzos, frailes grises, blancos, negros y de todos colores con la espalda encorvada bajo una alforja vacía sin trazas de volverse á llenar, se ven precisados á replegarse en desórden en la ciudad eterna (1). Hablábase de vicios é ignorancia del clero, de insolencia monacal, de nepotismo y tiranía papal, de vergonzoso tráfico de indulgencias, reliquias, beneficios y demas objetos de culto y religion; y todo en fin parecia amenazar la caida del elevado trono desde el cual poco antes los Bonifacios y Gregorios revolvian el orbe con una señal de su poderosa y divina mano. Por segunda vez parece palidecer el rayo del capitolio.

Pero este rayo puede encenderse de nuevo en la mano del númen perseguido, mas no abatido. El trono que cruje y vacila, puede reconstruirse ó á lo menos apuntalarse. Se han roto las hostilidades; pero la victoria es disputable. El leon popular ha despertado y ruge; pues bien, se le hará callar y volver á dormirse. ¿Y con que recursos? Están prontos; se hallarán en todas partes: en los

(1) Puede considerarse á san Benito como introductor de los monges regulares en occidente, pues en oriente eran ya innumerables, y se les veia mezclarse en todas las revueltas, como lo hicieron en occidente reinando los débiles sucesores del grande emperador Carlo Magno.

San Francisco y Santo Domingo crearon las órdenes mendicantes que pronto pulularon por do quiera, y los papas hallando á mano tan escelente criadero de recios puntales, osaron desde entonces desafiar la espada de los príncipes. A los frailes debemos la costumbre abrazada luego por todo el clero, de hacerse pagar las misas, los sermones, la administracion de sacramentos, etc. En 1243 decia Mateo Paris hablando de los frailes: «Ellos han metido la hoz en mies agena. Cobran los bautizos, penitencias, estremaunciones, funerales y matrimonios. Nos privan de los diezmos y ofrendas, por lo cual no podemos vivir como no nos dediquemos á algun trabajo ó á algun lucro ilícito,.. y así acudimos á los pies de V. M. etc.»

Los papas habian separado á los monges de las dependencias del clero regular, por la misma razon que movia á los reyes á manumitir los esclavos de sus grandes vasallos.

Vemos en nuestros dias que el Czar de Rusia hace lo mismo con sus boyardos y los esclavos de estos.

pueblos haciéndoles creer que en ellos solos reside la soberanía, en los reyes enseñándoles el arte de valerse de su derecho divino como de una mordaza. A la multitud clerical desacreditada, escupida, despojada y arrojada de todas partes se substituirá una milicia mas fuerte porque será menos palpable, mas respetada porque será menos visible; poder terrible y misterioso como el de algunos tribunales antiguos de Alemania, cuyos fallos no serán conocidos sino por la ejecucion, y cuyos sagrados estandartes podrán igualmente conducir á los pueblos contra los príncipes y á estos contra los pueblos, aprovechando indistintamente las derrotas y las victorias de ambas partes.

Y el autor de todo esto, el hombre que colocará junto al trono Pontificio esa terrible palanca en vano soñada por Arquimedes, nada tendrá que envidiar á los Franciscos y Bernardos, á Cristobal Colon, á Hernan Cortés, á los Amadises ni á los Arturos.

¿Que son los grandes mandobles de esos si se comparan con los inmensos sacudimientos del orbe entero? Pueden los primeros reposar en paz bajo sus ropajes de buriel, pues no han sido poderosos á proteger sino por una temporada el trono pontifical cuya carcoma dejan sin embargo en descubierto! Descubran y conquisten los segundos otros mundos nuevos; no harán mas que añadir provincias á un imperio cuya capital será Roma siempre, y el papa su soberano visible; pero cuyo cetro soberano será realmente empuñado por la mano misteriosa y oculta del que habrá concebido y realizado este nuevo y poderoso órden de cosas.

No nos atreverémos á decir que este inmenso cuadro estuviese desde el principio completamente diseñado en la exaltada y ardiente imaginacion de Ignacio. Si pudo adivinar la realizacion de su gigantesco ensueño, seria de la manera que Napoleon debió columbrar la diadema imperial por entre la encendida nube que despues de la victoria se estendió sobre el campo de batalla de las Pirámides. El autor de una moderna historia de la Compañía de Jesus, escrita para mayor gloria de los buenos Padres, dice, refiriéndose á un manuscrito del P. Juvencio, que Ignacio al componer su libro de los *Ejercicios espirituales* » figurándose á Cristo como un general en combate contra sus enemigos, sintió nacer en sí el deseo de organizar un ejército del cual fuese Jesus gefe y emperador.» Tam-

bien nosotros creemos que desde el principio presintió Loyola su mision. Ved sus preparativos!

No ignorando que antes de todo le conviene, como á cualquiera gran novator, impresionar las almas por medio de lo estraño y sorprendente, de pronto se transforma en sombrío y austero imitador de los Antonios y Pacomios. Viste un hábito desaliñado y tosco, deja crecer sus uñas de una manera espantosa; sus cabellos poco antes perfumados caen desordenadamente sobre un rostro pálido, enjuto y grasiento (1). Aquella boca acostumbrada á los versos galantes y á los chistes, no se abre sino para dar paso á sentencias siniestras. Además, imitando á Mahoma que tuvo la habilidad de aprovecharse de sus ataques epilépticos para reforzar su concepto de profeta de Dios, Ignacio transforma las debilidades de la convalescencia y de los ayunos á que se condenó para siempre, en éxtasis sobrenaturales durante los cuales entra en relaciones con los santos, con la Vírjen y con Jesus. En uno de esos éxtasis que duran ocho dias, dice haber visto claramente el misterio de la adorable Trinidad, y los demas misterios de la religion. Mas adelante en otro éxtasis se vé colocado por Dios Padre al lado del Hijo (2). Al mismo tiempo sin duda por una singular reminiscencia de sus lecturas romancescas de la *mesa redonda*, se declara caballero de la Vírgen y de Jesus; y para eclipsar las veneradas mas que envidiadas glorias de los anacoretas de la Tebaida anuncia el proyecto de hacer el viaje á la tierra Santa descalzo y pidiendo limosna.

En fin los actos de su conversion fueron tan estraordinarios, que alarmaron el orgullo de la familia de Don Martin García, cabeza entonces de los Loyolas y hermano mayor de Ignacio, tanto que sin embargo de ser buen católico como cumplia á un hidalgo, y descendiente de cristianos viejos, creyó deber mandar á su hermano que moderase su conducta, pues podia manchar el lustre de su casa.

(1) No nos atrevemos á realzar mas esta descripcion en la cual parecen complacerse los escritores de la Compañia de Jesus, sin esceptuar el mismo P. Bouhours tenido por el mas elegante entre los biógrafos de Loyola.

(2) Todas estas rarezas han sido esparcidas por los hijos de Loyola, al objeto sin duda de que no les aventajasen los franciscanos que habian publicado un libro de conformidades de San Francisco con Jesucristo, en el cual no siempre está la ventaja por parte de Dios Hijo.

Si damos crédito al P. Orlandin, el diablo aun miró con mayor ceño la conducta de Ignacio; pero por motivos bien diversos como es de presumir. Furioso al ver escapársele de entre sus garras una alma á la cual habia ya echado bien el lazo, entró en tal rabia, que despues de haber probado á despeñar de lo alto de la roca el castillo de Loyola, se puso á romper todas las vidrieras, y despues abrió una ancha brecha en la pared del aposento habitado por el hombre que así renunciaba á sus pompas y á sus fechorias (1).

Sea como fuere, Ignacio viéndose si no silvado, al menos poco grato á la familia, resolvió ir en busca de otro teatro; y escogió el de Monserrat.

A pocas leguas de Barcelona, en una árida montaña, se eleva un convento de Benedictinos, rico en aquella época, en cuyo templo se venera una célebre y milagrosa imágen de la Vírgen María, que atraia entonces inmensa concurrencia de devotos peregrinos deseosos de curar las dolencias corporales ó calmar los tormentos de sus penadas conciencias, al paso que con sus dones, limosnas, ofrendas y ex-votos acrecentaban las rentas de los buenos monges de Monserrat. Naturalmente se deja adivinar que la afluencia de devotos visitadores era mucho mayor en las festividades de la Vírgen, sobre todo cuando alguna calamidad presente ó inminente enfervorizaba la piedad de los agoviados fieles.

Así es que nunca el venerado Monte se habia visto pisado por tan numerosa multitud como la que acudió en la fiesta de la Anunciacion el año 1522, pues prescindiendo de guerras y por lo mismo de impuestos, diezmos, tempestades, y consiguiente miseria, Barcelona se veia asolada por una peste horrorosa que amenazaba el resto de España. En 24 de marzo, víspera de la fiesta fué cuando los peregrinos vieron venir atravesando por entre la apiñada concurrencia, un caballero alto, bien montado, ricamente vestido, que parecia pertenecer á una clase elevada aunque no llevaba criados ni palafreneros. Dirigíase á Monserrat, y parecia querer ir absolutamente solo, evitando reunirse á ninguno de los grupos peregri-

(1) Ni Ribadeneira ni Maffei hablan de tan diabólica venganza que dá una triste idea del diablo y de su poder. Orlandin (libro 1°) ve en ello la despedida de Satanás furioso, y el P. Bouhours lo gradúa de señal de la alegria de Dios El lector puede escojer lo que mejor le parezca.

nos que caminaban cantando himnos, y que al notar la espresion del rostro del caballero, tampoco se sentian inclinados á contrariarle su voluntad. Sin embargo, á cosa de una legua antes de llegar á la base del monte santo le vieron continuar su camino hácia el convento, en compañía de otro caballero que habia venido de la parte opuesta

Los peregrinos mas curiosos notaron que al parecer no reinaba la mejor armonía entre los dos personajes, y aun observaron presto que se habia encendido entre ellos una violenta disputa; pero los perdieron de vista entre un bosque de olivos que flanqueaba el camino en un recodo donde desembocaban varias sendas; y aunque pusieron atencion en escuchar si se oiria el choque de las espadas, no percibieron el menor ruido de combate y luego vieron otra vez al primer caballero que seguia avanzando hácia Monserrat. De repente paró su buena mula andaluza, alzó los ojos al cielo, hizo la señal de la cruz, desnudó la espada, y metió espuelas á la caballería que partió al galope, dueña al parecer de dirigirse por donde quisiese, pues el caballero le tenia aflojadas las riendas; pero se dirijió naturalmente hácia Monserrat que era el lugar mas inmediato y en donde ella quizás olia desde léjos el abundante pienso que los buenos monjes habian cuidado de prevenir para las caballerias de los huéspedes distinguidos. El caballero no volvió su espada á la vaina hasta llegar al convento, y aun allí no lo hizo sin una nueva señal de la cruz y despues de haber dirigido otra mirada al cielo como invocándole por testigo del cumplimiento de una promesa.

Ese hombre era Loyola. Recibidas las órdenes de su hermano mayor, habia abandonado el castillo para ir á reunirse con su protector y pariente el duque de Nájera; pero á mitad del camino habia despedido á los criados y dirigídose inmediatamente á Monserrat con resolucion de consagrarse allí solemnemente al servicio de la Vírjen y de su hijo. Mientras iba camino adelante como hemos referido, emparejó con él un caballero de buena traza que le propuso hacer juntos el viaje, y Loyola consintió.

Segun Ribadeneira que pudo recojer de boca de los primeros compañeros de Loyola, y aun de Loyola mismo los hechos referidos, el recien llegado era un moro español que para substraerse

á los decretos fulminados contra su nacion vencida, habia consentido en ser bautizado, y en abrazar el cristianismo; pero solo en lo esterior segun podrá juzgarse por lo que sigue. Como Ignacio en el camino hiciese conversacion de los misterios de la religion católica, el moro desenmascarándose tuvo la imprudencia de burlarse de ellos, y engañado por la aparente dulzura de su compañero de viaje osó negar la virginidad de la madre de Jesus; y acudiendo solamente á causas naturales sostenia su error contra el misterio de la inmaculada concepcion de la Vírgen.

Aturdido Loyola por los argumentos de filosofía puramente humana, no pudo responder sino alejándose precipitadamente del moro, que tambien se fué por su lado riendo á mas y mejor. Despues de algunos minutos, recordando Ignacio que se habia consagrado al servicio de la Vírgen María, dijo para sí que acababa de portarse como caballero desleal, y que mientras ciñese espada debia desenvainarla contra los enemigos de la que habia elegido por su señora. Si en aquel momento el moro hubiese estado aun al alcance, es muy de creer que el indiscreto filósofo hubiera visto su argumento refutado con una buena estocada. Con todo, Ignacio despues de reflexionar un momento lo que debia hacer, resolvió dejar á Dios la direccion del negocio, y dijo para sí: voy á dejar que mi mula tome la direccion que quiera; si me lleva hácia el blasfemo será que Dios quiere que muera, y morirá; y si me lleva por otro lado, señal de que esta venganza no está reservada á mi brazo.

Por fortuna del moro la mula de Ignacio echó á correr hácia la santa montaña, de la cual se alejaba al mismo tiempo el imprudente y mal aconsejado, que nunca llegó á sospechar el riesgo que habia corrido (1). Poco despues llegó Ignacio al monasterio en donde fué recibido, segun dicen, por un tal Don Juan, antiguo prior de Miralpeix, monje fanático que le animó en sus proyectos.

La víspera de la Anunciacion reunió en el Santuario de Nuestra Señora de Monserrat la multitud de peregrinos, que en vano bus-

(1) Los escritores jesuitas no acompañan con reflexion alguna este lance de la vida de su fundador. A todos les parece muy sencillo el que Loyola hubiese abierto en canal al moro si le hubiese encontrado. Dirán que el fin justifica los medios: magnifica respuesta con que os tapará la boca el salteador que os roba y asesina. ¿No puede el bandido tener una familia que alimentar?

caron entre el concurso al lujoso caballero que por la mañana habian visto dirigirse al convento; bien que algunos creyeron reconocerle en la persona de un individuo desaliñado, pálido y estático que permaneció toda la tarde postrado delante de la imágen de la Vírgen María ricamente adornada. Vestia el hombre un saco de ropa grosera, ceñido con una cuerda de la cual colgaba una calabaza, y empuñaba un bordon de peregrino. Llevaba un pié descalzo, y el otro, al parecer herido, calzaba una especie de sandalia hecha de cordeles y de mimbres. Era el mismo Ignacio de Loyola, que al anochecer salió del monasterio, y hallando á un pobre de esterior piadoso, le propuso permutar su miserable traje de peregrino con el rico de caballero, sin esceptuar las botas, el sombrero ni aun la camisa (1). El peregrino no pensó en reusar un cambio tan ventajoso que sin embargo pudo serle fatal, porque pasados algunos dias le acusaron de haber desbalijado y asesinado al caballero cuyos vestidos llevaba, y á quien hallaban en ninguna parte; y poco faltó para que no le ahorcasen. Por una especie de fatalidad que podrémos notar en varias ocasiones, todo lo que viene de los Jesuitas, hasta los beneficios, llega con el tiempo á ser perjudicial al que lo recibe!...

Ignacio en vez de salir del templo de Monserrat con los demas devotos, permaneció en el santuario de la Vírgen resuelto á pasar la noche allí. Habíale ocurrido una idea singular y hasta grotesca. Amalgamando siempre en su imaginacion los ejercicios militares y las ceremonias religiosas, los misterios del cristianismo con los ritus de la caballería; queriendo imitar á la vez al hermitaño Pedro y á Amadis de Gaula, á los anacoretas de la Tebaida y á los caballeros de la mesa redonda; constituido en aquel momento en verdadero modelo religioso del héroe célebre cuya historia iba á escribir Cervantes, habia concebido el proyecto de armarse él mismo solemnemente y por su propia mano, Caballero de la Virgen y de su divino Hijo, y lo ejecutó real, completa y formalmente. Lo que vamos á referir lo sacamos de las mas parciales biografías de Loyola.

Sabido es que segun uso y costumbre de la caballería, el aspi-

(1) San Martin se contentó con dar la mitad de su capa, pero Loyola queria eclipsar todas las glorias cristianas.

rante al honor de ceñir espada y calzar espuelas de oro, despues de colgar las armas en la coluna de la iglesia, debia pasar allí la noche precedente á su recepcion, vestido con un ropaje blanco, rogando á Dios, á la Vírgen y á los santos, ó meditando sobre las hazañas y los ilustres hechos de los valientes; y á esto llamaban *velar las armas*. Hizo pues Ignacio su *vela de armas* y lo único en que se separó de los modelos fué en encajarse un saco grosero y raido en vez del ropage blanco. Seguramente no creyó que tal diferencia pudiese imputársele como imformalidad, y desde entonces tomó el título de caballero de la Vírjen y compañero de Jesus.

Para solidar sus derechos á este título, y hacer brillar muy visiblemente al rededor de sus sienes la auréola de santidad que necesita para su proyecto, anuncia que va á partir para la tierra Santa, y entre tanto pasa á admirar con el espectáculo de su penitencia á la ciudad de Manresa, situada á tres leguas de Monserrat. Allí, en el hospital de santa Lucía dependiente de un convento de domínicos, arrabal de la poblacion, duerme sobre el desnudo suelo, ora en público, y se dá en público la disciplina. El pedazo de pan que es su único sustento, lo adquiere mendigando por las calles, dejando ver al través de las aberturas del saco que le sirve de vestido, el ceñidor de hierro que aprieta sobre sus ensangrentadas carnes un espantoso cilicio de espinas é yerbas picantes.

No es dificil formar idea de la impresion que tamaño espectáculo debió producir, cuando se supo que el hombre que lo presentaba, por su nacimiento y cualidades podia ocupar un puesto entre los grandes y felices de la tierra.

En fin, para completar su gloria ascética, corre Ignacio á encerrarse en una espantosa caverna situada á seiscientos pasos de Manresa, desde donde le trasladan semimuerto al hospital de santa Lucía. Al volver de los desmayos causados por su método de vida, asi como, segun el mismo asegura, por los furiosos ataques con que el infierno pretende robarle al cielo, refiere las visiones celestiales que acaban de fortalecerle y animarle: desplégase á su vista la Trinidad cuyos resplandores describe en un cuaderno de ochenta fojas que desgraciadamente se ha perdido, segun dicen los escritores de la Compañía; pero nosotros creemos mas bien que Ignacio lo rasgó, ó que sus

discípulos lo hicieron desaparecer, temiendo que facilitase á sus adversarios terribles acusaciones contra la Orden entera.

Uno de esos éxtasis, que así los llamaba Loyola, duró ocho dias, de manera que se disponian ya para darle sepultura, cuando le oyeron murmurar estas palabras: «¡Ah Jesus!» Pero sin duda los oidos mortales no eran dignos de oir la narracion de lo que en aquel caso vieron sus ojos; pues nunca esplicó lo que le fué revelado.

Todo esto pasaba en el siglo décimo sexto, en una época que vió nacer ó morir, escribir ó hablar, crear ó destruir, pensar ú obrar á Miguel Angel y á Cellini, á Ariosto y á Cervantes, á Montaigne y á Rabelais, á Tomas Morus y á Galileo, á Lutero y á Calvino; cien años despues del descubrimiento de la imprenta, de este motor eléctrico venido en auxilio de la razon; nuevecientos años despues que Mahoma (este nombre viene por sí mismo á colocarse aquí debajo de nuestra pluma) á fin de santificar su mision, transformó sus ataques epilépticos en éxtasis divinos, durante los cuales el Angel del señor fuese trayendo de parte de Dios el Coran hoja por hoja...

En Manresa fué en donde Ignacio escribió un libro de *Ejercicios espirituales*. ¿Y qué dirémos de esta obra? Doctores la recomendaron (1); un santo la elogió altamente (2); un papa la aprobó (3); dicen que consoló cristianos, y convirtió hereges. En ella se predica la indiferencia por todas las cosas de la tierra, se vé á Jesus y á Satanás cada uno al frente de un ejército arengando bellamente á sus soldados, sobre todo el diablo, y ejercitándolos al combate cuya conquista es el linage humano. Entre otras curiosidades enseña la manera de procurarse visiones y éxtasis. Segun dicho libro para obtener una completa y terrible imágen del infierno, es menester prepararse con ayunos, oracion, soledad y tinieblas, y luego concentrar todas las fuerzas intelectuales sobre un solo punto, á saber la idea del infierno, hasta que se ve claramente como con los ojos la fragua inmensa en que se asan los condenados entre espantosos y eternos dolores; hasta que se oyen los terribles gri-

(1) Principalmente los doctores de la Compañia propiamente dicha.
(2) San Francisco de Sales.
(3) Paulo 3º por bula de 31 de julio de 1548.

tos á que responden los atroces sarcasmos de los demonios! Hasta que uno pierda la razon; y no hay para menos.

Medios idénticos se indican para hacer resonar las armonias celestiales, y resplandecer las glorias de los elegidos; en una palabra, para gustar anticipadamente las delicias del paraiso.

Dos siglos ántes la Iglesia Romana se habia reido bastante de ciertos monges del monte Athos, que pretendian que retirándose á un obscuro rincon de un aposento cerrado, y concentrando tenazmente la vista sobre la region umbilical (1), se llegaba á ver brillar una luz viva, increada, la misma que apareció antiguamente en el Tabor. Entre las visiones de los monges del monte Athos y las de los discípulos de Loyola se observa la diferencia de que los primeros buscaban una luz, y los segundos siempre se han aficionado á las tinieblas; pero otros tiempos otros usos: Roma tan poderosa en tiempo de los cenobitas del Athos; en la época de la conversion de Loyola aceptó con entusiasmo cuálquiera socorro que se le ofreciere, cualquiera mano que se le alargase; y en nuestro concepto esto esplica los rápidos progresos de Ignacio, y el favor con que fué acogida su obra ascética.

A mas de que para cortar de raiz toda cuestion relativa á ese punto, los escritores de la Compañía atestiguan que el libro de *Ejercicios espirituales* es perfecto, y debe serlo por la sencilla razon de ser su verdadero autor la misma Vírgen María, que advirtiendo el embarazo y la ignorancia literaria de Ignacio, le dictó la mayor parte de la obra (2). Añaden que cuando Loyola se detenia desanimado por falta de esa colaboracion celestial, Dios le enviaba de cuando en cuando el Arcangel Gabriel para escitarle á continuar (3).

Ved pues á Ignacio, (como se proponia su primera ambicion, pero solo en cualidad de medio) al lado de los Antonios y Pacomios, á quienes el diablo honró tan á menudo con sus ataques; al lado del gefe de los franciscanos que recibió las llagas de mano de un ángel; al de San Norberto, que hablando en francés se hízo en-

(1) Esos monjes, especie de quietistas-visionarios, se llamaron Omphalotuchies de una palabra griega que significa ombligo.

(2) Luis de Pont cuenta el hecho como transmitido por tradicion fiel.

(3) Sabido es que los doctores musulmanes hacen representar á este arcángel un papel parecido cerca de Mahoma, No hay cosa nueva debajo del Sol.

tender de un aleman que no entendia mas que su lengua; de san Benito, que halló al espíritu maligno debajo de los hábitos de uno de sus monges y le hizo afufar (1); de Santo Domingo enfin, su mas notable rival de gloria (2). Conoce que va á poseer para siempre la influencia que lo raro y maravilloso da sobre los pueblos agitados, crédulos é ignorantes; mas ántes de atraer discípulos quiere que la auréola de los santos brille bien manifiesta sobre su cabeza. Para ello parte de Manresa despues de diez meses de permanencia bien aprovechados, y se embarca en Barcelona para la peregrinacion á la Tierra Santa á principios de 1523.

En Italia, en Roma, á donde llega en domingo de Ramos descalzo, ayunando y orando por los caminos, admira con sus austeridades á los pueblos italianos, que al verle pasar se preguntan bajo que nombre será venerado ese nuevo santo. Ocho dias despues de Pascua deja la Ciudad eterna llevando la bendicion del papa Adriano VI, y llegado á Venecia se embarca para Palestina.

Al cabo de cuarenta dias está ya en Jaffa, y á 4 de setiembre de 1523 en Jerusalen. Mas no permaneció mucho tiempo, porque los frailes dominicos, guardas del Santo Sepulcro, creyendo adivinar en Ignacio miras ambiciosas, ó quizás celosos de su oficio, puesto que el autor de los *Ejercicios espirituales*, para aplicar las teorias de su libro se habia puesto á enseñar á los demas peregrinos el modo de representarse con toda viveza los misterios de la redencion en los lugares que los presenciaron, suscitaronle mil estorbos, le enviaron no de Herodes á Pilatos, sino del Padre Guardian al Padre Provincial, quien acabó por remitirlo otra vez á Europa, á donde estuvo de vuelta á últimos de enero de 1524 despues de dos meses de navegacion. Los Jesuitas aseguran que durante la travesia, Dios manifestó claramente la proteccion que dispensaba al fundador, haciendo que la frágil nave pasase tranquila á través de

(1) Este milagro estaba pintado en la iglesia de un rico convento de Benedictinos de Liège.

(2) Domingo en una de sus visiones vió tres lanzas de fuego que Dios le dijo estar asestadas contra los soberbios, los avaros y los voluptuosos; y su madre se vió parida de un perro que tenia una antorcha en la boca : señal, segun los Dominicos, de la luz que algun dia debia derramar sobre las naciones el niño que entonces llevaba en su seno. Tambien podria verse en ello el anuncio de las hogueras terribles que los frailes fundados por Domingo debian levantar en nombre de la Inquisicion, para mayor gloria de Dios misericordioso.

una tempestad que destrozó é echó á pique una galeota turca, y una grande nave veneciana, de las cuales Ignacio no habia podido conseguir que le llevasen de balde.

Desembarca Ignacio en Venecia, pero sale muy luego atravesando el Milanés, campo de batalla en donde tienen un choque Francisco 1° y Cárlos 5° y cayendo en manos de los españoles que quisieron ahorcarle por espia, y de los franceses que le trataron bien, pudo llegar á Génova despues de mil vicisitudes; en donde con la proteccion de Rodrigo Portundo general de las galeras españolas, que le conoció, embarcóse para Barcelona, y escapando de las galeras de Doria, de las carabelas del famoso Barbaroja, aliados entónces del Rey cristianísimo contra su magestad católica, logró por fin verse otra vez en España.

No debemos pasar en silencio la transformacion que entónces se verificó en Loyola. Conociendo que para el buen resultado de la cruzada que se proponia emprender no bastaba el brazo y el rudo entusiasmo del hermitaño Pedro, sino que necesitaba tambien la ciencia y la elocuencia de un san Bernardo, siendo asi que la instruccion de Ignacio era nula ó casi nula, como hemos dicho; resolvió comenzar de nuevo los estudios, y se puso á la tarea sin dilacion. Figuráos un hombre que sobre tener unos treinta años representa muchos mas, metido entre una turba de muchachos revoltosos declinando con ellos el sustantivo *musa*, ó conjugando el verbo *amo*, yo amo!

Esta última palabra, cuentan los P.P. Bouhours y Maffei; que le causó estrañas desazones interiores, y que no pudo calmarlas sino con el arbitrio siguiente: A cada una de las personas del verbo fatal añadia mentalmente la palabra *Dios*, y decia en voz alta por ejemplo: *Amo, yo amo*; y continuaba para sí *á mi Dios. Amare, amar*; y mentalmente *á su Dios. Amari, ser amado*; y nada mas.

Si esta particularidad de la vida de Loyola, contada únicamente por sus discípulos, fuese verdadera, favoreceria muy poco á la castidad no solo de cuerpo, sino aun de pensamiento con la cual le pretenden dotado (1). Mas esto importa poco.

(1) Con Bayle hacemos á los Jesuitas la justicia de decir que generalmente han es-

Al cabo de dos años Ignacio cambió los rudimentos de la gramática latina por la lógica de Soto, la física de Alberto Magno y la teologia del Maestro de Sentencias. Parece que Ignacio no hizo nunca grandes progresos, pues era sobre todo un hombre de mucha accion. A mas, robaba el tiempo á sus estudios para consagrarlo á austeridades públicas y á éxtasis, que producen mas buen efecto entre el vulgo que los bellos discursos, sin embargo de que á Loyola le habia dotado la naturaleza de un hablar vivo, ingenioso y convincente. Predicaba á menudo en las plazas, en las calles, sirviéndole de púlpito ya el umbral de una iglesia, ya la escalera de un palacio. Segun refieren convirtió así á las monjas de los Angeles que se habian relajado algun tanto; pero por mala suerte los cómplices de las monjas eran gente rica y de alto rango, que no habiendo imitado el ejemplo de las arrepentidas, se vengaron cruelmente del hombre que habia venido á incomodarlos. Una noche arremetieron contra Ignacio y su confesor Puygalte algunos mozos armados con estacas, y los dejaron por muertos en la plaza. Puygalte murió efectivamente; y Loyola se escapó con una enfermedad de la cual le curó no sé que santo. Cuando se halló bien volvió á tomar el curso de sus predicaciones; pues habia sido soldado y era guipuzcoano: así que se le vió aparecer otra vez en Alcalá vestido con un sayal pardo, con la cabeza descubierta y descalzo, seguido de algunos discípulos tan mal pergeñados como su maestro; y segun Ribadeneira se les conocia por *la gente del saco.*

Ocupado seriamente Ignacio desde esa época en su instituto, cuyo plan empezaba ya á presentarse muy claro á su espíritu, buscaba hacerse prosélitos entusiastas, que supiesen sacrificarse; por cuyo motivo, como puede observarse, todos sus discípulos fueron gente jóven. Y este principio de acudir á la juventud y de reclutar entre ella lo han seguido siempre cuidadosamente los buenos Padres sucesores de Loyola, como un legado de su fundador.

Loyola empero se habia hecho enemigos mas terribles que los parroquianos del convento de los Angeles; pues los frailes dominicos zelosos del buen éxito de Ignacio y de la estimacion que adqui-

candalizado con sus costumbres menos que los individuos de las varias otras religiones, El 2.° general de los Franciscanos apostatò asi como el 1.° y 3.° de capuchinos. La Compañia de Jesus mas feliz ó mas hàbil no ha presentado caso alguno de esta especie

rian sus sermones, le denunciaron al terrible tribunal de la santa Inquisicion. Loyola preso y encarcelado con sus principales discípulos compareció ante don Juan Rodriguez Figueroa, vicario general del arzobispo de Toledo, inquisidor general en España, quien puso en libertad á él y á sus compañeros; pero prohibiéndoles severamente todo sermon, y ordenándoles que se quitasen el sayal; pues daban á entender que eran de alguna nueva órden cuando no pertenecian á ninguna.

Desde entonces Ignacio llevó siempre el negro y ancho sombrero, la ropa talar negra, y el estrecho manteo negro, sin lo cual no puede representarse un padre de la Compañía de Jesus.

Forzado Loyola á abandonar la predicacion se acogió á sus visiones y austeridades públicas. Poquito á poco sus discípulos fueron esparciendo la voz de que Dios le habia concedido el don de hacer milagros, y entre otros ejemplos citaban el de un cierto Lisans, que se habia ahorcado en un momento de desesperacion por haber perdido un pleito contra su hermano; mas que le descolgó Loyola volviéndole la vida, y desde entonces se hizo su discípulo. Una aventura singular muy dramática vino á dar una especie de consistencia á la nueva pretension de Ignacio, y referirémos los hechos tales como los hallamos en el P. Bouhours.

Frente á uno de los mas bellos edificios de Alcalá, á la sombra de frondosos árboles, una multitud bastante numerosa miraba á algunos señores jóvenes que jugaban á la pelota con pala. La partida vivamente disputada se terminó por una jugada decisiva, que hizo tributar estrepitosos aplausos á uno de los jugadores. Uno de los que habian perdido, y á quien pertenecía la magnífica casa delante de la cual se habia hecho la partida, invitó á sus nobles compañeros para que entrasen en su casa á refrescar.

—Muchas gracias, don Lope, respondió uno de los jugadores mientras tomaba de las manos de su criado la capita de terciopelo, que habia dejado para estar mas libre en los violentos movimientos que exije el juego de la pelota. Disimulad si no entro en la casa de Mendoza, porque debo ir al convento de san Estevan á hablar con el digno prior, amigo de mi tio el vicario general; pues, merced á la recomendacion del arzobispo primado, no se trata nada menos que de hacerme obtener alguna parte de la lluvia de favores

y de empleos que indispensablemente hará caer el feliz acontecimiento que va á dar un heredero á nuestro rey don Cárlos.

— Os deseo buena fortuna, señor Figueroa, respondió don Lope de Mendoza, y haced el favor de emplear el valimiento de mi familia, si lo considerais á propósito. Ofreced mis respetos al digno prior, y con ese motivo preguntadle cuando quiere librarnos de esos tunantes *del saco* y sobre todo de su principal, pues mientras ellos estén aquí no podrá vivirse con tranquilidad.

— ¿Sabeis, don Lope, dijo otro señor jóven, que esta mañana me he visto precisado á dar mi bolsillo á uno de esos mendigos? Me ha envestido su capataz llamándome por mi nombre y apellido en medio de una grande multitud, y no he podido denegarme, pesia tal.

— Ese Ignacio trastorna la cabeza á todas las señoras con sus *Ejercicios* y sus visiones; y temo que mi madre, la duquesa de Maqueda á fuerza de procurar extasiarse está desazonada y se ha puesto enferma.

— Pues no le va en zaga mi buena tia doña Leonor Mascarenha, que solo piensa en escuchar, honrar é imitar á ese nuevo santo. ¡Por Santiago que mi herencia me pone en zozobra!

— ¿Pero qué tiene que ver eso con cuanto ha hecho hacer á mi madre doña Maria de Vado? ¿Pues no se ha ido en romería al convento de santa Verónica de Jaen sola, mal vestida y descalza, con el solo objeto de imitar la piedad y las austeridades del *hombre del saco?* Mi pobre hermanita Luisa ha querido seguirla, y morirá de cansancio (1). ¿No es eso horroroso, don Francisco de Borja (2)?

— Pero dicen que ese hombre es santo y que hace milagros, respondió tímidamente un jóven bien vestido, de unos diez y ocho años á lo mas.

— Él un santo! esclamó don Lope de Mendoza; es un vil hereje á quien reclaman las hogueras de la santa Inquisicion. Quiero morir quemado si ese hombre no merece serlo.

— Amen, hermano mio! que nos juzgue Dios!... dijo una lúgubre voz á espaldas del señor jóven, el cual volviéndose repentinamente vió á Ignacio, que con los ojos bajos y las manos juntas

(1) Hemos sacado todos esos pormenores de Ribadeneira, Maffei, Bouhours y otros escritores de la Compañia de Jesus; pues nos ha parecido una buena tàctica ir à tomar las armas en los arsenales del enemigo.

(2) D. Francisco de Borja, duque de Gandia, nieto del papa Alejandro 6° fue el tercer general de los Jesuitas.

pasó por delante de él seguido de sus discípulos, que entonaron el salmo penitencial: *Miserere mei, Deus!* La multitud reunida en torno de los jóvenes señores, y que al parecer tomaba parte en los sentimientos de estos últimos relativamente al individuo objeto de sus sarcasmos y de su indignacion, por uno de esos repentinos reflujos desgraciadamente tan comunes en la opinion popular, aquel movible océano se alejó con presteza de la casa de Mendoza como de un lugar de maldicion y siguió al hombre de quien poco hace se mofaba, uniendo sus cien voces á las de sus discípulos que murmuraban el terrible canto de penitencia y de muerte.

— Mendoza y sus amigos algo demudados se miraron un instante en silencio, del cual los sacó un ginete que pasó á escape por delante de ellos gritándoles: Albricias! albricias! nuestra reina acaba de dar á luz con toda felicidad un hermoso niño, que Dios mediante, reinará un dia en España (1).

— Albricias! contestaron con alegría todos los señores jóvenes, dispersándose para ir á publicar la feliz nueva ó para pensar en sacar provecho de ella.

Buscando don Lope de Mendoza un medio para manifestar publicamente su alegría, determinó dar al anochecer un espectáculo á la poblacion de Alcalá disparando un castillo de fuego desde el terraplen de su casa. Por una inesplicable fatalidad, en que los Jesuitas ven claramente el dedo de Dios, mientras que Lope de Mendoza se ocupaba en los preparativos de la funcion, se prendió fuego en uno de los artificios de pólvora, é inflamándose con espantosa rapidez mil lenguas de fuego asaetaron de repente al desgraciado don Lope, y le envolvieron con sus cohetes incendiarios. De pronto quiso el infeliz llamar á su socorro los criados aturdidos; pero el humo ahogó su voz. Quiso deshacerse de los vestidos que estaban ardiendo, y solo pudo conseguirlo arrancándose pedazos de carne. Desatinado por el dolor se le vió forcejar algunos instantes con horribles ahullidos, en el terraplen de donde surtió silbando una manga de varios cohetes de todos colores. Apagáronse despues poco á poco los gritos junto con las cascadas inflamadas que chisporreteaban; y al levantar el viento la nube de humo sulfúrico estendida cual

(1) Ese niño fué Felipe 2º rey de las Españas y de las Indias, al cual el pueblo dió en llamarle *demonio del mediodia*.

espesa mortaja sobre el terraplen, la multitud que creia haber acudido á una diversion y que permanecia estática y muda á la vista de aquel horroroso espectáculo, solo vió una masa informe, humeante y sin figura humana.

En medio de aquel silencio de horror oyóse resonar de nuevo el último versículo del lúgubre salmo: *Miserere mei, Deus*; y luego vióse á Ignacio, que dirigiéndose á la casa de Mendoza subió al terraplen y se puso de rodillas junto al cadáver. La multitud conmovida se arrodilló quedita y escuchó.

—Quiero morir quemado, decia Ignacio recordando las recientes palabras de Mendoza, si ese hombre no merece serlo!... Desventurado, yo habia olvidado tus palabras; pero Dios las ha tenido presentes... Oremos, hermanos mios, para que el alma no sea condenada en el otro mundo como el cuerpo lo ha sido en este!... Oremos, hermanos, oremos!...

Se deja entender la impresion que debieron producir en la multitud esas palabras y ese cuadro: á todos les parecia que Dios acababa de hacer caer sobre Mendoza la maldicion que este habia echado á Ignacio. Aquel dia los dominicos humillados vieron á su rival elevado encima del pavés del favor universal. Se trataba empero de una exaltacion popular, y dijeron mañana será otro dia: asi que aguardaron, y alguna indiscrecion de Loyola les proporcionó hacerle prender de nuevo por el brazo del santo Oficio. Ignacio fué puesto otra vez en libertad; pero al obtenerla conoció cuanto le costaria recobrar su perdida influencia. Dejó pues Alcalá y con sus discípulos se fué á Salamanca, donde paró poco tiempo viendo que allá aun adelantaba menos. A los primeros dias de febrero de 1528 llegó á Paris, pero solo; pues habia dejado sus discípulos en Salamanca.

Todos los escritores que se han ocupado de Loyola convienen en que se fué á Francia atraido por la reputacion de que gozaba la universidad de Paris, en que brillaban entonces los Buchanans, los Guillermos Budé, los Ramus, y otros célebres profesores; mas nosotros creemos ver otra cosa en esa determinacion de Ignacio.

La Francia quizás era entonces el único pais en que Loyola pudiese enarbolar en medio del dia la bandera de su instituto no aprobado aun, sin temer verla cogida, despedazada, arrojada al fuego de una hoguera por el brazo secular ó por el religioso. Francisco

primero olvidando en aquellos momentos su título de Magestad Cristianísima y de hijo mayor de la Iglesia, se ligaba con Khair-Eddin, el famoso pirata musulman, permitia que los sacramentarios publicasen sus opiniones hasta en las paredes del palacio real, y consentia en que su hermana, la reina de Navarra, acordase una pública proteccion á las ideas y á los partidarios de la reforma. La universidad de Paris era un campo cercado abierto á todos los combatientes, y sabe Dios cuanta era su mezcla! Habia empero la ventaja de que el vencido agobiado debajo de un pesado argumento ó de la punta de un dilema acerado, no pensaba todavía en pedir al mosquete ó á la lanza la victoria que no habia podido conseguir por su pluma ó por su palabra. ¡Desgraciadamente eso no debia durar mucho tiempo!

Por otra parte Ignacio debió pensar entre sí que en Francia no habia de temer al tribunal de la Inquisicion, que jamás ha podido establecerse en aquel pais, y que en Paris le incomodaria menos el zeloso poder de las órdenes rivales; pues los frailes ya habian perdido allá casi todo su prestigio. A mas, sin duda pensó tambien que en medio de aquella tormenta social, de aquel inmenso remolino de ideas, encontraria espíritus impacientes, fatigados de las vanas luchas filosóficas y prontos á lanzarse hácia un fin cualquiera que fuese, con tal que se les mostrase muy claramente y en un horizonte cercano.

Tal es á nuestro ver la causa secreta y no mostrada todavia que llevó á Francia, á Paris al futuro gefe de la Compañía de Jesus. Las previsiones de Ignacio se realizaron completamente; pues pudo reunir en paz los primeros elementos de su instituto, si esceptuamos solamente alguna mala pasada que le jugó Mateo Ori, prior del convento de Santiago, que en calidad de dominico debia mirar con envidia el buen éxito de Loyola. Dicen que sus discípulos de Barcelona y de Alcalá, léjos de su gefe y faltos de sus consejos, renegaron de él entregándose otra vez á la vida del siglo, en donde tuvieron un mal fin, segun cuentan los Jesuitas; pues uno de ellos murió pobre y miserable lejos de su patria; otro se envenenó; un tercero fué ahorcado por espia; y al que le fué menos mal acabó por ser fraile.

Cuando Ignacio supo el abandono de sus discípulos de España, escogió con cuidado á los nuevos que iba á reclutar en Francia. El primero que se le alistó fué Pedro Lefèvre, su pasante en el cole-

gio de santa Bárbara, espíritu flemático y atormentado por imágenes de voluptuosidad que Ignacio supo convertir diestramente en provecho propio. Le causó mas trabajo ganar á Francisco Javier, que entonces era profesor de filosofía en el colegio de Beauvais. Como Javier pertenecia á una familia noble y de bastante influjo, confiaba llegar á las grandes dignidades eclesiásticas. Muy instruido, vivaracho y chancero, rechazó por largo tiempo los esfuerzos que hacia Loyola para atraerle á sí. Igualmente reusaba escuchar á Ignacio cuando este presentándole con brillantez el porvenir reservado á cuantos se le unirian, queria demostrarle que abrazando su instituto estaba muy lejos de renunciar la influencia y el poder. No es fácil imaginar de que medio se valió Ignacio para reducir á ese ánimo rebelde: fué una partida al billar. Y no se tome á chanza; pues los mismos Jesuitas han referido y afirmado el hecho (1).

Un dia se hallaba Ignacio en casa de Javier, y este le propuso que jugasen una partida al billar. Por de pronto Loyola no quiso acceder; pero movido luego por nuevas instancias, aceptó con la condicion de que el jugador que perdiese la partida habia de hacer durante un mes cuanto el otro le mandase. Convenido formalmente el pacto, se empeña la partida; Ignacio la gana é impone á Javier que escuche con atencion durante un mes cuanto le dirá. Terminado el tiempo dicho, Francisco Javier por conviccion ó cansado de guerra se hizo por fin discípulo de Loyola. Otros dos ya iniciados, es decir, Jacobo Lainez y Salmeron costaron á Ignacio menos trabajo; pues entrambos fueron á presentársele espontaneamente. El primero ambicioso, pobre y sin apoyo, de carácter terco y despótico, aunque sagaz, supo adivinar el porvenir reservado al instituto de que se hacia miembro, y del cual fué el segundo general. Salmeron se dejaba llevar por Lainez, que ejercia una grande influencia sobre aquel jóven de diez y ocho años. Simon Rodriguez y Bobadilla completaron el número de aquellos seis primeros discípulos que hemos mostrado en nuestra introduccion puestos delante de la capilla subterránea de Montmartre, pronunciando despues de su maestro el voto que para siempre jamás les ligaba cuerpo y alma para la realizacion del gigantesco ensueño de Loyola. Rodriguez era un sombrio entusiasta, Bobadilla un verdadero solda-

(1) Véase entre otros al P. Bouhours, *Vida de san Ignacio de Loyola lib.* 2.

do religioso, manejando la pluma ó la palabra como si hubiese sido una alabarda. No tardarémos en verle gobernar un ejército en uno de los campos de batalla de las guerras religiosas.

Seguro Ignacio de sus discípulos á quienes por largo tiempo habia observado, y cuidadosamente probado, resolvió al fin hacer dar á su instituto la solemne consagracion que solo el papa puede dispensar. Con ese designio y despues de haber señalado Venecia por punto de reunion, fijando para ello el mes de enero de 1537, salió de Paris á los primeros dias del 1535, despues de haber permanecido en esa ciudad unos siete años. La grande, pero indiferente ciudad, hizo el mismo caso de la salida que de la llegada de ese hombre, cuyo solo nombre despues de tres siglos, aun hoy dia la tiene con inquietud.

Hasta ahora solo hemos presentado en Loyola un novator que se prepara para su mision; mas de aquí en adelante habremos de describir los actos de esa misma mision. El espacio va á extenderse á nuestro alrededor y á hacerse tan inmenso, que es capaz de causar vahidos. Con respecto á Ignacio solo acaba de hacer la *vela de las armas* (1).

(1) No nos hemos detenido en hablar de la morada de Ignacio en Paris, porque nos ha parecido que habia de ser de poco interés para el lector la minuciosa descripcion del como Loyola volvió à comenzar sus estudios en el colegio de Montaigu; como fue azotado en santa Bàrbara junto con sus compañeros, segun Pasquier; como no lo fué, siguiendo la opinion de Bayle y de los escritores jesuitas. Segun estos últimos parece que Loyola no se llevò de la universidad de Paris un gran caudal cientìfico. Poco faltò, dicen, para que no le azotase su profesor Pegna, à causa de que Ignacio no solamente dejaba de cumplir en el curso de filosofia, sino que tambien estorbaba à los demas que aprovechasen, ya predicandoles, ya haciéndoles hacer *sus Ejercicios espirituales*, de los que parece haberse servido para conocer á quienes debia llamar à su instituto, ó para disponer à los espìritus que juzgaba dignos de recibir la confianza de sus proyectos.

Hemos escrito que Ignacio y sus primeros discìpulos eran hombres notables por su saber; pero Pasquier refutando à Maffei y à Ribadeneira en su *catecismo* de los Jesuitas afirma que Ignacio y sus compañeros no pasarón del grado de maestro de artes y no obtuvieron nunca el titulo de Doctor en teologia, que les dan esos Padres.

Añade Pasquier que él ha hojeado los registros de la universidad de Paris desde 1520 hasta 1536, y que ha encontrado las diversas fechas de los tìtulos conferidos al fundador de la Compañia de Jesus y à sus primeros compañeros, pero nada mas. Pedro Lefèvre y Francisco Javier fueron recibidos en 1529; Ignacio en 1532; Simon Rodriguez en 1534; Alfonso Salmeron en 1535; Lainez y Bobadilla fueron graduados en España; mas no lo fueron nunca en Francia.

Lo que nos parece mas digno de notarse, es que los primeros Jesuitas fueron hijos de una universidad que constantemente se ha mostrado la enemiga irreconciliable de su òrden y de sus doctrinas: que el huevo del jesuitismo haya sido, por decirlo asi, empollado en el noble pais de Francia; que finalmente el cascaron haya sido roto en Paris, en Paris, la grande tribuna desde la cual hace muchos siglos que se esparcen las fructuosas semillas de la filosofia y de la libertad.

CAPITULO II.

Las cortesanas Romanas.

Ya estamos en Roma, en la capital del mundo cristiano, en el santuario escogido por el gefe de los Jesuitas; y la escena que vamos á describir tiene lugar en la plaza de Pasquino.

El ardiente sol de Italia bañaba con sus centelleantes resplandores las siete colinas de la ciudad eterna. Si bien nos hallamos aun en las primeras horas del dia, una multitud innumerable acude sin embargo, y se atropella, se agita y forma un confuso ruido en la plaza de *Pasquino*. Es sabido que á esa plazuela de Roma se le llama así de un tronco antiguo colocado en un pedestal al ángulo del palacio *Braschi*, y bautizado por el pueblo romano con el nombre de un sastre famoso en lo pasado por los chistes, las respuestas agudas, las burlas á veces crueles con las cuales acostumbraba saludar á los que pasaban por delante de su tienda, y mas particularmente á las personas ricas y de alta categoría que daban motivo para poderles hincar el diente de cualquier modo que fuese. A la muerte del satírico sastre, el pueblo romano, á quien tantas veces habia consolado en su degradante miseria, en su ahogante opresion, haciéndole reir á espensas de sus desapiadados ricos y de sus santos opresores, mostró un dolor tan sentido, como tal vez no se ha visto jamás en la ciudad de los Césares. Afortunadamente

esa desolacion terminó pronto; pues á poco de la muerte del picarillo sastre, en el pedestal de una estatua mutilada y fea apareció un papelon que contenia una sátira contra todo el sacro colegio, y mas mordaz que todos los epigramas juntos salidos de la boca de Pasquino. En esa sátira habia la firma siguiente; *Il magnífico Pasquino*; y desde entonces se dió este nombre á la estatua, cuyo pedestal sirvió de atril al satírico sastre resucitado por tal medio y que ya no debia morir.

En esa Roma, que tambien pide pan y espectáculos; que á veces muerde sus cadenas y sin embargo deja degollar ó ella misma degüella á los que quieren darle la libertad; que ruje alguna vez contra el gobierno decrépito que la ahoga, y en medio del mas terrible levantamiento se arrodilla repentinamente á la vista de una procesion, se tranquiliza con la bendicion del soberano pontífice; en Roma de aquella época como en la de esta, los chistes del magnífico Pasquino son la única protesta posible y aplaudida. Muchas veces los gobernantes han intentado tapar la boca indiscreta y mordaz; pero no han podido conseguirlo: el pueblo romano quiere sí que se le oprima; pero con la condicion de dejarle mofar de sus opresores; consiente en que se le cargue de cadenas, con tal que de vez en cuando se pueda oir la voz que las maldiga. Finalmente Pasquino es en Roma lo que seria en Paris *le Charivari* (la Cencerrada), si fuése este el solo periódico que se permitiera publicar.

Era pues á la plaza y hácia la estatua de Pasquino que se dirijia el pueblo romano turbulento y alegre desde la víspera por una chuscada de *Marforio*, el compadre de Pasquino. Este último habia preguntado al *señor Marforio* «lo que pensaba de un cierto aleman llamado Martin Lutero,» y el señor Marforio habia contestado,» que era un osado mas astuto que su santo patron; pues el bueno de san Martin solo dió al diablo la mitad de su capa, al paso que Martin Lutero tenia trazas de querer despojar á Dios del todo en la persona del santo Padre.» A su vez Marforio habia preguntado á su magnífico compadre» lo que pensaba de ciertos *hombres negros* que habian venido poco ántes con las langostas (1),

(1) Historiadores de la Compañia de Jesus refieren que poco despues de la bula de ereccion concedida á los buenos Padres, varios paises quedaron asolados por una nube de langostas, plaga que anunciaba las desgracias que causaria la Compañia naciente.

Lit. Gardelle y C.ª Plaza del Palazio.

Las Cortesanas romanas.

para acabar de devorar la yerba que quedaba en el ancho prado de la Iglesia romana.»

Roma entera habia aguardado con impaciencia la respuesta de Pasquino acerca de esos ciertos *hombres negros*, en los cuales se habia reconocido perfectamente á los Jesuitas. Esta impaciencia quedó satisfecha, pues una mañana el magnífico Pasquino contestó á su compadre de esta manera:—Señor Marforio, á un preguntador tan maligno como vos, no podia responder de un modo conveniente un pobre sastre como yo. He ido pues en busca de un secretario hábil, y he encontrado una santa que ha querido ocupar esa plaza. Ella es quien dice lo siguiente:

«Se levantarán gentes que engordarán con los pecados de los pueblos; serán de una órden mendicante, holgazanes, sin pudor é ingeniándose para hallar el mal; por cuyo motivo caerá sobre ellos la maldicion de los cuerdos y de los fieles. El diablo arraigará en el alma de esa gente cuatro vicios principales, á saber: la adulacion, de que se servirán para obtener sus demandas; la envidia, que les roerá el corazon cuando darán á quien no sea ellos; la hipocresía, por cuyo medio procurarán agradar é insinuarse; la calumnia, que les hará atribuir á los demas cuanto sea malo, al paso que sabrán apropiarse todo lo bueno...

« Solo por vanagloria y para seducir á los incautos, se erigirán en doctores y predicarán á los príncipes de la Iglesia... Tratando familiarmente con las mujeres les enseñarán á engañar mañosamente á sus maridos y amantes, y á sacar de ellos cuanto posean para que se lo entreguen como en don... Reclutarán sus iniciados entre los comerciantes arruinados, los ladrones, los disolutos, los príncipes enemigos de Dios... Pero llegará finalmente el dia en que el pueblo abrirá los ojos, y entonces se verá á esos hombres ir errando al rededor de las habitaciones como perros rabiosos y encogiendo el cuello como buitres hambrientos, perseguidos por el pueblo que á voz en grito les dirá: Malditos seais, hijos de la desolacion!»

—Señor Marforio, continuaba Pasquino dirijiéndose siempre á su compadre, esto está estractado de una profecía de santa Hildegarda, abadesa del monte de san Ruperto, en el siglo duodécimo.

Los Jesuitas dicen que en el siglo 18° esas langostas salieron de la imaginacion del jansenista Quesnel.

Mas temiendo que tal vez trataríais á la buena santa de delirante, en atencion á que hasta ahora no ha sido canonizada en regla, me he dirigido á un sabio doctor de mis amigos, que perece de hambre, el cual me ha dado copiados los siguientes versículos del capítulo tercero, de la epístola segunda de san Pablo á Timoteo.

No sé si hallaréis la respuesta que buscais en órden á esos *hombres negros*: sea como fuere hé aquí lo que dice el Apóstol:

«1.° Habrá hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos, malvados;

«2.° Sin aficion, sin paz, calumniadores, incontinentes, crueles, sin benignidad;

«3.° Traidores, protervos, orgullosos.... teniendo apariencia de piedad....

«4.° De estos son los que entran por las casas, y llevan cautivas á las mugercillas cargadas de pecados....

«5.° Hombres corrompidos de corazon, réprobos acerca de la fé...

«Huye de esos tales (1). »

— Así piensa tambien Pasquino.

«Muy bien Pasquino, gritó el pueblo; *bravíssimo, Pasquino, il magnífico!* Viva!...

Y resonando por todas partes un ruido de carcajadas y de aplausos hizo despertar el adormécido eco del Capitolio. Un habitante de la otra parte del Tiber, de desmesurada talla, cuya sonrisa homérica suavizaba lo curtido de su ancha cara, aprovechando un instante de silencio, estendió uno de sus robustos brazos hácia la

(1) Cuanto acabamos de decir se halla literalmente en una profecia de santa Hildegarda y en la citada epistola de san Pablo. Si acaso se descubre en ello algo de fatídico y de sibilino, no está en nuestra mano remediarlo.

Varias veces han procurado los Jesuitas anonadar la prediccion de santa Hildegarda, que desde el principio se les apropió. Quisieron echar la carga á los frailes mendicantes, diciendo que habia sido escrita para ellos; pero estos supieron habilmente reusar tal honor, y entonces los buenos Padres negaron la autenticidad de la dicha prediccion: luego pretendieron hacerla pasar por un delirio de una cabeza enferma, de una pobre vieja caduca.

La canonizacion de santa Hildegarda empezada algunos años despues de su muerte, vuelta á continuar en el siglo décimo cuarto, nunca se ha terminado; y si no ha podido verse su nombre inscrito segun regla en los registros de la milicia celeste, es probable que su profecia tenga la culpa. ¿Ni el mismo cielo podria librar de la cólera de esas *gentes perversas* que tienen la habilidad de *enzalsarse deprimiendo á los demas* (ut seipso: commendent et alios vituperent, ha dicho santa Hildegarda?

estatua, diciendo; «Nobles señores, á mi ver ese es un retrato sacado del natural; pero *per Bacco!* mirad á los modelos que vienen á confrontarse!... » Al decir esto señalaba una de las entradas de la plaza.

Los ojos siguieron la direccion indicada por la mano del habitante de la otra parte del Tiber, y vieron que se adelantaba una singular procesion, á la cual abrió paso la multitud por sí misma, ahogando poco á poco el trasportamiento de su ruidosa alegría, y formando como una calle con dos paredes humanas sin claros, la cual por necesidad debia conducir la procesion frente á la estatua de Pasquino.

Tenia en efecto algo de chocante la procesion que entonces entraba en la plaza de Pasquino. Al frente se veia una tropa de bonitos muchachos, vestidos con albas blancas de muselina de las Indias, agitando incensarios en que se quemaban esquisitos perfumes, ó sacando de vez en cuando de elegantes cestillos los frescos pétalos de las mas hermosas flores que arrojaban al viento. Seguian luego tres grandes pendones llevados por hombres en toda la fuerza de la edad y de buen talante.

Veíanse en el primero ricamente bordadas en rubíes las letras I H S, monograma que ya se ha hecho famoso, y nada mas: en el segundo briliaba la imágen de la madre de Cristo teniendo su divino Hijo en sus brazos, con estas palabras: *Comunidad de la Gracia de la Virgen Santísima*: el tercero ofrecia la seductora imágen de una hermosa jóven coronada á porfia por tres ángeles, y en el centro de cada corona se leian estas palabras: *Virgínidad*, *Doctrina*, *Martirio*. Rodeaban á la jóven diversas alegorias y esplicaban el símbolo: veíase un fenix, debajo del cual se leia la divisa nueva: *Ya no es el único!* en seguida una media luna con este sencillo término latino: *Crescet* (crecerá); por fin un sol de oro debajo del cual estaba bordada esta inscripcion: *Brillará en el universo* (1).

Despues de los pendones, y rodeado de un grupo de hombres con los bonetes cuadrados de los PP. profesos de la Compañía de Jesuis, seguia un hombre con aire á la vez humilde y triun-

(1) Hemos copiado la mayor parte de esas inscripciones y símbolos de un libro titulado: *Admirable conformidad de la Compañia de Jesus con la Iglesia.*

fante, sencillo y grave. Era el primer general de la órden de los Jesuitas, finalmente constituida; era Ignacio de Loyola!

Tras él iba una larga hilera de mujeres, muy jóvenes todas, todas de notable hermosura; y la mayor parte ricamente vestidas con ese elegante traje romano que supieron conservarnos los grandes pintores de aquella época; sin embargo, notábase generalmente en su aliño algo de oropel ó de gastado. Las unas parecian ruborizadas, las otras asustadas por verse espuestas de aquel modo á las miradas curiosas y ardientes de la multitud; el rubor salia á mas de una de aquellas frentes coronadas con perlas buenas ó falsas; en mas de uno de aquellos rostros compuestos con afeites ó adornados por la naturaleza se vieron correr lágrimas silenciosas. Parecia que algunas se sustraian á la emocion general, las unas por exaltacion, las otras por descaro; las primeras solo miraban al cielo, las segundas cruzaban decididamente sus miradas con las que salian de las dos paredes humanas, por medio de las que desfilaba la procesion.

Poco á poco la multitud fué reconociendo á cada una de aquellas mugeres y las saludaba alternativamente con el nombre de Julia la Bella, Hortensia la Diosa!... añadiendo al nombre dicho en voz alta, el título pronunciado en voz baja, de querida de tal ó de tal otro príncipe de la iglesia romana. Eso dió margen á chistes, que se desprendian como cohetes y verduguillos acerados, para hacer saltar de júbilo la estátua del magnífico Pasquino dominando inmóvil el teatro de aquella curiosa escena.

Habia terminado la procesion con las estrechas hileras de los nuevamente iniciados en la Compañía de Jesus, vestidos de novicios.

Mas cuando los pendones llegaron frente á la estatua, se vieron precisados á pararse. Allá una masa compacta, impenetrable, inmóvil, formando un medio círculo, obstruia el camino á la procesion; por cuyo motivo salió un hombre del grupo de los profesos y fué á informarse de lo que detenia la marcha. Cuando estuvo en medio del círculo formado con estudio delante de la estatua de Pasquino, se halló frente á frente con un vigoroso habitante de la otra parte del Tiber, á quien parece que la multitud habia delegado para dar al general de los Jesuitas la esplicacion que pedia.

—Reverendo Padre, dijo el habitante de la otra parte del Tiber al Jesuita admirado, antes de salir de aquí ¿no quereis enteraros de un corto mensage de nuestro magnífico Pasquino, y que se dirige á vos? Tomad, añadió presentándole la sátira, mirad, si os place y veréis...

Loyola despues de una rápida ojeada que preguntó á la vez lo contenido en la sátira y la fisonomía de la multitud, interrumpió al habitante de allende el rio Tiber, que permaneció delante de él con aire de indiferencia burlesca.

—Antonio, le contestó, Antonio, tú tambien debes observar; mira por acá;—y le señalaba las filas de la procesion mugeril;—¿no ves tú á una pobre criatura á quien tu indolencia, tus desórdenes quizás, entregaron al desenfreno, á la prostitucion; y á quien mis consejos, mis oraciones, mi mano que Jesus y la Vírgen se han dignado bendecir, han arrancado por fin del devorador abismo?... Sí! mira, Antonio!...

—A medida que el Jesuita pronunciaba tales palabras, dichas con voz imponente y que con destreza dejaba sentir la emocion del hombre honrado bajo la censura pública del reformador, el semblante del vigoroso Antonio se habia cambiado gradualmente; pues de indiferente y burlesco se habia vuelto de repente atento é inquieto; luego sombrio y tambien amenazador. Desistiendo Antonio de impedir la marcha á Loyola, dió algunos pasos y fijó la vista ya siniestra, en las filas de la procesion mugeril. Acababa de oirse en ellas un grito ahogado, y entonces se vió á una jóven que caia desmayada en brazos de algunas compañeras suyas. Libre Ignacio de aquel habitante de allende el Tiber, y creido que podia aprovechar la diversion con tanta sagacidad buscada, dió á la procesion la señal para que siguiese adelante; mas la multitud que husmeaba el viento de algun drama popular no quiso hacer calle, al contrario estrechó el círculo formado en torno de Antonio, de la jóven desmayada y de las mujeres que sostenian á aquella procurando volverla en sí. Ese grupo rodeado de tal manera, formaba un punto céntrico hácia el cual rielaban mil miradas ardientes y curiosas.

Mientras tanto Antonio, pescador de la ribera izquierda del Tiber, muy conocido en Roma por su fuerza y por su valor, pálido, con los dientes apretados, y apoyando sus puños en crispatura

contra su ancho y curtido pecho, cubierto á medias por una camisa de lana colorada y azul, permanecia inmóvil frente á la jóven desmayada, sin apartar de ella la vista. Esa jóven era una criatura admirable! Su vestido cortado con toda maestria pintaba los contornos divinos de un cuerpo ágil y delicado, y de un pecho virginal. Aquel vestido de raso blanco estaba bordado con ramilletes de rosas, cuyas flores y ramages tenian las tintas de la naturaleza; y ya sea malicia del acaso, ya cálculo de voluptuosidad, dos de aquellos ramilletes se abrian á lo alto de la cintura. Los lindos cabellos de la jóven arrollados en suaves sartas de perlas, eran de un negro brillante; sin embargo, segun pudo juzgarse cuando por fin levantó los párpados delicadamente matizados de un azul bajo, sus ojos tenian el color y el brillo de un záfiro humedecido por el rocío. En el instante en que volvió á abrirlos pudo oir una voz que murmuraba su nombre entre la multitud, luego otra, veinte otras, cien otras: «Onorina, decian, Onorina, la hermosa habitante de la otra parte del Tiber!... »

Onorina era la hija de Antonio el pescador, y hasta la edad de diez y seis años Onorina habia sido la alegría y el orgullo de su padre. En vano los patricios de Roma, jóvenes ó ancianos, bellos ó ricos iban á pasar y á rondar por delante de la casita en que vivia Antonio y su hija cerca de la puerta de san Pancracio. Mucho tiempo pasó sin que Onorina respondiese á las apasionadas declaraciones de los unos, ó á las infames proposiciones de los otros; y si lo hizo fué contestando á las primeras palabras con una carcajada muy franca, ó por medio de algun alegre estrivillo, manifestado con un gorgeo tan claro como el de la alondra. Una tarde empero la hermosa ribereña del Tiber salió de la casa de su padre para no volver á ella jamás.

Antonio, que hubiera dudado casi tan pronto del poder de los santos como de la virtud de Onorina, seguro por otra parte del amor de su hija, por largo tiempo no pudo dar crédito á una fuga voluntaria; y cuando despues de inútiles pesquisas, de muchos dias y de largas noches de espera y de dolor, debió renunciar por fin á la esperanza de volver á ver á su hija en su seno, prefirió dar crédito á la muerte que á la caida de su ángel escapado. En vano obsequiosos amigos queriendo disipar el error de Antonio (por la

lástima que les causaba, segun decian) le contaron que hácia la época de la desaparicion de Onorina, habian visto entrar en la casita del pescador, y siempre cuando la muchacha estaba sola, á un lindo jóven vestido con el traje negro de los miembros de una nueva órden religiosa, la cual empezaba á llamar la atencion de Roma. En vano añadieron tambien que ese hombre (nuevo motivo para inducir sospechas)! no habia vuelto á aparecer desde que Antonio quedó solo en la pobre cabaña, privada en adelante de su esplendor de juventud y de alegría. El pescador impuso silencio á los que hablaban así, y para poner coto á ese asunto declaró que estaba tan persuadido de la muerte de su hija, que propondria un desafio con navaja á todo trance á cualquiera de sus vecinos ó amigos á quienes oyese dudar de ello; pues con la muerte de uno de los combatientes, se obtenia al menos el resultado de que el vencido conociera si era ó no fundada su creencia.

Fué pues preciso callar, porque todos conocian la fuerza y brio del pescador, y aun desde entonces evitaron pronunciar el nombre de Onorina la hermosa ribereña. El padre no hablaba nunca de su hija; pues hasta parecia haber olvidado que la hubiese tenido: solamente se le sorprendió á veces de noche, parado delante de la fachada brillantemente iluminada de alguna rica quinta ó de la casa de algun grande donde habia fiesta, fijando su mirada ardiente y escudriñadora en el fondo de aquel santuario de locos placeres, y siguiendo con atencion ansiosa y sombría el pasage delante de las ventanas encendidas ó en los fragantes terraplenes, de cada pareja llevada en el torbellino de la danza ó en alas de la voluptuosidad.... Padre infeliz! Podia haber hecho que los demas callasen las afrentosas sospechas; pero él las oia gritar siempre en su desolado corazon!... No hablaba de su hija, de su Onorina; mas continuamente pensaba en ella; quizás para matarla; queria empero volverla á ver!....

Lo consigue por fin; pero cuan desgraciadamente! En medio de mujeres cuyo actual arrepentimiento descubre las faltas pasadas que ve en ella. La que en otro tiempo fué su orgullo es ahora su deshonra; y de aqui en adelante ya no podrá hacer callar las voces que se han oido gritar el nombre de Onorina la hermosa ribereña.

— Onorina, Onorina la hermosa ribereña!... Y al pronunciar á

su vez estas palabras con voz estraña, que hace estremecer y volver en sí á la jóven, Antonio desliza con lentitud su mano á la navaja, su fiel compañera.

—Padre, ah padre!... murmura con voz apagada la jóven arrodillándose á los piés del pescador.

—Onorina, Onorina la hermosa ribereña! repite Antonio con sonrisa estraña, convulsiva y espantosa; inclina despues lentamente su rostro hácia el de su hija, á quien no parece reconocer.

Un gran silencio reina en la multitud conmovida; óyese solamente la voz entrecortada del pescador, que con el acento de la locura continúa gritando: «Onorina! Onorina la hermosa ribereña!..» Óyese despues un inmenso suspiro que como hipando se exala de mil pechos oprimidos; y es que por encima de la encorvada cabeza de Onorina se ha visto lucir una llama siniestra; pero entre el pecho de la víctima resignada y el cuchillo de Antonio se ha estendido una mano y ha desarmado al terrible pescador. El hombre que acaba de interponerse asi entre Antonio y su hija, ha levantado y sostiene á esta con su brazo izquierdo circuyendo el flexible talle de Onorina, mientras que pone la mano derecha en el puño de su espada. Ese hombre es jóven y bello, y parece un estranjero de alta alcurnia.

Entonces una voz que se levanta murmura el nombre de aquel mozo, y es el de un jóven baron aleman que hace algunos años habita en Roma, y que despues de haberse afiliado en la Compañía de Jesus dejó el lúgubre traje de Jesuita para volver á tomar el elegante de caballero. Desde esta nueva metamórfosis, en Roma solo se habla de las locuras del jóven y noble Aleman, de los festines que da, de las queridas que toma ó abandona (1).

Un rayo de odio y de venganza iluminó en aquel instante la locura del padre de Onorina; el pescador piensa, adivina, que el hom-

(1) Un jóven aleman de buen talento tuvo la tentacion de salir de la Compañia. El P. Ignacio que le recibiera, y que le juzgaba á propósito para el ministerio evangélico, hizo cuanto pudo para conservarle; mas la tentacion era grave y el aleman no escuchaba nada. El P. dando á entender que accedia, suplicó al novicio que se quedase algunos dias en la casa, y que viviera *como mejor le viniese en talante* sin sujetarse á ninguna distribucion. Aceptó pues la propuesta y vivió al principio con toda la licencia de un hombre que ha sacudido el yugo de la disciplina; mas luego se avergonzó de la vida que llevaba y se arrepintió. etc.

(El P. Bouhours, *Vida de San Ignacio*, lib. 4. pág. 287.)

bre puesto en su presencia es el seductor de su hija; que á él debe pedir cuenta de su perdida tranquilidad. Aquellos dos hombres se miran y se entienden. Antonio sin otra arma que sus robustos brazos se adelanta hácia el jóven, quien saca su espada gritando al pescador que se detenga; mas éste solo se para cuando la punta de la espada penetra ya en su carne: en seguida por un movimiento lento, pero continuado, se acerca á su adversario, que entonces quiere retroceder, no siéndole ya posible á causa de una muralla impenetrable que el pueblo forma á sus espaldas. El jóven aleman grita otra vez al pescador que no adelante un paso mas; pero Antonio con los ojos centelleantes de una alegria salvaje, continúa adelante, si bien la espada dirigida contra su pecho vaya clavándose en él poco á poco. Se adelanta, sigue siempre adelante; sus dos fuertes manos pueden al fin asir la garganta de su desatinado enemigo...

Debilitóse de repente el terrible apreton. Antonio al levantar los brazos y agitándolos con ademan insensato prorumpe en una espantosa carcajada, repitiendo otra vez con apagado acento: « Onorina, Onorina la hermosa ribereña! luego se turba y con toda su alta talla cae de espaldas hundiendo en su pecho la espada que le ha entrado hasta la guarnicion.

Todo eso pasó con la rapidez del rayo.

Cuando el pueblo vió caer al pescador dejó oir uno de esos sordos clamores que presagian el asolamiento; mas el hombre que dirije la procesion al ver finalmente el paso libre, da la señal de marcha entonando el himno *Veni Creator Spiritus*! que repiten cuantos le siguen, hombres y mugeres. El mismo pueblo despues de un instante de perplejidad, une su voz á los que cantan el himno de invocacion.

En aquel momento un oficial de la policia del papa se adelanta hácia el asesino, que permanecia inmóbil delante de su sangrienta víctima, y tocándole la espalda le dijo que le arrestaba.

— Yo reclamo este hombre como perteneciente á la órden de que soy general, respondió Ignacio interviniendo á su vez.

— Y¿este hombre no ha abandonado la Compañía de Jesus, padre mio?

— Sí; pero la Compañía no abandona á este hombre! Yo res-

ponderé de él ante la justicia del soberano Pontífice. Idos pues!...

Inclinóse el oficial de policía ens eñal de aquiescencia y se retiró. Mas como la actitud del pueblo era aun algo amenazadora, el general de los Jesuitas hizo seña al hombre que llevaba el pendon de la Vírjen, y aquel puso en manos del asesino el estandarte, cuya santa sombra protejió su cabeza.

La procesion salió de la plaza de Pasquino en la cual no quedó luego sino el cadáver de Antonio, y á los dos lados del cadáver una desventurada loca y un anciano vestido de eclesiástico. La loca era Onorina, la hermosa ribereña.

El anciano se llamaba P. Postel, de quien esplicarémos mas adelante el papel que representó en el drama del jesuitismo naciente; pero antes debemos contar como Ignacio de Loyola llegó á obtener de la santa Sede la solemne consagracion de la Compañía de Jesus, narracion que nos conducirá á esplicar la estraña procesion que acabamos de hacer pasar á la vista del lector.

Fieles á la cita que Ignacio les habia dado los seis primeros compañeros dejados en Paris, fueron á reunírsele en Venecia á los primeros dias del año 1537 (1) Llevaron con ellos tres nuevos iniciados, que eran: Claudio Lejay de la diócesis de Génova, Juan Codure de la ciudad de Embrun y Pasquier-Brouet de la diócesis de Amiens. Por su parte Loyola estaba acompañado de un nuevo discípulo, español de nacimiento, llamado Santiago Hozez, el cual murió poco tiempo despues de haberse unido á Loyola, y antes que la Compañía de Jesus se hallase establecida en regla. Dicen que hasta aquel momento la conversion de los infieles era el único motivo publicado por Loyola acerca de la creacion de la Órden futura. Él y sus discípulos decian en Venecia que iban á embarcarse para la Palestina: con el bien entendido que no hicieron nada á pesar de haber recibido del Papa una cierta suma destinada á los

(1) Pasamos por alto la morada que de un año poco mas ó menos hizo Loyola en España despues de haber salido de Francia; morada, que segun los Jesuitas, señaló su fundador con numerosos milagros, y grandes resultados obtenidos por su zelo y piedad. El P. Bouhours entre otras cosas pretende que Ignacio estableció la oracion del *Angelus;* mas en esto como en muchas otras cosas el buen Padre se engaña muy probablemente en cuanto á la España, y de cierto tambien en cuanto al resto de la Iglesia cristiana; pues la oracion del *Angelus* es de uso antiquísimo, y en Francia la introdujo Luis XI.

Mas adelante dirémos cuatro palabras sobre los pretendidos milagros de Ignacio de Loyola.

gastos de la peregrinacion... Lo que á Loyola debió serle mas grato que los sesenta escudos de oro del Papa, fué la gracia que Paulo 3.° concedió á él y á sus compañeros no ordenados in sacris, para que pudiesen recibir las órdenes sagradas cuando quisiesen y de cualquier obispo que fuese.

En la lucha que Ignacio iba á sostener para enarbolar su bandera en medio y encima de las numerosas banderas rivales, comprendió que el hábito clerical seria una escelente é indispensable armadura. Esa lucha prevista fué larga con efecto, y Loyola solo pudo salir vencedor en ella á fuerza de destreza, de energía, de astucia y de perseverancia. Sea que Paulo 3.°, el cual entonces ocupaba el trono de san Pedro, no entendiese ó que comprendiese demasiado el objeto de la Órden que querian establecer; por mucho tiempo reusó conceder la bula de ereccion. A mas se declararon abiertamente contra el pensamiento de una nueva órden religiosa, tres cardenales á quienes el Papa habia confiado el cuidado de ese asunto: las órdenes antiguas eran ya harto numerosas, como lo dijo animosamente uno de los tres delegados, el cardenal Guidiccioni, varon de gran mérito y de un vasto saber, que para sostener su opinion escribió un libro cuyos argumentos se apoyaban en las decisiones de los concilios de Letran y de Leon.

Los Agustinos, los Dominícos intrigaban por otra parte con todas sus fuerzas, para rechazar á esos peligrosos intrusos lejos de la mesa en que hasta entonces ellos habian ocupado los mejores puestos; si bien ahora estaba servida con menos esplendidez á causa de la reforma. Llevaron la cosa adelante acusando á Ignacio y á sus compañeros de clandestinos desórdenes y de diversos crímenes; é intentaron aun otra acusacion mas formidable haciéndolos pasar por partidarios encubiertos y emisarios disfrazados de Lutero. Codure y Hozez fueron encarcelados en Padua por órden del sufragáneo, y Loyola estuvo á punto de probar la misma suerte en Roma.

El fundador de la Compañía de Jesus era empero de esos hombres que es preciso comparar con los torrentes impetuosos, á quienes los obstáculos pueden detener por algun tiempo; pero es para levantarlos, para hacerlos luego mas poderosos, mas terribles. Por otra parte la lucha era como el elemento natural de Ignacio, y por

esta razon quizás aceptó con alegria la que que se le presentaba. Lo que no quieren concederle ahora el Papa ni los cardenales, él sabrá imponérselo como una necesidad; él ocupará á viva fuerza el puesto que las órdenes rivales reusan á su órden naciente; y tal vez aquellas no tardarán en tenerse por afortunadas si se les concede recojer las miajas del banquete en que no le permiten tomar parte en este momento; frailes, cardenales, el Papa, todos serán muy afortunados si algun dia humillados y trémulos pueden guarecerse debajo de la bandera que ahora impiden desplegar en el horizonte del mundo cristiano!!. . Pero desgraciado de cualquiera que, sea religioso ó lego, se atreva á atacar de frente y paladinamente á los compañeros de Jesus! Ese deberá caer y caerá sin remedio; ese se verá desterrado como Miguel Navarre, ó morirá de repente como Barrera (1); se consumirá en una cárcel como Mudarra, ó será quemado vivo como Castilla y el Agustino piemontés! ¿Cuales eran pues los enórmes crímenes de esas gentes por los cuales se les imponian terribles castigos?... Habian osado á murmurar de Loyola, á sospechar de su doctrina, á descubrir sus ambiciones, á mofarse de sus milagros. Oh! los castigos de la justicia humana eran cosa muy poca para tan grandes culpables; Ignacio los hizo condenar como hereges, á fin de que fuesen desterrados en el cielo como en la tierra; quemados en el otro mundo como en este.

Entre tanto los discípulos de Ignacio cumpliendo con la órden de su maestro recorren la Italia predicando, convirtiendo, dogmatizando, quitando á los otros predicadores, á los profesores de las universidades sus acostumbrados auditorios. No está por su parte Loyola ocioso; pues hace prosélitos entre los romanos, de cuyos bienes algunos le hacen donacion; entre otros Pedro Codace, oficial del papa; y un cierto Quirino Gorzonio. En casa de este último se hospedaron Ignacio y sus discípulos hasta que el primero les hubo hecho ceder la iglesia llamada de santa María *della Strada*. Se dedica luego á convertir judios, muy numerosos entonces en Roma y en general muy ricos; debiendo notarse que se dirije á los

(1) El P. Bouhours dice senciliamente que Barrera *murió de un mal repentino y muy violento* (Vida de san Ignacio, libro 3°); bien entendido que él vé en esto un castigo del cielo, una de esas casualidades de la Providencia que tantas veces se representarán en el curso de esta historia.

mas jovencitos, para los cuales establece un colegio que estará bajo su direccion. A fin de asegurar el porvenir de este establecimiento, y por medio del cardenal Caraffa, gobernador de Roma, obtiene del santo Padre que los recien convertidos conservarán los bienes que poseyesen en la época de su conversion; que sus padres no podrán privarles de su patrimonio, aun cuando hubiesen dejado la religion hebrea contra la voluntad de aquellos, entregándoles los bienes adquiridos por usura, último privilegio que proporcionaba un manantial de muchas injusticias. Julio 3°. y Paulo 4.° con el tiempo adicionaron esos privilegios, y establecieron en las sinagogas una cuota que debian pagar en beneficio de la casa de los judios convertidos; es decir, que á los desgraciados circuncisos les hicieron contribuir á una institucion que ofendia á sus convicciones religiosas, segregaba á los hijos de su autoridad y los arrebataba de su amor. Con respecto á las miras religiosas puede sin duda justificarse esa creacion de Ignacio, mucho mas que en órden á la moral; pero segun nuestro parecer ni por una ni por otra razon puede justificarse. A instancias, á ruegos de Loyola, el papa Paulo 3.° renovando una decretal de Inocencio 3.°; caida ya en desuso desde mucho tiempo, mandó que en adelante los enfermos no pudiesen llamar al médico en sus dolencias hasta despues de haberse confesado. Y no se crea que hayamos ido á copiar esto de algun libelo infamatorio contra los buenos padres; no por cierto! Al contrario, lo hemos sacado de un elogio, de un elogio completo escrito por los autores mas adictos á su órden; entre los cuales uno de ellos esplica que con el objeto de hacer cumplir mejor ese decreto, mas tarde pensó Ignacio que era preciso modificar los términos y que insiguiendo sus consejos, el santo Padre permitió al doliente recibir los socorros de la ciencia médica dos veces ántes de la confesion; pero promulgando penas severas contra quien recibiese la tercera visita del médico ántes de haberse confesado!...

En aquella época, un sacerdote de Siena, especie de Rabelais de Italia, conducia emparejadas cual tronco la Iglesia y el teatro. Por la mañana decia misa y de noche representaba comedias que él mismo componía, piezas del género que siempre han apreciado los italianos, y que llaman *comedias del arte*. Una noche en el instante en que los espectadores se disponian á reir por las chuladas del im-

provisador, se le vió comparecer en traje de penitente, con una soga al cuello y derramando amargas lágrimas. Hace una confesion pública, pide perdon al pueblo de haberle escandalizado, y acaba declarando que debe su conversion á la Compañía de Jesus. Ignoramos si el público encontró esa inesperada comedia tan buena como la que esperaba ver representar (1).

Pero lo que llamó mas la atencion hácia Ignacio, fué su congregacion *de la gracia de la Virgen Santísima*

No es un secreto la increible relajacion que en aquella época habia en Italia y sobre todo en Roma, habiendo dado materia al célebre Boccaccio de pintar un cuadro tan verdadero como original en una de sus mas malignas novelas, acerca de la decadencia de la disciplina eclesiástica. En esa novela vemos un católico deseoso de convertir á un judío amigo suyo, y este se va á Roma para resolver sobre su indecisa vocacion. Cuando el catequizador supo que su amigo debia ver la corte del santo Padre creyó que todo se lo habia llevado la trampa; sin embargo, al regreso el judío pone en conocimiento de su amigo que quiere hacerse cristiano.—Que me place, dijo el amigo; procedamos pues al bautismo! ¿Con qué en Roma habeis visto?,... —¡Los siete pecados capitales debajo de la púrpura! —¿Y á pesar de eso?... —Y á pesar de eso quiero entrar en el gremio de la religion Católica Apostólica Romana; pues por precision ha de ser verdaderamente divina esa religion que puede subsistir con semejantes ministros!....

Para corregir tamaño relajamiento el papa Paulo 3.° formó una comision de cardenales, encargados de poner remedio á ese escándalo que tanto favorecia á Lutero; mas la comision no se juzgó con fuerzas bastantes y retiróse sin haber producido ningun fruto.

Entonces se presenta Ignacio y echa sobre sus espaldas la carga que tan pesada habia parecido á los que sin embargo se llaman columnas de la Iglesia; y merced á su palabra, merced sobre todo á esa *religion suave*, á esa *fácil devocion*, de la cual sus sucesores debian

(1) Véase al P. Bouhours, etc., etc.

Nosotros presentamos con color bajo el cuadro que los escritores jesuitas trazan acerca de las costumbres del clero regular de aquella época, y lo hacen sin duda para aumentar la gloria de su fundador que llegó á reformarle, segun ellos dicen. En todos tiempos los buenos Padres han guardado pocas consideraciones á los curas párrocos y á los capellanes, que sin embargo hoy dia tienen la simpleza de comprometerse por ellos! ...

sacar tan buen partido en el porvenir para el interés de su órden, y que hizo decir á Pascal «que segun la moral jesuítica habia mas «placer en expiar sus faltas que en cometerlas.» Loyola consiguió imponer al vicio y al desórden cuando menos un simulacro de arrepentimiento. No tardó Roma en ver á sus numerosas cortesanas, dóciles á la voz de Ignacio, que formaban una congregacion bajo el título de *Comunidad de la gracia de la Virjen Santísima*; cuya singular congregacion estableció Loyola en un elegante monasterio, edificado con el dinero de las señoras romanas á quienes supo hacer interesar en esa piadosa obra. Los miembros de la nueva congregacion no hacian ningun voto, no estaban sujetos á ninguna regla, y espontaneamente salian ó volvian á entrar en el monasterio de santa Marta: solo de vez en cuando recorria Ignacio las calles de la ciudad eterna al frente del singular regimiento de que se habia hecho coronel, y al cual guiaba cantando himnos ya sea á alguna santa estacion, ya sea entre las piadosas protectoras que á imitacion de la esposa de Juan de Vega, embajador de Cárlos quinto, se encargaron de catequizar á las engañosas pecadoras.

Es una de esas procesiones que hemos procurado describir al principio de este capítulo; estraño espectáculo, que á pesar de las zumbas del magnífico Pasquino debia obrar en cierta manera sobre las imaginaciones italianas, que con tanta facilidad se afectan. Finalmente debió confesarse que un hombre solo, gefe no reconocido todavía de una Órden que aun estaba para obtener la sancion pontificia, habia hecho lo que se reconocian incapaces de hacer los cardenales investidos de la autoridad suprema.

Por otra parte al apoderarse del espíritu de las cortesanas mas bellas, mas famosas, Loyola probablemente habia conocido que con esto ponia en su mano un lazo poderoso, con el que quedarian ligados los corazones y voluntades de las amantes de aquellas, cualquiera que fuese su categoría. Asi es que los barones romanos tuvieron que ir con la sonda en la mano para oponerse á cara descubierta contra un hombre, que en calidad de director de sus queridas poseia algunos de sus vergonzosos secretos, que se quisieran ocultar á sí mismos y de que Loyola podia servirse como de una arma terrible. Nos seria fácil probar que Ignacio siempre ha procurado grangearse la voluntad de la mujer para obrar en la

familia, ejemplo que en todos tiempos han seguido estrictamente sus discípulos y sucesores (1). La idea de *las jesuitas* puede remontarse hasta el fundador de la Compañía de Jesus, sirviendo para probar nuestro aserto la historia del P. Postel y de su religiosa veneciana.

Segun hemos dicho ántes, cuando la procesion guiada por Ignacio salió de la plazuela de Pasquino en que acababa de ejecutarse un drama; cerca del cadáver de Antonio el pescador, solo quedaron su hija, la pobre Onorina enloquecida, y un hombre vestido de eclesiástico. Aquel hombre alto, flaco, huesoso, con la frente llena de arrugas y la cabeza de canas, apenas tenia cuarenta años aunque pareciese sexagenario. Le han pintado como uno de los sabios mas célebres de la época: talento vivo y penetrante al cual nada escapaba, genio vasto que lo abarcaba todo; sabia el latin, el griego, el hebreo, el ciríaco, el caldeo, todas las lenguas muertas; y en cuanto á las vivas, segun dicen, se hallaba en el caso de dar la vuelta al mundo sin necesidad de truchiman. Gran canonista, famoso teólogo, metafísico profundo, la *ciencia hermética* habia abierto al poder de aquella mano sus mas impenetrables arcanos. Tambien sabia leer de corrida en ese esplendido libro que Dios abre encima de este mundo, y en el cual cada letra es un astro centelleante.

Ese hombre se llamaba Guillermo Postel. Nacido en un pueblecillo de Normandía, á su mérito solamente debió el nombramiento de profesor real en la universidad de Paris. Francisco I. y su hermana la reina de Navarra le apreciaban mucho, y á menudo le llamaban á su córte para consultarle. Ignacio deseó grangearse el afecto de semejante hombre, y este se hizo su discípulo, y fué á encontrarle á Roma. Mas adelante la capital del mundo cristiano oyó hablar de una nueva religion, ó al menos de una forma nueva de la antigua religion de Cristo, la cual solo se dirigia á las mugeres y les anunciaba un Mesias de su sexo, de quien el P. Postel se hacia precursor. Mezclando con destreza á una gerga mística llena de jaculatorias apasionadas y de santos ardores, ideas de eman-

(1) Al escribir estas palabras *la mujer*, *la familia* despues del nombre Ignacio que tambien fue *sacerdote*, involuntariamente hemos pensado en ese hombre de poderoso y despejado talento, que continúa sus ataques tan absurdos como impotentes. M. Michelet nos permitirá que le ofrezcamos aqui un debil tributo de nuestro reconocimiento por los consejos que ha querido darnos y por el apoyo que quiere ofrecernos!

cipacion y de libertad, á corta diferencia como las emitidas en nuestros últimos tiempos por los sansimonianos con respecto á la mujer, el P. Postel tuvo muy luego grande multitud de partidarios. El san Juan Bautista de las mugeres decia que la venida de Jesucristo solo habia puesto la mira en la redencion de los hombres; pero que pronto se veria aparecer una Redentora de las mujeres (1).

Era pública la impaciencia con que aguardaban á esa redentora; mas el papa se veia en mil apuros, y ocupado en Lutero, en el Concilio, en la disputa de Francisco I. y de Cárlos V., tenia otras cosas en que pensar antes que en esa nueva creencia, la cual sin embargo amenazaba arrebatarle la mitad de su trono pontificio.

De advertir es que el P. Postel predicaba el advenimiento del Mesias femenino, no en el desierto, sino en un antiguo templo de Vesta inmediato á la iglesia de san Teodoro, y situado en el terreno del antiguo Foro romano

Allá condujo á Onorina loca, pero de una locura pacífica. Al alejarse del cadáver de su padre la infeliz muchacha imprimió un beso en su yerta frente, diciendo: «Hasta muy luego, padre!...» y despues siguió sin resistencia al P. Postel que la guiaba. De noche unos amigos del difunto pescador fueron por su cadáver y le enterraron en el cementerio de su parroquia de santa María, á la otra parte del Tiber.

Entre tanto el P. Postel hacia entrar á Onorina en el templo de Vesta, cuyo monumento ya no era mas que ruinas; pero habian desembarazado el interior y en aquella hora una crecida multitud de mujeres de todas clases y edades se encontraba reunida en la obscuridad, porque allá no penetraba ninguna luz de afuera, y solo hácia uno de los estremos de la vasta sala redonda con columnas mas ó menos descantilladas por la guadaña del tiempo, columbrábase una especie de nicho abierto en el espesor de la pared, y de donde se esparcian brillantes resplandores debilitados á duras penas por una grande cortina de raso ricamente bordada. El fuego sagrado de las vestales que solo podia apagarse junto con la antorcha de su vida, segun dicen, lo conservaban las sacerdotisas en ese nicho ahora iluminado, y hácia el cual se dirigian todas las

(1) Se ve que el *P. Enfantin* ha copiado algun tanto al padre Postel.

miradas. El P. Postel despues de haber recibido los saludos silenciosos de la asamblea, que parecia estar con impaciencia, subió á un pedestal y pronunció en estilo místico, un discurso que pareció agitar violentamente á su nervioso auditorio.

— Hermanas mias, dijo al concluir, la Redentora que aguardais, la mujer prometida que debe salvar á las mujeres, va por fin á descubrirse. De rodillas, hermanas creyentes!.. de rodillas, miradla!...

En aquel mismo instante se oyó como en lontananza una solemne música; los vapores de un incienso exquisito y penetrante subieron hácia la bóveda obscura, y cayendo de repente el gran velo de raso puesto delante del nicho encendido, dejó ver á una mujer vestida con un holgado traje blanco á la antigua usanza.

Parecíase aquella mujer á las grandiosas vírjenes que salian del admirable pincel de Ticiano: su magnífico busto sostenia una cabeza espresiva, adornada solamente por cabellos negros, largos y hermosos; no trenzados, sino tan solo arrollados y cayendo sobre unas espaldas blancas y redondas. Aquella mujer parecia de treinta años, con los brazos desnudos é igualmente los piés, que se descubrian entre el calzado de unas sandalias antiguas: en una de sus manos tenia un lirio con el cual saludó á la reunion, y en seguida habló. Su voz fuerte, pero armoniosa y penetrante hizo estremecer desde el principio á todas aquellas entusiastas que la escuchaban.... Las anunció una era nueva para la mujer, una era de manumision y de felicidad.

El auditorio pasmado, persuadido, extasiado; llegaba á los últimos límites de la exaltacion, cuando de repente unos alguaciles invadieron el templo de Vesta, hicieron bajar con bastante brutalidad de su nicho á la Redentora, á quien prendieron junto con el P. Postel y algunas de los mas entusiastas entre sus partidarias... De esta manera ejecutaban una órden del tribunal de la Inquisicion. Ignacio se guardó bien de abogar por el P. Postel: muy al contrario! clamó en voz alta que ya no pertenecia á los suyos, y en efecto le echó de la Compañía, al menos en apariencia; pues Pasquier asegura que algunos años despues de este suceso vió á Postel en Paris, en la casa Profesa de los Jesuitas, en donde murió de unos cien años. No se oyó hablar mas de la Redentora de las mujeres, que era una veneciana llamada doña Juana.

Algunos han creido que Postel fué espulsado de la Compañía por haber manifestado pretensiones de hacerse elegir gefe; mas nosotros convenimos con los que han visto en Guillermo Postel un instrumento de que se sirvió Ignacio para sondear el espíritu público, llamar la atencion sobre él y su órden, captar la imaginacion de las mujeres, y que dejó romper cuando le fué inútil ó peligroso.

Onorina, la hermosa ribereña, murió loca en el monasterio de santa Marta; y su seductor vivió honrado bajo la sombra protectriz de la bandera que por fin pudo enarbolar Loyola con la aprobacion del santo padre.

La bula del *siervo de los siervos de Dios*, su Santidad Paulo 3°, en que se erije una nueva órden religiosa bajo el nombre de Compañía de Jesus, lleva la fecha del quinto de las calendas de octubre (el 27 de setiembre)del año de la encarnacion del Señor 1540. Al 17 de abril del año siguiente Ignacio de Loyola fué reconocido solemnemente como general de la Compañía fundada por el mismo; cuya eleccion fué hecha por cinco miembros: Lejay, Pasquier Brouet, Lainez, Codure y Salmeron, los únicos que en aquella época se hallaban en Roma. Los escritores jesuitas han asegurado con toda formalidad que Loyola reusó al principio la pesada carga del mando, y que mas tarde quiso tambien deponerla: todos los ambiciosos antes y despues de César han hecho la misma farsa.

Ignacio fué pues general de la Compañía de Jesus durante toda su vida; y ya antes de la bula del papa, antes de los sufragios de sus asociados mandaba como gefe de la Órden. Por consiguiente, mas de seis meses antes del primer título emanado de la chancillería romana en favor de los Jesuitas, cerca de un año ántes del nombramiento de Ignacio al generalato, ese habia enviado misioneros á Juan III. rey de Portugal, que queria introducir la religion de Cristo en sus posesiones de la India. Parece tambien que Juan III. dando crédito á las repetidas seguridades de Loyola, de que el principal objeto de la institucion de los Jesuitas era ir á convertir á los infieles, pensó que todos, maestros y discípulos iban á encargarse con gusto de ese santo ministerio, é hizo expresa peticion para lograrlo; mas Loyola se contentó con enviarle Francisco Javier y Salmeron, de los cuales solo el primero partió para las Indias. La conversion de los infieles no ha sido nunca para los Je-

suitas mas que un pretexto á fin de estender su esfera de accion.

El plan de Ignacio acababa por fin de tomar cuerpo, su ensueño gigantesco ha llegado á ser una realidad, y realidad terrible para muchos.

Al pié del castillo de san Angel, Roma ha visto levantarse la casa Profesa, desde dónde va á remover el universo el *papa negro*, como han podido llamar al general de los Jesuitas,

Y como si el mundo invisible se hubiese conmovido tambien por lo que pasa en la tierra, vense aparecer en el cielo estraños resplandores; grandes y formidables imágenes se mueven silenciosamente por los aires!... (1).

Apenas reconocido, á duras penas instalado el nuevo poder se manifiesta y hace sentir su accion en casi toda la superficie del mundo conocido; pues Ignacio impaciente por ejecutar lo que hasta entonces solo se hallaba en estado de teoría, lanza en todas direcciones el ejército de que es el único gefe real, y cuyos batallones van á aumentarse de hora en hora. Por do quiera en que estalle una lucha, sea de un pueblo contra otro ó del pueblo contra un rey, se ve acudir al campo de batalla algun individuo de la negra milicia, que diestramente sabe convertir cada guerra en una victoria, todo apeadero en fija morada, todo consentimiento tácito en un título formal, todo acontecimiinnto en provecho.

A una seña de Loyola, corre el P. Araoz á luchar en España contra los dominicos, esos eternos rivales de la Compañía! La España abre sus puertas á los Jesuitas merced al P. Lainez, que haciéndose casamentero negocia y concluye el matrimonio del hijo del emperador Cárlos V. con la hija de Juan III., rey de Portugal: este á su vez escogió tambien á los Jesuitas por misioneros en la India portuguesa, y les permitió que abriesen colegios en su reino. Sin duda para mostrarse agradecidos á tales favores los Jesuitas ayudaron mas tarde á Felipe II. en apoderarse de Portugal.

Los padres Lefèvre y Lejoy consiguen un triunfo en la asistencia á los dietas de Worms, de Spire y de Ratisbona: Ignacio hace repre-

(1) Desde 1514 á 1571 las poblaciones ignoraates sufrieron frecuentes espantos á causa de las auroras boreales, fenòmeno no esplicado entonces y al cual atribuian siempre el presagio de alguna gran catàstrofe. Insiguiendo al que ha descrito esos *terrores venidos del cielo*, entonces eran mirados como el anuncio de las guerras de la Reforma ó los males causados por los Jesuitas, etc, etc.

Lit. Gardette y Cª Pl. del Palacio, Barña.

Bobadilla, en la batalla de Muhlberg.

sentar su Órden en el concilio de Trento por el Padre Lainez; y este fogoso jesuita en medio de las discusiones del santo areopago alza su voz tremenda, que no tarda en levantar cual cuchilla sobre Teodoro de Beza y los calvinistas de Francia. Francisco Javier marcha á su mision de las Indias; y otros misioneros se disponen á llevar la bandera de su Órden mas bien que la cruz de su Dios á la China, al Congo, al Brasil, al Paraguay, á Egipto, á la Abysinia, al Canadá, á todo el mundo; y ya la Polonia, el Brabante, Sicilia y Córcega ven levantarse en su suelo colegios de Jesuitas.

La Irlanda siempre católica, sobre todo por el odio á los Ingleses, sus conquistadores, que la tienen en opresion, parece dispuesta á revolucionarse contra el terrible rey de Inglaterra, Enrique VIII que acaba de erigir un altar contra otro altar, y se declara gefe de una iglesia independiente de la Iglesia romana: acuden al momento Pasquier-Brouet y Salmeron, soplan y encienden en el corazon de la verde Irlanda una llama voraz que no se apagará ni aun con raudales de sangre.

Cuando los protestantes de Alemania daban muestras de estar para concluir el tratado de paz con el Emperador, ven levantarse entre ellos el sombrio Bobadilla, que con la mano armada de un crucifijo da la señal de las terribles guerras religiosas (1)!

En la batalla de Muhlberg, en que las tropas imperiales y papales se encontraron con el ejército de los príncipes luteranos á orillas del Elba, el 24 de abril de 1554, Bobadilla blandiendo en su mano impia el emblema de un Dios de paz y de amor, condujo al combate los batallones católicos entusiasmados por sus discursos, por su ejemplo, por sus profecías, y no cesó de estimularlos á la mortandad hasta que él mismo cayó exhausto de fuerzas, herido, casi moribundo en la llanura en que el horrible fanatismo acababa de hacer una de sus mayores cosechas (2).

(1) No queremos decir que deba hacerse recaer sobre los Jesuitas toda la sangre derramada en esa larga y deplorable disputa; pero sì pensamos que ellos tienen la culpa de que haya corido tanta. Siguiendo Bobadilla las instrucciones de su gefe temia tanto que los partidos depusiesen las armas, que predicò contra el *Interim*, ley promulgada por el emperador y que podia conducir à la paz. Càrlos Quinto echò à Bobadilla de Alemania. En Roma ese soldado mereciò la aprobacion del Papa y la desaprobacion de Ignacio, al menos en apariencia; pues el general de los Jesuitas no podia malquistarse con Càrlos quinto.

(2) En nuestra época los buenos Padres ya no conducen los batallones beligerantes

A la verdad tales servicios eran ya acreedores á recompensa. Ignacio prometió otros nuevos; la corte pontificia los esperaba y tenia gran necesidad de ellos; por otra parte estaba seducida y tranquila por ese cuarto voto de obediencia especial á la santa Sede, que mañosamente se le habia ofrecido como un atractivo. Loyola vió pues confirmar y acrecer los privilegios de su Órden; la Compañía de Jesus tomar pié do quiera; edificarse sus casas y colegios en todas partes, el número de sus miembros aumentarse tambien de hora en hora: su influencia por fin estenderse y acrecentarse incesantemente.

En aquellos primeros años un papa solo quiso oponerse á la invasion de la sociedad Jesuítica, ya sea por temor de aquel nuevo poder y previendo los escesos, los crímenes que pronto habian de correr al encuentro del poder papal, ya sea solamente por zelos contra el *papa negro*, que poquito á poco se habia hecho su rival. Entonces Ignacio se hallaba en la agonía y no pudo luchar como hubiera querido contra la mala voluntad de Paulo IV.; pero legó su venganza á su sucesor Lainez, el cual se mostró digno heredero de Loyola. Paulo IV. murió poco despues del fundador de la Compañía de Jesus; y apenas descansaba en la tumba, cuando Roma vió á los sobrinos del difunto pontífice, presos, echados en una prision, sin embargo de que uno de ellos era cardenal. Así lo ordenó el nuevo papa Pio IV., adicto á los Jesuitas, quienes habian intrigado para su eleccion. Los acusados solo comparecieron ante los jueces subornados para ir á encontrar al verdugo, que á todos les cortó la cabeza.

Los crímenes que se les imputaban eran los de todos ó de casi todos los sobrinos ó parientes de un Papa; que habian metido á sacomano el arca pontifical, y se habian aprovechado del imperio que tenian sobre su tio, anciano octogenario, haciéndose colmar de honores, de riquezas, etc, para humillar á sus rivales. Convendrémos en todo esto; pero el mayor de sus crímenes, y del que sin embargo no se les acusaba, fué haberse mostrado hostiles á la Com-

marchando à su frente; pero saben por eso impulsarlos à la mortandad de lejos, puestos à retaguardia, y celebrar dignamente el triunfo por mas abominable que sea, de los que han combatido por ellos: ¿el *Te Deum* ò la *Salve Regina* del señor cura de Nuestra Señora de las Victorias, no es el digno eco de los gritos de muerte que levantaran los fanàticos y salvajes vencedores de Lucerna?

pañía de Jesus. Bajo el pontificado del sucesor de Pio IV se logró la revision de la causa de los Caraffas á instancias de su familia, y un nuevo tribunal dió un nuevo fallo declarando la inocencia de los ajusticiados y devolviendo á sus parientes los bienes, títulos y honores de que se les habia despojado; pero no se podia volver la vida á los que habian muerto: los manes de Loyola debieron de quedar satisfechos.

La mision de Ignacio estaba pues cumplida; la Órden que habia creado quedaba reconocida, veíala ya poderosa y temible, no ignorando que su porvenir quedaria en manos fieles y adictas: Loyola podia morir en paz. El viernes 31 de julio de 1556, una hora despues que el glorioso sol de estío hubo coronado con sus primeros rayos la cúpula de la gigantesca basílica de san Pedro, una inmensa multitud diversamente compuesta, sitiaba la entrada de la casa Profesa de los Jesuitas. Estaba ya lejos la época en que Quirino Garzonio prestaba su humilde habitacion á los primeros Padres de la Compañía; pues lo que ahora forma el Vaticano del *Papa negro* y de sus cardenales con bonete cuadrado, es un vasto y bello monumento. A pesar de ser tan vasto, la casa Profesa sin embargo no pudo contener la multitud que allá se ha dirigido, y entre la cual se veian á la vez novicios de la Compañía é ilustres prelados, barones romanos y embajadores estrangeros, judíos convertidos y frailes de todos colores, la congregacion de la gracia de la Vírgen Santísima y lo selecto de las damas romanas; dolor que se manifiesta ú odio que se encubre, interés ó curiosidad. Ignacio de Loyola acababa de espirar en la casa Profesa á la edad de sesenta y cinco años. Desde la vela de las armas en Monserrat habian pasado treinta y cinco años; desde el voto en Montmartre veinte y dos; finalmente iban á cumplirse diez y seis que Loyola con el título de general dirigia la Órden fundada por él mismo.

Las diversas narraciones que tenemos de los últimos momentos del primer general de los Jesuitas, nos le presentan moribundo con tanta prosopopeya como habia gastado en su vida. Sintiendo acercarse su última hora, se puso á profetizar su cercana muerte. Escribió á doña Leonor Mascarenhas, antigua aya de Felipe II, que siempre se mostró fiel y adicta á los Jesuitas, diciéndola que aquella es la última carta que recibirá de él y que se dispone para ro-

gar por ella en presencia de Dios. La víspera de su muerte llamó al hermano Juan Polanco su coadjutor nueve años habia, y le envió á Paulo IV con la mision de besar en su nombre los pies de su Santidad y de pedirle las comisiones de su Beatitud para la montaña de gloria que se prepara á trepar. A fuer de gefe supremo de una órden poderosa, manda que despues de su muerte le arrojen al muladar «por no ser mas que un poco de barro y basura abominable;» estas son las espresiones que pone en su boca uno de sus admiradores. Levanta para sus discípulos el velo que cubre el porvenir de la Órden, y se la muestra radiante y llena de gloria.

Los Compañeros de Jesus rodean en silencio á su agonizante gefe, el cual pasea con lentitud su vista brillante todavia, aunque tan próxima á apagarse. De los seis primeros discípulos de Loyola, cuatro solamente se hallan junto á él en su hora postrimera. Lefèvre ha muerto en Roma, Javier en las costas de la China; pero cada uno de estos ha sido reemplazado por otros mil, que ya no son teólogos pobres, modestos é ignorados profesores á quienes Ignacio ha reclutado bajo su bandera; son hombres eminentes, todos con algun título; estos por su cuna, aquellos por su talento. Los unos han puesto sus riquezas á disposicion de la Órden, los otros su adhesion y su energía. Presintiendo los grandes combates en que la Compañía deberá batallar incesantemente hasta la hora del triunfo supremo, Ignacio ha consagrado sus últimos dias en organizar su negra milicia y en completar su armamento.

Por lo tanto son miradas de orgullo las que dirige en torno suyo. Ignacio ha querido morir con la sotana de jesuita, y vestido así se está incorporado en la cama sostenido por Rodriguez y Salmeron; á su derecha Lainez, casi tambien moribundo, está de rodillas junto á su gefe; á la izquierda Bobadilla, con semblante hosco, sostiene delante de Ignacio un mapa mundi desplegado, en el cual se ven las doce provincias de la Compañía de Jesus rodeadas de una línea ancha y roja (1).

Lo restante del planisferio presentaba de trecho en trecho una

(1) A la muerte de Loyola las doce provincias jesuíticas gobernadas por Profesos con el título de Provinciales, eran: Italia, Portugal, la Sicilia, la Germania superior, y la inferior, Francia, Aragon, Castilla, Andalucía, las Indias, la Etiopía y el Brasil.

especie de piquetes pintados tambien de rojo, que con mas ó menos claridad indicaban sin duda nuevos estados para conquistar ó prontos á someterse. Unos cirios alumbraban aquella escena; mas en ese momento á una señal de Ignacio levántase Pedro Ribadeneira, novicio entónces y que debia ser el primer biógrafo de Loyola, y va á abrir los postigos de una ventana que mira á la parte de Oriente; y en el acto los centelleantes rayos del sol naciente entran á iluminar la pieza.

—El sol de Montmartre! murmura Loyola al oido de Salmeron; y atrayendo en seguida los ojos de Lainez hácia el mapa que tiene Bobadilla, estiende una de sus manos sobre las partes iluminadas de rojo, y pasea la otra con lentitud por los paises en que el jesuita solo ha podido plantar piquetes de espera y de indicacion. Sonriéndose entonces mira á Lainez su heredero presuntivo, al que desea tener por sucesor. Lainez, el Provincial de Italia respondiendo á la sonrisa que ha comprendido perfectamente, con gravedad se inclina en demostracion de promesa silenciosa. De pronto, por un movimiento rápido, Ignacio cubre los dos hemisferios con sus manos tendidas, sonriéndose y mirando siempre á Lainez.

—Si, padre mio, lo juro yo por todos!... dijo con voz vibrante Jacobo Lainez, respondiendo en voz alta, quizás sin advertirlo él mismo. De repente Loyola deshaciéndose de los brazos que le sostienen, se pone en pié sobre la cama, y arrancando el mapa de las manos de Bobadilla azorado, lo levanta con aire de inefable triunfo por encima de su cabeza, sobre el cráneo lívido y descubierto en el cual los rayos del sol forman como una sangrienta auréola.

—Compañeros de Jesus! dijo en aquel momento con voz fuerte y que hace estremecer á cuantos le oyen, el mundo es grande; pero el camino está trazado, compañeros de Jesus, adelante!... Vuelve á caer en la cama; y Jacobo Lainez despues de haber puesto su mano en el pecho de Loyola dijo en medio de un solemne silencio: Hermanos y Compañeros, nuestro Padre Ignacio ha muerto!

Así murió Ignacio de Loyola; ese hombre verdaderamente estraordinario con cualquier prisma que se le mire, ensalzado alternativamente como un santo, condenado como un criminal, alabado como un gran genio, compadecido como un pobre loco. Segun

nuestro parecer tanta exageracion hay en el elogio como en la crítica, en el panegírico como en la acusacion. El que tuvo la idea de un poder tal como el Jesuitismo no pudo ser un hombre comun. Nos consta que la poderosa organizacion de la Órden, y una gran parte al menos de su completo y rápido establecimiento, debe atribuirse á los discípulos de Loyola, Lainez y Salmeron: igualmente nos consta que á los dos sucesores de Ignacio, Lainez y Aquaviva es preciso atribuir una buena parte del terrible influjo que el fundador de la Compañía de Jesus quizás solamente discurrió para la palanca que él creó y de la cual los dos últimos supieron valerse con habilidad aplicando y estendiendo su accion. Si en eso hay honor, á nuestro ver no le toca una pequeña parte á Loyola por su creacion!

Cuando murió, la Compañia rica ya y poderosa habia podido luchar con buen éxito contra algunos reyes y contra el mismo Papa; pues en aquella sazon contaba doce provincias, mas de cien Casas ó Colegios, y millares de miembros esparcidos por casi toda la superficie del globo. En verdad que tal resultado conseguido en menos de diez y seis años refuta victoriosamente la idea de los que solo ven en Loyola un hombre mediocre, que debió su celebridad y sus triunfos á su estravagancia; un pobre demente puede ser un santo como esos sencillos é ingenuos entusiastas los Antonios, los Simeones Stylite; pero no como los Bernardos, los Domingos, mas grandes políticos aun que grandes santos. Cuando se quiere juzgar á Ignacio de Loyola es preciso acordarse de que pertenecia á esos bascos españoles de imaginacion ardiente, y de cabezas algun tanto venáticas, y que á la fria pertinacia de los Bretones parecen unir la volcánica excentricidad de las cabezas meridionales. Por otra parte la mogiganga de Manresa junto con las demas extravagancias de Ignacio, aunque no hubiesen sido un medio de hacer fijar la atencion en él, como nosotros creemos firmemente, eran mucho menos raras, mucho mas admitidas en aquella época que en nuestro siglo, que se rie de todo, hasta de sí mismo; y en verdad que no le falta razon para hacerlo.

Para la buena memoria de Loyola, seria de desear que la acusacion de maquiavelismo infernal y de criminales designios para con los pueblos y los reyes, los hombres y las sociedades; en una

palabra contra todo cuanto se opone á sus proyectos de dominio que al fin y al cabo es el cargo que se ha hecho siempre á su instituto, cargo que nosotros nos proponemos sostener; seria de desear, decimos, que pudiese facilmente rebatirse ó que al menos no se remontase hasta el fundador y primer general de la Compañía. Al establecer Loyola su Órden, ¿tuvo acaso la conviccion de los males que preparaba á la humanidad? ¿Por ventura es él quien legó á sus sucesores esas máximas perversas que ponen en peligro á cuanto existe; esos venenos tan sutíles que alcanzan á toda una nacion aun antes que lo advierta; esa espada levantada sobre toda clase de cabezas, populares ó reales, arma tan peligrosa que hiere á la misma mano que la maneja y dirije?...

Es muy dificil dar una completa contestacion á tal pregunta; pues Ignacio sin duda fué ambicioso y al par de todos los ambiciosos, con poco miramiento debió pasar por encima de los leves obstáculos que presenta la moral comun; y amoldándose al ejemplo de cuantos se encaprichan en una idea ó se identifican con una creacion, sin duda no le causó remordimiento armar por sí mismo con armas terribles á la Órden que habia fundado, ó permitir que ella se armase. Sin embargo, nos repugna admitir que ese hombre, que al cabo mas se parece á don Quijote que á Calígula, sea responsable de todos los atentados de que justamente se puede acusar á la Compañía de Jesus. Oh! si las Constituciones de los Jesuitas tales como las tenemos fuesen por entero la obra de Ignacio de Loyola, y se nos hiciese esta pregunta: «¿Ignacio de Loyola mandó, ó previó sin impedirlo, ó presintió sin deplorar los crímenes con que se ha manchado la negra y peligrosa milicia de que fué creador?» sin titubear responderiamos: «Si! si! mil veces si!... Porque en las Constituciones, como á su tiempo demostrarémos por ser tan fácil y claro como la luz del dia, se encuentra el manantial mas ó menos oculto de ese torrente tortuoso, pero siempre formidable, que en casi todos los puntos de la tierra ha depuesto su hez corrompida y mortifera; porque todos los venenos con los cuales el jesuitismo infecta al mundo tres siglos hace, salieron de esa copa infernal mas terrible que la caja de Pandora, en que al menos quedó la esperanza, copa que solo estará vacia cuando se haya hecho pedazos. ¡Quiera el cielo que sea pronto!

A Lainez y á Salmeron debe ciertamente atribuirse todo ó casi todo lo que en las Constituciones sale de las reglas ordinarias de una órden religiosa, creada en verdad con evidentes intenciones de supremacia y tiranía; á ellos deben atribuirse esas notas equívocas, que so pretesto de completar el sentido, le fuerzan, lo desnaturalizan, hasta le contradicen á veces enteramente; en fin todo ese infernal maquiavelismo de redaccion, que aumentado todavia por Aquaviva, comentado por el P. Suarez, justifica á los hombres y á los actos por mas culpables que sean los primeros, por mas odiosos que sean los segundos si entrambos han tenido por objeto *la mayor gloria de Dios*.... La mayor gloria del diablo se diria mejor; esto es, siempre el triunfo de la Compañía!

Sea como fuere, todos han asestado el tiro contra el nombre de Loyola, solo por haber sido el fundador de los Jesuitas. Creemos inútil ocuparnos ahora en la cuestion acerca de la santidad y de los milagros de Ignacio; si bien diremos algo para completar esa rápida biografia del fundador y primer general de los Jesuitas.

Si para ser un santo basta creer cuanto enseña la Iglesia de Roma, admitir cuanto ella admite, obedecer todo lo que manda, amar lo que ella ama; aborrecer cuanto aborrece, destruir con maña ó fuerza cuanto le hace estorbo, sin escrupulos ni remordimientos; si con esto basta orar, ayunar, disciplinarse, efectivamente Ignacio de Loyola tiene derecho á la canonizacion. A mas, no nos cansarémos de repetirlo, Loyola se entregó á la Iglesia porque el mundo le rechazaba, porque sus ambiciones debian hallar en el gremio de aquella un abundante pasto que ya no esperaba encontrar en el seno de este; y á mas, queremos repetirlo otra vez, sus maceraciones, sus éxtasis, sus extravagancias ascéticas, á nuestro ver solo fueron muy probablemente un medio para llegar al fin propuesto.

A los primeros años despues del reconocimiento de la Compañía de Jesus, el P. Lainez logró que un anciano rico dejase en el testamento la casa y bienes que poseia, á favor de la nueva Órden para que se edificase un colegio de Jesuitas; mas el heredero legitimo reclamó su herencia en justicia, y fué preciso entablar un pleito ante los tribunales de Venecia. Como el adversario de los buenos padres era de una familia patricia, al principio pareció que la balanza judicial despues de haber oscilado con aire indeciso se

inclinaba poco á poco al lado del demandante. Lainez desesperado escribió á su gefe diciéndole que todo estaba perdido. Aqui los carácteres del maestro y del discípulo, del primero y del segundo general de los Jesuitas, se nos presentan con toda claridad, y parecen indicarnos la parte que cada uno de ellos ha de suportar en la reprobacion universal que pesa sobre el instituto entero. Sabedor Ignacio del riesgo que corren los intereses de su Órden, empieza por prometer á Dios tres mil misas, si le es favorable. Mas aunque busque socorro en el cielo no deja empero de procurárselo en la tierra; y logra obtener el apoyo de un cardenal influyente en el senado de la serenísima república. Lainez con toda franqueza acude solamente á los medios humanos; pues sabiendo que el dux tiene una dama de mucho influjo en su ánimo, va á encontrarla, sabe hacérsela propicia, y alcanza una sentencia que sostiene la validez del testamento, y despoja al legítimo heredero en favor de los buenos Padres.

Comprendemos perfectamente porque Roma en sus apuros ha glorificado el arma que se ofrecia á su mano enervada, si bien mas tarde al ver que esa arma no se habia forjado para su solo provecho, procuró romperla ó al menos hacerla reponer en la vaina y obligarla á que no se desenvainase sin órden suya, y solo contra los enemigos que le designaria. Es tambien muy natural que el papa y el alto clero viendo ahora su causa perdida, á pesar de la esperiencia de lo pasado, hayan recorrido á esa arma siempre afilada, siempre peligrosa, siempre dispuesta. Pero reyes y pueblos parlamentos y universidades, santos prelados y aun papas, como se verá mas adelante, han condenado, proscrito y destruido la Compañia de Jesus; y eso nos da derecho á sospechar algun tanto de su fundador. Sea santo á pesar de todo eso; que nos place, y que no se nos hable mas de él!

En cuanto á los milagros de Ignacio, son bastante numerosos si nos atenemos á los PP. Bouhours y Maffei, como tambien á la *Relacion hecha en consistorio secreto, ante nuestro santo Padre el papa Gregorio* XV, *acerca de la vida, santidad, actos de canonizacion y milagros del bienaventurado fundador de la Compañia de Jesus*, impresa en 1622 y que tenemos en nuestro poder. A mas de los milagros obrados por Ignacio durante su vida y contenidos en la bula

de canonizacion, Bartoli refiere otros ciento mas ó menos admirables. Sin embargo, Ribadeneira que vió y conoció á Loyola, no dice nada acerca de los milagros del fundador de su Órden; y el capítulo 13.° de la biografía que escribió de Ignacio contiene una discusion sobre la tesis siguiente: «¿Por qué Loyola no ha hecho milagros?» discusion que Ribadeneira termina diciendo que los milagros no son necesarios para probar la santidad. Parece empero que Ribadeneira se arrepintió de haber dicho eso cuando los jesuitas trataron de continuar á su fundador en el catálogo de los santos; pues en un compendio de su primera obra habla de los milagros de Loyola y cuenta un gran número de ellos, contradiccion que Bayle y sobre todo los Jansenistas han censurado con toda acrimonia. Y precisamente despues de su muerte Ignacio habia de haber obrado cosas verdaderamente maravillosas. Una cortesana perteneciente á la congregacion de la gracia de la Vírgen Santísima fundada por Ignacio, fué curada de un flujo de sangre el mismo dia de la muerte de Ignacio, con solo tocar la sotana del difunto. Muchas damas romanas quedaron igualmente sanas despues de haber orado encima de su sepultura, etc. Sotwel refiere que por los años de 1668 se vió salir sangre fresca y colorada de una estampita de papel de san Ignacio, que rasgaron por inadvertencia ó con intencion. Mas no sigamos adelante con el pormenor de tales absurdos que los jesuitas difundieron por el interés de su Órden; y contentémonos con decir que lograron hacerlos aceptar como moneda corriente á los papas Paulo V, Gregorio XV, Inocencio X y Clemente IX. El primero beatificó á Ignacio en 1609 (1); el segundo le puso en el número de los santos en 1622; y los dos últimos aumentaron los honores del nuevo bienaventurado. En 1644 Inocencio ordenó que fuese honrado por todo el orbe siguiendo el rito semidoble, que tres años despues cambió Clemente en rito doble. Sotwel asegura que en su época habia mas de cincuenta Iglesias

(1) Sotvvel corregido por Bayle, en su *Biblioteca de la Compañia de Jesus* dice que fué en 1605, y confesamos que no hemos querido verificar la data, por haber mirado la cosa como de poca importancia. El epitafio puesto en la tumba de Ignacio es otro punto sobre el que ha habido desacuerdo; pues los Jesuitas dicen que ese epitafio en ¡dioma latino estaba escrito asi: *A Ignacio fundador de la Compañia de Jesus*; al paso que otros escritores nos lo refieren en estos términos: *Quien quiera que seas, que en tu espiritu te representas la imagen del gran Pompeyo, de César ó de Alejandro, abre los ojos á la verdad y verás en este marmol que Ignacio ha sido mas grande que esos conquistadores.*

consagradas á Ignacio en diversas regiones. Una de las mas ricas de Roma es la que le hizo edificar en 1626 el cardenal Luis Ludovisi, y á la cual esta anejo el colegio Romano, fundacion de Ignacio, cuyo cuerpo se conserva allá en una urna revestida de lapislázuli. La pila bautismal de Aspezia en que Loyola fué lavado del pecado original, se hizo un objeto de devocion, á donde acudian de todas partes las mujeres en cinta. Hemos dicho que fué siempre grande el imperio de Ignacio sobre las imaginaciones mujeriles: la reina de España María Ana de Austria compró el antiguo castillo de Loyola, y en 1695 le regaló á los Jesuitas, que cambiaron su nombre en el de Santa Casa.

Nos parece muy curiosa la disputa suscitada en órden al dia en que se celebraria la fiesta de san Ignacio; pues Paulo V habia fijado el 31 de julio (como se celebra en España); pero en el calendario francés aquel puesto estaba ocupado por san German, que parecia poco dispuesto á cederle. Sin embargo, los Jesuitas poco escrupulosos en cualquier materia, con toda sencillez borraron el nombre del santo, rival de su fundador; y fué preciso una decision del papa y un decreto del parlamento de Paris para que san German fuése repuesto en su lugar. ¿A quien no parecerá eso admirable? Ahora en Francia se celebra la fiesta de san Ignacio el 1.° de febrero. Los Jesuitas celebraron su beatificacion en todas partes el año 1609, y sabemos que en aquella sazon, es decir cincuenta y tres años despues de la muerte de su fundador, la Compañía de Jesus contaba treinta y tres hermosas y grandes provincias en vez de doce; trescientas cincuenta y seis casas ó colegios, en vez de ciento; y cerca de once mil miembros de la Órden, en vez de mil doscientos á mil quinientos; y hablando de esos miembros con mucho orgullo decía un predicador jesuita desde el púlpito al hacer el panegírico de su fundador «todos esos miembros son tan sabios «tan prudentes para el gobierno, que entre los hermanos legos (es decir entre los porteros, los cocineros, etc.) se hallan personas «capaces de enseñar á los cancilleres de Granada, y aun á todo el «Consejo de Castilla (1).»

(1) El predicador decia en España esas modestas palabras; y si hubiera predicado en Francia con toda lisura hubiera sustituido á las palabras *Cancilleres de Granada*, las de *Parlamento de Francia*, y al Consejo de Granada los ministros del rey? Nada mas natural.

No hubieran tenido razon los cancilleres de Granada ni el Consejo de Castilla si hubiesen tomado á mal que el Jesuita los propusiera á hermanos legos; pues uno de sus cofrades, el P. Valderame, colocaba á Ignacio al lado de los apóstoles y encima de Moisés; y sometia la cólera del Eterno al mando de Loyola. Otro no menos impio, dijo que, «cuando Ignacio vivia, en el cielo solo podian disfrutar la dicha de mirarle los papas como san Pedro, las emperatrices como la Vírjen Santísima, algunos soberanos monarcas como Dios Padre y su divino Hijo.» Con respecto á eso se ha observado con mucha gracia que al predicador jesuita no le pareció hallar bastante categoría en el Espíritu Santo para participar del honor que disfrutaban las dos primeras personas de la Trinidad!... La Sorbona (1) censuró y condenó á esos tres predicadores. Pero no pasémos adelante; pues todo eso es á la verdad harto absurdo; y ¡plugiese al cielo que absurdos únicamente pudiesemos reprochar á los Jesuitas!

Antes de concluir este capítulo, dirémos dos palabras acerca de los reiterados ataques y de los violentos vituperios en que han incurrido los Jesuitas á causa de su orgulloso dictado. Se ha dicho que los Jesuitas se llamaron asi de la iglesia que tenian en Roma llamada el Jesus; pero eso es un evidente error; pues el tal suntuoso templo le empezó el célebre P. Vignole en 1575, é Ignacio ya desde el principio tomó el título de *Compañeros de Jesus*, para sí y sus discípulos. No era este un título bastante modesto que digamos, cuando los apóstoles solo se habian llamado *Siervos* de Jesus. Quedito y sin hacer ruido los compañeros de Jesus buenamente se llamaron *Jesuitas*. Como todos saben Jesus es el nombre propio de Dios Hijo, no siendo el de Cristo, por decirlo así mas que su nombre comun, una calificacion, y significa ungido del Señor, elegido, consagrado por el Señor. Asi pues los secuaces de Jesus no atreviéndose á tocar este primer nombre, se llamaban solamente *Cristianos*, del segundo; y entre ellos no hubo jamás ningun Jesus, nombre divino y reservado. Al abrogarse los jesuitas ese título sin escrúpulo y sin cumplimientos, han querido crearse una supremacia sobre los demas hijos del Padre comun de los fieles, y dar á

(1) Famoso colegio de Teología establecido en Paris.

entender que ellos estaban unidos mas estrechamente con la segunda persona de la Santísima Trinidad. Asi lo esplican Arnaud, Pasquier y todos los severos contrarios de la Compañía.

Los Jesuitas para rechazar esa acusacion muy bien fundada, han supuesto que ellos no pidieron el título de Compañía de Jesus para su Órden; sino que el papa Paulo III fué quien se lo habia dado en su bula de institucion (1). Y al decir eso los buenos Padres han faltado á la verdad, como han hecho siempre que esta podia perjudicarles. Con efecto se lee en la bula de institucion de Paulo III, y se repite en la bula de confirmacion de Julio III, la frase siguiente puesta en la peticion presentada al primero de esos papas por Ignacio y sus discípulos: «El que querrá bajo el estandarte de la cruz y en nuestra Compañía, que deseamos sea decorada con el nombre de Jesus, etc., etc..» Segun Pasquier desde el principio en Francia se les llamó *Jesuitas*, y este nombre que se encuentra en una apuntacion de Cárlos Dumoulin, famoso abogado de la época, se lo darian los Parisienses, los cuales sospechaban que esos hombres negros no tenian de Jesus, su glorioso patron, mas que

(1) Esa misma falsedad la han repetido, no al principio de las *Constituciones*, como dice Pasquier, sino del *Exámen general*, en donde se lee:, Esta humilísima Congregacion, que al instituirse recibió de la santa Sede el nombre de Compañía de Jesus, etc.,, cuando consta que Ignacio de Loyola quiso que él y sus discípulos se llamasen Compañeros de Jesus. A mas, los Jesuitas se han contradicho muchas veces acerca de eso, porque en varias ocasiones han hecho servir de gloria para sí y de atractivo para los demas el bello nombre que habian sabido tomar : decian pues que el título de Jesuita era igual al menos al de obispo; que los apóstoles fueron los primeros jesuitas; que el Jesuitismo tomára nacimiento en el seno de la inmaculada Vírgen con su divino Hijo. «Las demas órdenes, añadian, se han llamado Agustinos, Bernardos, Franciscos, Dominicos, segun el nombre de sus fundadores. El fundador nuestro se llamaba Ignacio de Loyola; pero nosotros no somos ni *Ignacios* ni *Loyolistas*; ó mas bien nuestro verdadero fundador y patron es Jesus, Hijo de Dios, y nosotros nos llamamos Jesuitas.» No hay fábulas que no hayan inventado para confirmar la supremacia que se atribuian sobre las órdenes rivales; y por eso cuentan que un cierto fraile, á quien no califican de otra manera, á la hora de la muerte revelò al P. Mahez, confesor del virrey de Barcelona, que todos los Jesuitas se salvarian. —¿Y los de vuestra órden? preguntó el confesor.—El agonizante no respondió sino dando un profundo suspiro..: Algunos jesuitas mas modestos solamente han escrito que los miembros de la Compañía se salvarian durante el espacio de tres cientos años. ¡Alerta pues, buenos padres, que ya han transcurrido los tres siglos!

Erase en Paris un jóven á quien se le apareció san Juan y le preguntò si queria ser Capuchino ó Cartujo. Lo que Dios quiera, contestó el mozo. Entonces el santo le deja tres tiras de papel en las que estaban inscritos los nombres d « Capuchinos y de Cartujos en letras de plata , y el de los Jesuitas *en letras de oro*... Los Jesuitas siempre se han ocupado en tan gran manera de la tierra, sin duda porque están tan seguros del cielo.

una hipócrita apariencia. Referimos esto del modo que lo hemos hallado en el *Catecismo de los Jesuitas* del maligno Pasquier; pero si eso no es verdad, al menos es muy bien hallado!

Parece tambien que los Jesuitas por sí y ante sí, dieron á los simples profesos las calificaciones de Padres y de Reverendos, concedidas hasta entonces tan solo á los Abades, gefes de una casa religiosa, y á los Obispos.

Ahora el uso ha autorizado el término de Jesuita, y es sabida la calificacion enérgica é infamatoria que el lenguage popular ha encontrado en esta palabra. Podrá alguno enfadarse si le llaman hipócrita y tunante; pero se enfurecerá si buenamente le llaman *Jesuita*! ¿No es este el fallo mas terrible que se ha podido dar contra los buenos Padres?

Hemos contado la ereccion y descrito los primeros pasos de la Compañía de Jesus: de aqui en adelante presentarémos su desenvolvimiento; pero ántes nos parece necesario, indispensable, dar á conocer su forma, sus bases, y su moral. Todo esto se halla en las Constituciones, libro que arrancó gritos de admiracion al cardenal Richelieu, á ese gran político, á ese hombre que supo transformar la birreta en corona verdaderamente real. Con efecto, las Constituciones son el arsenal tan espantoso como admirable en que el sombrío ejército levantado por Ignacio, mandado ó dirigido despues de él por los Lainez, los Aquavivas, los Sanchez, los Molinas y los Escobares ha encontrado todas sus armas. Es pues de absoluta necesidad introducir en él al lector. Procurarémos abrirle las puertas mas secretas y descorrer el velo que siempre ha tapado, al menos en parte, la entrada de ese terrible santuario y de ese sombrio laboratorio de iniquidades.

CAPITULO III.

Constitucion y Código de los Jesuitas (1).

El presente capitulo debe mirarse como capital; pues su objeto es dar á conocer, segun la forma que hemos adoptado, las monstruosas leyes que rijen á la Compañia de Jesus, y que al presente como en lo pasado, y para siempre jamas serán un peligro terrible, inminente, un peligro de muerte para toda nacion que deje establecer y obrar en su seno, á cielo descubierto ó en lugar subterráneo el multíplice rodage de esa máquina verdaderamente infernal.

(1) Las leyes conocidas de la Compañia de Jesus se publicaron en Praga en 1757, por órden de la última junta general, en dos gruesos volúmenes en folio, con el título *Institutum Societatis Jesu*. Esa especie de Código jesuítico contiene las noventa y dos Bulas dadas á la Compañia por la santa Sede; una coleccion de todos los privilegios de la Compañia, con el título *Compendium privilegiorum*; las *Constituciones* con sus *Declaraciones*, precedidas del *Exámen general*, los decretos de las *Juntas* generales de la órden, las *Reglas* generales y particulares, los *Cánones*, *Instituciones*, *Disposiciones* de los generales, etc; finalmente los *Ejercicios espirituales* y el *Directorium* ó modo de emplear la obra ascética de Loyola.

Debemos hacer observar que cuanto ha llegado á nuestras manos en órden al Codigo jesuitico, ha sido á pesar de los esfuerzos de los buenos padres para ocultar su organizacion. Con efecto, en las reglas y disposiciones de los generales, se lee: «que ningun miembro de la Compañia ha de decir nada á los forasteros de lo que se hace ó debe hacerse; y sobre todo que nadie comunique á los profanos las *Constituciones* ú cualquier otro libro de esa clase.» Aun hay mas: á los novicios solo se les muestra una parte de esas Constituciones cuando han hecho los votos; y el que no es superior necesita permiso del P. Provincial para poderlas leer. (Véase el *Institutum*, tomo 2.°

Al relato de las obras debe preceder la esplicacion de los principios. Hase dicho desde mucho tiempo acá que la historia de la famosísima Compañía se encuentra en embrion en sus leyes y constituciones: por esto pues hemos querido, y debiamos presentar aqui una rápida reseña de esas leyes; al menos de las que conocemos. No es dudoso para nosotros, como tampoco lo es para muchas personas, que hasta ahora solo hemos podido observar una parte de los resortes interiores, que desde el fundador Ignacio, hasta el P. Roothan, actual General de los Jesuitas, han dado movimiento al vasto cuerpo, por el mismo impulso, hácia el mismo fin, y con la misma fuerza.

Debemos decir tambien, que cuanto sigue es un estracto fiel de las leyes de la Compañía de Jesus; al cual hemos dado la forma que hemos creido menos desagradable al lector, ya para cumplir fielmente nuestra promesa, ya tambien por la imposibilidad de referirlo todo. *Ingenuo* es pues un símbolo fácil de comprender; su historia es un apólogo cuya moralidad se deducirá sin ningun trabajo; en una palabra, *Ingenuo* es el aparato de los espejos concéntricos, que recogen y condensan en un solo haz luminoso los rayos solares que existen, pero desparramados en la atmósfera. Sin embargo de que no nos hacen maldita la gracia los *autos de fe*, de cualquier género que se supongan, no obstante confesamos que de veras apetecemos, anhelamos vivamente, que nuestra obra como la del gran geómetra y aun con mas buen éxito, contribuya á lanzar rayos contra esos *negros* enemigos aparecidos otra vez en el noble suelo de Francia, que marchan á atacar nuestras libertades, nuestra tranquilidad!... Disimule el lector esta digresion.

Ingenuo era todavia muy jóven cuando entró en un colegio de Jesuitas: esos colegios, verdaderos planteles de la Compañía, que allá educa á sus subordinados, los forma y escoge, se deben á Ignacio de Loyola, quien fundó el primero en Roma el año 1550; y ya hemos dicho como esos colegios se multiplicaron rápidamente. Los Jesuitas para atraer la juventud hácia ellos siempre han cuidado de tener profesores eminentes, á cuyo fin el capítulo 13.° de sus Constituciones les permite en caso necesario echar mano de hombres agenos de la Compañía, cuando la reputacion de esos les dé el prestigio deseado; pero vigilándolos cuidadosamente. Para dar

una idea de la libertad concedida á los profesores, bastará citar las siguientes reglas del *Institutum*, que tienen relacion con la enseñanza de la filosofía. «En las cuestiones de metafísica no se tratará de Dios, ni de las inteligencias, ni de la presencia de Dios, ni tampoco de su eternidad, etc., etc., (1) » A pesar de tan singulares cortapisas los colegios de los Jesuitas pudieron atraer numerosos alumnos, asi de los que estaban destinados á la Compañia, como de cuantos querian sencillamente entrar en el mundo despues de haber cursado estudios mayores. No dejaban de contribuir singularmente á ese resultado los predicadores Jesuitas encargando en sus sermones á los padres de familias, que diesen una buena educacion á sus hijos; recomendacion ordenada á dichos predicadores en una regla del tomo 2.°, pág. 203 del *Institutum*. Con el bien entendido que la buena educacion solo podia recibirse en los colegios de los Jesuitas. Es verdad que sobre este punto no reza nada el *Institutum*; pero los predicadores sabian decirlo con mas ó menos lisura, mas ó menos mañosamente; y los confesores sabian tambien hacerlo caso de conciencia: así fué que el padre de Ingenuo, hombre de elevada cuna, de mucha riqueza, muy respetable, si bien de cortos alcances, fué inducido á confiar la educacion de su hijo á los Jesuitas, sin pensar ni por asomo en hacerle miembro de su Compañía. Ingenuo entró temblando en casa de los buenos padres; mas estos sabiendo que su nuevo alumno era hijo único de un anciano rico, supieron convertir el chico de huraño en sociable; le mimaron, le bailaban el agua delante; pues si le reprendian era en tono amoroso, si le recompensaban era con profusion y cacareandolo; á menudo le proporcionaban la ocasion de hacer brillar su talento en las tésis públicas, que los Padres hacian sostener en sus colegios para mostrar asi la importancia de los estudios; y le encargaban el mas interesante papel en las representaciones teatrales, que los Jesuitas siempre han autorizado en sus colegios. Si bien es fácil adivinar el fin que se proponian los Reverendos Padres con esas representaciones teatrales, dirémos sin embargo que á veces se servian de ellas para glorificar á su Órden y á los amigos de esta, ó para ridiculizar y hacer

(1) Este aserto parecerá sin duda raro y exagerado; pero el que quiera puede convencerse de la verdad leyendo el *Institutum* tomo 2°, paginas 194 y 227. *Ratio Studiorum*.

odiosos á sus enemigos. En el colegio de Clermont, que no lograron abrir hasta que estuvo en el trono el sucesor de Enrique II, á pesar de que este monarca les habia concedido el permiso, en 1631 hicieron representar por sus alumnos una pieza hecha contra la universidad de Paris en globo, y particularmente contra cada uno de sus miembros mas ilustres. Asegúrase que el traje de los actores, sus ademanes, sus maneras, todo su modo de representar era de lo mas indecente. Lo mismo sucedió en Caen en 1720.

Concedian tambien á Ingenuo con mucha mas frecuencia que á los otros alumnos el odioso espectáculo del castigo de los hereges (1). A mas, no se le imponia nunca ninguna de las penas corporales tan recomendadas en el Código jesuítico (2). Nombráronle *decurion*, honor que le concedia el privilegio de imponer penas ligeras ó dispensarlas; finalmente en atencion á su calidad de alumno noble, se le concedia un asiento mas elevado que á los de sus condiscípulos plebeyos (3).

Merced á la maña que se dieron los buenos Padres, Ingenuo les cobró tanto afecto, que solo le ocupaba el temor de si su padre le sacaria del colegio de los Jesuitas. Mas el amoroso autor de sus dias satisfecho de los adelantos del hijo, contento con los elogios que le prodigaban el P. Rector y el Perfecto de estudios, é igualmente los profesores y los coadjutores temporales y espirituales, de cada dia mas se felicitaba por la buena idea de haberle confiado á esos dignos Padres... Sin embargo, poco á poco la confianza cedió el lugar al temor y á la inquietud; pues notó que su hijo perdia insensiblemente los colores de la salud, y la natural alegria de su edad; que estaba mohino y melancólico, y que las demostraciones de amor antes tan francas y llenas de regocijo eran muy limitadas, menos expansivas. Comunicó sus temores á los Jesuitas, quienes se dieron buena mano en tranquilizarle. Sin embargo, léjos de desaparecer los mismos síntomas subieron á tal punto, que el padre

(1) *Ratio Studiorum*, tomo 2° del *Institutum*, pàg. 200.

(2) « A los que quieren resistir à la correccion manual, se les debe forzar à ello, si puede hacerse con toda seguridad. «(*Ratio Studiorum*, tom. 2° pàg 200). Vease tambien en las memorias de san Simon, la historia del jòven Boufflers, quien murió à consecuencia de una correccion de esta naturaleza.

(3) Singular privilegio concedido al orgullo humano por los que hacen voto de humildad. Para convencerse de ello léase la pàgina 166 del *Institutum*.

de Ingenuo alarmado por fin de veras, tomó la resolucion de sacar á su hijo del colegio. Mas cuando fué á noticiar esa determinacion al P. Rector, este le hizo saber que Ingenuo inspirado por la divina gracia, habia salido del colegio para entrar en una casa del Noviciado de la Compañía de Jesus á la cual deseaba pertenecer (1).

El padre de Ingenuo sorprendido, alarmado, pidió que al menos le dejasen ver á su hijo; pero los Jesuitas con sus constituciones en la mano, le probaron que no podia concedérsele tal gracia, puesto que una vez admitido en la casa del Noviciado, Ingenuo no debia comunicarse con los de afuera, y ya no podia decir «tengo padre» sino tan solo «yo tenia padre (2).»

Esplicarémos como poquito á poco lograron que Ingenuo tomase esa estrema resolucion, cual si estuviera inclinado á ella.

Ante todo debemos decir que los Rectores de los colegios cada año envian á Roma, á su General, un catálogo formado segun las notas de los catedráticos, el cual contiene las calidades y defectos de cada alumno, su temperamento, sus progresos, su aptitud, el encargo á que parece llamado en la Compañía y la utilidad que esta puede sacar del tal sugeto (3). Las notas concernientes á Ingenuo y entre las cuales es muy probable que se hiciese figurar la calidad de hijo y único heredero de un anciano rico, determinaron al gefe de la Órden á mandar que se tendiese el lazo junto á esa jóven res. Desde entonces los profesores en sus conversaciones particulares inculcaron á Ingenuo disposiciones para la piedad, y sobre todo para la piedad segun la entienden los Jesuitas (4). A

(1) «Si los Jesuitas ven algunos de los alumnos que les agraden, los atraen à su bando, y una vez los han cogido los hacen desaparecer de la vista de los suyos para que no los puedan disuadir. Hermosa trampa à fé mia!. . (Pasquier, *Catecismo de los Jesuitas*).

(2) Véase el *Institutum* acerca de los Reglamentos del Noviciado. Los novicios jesuitas no pueden hablar con los de la casa, sino únicamente con quienes haya designado el Superior.

(3) He aqui uno de esos catàlogos tal como llegò à manos de Pasquier.

CATALOGUS PRIMUS COLLEGII PARISIENSI. ANN. 1590.

Ingenium.	Judicium.	Prudentia	Experientia.	Prosectus in litteris	Naturalis complexio.	Adquæ Societatis ministeria talentum habeat.

(4) Las palabras de la Institucion dicen asi:» En conversaciones particulares se les escitarà à la piedad, de modo que no parezca atraerlos a nuestra religion; pero si se los conociese favorablemente dispuestos se pasarà el encargo à manos del confesor.»

poco le leyeron y le hicieron admirar la vida de san Ignacio, con la risita en los labios le preguntaban si queria participar de la gloria que ese santo habia alcanzado en la tierra, y de la felicidad que disfrutaba en el cielo. Tampoco descuidaron hablarle de los extraordinarios privilegios concedidos á la Compañía de Jesus, y que mas adelante harémos conocer; de sus grandes hechos en lo pasado y de las cosas aun mayores que podia hacer en lo sucesivo. Decíanle al mismo tiempo cuan suave era la disciplina de la Órden, cuan ligeras sus obligaciones, cuan fáciles sus deberes religiosos; y procuraban tambien impregnar con vapores místicos á ese corazon tan jóven, y que se prestaba no obstante á inspiraciones estrañas, desconocidas. Habian hecho entrar á Ingenuo en una congregacion establecida en todos los colegios de los Jesuitas bajo la invocacion de la Vírgen Santísima; lo cual era como una primera consagracion religiosa. Los profesores á tenor de lo contenido en el *Institutum* no admitian en la academia de su colegio, es decir, entre los alumnos mas distinguidos, á quienes se honraba particularmente, y á quienes se ofrecia á la admiracion pública, á los que reusaban alistarse en la bandera de la Vírgen; al paso que sus congregantes de derecho eran miembros de la sobredicha academia. A mas, es bien sabido cuan dulce y atractiva es la religion de la Vírjen Madre, cuan vivamente habla á las imaginaciones de las mujeres y de los niños!

Pero como el alma de Ingenuo, separada de la direccion trazada hácia el cielo, á veces dejaba escapar alguna chispa de aspiracion terrestre; manos hábiles, pero siempre prudentes, supieron de vez en cuando y como por casualidad, levantar un poquito el velo inmenso detras del cual la Compañía de Jesus remueve y manda al mundo al abrigo de profanas miradas.

Y todo esto iba acompañado hábilmente de prudentes consejos y de afectuosas demostraciones, de promesas místicas, de amenazas vagamente formuladas, de severidades paternales, y de mimadas roncerías. La voz de la religion se unió con la de la razon humana: los últimos suspiros del jóven fueron ahogados en la sombra del confesionario; Ingenuo quedó completamente subyugado.

Entró pues, segun hemos dicho, en una casa de Noviciado, desde donde escribió á su padre para noticiarle su firme y voluntaria reso-

lucion, su inmutable decision de entrar en la Compañía de Jesus. Sègun las reglas de la casa esa carta fué entregada al P. Ministro del noviciado, quien la hizo llegar á donde iba dirigida, despues que Ingenuo hubo hecho las correcciones, supresiones y adiciones que le sugirieron. El padre de Ingenuo contestó inmediatamente á su hijo, suplicándole que volviese á su lado, aunque fuese solamente para recibir su último suspiro y su bendicion; pues decia en la carta: «tu abandono, hijo mio, me ha desgarrado el corazon tan cruel y profundamente, que sin duda me costará la vida. ¿Querrás pues dejar morir á tu anciano padre solo y desesperado?»

Esa carta no llegó á manos de Ingenuo, porque las leyes de la Compañía dan al gefe de cada casa de Jesuitas el derecho de abrir y de leer toda carta escrita á cualquiera de sus moradores, y tambien el mas lato derecho de suprimirla si lo juzga oportuno (1).

El padre de Ingenuo no tardó en morir solo y desesperado como habia escrito, maldiciendo á un hijo ingrato. Cuando este supo su muerte ya estaba ligado con el Instituto á pesar de que no tenia la edad prescrita. Esplicarémos ahora como la Compañía de Jesus sabe eludir las decisiones de los concilios y sus propios reglamentos.

Cuando Ingenuo entró en la casa del Noviciado acababa de cumplir catorce años, cuya edad fijan rigurosamente los cánones eclesiásticos para la admision de un novicio en toda Órden religiosa; regla que los Jesuitas muchas veces han quebrantado, porque las Declaraciones autorizan á sus Generales para que puedan violarla aunque sea contra las mismas Constituciones. Los medios empleados antes para obrar sobre la imaginacion del jóven, allá se pusieron de nuevo en accion y con una energía progresiva. Un nuevo medio, el mas poderoso de todos, acabó de completar lo que llamaron vocacion del buen muchacho: pusiéronle en las manos los *Ejercicios espirituales*, esa obra ascética escrita por Ignacio y dictada por Dios y la Vírgen; el *Directorium* le prescribió la manera con que era preciso hacer esos *Ejercicios* para sacar de ellos todo el fruto posible. La oracion, el aislamiento, la reclusion, la obscuridad, la meditacion de los *dos estandartes y de las tres Clases*, todas esas fórmulas prescritas por el fundador para dispertar en el neó-

(1) Todo eso es de una verdad que ni los mismos Jesuitas pueden disputar; pues todo se halla en sus leyes. (Véase el *Institutum*, etc.)

fito una exaltacion religiosa, obraron tan poderosamente en la imaginacion de Ingenuo, que en una noche casi pasada en representarse los profundos horrores del abismo infernal, los inauditos y eternos tormentos de los condenados, el muchacho azorado se levanta como demente, y perseguido por los terribles espectros, evocados por su imaginacion sobrexitada, fué á arrojarse á los pies del Superior pidiéndole con un torrente de lágrimas que le admitiese inmediatamente en el seno de su Órden, que ofrecia á su alma la paz en este mundo y la felicidad en el otro.

El Superior levantó al chico sobresaltado, le consoló afirmándole en su resolucion; y á sus repetidas instancias para entrar luego en la Compañía de Jesus, le esplicó que los Cánones y sobre todo el Concilio de Trento prohibian á toda Órden religiosa recibir como Profeso, es decir como miembro irrevocablemente ligado, á todo el que tuviese menos de diez y seis años, y que á mas era indispensable que pasasen dos años entre la admision en una casa de Noviciado y la Profesion. Pero al mismo tiempo y como por un movimiento de tierna lástima para con el jóven, el Superior le hizo entender que estaba en su propia mano abrirle la puerta cerrada á la cual llamaba, y esplicóle sucesivamente que las leyes de la Compañía permitian ofrecer á Dios, ántes de la edad fijada, los votos llamados de *Devocion*, que solo ligan la conciencia; cuyos votos se renuevan cada seis meses, hasta que el Novicio cumple la edad de diez y seis años, siendo costumbre escribirlos y firmarlos en un registro reservado para este solo uso, y eso por *causas honrosas* (1)! Aturdidas completamente todas las facultades de su ser á causa de la conmocion que en él produjeron esos *Ejercicios espirituales*, los cuales segun una sombría y espantosa espresion del mismo *Directorium*, dejan al neófito «como oprimido y sufocado por la agonía,» precipitóse Ingenuo en el camino que se le indicaba, con calenturienta alegría firmó al momento una promesa formal por la que se

(1) *Ob honestas causas*. En verdadque uno no podria menos desoltar una carcajada si no le ahogase la indignacion. Por lo demas salimos garantes de la exactitud de todos esos pormenores que pueden verse en las leyes jesuíticas, o en su glosa o en sus comentadores. Entre otros Suarez ha sostenido que la Compañia podia recibir esos votos y mirarlos como obligatorios à pesar de los cànones y de los concilios. Nosotros añadimos que la edad de catorce años para el Noviciado, y de diez y seis para la Profesion, edad formalmente exigida por el Concilio de Trento en su vigésima quinta sesion, es aun muy tierna para tener la fuersa de ligarse con votos eterros.

ligaba en presencia de Dios y sobre su conciencia con la Compañía de Jesus, en la cual, decia, deseaba vivamente entrar y para siempre jámas. Incauto jóven!...

Concluido el primer año de noviciado, año que supieron hacerle pasar lleno de calma y de alegrías místicas, participaron á Ingenuo que las leyes de la Compañía de Jesus exigian que cada uno de sus miembros renunciáse sus bienes haciendo voto de pobreza. Ingenuo manifestó que estaba pronto á despojarse con gusto de toda la fortuna que poseía, indicando al mismo tiempo la intencion de hacer pasar esa fortuna á un hermano de su difunto padre cargado de una númerosa familia, y á quien una serie de desgracias no merecidas habia reducido á un estado casi de indigencia. Mas entónces leyeron al Novicio esas estrañas leyes de la Compañía, las cuales quieren que quien es admitido en ella se *despoje de todo afecto de la carne para con sus padres, de un afecto desordenado para con sus parientes, y que destierre hasta su memoria inútil desde aquel momento* (1). En seguida le objetaron gravemente que Jesucristo no dijo «Dad á vuestros parientes;» sino: «Dad á los pobres!» Y ¿quien mas pobre que una Compañía en que todos sus miembros hacen voto de pobreza? Pero que si acerca de eso se le ofrecia alguna duda, las leyes de la Compañía le permitian dejar la decision de ese asunto á tres personas recomendables, que él mismo escogeria de entre los miembros de la Compañía con beneplácito del Superior (2).

Las *tres personas recomendables* probaron victoriosamente al Novicio que debia hacer completa entrega de sus bienes á la Órden de que se miraba ya como miembro. Llamados el Rector y el Provincial aconsejaron á Ingenuo, como un modo mas perfecto y recomendado á mas por las Constituciones y por las decisiones de la segunda junta general, que hiciese la entrega pura y sencilla al General de la Compañía (3). Ingenuo hizo pues la donacion; y mas

(1) Todas esas cosas tan estrañas como aborrecibles se hallan en el *Exámen* general que precede á las *Constituciones*.

(2) Vease tambien el *Exámen general*.

(3) El superior puede mandar la donacion pura y sencilla de los bienes del Novicio, no solo cuando lo juzgue conveniente, sino por la sola voluntad de quererlo asi; y en tal materia es lo mas acertado; pues los lazos del voto tienen ya encadenado al neofito. (Suarez, *De Relig Societ. Jesu*, *lib IV*, *cap VI*, *pag.* 500).

tarde supo que el Superior de la casa de Noviciado hubiera podido mandarle lo que solamente le aconsejó.

Al cabo de los dos años de Noviciado llegó el instante en que Ingenuo debia ligarse solemne é irrevocablemente con el Instituto; mas habíase ya rasgado algun tanto el velo de las ilusiones que estendieran sobre los ojos de Ingenuo su inexperiencia y la astucia de los que procuraban atraerle á sí. A pesar de las infinitas precauciones tomadas para disimular ó al menos para dorar los grillos que iba á imponerse, habia columbrado ó adivinado la espantosa opresion que le aguardaba. Habíanle leido la carta de san Ignacio á los Jesuitas de Portugal en órden á la obediencia, respecto á la cual el fundador quiere que cada miembro de la Compañía quede reducido al estado de cadáver (1). Y lo que principalmente habia alarmado la cándida alma de Ingenuo fué el haber sabido que esa obediencia, la cual hace del Jesuita *un palo* en manos del General, no solamente se exigía en órden á la permanencia en las Casas de la órden, sino tambien respecto á las relaciones con el mundo, y que se aplicaba tanto á los actos de la vida religiosa como á los de cualquier otra naturaleza. Al principio habia sujetado su voluntad, sus sentimientos, su pensamiento, á la autoridad de sus superiores; pues le habian enseñado que era conforme á la regla esa servil sumision, esa completa abnegacion de su ser, aun cuando el superior no estuviese dotado de prudencia ni de saber; *aun cuando no tuviese probidad* (2). A fin de justificar esto, los Jesuitas han dicho que el voto de obediencia era el voto principal en su Órden, y que la obediencia suplia en la Compañía de Jesus las penitencias y maceraciones impuestas á las demas Órdenes por sus reglas, y de las que ellos estan exentos.

Pero, poco á poco sintió Ingenuo que su entendimiento se sublevaba contra esa degradacion á que querian someterle: llevado ya á una rebelion involuntaria, pero de instinto, por la primera vez ha-

(1) » *Similiter atque senis baculus, perindè ac si cadaver.*» Estas son las espresiones de la carta de Loyola tantas veces citada.

(2) «*Etiam si superior probitate careat*» dice el *Institutum* en la pàg. 410. ¿No es monstruoso todo eso?

Segun las *Constituciones* es justo todo lo que mande el Superior; pues este debe ser mirado como el representante de Dios, y como investido de los privilegios de la Divinidad. ¡Con qué aun que le falte probidad! ¿No es asi, mis buenos Padres? *Etiam si probitate careo?*,.

bia abierto los ojos, y mirando en torno suyo al principio conmovióle, le chocó cuanto habia visto, y luego le indignó, le disgustó. La delacion impuesta como un deber para con el Superior; encargada por el confesor como un caso de conciencia; la delacion, ese punto fundamental de la doctrina jesuítica, le pareció sobre todo una cosa muy fea (1). Quizás por una de esas casualidades que burlan la mas refinada desconfianza, Ingenuo habia podido atisbar las profundidades de la terrible cueva en que no le habian introducido como iniciado, y en donde debia consagrar muy pronto su cuerpo y alma ante la tenebrosa ara de otro Molock devorador.

Acababa el mozo de cumplir diez y seis años; pobre pajarillo al que una mano hábil habia sabido acostumbrar á la jaula; mas su alma acababa de advertir que tenia alas, y ya impaciente queria volar hácia esos espacios infinitos que se presentan á los deslumbrados ojos de la juventud al caer el velo de la infancia.

En la helada cárcel do habian querido encerrar á esa alma amante, Ingenuo oia resonar con fuerza la voz de la naturaleza; y trabóse entónces una lucha espantosa, desgarradora, cuyos intervalos ocupaban el torvo estupor, el profundo abatimiento ó la siniestra desesperacion. Ligado por la solemne promesa que firmó de entrar en la Compañía de Jesus tan pronto como cumpliese diez y seis años, por la vergüenza de faltar á su palabra, de desmentir su conducta pasada, y desvanecido ya su entusiasmo agitado y quizás por vagos temores, vaciló mucho tiempo; mas cuando se habia cumplido el término prefijado; pálido y con horribles latídos de corazon se presentó al superior de la Casa pidiéndole como un particular favor que dilatase su profesion, y que al menos por poco tiempo le dejase vivir en el siglo. Prevenido el superior sin duda por un chisme del sistema de espionaje comun, ó por el eco del confesionario, acerca de la lucha que sostenia la combatida alma del neófito y de la tibieza que demostraba desde algun tiempo, sin conmoverse

(1) La quinta junta general pone la delacion en una de las reglas.

El *Institutum* (tom, 2.° pag. 331, XV Instruccion para los confesores) ordena à los hermanos coadjutores que cada noche denuncien las faltas que hayan llegado à su noticia; y à los confesores les manda que prescriban la delacion como un caso de conciencia. Se imponen penas severas à los individuos de la Compañia que no se conformen con esa regla odiosa. La delacion no solo està mandada en òrden à los actos del interior de la casa, sino tambien con respecto à todos los del exterior.

oyó la demanda de Ingenuo, y con tono de ternura paternal le prometió accederia á su solicitud siempre que se la repitiese pasado un mes, dilacion que exigia de su amado hijo en Jesucristo, para que pudiese reflexionar sobre sus deseos y á fin de que el Espíritu Santo con sus divinas luces le iluminase, enseñándole el camino que debia tomar.

Al retirarse Ingenuo rebosaba su corazon de alegría, y casi se hubiera entristecido por mostrarse tan indigno del amor que le manifestaban aquellos de quienes estaba decidido á apartarse.

Pero mientras se pasaba el mes prefijado despues del cual esperaba salir de la casa del Noviciado, los buenos Padres movieron todos los resortes para detener la presa que bregaba en la red. Con destreza hicieron resonar todas las cuerdas del alma vibrante de Ingenuo: le ofrecieron los triunfos de la carne, la esperanza del mando á su jóven ambicion; los trabajos apostólicos, los gloriosos peligros de las misiones lejanas, necesarias á su actividad; un pasto para cada uno de sus gustos. Tras las reprensiones siguieron los pesares, las chanzas despues de los consejos, amenazadoras profecias sucedieron á conmovibles súplicas. En la sombra del confesionario la voz del mismo Dios habló á los oidos del reacio neofito. Todo eso debió de obrar con mucho poder en aquella alma de diez y seis años, é Ingenuo sintió que la copa á la cual queria poner los labios abrasados contendría desde entonces un brebaje de amargura; pero resueltamente queria bever en ella.

Al terminar el plazo fijado por su superior, indicó á este que estaba en la misma intencion de bolver al siglo.

— Está bien, hijo mio, respondió el Superior; pues aunque segun nuestras leyes el voto que habeis pronunciado y la promesa firmada son obligatorias, sin embargo quiero revelaros de ellos. Si juzgais que no debeis estar mas tiempo entre nosotros, teneis abierta la puerta de esta santa casa. ¡Pero reflexionadlo, hijo mio, mientras aun es tiempo! Pensad en lo que os ofrece nuestra Compañía y lo que hallareis en el mundo! Al salir de nuestra Órden, en la cual cada miembro seria para vos un hermano, entraréis en el mundo en donde cada hombre será para vos un enemigo. Y ¿como podréis luchar solo, sin apoyo, sin fortuna?...

— Pero, su Reverencia, interrumpió Ingenuo, no se acuerda de

que yo soy rico, muy rico segun dicen, y que la riqueza.....

—¿De qué riqueza hablais, hijo mio?

—Toma! de la que me dejó mi padre.

—Vos os olvidais, hijo mio, de que esos bienes ya no os pertenecen; pues al entrar aqui como novicio hicisteis donacion de ellos á nuestra Órden. Insiguiendo nuestras Constituciones y segun vuestra súplica, el General de nuestra Compañía ha dispuesto de ellos.

—Pero, padre mio, segun el *Exámen general* el Novicio que no hace los votos debe recobrar sus bienes.

—Pero, hijo mio, segun las Declaraciones se entiende únicamente del dinero depuesto en manos del Superior.

—¿Con qué se entiende eso? preguntó Ingenuo sobrecogido.

—Asi es, hijo mio; y aun nuestros casuistas miran como un pecado despojar de esta manera á la Compañia de Jesus (1). Mas yo confio, querido hijo, continuó el Superior con fingida amabilidad y aprovechando el silencio de estupor y de indignacion que guardaba Ingenuo, yo confio que atendiendo mejor á vuestro propio interés, permaneceréis en nuestra Compañía, á la que parece debeis hacer honor, procurando hacer brillar en todo su lustre el talento que Dios os ha dado para la mayor gloria de su santo nombre!.... Retiraos en paz, hijo mio!

Pasados algunos momentos de un vertigo semejante al de un hombre que se hubiese dormido en un blando y profundo lecho, y hubiese dispertado en el borde de un precipicio sin fondo, Ingenuo volvió en sí, quiso sondear la profundidad del abismo en que le precipitara su inexperiencia, y se dijo con desaliento que no tenia ningun medio de salir de él. Su jóven alma ya no pensó en la posibilidad de una lucha; lucha que vanamente han intentado y en la que casi siempre han sucumbido hombres ya formados, y de naturaleza enérgica y nacidas para el combate.

(1) Es la opinion que profesa Suarez, el gran comentador de las leyes de la Compañia. La séptima junta general confiesa ingenuamente que esa regla debe mantenerse con severidad, en atencion á que, dice, muchos se quedan en la Orden por saber que saldrian despojados de todo, al paso que se saldrian si tuviesen la esperanza de llevarse algo. (Véase el *Institutum* pág. 588, del tomo primero). Varios Papas han probado inutilmente obligar á la Compañia que señalase una pension alimenticia á los infelices espulsados de su seno ó que saliesen voluntariamente. ¿Tiene eso necesidad de comentarios?

Ingenuo cuidadosamente vigilado, bien catequizado, no tardó en pronunciar los votos solemnes que le ligaban para siempre á la Compañía, y cuya fórmula es poco mas ó menos la misma que la de los votos pronunciados por Ignacio y sus primeros discípulos en la capilla subterránea (V. pág. 8).

Solo los profesos prometen obediencia especial al papa; y es lo que se llama votos solemnes. Despues que Ingenuo estuvo en la Casa Profesa hizo los votos simples, cuya formula es la siguiente y tal como la pronunció Ingenuo.

« 1° Yo Profeso de la Compañia de Jesus prometo á Dios omnipotente, delante de la Vírgen Santísima y de toda la corte celestial, y delante del P. Provincial, que no trabajaré ni consentiré jamas, por ninguna razon que se cambien las reglas establecidas en las Constituciones de la Compañia en cuanto concierne á la pobreza, sino cuando justos é imperiosos motivos hicieren juzgar necesario estrechar mas esa obligacion de pobreza.

2.° Prometo á mas no trabajar ni pretender nunca, ni aun indirectamente, para ser elegido ó promovido á alguna dignidad de prelado ó á cualquiera otra dignidad en el seno de la Compañía.

3.° Prometo á mas no trabajar ni pretender ser elegido para alguna dignidad de prelado ú otra fuera de la Compañía, y no consentir en ser elevado á ella sino en fuerza de la obediencia debida al que puede mandármelo so pena de pecado.

4.° Si yo sé pues que alguno busca ó desea una de las dos cosas, prometo delatar á ese y todo el caso á la Compañía ó á su General.

5.° Prometo tambien, que si por la razon susodicha llegase el caso de verme al frente de una Iglesia, asi para la salvacion de mi alma como por el interés de la administracion que me hubieren confiado, conservaré una tal deferencia y sumision al General de mi Órden, que jamás reusaré sus consejos, ya sea que me los dé él mismo, ya sea que me los dirija por otro miembro de la Compañía delegado en su puesto y lugar. Prometo obedecer siempre sus consejos, sujetando á ellos mis resoluciones, en fuerza de su prudencia. Pero debe entenderse siguiendo las Constituciones y Declaraciones de la Compañía de Jesus....»

La duodécima junta general decidió que despues del nombre del

Superior en cuyas manos se pronunciasen los votos simples ó solemnes, se añadiese: «que ocupa el lugar de Dios.» La fórmula que hemos copiado, y que adoptaron la primera y tercera junta general no contiene esas palabras. En los primeros tiempos de la Órden no hubieran osado decir que un General, un Provincial, ó si se quiere un simple miembro de la Compañía, delegado, pudiese ocupar el lugar de Dios: honor concedido únicamente á los papas y no sin dificultad; pues son bien sabidos los argumentos con que los Galicanos han debatido tal proposicion. Pero los Jesuitas se rien de los Galicanos!....

Ingenuo está ya ligado con la Compañía de Jesus, está ya irrevocablemente en su poder; pues si bien las Constituciones permiten que el General pueda despedir de la Órden á cualquier individuo, sea Novicio ó Profeso; este empero no puede deshacerse los lazos que para él son indisolubles: asi que el General pudiendo obrar cual déspota, á su antojo dispone del talento, de las acciones, de la misma vida de cada uno de sus subordinados. Conformándose con sus órdenes este será predicador, aquel escritor; uno se encargará de dirigir la conciencia de un rey y vivirá en la esplendidez de una corte, otra irá á morir infelizmente en paises lejanos, blanco de la ferocidad de los salvages desconfiados ya del zelo de los misioneros.

Este último destino hubiera sido sin duda el de Ingenuo á haber nacido en baja cuna, sin nombre, sin importancia en el mundo; mas su familia era una de las principales del pais y de mas ascendiente Tambien confiaban mucho en el talento de que verdaderamente estaba dotado, si pudiesen alcanzar que lo emplease en provecho de la Órden. Hicieron como que habian olvidado la indecision, la repugnancia mostrada por Ingenuo al entrar en la Compañía de Jesus, y que hubieran castigado mas tarde á no haber mediado lo dicho ántes. Procuraron pues reconciliarle con la posicion que ya habia fijado en los límites de la Órden, cuya tarea fue facilísima á causa de la postracion en que se hallaba el desventurado jóven despues de su corta lucha; á mas de que la vida es bastante placentera en las casas de los Jesuitas, porque casi no se está ligado á ninguna de las reglas de las otras Órdenes; pues ni siquiera tienen coro. Cuando un miembro de la Compañía se entrega á maceraciones, ayunos y

penitencias escesivas, es porque sus superiores han conocido que aquel individuo no puede servir sino para ser presentado como un modelo de santa austeridad.

Ingenuo emprendió de nuevo sus estudios y los continuó con grandísimo calor, al principio para distraerse; mas luego para satisfacer la necesidad de viveza que en él se dispertaba. Sus Superiores le destinaban al púlpito, al cual parecian llamarle su viva imaginacion, su palabra seductora, su voz armoniosa, su semblante pálido y melancólico, pero siempre hermoso, hasta en el ruido sordo de la tempestad que pudieron conjurar en el seno del jóven, mas sin lograr desvanecerla.

¿Y por qué hemos de continuar por mas tiempo este triste cuadro? Ingenuo llegó á ser un famoso predicador; sucesivamente se vió honrado con los principales destinos de la Compañia; le nombraron confesor de un soberano; obtuvo el capelo; muchas veces vió entre sus manos la suerte de las naciones y de los reyes; á su supremo mandato se inflamó ó estinguió mas de una vez el incendio de las guerras políticas ó religiosas; logró por fin satisfacer á sabor todas sus ambiciones. Verdaderamente debió llamarse feliz! Feliz?...

¿Veis allá en el cimenterio junto á una tumba cubierta de matas, aquel hombre de rodillas, cuya cabeza descubierta está inclinada al mausoleo arruinado? Aquel hombre en cuya ancha frente parece descubrirse el vestigio del rayo que Milton señala en la frente del ángel rebelde; ese hombre jóven todavia, si bien se descubren en él todas las señales de la senectud, ese hombre es Ingenuo, Ingenuo que ha querido venir á espirar sobre la tumba de su padre.....

Largo espacio estuvo arrodillado sin poder derramar una lágrima, sin poder orar siquiera; mas al estender la noche sobre el cimenterio su ligero manto de húmedos vapores, Ingenuo hizo un movimiento, y un sepulturero que á la sazon pasaba por allále oyó pronunciar estas palabras: «¡Muero solo y desesperado como vos, padre mio!»

Tales fueron las últimas palabras de Ingenuo.

¿Procurarémos describir las atroces luchas, los espantosos sufrimientos que revela este último grito? Si tal intentasemos seria

referir la historia de cuantos han entrado en la muy famosa Compañía dotados de alma sensible y recta intencion, ya sea impelidos por su mala estrella, ya arrastrados por las maquinaciones de los Reverendos Padres. Hasta que esa alma se endurezca y esa recta intencion se falsee, agudos dolores debe sufrir el corazon del infeliz que con horror se ve reducir al estado de cadáver, segun la terrible espresion de Ignacio; verdadero cadáver por cierto, que á un impulso estraño, en el momento que se le mande debe alzarse y caminar en medio de los vivientes, convertidos en estraños para él y á los cuales, si es necesario para llegar al punto do es impelido, debe hollar, aplastar con sus piés á sangre fria, aunque resuenen en sus oidos los gritos de las víctimas, el clamor de una persona querida, la voz de los que en otro tiempo se complacia en llamar con los dulces nombres de Padre y de hermano!... Y en ese cadáver galvanizado, que por fatalidad debe recorrer la senda que se le traza, representaos ahora la llama de la vida no apagada; con la prohibicion de dejar aparecer en el esterior ninguna vislumbre que pueda anunciar su existencia! Esa pobre alma brega en su prision, dándose de cabezadas por las paredes y procurando en vano detener á ese cuerpo insensible, cuyos nervios se niegan á transmitir las emisiones de su voluntad; no pudiendo siquiera contener el pié que va á pulverizar un pecho amigo, el brazo que va á descargar contra un inocente!... Cesa en tus dolorosos combates, alma infeliz, no te entregues á una lucha tan desesperada como inútil! En vano gritas á ese cadáver en que habitas: «Detente! detente!» Una voz mas poderosa le dice: «Anda! anda!» y el cadáver va siguiendo su vereda, silencioso, solitario y terrible, hasta que haya cumplido su mision!

Tal fué por largo tiempo el suplicio de Ingenuo. Mucho tiempo se indignó en silencio por las órdenes que se le daban; irritáronle los actos impuestos; durante mucho tiempo derramó lágrimas amargas, lágrimas de sangre á cada injusticia, á cada perfidia, á todo acto afrentoso ó criminal que la Órden cometia por sus manos. Mas poco á poco su corazon se secó y desaparecieron todos los santos afectos de la naturaleza, reprobados por las Constituciones con el calificativo *desordenados!* Y entonces en lugar del corazon Ingenuo tuvo solamente un pedazo de bronce, que solo vibraba golpeado por los dedos de los gefes de la Órden.

Llegó por fin á ensoberbecerse de vestir la sombria librea que con tantos temores y angustias habia tomado. ¿Acaso no se han visto asesinos cubrirse orgullosamente con su infame renombre como si fuera un manto real? Desde entonces ya no conoció Ingenuo otros intereses que los de la Compañía, y se verá luego cuan opuestos son á los demas del mundo; no tuvo otra moral que la suya, y mostrarémos cuan peligrosa es; otros principios que los sentados por ella, y es bien sabido que la Compañía, harto famosa, hace consistir sus principios en no tener ninguno. Finalmente Ingenuo ya no vió en los hombres sino obstáculos ó instrumentos; en las leyes cosas favorables ó nocivas; en la misma religion un pretexto ó un medio; en el mundo entero un campo de batalla, una vasta presa... habia llegado á ser un Jesuita perfecto.

¡Un Jesuita!...

Llegó el momento de esplicar lo que es un Jesuita, y lo haremos sin reticencias y sin titubear; sin acrimonia; pero igualmente sin temor. Los Jesuitas nunca nos han hecho mal ni bien; por lo tanto nos hallamos en la posicion conveniente para pronunciar un fallo imparcial.

Pues bien, ¿qué es un Jesuita?

En las lejanas playas de la Nueva Zelandia se ve nacer tal cual vez una planta parásita en el tronco de un frondoso árbol, sin saber hasta ahora como eso sucede. Aquella planta pequeña y poco vistosa al principio, crece insensiblemente y forma una especie de vid flexible que adorna el arbol al cual sus verdes pámpanos y sus lozanas flores deben su subsistencia. A fuerza de chupar el jugo y sustancia del árbol á que está asida, engruesa, crece y se esparrama metiendo por todas partes sus innumerables barrenas que se enroscan á todo cuanto hallan, y se clavan como las garras de un tigre en la carne de la gacela.

Cada una de esas fuertes barrenas es un chupador enérgico y voraz; asi pues llega el dia en que por la soberbia vegetacion del parásito muere el árbol, á no intervenir una mano amiga ó una tempestad propicia que lo libre de la gigantesca sanguijuela vejetal. Puede llamarse dichoso si por sus abiertas llagas no ha perdido las últimas gotas de su savia (1).

(1) Como esa planta parásita aun no ha recibido nombre científico, proponemos á

El parásito devorador, al principio pequeño y modesto, y luego orgulloso opresor, es la Compañía de Jesus; el árbol, su apoyo y su víctima, es toda nacion en cuyo seno se establece; y cada barrena tan tenaz y destructora, es un Jesuita.

Segun confiesan sus Constituciones, en la Compañía de Jesus hay seis estados ó maneras de existir; y luego esplicarémos nosotros que hay un séptimo no confesado todavia.

La clasificacion de los seis estados es la siguiente:

Los Novicios; los cuales se dividen en tres clases: *Novicios* destinados al sacerdocio, *Novicios* destinados á cargos temporales, y *Novicios indiferentes* ó cuyo destino no está determinado con precision.

Los Coadjutores temporales formados;

Los Escolares aprobados;

Los Coadjutores espirituales formados;

Los Profesos de los tres votos;

En fin, los Profesos de los cuatro votos.

Los Novicios son aprendices Jesuitas; los Coadjutores temporales son los hermanos legos, servidores de la Órden; los escolares son Novicios que han pronunciado los votos simples, es decir los de pobreza, castidad y obediencia, pero que aun no han hecho el cuarto voto de obediencia especial al papa, y estan destinados para proveer de profesores necesarios á la Compañia. Los Coadjutores espirituales que solo hacen tambien los votos simples, forman la clase de predicadores y misioneros; y de ellos salen igualmente los Rectores de colegios, los Procuradores, Administradores y Directores de las Residencias y casas de Probacion.

Los Profesos de los tres votos tienen poco mas ó menos la misma categoría y el mismo destino que los Coadjutores espirituales. Los Profesos de los cuatro votos son los únicos á quienes es dado inmiscuirse en los negocios secretos, y formar parte del conclave en que se nombra al General de la Órden, y esos son los verdaderos Jesuitas; á los cuales conceden las Constituciones una sotana mas larga y el bonete cuadrado en señal de manifiesta distincion. De entre ellos elige la Congregacion general el gefe supremo de la

nuestros botánicos que cambien su nombre vulgar *Rata* que no significa nada, en el de *Jesuita*, que tendria una significacion tan exacta como fácil de comprender.

Órden, cuyo nombramiento es vitalicio y se le confiere un poder absoluto que deben templar y modificar los Asistentes, especie de ministros que no modifican ni atemperan nada.

Las Constituciones dicen que el General puede ser depuesto; pero ¿por quien? Por los Asistentes ó por una Congregacion general. Mas los Asistentes puede decirse que son nombrados por el General, quien tiene la facultad de suspenderlos cuando quiere y hasta echarlos de la Órden. Ese poder se lo dan las constituciones y no pueden quitárselo jamás, porque la Compañía no debe cambiar ni modificar los artículos esenciales de sus constituciones; y segun consta asi por una bula del papa, como por un decreto de la séptima junta general, el gefe de la Compañía es el único que tiene el derecho de determinar cuales son los artículos esenciales. El despotismo del General de los Jesuitas es pues tan grande como seguro. Ha habido papas que han intentado limitarlo y escatimarlo; pero á todos les ha salido mal. Hombres ha habido en la Compañía de Jesus que han abusado de ese poder, entre otros Aguaviva, sin que los oprimidos osasen sublevarse contra el opresor. ¿Mas la obediencia ciega no es la primera cosa que se enseña á quien desea ser Jesuita? se entiende que es, de la obediencia para con su gefe!

A las Órdenes del general hay en cada provincia de Jesuitas un gefe con titulo de Provincial, cuyo poder grande en apariencia, es en realidad muy restricto á causa del medio empleado siempre en la Compañía, y tan preconizado por sus leyes: la delacion. Cada Provincial, lo mismo que todo superior, tiene cerca de sí un hermano consultor, que es un espía. «Los consultores de los Rectores y de los Superiores locales, dice el *Institutum*, enviarán cartas cerradas dos veces cada año al Provincial, y una vez al General. Los consultores de los Provinciales dos veces cada año enviarán tambien cartas al General, en las cuales lo especificarán todo desentendiéndose de todo respeto humano, de toda consideracion particular, etc.»

Al General se le envian dichas cartas por enero, y á los Provinciales por enero y julio.

Conforme ya hemos dicho un Jesuita debe reciprocamente ser espia del otro; pues los que se niegan á la delacion son castigados mas severamente que los culpables; y los confesores la prescriben

como un caso de conciencia; no cabiendo la menor duda de que el confesionario es uno de los medios empleados por la Inquisicion jesuítica. El general siguiendo las Constituciones no puede echar de la Órden á un Profeso sino con asentimiento del Papa; pero nada hay mas fácil para el General como obtener ese permiso motivando su decision: á mas de que las mismas Constituciones le dan el derecho de enviar á cada uno de sus subordinados, aunque sea Profeso, á donde mejor le parezca y por tiempo determinado ó *indeterminado*, lo cual es muy parecido á un destierro ó quizás á otra cosa peor; pues hay climas tan lejanos en que el aire es tan insalubre, paises tan llenos de peligros y de los que no se regresa jamás! Algunas veces sin embargo los Pachas de la Compañía han sabido sustraerse al poder del Sultan de Roma, al menos por un cierto espacio de tiempo. Nos ha ocurrido esta idea al leer cierto pasaje de una obra curiosa escrita por el P. Mariana. Ese pasaje es tan edificante respecto á la Compañía, precisamente por haberle escrito un miembro suyo, que no hemos podido resistir al deseo de citarle aqui todo entero.

« Cualquier falta que cometa uno de los miembros de la Compañía, dice Mariana, pasa del todo desapercibida con tal que tenga mucha audacia y maña, y sepa disimular su conducta. No hablo *de los crímenes mas groseros* de que podria hacer una *enumeracion bastante estensa*, y que *se disimulan* so pretexto de que no hay pruebas suficientes, *ó por medio de que eso haga ruido y perjudique á la Órden*. Pues parece que todo nuestro gobierno solo tiene por objeto ocultar las faltas, como si á pesar de esas vanas cenizas el fuego no debiese descubrirse tarde ó temprano por la aparicion del humo. Tenemos bastantes ejemplos para probar como solo tratan con rigor á los desvalidos que no tienen fuerza en sí *ni apoyo ageno*; pero *á los demas* aunque cometan grandes males no se les llega al pelo de la ropa. Un P. Provincial, ó acaso un Rector lo trastornará todo, violará las reglas y las Constituciones; y despues de algunos años por gran castigo se le exime de su encargo, y aun *las mas veces se halla mejorado en tercio y quinto*. ¿Hay algun superior que haya sido castigado por tales demasías? Yo no conozco ninguno... Con tristísimos ejemplos se podria manifestar como *entre nosotros á los buenos se les mortifica y hasta* SE LES OCASIONA LA MUERTE,

sin causa ó por causas muy leves, pues hay la seguridad de que no harán resistencia; pero tocante á los malos se les sufre porque se les teme (1)!

¿No se ve aqui una preciosa pintura de esa Compañía que nos muestran tan bien unida, tan bien gobernada? y oiga que es obra de uno de sus mismos miembros.

Pero poco nos importa que la Compañía de Jesus se despedaze con sus propias manos; ó que hayamos de alabar á Dios porque se desgarre á sí misma. Cuando los lobos se devoran unos á otros las selvas son menos peligrosas. Dirémos ahora algunas palabras en órden á los principios y á la moral de los Jesuitas, bien que á decir verdad los hechos que vamos á referir por sí solos serian bastantes para formar juicio de esa moral y de esos principios.

En lo que puede llamarse la Constitucion y código de los Jesuitas, dejan conocer estos ya sea por el texto, ya sobre todo por sus notas, que ellos no han de hacer caso de la ley civil, ni de la religiosa; que á lo justo ó injusto dan una interpretacion ó mas bien significaciones enteramente diversas de la idea que tienen los demas hombres. El *Institutum* manda á los diferentes miembros de la Compañía de Jesus que se consagren sin reserva á los intereses de su Órden; pero esas reglas estrañas estan envueltas en cierta reserva; pues las *Monita secreta*, ó instrucciones secretas de los Jesuitas, dicen con lisura que no se debe perdonar ningun medio para conseguir cuanto sea útil á la Compañía, ó para apartar cuanto pueda serle perjudicial (2).

Citarémos de las *Monita secreta* algunas prevenciones tomadas al acaso.

« Cuando los nuestros se establezcan en algun lugar no conviene que compren bienes, y si lo hacen debe ser buscando una persona fiel que les preste el nombre, con el fin de mostrar siempre suma pobreza. Si los bienes estan cercanos al establecimiento, el Provincial debe asignarlos á otros establecimientos distantes; pues de este modo los príncipes ni los magistrados no pueden cerciorarse de las rentas de la Compañía. »

« Es preciso sacar de las viudas cuanto dinero sea posible; á cu-

(1) *De las enfermedades de la Compañia de Jesus*, por el P. Juan Mariana.

(2) Véanse las *Monita secreta* ó Instrucciones secretas de la Compañia de Jesus.

yo fin se les hablará incesantemente de nuestras necesidades.»

« Solo el Provincial sabrá lo que posee cada provincia; asi como el General únicamente lo que contenga el tesoro de Roma: debiendo ser un inescrutable arcano para los demas! »

« Sobre todo se procurará granjearse la voluntad de las princesas y grandes señoras por medio de las mugeres que estan á su servicio, cuya amistad se buscará por todos los medios posibles; pues ellas facilitarán la entrada á la familia, hasta para los asuntos mas reservados. »

» Sobre todo para tener de nuestra parte á los príncipes y á los de su servicio no deben escasearse los regalos á sus favoritos, etc.»

«Será conveniente tomar dinero á interes y luego colocarlo donde reditúe mas..... La Compañia puede tambien comerciar con utilidad valiéndose del nombre de los ricos comerciantes que nos sean adictos.»

« En cada lugar donde los nuestros se establecieren deben tener un médico fiel á la Compañia, al cual recomendarán á los enfermos poniendo su saber sobre las estrellas; y ese médico á su vez hará ver cuanto exceden los nuestros á los demas religiosos, y nos hará llamar con preferencia á la cabecera del enfermo. »

» Cuando las mujeres se quejen de los vicios de sus esposos, se les enseñará que pueden sisar algun dinerillo para ofrecerlo á Dios en expiacion de los pecados de aquellos.»

Despues de haber dicho que es preciso echar de la Compañía á los que no quieren hacer cuanto pueda serle útil aunque fuese una accion vergonzosa ó criminal, las *Monita secreta* añaden:

« Como aquellos á quienes se haya echado de la Compañía estan al corriente de algunos secretos y pueden perjudicarnos, á fin de oponerse á sus conatos se observará lo siguiente: antes de salir de la Compañía se les hará jurar que no escribirán nada perjudicial á la Órden, cuya promesa se les hará escribir y firmar. A mas, sus antiguos superiores han de conservar escritas sus malas inclinaciones, sus defectos y vicios que hubiesen descubierto y confesado, segun la costumbre de la Compañía; todo lo cual ha de contribuir á hacerles mal tercio para con los príncipes y prelados. »

« Es preciso atraer á los jóvenes á la Compañía con regalos, con

halagos, con exhortaciones, con amenazas del infierno y de la condenacion eterna, etc.»

«Si alguno de nuestros confesores en el tribunal de la penitencia recibiese la confesion de una persona fuera de la Compañia sobre una falta vergonzosa cometida con un individuo de la Órden, no le dará la absolucion sino cuando haya nombrado el cómplice.»

«Si alguno de los nuestros tiene esperanza cierta de obtener un obispado ó cualquier otra dignidad eclesiástica, á mas de los votos ordinarios de la Compañia, *se le obligará* á prestar otro, á saber: que siempre pensará y hablará bien de la Órden, que solo recibirá por confesor á un miembro de la Compañia de Jesus; en una palabra, que no tomará ninguna resolucion importante, sea sobre lo que fuere, sin haberse aconsejado con la Compañia.»

» Los confesores y predicadores pondrán sumo cuidado en no malquistarse con las religiosas..... Por lo contrario, procurarán captarse la amistad de las abadesas y de las superioras; quienes les facilitarán al menos el medio de oir las confesiones de las hermanas.... Las abadesas, que generalmente son ricas y nobles, pueden ser utilísimas á la Compañía ya por sí mismas, ya tambien por sus parientes y amigos: asi que por su mediacion se trabará conocimiento y amistad con la principal gente de las poblaciones.»

« No será poco útil para nosotros mantener secreta y prudentemente las divisiones y altercados que pueden existir entre los príncipes y los grandes, aun cuando esa maquinacion debiese causar la ruina de entrambos partidos.»

« Convendrá aspirar á las prelacías, abadías, canonicatos y simples curatos; tambien á la silla apostólica, sobre todo si el papa llegase á ser príncipe temporal de todos los bienes: y he aqui el motivo porque con prudencia y secreto deben emplearse todos los medios para estender el poder temporal de la Compañia.»

« Mas cuando no hay esperanza de llegar á ese termino, y es imposible evitar el escándalo será preciso cambiar de política conformándose con la época, y por medio de los nuestros que se hayan insinuado en el ánimo de los príncipes, procurar que estos se declaren la guerra. Por ese medio se conseguirá que llamen á nuestra Compañía como un poder capaz de inclinar á los demas, moderarlos, reconciliarlos y hacer disfrutar del beneficio de la paz; de

aqui se seguirá tambien que la Compañia cuando menos se verá recompensada con ricos beneficios y grandes dignidades..... »

La conclusion de las *Monita secreta* nos ha parecido sublime hasta no mas.

« Finalmente.... la Compañia hará todos sus esfuerzos para inspirar terror á cuantos no hayan querido manifestársele afectos. »

No ignoramos que los Jesuitas sostienen ser falso lo dicho acerca de las *Monita secreta*; mas no podrán hallar ninguna sofistería contra algunas otras citas que vamos á continuar sacadas de libros escritos por sus mas célebres Padres.

Por de pronto pónganse suma atencion al siguiente artículo de las leyes de la Compañia:

« Ningun miembro de la Compañia de Jesus puede publicar una obra sin haberla sujetado primeramente á la censura de tres examinadores á lo menos, delegados por el General. »

Toda obra publicada por un miembro de la Compañia es pues reconocida y aprobada por ella misma, si el autor no ha sido echado de su seno, castigo en el cual hubiera incurrido no sometiéndose á la censura establecida en el código Jesuítico. No pueden pues los Jesuitas deshacerse, como otras veces lo han procurado, de tan importuna ó peligrosa carga echándola á hombros de un solo miembro de la Órden; y es importante parar en ello la atencion.

Las muestras que pondrémos á continuacion en órden á la moral de los buenos Padres, las hemos recopilado de las obras de sus mas célebres casuitas, de quienes se ha dicho generalmente que eran abogados espirituales, encargados de enseñar á sus clientes la ciencia de armar pleitos á Dios; mas el lector verá que los casuistas Jesuitas enseñan el medio de burlarse de Dios y de los hombres. Con efecto, merced á su moral asi se puede violar la ley religiosa como la civil; los mandamientos divinos como los principios naturales; y todo eso sin remordimiento alguno. Podriamos citar innumerables ejemplos; pero bastarán los siguientes.

Los Jesuitas justifican el robo.

Esta proposicion resulta evidentemente demostrada de la doctrina establecida por los PP. Lessius, Bauny, Amicus, Escobar, etc, que se esplican asi: « Los criados no cometen pecado mortal hur-

tando á sus amos lo que se bebe ó se come, con tal que ellos mismos consuman cuanto han hurtado. Un religioso no peca tomando *lo que cree* le hubiera dado su Superior (1). » ¡Cuanta latitud concedida á las índoles malignas!

« Un hijo ocupado por su padre, puede tomar lo que el padre le negare (2). »

« Un tabernero puede aguar el vino con tal que sepa justipreciarlo. »

« Un sastre al comprar paño para otro puede quedarse con el dinero que le hayan rebajado. »

« Un carnicero puede valerse de pesos falsos si han tasado mal el precio de la carne (3). »

« Un cortesano favorito del gefe del Estado puede comprar una deuda por poco valor, cuando sabe que sacará todo su importe (4). »

¿Acaso no es concluyente todo eso? Es verdad que uno de los casuistas citados termina diciendo « que por el peligro que hay en ello, estas cosas no deben decirse á todos. » Confesion tardía! ó mejor dicho confesion preciosa, cuyo sentido demuestra hasta la última evidencia que avergonzados los mismos Jesuitas de su moral, solo la miran como un medio de que únicamente deben valerse ellos ó sus criaturas!

Los Jesuitas justifican los vicios y el libertinaje.

« No es pecado decir entre sí: Si el adulterio no fuese pecado, yo le cometeria (5). » Filliutius añade á mas que eso se estiende hasta los religiosos.

« No es pecado grave beber y comer hasta causar vómito, aunque sea con intencion de pecar (6). » Otros casuistas son de opinion que uno puede embriagarse diariamente si es cosa necesaria para la salud; pero lo que es mas grave y lo que está en completa contradiccion con nuestras leyes, es que los Jesuitas sientan que

(1) Lessius, *De just. et jur. lib.* libro 2, pág. 118.
(2) Escobar, T. 1. Examen 10. pag. 138. El P. Bauny es del mismo parecer.
(3) Amicus, *De just. et jure. disp.*
(4) Filliutius, T. 2. tratado 35, pag 457.
(5) Manuel Sa. *Verum peccatum* , pag. 560.
(6) Escobar en su *tratado.* Examen 2.°, pag. 298.

no deben imputarse á pecado las consecuencias de la embriaguez!..... Y que! ¿vosotros absolveis al asesino porque estaba borracho cuando cometió el crimen? Mas no tardarémos en ver como conceden la misma absolucion á los homicidas que ni siquiera tienen la escusa de la embriaguez.

« Decir ó escuchar *obscenidades*, en conversacion ó por mera curiosidad, presentarse en cueros vivos ó mirar á otra persona en el estado natural; mostrar el pecho ó los muslos, todo eso es pecado venial, aunque haya diferencia de sexo, con tal que uno esté algo apartado y que se mire por poco tiempo (1).»

Segun Escobar, « Los que se han dado palabra de casamiento pueden cometer indecencias con tal que no tengan coito,» Y Sanchez añade « que esa restriccion no es rigorosa, con tal que pueda cohonestarse la accion, como seria verbi gracia por parte del novio, el deseo de probar *que no es de caracter arisco*!

Pasma al ver que el P. Bauny pretenda que se dé aquiescencia al pecado de un amo con una criada, y tambien al de dos primos cuando no puedan vivir separados sin grande incomodidad.

Molina en su libro *De las cosas que se pueden hacer rectamente*, dice: « Es permitido alquilar una casa á mugeres públicas, aun cuando uno sepa de antemano el uso para que se quiere la cosa alquilada;» y esta es la opinion que sostiene Escobar. Segun Ledesma, Manuel Sa en sus *Aforismos de la confesion*, é igualmente Sanchez sostienen que sin incurrir en pecado puede uno servir á una concubina ó ayudarle, etc. Todo esto es ridículo y asqueroso; pero lo que sigue es infame:

«Puede un hijo sin pecar servir á la concubina de su padre; una hija podrá arreglar la cama para (2).... ¿Quien no se horroriza al oir esto? ¿Y hasta que punto no deben avergonzarse los que profesan una moral semejante y se atreven á escribir tan abominables preceptos?

Los jesuitas predican el desprecio de las leyes

«Un juez puede recibir dinero de un individuo que comparece ó

(1) Filliutius, tratado de las costumbres. t. 11. c. 10, pag. 325. Habiendo dicho ese suista que uno pecaria si se mirase o descubriese las partes. Escobar le corrije y dice que tal escepcion no es *absolutamente necesaria*.

(2) Hurtado *apud Diana*, parte 5 pag. 435.

ha de comparecer ante su tribunal; y si corre algun riesgo haciendo lo que se le ha pedido, no está obligado á la restitucion (1).» ¿No se entiende asi? pues Escobar se adelanta mas, como siempre, y dice con toda lisura que un juez no peca contra la justicia por haber recibido dinero para inclinarse á favor de una de las partes. No entendemos pues como siguiendo los Jesuitas esa doctrina hay magistrados que se atrevan á mostrárseles favorables.

Manuel Sa es de opinion que «un Religioso no puede ser castigado por haber servido de testigo falso ante un juez seglar.»

El P. Bauny en el cap. 13, pág. 201 de su libro, propone la cuestion siguiente:

«Por instigacion mia un soldado pega fuego á la granja de mi vecino, asesina á mi enemigo, ó comete cualquier otra accion perjudicial á alguno. El soldado debe una reparacion (2); pero no se halla en el caso de darla. ¿Estoy yo obligado á reparar el daño que él ha causado? Respondo: *No*! porque cuanto él ha hecho ha sido para servirme; y nada le forzaba á ello sino su buena voluntad, su docilidad (la docilidad de un asesino, de un incendiario!) y su sencillez de ánimo! Yo le pedí que se hiciese esto como se pide cualquier otro favor, etc.»

Sanchez en el capítulo 16.° de su primer libro dice lisamente:

«Quien sabe que una accion es un crímen, pero ignora que se peca mandándola, ese es excusable y debe ser excusado!»

Los Jesuitas ni siquiera respetan la ley religiosa.

Es maravilloso el siguiente raciocinio de Filliutius, el cual dice así: «Los eclesiásticos no pecan asistiendo á los espectáculos, cuando su presencia no dá escándalo; es así que en nuestros dias estamos acostumbrados á verlos en ellos muy á menudo; luego los eclesiásticos no pecan asistiendo á los espectáculos.«

Tambien nosotros pensamos así; ¿pero opina de la misma manera el ilustrísimo arzobispo de Paris? Mucho lo dudamos, y sin embargo, segun dicen, ese prelado es amigo de los Reverendos Padres. Dice Escobar» que no hay gran mal en que las mugeres y has-

(1) Laiman. Tratado 4.° libro 8.°

(2) Acabamos de ver ahora mismo que *si* un juez ha recibido dinero para pronunciar un fallo injusto no esta obligado ó la restitucion. Quizás los *hombres negros* conocian que les importaba mas tener contento á un juez que á un soldado.

ta las religiosas pongan sumo cuidado en acicalarse. » En esta parte pensamos como él; mas cuando con Sanchez pretende» que solo puede llamarse pecado venial el predicar, celebrar misa, administrar los Sacramentos por vanagloria; » cuando alguno de sus cofrades añade « que un eclesiástico puede decir misa saliendo de los brazos de una cortesana; » nos preguntamos ¿qué es la religion segun los Jesuitas? ¿qué ven en ella esa gente de santo y de sagrado?

Segun Escobar, se cumple con la obligacion de oir misa, aun cuando se vaya á la iglesia únicamente para tener el gusto de ver á las señoras!

El Jesuita Mascarenhas en un libro aprobado por su General y adoptado por toda su Órden, dice «que puede comulgarse el dia en que se haya cometido alguna falta, y que muy lejos de ser un obstáculo, es preciso exhortar á hacerlo, á pesar de la prohibicion de la Iglesia. » Y hace esa regla extensiva á los sacerdotes.

Segun dice Sancius, Bauny es de opinion que un sacerdote puede celebrar el mismo dia en que haya cometido uno de los mayores crímenes!

El P. Amat manifiesta que quien no piensa en Dios ni en sus propios pecados no es culpable aunque peque.

Segun el P. Bauny, el confesor debe dar la absolucion aun cuando el arrepentimiento no sea verdadero; y que no debe negarse á los que han contraido el hábito de pecar contra la ley de Dios, de la naturaleza y de la Iglesia, bien que no se vea en ello ninguna especie de enmienda, y aun cuando el penitente confesase que ha cometido el pecado por la esperanza de la absolucion. El P. Caussin amplificando esta materia, dice que» sin eso el confesionario se quedaria desierto y que el pecador solo tendria el recurso de una rama de árbol y una soga. »

Es bien notorio el partido que los Jesuitas siempre han sacado de la confesion, y se conoce con que designio sus confesores se avienen tan aina con los penitentes.

En la *Práctica segun la escuela de la Compañia de Jesus*, hallamos un admirable ejemplo del modo con que los Reverendos Padres saben desatar los lazos de la disciplina religiosa; pues si bien los cánones eclesiásticos fulminan la pena de excomunion contra todo

religioso que se despoje de los hábitos de su Órden sin permiso espreso, los Jesuitas empero eximen de esa prohibicion diciendo que un religioso puede hacerlo cuando tiene por motivo una cosa vergonzosa: por ejemplo *si va á ratear ó si quiere asistir de incognito á alguna francachela*, con la intencion de volver á tomar sus hábitos!...

¿No es eso capaz de pervertir al alma mas pura?

La religion de Jesucristo es sobre todo una religion de amor, que nos inculca el precepto de «Amad á Dios con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas; y al prójimo como á vos mismo; esta es toda mi ley!» Y los que se llaman Compañeros de Jesus á tan súblimes palabras oponen las siguientes: «Creo que solo se comete pecado venial dejando de amar al prójimo (1).»

Escobar que no peca de encojido, decide con toda ingenuidad que se puede aborrecer á alguno de corazon sin incurrir en pecado grave!

A eso añade Manuel Sa, que puede desearse la muerte de un enemigo, si el fin es evitar el mal que puede hacernos. ¡Cuán contrario es todo eso á la moral de Jesucristo y á la de san Agustin, quien dijo: «Amad, y despues haced lo que querais. *(Dilige et fac quod vi!)*».

De paso podrémos hacer notar que los Jesuitas siempre se han declarado enemigos del famoso y santo obispo de Hipona.

Mas si los Jesuitas se interesan poco por el amor del prójimo, en cambio descuidan el amor debido al mismo Dios; y para no escandalizar mas á nuestros lectores callamos la respuesta que dan el P. Conich, Hurtado de Mendoza, Enriquez y Suarez á la pregunta ¿Cuando debemos amar á Dios?... ¡Respuesta propia únicamente para probar que el Dios de los Jesuitas es un padre muy indulgente ó que muestra mucha indiferencia para con sus hijos!

Es muy horroroso lo siguiente que hemos dejado para conclusion de este artículo.

Segun Manuel Sa, Escobar, y sus lúgubres cofrades, un hermano puede desear la muerte de su hermano, un hijo la de su padre, asi como pueden alegrarse de verlos morir, si la esperanza y la

(1) El P. Bauny en su *Suma*, capitulo 7°, pàgina 81.

alegría tienen por móvil no la misma muerte en sí, sino la herencia que de ella se sigue! ¿Se puede decir mas? Acaso es peor lo siguiente: una madre (una madre!) puede desear la muerte de su hija, si ella es causa de que su marido la maltrate, ó tan solo por el temor de no poderla casar á causa de algun defecto físico ó moral (1)!...

Finalmente, y ¡que conclusion tan digna! Estevan Fagundez en su *tratado sobre los mandamientos de Dios* (tom. 1°, lib. 1°, cap 36°), manda á los hijos cristianos que acusen á sus padres del crímen de heregia, aun cuando sepan que por ello se les ha de quemar vivos!.. Pero no pasemos mas adelante, no; detengamonos!

Los Jesuitas autorizan el duelo y aun permiten el asesinato.

Esta proposicion se deduce completamente de lo que sigue:

El duelo es cosa permitida, dice Filliutíus en el tomo úndecimo, cuando su objeto es defender el honor. Segun Escobar, todo caballero puede admitir un duelo, si por reusarlo arriesgase perder su honor *ó algun destino*! Las autoridades jesuíticas abundan en cuanto al asesinato permitido, autorizado, casi mandado; pues son numerosos los casuistas de la Compañia que admiten el asesinato como un simple accidente, y á veces como un acto legítimo!... Escobar reuniendo todos los casos, dice que podeis matar *á cualquiera* que va á dañaros, sea á vos ó á los vuestros, que piensa en dañaros, ó que tan solo parece dispuesto á dañaros. ¡Y que el matar de esa manera es permitido tambien á los religiosos.

Si alguien duda de cuanto acabamos de esponer, puede leer lo que copiamos al pie de la letra:

« Si una muger de baja condicion se jacta de haber dormido con un religioso, este puede matarla, dice Caramuelfand, aunque sea cierto.

A la verdad nos sorprende mucho el *aunque sea cierto.*

» Es permitido á un religioso, (siempre á un religioso!) matar al calumniador que amenace imputar grandes crímenes á é ó á su religion; y eso le es permitido sobre todo cuando no tiene otro medio de defenderse, como efectivamente no tendrá otro si el acu-

(1) El mismo en el capitulo 6., pág 46. de la obra ya citada.

sador está resuelto á formular y á sostener su acusacion en público y ante las autoridades á menos que matándole no se le corte el revesino.»

¿Y de que obra se creerá que hemos sacado esta cita? de la obra de un Jesuita, cuya autoridad es respetada entre los buenos Padres (1). El mismo autor añade mas adelante: «Que la caridad impone al religioso el deber de ese asesinato, cuando su infamia debiese redundar en la de toda su Órden!....»

El Jesuita Amicus ha dejado atrás á Escobar en lo siguiente:

«Un religioso, dice, puede y debe matar al hombre capaz de dañar á él ó á su religion, con solo creer que este hombre abriga tal intento!»

Segun Molina, se puede matar á un hombre por siete escudos, aunque sea en su huida; y Tannerus, Escobar, Bécan con Reginaldus hacen ese privilegio estensivo á los eclesiásticos.

En una palabra, á los moralistas de la Compañía les parece el asesinato una cosa tan sencilla, que Layman afirma que si á un asesino se le han prometido diez escudos para matar á alguno, es preciso pagárselos sin rebajar un maravedí; pero únicamente cuando haya cumplido las condiciones impuestas en el contrato estipulado!...

Y no os echeis á discurrir á quien podeis matar ó hacer matar de esa manera; pues Escobar os ha dicho á cualquiera. CUALQUIERA!... ¡Y qué! ¿tambien á un hermano? á un padre tambien? Y á esta pregunta que uno no puede hacerse sin sentir una viva horripilacion, el Jesuita os responde con Busembaum y Discatillus sus profesores de moral:

«Si, aunque sea un hermano, aunque sea un padre.»

Pero copiarémos alguna cita sin lo cual quizás no se nos creeria.

«¿Es permitdo á un hijo matar á su padre, cuando este es proscripto? — Un gran número de autores (se entiende de la Compañía de Jesus!) sostienen que puede hacerlo, si ese padre es perjudicial á la sociedad; y yo soy del mismo parecer de estos autores.» Asi se espresa el P. Discastillus en su libro, que sin duda por un sarcasmo nunca visto lleva por título: *De la justicia y del derecho.*

(1) Amicus, De jus. et jure dist. 36, sec. 5.ª

Y Molina con el fin de poner un digno remate á ese monstruoso altar del asesinato, quiere que uno no se detenga por el temor de si entonces está en pecado mortal el hombre contra quien se dirije el golpe, y que por consiguiente debe condenarse (2)!

En vista de lo dicho ¿hay necesidad de esplicar de que modo miran los Jesuitas á la vanidad, la hipocresía, la calumnia y aun el menosprecio de Dios? Segun Escobar, es solamente pecado venial *jactarse de un crímen enorme*, con tal que no haya escándalo; y el mismo dice que la hipocresía es un pecado venial. — En verdad, Reverendo Padre, no creiamos que os propasaseis hasta tal punto; ¿y hablando asi no descubrís uno de los secretos de la profesion?

Los Jesuitas no solamente escusan la calumnia, sino que tambien la recomiendan cuando la empleais en vuestra defensa ó en la de los vuestros, si es que vos y los vuestros perteneceis á una órden religiosa! En cuanto al menosprecio de Dios, que vituperamos publiquen los Jesuitas en sus libros, nos parece que el lector será de nuestro parecer recorriendo las líneas siguientes de Escobar.

«Que no se menosprecie á Dios sino cuando uno cree tener de sí mismo lo que solamente nos viene de Dios;» (quien puede creer esto?)» cuando se quiera darlo á entender á los demas; » (pero los demas serán tan crédulos!) «y cuando uno desee deberlo no á Dios, sino á sí mismo.» (Vaya un deseo!) «Finalmente cuando uno sienta haberlo recibido de Dios.» (De veras?)

Segun los Jesuitas no se puede despreciar á Dios sino en los casos dichos, y estos son muy pocos, teniendo permiso de recorrer á nuestras anchas todas las vias que conducen al desprecio de Dios!... ¿Hablarémos de las RESTRICCIONES MENTALES?

Este es un asunto ya harto conocido; pues nadie ignora cual es el talento de los Jesuitas para hacer pasar la noche como dia, y para presentar lo negro como blanco. Desde Manuel Sa, quien nos enseña que juramentos como estos: «Sobre mi conciencia, á fe de hombre honrado, de cristiano,» no ligan de ninguna manera, hasta el P. Moullet, quien en nuestro siglo ha osado decir: «Que mira *como probable* que un hombre que ha seducido á una vírgen no

(2) Véase la obra de Molina, trat. 3. D. 13. N. 1, pàg. 1762.

está obligado á ninguna reparacion si el crímen ha quedado enteramente oculto (1);» desde Sanchez que encontró el medio de no contar con la conciencia, hasta el P. Loriquet que procuró hacer que desapareciera el emperador Napoleon (2); las cosas no han cambiado en la harto famosa Compañía. Se puede creer pues que los Jesuitas de hoy profesan como los de otro tiempo las máximas siguientes:

Con Sanchez, «que el juramento no obliga, si al prestarlo no se tenia intencion de cumplirlo; y á fin de que no obligue basta añadir despues de las palabras: «Juro que haré tal cosa,» estas otras: «Si me encuentro en la necesidad de cumplir mi juramento (3)!»

Con Tambourin, «que el juramento no obliga si uno *tan solamente duda* de que al prestarlo haya tenido intencion de cumplirlo.»

Con casi todos los escritores de la Compañía, «que se puede mentir aun á su confesor, respondiendo en alta voz á la pregunta que no se ha cometido el pecado de que se habla; con tal que en voz baja se añada: *hoy*, etc., etc.»

Los casuistas de la Compañía dan tambien una receta para que el penitente no haya de sonrojarse ante su confesor, y asimismo sin duda para que la penitencia haya de ser ligera y no le aleje del confesionario: consiste esa maravillosa receta en escojer dos confesores y decir á cada uno de ellos la mitad de sus pecados?...

Aquí se nos presenta de perilla una historia de confesion á nuestro ver muy digna de ser referida, y la cual fué publicada por los Reverendos Padres; y á uno de ellos, que es el mismo que representó el papel de jugador de manos, sirviéndole con el tiempo de

(1) Véase el *Compendium* al uso de los Seminarios por el abate Meullet, impreso en Strasburgo en 1843.

(2) Nadie ignora que en la época de la restauracion este famoso jesuita compuso para el duque de Burdeos una historia de Francia, en que entre varios hechos singularmente alterados, se veia *al teniente general marques de Bonaparte* que mandaba los ejércitos de S. M. Luis 18°, desde el 1795 hasta el 1814. Los Jesuitas niegan el hecho, y no se les puede probar porque el último ejemplar de esa edicion que contenia la burlesca parodia de la grande epopeya imperial ha desaparecido de la biblioteca del rey, *sin saber porque casualidad.* El P. Loriquet murió en abril de 1845 en Sains-Acheul: sea la tierra ligera, á pesar de haber sido muy pesada para nuestra tierna memoria su libro de la historia de Francia, que en otro tiempo se nos hacia dar en el colegio.

(3) Sanchez, *Op. morb.* lib 3.°, pág 49. Un capítulo casi entero de este libro está consagrado á fórmulas de semejantes juramentos, que no obligan segun su autor.

una *conferencia* con las religiosas de la Visitacion, sitas en Paris y en la calle de san Antonio. La historia es como sigue.

Érase un hombre de alta categoría que despues de haber escandalizado con su conducta sardanapala, se hallaba moribundo y declaraba que queria morir como habia vivido. Con todo ahinco habian procurado que se arrepintiese al menos en su último trance; mas era en vano, porque á cuantos le hablaban de penitencia y de confesion les respondia á voz en grito, que queria exhalar el último suspiro en los brazos de sus queridas y coronado de rosas; inútiles fueron los esfuerzos de su familia en proporcionarle los frailes mas espertos en tranquilizar las conciencias timoratas y los mas ilustres prelados; los abates mas galantes y los sacerdotes mas santos; pues todo era infructuoso. Entonces se presenta un confesor jesuita, y al verle el moribuudo se le vuelve de espaldas.

He! hijo mio, dijo el buen Padre; yo vengo solamente para distraeros y no para confesaros. ¿No quereis departir un instante conmigo?

¿Conversar, mi Reverendo Padre? si tal; con mucho gusto.

—Hablemos pues! es lo único que pido. En cuanto á vuestra confesion, no me importa un bledo!...

Y he aquí el jesuita y el pecador obstinado en conversacion acerca del buen tiempo y de la lluvia, de la ciudad y de la corte; cuando nuestro jesuita en tono festivo pregunta al señor moribundo si en aquella hora quisiera cambiar el fardo de sus pecados por un número igual de buenas obras?

—Si por vida mia! responde el gran señor sonriéndose; pues siempre quise ser un santo; mas nunca tuve el valor de tentar la santidad.

—En hora buena! yo os propongo el trueque de que os hablo.

—Como? Vos quereis?...

—¡Que llegueis al otro mundo con mi corta provision de buenas obras!

—¿Y que en este deje mi pesada carga de pecados sobre vuestros hombros?

¡Vaya, que eso seria admirable!

—¡Probémoslo, hijo mio!

—¡Probémoslo, buen Padre!

A esto el moribundo suelta una carcajada y en señal de negocio concluido se da la mano con el confesor, quien le absuelve y se retira luego. Pasados algunos minutos, el moribundo riendo todavia vé otra vez al Padre que se acerca á su cama y le dice:

—Vamos á ver, yo me he encargado de vuestros pecados, y es asunto concluido; pero como no quiero conservarlos, sino que quiero deshacerme de ellos, es preciso que me deis la cuenta exacta.

—Es muy justo, Reverendo Padre, responde el gran señor, el cual empieza á enumerar una retahila de pecados, que el menor era capaz de hundir una alma hasta lo mas profundo del abismo eterno.

A cada revelacion el confesor se encogia de hombros con aire afligido, y el penitente reia á mas y mejor.

Concluida por fin la confesion, el Jesuita administró el viático al gran señor, el cual si no murió santamente al menos acabó sus dias con alegria, y fué bien recibido en el cielo, segun el mismo bajó á decirlo al Reverendo Padre, mérced á los meritos de este, y de los cuales le habian considerado como legítimo apoderado: por lo menos asi lo aseguró el Jesuita en un sermon que predicó con motivo de esa admirable conversion, la cual hizo un honor infinito á la Compañia, y con razon; pues uno de sus miembros habia podido hacer lo que desesperaron de lograr frailes y prelados; á saber, soplar una confesion á un pecador obstinado, una alma á Satanás, y una entrada del cielo á San Pedro (1)...

Ya hemos dicho que los Jesuitas sabian sacar un gran partido de la confesion; mas parece el colmo de la habilidad que hayan sabido sacar ventajosísimos provechos de sus propias confesiones; y aun á mas de una confesion pública! Pondrémos un ejemplo á continuacion.

Desde el año 1552, es decir desde los primeros tiempos de la Órden, los Jesuitas fueron ricos y poderosos en Portugal, y sin duda para obtener este resultado se quedó Rodriguez en aquel reino en vez de seguir á Francisco Javier en su mision de las Indias. Sea como fuere, por confesion de los mismos Jesuitas sabemos que la ri-

(1) Los pormenores de esta singular conversion y las pruebas de la verdad de tan burlesca historia, pueden verse en la *Moral práctica* de Arnaud.

queza y el poder habian obrado de tal modo en los buenos Padres, que segun dice uno de sus modernos historiadores, dejaron arrancar de sus corazones aquella flor de piedad que tanto los embelleciera en el principio; en otros términos dirémos que los Jesuitas de Portugal y mas particularmente los de Coimbra se habian entregado á todos los mundanos regocijos. El escándalo era asaz grande para poner en peligro la existencia de la Compañía establecida desde tan poco tiempo; y si bien un nuevo Provincial reemplaza á Rodriguez destituido de su encargo, y el P Godin es nombrado Rector del colegio de Coimbra; estos cambios sin embargo no son suficientes, porque la opinion pública está contra los buenos Padres. Se necesita dar un gran golpe, cambiar de direccion, y sin duda Manuel Godin se acordó entonces del buen éxito que habia logrado el fundador de la Órden por medio de sus estravagancias.

Asi que una mañana al lúgubre son de las campanas de la iglesia de los jesuitas, la ciudad de Coimbra vió pasar por sus calles una procesion de hombres de todas edades, desnudos hasta la cintura y armados con disciplinas. En cada encrucijada, en cada plaza, el gefe de la procesion daba la señal y en seguida levantábanse las disciplinas, silvaban y azotaban las espaldas ensangrentadas; y por encima de ahogados gemidos se elevaba una lúgubre y suplicante voz que decia á la multitud azorada:

«Habitantes de Coimbra! perdonadnos el escándalo que nuestra dicha ha podido causaros (1)!»

Pues esos nuevos *Flagelantes* eran los Jesuitas de Coimbra; y en la historia de los buenos Padres verémos si la flagelacion surtió para ellos buen efecto.

Hasta ahora nada hemos dicho de una acusacion tantas veces renovada contra los Jesuitas, la de INCITAR AL REGICIDIO.

Por lo tanto dirémos dos palabritas, antes de concluir ese rápido sumario de las leyes y de los principios de la Compañía de Jesus.

Tan pronto como los sucesores de san Pedro quisieron llegar á ser príncipes temporales, buscaron el medio de deprimir el poder secular para ensalzar de este modo la pujanza religiosa; y á tal fin habituaron los pueblos á dirigir la vista al trono pontificio por

(1) Esta lamentacion original del P. Godin la hemos copiado literalmente de los escritotes de la Compañia.

encima de los tronos reales. Varias veces salió pues de una sacristía el primer grito de revolucion, y bajo el estandarte de una iglesia marchó no pocas veces el pueblo á la conquista de sus derechos. Los asilos casi tan numerosos en la edad media como las basílicas, los conventos y las capillas, á cuyas puertas llamaban en vano los ejecutores de las sentencias de la ley, como los de las voluntades reales, en gran parte debieron su establecimiento á esta causa. La opinion de que la autoridad de los reyes es inferior á la del pueblo, precedió evidentemente al nacimiento de los Jesuitas; mas forjada ya el arma los Jesuitas supieron aguzarla, hacerla terrible, ponzoñosa y mortífera; y entonces la suspendieron como la de Damocles, encima de la cabeza de los reyes, y su historia nos esplicará las veces que la dejaron caer.

Ya en 1589 un teólogo de la Compañía de Jesus llamado Manuel Sa, contemporáneo de Ignacio de Loyola, hizo imprimir un libro con el título AFORISMOS DE LA CONFESION, en el cual sostiene que todo miembro de una Órden religiosa no es culpable del crímen de lesa majestad por revolucion contra su soberano, en atencion á que no está sometido al rey. Y mas adelante el mismo teólogo declara que un rey que abuse de su poder ó que no cumpla con su obligacion, puede ser depuesto si despues de haberle advertido no cambiase de conducta.

El célebre cardenal Belarmino, en su libro *De la soberana autoridad del papa* (1), enseña » que los eclesiásticos y religiosos no tienen derecho de matar al rey, ni tampoco pueden mandárselo los papas; pero que cuando la Iglesia despues de paternales amonestaciones, ha separado á un príncipe de la comunion de los fieles, y si es necesario, ha eximido á los súbditos de aquel de su juramento de fidelidad, en suma ha depuesto al soberano obstinado en sus errores, entonces *la ejecucion pertenece á otros.*

A buen seguro que los Jesuitas no desecharán la autoridad y santidad de ese cardenal para quien pidieron la beatificacion. Pero Suarez es todavia mas esplícito en lo siguiente:

«Es de fé que el Papa tiene derecho de deponer á los reyes rebeldes ó hereges, pues un monarca depuesto de tal suerte ya no es sobe-

(1) Véase á Belarmino, *De summâ pontificis auctoritate* tom 4°, pág 180.

rano legítimo; y si reusa conformarse con la sentencia pontificia, se convierte en tirano y como á tal *puede matarle cualquiera* (1).»

La esplicacion está en terminos bien claros; y despues de esto ¿no ha de parecer muy estraño ver reyes que protegan á los Jesuitas, ó que tan siquiera los toleren en sus estados? Manuel Sa dice asi:« El Papa con su palabra puede quitar la vida corporal; pues al derecho de hacer apacentar las ovejas va anejo el *de matar á los lobos.*»

Príncipes y soberanos podeis dar gracias al Jesuita, pues á vosotros alude la graciosa espresion de *lobos*! Al principio del siglo XVII escribia Mariana lo siguiente: «No ha mucho presenció la Francia *un acontecimiento insigne y maravilloso* para instruccion de los príncipes impios....»

¿Y sabeis cual era este acontecimiento insigne y maravilloso, celebrado por el Jesuita en su libro *Del rey*? El asesinato de Enrique III cometido por Santiago Clément; Santiago Clément, eterno honor de la Francia, como sin vergüenza le apellida el libro que mas tarde debia procrear *los acontecimientos insignes y maravillosos* de los Juanes Chatel y de los Ravaillacs!..

Finalmente el P. Varade tenia por un simple pecado venial el asesinato de un rey. Y tenedlo bien presente, príncipes y soberanos, no es solamente un estraviado del ejército de Loyola, quien dispara á vuestras cabezas de lejos ó á boca de jarro; son setenta y ocho Jesuitas los que han escrito en favor del regicidio. ¿No os parece algo significativo este guarismo?... No darémos mas estencion á estas citas, que documentos históricos confirmarán sucesivamente, cuando habremos de hablar de la muerte mas ó menos natural, del asesinato mas ó menos odioso de este ó aquel soberano; crímenes numerosos inscritos en el catálogo de los cargos dirigidos hace tres siglos contra la Compañía de Jesus.

De improviso nos asalta aqui un pensamiento que mas adelante procurarémos esplanar y es, que los Jesuitas con sus escritos han contribuido á fundar la soberanía del pueblo; pues dice Suarez: «Si la causa pública no puede hallar su defensa sino en la muerte del tirano, cualquiera tiene facultad para matarle (2).» Y

(1) Suarez, *Defensa de la fe* Libro 6°, cap 4°, núms 13 y 14.
(2) Suarez, *Defensa de la fé.*

Mariana esclama (1): «Es un pensamiento salutífero digno de inculcarse á los príncipes, que si tiranizan á sus pueblos haciéndose insoportables por el esceso de sus vicios y la infamia de su conducta, viven de modo que no solamente se les puede dar la muerte con razon, sino tambien que el hacerlo es heróico y glorioso.»

¿En la era revolucionaria hubo tribunos que llegasen á decir tanto? Y era eso sin duda lo que al señor de Montlosier, acerrimo realista, le inspiraba una parte de su odio tan vivo contra los negros hijos de Loyola (2). ¿Serán ingratos los pueblos para con los Jesuitas? No! porque si bien se considera, los Reverendos Padres siempre han trabajado en provecho de aquellos; y si en otro tiempo ensalzaron de tal modo á los pueblos y deprimieron á los monarcas, es porque querian precisar á unos y otros á someterse bajo su yugo, los primeros por afecto, los segundos por terror. Y es esto tanta verdad que en nuestros dias los Jesuitas estan contra los pueblos al lado de los reyes absolutos, y los verdaderos amigos, los mas ilustrados, de los gobiernos constitucionales, de los tronos levantados por la voluntad de las naciones decláranse ya abiertamente contra toda tentativa hecha para enarbolar la bandera de san Ignacio de Loyola.

Gracias sean dadas á los Señores Thiers, Dupin, Odilon-Barrot y Hébert por el golpe que en mayo de 1845 ha dado nuestra cámara de diputados contra la negra congregacion, cuyo resultado quizás será prevenir la lucha con que nos amenaza en tono de farfantonada poca cristiana *el Universo Religioso*, órgano de los Reverendos Padres. Tambien esperamos que los prelados franceses debidamente advertidos, no se obstinarán por mas tiempo en seguir la via funesta á que los impele aquella Compañia á la cual tantos decretos condenan» como peligrosa para el sosten de la fe, perturbadora de la paz de la Iglesia, y como hecha mas para destruir que para edificar;» en estos términos se esplica la facultad de teología de Paris en las conclusiones dadas desde 1554, es decir, en los

(1) En la obra que tiene por titulo *Del rey*.

(2) Véase *Apuntes para consultar*, escritos por el señor conde de Montlosier. Nos acordamos del buen éxito que tuvo este libro publicado en la época de la Restauracion por un hombre tan notable por su profundo saber como por sus enérgicas convicciones, M. J. Tastu, actual bibliotecario en santa Genoveva, y cuyo nombre recuerda el de una de nuestras mas melifuas poetisas, la señora Amable Tastu.

primeros tiempos de la Órden. Trescientos años despues, el tribunal supremo adoptando este juicio, declaraba solemnemente en presencia de todas las cámaras reunidas,» que el instituto de la Compañía llamada de Jesus contiene engaño en sus bulas, breves, cartas apostólicas, constituciones, declaraciones, fórmulas de votos, decretos de los generales y congregaciones generales; que este instituto es inadmisible por su naturaleza en todo pais civilizado, como contrario al derecho natural, atentatorio á toda autoridad espiritual y temporal, y tendiendo á introducir so color de un interes religioso, un cuerpo político, cuya esencia consiste en una continua actividad para llegar por cualquier camino directo ó indirecto, encubierto ó público, á una independencia absoluta y despues á la usurpacion de toda autoridad, etc....»

¿Qué filípica podria igualar á esta sentencia asi en precision como en energía ?... Mas antes de haberse estendido, muchas veces se habian proferido sus términos; pues solamente en Europa la Compañía de Jesus ha sido espulsada treinta y siete veces de diferentes estados. Sin embargo todavía existe, y hoy dia en Francia ha tenido la audacia de hacer gritar por sus desvergonzados corifeos, que se halla ya en estado de sostener la lucha. ¡No sin gran razon se dijo «que cuando se desnuda la espada contra los Jesuitas, es preciso arrojar la vaina!» Pues bien, Reverendos Padres, aceptamos la lucha á que nos provocais y proteja Dios la razon; pero tened entendido que si obligais á la Francia á desenvainar la espada contra vosotros, no le satisfará ya tal vez azotaros con la vaina. Presérvenos empero el cielo de estraviar la cólera de nuestro pais, aunque sea contra los mismos Jesuitas, hasta el punto de esas horrorosas escenas que para instruccion del mundo representais en los mancillados muros de Lucerna (1) !....

No hemos dicho nada del *probabilismo* de esta doctrina privativa de la Compañía de Jesus, y que es el fundamento de todas sus doctrinas; pero hablarémos de ello cuando hayamos llegado á la época en que el Jansenismo luchó contra el Jesuitismo tan vigorosamente con Arnaud, tan ingeniosamente con el autor de los *Pro-*

(1) Mientras escribiamos estas lineas llegó a Paris la noticia de la sentencia de muerte del doctor Steiger, hombre de bien y decidido patriota, cuyo crímen fue haber querido sustraer a la Suiza de las tempestades que le prepara la Compañia de Jesus.

vinciales. Del mismo modo y poquito á poco completarémos esta reseña harto rápida de las leyes y de la moral de los Jesuitas y de la organizacion de su Compañía. Repetimos otra vez, que de una carta del General Aguaviva y de un artículo de la trigésima octava de eso que los Reverendos Padres llaman sus *Reglas comunes*, resulta para nosotros la conviccion de que á mas de las Constituciones, tales como las poseemos, existen otras que son un misterio hasta para la mayor parte de los miembros de la Compañía; si bien es suficiente cuanto sabemos del Instituto para infundir sospechas de grande y saludable horror á todo honrado y recto corazon, á todo individuo para quien no sean vanas palabras la virtud, la razon, la libertad, el honor y el amor de la patria.

Reasumamos: La Compañia de Jesus fué instituida con el aparente objeto de dar socorro al vacilante poder del papazgo, y de ir con una nueva enseña á conquistar nuevos estados para el sublime estandarte de la cruz. La bula de institucion limitó su número á sesenta; mas dos años despues alcanzaron que su número fuese ilimitado. Los capitulos que luego escribirémos, demostrarán que el fervor de los misioneros Jesuitas siempre ha tenido por única causa, no la gloria de Cristo, sino el solo interes de su Órden; y en el decurso de esta historia se verá que los papas siempre se han apoyado con desconfianza en ese baston, que se decia hecho para su sola mano, y que han acabado por romperle. Hase dicho que el voto de obediencia especial al papa, prestado por Ignacio y sus discípulos, solo habia tenido por objeto la persona de Paulo 3.° en cuyas manos lo hicieron; pero resuelven esta cuestion las declaraciones de las Constituciones, cuyo contenido quizás no se ha notado bastante, y dice así: «*toda la intencion* de este cuarto voto de obedecer al papa ha sido y es todavía de restringirlo á las *solas Misiones*, y que así deben entenderse las cartas apostólicas en que se habla de esa obediencia á todo lo que el papa ordenare y cualesquiera que sean los lugares á donde sus órdenes prescriban marchar.» Como puede haberse observado, en esa parte de las declaraciones hay un magnífico ejemplo de las restricciones mentales á la usanza de los Jesuitas; pues por su voto prometen obedecer en todo al santo Padre é ir á donde les enviare; mas por sus leyes y merced á su moral, cambian las palabras *obedecer en todo é ir á cualquier*

parte en estas otras: obedecer en ciertas cosas é ir á ciertos parajes. Se vé evidentemente que esa obediencia especial al santo padre jurada por los Jesuitas, nunca ha sido mas que una añagaza; y como se verá mas adelante ninguna Orden religiosa ha mostrado menos respeto á la autoridad pontificia, cuando las decisiones de esta han sido contrarias á sus propios intereses. Diana, escritor de la Compañia, con la aprobacion de sus superiores ha sostenido un dictámen contrario á las decisiones de tres papas: Molina públicó un libro en que se excede de los límites de lo razonable; pero las amenazas de los Jesuitas detienen al papa que intenta condenar ese libro.

Los Jesuitas proclaman la infalibilidad del sucesor de San Pedro siempre que este está de su parte, y declaran cismático y aun herege, al que no se le someta; pero si el papa censura sus doctrinas ó condena sus actos, entónces el sumo Pontífice ya no es infalible, y si se atreviesen dirian que no es papa.....

¡Esto proviene de que el Jesuita así como no tiene patria tampoco tiene religion; pues para él no hay mas patria que su Órden, y en los intereses de su Órden está su religion! El Jesuita es un ser monstruoso!

«Que sean lo que son ó que no existan (*sint ut sint aut non sint*)» tal es la orgullosa divisa grabada por los Jesuitas en letras de bronce en las fachadas de sus casas, al hablar de sí mismos; y con fundada razon esperamos que en Francia, en el mundo entero, todos aplaudirán luego la última mitad de esa atrevida divisa, estas palabras: «que no existan!...» Perdone el lector este profético arranque!

La Compañía de Jesus se compone de seis clases de miembros, como antes hemos dicho, segun sus escritores, ó de cuatro segun el Exámen General y las Constituciones; y estas cuatro clases serian pues: 1.° la de los Novicios; 2.° la de los escolares aprobados; 3.° la de los Coadjutores formados; 4.° la de los Profesos. Que se adopte el número cuatro ó el número seis, queda siempre segun nuestra opinion, una última clase de Jesuitas de que no habla el Exámen general ni las Constituciones; y esta última clase de la Compañía es la de los *Filiados*, á quienes alternativamente se designa con el nombre de Jesuitas *sin sotana*, de Jesuitas *in voto*. De

esta última clase de Jesuitas tenemos muy poca noticia, y solo sabemos que existe, y que es quizás la mas peligrosa de cuantas forman la Compañía.

Sus individuos solo hacen el voto siguiente: «ser siempre fieles á la Compañía y prestarle todos los servicios que les exija.» Los mismos Jesuitas han revelado la existencia de esa clase en su Compañía, jactándose de contar testas coronadas entre sus miembros y nombrando los emperadores Fernando II y Fernando III, Segismundo III, rey de Polonia, el cardenal infante, el duque de Saboya, la madre del emperador Rodolfo, la esposa de Cárlos 9° de Francia, etc. (1). Dicen que Luis IV murió Jesuita *in voto*, y cuando en la época de la Restauracion murió de repente el señor de Puysieux, que habia sido embajador en las cortes de Suiza, de Napoles y de Cerdeña, y ministro de estado etc., se le encontraron encima las insignias de filiacion de la Compañía de Jesus: nadie habia llegado á sospecharlo, ni siquiera sus mismos criados. Estos pormenores se hallan en las memorias de madama Genlis, tomo 2.°, página 140 de la edicion de 1826. El conde de Montlosier, que asegura estar bien informado respecto á eso, añade que cada Jesuita filiado presta juramento ante su Superior de la Compañia, 1°. de contribuir con todo su poder al sosten de la religion; 2.° de proteger á la Compañía y á todos sus miembros en cualquier caso en que se le reclame tal proteccion ó que solamente sea útil; 3.° de decir todos los dias una oracion muy corta (y á la verdad no sabemos cual es); 4.° de llevar siempre en el pecho un *escapulario*, señal distintiva de la filiacion, etc.. En recompensa la Compañía de Jesus asegura al filiado su proteccion, como se deja entender, los servicios de cada uno de sus miembros de la Órden, y de las Indulgencias concedidas á la Compañía por el santo Padre. Fácil es conocer cuan útiles serán á la Compañía agentes de tal clase. La Compañía de Jesus tiene seis maneras de establecimientos, que son: 1° los Colegios; 2.° las casas de Noviciado; 3° los Seminarios; 4.° las Residencias; 5.° las Misiones; 6.° las casas Profesas. Solamente los tres últimos pueden mirarse como los verdaderos conventos de esta Órden muy poco religiosa. Las misiones, segun indica su nombre

(1) Vèase la *Imágen del primer siglo de la Compañia de Jesus*, obra escrita por un Jesuita.

son los establecimientos formados en los paises á donde los Jesuitas envian á algunos de los suyos, para estender su influjo mas que para dar á conocer el nombre de Cristo, las Residencias son casas Profesas en embrion. Al frente de la Compañía hay un gefe condecorado con el título de General, cuyo poder es absoluto, y tal poder es ó al menos ha sido muy grande, para que uno de los que estaba investido de él pudiese decir al duque de Brissac, embajador del rey de Francia:» Desde este aposento, señor, desde este aposento no solamente gobierno á Paris, sino tambien la China; no solamente la China, sino tambien el universo entero, sin que nadie sepa tan siquiera como esto se hace!» Y téngase presente que el hombre investido de tal poder reside siempre y siempre debe residir en Roma; es decir, que puede derrocar los imperios, sin ningun temor de la autoridad temporal, porque está al abrigo del trono pontificio. A las órdenes del General hay provinciales que gobiernan una cierta agregacion de casas, colegios, seminarios, y residencias. El P. Provincial no tiene autoridad sobre los gefes ó directores de las casas Profesas, ni sobre los Rectores de los Noviciados y Colegios, que solo obedecen al General.

Son inmensos los privilegios de la Compañía, y están comprendidos en noventa y dos bulas; participando á mas de todos los privilegios de las otras Órdenes. Como ya hemos dicho los Jesuitas no están obligados á asistir al coro, y si bien todo sacerdote debe rezar prima, tercia, sexta y nona; por la tarde tiene *vísperas* y *completas*; al salir el sol, *maitines* y *laudes;* el sacerdote Jesuita no reza sino cuando no tiene nada que hacer.

En todos tiempos harémos pues una inmensa distincion entre el Jesuita y el sacerdote, con tal que este se contenga en el modesto círculo de sus atribuciones. A un cura sencillo y bueno le veneramos, le amamos; pero nunca tendrémos estimacion ni afecto á un Jesuita mientras que represente su Compañía, esa Órden, que copiando los términos de los decretos citados anteriormente, y dados por los diversos tribunales civiles ó religiosos, « es un verdadero cuerpo político, una sociedad enemiga de la Iglesia, de quien debe causar la ruina, una nueva llaga en el seno de Cristo; un escándalo para la moral pública, la peste del género humano... »

En una serie de cuadros variados, rápidos, y como esperamos

interesantes al mismo tiempo, procurarémos probar que ahora como siempre deben conservarse los términos de los mencionados decretos.

Quien no ame al Jesuita que siga en pos de nosotros.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

LOS JESUITAS EN ASIA.

PROLOGO.

Cerraba la noche lóbrega, misteriosa y terrible; noche semejante á la que en otro tiempo ensombreció á Nínive desdichada, cual un gigantesco buitre atraido por el hedor de un cadáver: una de esas noches que en la tremenda hora de los grandes castigos la cólera divina estiende cual impenetrable mortaja entre la tierra y el cielo, sin duda para que el rigor de Juez no se doblegue á la misericordia de padre. Sobre la entera superficie de la antigua y vasta Asia habia descendido esa noche estraña, pausada y lentamente y mucho antes que el Sol hubiese sumergido su esplendoroso rostro en las tibias y efosforecentes olas del Océano índico. Mientras que de esta suerte se iba posando sobre la tierra aquella cerrazon espantosa, las poblaciones estremecidas huian cual dispersos batallones, y cada batallon era un pueblo.

Dijérase que aquel terror inefable y vertiginoso habia alcanzado á los animales y por esto en medio de los grandes elefantes, de los pesados hipopotamos, de los Yaks de ardiente resoplido, de los feroces tigres, y de los leones impetuosos veíanse atravesar rápidas y perdido el tino las manadas de las gacelas tímidas, de los ligeros ciervos, de los monos saltadores, de los andariegos avestruces, mientras que por sobre las cabezas de esos rebaños tan estrañamente formados, y que pasaban cual torbellinos lanzados por

un impulso mismo, volaban en desórden y despidiendo agudos gritos las poderosas aguilas y todas las aves de rapiña, bajo cuyas inmensas alas iban á chocar y tal vez á cobijarse las avecillas á las cuales Dios al negarles armas para atacar ó defenderse dió brillante plumage y garganta melodiosa.

Tambien la inanimada naturaleza parecia sentir ese terror de todos los vivientes, desgreñábanse de súbito los inmensos bosques asiáticos, por mas que no se notase un soplo de aire, el sagrado Ganges y los otros rios removidos por instantáneas convulsiones, dejaban en seco su lecho en donde aparecian los monstruosos caimanes agazapados en el limo, inmóviles, y al lado de un *gurami* de carne deliciosa. Desprendíanse de tiempo en tiempo y con fragor espantoso desde la cumbre de los altos montes enormes peñascos graníticos, y su ruina causaba un prolongado estremecimiento que se sentia desde las costas bañadas por los mares de Europa, hasta aquellas en que mueren los últimos suspiros del viento nacido en las profundidades de los bosques americanos. Cada vez que retumbaba uno de esos terribles fragores parecia responderle un rugido inmenso y sofocado: era el Océano que bramaba tambien y se disponia á lanzarse sobre la vasta presa.

La estraña y misteriosa noche condensó sus tinieblas, y de repente salió de debajo de esa lúgubre mortaja un clamor formidable: era el Asia toda entera que bregaba lanzando un estertor de agonia. Restablecióse el silencio, y ese silencio parecia aun mas horrendo que el mismo ruido por horrendo que fuese. Cuando hubo reinado por largo tiempo se oyó en los aires un sonido dulce y armonioso: era el Angel conservador de la tierra que cubriendo con sus dos alas cual con dos vastos escudos á la antigua madre de las naciones, preguntaba al Espíritu de los tiempos cual era la causa de tan inauditos prodigios.

En aquel instante los sacerdotes de las mil religiones de Asia, los bonzos del Japon, los bracmanes del Indostan, los ministros del *Tien* chino, los del Dios Foo, á quien adoran en las márgenes del Burampistre, refugiados todos ellos en el fondo de sus santuarios vieron con estupor agitar las gigantescas estatuas de sus divinidades, que se alzaban sobre sus pedestales cuajados de pedreria, que inclinaban sus monstruosas cabezas para escuchar atentamente un

canto grave y en lengua estraña que por sobre sus conmovidas Pagodas resonaba.

El Angel de la tierra decia entonces al Espíritu de los tiempos.

Hermano, hazme saber la voluntad de *Aquel que es* con respecto al grano de arena confiado á mi custodia, y que se hundiria en el abismo con el peso de una sola pluma de mis alas.

EL ESPÍRITU DE LOS TIEMPOS.

Oye, hermano. Un navio sale en este momento de las costas de aquel punto de la tierra al cual esta criatura de barro llamado *hombre* apellida Europa. Encima del buque mis ojos perciben una nube que boga en los aires como el buque en las ondas. Apenas la frágil nao habrá tocado las costas de esta parte del mundo cuando la nube se estenderá por encima del Asia entera, y estallando sobre la madre de las naciones el huracan que encierra, la conmoverá hasta las entrañas, durante largo tiempo.

EL ANGEL DE LA TIERRA.

¿Y quien llega en ese fatal buque?

EL ESPIRITU DE LOS TIEMPOS.

Un *hombre negro.*

EL ANGEL DE LA TIERRA.

¿Es quizás algun rey poderoso?

EL ESPIRITU DE LOS TIEMPOS.

Es un obscuro sacerdote.

EL ANGEL DE LA TIERRA.

¿Y en nombre de quien viene?

EL ESPIRITU DE LOS TIEMPOS.

En nombre de AQUEL que murió en una cruz para regenerar el mundo.

EL ANGEL DE LA TIERRA, *inclinándose.*

A él son debidos los perfumes de la tierra y los himnos del Cielo *(levanta el brazo en actitud de mando)*. ¡Oh vosotras, antiguas divinidades del Asia, caed ante la *señal* que trae su apóstol!

EL ESPÍRITU DE LOS TIEMPOS.

Detente, hermano; aun no ha llegado la hora. El hombre que se acerca no ha recibido su mision del Altísimo.

EL ANGEL DE LA TIERRA.

¿No viene acaso en nombre de Cristo?

EL ESPÍRITU DE LOS TIEMPOS.

El lo dice así y acaso lo cree; pero solo pensará en los intereses y en la gloria de lo que llama su Órden.

EL ANGEL DE LA TIERRA.

¿Y qué quiere esa Órden? ¿Cual es su objeto?

EL ESPÍRITU DE LOS TIEMPOS.

Quiere reinar sobre los hombres y por cualquiera medio, sirviéndose de sus pasiones buenas y malas, de sus vicios y de sus virtudes, de la fe que profesa y que dice viene á derramar, lo mismo que de las creencias religiosas que hallará en los pueblos cuya conquista intente; valiéndose de todo eso como de otros tantos hilos que los satélites de ese nuevo poder atarán al corazon de las naciones y al de cada hombre, y que estarán reunidos en la mano del gefe de esa estraña y fatal Órden. AQUEL QUE ES permite esto por algun tiempo.

EL ANGEL DE LA TIERRA, *inclinándose con dolor y mirando debajo de él.*

¡Ay de tí vasto país sobre el cual en vano estiendo mis alas: ya por encima del velo que te cubre veo grandes manchas de sangre, y al través de ese velo funesto adivino el primero de los grandes y dolorosos estremecimientos que bien pronto van á desgarrar tu

seno. (*Al Espíritu de los tiempos*). ¿Y las luchas que tú auguras y que ÉL permite durarán muchos de esos intervalos que tú puedes contar apenas en su rápido transcurso, y á que los mortales dan los nombres de años y de siglos?

EL ESPÍRITU DE LOS TIEMPOS.

Durante casi tres de los últimos, los *hombres negros* unas veces triunfantes, y proscritos otras, harán que se inunde en sangre el suelo de Asia. Despues un dia saldrán de él para no volver nunca jamás, no dejando como en todas partes sino cenizas infecundas. No ha sonado todavia la hora en que se rasgue el velo que oculta los cielos á la tierra, en que todos los hombres se vean por fin unidos con los lazos de una comunion universal que de enemigos los transformará en una gran familia, dichosa, bendita, unida por siempre, y sobre la cual descenderán como el rocío sobre la resecada tierra las cariñosas miradas de AQUEL que todo lo ha criado por el amor y para el amor.

EL ANGEL DE LA TIERRA, *con ansia.*

¿Y tardarás mucho, hermano mio, en indicar esa hora?

EL ESPIRITU DE LOS TIEMPOS *desplegando el vuelo.*

Hermano, estiende tus alas sobre ese grano de arena á que se dá el nombre de tierra; pero sobre todo cubre con ellas durante algunos siglos este punto que se llama Asia, para que los espíritus del cielo no vean el triste cuadro de la tempestad que ya brama en el buque del *hombre negro*, y que estallará muy luego y por largo tiempo.

EL ANGEL DE LA TIERRA, *cerniéndose sobre Asia.*

¡Guay Asia desdichada! ay de tí, ay de tí!. . . . . .

. . . . . .

El dia 6 de mayo de 1542 desembarcaba en la costa de Asia Francisco Javier, primer misionero Jesuita (1).

(1) Ocioso parece decir al lector que cuanto precede es poético en su forma; sin embargo podemos afirmar que nuestra ficcion està fundada en bases positivas. La época en que tuvo origen el Jesuitismo fue mas que otra fecunda en catàstrofes de toda clase; y

nadie ignora que acaeció entonces el gran dasastre de Lisboa. Dejando aparte los terremotos, las erupciones de volcanes, y las apariciones de estraños astros, asi en Asia como en Europa y sin duda en el mundo entero; en 1530 hubo la grande inundacion que se tragó parte de las provincias de Holanda y de la Zelandia. En el año siguiente fué arruinada Lisboa por un terremoto, tras el cual vino otro aun mas espantoso. Los hombres supersticiosos hallaron una singular coincidencia entre las convulsiones que en esa época sufrió la naturaleza y las mismas que agitaron al género humano. No se crea sin embargo que atribuimos à los Jesuitas esos cataclismas horrendos, pero naturales, puesto que en las cosas de su vida ordinaria tienen ya sobre sí una carga harto pesada.

Los Bracmanes.

CAPITULO I.

Los Bracmanes.

Desde 1542 hasta 1552.

Créese generalmente que los portugueses son los que introdujeron el cristianismo en las Indias y que en el continente asiático se enarboló la cruz tras la victoriosa bandera del Marte portugués, que asi apellidan sus compatricios al famoso Albuquerque; pero todo esto es un error sostenido sin duda por los Jesuitas á fin de realzar juntamente con la gloria de la Compañía en general el mérito de sus misioneros en particular. Es constante que los portugueses á su llegada encontraron cristianos en las costas meridionales de la India y en algunas de las islas del Océano mas inmediatas al continente índico. Segun dice Cosmas, apellidado *El Viagero de las Indias*, que hácia mitad del siglo XVI escribió su *tipografía cristiana* en parte por lo que habia visto él mismo, esos cristianos habitaban en la isla de Taprobana (Ceylan) en la India interior, en el pais de Malé en donde crece el pimiento (la Costa de Malabar), en la Calliana (reino de Calicut) y acaso mas allá, añade el escritor á quien citamos.

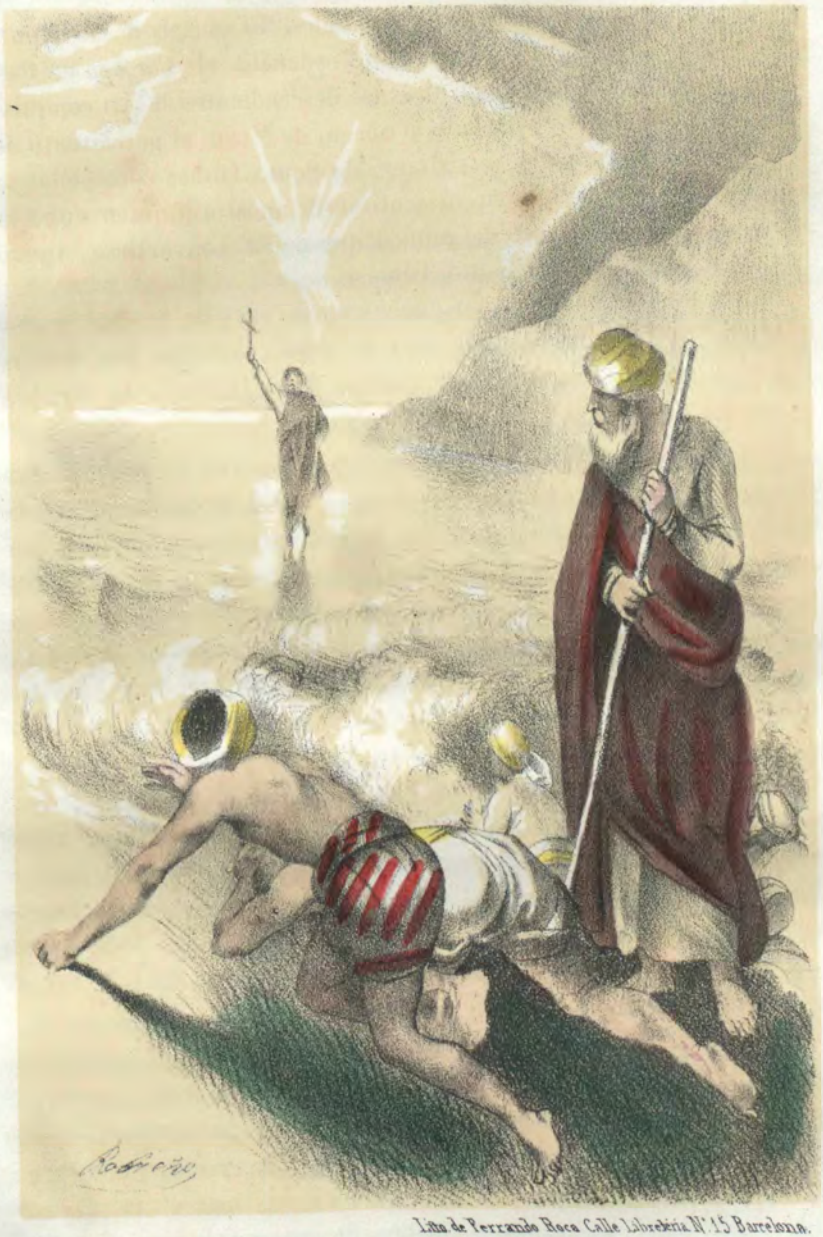
Cosmas dice esplícitamente que esos cristianos formaban una iglesia cuya metrópoli estaba en Meliapur, y que habia en ella sus

sacerdotes llamados *Caçanaires* y sus fieles. El obispo de Meliapur, era enviado desde Persia en donde le ordenaba el *Católico* ó Patriarca. Despues que los musulmanes descendientes de Alí conquistaron la Persia, fué trasladado al obispo de Mosul el patriarcato de los cristianos de la India ó cristianos de Santo Tomas como ellos se apellidaban; puesto que en su sentir este apóstol á quien cupo la India en el repartimiento del mundo que debia convertirse, fundó la iglesia de Meliapur ó Santo Tomás.

Segun una leyenda que ese pueblo conserva y de la cual se encuentran varios pasages en la vida del apóstol escrita por Abdias Babilonio, Santo Tomás fué á predicar en el Indostan la palabra de su divino maestro en el modo siguiente.

Una tarde, dice la leyenda, habiendo entrado en las pagodas mas santas un venerable Bracman vió que los tres dioses de la Triada Hindua en el instante en que segun la costumbre iba á untarlos con grasa perfumada, se alzaron de los pedestales en que descansaban desde tantos siglos, y bajando de ellos salieron lentamente de la pagoda. Este espectáculo sorprendió de tal manera al Bracman, que sin pensar en la oportunidad de su demanda preguntó á las divinidades indias ¿por qué abandonaban de aquella manera un templo en que eran tan reverenciadas?

Vichnou, Dios representado bajo la forma de un monstruo, forma que tomó al encarnarse por cuarta vez á fin de librar á la tierra de la tirania del gigante Hirrenkesep, contestó al sacerdote: *Ya llega.* Tal y no mas fue la respuesta; mas como el Bracman era un doctor muy sabio, al parecer lo comprendió todo y sin oponerse á la salida de los fugitivos dioses se trasladó con todos los vecinos á la orilla del mar á tiempo que ya la noche venia. De repente en medio de aquel tenebroso velo resplandeció como una estrella, la cual no era una antorcha del cielo ni una luz terrestre, pues viéron que aquel resplandor estaba en la línea en que se confunden el aire y el agua. Poco á poco la estrella creció, y creció, y se convirtió en un sol brillante que iluminaha la mar y las playas: huia el pueblo espantado á la vista de semejante prodigio, cuando se alzó una voz dulce que dijo lo siguiente: «Paz á los hombres de buena voluntad.» Entonces los Hindus vieron entre ellos á un desconocido de grave apostura, con trage estrangero y cuyo imponente ros-



Lito de Ferrando Roca Calle Librería N° 15 Barcelona.

La leyenda de Santo Tomas.

tro estaba medio tapado por una larga y plateada barba. Ese hombre era el apóstol Santo Tomas quien al instante comenzó á desempeñar su mision salvadora, y al dia siguiente tuvo ya muchos discípulos.

Granganór capital del mas poderoso rey de la costa de Malabar, Kulan ciudad célebre y Meliapur con su rajah y toda la corte de Coromandel fueron bien pronto iluminadas con la cruz de Jesucristo.

Al cabo de algun tiempo el apóstol continuando siempre su mision divina fué á llevar el evangelio ó sea *buena nueva* á las vastas regiones del imperio chino, y á su vuelta el pueblo de Meliager seducido por las intrigas de los bracmanes, entre los cuales no vivia ya el sabio anciano que fué testigo de la huida de los dioses Vichnon, Brahma y Sira, al acercarse el apóstol de Cristo se arrojó sobre él y lo apedreó. Iba el santo á abrir los labios á fin de implorar de Dios el perdon de sus verdugos, cuando un bracman le mató de un lanzazo que hizo correr con abundancia la sangre del bienaventurado mártir. De esa fecunda sangre nació la iglesia de Meliapur.

Cuando Alburquerque conquistó el pais aun se veia en la iglesia principal de Meliapur, que estaba bajo la invocacion del apóstol, un magnífico sepulcro que contenia el cuerpo del santo, la lanza que le hirió y la arena que se chupó la preciosa sangre del mártir. El Jesuita Turselino en su vida de san Francisco Javier añade: que este presenció un milagro que tenia lugar todos los años en aquella iglesia la víspera del aniversario de la invencion de las santas reliquias, que era tambien el aniversario del martirio del apóstol. En ese dia pues durante la misa aquel venerado sepulcro que era de hermoso mármol blanco se enrojecia y sudaba unas gotas como de sangre; y al llegar al *ite, missa est* recobraba su color acostumbrado. Ademas una peña en donde cayó la sangre de Tomas Didymo conservaba esas santas manchas que siempre parecian tan encarnadas cual si no contasen mas fecha que un dia.

Asi nos lo refiere el mismo Horacio Turselino, quien al escribir estas líneas no tuvo presente la circunstancia de que si ese Santo Tomas es verdaderamente el apóstol de las Indias, este título no puede ni debe conservársele á san Francisco Javier. Verdad es que los Jesuitas consultando el interés del santo de que su órden se envanece, han calificado de apócrifas las actas de santo Tomas, y

esta opinion se ha sostenido con razones de bastante peso y aun se ha dicho que esas Actas eran sencillamente fábulas inventadas por los maniqueos, y que los cristianos de Santo Tomas eran miserables hereges (1). Tal fué á lo menos la acusacion que los portugueses instigados por los Reverendos Padres lanzaron contra esos pobres cristianos hindus, que fueron atrozmente perseguidos hasta la derrota y espulsion de los portugueses por los holandeses dueños de la India durante corto tiempo.

De otra parte, Suedas en la voz *Armenia*, dice formalmente que los habitantes de Malabar no se convirtieron al cristianismo hasta el reinado de Constantino, y que los cristianos de Santo Tomas habian conservado una leyenda de todo punto incompatible con la del apóstol. Esta leyenda los suponia descendientes de un tal Mar Tomas (*Mar* significa Señor) rico comerciante contemporaneo de Ceram Perumal fundador de Calicut, emperador de todo el Malabar que á su muerte dividió el reino entre sus parientes y amigos, y el cual vivió en el siglo VI ó segun dice Escaliger en el X. Probablemente se habrá confundido ese Mar Tomas con el apóstol santo Tomas; y aun puede ser que la Iglesia le niegue por lo general la honra de haber sido el apóstol de las Indias, para castigarle de su incredulidad con respecto á Jesucristo. De todos modos su martirio en Meliapur inspiró á Camoens uno de los mas bellos pasages de su Luisiada.

Parece que los cristianos de santo Tomas formaron en lo antiguo una nacion, y vivieron por mucho tiempo tranquilos en medio de las tribus Hindus que les habian concedido grandes privilegios y respetaban su creencia. Al llegar alli los portugueses, desorganizada aquella nacion por la muerte de su último rey que la habia traspasado al poder de un rajah de Cochin, recibió con mucha alegria á sus hermanos de Europa, y desde luego se confesó vasalla del rey de Portugal. Los recien venidos correspondieron infamemente á la ingenua confianza de aquellas pobres gentes, y los frailes franciscanos fueron los primeros que procuraron derrocar

(1) Teodoreto dice que el heresiarca Manés envió á la India uno de sus discipulos llamado Tomas; y los antiguos monumentos de los cristianos de la India hacen mencion de un mágico, un Persa, un Sirio llamado Manacavaser nombre que se ha transformado en maniqueo. El siro era la lengua de sus sacerdotes.

la religion á que eran tenazmente adictos los cristianos malabares; mas á pesar de sus esfuerzos secundados con los malos tratamientos de los virreyes y gobernadores de la India no pudieron conseguir su objeto. Entonces se presentaron los hijos de Loyola con el fin de reemplazar á los Franciscanos.

Dijimos en nuestra primera parte que Ignacio de Loyola seis meses antes de alcanzar del Papa la bula de institucion de la Compañía de Jesus, obrando ya como gefe de la órden habia puesto á merced de Juan III rey de Portugal á Francisco Javier Rodriguez. Aquel monarca juzgando que seria cosa agradable á Loyola y á todos los compañeros de Jesus, quiso de pronto enviarlos á sus posesiones de la India; pero Loyola tenia mucho que hacer en Europa y se estuvo tranquilo en Roma por mas que hubiese declarado repetidas veces, que tanto él como sus compañeros aprovecharian con ansia la primera ocasion favorable para ir á predicar y convertir infieles, como que esto era el primer motivo y casi el único objeto de su piadosa asociacion.

En este momento no podemos menos de hacer una comparacion la cual demostrará, por mucho que se diga, que los Jesuitas de ogaño son lo mismo que los Jesuitas de antaño. En abril de 1845 un periódico de Paris discutiendo con buena fe con el órgano mas adicto á los RR. PP. les indicaba con mucha formalidad un medio para que pudiesen hacer un empleo útil de su actividad inquieta, que es el modesto nombre que dan los partidarios de la famosa Compañía á la turbulencia no pocas veces ridícula y á la ambicion siempre peligrosa de los negros hijos de san Ignacio. Mirad, decia el *Semeur* á los Jesuitas de Francia, como la incivilizacion retrocede de Oriente, mirad al cristianismo que va á desaparecer del Líbano con los Maronitas vencidos, y contemplad la Iglesia católica amenazada en Siria con la presencia de los misioneros ingleses y de su obispo de Jerusalen. Hé ahí, RR. PP. mios, una mision bella y santa que vosotros podeis hacer noble y grande; que podeis convertir en piadosamente patriótica, enarbolando en las vastas regiones que gimen bajo el descantillado sable de Otman, la bandera de Cristo caida en el polvo, y rehaciendo al mismo tiempo el influjo de la Francia que decae y desaparece en las riberas del Bósforo, del mismo modo que en el egipcio Delta.

El *Univers* órgano de los RR. PP. se encendió en cólera al leer esta propuesta que calificaba de descabellada, y con no poca acrimonía preguntó á su honrado y cándido consejero, si aquel consejo era una burla de la Compañía de Jesus. Efectivamente es burlarse de esos buenos PP. hablarles de misiones en las cuales no puede grangearse otra cosa que una gloria noble, santa y pura.

Quizás Ignacio de Loyola creyó tambien que el rey de Portugal se burlaba de él, al proponerle que con todos sus compañeros fuesen á derramar la ley de Jesucristo en los cien pueblos de la grande comarca en cuyas playas habian clavado la bandera de Portugal Vasco de Gama y Alburquerque. Sin embargo, comprendiendo muy luego el partido que de las misiones podria sacar su órden, prometió obreros evangélicos á Juan III, quien sin duda juzgó que los resultados de esos trabajos robustecerian la conquista, al paso que el gefe de los Jesuitas esperaba que sus fieles obreros trabajarian especialmente en favor de la Compañía. Segun antes hemos dicho, Rodriguez que habia sido nombrado juntamente con Bobadilla para esa primera mision jesuítica se quedaron en Portugal, y como este último que era sumamente útil á las conquistas cayó enfermo en el instante de partir, le reemplazó Francisco Javier.

En un dia de la primavera del año 1540 y en medio de una grande muchedumbre que parecia silenciosamente conmovida, dos hombres que iban á separarse en una de las puertas septentrionales de Roma se abrazaron tiernamente, y despues el uno de ellos arrodillándose á los piés del otro le pidió su bendicion. «Os ben-« digo hermano y partid, dijo el otro con voz entera y estendien-« do la diestra: id á desempeñar el encargo que Dios os confia por « mi boca; id á satisfacer ese ardiente deseo que todos nosotros te-« nemos de llevar la fé al otro lado de los mares. No es ya la Pa-« lestina la que os aguarda, sino el Asia toda; no es una pro-« vincia, sino el mundo entero. Id hermano y recordad que sois « uno de los compañeros de Jesus.»

El hombre que hablaba en estos términos era Ignacio de Loyola, y el otro á quien bendecia era Francisco Javier, apóstol de las Indias. En el instante en que este se levantaba é iba á partir Ignacio corrió hácia él, y quitándose un chaleco de lana que debajo del hábito traía, obligó al misionero que iba vestido muy á la li-

jera á que con él se abrigase el pecho. Si es cierta esta circunstancia, referida con mucho énfasis por todos los biógrafos de Javier y de Loyola, no sabemos ver en ella mas que una escena mañosamente calculada para hacer brillar con un resplandor sobrenatural la gloria de aquella nueva órden, cuyos miembros se sacrificaban tan fervorosa, y enteramente á lo que tenian por un deber, que olvidaban ocuparse de sí mismos y de su fortuna. Acaso el lector juzgará como nosotros, que en la hora en que marchaba el primer misionero Jesuita la Compañía por mas que no estuviese aun reconocida poseia casas y rentas, amen de las ofrendas de las almas devotas, y que la mayor parte de los misioneros Jesuitas desempeñaban encargos que debian ser bien remunerados.

Como quiera Javier con no abrigarse, y con desabrigarse Ignacio no hicieron un grande acto de heroismo, y perdónennos esta claridad los escritores de la Compañía, puesto que segun ellos mismos la marcha del misionero tuvo lugar en la segunda quincena de marzo cuando ya el sol de Italia abrasa y hace chispear la triste y solitaria campiña de Roma. Convendrémos sin esfuerzo en que Loyola se desabrigó para abrigar á su compañero, con tal que nos dejen quitar la máscara y desnudar á la órden entera en cuanto podamos y sin faltar á la verdad.

En 7 de abril de 1541 salió del Tajo é hizo rumbo hácia el Sud el buque en que iba Francisco Javier, y que formaba parte de una escuadra mandada por D. Martin Alfonso de Souza virrey de las Indias por la Corona de Portugal. Despues de una forzosa arribada á la costa oriental de Africa, y de tocar sucesivamente en la mahometana ciudad de Melinda situada cerca del Ecuador y en la isla pagana de Socotorra, la flota portugesa se presentó delante de Goa el 6 de mayo de 1542, trece meses despues de haber zarpado del Tajo. Desde luego puso Javier mano á la obra.

Parece que en esa época estaban sumamente relajadas las costumbres de los portugueses establecidos en las Indias, de suerte que si hemos de dar crédito á lo que dicen acerca de esto los escritores Jesuitas, Javier podria hallar entre ellos trabajo suficiente para una larga y ardua mision, puesto que reinaba triunfante sobre los portugueses todos desde el virrey de las Indias hasta el mas ínfimo mercader ese desenfrenado libertinage, que bajo el cielo de los

trópicos se desenvuelve en dilatada escala y cara descubierta. Mas modestos nosotros que Horacio Turselino biógrafo de Francisco Javier, no osamos decir hasta donde llegaba la desvergüenza de la lujuria que los conquistadores habian entronizado; pero ello es cierto que á fin de pagar su cotidiano tributo á esa reina descarada y devoradora, los portugueses ansiosos del lucro no desdeñaban ni retrocedian ante medio alguno con tal de procurarse dinero. Ocupados tan solo en los placeres ó en los medios de sumergirse en su embriagador cenagal habian olvidado hasta el nombre de cristianos; la mayor parte de ellos no iban á la iglesia sino en los dias de grandes festividades, muchos no entraban nunca, y si los remordimientos atosigando el corazon de algun pecador empedernido con semejante conducta, lo impelian hácia el templo, entraba en él de noche, corrido de su arrepentimiento y por temor de la burla de sus compatricios. Dicen los Jesuitas que Javier procuró mejorar semejante estado de cosas, y nosotros tenemos á bien creerlo y convenimos en que presentan una curiosísima muestra de esa parte de la mision que desempeñó el apóstol de los indios. El Jesuita Turselino contemporáneo de Javier nos cuenta en tono grave el modo como el misionero se condujo para que desapareciera el concubinato, que era cual si dijeramos el estado normal de los portugueses del Indostan: he aquí sus palabras. «Cuando el santo «entraba en una casa cuyo dueño tenia hijos habidos de sus ilegí-«timas relaciones, queria ver á estos y á su madre: si la esclava ó «la criada elevada al rango de señora sin tener de ello título legal «era despejada, bien hecha, y seductora, y si sus hijos eran her-«mosos, robustos y vividores el misionero les hacia caricias y «preguntaba á su huésped como era posible que no diese su nom-«bre y su mano de esposo á una mujer tan digna de ello. Si por «el contrario la concubina era fea y desagradable y ademas los ni-«ños se le parecian en algo, el apóstol jesuita señalándolos con el «dedo y dirijiéndose al huésped esclamaba: ¿Cómo teneis estos «mónstruos en vuestra casa? Echadlos de ella con su madre, echad-«los cuanto ántes.»

He aquí una escelente moral; y es del caso advertir que esta repugnante y estraña particularidad de la vida de un hombre, cuya memoria es de las menos funestas en la Compañía de Jesus,

no nos la ha transmitido un detractor del misionero ni un enemigo de su órden, sino un panegirista de aquel y miembro de esta (1). La conducta del misionero puede esplicarse humanamente hablando por las consideraciones que habia de guardar á aquellos cuyo apoyo y buena voluntad le eran de todo punto indispensables, á fin de llegar al término hácia el cual marchaba ó al menos hácia el cual lo habian empujado: el cristiano se acordaba de que era Jesuita. Por esto se ocupó desde luego en cimentar con la mayor solidéz posible sobre esa vírgen tierra de las Indias el nuevo poder cuyo establecimiento se le habia encomendado. Habia en Goa con el título de patriarca de la iglesia de las Indias un obispo portugués, hombre rico, poderoso, de la célebre casa del conquistador de la India, llamado D. Juan de Albuquerque. Grandes fueron la asiduidad y el esmero con que Francisco Javier procuró hacersele propicio, y con este objeto valiéndose de aquella astuta táctica que los hijos de Loyola han puesto en uso cuantas veces les ha sido necesario el apoyo del alto clero, al tiempo de presentar al obispo de Goa la Real Cédula de Juan III y el Breve apostólico, que eran los títulos de su mision, protestó humildemente que no haria uso de ellos hasta que el prelado le concediese su beneplácito. Este mañero proceder tuvo un éxito feliz, porque el obispo de las Indias persuadido de que los esfuerzos del misionero no podrian traer otro resultado que el engrandecimiento de la iglesia de que era gefe, y felicitándose acaso de poderse entregar á una dulce soñolencia en el muelle asiento episcopal mientras que otro sudaria trabajando en la viña del Señor, no solo no puso obstáculo á la mision del Jesuita, sino que le allanó el camino en cuanto de él dependia.

En la capital de aquellas posesiones portuguesas, habia un seminario dirigido por franciscanos en donde se enseñaba la religion católica, apostólica, romana á corto numero de indios; y por mas que ese establecimiento solo contase con los escasos donativos de las personas piadosas que eran muy pocas, dispertó la codicia de Javier, quien temia sin duda que de allí saliesen rivales, y los jesuitas nunca han podido sufrirlos. Húbose el misionero con tanta

(1) Véase la vida de Francisco Javier por Horacio Turselino de la Compañia de Jesus. Edicion latina en 4°. de 1596 en Roma, lib. 2. cap. I., pág 56.

maña que á poco tiempo Fr. Santiago Borbona superior del seminario lo cedió á la Compañía de Jesus, de la cual se hizo individuo.

Al recibir en su Órden á este Franciscano apóstata quebrantaron los Jesuitas sus propias leyes, pues el capitulo III de las Constituciones que trata de los casos esenciales de impedimento para la admision en la Compañía, casos que segun el decreto 58 de la quinta asamblea general están contados entre las observancias y las reglas que son la *sustancia misma* de la Compañía, dice en el artículo V que deben ser escluidos absolutamente de la Compañía aquellos que han tomado el hábito de alguna órden religiosa aun cuando solo hubiesen sido hermitaños. Y las *Declaraciones* añadiendo alguna cosa al rigor de la Regla dicen: que aquel que haya llevado por un solo dia la capilla de fraile aun cuando no haya profesado, no podrá ser admitido en la Compañía de Jesus. Siempre los buenos PP. han sabido hacer que enmudecieran sus propias leyes cuando su interés hablaba.

Algunos de sus escritores, entre otros el P. Bouhours que han compuesto tambien una vida de San Francisco Javier, á fin de dar giros á esta dificultad nada dicen acerca de que Santiago Borbona fuese admitido en su órden, y aseguran que hasta el año 1548 despues de muerto ya el franciscano, los jesuitas no poseyeron en propiedad y sin dependencia alguna el establecimiento que aquel habia formado; pero Horacio Turselino primer biógrafo de Javier, contemporaneo suyo y jesuíta frenético, dice terminantemente que Santiago Borbona entró en la Compañía de Jesus cediendo el seminario creado por él mismo, con la condicion de ser su Rector toda la vida (1). Esto es muy esplícito para que pueda dudarse de ello.

El Seminario de santa Fé fué desde luego transformado en colegio de san Pablo, y nos parece que la causa de este nuevo bautismo fué el deseo que el mismo Jesuita tenia de borrar en el suelo de Asia las huellas de todo obrero evangélico que no perteneciese á la Compañía. Como quiera que sea, esa primera casa que los Jesuitas tenian en aquellas regiones, se transformó muy pronto en rica y espléndida, de pobre y miserable que era en manos de los

(1) Horacio Turselino, Vida de san Francico Javier lib. I.

hijos de san Francisco. El biógrafo Turselino nos esplica como se hizo ese rápido y afortunado cambio. Al ver que sus llamamientos á la caridad de las almas devotas producian poco ó nada, el misionero siguiendo las máximas de *¡Ay de los vencidos!* y de *gloria á los vencedores*, de las cuales nadie se ha servido mejor y con mas frecuencia que los Jesuitas, enriqueció el naciente colegio con las contribuciones arrancadas simultaneamente á los templos cristianos de santo Tomás, á las Pagodas hindus y á las mezquitas musulmanas, puesto que los discípulos de Mahoma habian llevado hasta esas remotas playas el estandarte del islamismo, que la poderosa mano de Oreng-Zeyb debia hacer flotar en breve sobre la mitad del Asia.

Albuquerque en la conquista hubo de luchar con los musulmanes establecidos en las costas de estas islas, que reconocian entonces la soberanía de los monarcas mahometanos de la Persia. Sabida es la contestacion del Marte portugués al rey de Persia, que reclamaba del vencedor el tributo que solian pagarle los príncipes vencidos. En efecto, enseñando Albuquerque á los embajadores un sable y algunas balas de mosquete esclamó: *Decid á vuestro amo que le pagaré el tributo con esta moneda.*

El árbol bracmánico estendia sin embargo sobre la mayor parte de las Indias sus memorables ramas por mas que en muchos puntos estuviese decentada su corteza. El islamismo por un lado y por otro el cristianismo, ya fuese el nuevo de los portugueses, ya el antiguo de los cristianos de santo Tomás, trabajaban á porfia para echar raices en esa espléndida tierra de Asia; y merced á la reciente conquista el Evangelio se insinuaba mas atrevido entre el Coran y los *Vedas* ó libros sagrados de los indios. El misionero jesuita despues de recorrer con la vista el estado religioso del pais creyó hallar todos los elementos de una mision fácil en los cristianos malabares, y por esto determinó sentar entre ellos la base de su influjo. Ya hemos dicho que esos cristianos desde muchos siglos vivian tranquilos en medio de las naciones indias cuyos príncipes ó rajahs, diferentes veces les concedieran derecho de ser reputados como iguales á las castas bracmánicas nobles, y he aquí que ahora iba á turbar esa tranquilidad la mano de los portugueses conquis-

tadores, hermanos suyos en religion, mano que habian estrechado con tanto gozo y besado con respeto tanto.

Francisco Javier se trasladó al centro de las tribus de esa grande familia cristiana, que con razon ó sin ella reconocian á santo Tomás por su apóstol y su gefe. En medio de tantas naciones indias conservábanse puros de toda mezcla los descendientes de Mar Tomas y se los conocia facilmente en el cutis mas blanco, carácter distintivo y muy notable sobre todo en las tribus cristianas del reino de Cranganor. Atribuíanse estas tribus una superioridad fundada en una tradicion segun la cual eran descendientes de una muger blanca y legítima de Mar Tomás, mientras que las otras procedian de una esclava. Esos cristianos eran por lo general de alta talla, bien formados, agiles, valientes, diestros, ingeniosos, inventores, de talento, oradores y amigos de discusiones. Usaban un lenguage sentencioso y lleno de imágenes; y una cortesía natural, pero muy ceremoniosa. Eran hombres fieles, probos, religiosos, de costumbres muy puras; mas por desgracia la supersticion ensombrecia este brillante cuadro (1).

Presentóse á ellos Francisco Javier y fué perfectamente recibido; mas apenas quiso hacerles entender que iba para cambiar la religion que les fué transmitida por sus padres; cuando comenzó á esplicarles que el Verbo eterno habia tomado entre los hombres y para los hombres no la *persona* humana como ellos creian, sino la *naturaleza* humana segun lo enseñaba la iglesia de Roma; cuando puso en duda las virtudes de Mar Tomás, la santidad de Mar Xabro y de Mar Prod, sacerdotes sirios que en el siglo VIII llegaron á la costa de Malabar convirtiendo en ella á muchos indios, edificando iglesias y alcanzando para ellas grandes privilegios escritos en lengua y carácter malabares, canarinos, bisnagas y tamuls segun se lo decian al misionero; cuando finalmente los cristianos de Santo Tomás comprendieron que sus hermanos de Europa querian hacerles admitir dogmas y formas de religion de que hasta entonces no habian oido hablar nunca, enton-

(1) Los pormenores que preceden y los que vendràn despues en orden à esos cristianos de la India los tomamos de la obra acerca de la navegacion del mar Rojo atribuida à Arrien del *Viage de las Indias* de Cosmas (Vease su traduccion por D. Bernardo de Montfaucon pag 178); de los Viages del célebre Bernier y sobre todo de la *Jornada do Arcebispo de Goa* escrita por el monge Agustin Gouvea.

ces Francisco Javier se encontró en un completo aislamiento. A pesar de esto quiso hacer el último esfuerzo y gracias al carácter de que estaba revestido por el rey de Portugal, y mas todavia á la benevolencia de esos cándidos cristianos pudo reunirlos otra vez y lograr que escuchasen sus palabras. Los gefes de las diversas tríbus de los cristianos de la India colocáronse un dia silenciosamente en torno de una tarima en donde se hallaba el misionero: habia allí representantes de todas las divisiones de la Iglesia de las Indias; estaban los enviados de las muy reverenciadas iglesias meridionales de Diamper, Catate, Turbuli, y Cartulé, y los de Angamala, y de las iglesias del norte reputadas por mas humildes.

Singular era el aspecto que la asamblea presentaba. Todos los asistentes tenian en la mano una espada ó una lanza, cuya asta de madera estaba adornada con aretes de acero que hacia sonar el mas mínimo movimiento; embrazaban un escudo de piel de rinoceronte ó de hipopótamo, y su trage compuesto de una sola pieza consistia en una especie de zagalejo de tela blanca ajustada á la cintura y que bajaba hasta la rodilla formando elegantes pliegues. Los ancianos de cada tribu eran lo únicos que llevaban una especie de túnica bordada hácia los lados y en la espalda; vestido que solo se usaba en la iglesia y en las grandes solemnidades. Ademas todos los hombres se ceñian un cinturon muy apretado compuesto de tiras de tela encarnada ó de otro color vivo, y de ese cinto les colgaba un cuchillo bien trabajado y con mango de oro ó plata cincelada. Sus largos cabellos estaban doblados encima de la cabeza y medio cubiertos con un pañuelo de seda, puesto con gracia y cuyas puntas colgaban hácia el hombro izquierdo. Tenian la costumbre de cortarse el cabello los viejos, los celibatarios y los romeros que habian ido á orar en el sepulcro de santo Tomás en Meliapur. Eran los hombres muy bien formados y sus miembros suavizados por la costumbre que tenian de frotárselos con aceite de coco, habian tomado un color de bronce dorado y recordaban la forma de las estatuas griegas. Los ancianos tenian apostura magestuosa, y todos eran graves y meditabundos.

A poca distancia del círculo de los hombres se veía otro formado por las mugeres, las cuales por lo general eran bellas, graciosas y modestas. El frecuente uso de los perfumes luchando con el ter-

rible calor de los trópicos, conservaba á su cutis el blanco rosado por donde se veian correr los finos y azulados arabescos de las venas y de las arterias. Su trage igual al de sus maridos consistia en un zagalejo blanco con listas azules ó de color de rosa, si bien era un poco mas largo y sus pliegues mas anchos, aunque siempre dejaban ver las graciosas estremidades. Ademas ajustaba su elegante busto una especie de camisola de fino y blanquísimo lienzo. Las matronas solian añadir á este trage un manto de lienzo blanco, que asegurado en la cabeza bajaba por ambos lados y con el cual se envolvian enteramente no dejando ver mas que el rostro. Entre esas matronas no pocas eran á propósito para dispertar la memoria de aquella Cornelia madre de los Gracos, que con sencillez y orgullo al mismo tiempo se adornaba con la túnica de lana hilada por ella misma. Hombres y mugeres llevaban en las muñecas y en los tobillos grandes aretes de oro ó plata, huecos y llenos de chinitas que hacian un rumor suave á cada movimiento.

Mientras que los cristianos de santo Tomás aguardaban al misionero que los habia convocado, se divertian con una especie de danza ejecutada por los hombres jóvenes y conducida y arreglada por los ancianos, que cantaban los loores y el martirio de su venerado apóstol. En seguida despues de sentarse todos, algunas esclavas jóvenes sirvieron una comida muy sencilla, compuesta de arroz cocido en agua mezclado con leche y con jinjibre, y una especie de caldo llamado *caril* muy cargado de aromas. Segun se dá por cierto era muy dulce entre los cristianos de Indias la suerte de las esclavas, de las cuales solia el amo adoptar alguna cuando no tenia hijos.

Es cosa notable que todos esos hombres cazadores diestros, y soldados tan intrépidos que los rajahs pagaban sus servicios á peso de oro; esos hombres que nunca salian sin su escudo y su espada, y que mientras su frugal comida tenian las armas de modo que pudieran alcanzarlas con la mano; es cosa notable, decimos, que esos cristianos primitivos á diferencia de sus hermanos de Europa que iban alli con el instinto de cambiar con sus costumbres y su culto, casi nunca tenian entre sí una disputa de importancia. En esas tribus era desconocido el asesinato, á lo menos asi nos lo asegura en una noticia que publicó de esas tribus visitadas por el mismo

un tal Fr. Vicente María, testigo tanto menos sospechoso en cuanto era europeo, y lo que es mas fraile dominico.

En el momento de llegar el misionero todos se levantaron en medio del mayor silencio, y los ancianos inclinando la cabeza alargaron los brazos y ofrecieron la mano. Mientras el jesuita habló los jóvenes tenian la mano izquierda en los labios, lo cual entre ese pueblo era una demostracion de respeto que se hacia al padre, á la madre, al hermano mayor, á los sacerdotes, á los superiores de la tribu, ó á los ancianos de cada iglesia.

El sitio elegido para la reunion era una esplanada verde y ensombrecida por elegantes y altas palmeras que descendian en suave cuesta hácia esa admirable mar de las Indias, de olas ambarinas y brillantes, sembrada por lo largo de las costas de millares de esas esmeraldas de vivos y cambiantes reflejos á que se dá el nombre de islas. Una eminencia cuajada de árboles ponia al abrigo de los ardientes rayos del sol de los trópicos á esa asamblea, por encima de la cual la veleidosa virazon de la mar desplegaba y removia de tiempo en tiempo los anchos abanicos de las altas palmeras. Alzóse el misionero en medio de un silencio tan profundo, que se oia el monótono rumor de la resaca en la lejana costa y el de algunas gazelas, que envalentonadas por esa quietud asomaban sus graciosas cabezas por entre el macizo verde de la colina á fin de contemplar la asamblea.

Puesto en pié Francisco Javier habló largo rato, con toda la ciencia de un hombre graduado por las Universidades de Francia y de España, con la astucia de un Vasco, con la mision de un sacerdote, con la autoridad de un legado, con las suaves inflexiones de voz propias de un amigo que desea persuadir ó en el tono de mando de un superior que quiere que se le obedezca; y de ese modo espuso el objeto de su mision y los motivos que le aconsejaban comenzarla en esos pueblos que se llamaban cristianos. Fulminó anatemas contra Nestorius y Manés, contra sus heregias y sus sectarios, y sobre todo encareció á los secuaces de la iglesia de Indias, que si realmente querian ser hermanos de los cristianos de la iglesia de Europa y tratados como tales, era indispensable que tuviesen una madre comun y que Meliapur se humillase ante Roma, y santo Tomás ante san Pedro. De todo esto habló el mi-

sionero, y habló por largo rato, y habló con maña, con energía y con elocuencia.

Cuando hubo concluido su discurso, un anciano bello y lleno de magestad, casi centenario y venerado de todos, se levantó y dijo: « Mi hermano de Europa ha hablado largo rato y ha hablado bien: su discurso ha sido como el murmullo de la cascada de Taddiandamalla que no cesa nunca y cual el canto del pajarillo de nuestros bosques que imita todos los tonos y todas las notas de los otros pájaros. Sus palabras han entrado en mi corazon y en el de mis hijos, pero han encontrado allí otras palabras que están grabadas en ellos desde demasiado tiempo para que salgan en este dia. Mi hermano de Europa nos ha dicho palabras buenas; pero hace ya siglos, cuando el abuelo de este bosque era tan pequeño, tanto que su tronco no podia sustentar el peso de una lijera mosca azul, un hombre, un santo, un apóstol, puso los piés en esta playa envuelta aun en las sórdidas mantillas de la idolatría, y reveló á nuestros padres los divinos y saludables misterios de la vida y muerte de Cristo. Nuestros padres escucharon al enviado de Cristo, creyeron sus palabras, y se hicieron buenos. Quince siglos han pasado desde que nosotros creemos lo que creyeron nuestros padres.

¿Y como es posible que su creencia sea un error segun vos nos lo habeis dicho? ¿Como despues de tanto tiempo sabeis vos transmitirnos las palabras de Cristo mejor que el apóstol, que las vino á repetir cuando aun estaban calientes en su corazon y sonaban en su oido? Yo no alcanzo á comprenderlo. Yo soy viejo y muy viejo; mi hermano de Europa es jóven, sus ojos se abren para mirar los rayos del sol, y los mios se cierran ante el resplandor de una luciérnaga, oiga sin embargo mi hermano de Europa lo que voy á decirle.

Cuando llegó á esta tierra el apóstol y enviado de Cristo, nuestros padres le escucharon con respeto; mas no le creyeron de pronto porque dudaban de la mision del santo apóstol. Entonces él les preguntó si en caso de que sellase su mision con su sangre creerian en ella, y si guardarian en el corazon sus palabras y las transmitirian á sus hijos y á los hijos de sus hijos. Nuestros padres dijeron que si harian, y entonces el apóstol dió toda su sangre para sellar su mision. No-

sotros estamos dispuestos á derramar toda la nuestra para cumplir la promesa que en los tiempos que ya no existen hicieron nuestros padres en nombre nuestro. Si faltaramos á ella sus huesos chocarian unos con otros en las viejas tumbas, y formarian una maldicion que tarde ó temprano caeria sobre nosotros para anonadarnos.

Es imposible que lo hagamos. Sea nuestro hermano de Europa muy bienvenido entre nosotros; su Cristo es nuestro Cristo; ¿qué importa que no nos sirvamos de las mismas palabras para adorarle? No todos los hombres tienen el mismo color y sin embargo Dios los ha criado á todos.»

Al oir tales palabras el misionero hubo de renunciar á la esperanza de que su persuasion hiciese prosélitos entre los cristianos de la iglesia de las Indias, y recurrió á un medio que su gefe Ignacio de Loyola habia empleado ya en Roma con respecto á los judios. A fin de que el Seminario de santa Fé transformado en colegio de Jesuitas de san Pablo no estuviese por mucho tiempo desierto, halló manera de que entrasen en él muchos jóvenes cristianos híndus, á quienes hizo instruir en los dogmas de la iglesia romana, y despues de haber sido ordenados de sacerdotes por el obispo de Goa se restituyeron á sus familias; sin embargo, era tan sólida la fé de aquellos primitivos cristianos hácia la creencia transmitida por sus padres, que no solo abandonaron las iglesias de las cuales los nuevos pastores hijos suyos habian venido á ser ministros por órden de los poderes civil y religioso unidos, sino que los parientes de esos sacerdotes indios les cerraron sin compasion la puerta de la casa en que habian nacido, y solo la abrieron á los que abjurando con no pocos riesgos las nuevas doctrinas de los conquistadores abrazaron de nuevo la fe de la iglesia de santo Tomás.

Desde aquel instante comenzó para esas pobres gentes la era de una persecucion que se fué encrudeleciendo, y que pronto hizo sangrienta el horrible tribunal de la Inquisicion erigido en Goa. Mas José, obispo de Meliapur y gefe de la iglesia cristiana de las Indias nunca quiso dar á la Vírgen María en la oracion dominical el título de *madre de Dios* sino el de *madre de Cristo*, y por ello fué deportado á Portugal. Los cristianos de santo Tomás cejando poco á poco á impulsos de la persecucion que los diezmaba, se dispersaron insensiblemente. El célebre viagero Bernier que recorrió

las Indias en la época en que el famoso Oreng-Zeyb vencedor del sultan Soodjah y de los otros rivales suyos dió nuevo esplendor al brillante trono del gran Mogol, fundado por Timor-lang ó Tamerlan á principios del siglo XV, dice que todavia encontró tribus errantes de la gran familia cristiana de las Indias que desapareció completamente en la época en que los holandeses, instrumentos acaso de la divina venganza, espulsaron á los portugueses del continente asiático.

Rechazado Francisco Javier por los cristianos hindus á quienes no pudo atraer al gremio de la iglesia católica romana, procuró esclarecer su mision convirtiendo á los mahometanos, que segun antes dijimos se habian establecido en varias islas de la mar de las Indias y en diversos puntos de la costa asiática bañada por los golfos de Bengala y de Oman, entre los cuales á manera de gigantesco cuerno se abanza hácia el Océano índico la enorme peninsula del Indostan. Los musulmanes establecidos en las playas meridionales del Asia central, ademas de que estaban dispuestos á mirar con rencor á los portugueses que cual un enjambre de hambrientos abejones se arrojaron tras ellos sobre ese inmenso y rico panal, recordaban con orgullo que en Europa esos mismos portugueses habian sido durante mucho tiempo esclavos de los Emires, uno de los cuales estuvo muy cerca de sepultar bajo todos los derribados tronos del *Frangistan* la creencia religiosa que el *Padri* (1) queria ahora que adoptasen. Por esta causa los esfuerzos del misionero no produjeron resultado alguno entre los sectarios de Mahoma; en vista de lo cual determinó dirigirse á los indígenas, verdaderos indios, adoradores de la Triada sagrada que se compone de Vichnu, Brama y Siva.

No nos proponemos, ni seria este lugar á propósito para ello, desenmarañar los misterios de la teogonia hindua que el sabio y desgraciado Victor Jaquemont llama ininteligible embrollo, y que ha hecho discurrir tanto á los críticos y escritores orientalistas. Los tres grandes Dioses indios Vichnu, Brama, y Siva son generalmente reconocidos entre todos los hindus, sin embargo hay infinitos sectarios que niegan la divinidad de esas tres personas de la

(1) Esta palabra que es del portugés corrompido la aplican los indostanos, los banianos y otros a todos los ministros de las religiones estrañas à la India. *Frangistan* significa entre los musulmanes la Europa occidental.

Triada india, y rechazando la autoridad de los Vidas ó libros sagrados admiten un solo señor del universo al que dan distintos nombres. Otros no reconocen mas Dios que Vichnu; otros tan solo á Brama, y hay una secta que á manera de los epicúreos no reconoce cosa alguna mas allá del mundo terrestre.

Victor Jaquemont cuya autoridad en esta materia es de grande peso y que vivió largo tiempo entre los hindus, dice que en general esos pueblos y particularmente lo hindustanos de quienes mas debemos ocuparnos, le parecieron unos picaros indolentes que maldita la religion que tenian; pero que sin embargo de no importarles nada de sus dioses tienen mucho afecto y un respeto sin límites á sus bracmanes, *gurus* ó sacerdotes. Estos sirven en los templos llamados Pagodas, tienen una gerarquia, y especies de seminarios en donde los jóvenes de la tribu sacerdotal se instruyen en las ceremonias religiosas de la metrópoli que es Benages, como Delhi es metrópoli del culto mahometano en la India. La lengua eclesiástica de los hindus es el *Sanscrit* que es lengua muerta y á la cual los hindus califican de santa y divina, suponiéndola tan antigua como Brama, es decir, como el mundo que fué criado por este. La verdad es que se remonta á una antigüedad muy lejana. Bernier en sus *Viajes al Mogol*, dice que en Benares vió una gran sala llena de libros de filosofía, medicina, y poesias.

Los hindus se dividen en cuatro castas principales por el órden siguiente: la de los Bracmanes, la de los Rajhgootes, la de los Veinsjas ó Banianos, y la de los Sudras. Los Bracmanes, cuyo nompre significa hijos de Brama por escelencia, son los sacerdotes, y segun la costumbre general en Oriente los sabios y los Jueces de la India. Los Rajhgootes son los soldados, y por consiguiente los depositarios del poder, los señores y los déspotas. Los Banianos son los mercaderes y los comerciantes, y este nombre se aplica hoy en la India á todos los comerciantes sean ó no hindustanos. Los Sudras son los artesanos. A diferencia de los egipcios de la antigüedad han colocado en la cuarta clase despues de los comerciantes y entre los criados á los que se dedican á la agricultura. Las bellas artes están todavia peor colocadas, pues forman una subdivision de la cuarta clase y allí van á refugiarse en confuso tropel los que no saben á que casta ni á que familia pertenecen. Ademas de estas castas hay la de los Parias,

aunque los hindus no quieren dispensarle el honor de respetarla como una division de su grande familia. Para esa desgraciada tribu se reservan las faenas mas penosas, las mas repugnantes, y las que impurifican: de suerte que sus individuos tienen que vivir separados y á la manera de los leprosos se guardan muy bien de tocar un miembro de las castas mas honradas y sobre todo á un Bracma, que podria por ello matarlos sin temor alguno y hasta sin remordimiento. Los Bracmanes y los Rajhgootes son los nobles de la India, los Sudras el pueblo, los banianos forman una especie de division intermedia entre los nobles y los pecheros. Los individuos de las tres primeras clases se abstienen de comer animales y sobre todo la vaca, cuya carne está prohibida á los verdaderos hijos de Bracma como la del cerdo á los judios mahometanos, aunque no por horror como sucede en estos, sino por respeto. Es probable no obstante que si nos remontasemos hasta el origen de esta prohibicion, hallariamos que la causa fué entre los hindus una razon de higiene como entre los secuaces de Moisés y de Mahoma; pues efectivamente bajo los trópicos la carne de los mamiferos dá un alimento demasiado nutritivo y perjudica la salud. La prohibicion que los hindus tienen de comer vaca y el respeto con que la miran, puede atribuirse tambien al precioso recurso que ofrece la leche de este animal. Bien sea por la falta de yerba fresca, bien por el abrasador sol de la India, ello es que esos animales dan escasisima leche; de manera que segun refiere en una de sus cartas Victor Jacquemont, para tomar café con leche tenia que acudir á las ubres de media docena de vacas.

Hemos dicho que los indios, supersticiosos aunque muy indiferentes con respecto á sus divinidades, tenian grandísimo respeto á los sacerdotes, los cuales han sabido aprovecharse de esa veneracion que subiste todavia. Nadie puede ser virtuoso ni salvarse sino dá abundantes limosnas á los bracmanes; el que mata ó insulta á uno de ellos es condenado á muerte, y si un bracman merece el último suplicio, gracias á la relígion de que es representante, se libra de la espada de la Justicia de la cual disponen los miembros de su casta. Los Rájahs ó príncipes tienen el deber de cuidar que nadie falte á los sacerdotes, los cuales saben sacar partido de todos sus privilegios y son celosisimos de ellos.

Por todas esas razones cuando Francisco Javier quiso hacer prosélitos entre los indígenas de la India, la mayor dificultad que encontró fueron los cristianos esfuerzos de los sacerdotes. Horacio Turselino y despues de él la mayor parte de los biógrafos del nuevo apóstol de las Indias, nos dicen que Javier quiso al principio valerse de la persuasion para cristianizar á esos pobres idolatras, lo cual nos parece una mentira ó un absurdo por la razon que indicarémos despues de seguir á Francisco en los estremos de su mision.

Al decir de los jesuitas despues que Javier hubo organizado en Goa el Seminario ó colegio de san Pablo, fué á comenzar sus trabajos de misionero en el estremo meridional de la Península del Indostan, cerca del Cabo Comorin, en donde vivia una union de pescadores llamados Paravas, revueltos entre muchos mahometanos que habian ido á establecerse en las costas de la Pesqueria. Poco amigables eran las relaciones entre los individuos de las dos religiones que una á otra se han maldecido siempre; mas como el valor estaba de parte de los mahometanos, los otros encorbaron la cerviz bajo su yugo. Avino sin embargo que uno de sus gefes fue insultado por un orgulloso sectario del profeta que le arrancó el arete que en la oreja llevaba; y el hindustano enfurecido por esta injuria, que es la mas grande que podia hacérsele, dió de puñaladas al musulman. Los paravas de la comarca se declararon por el matador y dieron fin con los mahometanos sorprendidos y dispersos; mas á poco tiempo estos despues de reunir sus fuerzas y contando con el apoyo de algunos rajahs, enemigos de los Paravas ó deseosos de conquistar esa parte de las costas de la península índica, se echaron contra los otros que desconfiando de sus fuerzas imploraron la proteccion de los portugueses. Aprovecha el misionero esta circunstancia, y Juan de la Cruz, mensagero de los Paravas, indio convertido antes de la venida de Javier, y que á pesar del título de Caballero que los portugueses le confirieron era un tratante de caballos en el Indostan, vuelve á la costa de la Pesqueria con promesas del Virrey de las Indias de ausiliar á los Paravas si quieren recibir y escuchar al misionero y hacerse cristianos Suscribiéronse á estos pactos los Paravas como hubieran entonces suscrito á cualquiera otros; y he aquí que mientras se reunía en Cochin una escuadra, Francisco Javier se traslada al es-

tremo de la provincia. El resultado fué cual se esperaba y debia esperarse; los Paravas se hicieron cristianos para no ser degollados, no derramaron su sangre de la cual parecian ser muy avaros; pero en cambio corrió en abundancia el agua bendita. Mientras que los portugueses batian, dispersaban y sometian á los musulmanes, el misionero bautizaba con tal fervor que al decir de sus biógafos, y segun las palabras de una carta que él mismo escribió á la reina Catalina, despues regente de Portugal, muchos dias y horas antes que la brusca llegada de la noche tropical suspendiese su piadosa tarea, hubo de detenerse porque ya le era imposible levantar los brazos para verter la regeneradora agua del bautismo sobre las cabezas que para recibirlo se encorbaban.

He aqui la manera con que el misionero bautizaba segun el P. Bouhours y el jesuita Turselino, y segun los pormenores que el mismo Javier refiere en la carta citada. Apenas asomaban en el inflamado oriente el primer rayo del sol, y apenas el dorado *Curucu* desde las mas altas ramas de un gigantesco platano, cual el vigilante muezzin desde el minaret llama á la oracion, habia dado el grito al cual contestaban en coro los dispiertos habitantes del bosque índio, cuando el misionero armado con una campanilla recorria el pais endonde se encontraba. Las catecúmenos mas ó menos cándidos, mas ó menos políticos, iban al lugar designado que muchas veces era la margen de un rio, y alli Francisco Javier esplicaba rápidamente á su auditorio el misterio de la Trinidad y algunos otros, y enseñaba de uno á uno á todos los presentes á que hiciesen la señal de la Cruz. Los catecúmenos para manifestar que creian, colocaban los brazos en cruz y entonces el misionero daba á cada uno de ellos un nombre cristiano, escrito en portugués en un pedacito de papel, y luego comenzaba á bautizar mientras sus fuerzas se lo permitian

Durante cerca de seis años recorrió Francisco Javier todos los puntos del Indostan á que alcanzaba el influjo de los conquistadores portugueses. El misionero de los hindus qué recibieron el bautismo ya por su mano, ya por la de sus vicarios, Mansilla, Pablo Camerti, Nicolas Lancelot, Alonso Cipriano, Francisco Peren, Alonso de Castro, Melchor Gonzalez, y Gaspar Belga, á quien el Provincial de Portugal envió en ausilio del misionero, debió ser inmenso, y los escritores Jesuitas lo afirman, lo aprueban y se glo-

rian de ello. Esto está perfectamente, pero he aquí el reverso de la brillante medalla que han acuñado en honor del apóstol de las Indias y de toda su órden.

Los indios bautizados á quienes hicieron cristianos el misionero y sus lugartenientes, segun los mismos Jesuitas lo confiesan, apenas dejaban de necesitar la proteccion de los portugueses ó apenas se habian alejado los Padri, segun ellos llamaban á los convertidores; cuando cediendo á la autoridad de los Bracmanes volvian á la religion en que nacieron y el limo de los rios sagrados, la boñiga seca muy pronto borraban el carácter impreso por el agua bautismal. Con efecto ¿qué sinceridad podia haber en esas conversiones hechas á millares en un solo dia, hijas del temor ó determinadas por el cálculo?

Por otra parte lo que á nuestro ver esplica el principal motivo de todo eso, es que Francisco Javier no sabia ninguna de las lenguas que se hablaban en la India, como lo dicen todos sus biógrafios, y él mismo lo confiesa en una carta escrita á la reina de Portugal.

En órden á ese punto el Jesuita Horacio Turselino se esplica asi: » Francisco Javier no sabia la lengua de esas poblaciones, y cuanto podia decirles para que le entendiesen se reducia á ciertas cosas capitales de la doctrina cristiana, las cuales habia procurado estudiar para pronunciarlas en lenguage hindou (1).» Y que sin duda pronunciaba mal. Es verdad que en la página siguiente del libro de donde hemos estractado la presente cita, el autor añade con cierta sencillez, la cual fácilmente se podria tomar por ironía si Turselino no fuese un Jesuita afecto á su Órden, que sin embargo el Misionero » cuantas veces podia arengaba y predicaba á los indios, *completando* sus palabras con gestos y con la espresion del rostro. » ¿Acaso no advirtió ese biógrafo que trasformaba al Apóstol de las Indias en pantomímo? Mas no deja de ser verdad que la confesion es decisiva.

Ahora bien, despues de lo dicho ¿en qué vienen á parar los milagros obrados por la elocuencia del Misionero, y entre otros el triunfo alcanzado por Javier en los sacerdotes de Brama, á quienes

(1) Véase el libro 2.°, cap. 10.°, pàg 81, de la *vida de San Francisco Javier*, escrita por Horacio Turselino.

desafió á una grande y solemne discusion acerca del mérito respectivo de las dos religiones en presencia de un inmenso auditorio, venido de todas partes para asistir á esa asiática parodia del famoso Coloquio de Poissy ? Porque, por una coincidencia que tiene algo de singular y de chocante, la lucha de Francisco Javier con los sacerdotes de la India se verificó casi en la misma hora que la del fogoso Lainez con Teodoro de Beza y los doctores Calvinistas. Mas el campeon Jesuita de Asia fué mas feliz que el de Europa, segun dicen los escritores de la Compañía ; quienes esplican que en un apacible dia y en medio de una multitud conmovida y atenta, el misionero se encontró frente á frente de los Bracmanes mas sabios, mas famosos y mas respetables, de los cuales un anciano casi centenario se puso en pie, y habló el primero en nombre de todos.

Esplicó los misterios de la creencia brahmánica, habló de la triade Hindoue, compuesta de Brahma príncipe creador; de Vichnou príncipe conservador ; y de Siva príncipe destructor. Refirió las diez *Encarnaciones* del dios Vichnou, de las cuales aun no se ha verificado la décima. Cuando será llegado el tiempo de ella el mundo cambiará de faz, y entonces solamente habrá una religion, un Dios!. Téngase entendido que el orador hindou concluyó diciendo, que hasta aquel tiempo era preciso honrar á Brahma y á sus mas nobles hijos que con los Brahmenes, de los cuales el primero que apareció en la tierra sacóle el Dios de su propio celebro, por cuya razon los Brahmenes son los hombres mas sabios (1).

A su vez habló Francisco Javier esplicando la creacion del mundo formado en seis dias, terminada en el hombre y despues de la cual descansó Dios satisfecho de su obra. Dice Turselino que con voz fuerte esplicó rápidamente los preceptos del Decálogo y los misterios de la religion cristiana, hablando en seguida de la felicidad de los predestinados y de los tormentos de los réprobos ...

Segun ahora sabemos todo eso fué dicho con gran esfuerzo de gestos y espresiones del rostro, pero en español, ó acaso en latin;

(1) Segun los dogmas bramànicos hay catorce mundos é igualmente catorce razas de hombres, salidas unos y otras de catorce partes del cuerpo de Brama.

Y tanto los mundos como los hombres estàn dotados pobremente ó con generosidad, conforme à la parte de donde han salido, del corazon ó de la planta de los piés: los Bracmanes dan por supuesto que nacieron del celebro de Brama, lo mismo que el primer mundo el cual està encima del cielo.

mas no en lenguage hindou, único en que podia ser comprendido; asi como los Bracmanes no habian podido espresarse sino en lenguage indoustani; del cual el misionero no entendia una jota. Un oyente desinteresado que hubiese asistido á ese coloquio se hubiera divertido grandemente. Sin embargo, asi en el Coloquio del Malabar como en el de Poissy, los adversarios sin duda se retiraron contentos atribuyéndose reciprocamente la victoria.

Los Jesuitas aseguran que el único y verdadero vencedor fue Francisco Javier y en prueba alegan la conversion instantánea de todos los Hindous que asistieron á la discusion, y que con toda celeridad adoptaron la religion cuyas súblimes verdades acababan de hacerles comprender en una lengua desconocida, con el auxilio de veementes gestos y de patéticos visajes!...

En verdad que si la gloria del primer misionero de los Jesuitas no ha sido ahogada tiempo hace por lo ridículo, no se debe echar la culpa á los buenos padres; y ciertamente lo sentimos por el Misionero, cuyo recuerdo está algun tanto exento de las acusaciones terribles y casi todas probadas que luego verémos se acumulan en los sucesos del Apóstol de las Indias. Sin embargo, es fuerza decir que Francisco Javier mas de una vez incurrió en una censura merecida; pues como ha notado muy bien un escritor del siglo próximo pasado, el primer misionero Jesuita fué el primer promotor de la Inquisicion en las Indias (1). Por necesidad Javier debió recurrir al terror á fin de poner un obstáculo á los recien convertidos, que volvian á abrazar la creencia de sus padres; y como mas que otra cosa temia llamar á su socorro los terribles frailes del sombrio y sangriento Domingo, él mismo se creó una pequeña Inquisicion, sin aparato espantoso, pero cuyas funciones debe condenar el moralista casi al igual de aquellas que tantas veces presidieron en los abominables *Autos de fé*. Al menos las sangrientas hogueras de estos han tenido el feliz resultado, aunque muy caro, de manifestar con sus siniestros resplandores cuanto tiene de asqueroso y de infernal el ídolo del fanatismo por tan largo tiempo reverenciado; ídolo mucho mas terrible respecto á los hombres, mucho mas impio respecto á Dios que cuantos el misionero hizo romper en las Indias. Francisco Javier se arregló una especie

(1) Véase la *Historia imparcial de los Jesuitas*, escrita por Linguet.

de pequeña guardia compuesta de jóvenes indios, bautizados y convertidos de antemano por él mismo, y que ufanos de verse elegidos como compañeros, como *familiares* de su santo Padre (es el nombre que el apóstol de las Indias permitia que le diesen) desplegaban tan grande zelo en hacer ejecutar sus órdenes; que si ellos advertian que sus padres hechos cristianos á la manera del misionero, volvian á su antigua creencia, luego daban aviso al catequizante, quien á su frente allanaba la casa de los culpables, hacia cubrir de inmundicias, echar por el suelo y hollar al desventurado ídolo, cuyos pedazos eran luego arrojados á lo lejos ó consumidos por el fuego. Horacio Turselino que nos ha conservado tales pormenores, y que no encuentra nada mas admirable que esos mancebos, adoctrinados por el santo y cumpliendo con las órdenes del misionero, se hayan hecho los espias y los delatores de sus padres, y quizás algo mas (1); porque en la efervescencia de su zelo, los jóvenes *familiares* despues de haberse enardecido contra el ídolo tal vez llegaban á olvidar quienes eran los idólatras; el jesuita Turselino, decimos pues, asegura con mucha gravedad que su cofrade, el cual en la ocasion de escribir su vida no se hallaba continuado en el catálogo de los santos, obró tambien un gran número de milagros por medio de esos jóvenes neófitos.

Y henos aquí naturalmente en el caso de hablar de los milagros hechos por el misionero jesuita, cuyo número es tan grande que un compendio solamente llenaria muchas páginas. — ¿Estan bien probados? pregunta un incrédulo, que sospecha de cuantos hacen milagros, ó un creyente que desconfia de los milagros obrados por cualquier hijo de Loyola. — Las pruebas estan bien justificadas responden los Jesuitas, las pruebas se presentaron en la época de la canonizacion.

Sea asi en buen hora, aunque á la verdad habria mucho que decir sobre esa cuestion; pues Dios que concedia al Misionero el poder de resucitar á los muertos, hubiera podido concederle el don de hablar y de entender las diversas lenguas de los vivos. Los Jansenistas

(1) El P. Bouhours confiesa en efecto que por órden de Javier esos mancebos iban á pegar fuego á la casa de un indio relapso, padre de uno de entre ellos; pero que este último los detuvo entregándoles los ídolos, y se contentaron con quemar a estos solamente: Ese Jesuita encuentra bello y edificante un tal hecho, que en nuestros dias enviaria á su autor á presidio.

tan formales adversarios de los Jesuitas como sinceros partidarios de la Iglesia romana, con sobrada razon han objetado que Francisco Javier no pareció llamado por Dios á su Mision; pues á haber sido asi, recibiera del cielo el don de las lenguas que fue concedido á los Apóstoles, cuando despues de la muerte de Jesucristo se diseminaron por el universo para ir á predicar el Evangelio á todas las naciones; y esto nos parece muy lógico.

Mas nosotros queremos hacer notar lo siguiente. Los milagros de san Ignacio, que solo tuvieron por testigos y certificantes á sus discipulos y compañeros, milagros obrados cuando el fundador de la compañia corria de acá para acullá pobre, obscuro, desapercibido, buscando los materiales, los obreros y el sitio para construir su obra; esos milagros cesaron repentinamente y del todo, tan pronto como Loyola llegado á Roma debió aparecer sin disfraz y á las claras. Por lo contrario, Francisco Javier que no habia obrado el mas insignificante milagro mientras estaba en Europa, apenas ha puesto cinco mil leguas entre él y aquella cuando alcanza el don de los milagros y lo emplea prodigamente casi todos los dias; y le es dado trasmitir á sus neófitos ese don que ha recibido del cielo. Asi pues los jóvenes y fervorosos *familiares* de quienes ya hemos hablado, convertian y curaban tan bien como él, con tal que cuidasen proveerse del crucifijo, del libro ó del rosario de su santo Padre. Porque el Misionero haciéndose sobre todo médico del cuerpo lograba ser médico del alma.

Una india en los dolores del parto habia llamado á su socorro las oraciones de los mas santos Brahmenes, los exorcismos de los mas célebres *Joquis*, el saber de los mas venerados Bracmanes; pero no sentia alivio: llega Francisco Javier, y gritando dice á la pobre paciente que no padecerá mas si quiere ser cristiana, (nosotros juzgamos que el milagro hubiera sido mas bello si el Misionero hubiese convertido á la paciente despues de haberla curado). Yo soy cristiana! sanadme! respondió prontamente la india. Al momento el sacerdote de Cristo derrama sobre ella el agua regeneradora del bautismo y la nueva cristiana queda sin ningun dolor. Este milagro quizás nos lo podria esplicar la ciencia moderna; pero la fé, y una fé no como quiera es la que solamente puede admitir la mayor parte de los demas.

¿Acaso el Misionero para dar autoridad á su palabra y desvanecer el prestigio concedido á la ciencia de los Brahmenes, hubiera llamado en varias ocasiones algunos muertos á la vida?... Sobre esto nada tenemos que decir; pero nos será permitido discutir acerca del valor de otro milagro que hizo Dios para probar segun parece la grande estimacion en que tenia al jesuita. Mientras que Javier predicaba el evangelio en un paraje llamado Manapar, un Hindou, un Rajhpoote, personaje de importancia, solo respondió con denuestos á los esfuerzos que hacia el misionero para convertirle al cristianismo. Si acaso el Padre fué importuno, el idólatra fué en verdad poco urbano, pero no creerémos jamás que Dios para castigar á este ó para vengar á aquel haya obrado el milagro siguiente, referido por los Padres Turselino, Bouhours, Orlandin, etc., con numerosos detalles, reflexiones, piadosas jaculatorias y grande admiracion: poco tiempo despues que el Rajhpoote hubo echado de su casa al jesuita del modo indicado, cuando no tenia ninguna arma atacáronle numerosos enemigos y bien armados que le mataron (1) en presencia de los cristianos; los cuales reconociendo en aquel hombre al que habia insultado al misionero, fueron sobrecogidos de admiracion y dieron gracias al Señor. ¡Tal vez hubieran cumplido mejor con la ley de Jesucristo si hubiesen socorrido al infeliz! Esta es la narracion de Horacio Turselino; mas el P. Bouhours encontró el medio de dar algo de odioso á la manifestacion divina esplicándose así: «El Rajhpoote viendose atacado apeló á la fuga y viendo abierta la iglesia de los cristianos, en que Javier celebraba entonces los oficios divinos, probó entrar en ella; pero á tal espectáculo los fieles inmediatamente cerráronle las puertas, y continuando las vísperas ó completas dejaron asesinar al Rajhpoote.»

Quisiéramos que se nos esplicase en donde se halla el milagro de este último caso, y sobre todo donde estaba entonces la caridad cristiana. En verdad que si al instruir el espediente de canonizacion el *Abogado del Diablo* admitió ese milagro como provechoso á Francisco Javier, podemos decir que semejante á algunos de sus cofrades de los tribunales seglares, se habia dejado influir ó subornar por la parte contraria.

(1) *Divinitus* (por la voluntad de Dios), dice Turselino lib. 11, cap 9 °, pag. 79.- Si uno creyese á ciertas gentes tendria una idea toda opuesta de la suma bondad de Dios.

Nótese bien lo que vamos á decir.

En Europa Ignacio de Loyola habia podido sacar buen partido de la ostentacion, mas ó menos política de sus maceraciones, y de sus austeridades; pero en Asia, en la India sobre todo, su discípulo no hubiera podido servirse con igual resultado del mismo medio, y esto por la convincente razon de que aunque se hubiese alimentado de yerbas y raices durante su vida, como san Pablo primer hermitaño; aunque se hubiese puesto en lo alto de una columna de granito, como san Simon; en una palabra, aunque hubiese reunido en él solo el ascético entusiasmo delos anacoretas de la Tebaida y el obstinado fervor de los primeros confesores de Cristo; se hubiera visto sobrepujado y con mucha ventaja por el martirio voluntario, cuotidiano y perpetuo de ciertos individuos de la raza de los Bracmanes, y en particular de los llamados *Joquis*, cuyo nombre, segun Bernier, significa unidos á Dios; los cuales si hemos de creer al célebre viajero y segun della Valle (1), son una especie de frailes hindous, que generalmente habitan en las pagodas mas santas y mas concurridas en que solo viven de limosnas. Los unos arrastran enormes cadenas de hierro, los otros traen un pesado collar de hierro robrado al cuello; y otros se hacen clavar al tronco de un árbol ó á la pared de una pagoda. Algunos colgados por los piés con una cuerda atada á una rama de árbol puesta transversalmente sobre otros dos palos clavados en tierra, se balancean con la cabeza hácia abajo y perpendicular á un fuego que mantienen por espacio de una hora en tan intolerable posicion. Otros por devocion hacen voto de permanecer siempre sentados, tendidos, en pié, con los brazos estirados encima de la cabeza de dia y de noche; por lo cual la sangre y los humores paran su circulacion, los miembros se secan, se estremecen y quedan inflexibles. Es lo mas disforme que pueda darse ver esa especie de fantasmas como caminan pausadamente, desnudos, cubiertos en parte con sus cabellos, teniendo por encima de su cabeza dos antenas acorchadas, á las que ya no se puede dar el nombre de miembros humanos, y que terminan en uñas espantosamente largas.

Hay Joquis que se encierran en jaulas colocadas en lo alto de largas y gruesas vigas: y son tan pequeñas esas jaulas, que su

(1) Véase sobre eso el tomo 4.° de los Viages de Pedro della Valle escritos en italiano.

fanático habitante no puede estar en ellas en pié, ni sentado; pero allá vive y muere, no pudiendo la muerte librar á aquel cuerpo de su tortura, sino porque lo hace insensible. ¿No es cierto que los *Stilites* cristianos se hallan en buena disposicion? Y uno diria que los cenobitas del monte Athos y el mismo Loyola no han hecho mas que copiar las reglas de esos desgraciados fanáticos, por lo tocante á los éxtasis y visiones celestes; pues esas reglas ordenan al adepto que se prive de toda clase de alimento; que se retire en un lugar obscuro y separado; allá se está gran rato dirigiendo la vista hácia arriba sin menear los ojos, despues los va bajando lentamente y los fija hácia la punta de la nariz; y aseguran los Brahmenes que entonces se ve surtir de aquella parte del rostro una luz dulce, blanca, y que causa una alegría inesplicable; entonces se queda tambien arrobado en éxtasis y se conversa con los dioses....

Se vé bien que los fanáticos de todos los paises tienen grandes puntos de contacto.

Pero sobre todo en las grandes fiestas índicas es cuando esos Joquis dan horribles pruebas de su salvage exaltacion; pues en la de Jaggarnath se ven infelices de esos que se precipitan debajo de las ruedas del carro donde va el idolo y allá quedan aplastados. Otros se contentan con hacerse izar por medio de un garfio fijado fuertemente en los músculos de la espalda, y en tal espantosa postura se vé á esos miserables blandir una espada desnuda por encima de la muchedumbre ó cantando las alabanzas de sus dioses arrojar flores que los devotos recogen con la mas viva solicitud...

Se deja entender que los Jesuitas nunca probaron luchar contra tales atletas del fanatismo religioso: Francisco Javier se vió pues reducido á usar de la receta de los milagros, y si hemos de dar crédito á sus cofrades la empleó tan hábilmente, que dentro de poco á ella fué deudor de la grandísima importancia y del poderoso influjo adquirido entre aquellas poblaciones, muy indolentes en genera con respecto á la misma religion, pero al propio tiempo muy supersticiosas, y sobre todo muy ignorantes.

Si ponemos en duda los prodigios atribuidos á la elocuencia *mímica* de Javier, si sospechamos de sus milagros certificados tan solo por sus vicarios y cofrades, en cambio damos fe á la habilidad del Misionero, á la inteligencia del obrero apóstolico, á la energia del campeon

de la cruz ó mejor dicho del hombre de armas de la Compañia de Jesus, cuyo capitan residente en Roma, ó uno de sus vicarios, el P. Rodriguez, provincial de Portugal, vigilaba de lejos los pasos de Javier y los hacia convergentes hácia el punto que desde entonces empezaban á ver con mas claridad.

Ese punto, conforme hemos dicho, á nuestro ver era establecer de pronto, por medio de las Misiones, la importancia de la Órden naciente, que todo debia temerlo de las Órdenes rivales creadas desde mucho tiempo; y si se presentaba una ocasion favorable procurar á la Compañia de Jesus el influjo, el poder, la riqueza y todo cuanto atraia hácia la India, hácia esa tierra tan rica y que todavia hacian mas ricas las relaciones de los viajeros, y en cuyo suelo se encerraba el diamante y en sus mares la perla, mucho mas que la gloria y los intereses de la cruz de Cristo.

Segun la expresa voluntad del rey Juan III puede decirse que Francisco Javier disponia en la India del poder de los portugueses, y supo valerse tan diestramente de esa poderosa palanca, que los pueblos ó príncipes del Indostan que recibieron mal al misionero ó quisieron oponerse á sus designios, fueron atacados, subyugados, asesinados por los portugueses, como sucedió á los Badagas y al rey de Jaffnapatam; y por lo contrario, cuantos se mostraron dóciles á la voz del Apóstol de las Indias, como los Paravas y el Rajah de Travancor, vieron á los conquistadores colocarse entre ellos y los ataques de sus enemigos. Esa hábil táctica, seguida constantemente dió al misionero un poderoso influjo en toda la peninsula índica, y la mas convincente prueba de ello es que desde entonces el Jesuita descartándose de su prudencia y de su humildad con respecto al virrey, ya no temió obrar sin el parecer y aun contra el dictamen del mismo. Los biógrafos del misionero nos ofrecen un ejemplo de esta conducta.

El virrey don Juán de Castro, sucesor de Francisco Souza, irritado contra Javier le hizo dar órden de comparecer ante él. Fué portador del mandato un cierto Hindou hecho cristiano bajo el nombre de Andrés, el cual halló al misionero con los ojos escesivamente abiertos, el rostro encendido, y entregado á una preocupacion, los jesuitas dicen arrobado en éxtasis tan profundo, que si bien gritó cuanto pudo, dió patadas en el suelo, recios golpes á

los muebles, echó de la oseta y meneó tambien al santo, no logró sacarlo de aquel estado. Entre tanto llega la hora en que Javier debe presentarse ante el tribunal del virrey, y se pone en camino; pero pronto vuelve á caer en su distraccion, se estravia y cuando llega al Colegio de san Pablo ya habia pasado la hora de la audiencia.

« En otra ocasion nos arreglarémos con el virrey, dijo con suma tranquilidad; pues el Rey del cielo ha querido que toda mi jornada fuese para él solo. » Y segun parece don Juan de Castro se vió obligado á contentarse con esa singular escusa.

Como la mision de Francisco Javier no era por decirlo así, sino el preámbulo de la historia de los Jesuitas en Asia, de aquí en adelante pasarémos rápidamente por sus diversos periódos. Solo hablarémos por via de apunte de las predicaciones del Apóstol de las Indias en la isla de Ceylan, que pronto debia ver como corria á torrentes la sangre de sus habitantes en las persecuciones que se suscitaron contra los nuevos cristianos, en las venganzas que tomaron los portugueses en nombre de su religion ultrajada; pero sobre todo y en realidad para restablecer su influjo decaido. Igualmente pasarémos por alto los trabajos apostólicos de Javier en la grande isla de Sumatra y en las Molucas. En una isla de ese vasto archipielago fué en donde el misionero convirtió, siempre sin duda merced á su muda elocuencia de gestos y visages, á la hermosa Neachile Pocaraga, hija del rey de Tidor, y esposa del soberano mahometano de Ternate; pero reina destronada, triste viuda, madre mas desgraciada; pues los portugueses á la vez le mataron á su marido y á sus hijos, despues de haberla despojado del reino. Queremos creer que solo el amor divino fué la causa de que Francisco Javier prestase á esa princesa desvalida todos los cuidados que el P. Bouhours se complace en describirnos.

Por lo demas en esas comarcas el misionero observaba la misma conducta que en el Indostan; pues bautizaba con igual profusion y convertia con la misma presteza, profetizando á mas y obrando siempre numerosos milagros.

En los autos de su canonizacion se encuentra entre otros el siguiente que citamos como ejemplo: un Portugués llamado Fausto Rodriguez, testigo del hecho y que lo declaró en juicio, refiere que junto á la isla de Baranura queriendo el P. Francisco Javier apla-

car las olas levantadas por una horribla tempestad, sumergiendo en ellas su crucifijo, esa imájen que llevaba siempre consigo, se le escapó de la mano y desapareció en el mar, cuya pérdida contristó mucho al misionero. Pasadas veinte y cuatro horas iba el testigo con el santo por la ribera de la isla hácia una aldea llamada Tamaloo, cuando vió salir del mar un grande cangrejo (probablemente seria una langosta bronceada muy comun en aquellos parajes) que traia entre sus bocas el crucifijo perdido. El susodicho cangrejo enderezó al Padre y se paró delante de él inclinándose con gravedad. Ese último se puso de rodillas, tomó la santa imágen del Redentor y empezó una larga oracion, mientras que el obsequioso crustáceo regresaba tranquilamente á su morada....

Se persuadirán nuestros lectores de que no les obligamos á creer esta maravillosa historia; que sin embargo hallamos continuada en los autos de la canonizacion del apóstol de las indias, como uno de los derechos mas bien establecidos para participar del honor de pertenecer á la santa falange.

Por lo demas el misionero supo emplear su actividad en cosas mas importantes que en tener relaciones con las langostas ó cualquier otro crustáceo.

Cuando arribó á la península de Malacca encontró los Españoles y los Portugueses prontos á llegar á las manos; pues los primeros estaban zelosos de los segundos y tenian muchas ganas de arrojarlos de aquella parte de las Indias conquistada á los mahometanos, que tambien la habian quitado á los reyes de Siam, por Alfonso de Alburquerque llamado el grande, en el año 1511. Francisco Javier era español de nacimiento y se veia protegido por los portugueses; y como por otra parte temia ver comprometida su mision y perdidos los frutos de sus trabajos en medio de la conflagracion que levantaria la guerra entre las dos potencias rivales, hizo tanto y se gobernó tan bien, que decidió á los españoles á dejar á los portugueses la libre posesion de la grande península.

No tardó en mostrarse mucho mas amigo de los portugueses. Se habia marchado á Amboine, donde sus palabras dieron origen á sangrientas persecuciones, y de allí pasó probablemente á las islas Celebes, en donde, segun dicen, convirtió á la religion cristiana al rey de la principal de aquellas islas, á toda su familia y á un gran

número de sus súbditos, todos mahometanos, siempre sin saber una palabra de la lengua de los indígenas (1).

A su regreso á Malacca, en donde halló diez hijos de Ignacio que venian á ayudarle en su Mision y á los cuales envió á las Molucas, una horrorosa tempestad iba á caer sobre la pujanza portuguesa; pues ya llevamos referido que Albuquerque habia conquistado esa parte del continente y de las islas asiáticas á unos príncipes mahometanos. El mas poderoso de aquellos príncipes, el sultan de Atchem en la grande isla de Sumatra, la cual solo está separada de la península de Malaya ó Malacca por un estrecho, habia formado el plan de apoderarse otra vez de todas las conquistas de los portugueses, y á este fin el 9 de octubre de 1547 con una flota compuesta de sesenta embarcaciones mayores, sin contar una numerosa flotilla y que llevaba á bordo cinco mil soldados, entre los cuales habia muchos jenizaros ó aventureros reunidos de todas partes, compareció impensadamente delante de Malacca, entró en el puerto á favor de las tinieblas, y al momento rompió el fuego contra la plaza sorprendida y aterrorizada, al paso que el comandante de la espedicion tomaba tierra con las tropas de desembarco y procuraba escalar la ciudad.

El gobernador de Malacca, don Francisco de Melo, hizo acudir la tropa y los habitantes á las murallas, y rechazó el primer asalto de los musulmanes, que siempre es desesperado. El general de los sitiadores no juzgando á propósito repetir el ataque, se contentó con incendiar todos los buques portugueses surtos en el puerto. Al salir el sol los sitiados vieron como la flota del sultan se empavesaba y su tripulacion que los retaba al combate; mas el cañon de la ciudadela contestó inmediatamente á tal bravata y los musulmanes virando de bordo, se alejaron.

Al dia siguiente, siete portugueses á quienes el enemigo habia preso en el estrecho donde pescaban, regresaron á Malacca con una

(1) Es preciso decir que los escritores Jesuitas afirman que su santo habia hecho traducir en la lengua de los malasios y en árabe los principales artículos de la fé cristiana, y que habiéndolos aprendido de memoria los transmitia á sus catecúmenos. Pero sin mediar un milagro no alcanzamos como podia el misionero edificar una iglesia tan real y sólida, con tan débiles materiales. Evidentemente los convertidos, ya fuesen malasios ó musulmanes, no tenian de cristiano mas que el nombre.—Quizás era lo unico que pedia el Jesuita.

carta que el general musulman les habia entregado para D. Francisco de Melo, despues de haberles hecho cortar la nariz y las orejas. El contenido de la carta decia así:

«En nombre de Alá, poderoso y misericordioso!

«Bajaja Soora, que en platos de oro trae el arroz de Sultan Al-Arraheddin, gran monarca de Atchem y de las tierras que bañan uno y otro mar (á quien sea dada la bendicion de la promesa!), al gefe de los infieles ladrones de Malacca:

«Te advierto que escribas á tu rey que estoy aqui lanzando el terror en tu fortaleza con mi fiero rugido... Tomo por testigos de cuanto te participo no solamente la tierra y los pueblos que la habitan, sino tambien todos los elementos, hásta el cielo de la luna; y te digo esto: Vosotros sois una raza de perros hambrientos á los que se debe castigar; vuestro rey es un cobarde; sus estandartes han sido destrozados y abatidos por la mano de los creyentes; y merced á nuestra victoria, su cabeza está debajo de los piés del glorioso Sultan nuestro amo, de quien debe quedar esclavo.—Yo te desafio al combate, el cual debe probar que cuanto te digo es la verdad.

«Gloria al Profeta!»

Figúrese el efecto que debió producir este insultante cartel en el orgulloso espíritu de los conquistadores de la India, los cuales veian humear en su puerto los últimos restos de su flota, al paso que veíanse aun distintamente en el horizonte las naves de los vencedores, todavia empavesadas y dando bordos en aire de desafio. Los portugueses humillados se habrian decidido sin embargo á devorar en silencio su afrenta; pero Francisco Javier atraido por el rimbombo de los cañonazos, volvió de un monasterio edificado en honor de la madre de Cristo, en una montaña poco distante de la ciudad de Malacca, y que formaba parte de la inmensa cordillera que por el conjunto de los montes Tibetanos llega hasta la punta meridional de la Malasia.

Olvidando pues sin duda que es sacerdote para acordarse únicamente de que es caballero, que su mision es de paz, Francisco Javier, el Apóstol de las Indias, grita á los portugueses que es preciso tomar venganza de aquella afrenta, que el cielo lo quiere y están interesados en ello el honor de Portugal, el de todos los cris-

tianos, el de todos los hombres de honor que hay en Malacca: que un tal insulto exige una ostensible reparacion: la victoria!

Vacilan el gobernador y sus oficiales, mas el misionero se dirige entonces á los soldados y á los habitantes de Malacca, les comunica el fuego que le anima, y muy pronto surcan la mar siete carabelas escapadas del incendio bien arregladas y pertrechadas, con el refuerzo de dos otras naves que llegaron de Europa. Para avivar mas el entusiasmo de los que á su voz se arrojan á esas naves, el Jesuita les entrega un estandarte que los conducirá (él lo profetiza) á una grande y santa victoria; los bendice; los hace comulgar por su mano; y decora á la tropa entusiasmada con el nombre de banda de los soldados de Cristo... Quiere tambien embarcarse con ellos; y con no poco trabajo se lo impiden el gobernador y los habitantes de Malacca.

Asi fanatizados corren los portugueses en busca de la flota musulmana ya desaparecida, y pasado mas de un mes la encuentran por fin en la ribera de Queda, frente á la isla Lancavy. El combate fué terrible, y los de Atchem fueron derrotados completamente, pereciendo todos los musulmanes en la refriega ó ahogados. Inmensas riquezas fueron el botin del vencedor, que solo cesaba de matar para acudir al pillage.

Los biógrafos de Francisco Javier aseguran que él predecia esta sangrienta victoria en el mismo instante en que se alcanzaba, atribuyéndola á Jesucristo, el salvador de los hombres, á quienes no dijo jamas que se degollasen unos á otros. No habriamos referido tales sucesos si los Jesuitas no hubiesen encontrado en ello un perpetuo y soberano motivo de tocar la piadosa trompeta en honor de su santo.

A haber sido Francisco Javier un soldado, un conquistador, como tantos de sus aventureros y codiciosos compatriotas de aquella época, tal vez participaramos de la admiracion que manifiestan los buenos Padres por esa particularidad de la vída del Apóstol de las Indias. Pero era un sacerdote, un representante de aquel que para establecer su poder, la autoridad de su palabra, en fin su divinidad, no derramó otra sangre que la suya, y téngase esto bien presente! Arregló siempre Francisco Javier su conducta por la de su divino maestro? No! Francisco Javier puede ser un santo para las almas devotas,

hombre, un grande santo á los ojos de los Jesuitas, un hombre estraordinario para los indiferentes; mas en la balanza de la sana crítica, de la fria razon, de la verdadera filosofía, á los ojos del moralista, del simple pensador, á los ojos del hombre que en la mision de todo propagador de doctrinas religiosas quiere ver tambien el objeto de mejorar las condiciones sociales, la manumision de toda esclavitud, por fin los intereses de la civilizacion, los de toda la humanidad entera; Francisco Javier solo ha sido un espíritu inquieto, pero intrépido, tal vez un fervoroso cristiano, pero sin embargo ó muy cándido ó muy sagaz, en una palabra, una especie de piadoso pirata que durante diez años surcó los mares, visitó las islas, recorrió las costas asiáticas, teniendo la cruz en una mano y plantando con la otra el piquete de las futuras conquistas de su Órden, de la cual no olvidó jamás que era miembro (1).

Acabemos ya esta rápida y necesaria reseña de su Mision. Poco tiempo despues de la victoria ganada por los portugueses de Malacca contra la flota del sultan de Atchem, la casualidad presentó al misionero un Japonés que iba á marchar para restituirse á Goa. Segun confiesan los mismos jesuitas parece que ese tal era un picaronazo, el cual huyó de su patria por haber cometido un asesinato y se refugió en donde estaban los portugueses, de quienes fué muy bien recibido y tratado, creyendo que por medio de ese hombre se abririan completamente el camino que conduce á los opulentos reinos del Japon, de los cuales hacian pomposos retratos las relaciones de algunos viajeros y comerciantes que al cabo de dos años regresaban con los galeones ricamente cargados. Estimulado por el amor de arriesgadas aventuras que durante toda su mision le hizo divagar de playa en playa, en vez de dedicarse á hacer brotar y madurar la cosecha religiosa, cuya semilla iba desparramando; sin duda cumplia de esta manera la mision impuesta por su Órden, la de ir á la descubierta; y como guerrillero de la falange

(1) Cuando Javier se restituyò à Goa en 1548 escribiò à su General una carta que terminaba asi: » Si alguna vez me olvido de ti, Compañia de Jesus, que me olvide de mi mano derecha! » Al mismo tiempo escribió al rey de Portugal encargàndole vivamente que castigase con la destitucion de sus empleos y la pérdida de los bienes, à los gobernadores de las Indias que no secundasen los esfuerzos que él hacia para propagar la fe cristiana. Se vé que el santo sabia deshacerse de los obstàculos como simple mortal.

jesuítica, Francisco Javier desde que vió al japonés concibió el proyecto de penetrar por medio de aquel hombre, en ese rico y misterioso pais que despues de muchos siglos solo levantó un instante la cortina que lo ocultaba á nuestra vista para dejarla caer otra vez mas impenetrable.

El misionero se apresuró pues á marcharse de Malacca, no dejando en ella mas que vicarios, como lo habia hecho en las islas asiáticas. El Jesuita volvió á Goa para ser testigo de la muerte del virrey don Juan de Castro; y como el monzon(1) no era favorable hubo de aguardar algunos meses, que consagró en organizar las parroquias que habia creado. El P. Pablo Camerino fué nombrado superior general y vice provincial; á Antonio Gomez se le confirió el rectorado dél Colegio de san Pablo ya rico y poblado, á Nicolas Lancelot la direccion religiosa de Coulan; á Alfonso Cipriano la de la isla de Socotora, la antigua Dioscorides; y Gaspar Barzée fué enviado á Ormuz en el golfo pérsico, etc. Antes de su partida dejó al que le reemplazaba instrucciones generales de las que notarémos las siguientes: « Dejadlo todo, decia á Camerino, para prestar á vuestros hermanos el servicio espiritual ó temporal que de vos reclamaren... Tratad á las personas del siglo que tienen relaciones y familiaridad con vos, como si juzgaseis que algun dia han de ser enemigas vuestras. »

Encargo verdaderamente digno de los Jesuitas, y que el misionero, segun dice, lo hacia al ejemplo de los seglares, los cuales no cesan de observar á los hijos de la luz (es decir á los Jesuitas) con ojos malignos y llenos de desconfianza. » Predicad, continuaba Javier, predicad á menudo y de modo que conmovais y hagais llorar á los oyentes. Presentad á su vista los solemnes terrores del juicio final, los horrorosos y eternos tormentos de los condenados; por fin amenazad con la muerte y muerte *repentina* á los que descuiden su salvacion. Por mas enormes que sean los pecados que os revelen en el confesionario, escuchad al penitente con sangre fria y sin dar muestras de admiracion; por lo contrario, á fin de animarle le haréis entender que habeis oido la confesion de cosas mas atroces... Tendréis cuidado en no malquistaros con los de-

(1) Viento reglado ó periódico que sopla en algunos mares, particularmente en el de la India, algunos meses de una parte, y los demas de la opuesta.

positario del poder temporal, aun cuando viéseis que no cumplen su deber *en cosas graves*... A fin de apresurar el arrepentimiento de los obstinados les manifestaréis que si no se enmiendan pronto sufrirán pérdidas considerables, y malos tratamientos por parte de los gobernantes; enfermedades, encarcelamientos, una ruina completa; finalmente que ellos y sus descendientes serán objetos de odio y de execracion pública....

Sin embargo el que daba á sus subordinados tales instrucciones cuando menos bastantes singulares, era un sacerdote. Para el interes de la Órden, que el Jesuita juraba tener tan presente como el uso de su mano derecha, añadia lo siguiente.

«De vez en cuando escribiréis al Colegio de Goa, notando en vuestas cartas cuanto hiciereis para *la mayor gloria de Dios*, los resultados obtenidos, etc. Procuraréis que esas relaciones esten escritas de modo que nuestros padres puedan hacerlas pasar á Europa como pruebas auténticas de lo que hacemos en Oriente, y del buen éxito con que Dios favorece á nuestra humilde Compañia. Que no se os escape nada capaz de ofender á otro; nada que no parezca verosimil (hijo de Loyola por qué no decis: Nada que no sea verdadero?)....» Decian á mas las instrucciones de Javier, que al llegar á una poblacion era preciso averiguar las costumbres de sus habitantes, los usos del país, la forma de gobierno, las opiniones comunes de *todo lo relativo al comercio*, de los vicios que predominan.» Creedme, concluia el misionero, el conocimiento de todas esas cosas nos será utilísimo!... » Os creemos, buen Jesuita! y no ignoramos el fruto que *del conocimiento de todas esas cosas* vuestros cofrades han sabido recoger siempre y con habilidad en Oriente, en Occidente y en cualquier parte del mundo!....

En las instrucciones que Francisco Javier dejó á su lugarteniente y á sus vicarios encontramos tambien una circunstanciada relacion que nos parece algo peregrina atendido el carácter de que estaba revestido el misionero, y que acaso hubiera podido comprometer un poquitico la canonizacion del Apóstol de las Indias, si *el abogado del diablo* hubiese sabido su deber.

Al indicar á sus discípulos los manantiales de elocuencia en donde podian beber para sus sermones, Francisco Javier les decia: » No lleneis vuestros sermones de *teorías súblimes*, de cuestiones intrin-

cadas, de disputas escolásticas... No os prohibo que como á recurso os valgais de la sagrada Escritura, de los padres de la Iglesia, de los Cánones, de los libros devotos y tratados de moral!....

Nótese bien esto: El Jesuita *no prohibe* valerse de la Biblia y de los Padres de la Iglesia; permite que los consulten, pero *como á recurso*.... Y sin embargo conviene en «que uno pueda hallar en ellos pruebas sólidas para establecer las verdades cristianas....» ¿De qué otra cosa le parecian mas necesarias las pruebas al Jesuita? Luego añadia: «Por otra parte todo eso es muy frio!» La BIBLIA, las obras de los PADRES DE LA IGLESIA, cosas *muy frias*! En verdad no nos hubiéramos nunca atrevido á decirlo, y el que lo ha dicho á mas de ser cristiano era sacerdote; la Iglesia de Roma ha puesto en el número de sus Santos al que no solamente ha dicho, sino tambien ha osado escribir, que encuentra muy frios á san Crisóstomo, ó sea Boca de oro; á san Agustin, el sabio autor de la *Ciudad de Dios*, el elocuente y patético escritor de las *Confesiones*!... En verdad hay para angustiar á una alma devota, sin haber medio alguno de presentarlo como dudoso; pues existen aun esas instrucciones escritas por Javier, pudiendo verificarse la exactitud del hecho que hemos manifestado. El P. Bouhours que las cita por entero (1), que las admira muchísimo, asegura haberlas traducido fielmente de una copia del manuscrito original de los archivos de Goa. Sentimos vivamente poner á las almas devotas en una dura alternativa, y en el caso de formar un dilema á que naturalmente conduce la consecuencia de lo dicho.

Mucho tiempo ha se dijo que el Jesuitismo estaba destinado á ser la piedra de escándalo, una causa de ruina para la religion cristiana. Mucho tiempo ha que sinceros amigos de esta religion advierten á sus sencillos ministros, á sus grandes prelados y á voz en grito claman hácia la cristiandad toda entera: «A vuestras tiendas, Israel!» Mas hasta ahora el grito de alerta, aunque sonó mil veces, no ha conseguido ningun resultado. El que lanzamos nosotros, aunque sea menos fuerte, menos imponente, ¿alcanzará la ventaja de separar á los lobos de las ovejas? tenemos en ello alguna confianza: venga pues el *Juicio final*.

(1) *Vida de san Francisco Javier*, escrita por el P. Bouhours, en el tomo 2°, libro 4°, paginas 455 y siguientes, de la impresion hecha en 1683.

Cualquiera que sea el lugar asignado á Francisco Javier en el otro mundo; parece que en este siempre deseaba ocupar precisamente aquel en que no se hallaba. Y esa actividad tan cacareada, ese humor inquieto y vagabundo, nos hacen deducir por prueba que estuvo muy distante su mision de tener por único objeto la gloria de Dios y el interés de los pueblos. A haber sido tal el único objeto de esa mision, Javier en vez de llevar la Cruz de Cristo, signo de manumision y de regeneracion al paso de marcha, desde Goa al cabo Comorin, desde Ceylan á Meaco, desde el Indostan á las Molucas, empleando menos tiempo en esas contínuas y repetidas correrias, durante cada una de las cuales se proponia dar á conocer la religion de Cristo, á millones de hombres, del que emplearia el sabio viajero cogiendo al pasar acá y acullá alguna piedra, algun granito, para estudiar la geología de aquellos paises; Javier, decimos, en vez de estar en movimiento contínuo, se hubiera fijado en un punto del Asia, en el Indostan por ejemplo. Esa dilatada península que en su vastedad y poblacion iguala á la mitad de Europa, nos parece qué podia satisfacer una ambicion razonable del hombre que convertia. Despues que el misionero se hubiese familiarizado allá con el idioma de los indígenas, hubiera desenvuelto gradualmente los divinos misterios del cristianismo; poquito á poco hubiera hecho notar cuanto superaba su creencia á todas las otras; la hubiera dado á entender, la hubiera hecho amar. Y siguiendo este plan, sin duda no le sucedieran los chascos de que el mismo se queja; no hubiera visto con tanta frecuencia, como nos dice, volver otra vez al paganismo hindou; hechos que se esplican perfectamente cuando uno piensa en el modo sumario como esas pobres gentes eran catequizadas, instruidas, bautizadas, hechas cristianas en un abrir y cerrar de ojos, por un hombre que á duras penas chapurraba algunas palabras de su lengua, sin comprenderlas, que estaba reducido á los recursos de esa elocuencia mímica de que con razon se han burlado, y que finalmente despues de haber esparcido la semilla religiosa traque barraque, en seguida corria en busca de otros terrenos para sembrar.

En las instrucciones mencionadas poco ha, decia el misionero á sus vicarios; « No olvidemos jamás que somos individuos de la Compañia de Jesus! » Esta recomendacion basta para esplicarnos la con-

ducta de Javier, sin la cual todo parecia un enigma capaz de amilanar al mismo Edipo. Apto para esa mision porque tenia fervor incesante, actividad inquieta, espíritu aventurero, el apóstol de las Indias fué en Asia el Cristobal Colon de los Jesuitas. En pos de él iban luego á llegar los Corteses, los Pizarros, es decir, los soldados despues del viajero, tras el descubrimiento la conquista.

En la primavera del 1549 Francisco Javier se fué pues de Goa para ir al Japon, desde allá á la China, y en seguida no sabia á donde; pero escribia á sus Compañeros de Europa, que estaba resuelto á no admitir por término de sus trabajos sino la falta de espacio ó el fin de su vida.

En su compañia llevaba al Jesuita llamado el P. Cosme de Torres, japonés convertido, el cual debia servirle de introductor y de guia al misterioso imperio do anhelaba dirigirse. Al tiempo de bautizarse el japonés habia cambiado su nombre de Anger con el de Pablo de Santa Fé; y se impuso el nombre de Antonio y de Juan á dos criados, que se hicieron cristianos siguiendo el ejemplo de su amo con quien habian venido y en cuya compañia tambien se volvieron. Con esos cuatro camaradas Francisco Javier se entró en un barco costeño que le llevó á Cochin, donde halló un buque portugés que le condujo á Malacca, y tuvo que estar aqui algun tiempo por falta de naves dispuestas á marchar á las islas del Japon. Finalmente un pirata cochinchino, célebre en aquellas aguas, le tomó en su junco (1), y despues de una penosa navegacion dejó al misionero y á sus compañeros en la costa Occidental de la isla de Nipon ó Nifon, la mas considerable de las islas que componen el archipiélago japonés.

Ignoramos si se ha notado el siguiente rasgo, cuando menos bien singular de la vida de Francisco Javier; y es: que un asesino desterrado de su pais le sirvió de introductor al Japon, y que le llevó á aquellos parages un pirata; por cuya razon se convendrá en que la llegada de los Jesuitas al Japon se verificó bajo sombrios agüeros. Y si lo entedieron asi los pueblos á quienes iba á catequizar, supersticiosos como nos los presentan, debieron dar á ello grande importancia; por cuyo motivo lo hemos sacado á colacion.

Sea como fuere, el 15 de agosto del año 1549, décimo quinto

(1) Cierta embarcacion de la China é Indias orientales, que unos dicen ser en extremo tósca y otros hacen ligera.

aniversario del voto famoso en Montmartre, Francisco Javier tomó tierra en Canxawa, lugar del nacimiento del Japonés convertido, Anger ó Pablo de Santa Fé, segun se llamaba despues de su bautismo. Estaba sumisa esa ciudad al rey ó príncipe de Hsuma, porque si bien ese imperio en otro tiempo estuvo subordinado á un solo soberano, cuando el misionero fué al Japon reconocia una multitud de ellos. Unos tres siglos antes de la llegada de Javier, el emperador ó *Dairi* habia dejado caer de su débil mano el cetro que recogiera una especie de mayordomo del palacio, general de las tropas bajo el nombre de *Cubo* ó *Coubo-Sama*. Repitiendo este último en un estremo del mundo el papel que habian representado en Francia Cárlos Martel y sus hijos bajo los reyes indolentes, se guardó muy bien de poner su temeraria mano en la corona colocada por los mismos dioses en las sienes de *Dairi*, su descendiente. Confinado el Dairi en un magnífico palacio de la grande ciudad de Meaco, se le rodeó de honores y debió presidir á una multitud de ceremonias cuya importancia religiosa no descuidaron en exagerar; al paso que el Coubo, verdadero soberano, trataba la guerra ó la paz, dictaba leyes, en una palabra si no reinaba al menos gobernaba. Y al ejemplo del Coubo la mayor parte de los gobernadores de provincia, reconociendo siempre de rodillas la autoridad del Dairi sagrado, de su vasto manto imperial se habian cortado una multitud de esclavinas de príncipes mas ó menos grandes, mas ó menos ricas. Sin embargo, todos reconocian el supremo dominio del Dairi, sin obedecerle y poco mas ó menos como bajo los Abasides y los Ommiades, los emires independientes de España, de Africa y de Egipto reconocian la supremacia del Califa de Damasco ó de Bagdad.

Quizás era esto lo que habia halagado á Javier cuando pensó en ir al Japon; pues todo el mundo sabe que los Jesuitas han mostrado suma habilidad en pescar á rio revuelto. Con todo, parece que esta última mision de Francisco Javier no fué muy afortunada, por mas que digan él y sus cofrades, y lo probarémos con los resultados que vamos á describir.

Javier mandó adelante á Anger, aquel japonés convertido, el cual llevaba la mision de tantear al rey de Hsuma y de asegurarse de si pondria obstáculo á los trabajos apostólicos de Javier y

sus compañeros. Con toda formalidad aseguran los escritores Jesuitas, que apenas instruido ese nuevo cristiano en los misterios del cristianismo, encontró en sus juveniles convicciones el manantial de tal elocuencia, que, Javier á su vez no tuvo casi nada que hacer para convertir al cristianismo la mayor parte de la corte de ese reyezuelo japonés. Los Padres Charlevoix y Bouhours han escrito que Javier habia entregado á Pablo de Santa Fé, su precursor, un cuadro perfectamente hecho el cual representaba la Vírgen María con el niño Jesus en los brazos, y que al poner este cuadro á la vista de los reyes de Hsuma, se hincaron de rodillas é igualmente todas las damas y los señores de la corte « por un mismo instinto, y movidos de un mismo sentimiento de piedad y de reverencia... »

Estamos dispuestos á admitir tanto el maravilloso efecto del cuadro como los que alcanzó la elocuencia mímica del misionero; y si tan á menudo tocamos ese último asunto, es porque los cronistas de la Compañía de Jesus han querido hacernos creer nuevos milagros obrados en el Japon por la palabra de Javier, el cual sin embargo confiesa ingenuamente (1) que se vió precisado á tomar un truchiman, y que antes de haber aprendido de memoria una traduccion japonesa de los principales puntos de los dogmas del cristianismo, muchas veces se quedaba « cual muda estátua. »

Procurarémos dar una esplicacion muy natural de los frutos sobrenaturales que recogieron Javier y su precursor cerca del rey de Hsuma; y esa esplicacion es tal como sigue:

Al presentar el famoso cuadro á ese príncipe, Pablo de Santa Fé, el Japones hecho cristiano, no descuidó sin duda esplicarle de quien venia aquella obra maestra. Ese hombre que nos representan como muy cortés y muy ladino, á fin de estar bien asegurado; pues debe tenerse presente que era desterrado á causa de un asesinato, naturalmente ponderaria mucho el poder de la grande nacion bajo cuyo patrocinio volvia á su patria con un hombre en gran manera respetado por los portugueses, y quienes le habian dado la mision de hacer conocer su creencia religiosa á los pueblos del Japon.

No tenemos ninguna prueba material de que el misionero lograse de tal modo el favor que el rey de Hsuma le dispensara por

(1) Véanse los cinco libros de *Epístolas* de Francisco Javier, y en particular la carta quinta del libro 3°.

algun tiempo; pero la prueba moral se deduce con evidencia del hecho siguiente referido por los mismos Jesuitas: Los *Bonzos* ó sacerdotes del Japon, viendo que el bonzo de Europa, segun llamaban á Javier, habia hecho que algunos Japoneses abrazasen su religion, representaron enérgicamente al rey de Hsuma demostrándole que por su propio interés no debia proteger á esos estrangeros venidos para destronar las antiguas divinidades del país en provecho de un Dios desconocido y le requirieron que lo mas pronto desterrase al misionero y á sus compañeros. Dice pues el P. Bouhours que cuando los bonzos hablaron al rey les era favorable la coyuntura; pues acababa de saber que las naves portugueses, las cuales comunmente abordaban en Cangoxima, habian seguido el rumbo hácia Firando, cuyo rey era su enemigo.

No temiendo ya nada de los portugueses el soberano de Hsuma, y no esperando nada de ellos, añade el P. Bouhours (1), á quien se le escapó sin duda á pesar suyo tal confesion, la buena acogida que al principio demostró al P. Javier, no tuvo casi otro móvil que el interes; promulgó pues una ley que so pena de muerte prohibia á sus súbditos que dejasen las antiguas creencias del Japon para abrazar la nueva que predicaba el bonzo europeo.

Los escritores Jesuitas aseguran que esa Iglesia naciente, regida por Pablo de Santa Fé, vió aumentar con rapidez el número de sus fieles, á pesar de la persecucion que le amagaba desde su nacimiento; persecucion que no alcanzamos á conciliar con lo que añaden esos mismos escritores, entre los cuales el P. Bouhours en el capítulo de su historia ya citada, y cuatro páginas despues de haber hablado de la guerra declarada á la religion de Jesucristo por el príncipe japonés, quien, segun el Jesuita, no demostró buena acogida al misionero *sino por interés*, se esplica de esta manera: » El rey de Saxuma escribió al virrey de las Indias para tener Padres de la Compañia de Jesus, que publicasen en todo su reino una ley tan pura y tan santa! » Hemos citado textualmente al Jesuita Bouhours, y nos abstendrémos de indicar la evidente contradiccion que reina entre esta cita y la anterior; pero nótese bien lo siguiente: El rey de Hsuma ó de Saxuma escribiendo al virrey de las Indias no le pide sencillamente sacerdotes, sino *Padres de la Compañía*. Como asi?

(1) *Vida de san Francisco Javier*, tomo 2°, libro 5°. pagina 32.

¿Los catecúmenos de Javier antes que conociesen á medias los misterios de la vida y muerte de Cristo, sabian ya la existencia de la Compañía de Jesus y habian llegado á tener á sus padres en tanto honor? ¿No deciamos bien que Javier ante todo fue un Jesuita, y que su mision con preferencia á todo tuvo por objeto los intereses de su Órden?... No es que esperásemos ver á los Reverendos Padres conformarse buenamente con nuestro parecer.

Despues de una morada de un año poco mas ó menos en el reino de Hsuma, el misionero dejó la ciudad de Canxawa para pasar á la de Firando en donde imperaba otro pequeño déspota independiente del Dairi ó mas bien del Coubo, quien reinaba en realidad en Meaco como representante de su emperador. El Jesuita Charlevoix, con quien están conformes los cofrades que han escrito la vida de su primer misionero, dice positivamente que á Javier decidióle ir á Firando la mala inteligencia que existia entre el rey de esta ciudad y el de Hsuma (1). No vemos muy claramente de que podia servir eso á la mision del Padre, á no tener el Jesuita la idea asaz política, de pagar la conversion de Firando y de su soberano con el apoyo que podia prestarle contra su enemigo de Hsuma la flota portuguesa anclada á la sazon en el puerto de la primera de esas dos ciudades: y sin duda para dar mayor importancia al misionero, á la llegada de este las naves portuguesas se empavesaron é hicieron salva. En medio del sonido de trompetas y del estruendo de los cañonazos acompañáronle á la morada del monarca japonés, á quien procuraron convencer del gran valimiento que el recien llegado tenia para con el rey de Portugal.

Merced á todo eso, parece que el misionero consiguió para sí y para sus camaradas licencia de predicar en público; y segun afirman los Jesuitas en veinte dias solamente bautizó el santo mas idólatras en Firando, que no habia hecho durante un año en Canxawa, y al ver la facilidad con que cristianizaba en esa parte del Japon se decidió á marchar de allá luego. Dejando pues en aquel paraje á uno de sus compañeros, á Cosme Torres, se dirigia desde últimos del mes de octubre del mismo año hácia la gran ciudad de Meaco en compañía de dos discípulos suyos, japoneses convertidos

(1) El P. Bouhours se sirve tambien de estas mismas espresiones: véase el tomo 2° libro 5°, pagina 37, de la *Vida de san Francisco Javier*, escrita por dicho autor.

llamados Mateo y Bernardo, y un tal Fernandez, que le servia de truchiman.

Meaco está situada en la parte meridional del Nipon, dominando un riachuelo que toma su origen en una larga cadena de montañas, cuya inmensa cumbre está taladrada por los numerosos cráteres de volcanes medio apagados, y á los cuales responden otros volcanes ahogados en el mar, cuando estan en actividad. Esa cordillera semicircular, cortada por el canal de Corea, los estrechos de Matsmai y de la Peyrouse, forma el nucleo del archipiélago japonés, (separado probablemente en otro tiempo del continente de Asia por un gran cataclisma) en cuyas riberas corre un estenso ramal de montañas casi paralelas y dejando entre ellas y sus hermanas de las grandes islas, un inmenso valle que ocupan las aguas de la mar del Japon. En Meaco es pues donde residian el emperador de derecho ó Dairi, y el emperador de hecho, ó Coubo. Cuando el Dairi disfrutaba de todo su poder, no tenia morada fija; pero el Coubo que dejaba á su amo ficticio una sombra de poder civil unido al ejercicio supremo del poder eclesiástico, habia tenido á bien concederle por prision la ciudad de Meaco, prision honorífica, suntuosa, pero prision muy positiva.

En febrero de 1551 llegó el misionero á la capital del Japon, despues de un penoso viaje de 30 dias al través de las montañas, en donde por poco le apedrearon en recompensa de sus sermones. Segun parece no le acogotaron por haberle creido loco, y en Oriente la locura es una salvaguardia. Sin ánimo de justificar á esos mal intencionados japoneses, preguntarémos á los Reverendos Padres ¿qué pieza hubieran jugado á un bonzo del Japon que en Lisboa, Sevilla ó Roma, se hubiese presentado predicando que sus creencias son locuras, sus ceremonias religiosas mogigangas ó truanerias, sus dioses demonios, su suerte futura la condenacion? Creemos en verdad que el pobre bonzo no hubiera salido tan bien librado como el misionero! Pero guárdenos el cielo de comparar un bonzo con un jesuita!

En vano trabajó Francisco Javier para alcanzar una audiencia ya fuese del Dairi ó del Coubo; y otra cosa llamaba á este último la atencion para que se parase en escuchar los sermones del bonzo de Europa; pues entonces andaba ocupado en guerrear contra

los reyezuelos que se habian declarado independientes en diversas partes del archipiélago japonés, y que á la sazon formaran alianza contra él; y entraba sin duda en su política no dejar ver al emperador en tutela sino lo menos que pudiese. Acaso con regalos Javier hubiera sido mas afortunado; y fué lo que probablemente pensó el misionero, porque cuando pasadas algunas semanas dejó á Meaco, si se presenta ante los reyes á quienes quiere convertir, ó de quienes solamente solicita permiso para predicar en público, le vemos comparecer con regalos que consisten en bonitos relojes de repeticion, en armoniosos instrumentos de música, por fin en alhajas raras, útiles ó preciosas, pero que siempre debian ser recibidas con grata sensacion.

Como le pareció que el traje de su órden habia contribuido á la acogida no muy favorable que notó en Meaco, se puso en adelante vestidos mas ricos. Y en esta época de su vida que los jesuitas queriendo contestar á la objeccion de sus adversarios, de que «Francisco Javier no habia tenido mision de Dios, puesto que no habia recibido el don de las lenguas,» han afirmado que su santo (el cual tenia necesidad de intérprete segun él mismo confiesa para no quedar *cual estatua*) podia, por un estraño prodigio, «satisfacer *con una sola respuesta* á muchas personas que le preguntaban sobre materias diferentes y aun opuestas!» El P. Bouhours dice que en el reino de Amanguchi, el misionero satisfacia de esta manera á varias personas, que le preguntaban á la vez sobre la inmortalidad del alma y los eclipses de luna, sobre los colores del arco iris y los tormentos del infierno, sobre los vientos y los dogmas romanos (1). «Lo mas maravilloso, dice el P. Bouhours, era que despues de haber escuchado á todos, á todos respondia en pocas palabras, y sus palabras multiplicadas en los oidos del auditorio por una virtud enteramente divina, les hacian entender precisamente lo que cada uno deseaba saber; y quedaban admiradísimos sin saber que pensar ni que decir. «En verdad, Padre mio, la posicion de esa buena gente seria exactamente la nuestra si quisiésemos dar crédito á vos y á vuestros negros cofrades. Pero en vez de devanaros los sesos para

(1) Para que el lector no atribuya esto à exageracion ò à parodia, le indicarémos positivamente el paraje que podrà edificarle; que abra pues el segundo volumen de la *Vida de san Francisco Javier*, escrita por el P. Bouhours, en el libro 5° pagina 67, de la edicion hecha en 1683.

probar el como Francisco Javier convirtió á los Hindous, malasios y japoneses con milagros de elocuencia (milagros imposibles como lo hemos probado, esceptuando los de la elocuencia mímica), ¿por qué no dijisteis desde el principio que el misionero habia procedido como los antiguos apóstoles, por medio de portentosos milagros, con prodigios del género que los referia un tunante filósofo del siglo pasado, diciendo que uno de los vuestros convirtió á quince mil almas.... en una isla desierta?.,..

Mas á pesar de todo eso, á pesar de los regalos que el misionero hacia á Oxindono, rey del pais, á la esposa y á los hijos de este, sus trabajos apostólicos no se vieron coronados de un feliz exito; por cuyo motivo sabedor de que habia llegado un buque portugués á un puerto del reino inmediato, sin tardanza envió allá á Mateo, uno de los dos antiguos servidores de Anger, para ajustar su pasage en aquella nave. A mediados de setiembre se embarcó pues con los dos japoneses antiguamente convertidos y otros tres cristianos nuevos, dejando al P. Cosme de Torres y al hermano Juan Fernandez para que probasen si serian mas felices que él y si podrian plantar solidamente la cruz de Cristo en aquellas lejanas playas.

Javier se volvió á unir con los portugueses en una ciudad marítima del reino de Bungo. Mandaba la flota portuguesa Eduardo de Gama, de la familia del célebre navegante y conquistador portugués; el cual pensando sin duda, como su soberano Juan III, que era muy político facilitar la mision de Javier, hizo tributar á este honores extraordinarios.

Cuando el misionero fué al palacio del pequeño despota de aquella parte del Japon, rodeábanle treinta gentileshombres portugueses ricamente vestidos y llevando cadenillas de oro y piedras preciosas. Caminaba al frente Eduardo de Gama con la cabeza descubierta, y el baston en la mano, como si tan solo fuera el camarero ó el mayordomo del Padre. Venian en pos de él cinco de los mas notables portugueses llevando los regalos destinados al rey de Bungo; cuyos regalos consistian en un baston guarnecido de oro cincelado, un libro (no sabemos que libro), pantuflos de terciopelo negro bordados de perlas, un cuadro de la Vírgen María, y un magnífico parasol. Cerraban la comitiva lacayos y soldados muy bien vestidos; y en medio de tan esplendoroso acompañamiento

caminaba el misionero con sobrepelliz de muselina de las Indias sembrado de pedrerias, por sobre el cual brillaba una estola de brocado dorado y guarnecido de diamantes. Para pasar desde la flota al palacio del pequeño déspota entró la comitiva en la chalupa capitana y en otros dos barcos, cuyas orlas embreadas y bancos de madera estaban tapados con los mas bellos tapices de la Persia y de la China, y adornados con elegantes colgaduras: en esos barcos iba un gran número de músicos, que durante el camino hicieron resonar armoniosas sinfonías con sus flautas, oboés y cornetas, mientras que la flota portuguesa empavesada los acompañaba con las aclamaciones de sus marineros encaramados en las vergas y con el estampido de sus pedreros y cañones.

El rey Bungo recibió muy bien al misionero, y le tomó por un grande personage, deslumbrado por su séquito, por su vestido, como y aun mas por los honores que le tributaban sus compatriotas. Segun dicen los Jesuitas, estuvo en mano de Javier bautizar quinientos y mas japoneses el mismo dia de la entrevista; pero lo cierto es que esos mismos Jesuitas aseguran que el favor del misionero fué de corta duracion, y que los comerciantes portugueses temiendo por su propia vida, no menos que por la del apóstol, luego le instaron á que desocupase cuanto antes aquel país, cuyos habitantes se sublevaban contra el bonzo de Chemachicogin, nombre que daban al Portugal. Los bonzos ó sacerdotes japoneses habian escitado esa conmocion popular contra el hombre que intentaba destruir los antiguos altares, á cuya sombra ellos vivian honrados, ricos y poderosos. Los biógrafos Jesuitas dicen que Javier á fin de convencer de impostura á sus rivales del Japon, los desafió á una famosa lucha; siendo escusado decir que alcanzó el mas completo triunfo: cosa singular no obstante y parecida á un mentís inmediato, los mismos escritores añaden que ese triunfo no tuvo ningun resultado; pues el coloquio de Bungo no produjo la menor conversion. El misionero abandonó definitivamente el Japon, apresurando la marcha á causa de las noticias recibidas del reino de Amanguchi, en donde habia dejado el Padre Cosme de Torres y el hermano Fernandez, como hemos dicho; pues poco faltó para que esos dos discípulos del apóstol de las Indias no muriesen asesinados en una revuelta que movieron sus sermones, segun parece, y que dió lugar

á la muerte del rey, el cual favorecia á los Jesuitas á despecho de sus súbditos.

A 20 de noviembre del año 1551 Javier dejó el imperio del Japon en compañia de Gama, habiendo empleado cerca de dos años en su última mision, la cual segun se vé y por las razones dadas, fué la que tuvo peores resultados; pero en desquite vióse llena de una multitud de milagros obrados por el santo, y de los que ya hemos dado alguna muestra, entre otros el prodigio del *cangrejo* ó de la langosta bronceada que trajo al misionero el Crucifijo caido en el mar. Ese prodigio está en el número de los diez milagros que el espediente de canonizacion del santo cuenta como partida de data del libro de la Beatitud de Javier.

Despues de haber tocado en Malacca, que los Javaneses acababan de arruinar, Javier llegó á Cochin á principios de 1552, en cuya época convirtió á la religion cristiana al destronado monarca de las islas Maladivas, príncipe mahometano. Si no fuera por el temor de pasar por un *iconoclaste* (destructor de las imágenes de los santos), ó mejor dicho, si no temiesemos ser molestos á puro repetir las mismas cosas, aunque eso sea debido evidentemente á los manejos que Roma usa muchas veces, y los Jesuitas siempre, para establecer como certeza cosas falsas ó cuando menos dudosas, dariamos una razon convincente y muy humana en órden á la conversion del príncipe de las Malavidas. Orlandini y los jesuitas biógrafos de Javier, confiesan que su santo apóstol prometió al soberano depuesto colocarle de nuevo en el trono si abrazaba el cristianismo, y que en efecto una vez convertido el rey, Javier escitó á los portugueses que diesen auxilio al príncipe mahometano prestándole el apoyo de su flota, en la cual se embarcarian con el sultan bautizado algunos Padres de la órden. Pero los mismos historiadores añaden, que los portugueses se interesaban poquísimo por unas islas donde no habia aromas, ni oro, ni especias: así pues no quisieron hacer nada en favor del ex-rey de las Maladivas, á quien comprometió tambien su conversion para con sus súbditos, de suerte que jamas volvió á entrar en sus estados, y segun dicen se casó asaz humildemente en Cochin en donde vivió y murió en un estado no muy distante de la miseria.

Francisco Javier olvidando las Maladivas y á su rey pensaba en-

tonces en abrirse la China, ese pais tan obstinadamente cerrado á los europeos y del cual se contaban sin embargo tantas cosas y tan maravillosa . Se dió buena mano en componer los asuntos del colegio de Goa, en que el P. Gomez, Rector nombrado por el mismo Javier, queriendo poner arreglo lo habia desordenado todo; pues de aquello en que convienen los mismos Jesuitas es facil sacar la consecuencia siguiente: que la única falta de ese Padre fué haber querido tratar con mucha severidad á los discípulos, novicios y escolares del colegio de san Pablo, cuyas costumbres, segun parece, no eran muy puras que digamos; no causando por otra parte ningun escándalo en Goa, ciudad en la cual hemos dicho reinaba el libertinage mas desenfrenado. Barzée reemplazó á Gomez, quien fué enviado buenamente á Portugal á donde no llegó; pues dicen que pereció en una tempestad durante la larga travesía. No pasemos por alto mencionar aquí que los trabajos de Javier habian sido remunerados con el título de Provincial de las Indias y de todos los paises del Oriente. Al regreso del Japon encontró el misionero las patentes que formaban esa nueva Provincia, independiente en adelante de la del Portugal, y cuya direccion se confiaba al P. Javier, con fecha de 10 de octubre y 23 de diciembre del año 1549. Gaspar Barzée fué nombrado viceprovincial y superior general de las misiones de las Indias Orientales.

Ya el nuevo virrey de las Indias, don Alfonso de Noroña, se habia puesto á la disposicion de Javier para cuanto dependiese de él y pudiese ayudar al Padre á abrirse la China. Le hizo pues acompañar por Santiago Pereyra, rico comerciante, á quien dió el título de embajador; y aumentó la lista de los ricos regalos que llevaba el misionero para hacerlos valer en la China, á imitacion de los heroes que nos representa la mitologia griega, los cuales al bajar al infierno se proveian de un panal de miel para ganar al terrible can Cerbero. El catorce de abril de mil quinientos cincuenta y dos, precisamente el dia de Jueves Santo se marchó otra vez Javier de Goa, llevando por compañeros un cierto número de miembros de la Compañia de Jesus con quienes creia poder contar: todo parecia pues presagiar grandes resultados al misionero en aquel rico y vasto pais, del cual ni siquiera habia de tocar las costas.

A la vista de las islas de Nicobar, una terrible ráfaga equinoxial

embistió la nave en que iba Javier, y los marineros azorados apresuraronse á botar al agua los preciosos regalos que debian facilitar la mision y de los que á duras penas lograron los Padres salvar una parte. No obstante la nave pudo llegar á Malacca, en donde el Santo resucitó á un muerto, como en otro tiempo Jesucristo resucitó á Lázaro. ¿No han reflexionado alguna vez que atribuyendo al santo de su Orden un número de milagros cien veces mayor de los que obró el Hombre Dios podia presumirse que humillaban al Salvador del mundo en provecho del Apostól de las Indias? Ygnoramos si los buenos Padres han pensado en ello; pero aunque les hubiese ocurrido tampoco hubieran hecho mas ni menos; la Órden es antes que todo! es la traduccion literal de esta falsa divisa: ! Para la mayor gloria de Dios!....

Francisco Javier que supo mandar á la tempestad, á la peste, á las enfermedades, no pudo vencer la mala voluntad de un insignificante gobernador de un rincon de Asia. El que hacia levantar y caminar á un yerto cadáver tan pronto como le habia dicho: «Levántate y anda!...» no pudo hacer un milagro incomparablemente mas pequeño, como era hacer que obedeciese don Alvarez de Atayde, que en Malacca mandaba en nombre del rey de Portugal.

Pero segun afirman los Jesuitas, no dejó de pagar su merecido; porque despues de muerto Javier, con toda frescura le ahorcaron en castigo de los enredos con que habia querido estorbar al santo su llegada á la China. Javier, de quien una sola palabra daba la vida ó la muerte, segun refieren sus biógrafos, se contentó con escomulgar al gobernador, el cual se rió de ello á mas y mejor; en vista de lo cual, el misionero dejando en Malacca la mayor parte de sus compañeros, se afufó solito y cual fugitivo se embarcó en una nave que se hacia á la vela con direccion á Sancian, isla de las costas meridionales de la China, poco distante de Canton. Juan Suarez vicario general de Malacca preguntó á Javier «si se habia despedido del gobernador;» y el santo le contestó; «que á don Alvarez no le veria mas en esta vida, y que le aguardaba en el juicio de Dios!»

Mientras que el santo aguardaba el juicio de Dios, parece que no se descuidó en preparar el de los hombres; pues escribio á Juan III,

profetizando ademas los castigos que debian desplomarse sobre don Alvarez (1).

Despues de una travesía de veinte y tres dias, cuyos numerosos milagros pasarémos por alto, Javier tomó tierra en el grupo de las islas Samceu, de las cuales era la principal la que los portugueses llamaban Sancian. El misionero que á lo mas sabia algunos términos de la terrible lengua China, cuyo solo alfabeto, segun dicen, exige un largo estudio, convirtió no obstante que sé yo cuantos isleños con sus sermones.

Esos milagros repetidos y obrados algunos en utilidad de los portugueses, no fueron obstáculo para que estos se largasen luego de espendidas sus mercancías, temiendo sin duda al gobernador de Malacca; y dejaron al misionero solo y desprovisto de todo en aquel rincon de la tierra, desde donde fué inutil que probase pasar al continente cercano. De la misma manera que Moisés murió á la vista de la tierra de promision, asi Javier falleció á la vista de la China; y no sabemos si el misionero Jesuita, del mismo modo que en el legislador de Ysrael, Dios quiso castigar asi alguna desobediencia á sus supremos mandatos; pero sea como fuere, Javier enfermó el 20 de noviembre, y mal cuidado por un médico ignorante espiró el 2 de diciembre de 1552, á la edad de cuarenta y seis años cuyos diez últimos pasó en la mision de las Indias, conforme dejamos esplicado.

No volvéremos á mencionar lo que ya queda referido de esa mision; pues pensamos que tocante á ella nuestros lectores estan completamente edificados. Tampoco dirémos nada en órden á los milagros que obró el santo despues de su muerte, sino que su número escede todavia al de los que le atribuyen durante su vida. El cuerpo del apóstol de las Indias fué enterrado en Sancian sin ninguna ceremonia; pero su órden prontamente supo reparar tamaña afren-

(1) Los Jesuitas pretenden que Javier perdonó á don Alvarez y que no le acusó al rey de Portugal. Sin embargo ellos mismos desmienten tal asercion, pues mas adelante convienen en que el misionero desde Sancian escribió al P. Barzée á fin de que el arzobispo de Goa promulgase solemnemente la excomunion que él lanzara contra el gobernador de Malacca. Nos consta que se ven precisados á confesar un hecho que con toda evidencia resulta de una carta del mismo Javier (vease la carta décima del libro 7.° de las *Epístolas* de Francisco Javier); pero nos hallamos dispuestos á una grata sorpresa siempre que los buenos padres quieren convenir en que es de dia cuando el sol está en el meridiano.

ta, de que se resintió toda entera é hizo que alcanzase hasta Cristo, patron reconocido de la órden (1). Exhumado el cuerpo del misionero con gran pompa fué trasladado á Malacca, en seguida á Cochin, y finalmente á Goa, en donde le depositaron en la iglesia del colegio de san Pablo. A instancias de los Jesuitas, entonces poderosos, Paulo V beatificó á Francisco Javier, á quien el inmediato sucesor de este pontífice, Gregorio XV, hizo canonizar en 12 de marzo de 1622; si bien la bula de canonizacion no fué publicada hasta el tiempo de Urbano VIII.

Segun parece los discípulos de Javier habian hecho erigirle templos bajo su invocacion, ó al menos habian permitido que se erigiesen, mucho tiempo antes que la Iglesia le hubiese continuado en el catálogo de los Santos. Los Jesuitas afirman muy de veras que los mismos reyes hindous y rajahs musulmanes quisieron que en sus Estados se edificasen templos dedicados al Apóstol de las Indias. Y nótese bien lo siguiente! El P. Bouhours entre otros que cital nos habla de un príncipe mahometano del cabo de Comorin y de rey de Travancor, suponiendo que hicieron edificar, el primero una mezquita y el segundo una pagoda *en honor del santo cristiano*. Parece que la Compañía de Jesus quiso beneficiar en Europa los milagros que obraba en Asia el cadáver de uno de sus hijos. En 1612, el General de la Órden, Claudio Aguaviva, hizo exhumar otra vez el cuerpo del santo y le hizo mutilar; pues el cuchillo de un cirujano le cortó un brazo, que fué trasladado á Roma y colocado en la iglesia de los Jesuitas.

Digamoslo sin rebozo: esa violacion del descanso en la tumba siempre respetado, con un objeto probablemente mercantil y de puro interes, nos ha hecho dirigir á ello nuestras miradas con el solo fin de una sencilla crítica y como historiador desinteresado. Al cabo y á la postre solo removemos con el pensamiento y con el conveniente pudor la osamenta de un cadáver que los Jesuitas han exhumado, manejado, mutilado, cuando aun manaba sangre; pues Aguaviva envió á Felipe IV, rey de España, un lienzo empapado en la sangre que habia corrido al cortar el brazo del santo, cuya tarea ni aun en la tumba habia terminado á los ojos de sus cofrades.

(1) Cuentan los Jesuitas que en el castillo de Javier en Navarra se vió un crucifijo de yeso que manaba sangre por sus llagas figuradas, en demostracion del dolor que sentia por la muerte de su fiel servidor.

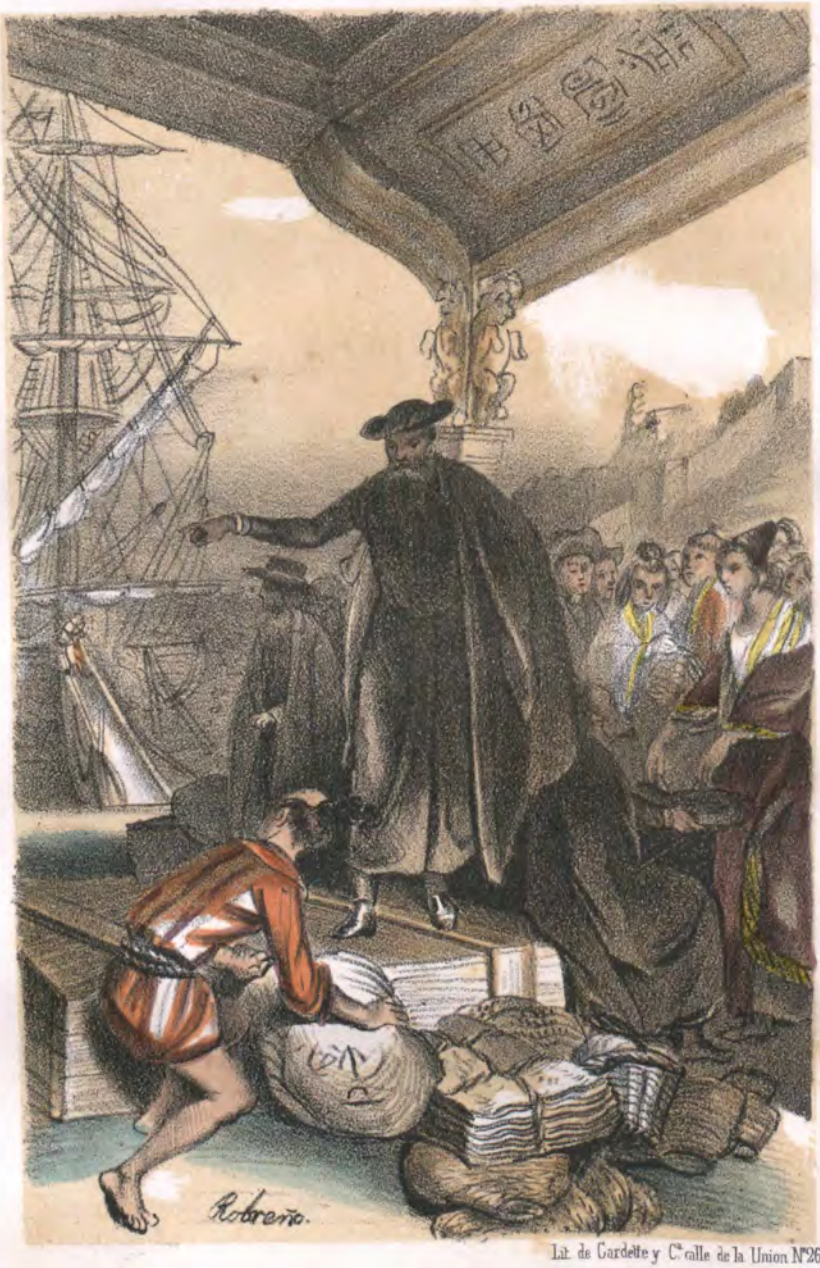
El sepulcro de Francisco Javier se vé actualmente en Goa, en la glesia de Jesus; y la capilla do se alza el soberbio mausoleo está llena de inmensas riquezas amontonadas alli por la piedad de los devotos. En dicha tumba se vé al Santo revestido con una magnífica casulla que le cambian cada veinte años; cuyo adorno corre por cuenta de la reina de Portugal, quien la borda con sus propias manos. (Ignoramos si la reina actual, esposa de un príncipe hugonote, continúa con tal incumbencia.)

Todos esos honores fueron tributados á un hombre cuya intrepidez no negamos, si bien hubiera sentado mejor á un soldado ó á un marino descubridor de mundos; ni tampoco le negamos la inteligencia, de la cual hubiera podido hacer mejor uso, á nuestro modo de ver; ni aun la santidad, considerada absolutamente, si bien por conviccion adquirida estemos determinados á dudar de las santidades Jesuíticas. ¿Pues al cabo que ha hecho para merecer esos honores? A tal pregunta asentada de esta manera, darémos una franca contestacion. En resumidas cuentas lo que ha hecho Francisco Javier, es lo siguiente:

Como sacerdote paseó dnrante diez años la cruz de Cristo por muchos puntos de Asia; mas en ninguno la plantó firmemente. Jesuita ante todo, y acordándose siempre de que lo era, sirvió sobre todo, á la órden de que formaba parte y á la cual abria paso á la conquista. Hombre inteligente, intrépido, aventurero, ¿empleó acaso su talento, su brio, y viveza en servicio de la humanidad? ¿Procuró sinceramente mejorar la situacion de los hombres en medio de quienes se presentaba como Apóstol? ¿No nos dicen que generalmente empleaba sus esfuerzos sobre todo para con los reyes y las clases nobles? ¿No hemos visto que despues de haber ocupado algunos dias en bautizar hasta no poder alzar los brazos, dejaba asi á aquellos estraños cristianos para ir mas lejos á representar el papel de convertidor adocenado, enseñando á todos esos convertidos, que? algunos de los dogmas de la Iglesia romana, mal traducidos y probablemente mal comprendidos. No vemos que en ninguna epoca Francisco Javier se haya tomado la molestia de ocuparse en las deas de civilizacion mejorada, de moral mas pura, de libertad reeneradora; no tenia tiempo de pensar en ello. Ah! bien era á ese fin que su Órden le habia enviado allá!

Para tranquilizar á las almas devotas con respecto á la santidad del misionero, cuanto podemos y queremos admitir se reduce á que Javier tal vez no supo completamente de que plan era instrumento; y es mucho decir.

La conducta de los sucesores de Francisco Javier, nos revelará enteramente el objeto de ese plan.



Lit. de Gardelle y C.ª calle de la Union N.º 26

Los Jesuitas mercaderes.

CAPÍTULO II.

Los Jesuitas mercaderes.

Desde el 1559 hasta el 1638.

Durante una parte de la época á que han dado el nombre de edad media, cuando las naciones morian, nacian, se trasformaban, en medio de esa inmensa y tumultuosa muchedumbre de pueblos que se abalanzaban á la Europa; poquito á poco se cerró el Asia á las miradas del mundo antiguo, á la manera de un gran libro escrito en una lengua que ya nadie entiende, y de la cual se conserva tan solo alguna vaga idea, merced á ciertas citas mas ó menos correctas, mas ó menos obscuras que hállanse esparcidas en otras obras. Cuando hubo terminado esa trepidacion, cuando las oleadas de ese portentoso flujo humano hubieron hallado por fin su equilibro y su nivel, en la época sobre todo en qne las cruzadas hicieron nacer como una especie de reflujo de la Europa al Asia, esta llamó de nuevo la atencion de aquella. El aventurero Marco Polo rasgando de pronto una parte del velo misterioso, mostró á sus contemporáneos absortos los resplandores de aquella tierra tan rica á la cual la lejania añadia nuevos prestigios; y desde entonces todos los sobrexitados apetitos de Europa solo vieron en sus ensueños un deslumbrante y perpetuo fenómeno óptico, en que los grandes bosques asiáticos, poblados de aves y pájaros desconocidos con magnificos

plumages, llenos de singulares fieras con ricas pieles, se agitaban exhalando los penetrantes olores de sus divinos aromas y de sus preciosas especias; en que se separaban las aguas del mar asiático y repentinamente se entreabria el suelo de Asia para que por un instante pudiesen verse los tesoros que ocultaba; en que, por fin, en el seno de poblaciones hospitalarias se levantaban los tronos maravillosos y sembrados de diamantes del gran Mogol, del gran Khan.... Venecia fue la que renovó las relaciones de la Europa con el Asia, y hasta últimos del siglo décimo quinto esa poderosa república, soberana del Mediterráneo, vió á sus patrícios mercaderes apropiarse el monopolio del comercio asiático, pues merced á sus numerosas galeras, era señora del único paso conocido entonces, que condujese al Asia meridional, esto es el Ystmo de Suez y el mar Rojo. Llegó despues el dia en que Genova no quiso luchar con su poderosa rival, y el rey de España encargó al genovés Cristobal Colombo, que dirigiéndose hácia el oeste, buscase un nuevo rumbo para ir al Asia; y es bien sabido que el célebre Genovés buscando el Asia encontró la América (1).

De este modo la España tenia tambien su parte, y una rica parte; Portugal, rival de España, quiso igualmente tener la suya; y Vasco de Gama le encontró el deseado rumbo de las Indias, doblando el cabo de Buena Esperanza. El sable de Albuquerque acabó de establecer los derechos de los portugeses en el Asia meridional, cuya esplotacion les perteneció esclusivamente por algun tiempo, esceptuando la China y el Japon que permanecieron cerrados para ellos, pero con los cuales pudieron comerciar. No tardó pues el comercio lusitano en presentar á la vista de Europa azorada los ricos cargamentos que sus flotas traian de las Indias: los pastosos tejidos de Cachemira, las ricas especias de las Molucas, el té exquisito, las magnificas porcelanas, la seda, los aromas, el coral del mar de Indias, las perlas de los golfos Arábigo y Pérsico, el diamante de Golconda, etc.

Entonces fue cuando un nuevo ardor hizo doblar los viages de

(1) « La tierra es redonda, decia Colombo; con que dirigiéndome siempre hàcia el Poniente debo volver por el Levante. » El célebre navegante se figuraba la circunferencia de la tierra mas pequeña de lo que es; y el primer punto que descubrió creia que perteneciese al continente asiàtico, habiendo provenido de aqui el nombre de Indias Occidentales dedo à la América, por oposicion à las Indias de Asia ù Orientales.

descubrimientos y de conquistas en las colonias lejanas: toda potencia bien establecida acudió prontamente á ese grande pasto y pidió su parte; mas los Jesuitas, potencia nacida de un dia, no pidieron la suya, hicieron otra cosa mejor, se la tomaron.

La Compañía de Jesus encontró en las misiones los elementos del influjo oculto ó visible, pero siempre real y formidable, de que ha gozado en Europa. Y he aqui el motivo porque hemos decidido escribir la historia de los Jesuitas en Asia, en América, y en Africa, antes de contar sus hechos y proezas en Europa, antes de decir como lucharon, queremos esplicar como pudieron luchar; pues para seguir con utilidad y placer la narracion de una batalla, es preciso conocer los motivos de la disputa, y al mismo tiempo las fuerzas de que disponen las partes beligerantes.

Mas ahora continuarémos la historia de los Jesuitas en Asia y en el Japon.

Acabamos de ver como Francisco Javier, en los diez años de su Mision supo abrirles el paso por todas partes, menos en la China, á donde tan solo la muerte impidióle introducirse para completar en ella los *estudios* de la conquista jesuítica. Segun ya hemos dicho, el rebelde Japon debió escitar vivamente la codicia de los Jesuitas.

Las islas que forman el imperio del Japon son fértiles en gran manera; los bosques estan poblados de animales, cuyas pieles son muy buscadas; y la seda es uno de los ramos mas ricos de exportacion. En él se encuentran ricas minas de oro, de plata y de otros apreciables minerales. Lo siguiente podrá dar una idea mas exacta de la riqueza de ese imperio.

Siguiendo la relacion de Francisco Caron, presidente de la compañía Holandesa de las Indias (1), se habia asignado al Coubo, solo para vestir y comer la suma de 16,000,000 florines de Holanda; suma enorme en aquella época. A mas, los reyes ó grandes vasallos del emperador, que no eran menos de doscientos, tenian una renta que no bajaba de 100,000 florines para el mas mediano satrapa japonés; y subia hasta dos y aun hasta tres millones de florines para el mas aventajado. Segun afirman todos los viajeros que han podido penetrar en el pais, la ciudad de Yédo; ciudad vastísima,

(1) Véase á Thevenot, *Viajes curiosos*, parte 2ª.

residencia del Coubo, la cual está rodeada de tres anchos fosos con escarpa y contraescarpa en piedras con diamantes, presentaba en medio de su conjunto de soberbios edificios, una masa mucho mas esplendorosa todavia, que era el castillo; los reyes ó príncipes, gefes de provincias, tenian allá palacios que embellecian á porfia el uno del otro, y en donde la política del emperador queria que ellos criasen sus herederos presuntivos, los cuales eran asi unos rehenes de la fidelidad de sus grandes vasallos. Veíase despues de este circuito otro en que se levantaban las magníficas habitaciones de los príncipes de la sangre y de los consejeros privados del emperador; y por último seguia el palacio del mismo emperador. Todos esos edificios estaban dorados tan ricamente, que de lejos la masa del castillo parecia una montaña de oro; y habia en esto con que mover alguna tentacioncilla á la Compañía de Jesus, á pesar de su voto de pobreza, que á nuestro ver en todos tiempos solo ha sido una chanza insulsa (1). En 1559, siete años despues de la muerte de Francisco Javier, su sucesor el P. Gaspar Barzée, Provincial de las Indias, recibió de Roma la órden de mover todos los resortes para lograr en el Japon las esperanzas frustradas al Apóstol de las Indias.

Era entonces Lainez el gefe de la Compañia de Jesus, y conforme ya hemos dicho, desde este primer sucesor de Ignacio de Loyola datan las tendencias dominadoras y absorventes de esa Compañia.

De aqui en adelanle ya no contarémos los pasos á los Jesuitas en sus conquistas conseguidas ó intentadas para utilidad de su Órden, como lo hemos hecho antes con Francisco Javier, el primero de sus misioneros — Conquistadores. Si quisiesemos describir la marcha pel Jesuitismo al través de las naciones y de los tiempos, con todas sus vueltas y revueltas, en vez de dos volúmenes hubieramos de escribir veinte

Bastará decir que desde el generalato de Francisco de Borja, sucesor de Lainez, los Jesuitas ya se hallaban establecidos solidamente en el Japon, y que bajo el de Everando Mercurian (nombrado en 1573) eran poderosos y sobre todo muy ricos. Ricos y

(1) Del espediente Affnaër resulta para todos que los pobres Padres son todavia tan ricos, que se les ha podido quitar de su caja una suma no sabemos de cuantos centenares de miles francos; y en Paris, sin que esos pobres Reverendos lo echasen de ver durante muchos meses.

poderosos, va muy bien, se dirá tocante á su órden: pero respecto á la religion, cuyos intereses pregonaban como el único objeto de sus misiones, el establecimiento y la gloria como su sola recompensa, ¿qué es lo que han hecho? Eso es mas difícil de decir; pero sin embargo lo probarémos, y ajustándonos con nuestra conciencia dirémos por que medios los Reverendos padres se establecieron en el Japon.

La religion de los japoneses parece ser la misma que la de los chinos antes que el Doctor sagrado de estos, el célebre Confucio, les hubiese llevado su moral y sus dogmas. No habiendo querido los japoneses adoptar la teogonía del Reformador, hubo division y luego enemistad constante entre el Japon y la madre patria, como puede llamarse á la China con respecto á aquel pais. Cuéntanse en él diferentes sectas, y los escritores aseguran doce, á cuyo frente hay un gefe llamado *Tunde*, especie de obispo como el Dairi, es una especie de Papa japonés. Algunas tienen reglas muy severas, é igualmente son numerosos los dioses que en ellas se adoran; muchos se asemejan á los idolos de la creencia brahmánica; y efectivamente puede darse un origen comun á las diversas teogonías de Asia. Cuando en las primeras páginas de este libro hemos referido que los monges nos vinieron del Oriente, queriamos decir de la Europa oriental ó del imperio bizantino. Pero acaso podria considerarse mas apartado el lugar en donde tomó nacimiento la idea de su creacion, pues de tiempo inmemorial ha habido en el Japon verdaderos monges reunidos en corporaciones y habitando en una especie de conventos como igualmente hay conventos de religiosas. Vénse á mas hermitaños llamados *Jammabos*, que son verdaderos frailes mendicantes, y al verlos uno creeria que la idea de san Francisco de Asis solo fué un plagio llevado á cinco mil leguas de distancia. ¡Cosa verdaderamente singular! esos frailes mendicantes del Japon asi llevan las alforjas en los hombros como el rosario en la mano. Añádese á eso que se afeitan la cabeza, y sobre todo que nada puede igualar á la pereza, á la suciedad, á la desvergüenza é importunidad de esos piadosos mendicantes!....

A mas de los numerosos batallones de esa irregular y religiosa milicia, el Japon posee un número fabuloso de sacerdotes regulares llamados *Neges*, que generalmente conocemos por el nombre Bonzos: segun Kaempfer y otros escritores, estos predican, presiden á

las ceremonias del culto, en una palabra, sirven en las innumerables *tiras* ó iglesias, y en las *mias*, *masias* ó capillas; en cuanto á la confesion auricular, que tambien se halla en el Japon (1), es un monopolio beneficiado por ciertos hermitaños que viven en lugares salvages y montañosos.

La principal divinidad del Japon es el terrible Amida ú Omito: representan á este dios, como á sus cofrades japoneses sentado en una gigantesca flor de loto ó de ninfea, y se le honra cantando con mas ó menos melodia una especie de salmo, que á lo menos tiene el mérito de ser cortísimo por componerse solamente de tres palabras, de tres súblimes palabras, que para traducirlas al español serian menester casi una docena de términos, y que poco mas ó menos significan estos. «¡Oh poderoso y afortunado Amida, salvanos y consérvanos!» Pero la manera mejor de honrar á Amida, es ahogarse en honor suyo, al menos si hemos de dar crédito á los devotos que verifican el ahogamiento de una multitud de maneras procurando cada uno de ellos un método nuevo ó poco comun de la asfixia por medio del agua, para lograr que su dios le reciba mejor en el Cielo. Otros beatos fanáticos se hacen encerrar en una celdita, cuya puerta tapian, dejando en ella una estrecha abertura que á duras penas es suficiente para renovar el aire.

¿Acaso el fanatismo de Europa hubiera copiado en eso al fanatismo de Asia? Sin mentar las religiosas penitentes, y otras locas ó locos de ese género, en el monte Valeriano, al lado de Paris, ha habido tambien por largo tiempo reclusos voluntarios, á los cuales unos criados del Arzobispo tabicaban la puerta de su celda, dejando tan solo una estrecha abertura por la cual el hermitaño recibia su alimento de la piedad de los pasageros. En 1610 habia en dicho monte tres de esos reclusos.

Sin embargo, segun un hombre que ha podido conseguir apreciables detalles en órden á los japoneses, esos pueblos en general son muy poco religiosos; pues solo en las grandes fiestas hacen oracion á sus dioses; y parece que no se acuerdan de ellos sino cuando los han de menester. Por otra parte nos consta que el número de los Sacerdotes, de los monges y de las pagodas es quizás mas

(1) Véase á Purchas *Estractos de viajes*; De Bry, *Epistolæ Japonicæ*; de Acosta Kaempfer, etc. Damos estas citas por temor de que no haya quien tome lo dicho por na parodia de las cosas de la antigua Europa.

considerable allá que en otras partes. Solamente en Meaco y en sus alrededores un viajero ha contado hasta tres mil ochocientos noventa y tres templos grandes y dos mil ciento veinte y siete pequeños, los cuales son servidos por cuarenta y seis mil Sacerdotes regulares, sin contar mas de seis mil frailes ó *Jammabos* de diferentes Órdenes, y todos esos Sacerdotes lo pasan ricamente. Esos pormenores parecerian estar en contradiccion con cuanto hemos dicho acerca de la indiferencia general de los japoneses en materia de religion, si desde mucho tiempo no supiesemos que la misma religion muchas veces da y toma las mogigangas del culto, y que comunmente las ridiculezes de la supersticion son un indicio cierto de la falta de una síncera piedad. Asi es que la secta Ykko, cuyo gefe ó *tunde* es respetado cual Dios, aunque sea la mas reverenciada en el Japon no es la mas instruida, ni la mas útil; sino aquella cuya devota exaltacion se revela por los actos de un fanatismo que recuerda, y á veces sobrepuja al de los *Joquis* hindous. Pero generalmente los japoneses con tal que hagan frecuentes limosnas á sus Sacerdotes y frailes mendicantes, con tal que piensen en embellecer los templos de los dioses y en hacer parte de las ceremonias del culto, pueden olvidarse enteramente del cielo, entregarse á todos los placeres de la tierra, y no obstante creerse seguros de ser bien recibidos en el otro mundo por Amida y Quanwon su hijo, por Xaca, Toranga, y por todos los Camis ó almas inmortales. Asi pues cuando Francisco Javier se presentó en medio de ellos predicándoles el desprendimiento de los placeres sensuales, el desprecio de los bienes y de los deleites terrestres, ya sea por falta de habilidad en el misionero jesuita, ya sea por sinceridad en las creencias en el Reformador cristiano, segun hemos dicho, un historiador de la Compañia, el Padre Charlevoix confiesa que le tomaron buenamente por un loco. Los sucesores de Francisco Javier en la Mision del Japon mas hábiles que su antecesor, y sin duda poniendo en práctica la devocion fácil, la moral cómoda, cuyos detestables principios establecian ya sus escritores, se guardaron muy bien de oponerse á las ideas, cualesquiera que fuesen, de las gentes que deseaban beneficiar, ó si se quiere cristianizar á su modo. Se guardaron muy bien de tomar la plaza por asalto; antes al contrario se adelantaron poquito á poco; flaqueando, cubiertos por buenas zanjas, y ofreciendo siempre bue-

na capitulacion á los que deseaban entregarse á Cristo. Cuando por fin se arreglaban los pactos de la capitulacion, los buenos Padres tenian gran cuidado en hacerlos tan suaves como fuese posible.

— Los japoneses vencidos y convencidos decian asi: De aqui en adelante queremos ser los hijos de Cristo y no de *Daiboth;* ya no temerémos á *Jemma*-O, rey de los infiernos, sino á Satanás el diablo de los cristianos. Finalmente solo escucharémos á los Bonzos negros de Europa, que no tiñen una mitad de su craneo afeitado con vermellon, como hacen nuestros Neges y nuestros Jammabos? Qué reglas quereis imponer á los hijos del Japon?

— Oh! muy pocas cosas, respondian los Jesuitas en tono bondadoso. Por de pronto observaréis el descanso prescrito en los dias de fiesta y en los domingos....

—¿ No saben pues los Bonzos de Europa que eso es imposible? Cada dia es dia de hacienda para los japoneses: si son labradores deben trabajar para el señor del terreno, y que de los frutos y mieses les entrega una parte proporcionada á la cantidad recogida; si son magistrados es preciso que cada dia administren justicia, en cualquiera estado ó posicion el Japonés á cada momento puede ser llamado para el servicio del príncipe.

— En hora buena, hermanos queridos, observaréis el descanso cuando podais.

— Es que no podrémos nunca, Bonzos de Europa!

— Corriente, amados hijos. Pero al menos ayunaréis, porque eso es esencial!

—¡Oh sabios Bonzos de Europa! ¿ como nos seria eso posible estando acostumbrados á comer tres veces al dia?

— Bah! si estais acostumbrados!... Mas de aqui en adelante evitaréis ir á las pagodas á adorar los monstruosos idolos á quienes llamais vuestros dioses; ¿ no es verdad?

— Si, grandes Bonzos!... es decir, con tal que el principe ó el emperador no nos hagan dar la órden, como sucede frecuentemente, de ir á las tiras, para dar gracias ó implorar á los grandes *Sins* (Dioses).

— Pues bien, cuando en virtud de semejante órden iréis á postraros delante de un ídolo, en vuestro interior ofreceréis á Jesucristo

el homenage que esteriormente tributáreis á Jebisu ó á Daikoku, á Fatziman ó á Fottei (1).

— Los Bonzos de Europa son ingeniosos y grandes doctores: harémos lo que nos prescriben; pues queremos ser sus hermanos.

— Tales os hará el bautismo. Venid pues con vuestras esposas é hijos á recibir su agua saludable y regeneradora.....

Asi catequizados los japoneses se dejaban bautizar bastante alegres; pero á menudo iban sin sus hijos, y jamas llevaban á sus hijas ni á sus esposas; porque segun la mayor parte de las relaciones que tenemos de ese pais, los japoneses crian á sus hijos con dulzura; nunca los regañan; si ven que muestran repugnancia en hacer alguna cosa no insisten en ello, y dejan al tiempo y á la persuasion el cumplimiento de cuanto habian proyectado. Los japoneses, lo mismo que los chinos, sumamente celosos de sus mugeres no las esponen á la vista de los hombres sino lo menos que pueden. Eso esplica su repugnancia en llevar consigo sus hijas y esposas á los Bonzos de Europa, ante quienes se verian obligadas á quitarse el velo de la cabeza para recibir el bautismo cristiano. Parece que tal repugnancia provenida de las costumbres, existia con tan grande fuerza entre los japoneses, que los Jesuitas temiendo algun fracaso, antes que contrariar aquella prefirieron conceder á las japonesas el título de cristianas bajo su palabra, segun parece, y sin ninguna de las grandes ceremonias impuestas por la Iglesia católica. Los mismos misioneros de la Compañía de Jesus han confesado que no administraban el bautismo ni la extremauncion á las mujeres.

Los reverendos Padres han usado realmente de la manera cómoda, pero un poco rara, con que acabamos de mostrar á los Jesuitas cristianizando á los Japoneses.

En 1633 y 1636, tres Religiosos, los Padres Antonio de Santa Maria, Francisco de Alameda y Juan Bautista Morales, informaron en órden ó la mision de la China y declararon solemnemente que los misioneros Jesuitas casi en todas partes habian permitido que los cristianos nuevos continuasen frecuentando las pagodas y

(1) Jebisu es el Neptuno japonés; Daikoku, su Pluton; Fatziman su dios marte; Fottei es la divinidad que preside á los placeres; Tositoku la fortuna japonesa; Jakuti es á la vez Apolo y Esculapio, Darma inventó el té quinientos años antes de la venida de J. C., segun una leyenda de ese Sin, justamente reverenciado.

honrando las divinidades de sús antepasados, al menos en apariencia; que se postrasen ante la estatua de *Chim-Hoam*, que sacrificasen á *Con-fu-zu* (Confucio), que ocultasen la cruz; que á mas, de los convertidos ni aun exigian el ayuno en el viernes santo; que á los catecúmenos les ocultaban con toda precaucion los actos de la vida y muerte de Cristo; que no obligaban á sus ovejas á oir el santo sacrificio de la Misa, finalmente que daban el título de cristianos á pobres idólatras, los cuales nunca habian sido bautizados y morian sin recibir el sacramento de la extremauncion.... Esas acusaciones terribles, agravantes, sencillamente formuladas, perfectamente apoyadas, fueron acogidas y confirmadas por el arzobispo de Manila, el cual creyó que debia escribir al papa.

Los Jesuitas al paso que reconocieron que un buen zelo no habia permitido á los informantes disimular cuanto habian sabido (confesion preciosa!), alegaron en su defensa que el cargo de no administrar el bautismo y la extremauncion era verdad tan solo respecto á las mugeres; que al permitir algunos restos supersticiosos de los convertidos chinos y japoneses se habian conformado con el ejemplo de los Apóstoles, quienes mostraron igual mansedumbre respecto á los judios convertidos, tolerancia aprobada por santo Tomas y san Agustin, é inspirada por el Espiritu Santo, segun el gran teólogo Nicolás de Lyra. Que si habian ocultado á sus catecúmenos el humilde nacimiento, la vida modesta, la muerte ignominiosa de Cristo, es por considerar que tales pormenores podrian apartar de la religion de Jesucristo á espíritus orgullosos como eran los de los Chinos y Japoneses, cuyo cielo está poblado de dioses que brillaron, reinaron y dominaron en la tierra. Que si no precisaban á sus neófitos á los ayunos solemnes, es por ser eso casi imposible; que no celebraban el santo sacrificio de la Misa mas á menudo, porque ellos eran un corto número y sus ovejas innumerables; que permitian á los convertidos ocultar el signo de la redencion, por no suscitar la persecucion contra ellos; finalmente, que si se tomaban algunas libertades era porque Paulo III les habia dado el derecho de hacerlo...

Concluian los Jesuitas haciendo recaer la acusacion sobre los acusadores, y denunciaban como causa de la pérdida de las Misiones en la China y en el Japon, á los Dominícos, Franciscanos, Capu-

chinos, rivales llenos de zelos por su gloria, la cual procuraban negar no pudiendo arrebatársela...

No queremos ser el árbitro de tales acusaciones, de esas delaciones tantas veces renovadas, siempre llenas de acrimonia y de pasion; y que á veces llegan á un grado de violencia al cual no nos atreveriamos á acercarnos, ni aun de muy lejos, aunque seamos historiadores profanos y los colitigantes hayan sido piadiosos misioneros, hombres de Dios (1), santos, que aun es mas!... Nos atrevéremos á decir sin embargo, que la mayor parte de las acusaciones dirijidas por las demas órdenes religiosas contra los hijos de Loyola, nos han parecido probadas casi siempre y siempre probables.

En primer lugar un breve pontificio de 1645, renovando otro de Paulo III, precribia la observancia de las ceremonias cristianas en las Indias Orientales y Occidentales, cuyo breve en vano procuró hacer revocar un Jesuita llamado P. Martinius; y en cuanto á la escusa que daban los Jesuitas para no obligar á los neófitos á presenciar la celebracion de los oficios, por ser corto el número de sacerdotes, y los cristianos nuevos muy numerosos y diseminados en una vastísima estension de pais, hay una respuesta decisiva que se les hizo desde mucho tiempo, y es la siguiente: Habiendo querido ver Juan Bautista Morales lo que habia de verídico en esa escusa, propuso á un Provincial jesuita que se pusiera á su disposicion para hacer disfrutar á los convertidos de las ceremonias del culto, de que se veian privados; mas el digno Provincial contestó á esa pregunta por medio de una órden formal para que cuanto antes se largase de su Provincia.

Cosas mas peregrinas han hecho los Jesuitas; pues dejaron morir sin confesion á un nuevo convertido antes de permitir que le confesara otro que no fuese Jesuita!.. Este hecho lo ha probado perfectamente el P. Diego Collado de la Órden de frailes predicadores en su Memoria dirijida al rey de España. Puede verse tambien algo de

(1) Para juzgar de ello basta leer algunos de los alegados por el género del de Collado, que tiene el título de *Memorial*, y está dirijido al rey de España. Tambien pueden leerse las *Memorias útiles y necesarias, tristes y consoladoras acerca de las misiones orientales, etc*, por el R. P. Norbet, capuchino, que puede decirse uno de los mas moderados adversarios Religiosos de los Jesuitas, y cuyas numerosas acusaciones llegan mucho mas allà que cuantas han dirijido contra la Compañia de Jesus sus mas crueles adversarios legos, inclusos aquellos à quienes ella ha denunciado como teos.

edificante por el mismo estilo en una Relacion publicada al principio del siglo XVII (1); en la cual se lee que durante la persecucion levantada en el Japon hácia 1619 contra los cristianos, queriendo conservar los Jesuitas su influjo á todo trance, impidieron á los misioneros Dominicos que confesasen á los desgraciados perseguidos, diezmados sin cesar por la tortura y que les administrasen los sacramentos; todo so pretexto de que las parroquias en donde sus rivales querian ejercer el ministerio eran de su pertenencia, y que en la parroquia de un crofrade no tiene mas derecho un sacerdote que un simple lego.

Y los infortunados á quienes los Jesuitas habian disfrazado de cualquier manera con el vestido de neófito, perecian en medio de aquel debate impio, privados hasta de los últimos consuelos que puede dar la religion en cuya defensa morian!..

Está tambien probado que los Jesuitas permitian á sus convertidos que no abandonasen enteramente el culto de su pais y que solo fuesen cristianos en secreto. Queda probado tambien que los Jesuitas arreglaron asi para los japoneses como para los chinos una vida de Jesucristo, en la cual el sublime proletario, el glorioso hijo de la esposa de un carpintero, habia nacido en la púrpura, habia vivido honrado y murió gloriosamente, no sabemos de que manera, pero no en un patibulo afrentoso, en una cruz infamatoria. Todo eso está probado y de tal modo, que si quisieramos presentar pruebas, solo nos veriamos apurados en su eleccion. El *Memorial* del dominico Diego Collado es un acto de acusacion en forma y terrible; cuyo efecto quisieron destruir los Jesuitas de Europa publicando por todas partes que tenian entre manos algunas cartas, capaces de confundir á sus calumniadores. Collado desafió á los Reverendos Padres á que mostrasen esas cartas; pero se guardaron muy bien de hacerlo, por la sencilla razon de que no tenian para mostrar géneros de tal clase.

En verdad que el comportamiento de los Jesuitas en el Japon prueba poco zelo en favor de la religion católica, por lo menos deno-

(1) Esa Relacion escrita en español tiene por titulo: *Sumario de varias cosas acerca de los Religiosos de Santo Domingo y de la Compañia.* En esa obra hay una carta de un Jesuita llamado el Padre Cola, escrita en mal latin, que confirma completamente la acusacion.

ta una grande habilidad; y por esta causa tal vez al paso que piadosos y santos prelados han denunciado las iniquidades de la Compañía de Jesus, pidiendo su extincion; Richelieu, gran político, aunque muy poco devoto á pesar de ser cardenal, la ha ensalzado con entusiasmo y la ha protegido mientras sabia hacer encorvar á algunos de sus Miembros que empleó gobernados por el látigo con mango de bronce, á los azotes muchas veces sangrientos de que supo hacerse un cetro verdaderamente real. Se dice que habiendo recibido en su lecho de muerte la visita de un Jesuita cuyo nombre se nos ha trascordado, este último, á quien el cardenal moribundo le suplicó que le diese algun consuelo religioso para morir en paz le aseguró gravemente» que Dios no querria nunca condenar á un hombre como su Eminencia!» Richelieu se echó á reir y dijo á uno de sus amigos:» Si creyese al Reverendo, Dios seria un cuitado!... En fin, pronto lo sabré.».

Mientras que los Jesuitas fueron solos en el Japon, puede decirse que estuvo al abrigo de las persecuciones la nueva edicion del cristianismo introducida por ellos en aquellos lugares; pues entonces tuvieron un solo mártir, debiendo advertir que era un natural del pais, algun pobre fanático, que no pudiendo ahogarse por Amida quiso ser abrasado por Jesucristo. Hasta el fin del siglo XVI poco mas ó menos, es decir, durante unos cincuenta años, los misioneros jesuitas quedaron en la posesion de predicar el evangelio en las diversas regiones que componian el imperio del Japon.

No tardaron los puertos de Europa en ver llegar desde los mas remotos mares asiáticos cargamentos ricos y preciosos en convoyes de buques, á los cuales solo faltaba arbolar bandera particular para que pareciesen flotas de alguna potencia de primer órden. Los hijos de Loyola tuvieron gran cuidado de arreglar una factoria contigua á cada iglesia que edificaban en el Japon; pues si habian salido de Europa como misioneros, se establecian como mercaderes en Asia, y ¡por mas original que parezca la trasformacion no es por eso menos comprensible. En sus Misiones estrangeras, (es preciso penetrarse bien de esto!) los Jesuitas tuvieron siempre por objeto principal, si ya no fué el único, encontrar los elementos de las fuerzas de las cuales desde el principio entendieron que les seria indispensable disponer para luchar en Europa. Las Misiones les ofrecian la

ocasion de adquirir la gloria que fascina y ciega, la riqueza que asalaria y corrompe; y hé aqui el porque en las misiones se mostraron tan fervorosos, el porque procuraron que los reyes y los papas les diesen la adjudicacion, si nos es permitido hablar asi, la adjudicacion formal, exclusiva.

Navarrete (debe saberse que era un religioso!) dice con toda formalidad en su obra copiosa en pormenores terribles y bien probados contra los Reverendos Padres, que á los sacerdotes japoneses y sobre todo á los *Jammabos* los irritó en gran manera que los misioneros jesuitas tan condescendientes en órden á las reglas mas formales del cristianismo, eran en estremo rigorosos respecto á cuanto tenia relacion con las ofrendas hechas á los *Sins* ó dioses y á sus ministros, como tambien á las limosnas arrancadas por la importunidad de los frailes mendicantes del Japon. Segun parece los hijos de Ignacio eran inflexibles tocante á ese punto, y á sus neófitos les mandaban estrictamente que pasasen por delante de cualquier Jammabo sin echarle ni siquiera el mas pequeño riel de plata ó la menor moneda japonesa, que es del tamaño de un altramuz (1). Con el fin de estimular la munificencia y la piedad de los pasajeros acostumbran los Jammabos á darse calabazadas contra una piedra, ó quemar ciertas drogas en su cráneo descubierto, hasta que les han hecho limosna. A los monges del Japon no debió hacerles maldita la gracia pasar todo un dia achicharrándose el cuero peloso, ó magullándose el hueso frental sin otro resultado que algunas quemaduras ó equimósis; pues ya se deja entender que tal oficio solo es tolerable cuando es bien recompensado. Queriendo los Jesuitas impedir á sus neófitos que diesen limosna á los importunos *Jammabos* habianse valido de un medio escelente; y era inducirlos á no dar limosna sino á ellos solos. Los cristianos nuevos no veian una gran diferencia en dar á los Bonzos de Europa ó á los del Japon; pero obedecieron, y desde entonces las casas de los Jesuitas diariamente se llenaron y hasta no mas, de las ofrendas de aquellas buenas y cándidas gentes. Alampábanse sobre todo los Jesuitas por las que consistian en rieles, en piedras preciosas y en sederias, y los japoneses que traian tales tributos eran tratados particularmente como dignos servidores de Jesucristo.

(1) Las monedas del Japon tienen la forma de unas barras pequeñas de oro ó plata.

El escritor Navarrete de quien hemos sacado las noticias predichas, califica de «almacenes y tiendas» las casas que los Jesuitas tenian entonces en el Japon, y particularmente la de Meaco. Salimos garantes de la exactitud de la cita, por ser fácil de verificarla abriendo el tomo primero del autor mencionado. Un negocio hecho de tal modo debia ser una ganga para los Reverendos Padres!... Hemos dicho que en el Japon la tierra es la propiedad del señor, á corta diferencia segun se verificaba en Europa durante la época del feudalismo; es decir, el vasallo recibe la décima parte y el señor se apodera de todo lo restante. No hay ninguna especie de impuesto, ni tan siquiera se paga por la casa que se edifica; ni tampoco los comerciantes pagan derechos ni patentes. Es claro pues que á los Jesuitas del Japon les salian barato las mercancías que estivaban en los galeones que enviaban ricamente cargados á los Jesuitas de Europa.

Es verdad que en contra los misioneros haciéndose de tal modo comerciantes, se rebajaban en gran manera y comprometian singularmente la importancia de la mision (hablamos de la mision religiosa) á la vista de los japoneses, entre los cuales el tráfico es tenido por poco menos que degradante, y verdaderamente no era nada digno de los ministros de aquel que echó á los mercaderes del templo. Por nuestra parte estamos muy inclinados á ser indulgentes para con los Reverendos Padres respecto á eso, y quisiéramos que sus oficinas nunca hubiesen ocultado otra cosa que esos fardos de seda, sacos de rieles, collares de perlas y drogas medicinales de las cuales habla Navarrete, que los galeones de los jesuitas comerciantes trasportaban de Asia, y luego de América á Europa.

Por de pronto los Reverendos Padres negaron el hecho redondamente; pero luego viéndole ya puesto muy en claro tomaron un sesgo, y bájando el tono declararon solamente algunos fardos de seda, segun el mismo testimonio del Jesuita Cevicos. Al burlesco clamor que se levantaba el P. Tellier hace un esfuerzo y confiesa que las naves que cada año iban de Meaco á Europa llevaban por cuenta de la Compañía unos cincuenta fardos. Pero la confesion mas esplícita resulta de la órden que quiso dar, mas en vano, el mismo General de los Jesuitas Tyrsis Gonzalez, para que sus subordinados se deshaciesen de sus naves. ¿Se ha entendido bien? De sus naves.

Hay tambien otra confesion que nos parece muy oportuno hacer notar y es la del Jesuita Mendoza, quien conviene en que la Compañía de la cual era miembro, «posée inmensas rentas, y que ningun hombre por ávido, por ambicioso que sea no ha tenido jamás tantas riquezas.

A fuer de Historiadores concienzudos apuntarémos aqui otra defensa que los Jesuitas han tentado.

Conformándonos con lo que recientemente se ha dicho, las mercancías que los PP. enviaban á Europa, provenian de las sumas que para las misiones les aprobaban los reyes de Portugal y mas tarde los de España. A mas de que las sumas aprobadas de tal manera, á nuestro ver se hubieran empleado mejor en el Japon, destinándolas á la cabaña del pobre ó amparo del perseguido, que no en las arcas de los secretos tesoros de Roma; nos hallamos en el caso de decir con todos los antagonistas de los Jesuitas, inclusos los frailes dominícos españoles, y por consiguiente instruidos en la cuestion, que las mercancías enviadas por los misioneros del Japon á la sede de la Compañía de Jesus muchas veces produjeron millones en un año, y que es poco probable que el rey de España, y aun menos el de Portugal, hayan aprobado jamás á los buenos Padres la centésima parte de esa enorme suma.

Atacados por fin los Jesuitas hasta sus últimas trincheras, cansados de guerrear acabaron confesando que comerciaban en sus misiones y que podian hacerlo, puesto que tenian permiso para ello. ¿El permiso de quien? Los Reverendos Padres nunca han querido contestar á una pregunta en sí tan sencilla. Quizás tenian ese permiso de su general; pero á buen seguro que no le tenian del papa. Muy lejos de esto; pues á instancias del P. Diego Collado, fraile dominíco, misionero del Japon y zeloso rival de las riquezas que los Jesuitas sacaban de aquel pais, ó cristiano indignado por ver servidores de Cristo que trocaban su mision evangélica en tráfico desvergonzado sin ser del caso tal averiguacion, á sus instancias, decimos el papa Urbano VIII publicó una bula que prohibia positivamente á todos los misioneros de Jesucristo el hacer comercio de cualquier modo que fuese, ya en su propio nombre, ya en el de otro; ya como particulares, ya tambien como comunidad, directa ó indirectamente, en fin bajo cualquier pretesto que pudiese ser!...

Eso nos parece muy terminante; y cuando el soberano pontífice se ha esplicado tan categoricamente; los Jesuitas ligados con el voto especial de obediencia al santo padre, sin duda se apresurarán à cumplir las órdenes del gefe de la Iglesia, sucesivamente repetidas por Clemente IX, Clemente X, y Benedicto XIV. ¿Quien no lo ha de creer asi? Pues no señor, nada de eso: por lo contrario; está bien probado que los Jesuitas continuaron su comercio á despecho de las bulas pontificias; solo si se gobernaron de modo que hubiese menos escándalo, y en tal ocasion la clase de los Jesuitas *filiados* sin duda prestó grandes servicios. Sin embargo no se crea que en todas partes los Reverendos padres se hayan ceñido à la observancia aparente de las reglas impuestas por el soberano pontífice; y para convencer de la verdad de tal aserto darémos una prueba sola; péro decisiva.

La universidad de Paris en guerra abierta con la Compañía de Jesus, publicó en 1664 cierto contrato, del cual resulta que los buenos Padres hacian el comercio del Canadá de cuenta y mitad con los armadores y negociantes de Dieppe (1). El contrato en cuestion se estendió en esa última ciudad, en casa de maese Tomas el Zullon, jurado, y Renato Bense, su adjunto. Las partes contratantes en él nombradas son Cárlos de Biencourt, escudero, señor de san Justo en Dieppe, y Tomas Robin señor de Callognes, en Paris, de una parte; y de otra los venerables Biard, superior de la Mision de la Nueva Francia, y Ennemont Massé de la Compañía de Jesus: las dichas partes presentes y estipulantes confiesan hacer compañía entre ellas para el cargamento del buque *la Gracia de Dios*. A los dichos venerables Padres Biard y Massé, obrando en nombre de su Órden, la asociacion da derecho á la mitad de todas y de cada una de las mercancias, porcion de víveres y generalmente de la totalidad del cargamento del buque *la Gracia de Dios*. (Referimos los mismos términos del escribano de Dieppe).

Oh! ahora comprendemos la rabia en que estallaron los Reverendos Padres cuando vieron que otras Órdenes enviaban á sus miembros al convite de ese espléndido banquete; pues en todo Misionero no Jesuita ellos debieron ver y vieron efectivamente á un rival á quien

(1) Este documento se encuentra en la *segunda Apología* en favor de la universidad de Paris, impresa por là órden que diò el Rector en Sorbona à 6 de octubre de 1643.

les precisaba espulsar, ó á un incómodo celador que buscaba el medio de hacerles desocupar. Así que movieron todos los resortes á fin de conservar para ellos solos el beneficio evangélico ó comercial de la rica Asia. No hay injuria que no hayan hecho á sus rivales ménos bien sostenidos en Europa, ménos bien establecidos en Asia y despues de ménos tiempo. Y se muestra el terrible poder de que ya entónces gozaban los hijos de Loyola, al verlos como maltrataban, encarcelaban y á veces hacian desaparecer en la India en la China y en el Japon, no solamente á pobres capuchinos, á obscuros franciscanos; sino tambien á los arrogantes y terribles dominícos, á los altos prelados, portadores de cedulas reales y de breves pontificios; entre los cuales podemos citar á don Bernardino de Almanza, arzobispo de santa Fe, y á don Mateo de Castro, nombrado obispo en las Indias y en Etiopia, el cual rechazado siempre y en todas partes por los Jesuitas, calumniado y amenazado por sus calumnias, se volvió finalmente á acabar sus dias en Roma, justificado sí; pero obispo sin obispado, obispo *in partibus infidelium* (1), como puede muy bien llamársele.

Como el presente capitulo está consagrado particularmente á la historia de los Jesuitas en el Japon, nos limitarémos á referir la persecucion tan larga, tan encarnizada, tan poco justificada, tan poco cristiana sobre todo y que llegó á ser celeberrima, dirigida contra el venerable prelado don Luis de Sotelo.

A pesar de los esfuerzos de los Jesuitas que con cuidado velaban ese vasto y rico panal de miel, los frailes dominícos y franciscanos habian logrado introducirse en el Japon, y queremos creer que á ello los estimulo únicamente el fervor evangélico. Vivian los dominícos en Figas en la isla de Yeo, la mas grande despues del Nipon del archipielago japonés; los franciscanos habian edificado las primeras iglesias en las costas orientales de Nipon. Empezaron los Jesuitas por hacer nombrar á uno de los suyos obispo de Meaco y luego le hicieron obispo de todo el Japon; lo cual precisaba á sus rivales ó á abandonar el puesto, ó á sujetarse á sus órdenes si determinaban quedarse. Siguiendo en su Mision el español don Luis de Sotelo, predicó con tan buen exito en una region que él

(1) Es sabido que el Papa nombra siempre obispos de Heliopolis, Tolemaida, y otras antiguas diócesis, que de mucho tiempo cayeron *en poder de los infieles*.

llama reino de Oxus, que convertido á la religion con parte de sus súbditos el soberano Idas Mazumenes, le envió cómo embajador al Papa para suplicar que se estableciese una iglesia en aquella parte del Japon. Llegado á Roma don Luis de Sotelo con uno de los convertidos, señor japonés, llamado Faxecura, fué muy bien recibido por Paulo V, quien le nombró obispo de Oxus. Mas el nuevo prelado no debia poner el pié en su diócesis.

Irritados los Jesuitas por ese nombramiento que no habian podido impedir, hallaron el medio de separar á don Luis Sotelo de su colega; le hicieron detener pues largo tiempo en las Filipinas, hasta que por fin el obispo pudo encontrar el medio de burlar la vigilancia con que le rodeaban y se embarcó en un junco chino que se hacia à la vela para el Japon. Mas durante su larga ausencia el Coubo con órdenes severas rigorosamente ejecutadas, habia prohibido el ejercicio del culto cristiano en todos sus estados; y como no obedecieron los Misioneros ni sus neófitos, se levantó una terrible persecucion religiosa. El emperador del Japon habia condenado á muerte á todo Misionero lo mismo que á cualquier individuo que osase darle asilo. Los comerciantes chinos que habian recibido á bordo á don Luis Sotelo temieron sin duda esponerse á las consecuencias de la presencia del obispo de Oxus entre ellos. Pero se ha dicho algo mas: algunos con fuertes pruebas, y entre otros el P. Diego Collado han acusado á los Jesuitas de haber seducido á los comerciantes chinos para que entregasen el prelado á los oficiales del Coubo. El venerable obispo puesto en manos de los comisarios imperiales en Nangasaki, en la isla de Kiusiu, fue metido en una cárcel y llevado por fin al último suplicio, al martirio, en la ciudad de Ormura. Los Jesuitas fueron pues la causa mas ó ménos directa de la muerte de ese prelado.

Cuando los Jesuitas querian defender sus Misiones contra sus cofrades y rivales no retrocedian por nada; y hasta llegaron á mandar prender por unos soldados al arzobispo de Manila, á quien embarcaron y arrojaron en una isla desierta, despues de haberle arrebatado de su capilla, del pie del altar, donde se hallaba en aquel instante con el Santísimo Sacramento en las manos, revestido de pontifical y rodeado de su cabildo (1). ¿Quiere saberse la causa de tal com-

(1) Véase con respecto à eso, *en la Defensa canónica*, la carta escrita al rey de España

portamiento bárbaro, aun cuando se hubiese merecido? Ese obispo que se llamaba don Hernando Guerrero, habia negado á los Jesuitas de Manila un jardin que separaba el palacio arzobispal de la casa de los Reverendos Padres, y que era muy á propósito para su conveniencia. Es probable que don Hernando Guerrero debió verse tan maltratado á causa de lo poco favorable que habíase mostrado á los Jesuitas, cuya conducta reprobó muchas veces en público y hasta cerca del Papa. Por de pronto los Jesuitas trataron de negar todo el hecho como de costumbre, pero luego procuraron justificar cuando ménos la espulsion de un arzobispo fuera de su diócesis. Todo cuanto podemos admitir en órden á las pruebas que han dado, y los testimonios invocados ó producidos, poco mas ó ménos se reduce á lo siguiente: que los alguaciles, ejecutores de la sentencia jesuítica, no pusieron las manos encima del prelado sino cuando ese anciano octogenario, vencido por la fatiga y la necesidad, hubo dejado caer el Santísimo Sacramento de su mano debilitada!... Esta es la preciosa distincion! todo cuanto Escobar ha encontrado de mejor.

El mismo cielo no servia de abrigo de las venganzas jesuíticas á los que habian osado poner los pies en las Misiones de los Reverendos hijos de Loyola: asi que en 1597 dieron la muerte en Nangasaki á seis frailes franciscanos que habian ido á predicar el Evangelio en la isla de Kiusiu. Los Jesuitas no hablaron una palabra de esto; pero pasados algunos años un fraile de san Francisco publicó la relacion del martirio de sus seis cofrades, y entonces los Jesuitas echando sapos y culebras dijeron á voz en grito, que si los franciscanos habian sido quemados ó ahorcados se lo tenian bien merecido; pues quisieron tomar en terreno propio de ellos lo que no les pertenecia. Intentaron á mas hacer que el tribunal del Yndex prohibiese y condenase la relacion indicada.

Aun hay mas: cuando la Órden de franciscanos se atrevió á pedir la canonizacion de sus seis mártires, á los Jesuitas no les quedó piedra por mover á fin de impedir á aquellos la entrada en la milicia celeste, y no sin gran trabajo fueron únicamente beatificados por Urbano octavo.

por el ilustrísimo Palafox, otro prelado maltratado por los hijos de san Ignacio.

Para poner término á todo eso los Jesuitas alcanzaron de Gregorio XIII, papa que les fué singularmente muy adicto, una famosa bula que consagraba las pretensiones de la Compañía de Jesus en la exclusiva esplotacion (adrede y con intento nos valemos de ese término) de las misiones del Japon. Esa bula extraordinaria, cuyo estilo de redaccion revela el empleo de una pluma jesuítica, prohibia á todos «que fuesen al Japon con cualquier destino eclesiástico, sin un permiso especial de la santa Sede, y so pena de excomunion mayor!...» En verdad nos parece una cosa muy sencilla ver estremadamente boto el rayo del Vaticano cuando le contemplamos lanzado por semejantes motivos.

El susodicho breve debia ser leido y fijado por todos los lugares en que lo juzgasen necesario los padres de la Compañía de Jesus; y uno de ellos llamado el P. Colin, confiesa sencillamente que sus cofrades lo alcanzaron para cerrar el Japon á las demas Órdenes religiosas y alaba en gran manera la prudencia de los suyos por haberlo logrado; debiendo saberse que antes promulga que solamente los misioneros de su Compañía pueden hacer producir á esa mision todos sus frutos.

Quisiéramos que el cortés y modesto padre hubiese esplicado lo que entiende por la palabra *frutos;* pero dejemos eso! A 16 de junio de 1628 los Reverendos Padres alcanzaron del rey de España, un decreto por quince años que prohibia pasar al Japon á todo religioso que no fuese de la Compañía de Jesus. Sin la menor duda los Jesuitas se prometian que la duracion del privilegio concedido tendria una próroga.

Debiendo ser justos respecto á Roma, es preciso decir que cuando Felipe II solicitó del Papa Clemente VIII la derogacion del breve de Gregorio XIII, desde entonces la santa Sede permitó á todos los religiosos que fuesen al Japon; pero con la restriccion siguiente: que solo los Jesuitas pudiesen pasar de las Filipinas al Japon; y que los miembros de cualquiera otra órden solo podrian trasladarse á aquellas regiones por el camino de las Indias viniendo directamente de Portugal.

Pero como se deja pensar, los Jesuitas olvidaron incontinenti la derogacion del breve de su protector Gregorio XIII, para acordarse solamente de su promulgacion. «Los Reverendos Padres siempre

tuvieron por principio, por *propiedad*, no sufrir á otra persona sino la de ellos mismos en todas partes donde se hallan.» Fielmente copiamos esta frase enterita de una carta de un religioso capuchino llamado Fray Miguel Angel, quien en 1699 escribia lo dicho á un obispo de Europa. Los mismos capuchinos nos proporcionan otra pieza curiosa, que se halla en las *Memorias utiles* del Reverendo padre Norbet, y es un testimonio jurídico por el cual está probado que un cierto Mottou, Jesuita y catequista en el colegio de san Pablo de Goa, confesó en presencia de testigos que firmaron la atestiguacion, que los Jesuitas de las Indias no reconocian en aquellos paises los decretos de la santa Sede sino cuando los habia reconocido el ordinario; y que un miembro de la Compañía, el Padre Tachard, declaraba en voz alta, «que aun cuando el Papa fuese á las Indias, ningun Jesuita le obedeceria sino con el permiso de su Superior.»

Contestaron los jesuitas á esa pieza por medio de otra que no es nada menos que una excomunion lanzada, á peticion suya, por el obispo del lugar y fulminada en los términos olvidados ya en Europa desde mucho tiempo. Esa excomunion que heria á un religioso, le declaraba maldito con la maldicion de Dios, de los santos Apóstoles y de toda la córte celestial;» le privaba de la comunion de los fieles; prohibia á cualquiera que fuese, «concederle los socorros espirituales y darle ni siquiera *fuego ó agua*, ó cualquiera otra cosa que necesitase....» Se vé que en Asia no tenia cuenta luchar contra los Jesuitas.

A mas, era un medio escelente; pero asaz poco ordotoxo para granjearse la voluntad de las poblaciones, el que empleaban los buenos padres en la India, en la China, y en el Japon; cuyo medio está bien probado, y consistia en no imponer otras ceremonias y deberes religiosos del cristianismo á los convertidos, sino los que eran de su gusto.

No obstante, cuando los papas hubieron revocado el breve de Gregorio XIII, viendo los Jesuitas que á pesar de todos los esfuerzos para arrojar de sus misiones á los dominicos, franciscanos y otros intrusos, esas órdenes rivales se establecian en muchos puntos; decidieron, con el objeto fácil de adivinar, inmiscuirse en los negocios políticos, lo cual verificaron en la China y en el Japon;

y esa conducta es la causa que hayan hecho proscribir el cristianismo de aquellos paises.

Hemos dicho que cuando Francisco Javier penetró en el Japon este pais era presa de grandes trastornos políticos; pues el Coubo confiscando en provecho suyo el poder del Dairi casi del todo, habia dado ejemplo á la ambicion de los gobernadores de provincia. Imitando este modelo cada príncipe habia querido hacerse independiente, y tal estado de cosas duró hasta 1585, época en que Taiko despojando al Dairi de los últimos restos del poder imperial, mientras le reservaba el título y los honores de la autoridad religiosa, obligó á los diversos príncipes que representaban el papel de soberanos independientes á no ser mas que sus grandes vasallos. Reducido el Dairi á papa del Japon, sus encargos fueron velar por la confeccion de los libros, por la guardia de los Anales, por la distribucion de las fiestas en el año religioso, y por la ortodoxia de la creencia de los pueblos Japoneses.

El Ten-Sin, hijo del Cielo, segun llaman al Dairi, ¿mostróse mas zeloso de su poder eclesiástico cuando le hubieron quitado el temporal que reunia en otro tiempo; ó el Coubo salido victoriosamente de la incesante lucha contra los reyezuelos por tan largo tiempo rebeldes, quiso hacer sentir su autoridad á los bonzos europeos, que mas de una vez le habian despreciado? Sea como fuere, contando desde los últimos años del siglo XVI, los cristianos del Japon tolerados poco mas ó ménos hasta entónces, vieron empezar para ellos la era sangrienta de las persecuciones. Las incesantes intrigas de los Jesuitas fueron varias veces, si no siempre, la causa primaria de esas persecuciones. Por otra parte lo que ambicionaban los hijos de Loyola en el Japon era cosa muy diversa de la corona del martirio, y ateniéndonos á cuanto dicen los mismos Reverendos Padres, sus neófitos, á fuer de hombres versátiles y poco religiosos no debian tener una grande aficion al martirio. Mas la renovacion de la órden sin duda ponía en descubierto desde aquel momento las maquinaciones de los Jesuitas, maquinaciones que tenian por objeto la conservacion ó aumento de su influjo en aquel rico pais.

Así pues persuadieron á un Rey de Arima, el cual se habia hecho cristiano (hemos dicho ya que especie de cristiano!) á que

reclamase las provincias que le habia arrebatado el Coubo; y segun parece ese rey disponia de un poder que en la lucha contra su señor feudal le ofrecia probabilidad de un exito favorable; y si alcanzaba la victoria abríase un magnifico porvenir á los Jesuitas que le habian aconsejado la lucha. Los buenos Padres habian tomado ántes la precaucion de hacer desheredar al primogénito del monarca, que no queria abrazar el cristianismo, en provecho de un hijo segundo bautizado por los Misioneros Jesuitas y por quienes se dejaba gobernar enteramente. Se ha dicho que los buenos Padres habian insinuado al rey, que para el bien de la religion que acababa de abrazar debia quitar á ese hijo idólatra una vida que no seria consagrada á Dios. Parece que un cierto Daifaqui secretario de un ministro imperial, quien les servia de interlocutor y espia, viendo que tomaba el carácter de una verdadera revolucion, lo que acaso habia mirado solamente como una intriga de la córte, denunció el complot al emperador. El rey de Arima fué decapitado y el Padre Morejon, Jesuita, que habia llevado adelante todo ese asunto escapó de una y buena; pero al fin se escapó.

Casi al mismo tiempo, otro Jesuita representaba un papel muy diferente cerca del rey de Oruma, el cual reinaba en una parte de la isla de Kiusiu, y despues de haber recibido el bautismo trataba favorablemente á los Jesuitas. Considerando los buenos Padres que aquel pais es uno de los menos ricos del Japon, procuraron sacar el partido de granjearse el aprecio del Coubo á espensas del rey mencionado. Invitaron pues al emperador á que enviase una flota al puerto de Nangasaki, capital del rey de Oruma, prometiendo con el favor de sus neófitos, hacerle entregar la ciudad y su príncipe. El emperador se aprovechó de esa traicion; pero supo recompensar dignamente á los autores de ella. Apenas se hubo enseñoreado de Nangasaki cuando arrojó á los Jesuitas y á todos sus partidarios, publicando que no podria tener ninguna confianza en gentes que habian vendido á su bienhechor.

Los Jesuitas espulsados de un paraje se refugiaban luego en otro, y sea publicamente ó á escondidas continuaban reclutando neófitos, es decir, súbditos, y recogiendo conversiones, es decir impuestos; porque si se mostraban indulgentes réspecto á las antiguas supersticiones de los convertidos, segun hemos dicho ya, en despique mos-

traban una severidad inflexible en órden á las ofrendas presentadas a los dioses del Japon, á los tributos concedidos á sus pagodas. á las limosnas hechas á sus sacerdotes y Jammabos. Un cristiano japonés y convencido de tan furiosa heregía, de tal deplorable impiedad, de ese enorme crimen, no podia lavarle sino entregando á los bonzos cristianos el doble de la suma dada á los bonzos japoneses. Acerca de ese punto podriamos reunir una multitud de pruebas cuyo contingente han proporcionado protestantes y católicos; pero eso nos llevaria muy allá; y nos apartaria de dar aquí una rápida reseña de la Mision jesuítica en el Japon.

Hemos dicho que al separarse Francisco Javier, de ese archipiélago, habia dejado en él á Cosme de Torres y á Fernandez; á cuyos dos discípulos y compañeros del Apóstol de las Indias, se reunieron luego tres autores Jesuitas, y trabajaron con tanta actividad y destreza; que su órden pudo contar desde entónces el Japon como una de sus provincias, ó mas bien como una colonia de su imperio, cuya estension y pujanza se acrecentaba cada dia.

En una historia de la Compañía de Jesus recientemente publicada (1), se lee que desde entónces los Bonzos acusaron á los Jesuitas que con su sola presencia provocaban y mantenian las discordias y las guerras en las diversas regiones del imperío japonés. Sin querer sospechar tocante á las convicciones y á la veracidad del historiador panegirista de los hijos de Loyola, le dirémos sin embargo que muchas veces se ha formulado esa acusacion, teniendo en su apoyo fuertes pruebas de todos los Misioneros pertenecientes á una órden diferente de la de Jesus. Con efecto, parece cierto que durante casi medio siglo los Misioneros Jesuitas, hubieron de tomar en el Japon una importancia estraordinaria á favor del fuego de las disensiones que encendieron y mantuvieron con actividad. Esplicarémos como procedian los buenos Padres, y nótese que no nos valemos de documentos sacados de los enemigos de la religion

(1) Aludimos á *la Historia religiosa, política y literaria de la Compañia de Jesus* por M. Crétineau-Joly, cuyo autor despues de haber prometido con gran copia de frases mas ó menos épicas que dirá la verdad, toda la verdad, nada mas que la verdad; despues de haber tomado un aire de crítico, se limita al papel modesto, pero difícil de quitamanchas de lodo y sangre de que está llena la ropa negra de los Jesuitas, empleo que ya habia ensayado en la chupa de los insurreccionados de la Vendea. Séale ese polvo tan ligero como le ha sido productivo, segun dicen.

cristiana, sino de piadosos Misioneros dominícos, franciscanos, capuchinos, etc.

Tan pronto como los hijos de san Ignacio habian penetrado en una region cualquiera del Japon, tan pronto como, merced á su sistema de transaccion entre las reglas y los deberes de la creencia cristiana y las supersticiones, los vicios, los obstáculos de sus neófitos habian llegado á reunir un cierto número de catecúmenos; prontamente echaban en torno la ojeada del político y la mirada del aforador. Si el pais era poco productivo ó el soberano mal dispuesto en favor de ellos, luego encontraban medio de hacer llegar un rey vecino, quien en recompensa de los servicios que los buenos Padres le habian hecho, no podia menos de abrirles sus estados hechos grandes por su cooperacion, sus consejos, en que acababan de probar que serian tan útiles; su conciencia, de que sabian ser tan indulgentes directores; sus arcas, en las cuales bien merecian meter la mano los que acababan de llenarlas. En caso necesario, cuando lo exigian los intereses de la órden, los Reverendos padres sabian sacrificar á su protector y á su discípulo para lograr otro mas poderoso, mas rico, mas útil, ó tambien para echarle como una presa á la cólera del Coubo irritado por sus incesantes intrigas. Acabamos de manifestar que tal fué la conducta que observaron en el reino de Arima, conducta hábil, comportamiento infame y que fué recompensado segun lo merecia.

Mientras que el Coubo hubo de luchar contra los reyes que tendian á la independencia, sin duda se vió obligado à tener contentos á los Jesuitas; los cuales aprovechándose hábil mente de los trastornos que ellos mantenian conforme se los ha acusado y con justicia, segun creemos, ó de haberlos hecho nacer en caso necesario, los Jesuitas se diseminaron casi por todo el Japon y edificaron numerosas iglesias en donde se reunian los estraños cristianos de que hemos hablado; estraños, pero cándidos cristianos, á los cuales no enseñaban del cristianismo sino las cosas pequeñas, no las grandes; á quienes no decian que Cristo habia sido vendido por uno de sus discípulos, sin duda con el objeto de continuar el mismo comercio, cuyo fervor finalmente se estimaba segun el peso del fardo de seda, segun la estension del riel moneda, segun el quilate del diamante traido en tributo.

De la confesion de los mismos Jesuitas, los cuales por toda escusa solo han podido alegar la necesidad de dar realce á la dignidad sacerdotal por ese medio, parece que cerca de veinte años despues de haber puesto Francisco Javier el pié en la tierra del Japon, los sucesores de este habian encontrado los manantiales de tal opulencia, que el oro y las joyas brillaban en sus vestidos Los escritores de la Compañía confiesan el hecho diciendo que en 1572 reformó ese abuso el Padre Francisco Cabral, sucesor de Torres en la direccion general de las misiones japonesas; y probablemente esto quiere decir que el Padre obligó á sus subordinados á desguarnecer sus cofrecitos de tocador, para llenar en parte las arcas del tesoro general de la Compañía. En esa época los Jesuitas del Japon protegidos por un Coubo á quien ayudaron á subir al trono, cada año pudieron enviar á Europa naves cargadas de cuanto mas precioso produce el Japon, y cuyos cargamentos bien vendidos por sus factores, acrecentaban incesantemente los sacos de esa misteriosa arca, cuya llave tiene el General tan solo y en la cual desde entonces iba á recurrir sin temor para mantener la lucha europea ya comenzada.

El nuevo emperador temiendo probablemente que no le hiciesen bajar del poder los mismos que á él le habian encumbrado, ó acaso no pudiendo ó no queriendo pagar el precio que los Reverendos Padres daban á la asistencia prestada, probó deshacerse de los misioneros; pero estos eran entonces tan poderosos, tan bien sostenidos, tan solidamente establecidos en el Japon, que el Coubo debió hacer que todo cediese al temor que le inspiraban y aguardarlo todo del tiempo. Los dos partidos dispuestos igualmente á venderse uno á otro, firmaron sin embargo el contrato de un falso tratado de paz, cuyos rehenes fueron el destierro y la ruina de un príncipe, amigo de los Jesuitas, quien por órden de estos habia combatido en favor del Coubo, y á quien el gefe de los Jesuitas en Meaco, Froez, uno de los padres mas sagaces que ha tenido la Compañía en el Japon, abandonó cual víctima expiatoria al emperador que de este modo daba treguas á su cólera.

Mediante ese sacrificio el Coubo permitió á los Jesuitas que edificasen una magnífica iglesia en Meaco bajo el título de la Asuncion, nombre que recordaba á la vez la llegada de Francisco Javier

al Japon, y sobre todo el punto de partida de la Compañía de Jesus, el voto en Montmartre. Se comprende que tal favor compensaba bien y con usura para los buenos Padres, la entrega que hacian al emperador de uno de sus partidarios.

Tambien en esa misma época fué cuando los Jesuitas causaron la muerte del rey de Arima, segun ántes llevamos referido. El sucesor de este rey fué el príncipe á quien los Jesuitas habian querido hacer desheredar en provecho de otro hijo bautizado por ellos y con quien creian poder contar. Es ocioso decir que el nuevo soberano de Arima no pudo mirar con buenos ojos á esos estranjeros que habian intentado despojarle de sus derechos, y aun de hacerle morir, segun han dícho. Algunos otros grandes vasallos del emperador animados sin duda ó incitados por su señor, mostrarónse igualmente hostiles á los Bonzos de Europa, que por su parte se preparaban para la lucha.

En todo el Japon no habia entónces, abstraccion hecha de los adeptos y filiados japoneses, mas que ocho jesuitas, número insuficiente para atender á las muchas necesidades de una vasta mision que era á la vez religiosa, política y mercantil, aunque tenia poco de lo primero, mucho de lo segundo y muchísimo de lo tercero. Simultaneamente salen refuerzos de Roma y de Goa, corren al Japon diez y siete Padres y aunque solo llegan trece, pues los cuatro restantes naufragan y mueren á la vista del puerto; el P. Cabral que era el Vicario general de la mision al ver estos nuevos adalides acomete la empresa de reclutar en el Japon gente para su Compañía. A este objeto funda en Meaco un colegio con su noviciado, juzgando que por medio de los jóvenes que saldrian de aquella casa podria regimentar á los cien mil japoneses que con mas ó menos justo título se apellidaban cristianos. Este número de cien mil es el que fijaban los mismos iesuitas por lo que toca á su mision japonesa; y poniéndolo en cotejo con el corto número de Misioneros sucesores de Francisco Javier que solo fueron dos durante algunos años, y ocho desde 1560 hasta 1572, justifica mas y mas lo que hemos dicho en órden á la poca efectividad de las conversiones que con tanto ruido y orgullo pregonaban en Europa los Jesuítas. O bien la mayor parte de esos japoneses no tenian de cristiano sino el título, ó bien los convertidores han mentido al fijar el número

de los conversos y nos parece, RR. PP., que el mismo Escobar se veria muy apurado para salir de esta alternativa.

Apropósito del establecimiento del P. Cabral se ha dicho que los Jesuitas mas bien pensaron en reclutar en el Japon miembros para la Compañía de Jesus que ministros para Jesus mismo. Esto nos parece muy consecuente con los principios de la verdad. Ya que los Jesuitas cuando se les ha echado en cara que con muy poca frecuencia administraban los sacramentos á sus neófitos y que raras veces les hacian asistir á las ceremonias del culto, han dado por escusa el corto número de sacerdotes que habia en el Japon, nos parece que antes de edificar un noviciado en donde se formasen Jesuitas jóvenes, hubiera sido conveniente y muy bueno erigir un Seminario de donde hubieran salido los obreros necesarios para recolectar esta abundantísima mies apostólica; pero repetimos lo dicho mil veces, á saber, que lo mismo en el Japon que en las demas misiones los Jesuitas no alzaron la Cruz sobre la negra bandera de su órden sino porque aquella les servia de pretesto y de proteccion de esta. *In hoc signo vinces* se le dice á cada misionero que parte, al tiempo de entregársele la Cruz del Salvador de los hombres, y todos esos apóstoles de túnica negra saben que eso significa sírvete de esta enseña sagrada para hacer triunfar tu órden.

Oh Jesucristo, Jesucristo! cuanto tiempo pasará todavia hasta que tu Cruz sagrada, signo de la emancipacion universal deje de prestar su sombra y servir de bandera á esos especuladores sin vergüenza, que para llegar al objeto hácia donde se dirigen no reparan en que la ensucie el inmundo barro de sus tenebrosos caminos!

Hemos dicho antes de ahora que á puro soplar el fuego de las discensiones ó de alimentarlo cuando menos, cimentaron los Jesuitas el influjo que tuvieron en el Japon casi durante medio siglo. Pudieramos ofrecer de ello egemplos á millares, y es uno el siguiente: El rey de Bungo que segun los mismos Jesuitas recibió muy amigablemente á Francisco Javier, pierde el trono en 1678 merced á las intrigas de los RR. PP. que esperaban gobernar en nombre de su sucesor, príncipe jóven, inesperto y que parecia dispuesto á convertirse al cristianismo; mas el nuevo monarca bien hubiese representado aquel papel para que los Jesuitas le ayudaran á subir al trono que ambicionaba, bien temiera cuando estuvo coro-

nado que sus vasallos se revolucionaran contrá él en odio de los bonzos de Europa, ello es que se les mostró hostil. Furiosos los RR. PP. al ver que se les tomaba por un juguete, papel que no estan acostumbrados á representar, hicieron pagar muy cara al rey de Bungo su doblez. Un rey vecino invadió el territorio de este venciéndole en batalla campal, y entonces los Jesuitas viéndole roto y humillado le ofrecen su ayuda con el pacto de que se haria cristiano, que tanto vale como decir ponerse á merced de ellos. El rey de Bungo aceptó la proposicion porque no podia hacer otra cosa, y los RR. PP. le proporcionan al momento un ejército de neófitos con el cual bate al rey de Hsuma. Muchas veces observaron los Jesuitas en el Japon esta conducta que convenimos en que es sagaz y que todo el mundo convendrá en que es muy poco cristiana; pero ¿qué les importa á los RR. PP.?

Hácia esa época fué á poca diferencia cuando Taiko se apoderó de la autoridad que iba á concentrar en su fuerte y vencedora mano sentándola encima de los tronos que cien regulos habian levantado y hasta sobre el trono del Dairi, el cual quedó definitivamente circunscrito en el círculo de las atribuciones correspondientes á la supremacia eclesiástica. Importante fué el papel que los Jesuitas representaron en ese histórico drama de que vamos á continuar un bosquejo.

Nobunanga antepenúltimo Coubo de la raza imperial (1) habia logrado que su autoridad fuese reconocida por la mayor parte de los reyes del Japon, y segun se dice trabajaron mucho en ello los misioneros Jesuitas, con la esperanza de que ese resultado les seria favorable y de que cobrarian á muy alto precio los afanes que eso les costaba; pero cuando Nobunanga se vió vencedor y en pacífica posesion del trono, olvidó cual acontecer suele á sus aliados los cuales no eran gentes que pudiesen perdonárselo. Los escritores de la Compañía de Jesus han dicho que la causa que puso en desacuerdo á los misioneros con el emperador del Japon Nobunanga, fué que el Coubo vencedor orgulloso con el buen éxito de su causa y desva-

(1) La raza imperial de Coubo se trasmitia por una costumbre al segundo genito del emperador, mientras que el Dairi fue el emperador y el Coubo una especie de Condestable ò generalísimo. Un emperador del Japon violò esta costumbre dando esta dignidad à su tercer hijo, con cuyo motivo hubo guerras, revoluciones y discordias de toda clase que acabaron por la exaltacion del Coubo con perjuicio del Dairi.

Una revolucion en Congo.

necido al verse en tan alto puesto quiso cual otro Nabucodonosor ser tenido por un *Sin* ó Dios y hacerse adorar como tal.

No negarémos que le ocurriera semejante capricho á Nobunanga, puesto que la mayor parte de los emperadores del Japon estan colocados en ese pais en el rezo de los Santos; pero los Jesuitas aseguran que sus misioneros y los neófitos de estos fueron los únicos que se negaron á prosternarse ante la estatua del Coubo y he aquí lo que nosotros no creemos. La razon de ello, aun haciendo caso omiso del acomodaticio carácter de los Jesuitas que les hacia tolerar con tanta paciencia las supersticiones de sus catecumenos, segun de ello les han hecho cargo tantas veces los mismos misioneros, es que en los anales de las misiones Jesuíticas del Japon leemos que Nobunanga no se irritó ni quiso en manera alguna vengarse de los Jesuitas ni de sus conversos porque se negaron á rendir homenage al apoteosis que él mismo se habia decretado.

Por otra parte, nos parece que los buenos PP. no hubieran roto por tan poca cosa con un emperador poderoso y que les habia dispensado tantos favores, sino que lo probable es que los Jesuitas temieron perder su proteccion ó quizás esperaron sacar mejor partido de su sucesor. Como quiera que sea Nobunanga Dios ó nó, no tardó en ir al Olimpo japonés á reunirse con los Camis ó almas inmortales, y si los Jesuitas no contribuyeron á su muerte á lo menos nada hicieron para impedirla, siendo asi que tenian poder para ello. La pintura que se nos hace de este Coubo es la de un hombre valiente en la guerra, fuerte como un búfalo, indomable como un leon: y la catástrofe que terminó sus dias le presenta bajo un interesante aspecto caballeresco. El emperador creyéndose asaz protegido por la aureola sobre su temida y victoriosa cabeza, acababa de hacer salir de Meaco en donde aun residia el Coubo, todas sus tropas que iban á conducir contra los régulos que continuaban rebeldes á su autoridad. De repente uno de sus generales impulsado por un motivo que se ignora, vuelve rápidamente á Méaco á la cabeza de un puñado de hombres resueltos, penetra en la ciudad y marcha directamente á palacio en donde los criados del emperador solo tienen tiempo de cerrar las puertas, que el rebelde Aqueki manda al punto que se echen abajo á hachazos. Apenas se disparan algunos tiros de mosqueteria y continua reinando un grande y estraor-

dinario silencio en la Ciudad de Meaco, cuyos habitantes detenidos por una estraña apatia ó por otro motivo que no se comprende, asoman apenas á las puertas de sus casas para retirarse al instante. Mientras tanto de enmedio de los espugnadores sale una voz, llama á Nobunanga y este arrancándose de los brazos de su desconsolada familia y rechazando á sus aterrorizados palaciegos se presenta en un balcon vestido con su trage imperial, y con la mano manda á los revoltosos que se dispersen. El gefe de estos viendo que vacilaban por el ascendiente del valor y la costumbre del respeto, coje un arco y lanza al Coubo una flecha que le hiere en la espalda. A este rasgo de audacia responde un grito de triunfo, á este triunfo un rugido de cólera. Abrese de repente la puerta del palacio, un hombre se lanza de alli como un torbellino; los sitiadores pasmados ven caer á veinte de los suyos á los golpes de un sable que parece agitado por la mano de un gigante; aliéntalos su gefe y á su cabeza y poco á poco va estrechándo al emperador que fatigado de matar, enflaquecido por la sangre que mana de su herida y cual un viejo leon que ceja lentamente y sin volver la espalda ante la misma carabana que osó atacar, se vé forzado á entrar de nuevo en su palacio, cuya puerta cierra por sí mismo á los espugnadores. La bravura y el aspecto de ese magnánimo campeon coronado que tantas veces los ha conducido á la victoria, producen tal efecto en el ánimo de los rebeldes que su gefe no se atreve á ordenarles el asalto, en el cual podrian encontrarse cara á cara con el emperador y peligrar en ello la suerte de los revolucionados. Por esto pues Aqueki manda pegar fuego al palacio, que bien pronto queda envuelto entre torbellinos de llamas, se hunde y no es mas que un monton de humeantes ruinas, vasta tumba bajo la cual duerme el Coubo Nobunanga.

He aquí que va lentamente agrupándose en torno del palacio que arde y se desploma una parte de la poblacion de Meaco, y los revoltosos creyendo que vienen en son de guerra se preparan al combate; mas los recien llegados sin hacer movimiento alguno se mantienen pasivos espectadores de la catástrofe, hasta que el incendio destructor ha hecho venirse abajo la última torre del imperial palacio. Alzase entónces un grito atronador al que contestan mil ecos; brillan el hierro de las picas y el cañon de los mos-

quetes, y los pocos rebeldes estrechados, comprimidos, cargados por todas partes no tienen otro recurso que salir en desorden de la ciudad de Meaco, que cierra las puertas y en el acto proclama emperador al primogénito de Nobunanga. El visible autor de esta súbita reaccion es Ucondono general del emperador difunto y Japonés convertido al cristianismo con el nombre de Justo; pero la misteriosa mano que tuvo al oficial inmovil mientras el homicidio de su gefe para lanzarlo contra los matadores del emperador cuando el emperador ya no ecsiste, parécenos que no es dificil adivinar que mano era. ¿Acaso los misioneros jesuitas no dicen que el rebelde Aquéki osó acometer y ejecutar su criminal proyecto á la cabeza de un puñado de hombres y en medio de una ciudad inmensa? ¿No añaden que al general cristiano Justo Ucondono que habia mirado tranquilamente el ataque é incendio del palacio apenas hubo visto caerse el último lienzo de pared, cuando reunió un ejército de cristianos lanzando de Meaco á los revoltosos, á quienes pocos dias despues atacó en campo raso y pasó al filo de la espada?

Aunque los historiadores de la Compañía de Jesus dicen que ese trágico acontecimiento no influyó en manera alguna en la situacion de sus misioneros, nosotros juzgamos que les fué muy favorable, y esto contribuye á que reputemos á los Jesuitas por complices, cuando no por autores del suceso. En efecto, desde el movimiento en que murió Nobunanga y fue ensalzado al solio su primogénito, vemos que los Jesuitas son omnipotentes en Meaco y en todos los puntos del Japon que acataban la supremacia del Coubo; y entónces el P. Valignani visitador en el Japon (1), y llegado poco antes se ocupa tranquilamente en los pormenores de la administracion de la Provincia. Ese dignatario de la Compañia autorizó á los Misioneros Jesuitas á conformarse con las costumbres del Japon y con todas las ceremonias usadas alli para la salud y el recibimiento, á echar mano de todos los medios imaginables para atraerse á los Japoneses, y finalmente acostumbrarse *todos á todo.* Estas lineas fielmente copiadas de los escritos de los misioneros Jesuitas

(1) Entre los Jesuitas el visitador puede considerarse como el Legado á latere que tenia en las misiones el general de la órden á quien representaba y el cual suele darle, aunque por corto tiempo su terrible poder de que no abusa el Visitador detenido por la idea de su próxima vuelta.

son á nuestro modo de ver la completa prueba de la acusacion hecha tantas veces á los RR. PP. por sus rivales religiosos en lo de tolerar las supersticiones, los perversos usos y los vicios de los Japoneses para hacerse bienquistos de ellos, y escluir á las demas órdenes. Esto mismo confirma lo que poco antes hemos dicho acerca del supuesto desacuerdo que hubo entre el Coubo y los RR. por haberse negado á adorar la estatua de Nobunanga; pues en el Japon es uso corriente honrar las estatuas de los emperadores, y los Jesuitas tenian permiso de su Visitador para conformarse con los usos del Japon. El Visitador echó del archipiélago al P. Cabral porque no era bastante docil y porque hacia oposicion á esas medidas que si no prueban la ortodoxia de los principios, muestran al menos un grande saber político.

Esa fué la época en que los Jesuitas tuvieron en el Japon un poder sin límites, pues en nombre de un emperador casi niño y cuyos consejos y ejército habian llenado de criaturas suyas; los hijos de Loyola reinan efectivamente en el Japon durante algunos años. Sus colegios estaban llenos de indígenas que por medio de los RR. PP. creian alcanzar los empleos y dignidades de que eran dispensadores: sus casas rebosaban en riquezas, á pesar de las muchas que periodicamente vertian en el tesoro general de la órden, los japoneses solicitaban á millares el título de cristianos que era sumamente ventajoso sin causar por otra parte molestia alguna. Su principal empeño era estar en algun modo unidos á la potente Compañía que era tan útil á sus amigos como formidable para sus adversarios; y por esta razon muchos japoneses se decoraron con el título de Jesuitas.

Cuando el P. Valignani volvió á Europa quiso dar una ostentosa prueba del poder que su órden tenia en el Japon; y asi es que al dejar ese pais le acompañaban cuatro embajadores Japoneses, los cuales iban á atestiguar á la faz de la cristiandad entera y ante el trono pontificio, que la Compañía de Jesus nacida como quien dice en la víspera, sabia reemplazar con un imperio las provincias que las otras órdenes, que databan de siglos, dejaban ocupar á la autoridad del papa. Esta embajada hizo en Europa un efecto prodigioso y grangeó á los jesuitas una gloria infinita. Felipe II rey de España y de las Indias la recibió con demostraciones, que el or-

gullo castellano reserva para las testas coronadas. Juan III que promovió el poder de los Jesuitas en Asia ya no ecsistia, y sus magníficos estados habian pasado á Felipe II por el derecho del mas fuerte y gracias á lo que trabajaron para ello los Jesuitas de Europa. El papa Gregorio XIII amigo de los Jesuitas, y cuyo santo orgullo debia considerarse alhagado por el espectáculo de esos hombres que venian de lejanos climas con el objeto de ofrecerle en su misma patria la supremacia religiosa, desplegó para honrar á los cuatro embajadores japoneses todas las pompas de san Pedro y del Vaticano. Gozábase en todo esto la Compañía y sabia aprovecharlo para aumentar sus privilegios, que eran ya muchísimos y muy estensos. En esa época le concedió Gregorio XIII el derecho esclusivo de enviar misioneros al Japon; como que la Bula es de 1585, año en que llegó á Europa la embajada dicha. Dejando á parte este resultado, al cual debe quizás añadirse el intimidamiento temporal que esta especie de ostentacion diplomática produjo en los individuos de la Compañía, cuyo poder en el Japon se proclamaba por este medio, podemos sostener que ese acontecimiento que tanto se ha encarecido fué una de las causas que mas contribuyeron á la ruina del cristianismo en el archipiélago japonés, despues de algunos años de una lamentable lucha que inundó en sangre aquellos remotos paises.

—Es indispensable advertir que la embajada que el P. Valignani llevó en pos de sí de uno á otro estremo del mundo no representaba al emperador, único que tenia derecho de enviar embajadores, sino algunos regulos vasallos del emperador ó mas bien de los jesuitas. Parece que Taiko dueño al fin del poder supremo de que se mostraba muy celoso, temió que aquella embajada fuese considerada como un acto de vasallage hácia el gran soberano de las Españas, de quien le decian que diariamente sujetaba á su cetro dominador nuevos imperios, y que podia acaso tener el capricho de añadir el nombre de Japon al catálogo de sus estados. Algunas circunstancias concurrieron para aumentar las sospechas de Taiko, pues desde entonces pareció que los emperadores del Japon se legaban uno á otro la idea de que los Jesuitas, y por consiguiente los misioneros de todas las órdenes, todos los convertidores y todos los cristianos no eran sino emisarios políticos para indicar y en

caso necesario proporcionar el momento de su conquista en provecho de algun monarca estrangero. Este temor era perdonable; mas en cuanto á los Jesuitas no lo juzgamos fundado, porque desde fines del siglo XVI los buenos PP. eran señores ya demasiado poderosos para que transigiesen con ceder la presa ni aun á S. M. C. el rey de España y de las Indias. Si la conquista del Japon entró alguna vez en los planes de la negra Compañía podemos asegurar que esa conquista debia hacerse en pro de ella misma, y no es imposible que los Jesuitas tuviesen con respecto al archipiélago Japonés las miras que mas adelante les verémos llevar á ejecucion en el Paraguay.

Como quiera que sea durante el efímero reinado del hijo y sucesor de Nobunanga los Jesuitas reinaron positivamente, segun antes lo hemos dicho, pues buen cuidado tuvieron de colocar cerca del débil monarca, y en los primeros escalones del trono á sus adictos partidarios que eran aquellos neòfitos para quienes hicieron una segunda edicion del cristianismo y á los cuales no señalaban otra obligacion que la obediencia y fidelidad sin límites y à todo trance hácia los convertidores. Los grandes del imperio cebados por las dignidades de que los RR. disponian, se dieron enteramente á ellos, y el pueblo cediendo al impulso general, seducido cual siempre por la novedad, y en nuestra firme creencia seducido tambien por lo que trasluce de grande, de sublime, de realmente útil y salvador al traves de la mercantil corteza con que los bonzos de Europa visten su doctrina, el pueblo decimos tambien corrió hácia ellos; de suerte que en casi todo el archipiélago japonés flota victoriosa la bandera de Loyola, entre cuyos pliegues se oculta modestamente la cruz de Cristo.

Entretanto los bonzos Japoneses abandonados, humillados, empobrecidos, claman desde el fondo de sus templos y lanzan desde los mas venerados santuarios amenazadoras profecías. Los Dioses, dicen, han abandonado al emperador y ay de la familia de Ten-sio-dai-Sim. El *hijo del Cielo* ya no es mas que un hijo de la tierra. y va á ceder á otra persona el trono sobre el cual permite que se sienten estrangeros. Oyense entonces sordos rumores que cesan de repente y el débil Coubo retraido en el fondo del palacio no oye esos lejanos truenos precursores del rayo; pero los Jesuitas no ha-

cian alto en ello porque su mies era muy rica y estaban ocupadísimos en recolectarla.

Los lugartenientes del Coubo que poco á poco se han ido encaramando en los escalones del trono, se paran, se miran y vacilan cuando están ya próximos á pisar el escalon postrero; pero los contienen sus mutuos celos. Un simple centurion aprovecha un instante; á la cabeza de los soldados que le adoran arranca del trono el fantasma de emperador y ocupa audazmente su puesto en medio de los aplausos de la muchedumbre. Los Jesuitas que se han dejado prevenir procuran reparar su falta; los generales japoneses cristianos se reunen y quieren luchar contra el usurpador, sin perjuicio de resolver despues de la victoria quien de ellos recogerá el fruto. Al parecer los Jesuitas querian hacer reinar á su fiel neófito Justo Ucondono, general que despues de haber estado durmiendo mientras que un puñado de soldados degollaban al emperador su amo, se dispertó para vengarle.

Mientras que ellos deliberaban, el usurpador Taiko, hombre de tanta inteligencia como de ejecucion, gana batallas y se fortifica. En vano los gefes del partido católico dirigidos por los Jesuitas quieren hacer que los pueblos vuelvan en sí, diciendo que combaten en favor del emperador destronado, pero el momento ya es tardío y el astuto Taiko ha sabido dirigir hácia sí el versátil afecto del pueblo. Los Jesuitas procuran desde luego hacer paces con él é intiman á sus partidarios la órden de sujetarse al nuevo Coubo; no importa que el legítimo emperador tenga la suerte que quiera por mas que se comprometió y perdió por haberse mostrado muy propicio á los jesuitas. Si es menester ellos harán sacrificio al vencedor de los generales del partido católico, que puedan hacerles sombra. En efecto, Justo Ucondono á quien los Jesuitas eligieron como contrincante del usurpador bien pronto fué sacrificado á la venganza del Coubo irritado ni mas ni menos que los otros que se opusieron á su ensalzamiento, ya porque se mantuviesen fieles á su legítimo soberano, ya porque obedecieran las órdenes de los hijos de Loyola.

Merced á estos sacrificios los RR. PP. estaban dispuestos á hacer cualquiera otro con tal que no fuese á sus costas, creyeron que Taiko les era favorable y aun parece que el nuevo Coubo quiso

mantenerlos en esta esperanza. Sin duda este principe, á quien los misioneros nos pintan como politico astuto y grande general quiso esperar el instante en que pudiese desafiar inpunemente el influjo que los Jesuitas tenian en el Japon. Por otra parte á favor de las revueltas que estallaron á consecuencia del cambio de reinado, muchos reyes que sugetó Nobunanga se sustrajeron nuevamente á la autoridad del Coubo, muchos de ellos por influjo de los jesuitas puesto que eran cristianos.

Taiko ó Taiko-Sama (1) segun se le llamaba desde que estuvo en el trono, creyó oportuno disimular por algun tiempo y aun favoreció á los misioneros á costa de los bonzos, que al parecer quisieron entonces conmover el pais en favor del destronado hijo de Nobunanga. Por su parte los jesuitas del Japon adivinando acaso los secretos intentos del Coubo y presintiendo que la paz de que gozaban no era mas que una tregua, procuraban fortificarse por todas partes y aumentar los recursos, el número y el poder de aquellos á quienes ellos mismos llaman el partido católico. Despues de preludiarse la guerra con sordos ataques, al fin estalló esta entre los dos partidos, y el Coubo arrojando enteramente la máscara manda á los jesuitas que en el acto salgan de sus estados y prohibe á todo japonés bajo pena de la vida que se titule cristiano. Los jesuitas aceptan la lucha abierta ó mas bien la habian ya comenzado, pues parece que los cristianos japoneses á impulso de sus directores espirituales formaron el proyecto de destronar al Coubo para colocar en su puesto á Justo Ucondono, gefe del partido católico y adicto de corazon á los negros hijos de san Ignacio. Lejos de obedecer las órdenes del emperador los misioneros jesuitas en número de ciento diez y siete se reunen en Firando, cuyo rey envidioso, enemigo de Taiko-Sama era amigo de ellos. Allí acuden tambien los principales cristianos japoneses y en una numerosa asamblea se delibera acerca de la conducta que deberá observarse. Los escritores de la Compañía de Jesus confiesan que los Japoneses fueron de parecer que debia obedecerse al emperador; que los RR. PP.

(1) Sama significa, Grande, poderoso, escelente. Esto no es un nombre ni un apellido como generalmente se cree sino una calificacion, reservada solamente á los gefes de la grande familia de Ten-sio-dai-Sin, pero la cual todos los Coubos desde Taiko han usado fuesen ó no de la raza imperial.

debían irse del Japon y que sus neófitos habian de abstenerse, á lo menos por algun tiempo, de toda demostracion esterior de la religion que habian abrazado. Es bien cierto que si se siguiera esta prudente conducta se habrian ahorrado al Japon torrentes de sangre y á la religion cristiana un perpetuo destierro de esos paises. Esto es seguro, pero no les convino á los Jesuitas y el P. Coello, su provincial consiguió á fuerza de astucia que el emperador concediese un plazo para su destierro. Le dijo al Coubo que en los puertos del archipiélago no habia buque alguno en que pudiesen embarcarse él y los suyos pidiéndole por ello que suspendiese la egecucion de sus órdenes hasta que llegase algun buque europeo. El Coubo concedió esta gracia; de que el provincial y su astuta grey se aprovecharon para inflamar las cabezas de sus neófitos é impulsarlos á la revuelta, como medio único que les quedaba para conservar á sus queridos directores. Al mismo tiempo diestros emisarios van por todas partes reclutando enemigos y suscitàndole contratiempos al emperador, y los gefes del emperador que se llama cristiano reunen sus fuerzas y hacen por traer á su banderia á los reyes envidiosos de la fortuna del Coubo, á quienes su poder ha hecho sufrir bajo cualquiera concepto.

Mientras tanto se presenta á la vista de Firando un buque español; mas apenas comenzaba á maniobrar á fin de meterse en el puerto cuando sale de este una barquilla y se acerca al buque el cual al punto se hace otra vez á la mar. El capitan acababa de saber por el P. Coello el estado de las cosas y á fin de no poner á los Jesuitas en la necesidad de salir inmediatamente del Japon, lo que estaban bien resueltos a no egecutar ó declarar abiertamente la guerra al emperador para lo cual no estaban todavia preparados, evitó tocar en punto alguno del Japon y dió la vuelta á Goa á fin de poner al virrey de las Indias al corriente de lo que sucedia en la mision del Archipielago. Los escritores Jesuitas confiesan esta supercheria y sobre confesarla se glorian de ella, y ensalzan á sus autores, llamàndola escelente ardid de guerra y golpe de ingenio. El Coubo como lo hubieran hecho muchos otros le dió el nombre de imprudente audacia y de traicion aleve disponiéndose por ello á castigar á sus autores. Renueva, agravando las penas, los decretos espedidos contra la religion cristiana y manda echar abajo sus tem-

plos. Hasta aquí la querella no habia hecho derramar una gota de sangre; pero gracias á las incesantes intrigas de los Jesuitas iba á mudar muy luego el archipiélago Japonés.

En esa época volvia de Europa el P. Valignani con su famosa embajada y teniendo noticia en Goa de lo que pasaba en el Japon, vuela en ausilio de sus cofrades, si bien para ponerse á cubierto de la ley imperial que destierra á los Jesuitas bajo pena de muerte, hace que le revistan con el carácter de embajador del Virrey de las Indias. Protegido con este título irrisorio, si por suerte no era falso, desembarca en el Japon, se presenta al Coubo y despliega en la entrevista una pompa verdaderamente asiática con el fin de imponer al monarca Japonés á quien procura hacerse propicio por medio de magníficos regalos. Al mismo tiempo los embajadores Japoneses á quienes el P. Visitador ha hecho entrar en la Compañía de Jesus ensalzan el influjo de que goza en el pais que han recorrido la órden de los misioneros Jesuitas. Refieren el esplendor pontifical que rodea al Dairi de los bonzos de Europa y la riqueza y el poder inmenso de que goza su decidido protector el gran rey de la España y de las Indias, en cuyo vasto imperio no se pone el Sol nunca. Todo esto causa impresion muy grande en las vivas imaginaciones de los Japoneses, y Taiko-Sama juzga á propósito blandear á lo ménos por de pronto en órden al rigor con que trataba al partido cristiano; y al mismo tiempo el P. Valignani predica la prudencia hasta tanto que se ofrezca una ocasion propicia para alzar de nuevo la cabeza. Miéntras la aguardan los Jesuitas se muestran humildes, y los neófitos obtemperando sus órdenes se someten á la voluntad del emperador.

Todos ó casi todos los historiadores de la Compañía han dicho que en esa época esto es en el año de 1592 á fin de reconquistar el terreno pérdido los RR. PP. del Japon *se sujetaron á las exigencias* del emperador, así ellos como sus catecúmenos lo cual nos parece una confesion muy clara de todo aquello de que los acusan las otras órdenes religiosas, á saber, de que toleraron, permitieron y en caso necesario mandaron que sus neófitos cristianos en las tinieblas de la noche y en mitad del dia pareciesen idólatras de hecho. Al mismo tiempo y á fin de granjearse de todo punto la voluntad del Coubo se hacen cortesanos y hasta se hacen soldados; de manera

que Taiko cuyo belicoso carácter alhagan en conformidad con sus consejos envia tropas á fin de que conquisten una parte de la Corea, península del continente asiático en la cual termina por Oriente el imperio de la China y no está separada del Japon si no por un brazo de mar poco considerable. El ejército invasor se componia en gran parte de cristianos; y el general que lo mandaba era adicto á los Jesuitas y estaba filiado en su órden, dos Padres de la cual le acompañaban sin duda á fin de procurar que la conquista, si es que se hacia, no dejase de granjear alguna cosa á la Compañía de Jesus. Los RR. PP. siempre tenian fija la idea de penetrar en aquel imperio chino á cuyas puertas no pudo siquiera llegar Francisco Javier; y con tal de abrirse esas puertas tras de las cuales husmeaban con el instinto del buitre nuevo influjo é inmensas riquezas, poco se les daba hacer degollar algunos millares de hombres. Estos futiles incidentes no merecen la pena de ocupar las reflexiones políticas de los RR. PP.

Parece ser que gracias á esta sagaz conducta los Jesuitas lograron desarmar á medias el odio que el Coubo les tenia. y que á poca diferencia era tanto como el temor que le inspiraban; al ménos los escritores Jesuitas que nos hablan de persecuciones en esa época, nos dicen que el P. Valignani visitaba las iglesias no derribadas á donde es problable que los neófitos japoneses iban á orar á su manera al Dios de los bonzos de Europa, y segun el padre Chanlevoix y sus cofrades algunos Jesuitas podian vestir en público el hábito de la órden. Aseguran las relaciones de los misioneros que en esa época misma fué á establecerse públicamente en Meaco y con autorizacion del emperador un obispo cristiano y como se deja entender Jesuita; hecho bien probado que demuestra claramente que Taiko no fué un feroz perseguidor de los cristianos y un ardiente enemigo de la fé como nos le pintan á lo ménos hasta el año 1596; sino que por el contrario es muy probable que ese príncipe à quien le era fuerza luchar contra los sacerdotes de la antigua religion del Japon deseaba un contrapeso que neutralizase el influjo que aquellos tenian, y para esto favoreció al principio á los Jesuitas; mas pronto hubo de conocer que estos todo lo arrastraban hácia su lado con peligro de romper la balanza y la mano que la sostuviera.

Los que conocen á los buenos PP. comprenderán sin grande esfuerzo que la esclusion solicitada y consignada entónces del Papa y del rey de España con respecto á los otros misioneros prueba, que la mies que en el Japon recolectaban era aun muy productiva; y luego verémos que antes de permitir que otros espigaran siquiera entre sus ricas gavillas, se espusieron á todo y todo lo probaron. Segun antes dijimos, en el año 1597 y á despecho de los Jesuitas penetraron en el Japon los franciscanos y tras ellos los dominícos. En vano los Jesuitas alzando con la diestra la bula de Gregorio XIII y con la izquierda el decreto de Felipe II quieren echarlos fuera; los franciscanos se resisten, el obispo Jesuita de Meaco habla de escomunion, los franciscanos lo califican de tirano y amenazan de descubrir las intrigas y las ambiciosas miras de los RR. P P. la disputa se encona, aumenta el escándalo y en medio de las mutuas acriminaciones el emperador se convence del peligro con que amenazan á su poder esos bonzos de Europa que no hablan sino del Cielo, y no se ocupan sino de la tierra. Dícese tambien que entónces acababa de saber por algunos estrangeros, hijos de naciones rivales de España, que los reyes de esta solian hacer preparar las conquistas de sus soldados por las predicaciones de sus religiosos. Con esto comienza la era de las persecuciones contra el cristianismo nuevamente proscrito. Taiko-Sama manda prender á todos los misioneros y esta órden es severamente ejecutada en Meaco y en Osacca, mas sin embargo por una singularidad bien rara los Jesuitas que entre europeos y japoneses admitidos en la Compañía pasan de ciento cincuenta, se libran de los egecutores de la sentencia imperial sin mas escepcion que dos de sus miembros infelices indígenas sacrificados acaso de propósito.

En cambio de esto todos los franciscanos fueron cogidos y poco despues egecutados, y estos son los martires á cuya beatificacion se opusieron los Jesuitas de Europa llevando el odio de sus cofrades de Asia hasta perseguir la memoria de aquellos, cuya muerte era hija sino en todo á lo menos en parte de sus tenebrosos manejos.

De repente cual si la presencia de los franciscanos fuera la única causa de la tempestad, renace la calma y parecen de nuevo los Jesuitas el P. Valignani desembarca otra vez en el Japon con nue-

ve de sus compinches y se presenta impunemente al emperador que firmaba otro edicto contra los Jesuitas y sus convertidos, y segun afirman los escritores de la Compañía, la sola vista del visitador bastó para apaciguar la cólera del Coubo irritado. Preciso es confesar que era una cólera bien mansa. Mucho hubiera convenido que el P. Visitador legase á sus sucesores el secreto del *Quos ego* con que calmó las encrespadas olas de la ira imperial.

Calmada apenas esta persecucion tuvo lugar otra, y lo que es por esta estamos dispuestos á creer la auténtica. Taiko-Sama murió luego de haberla ordenado dejando un heredero de edad de seis años, cuya tutela se confió á uno de los reyes del Japon que se habia mostrado amigo de los jesuitas; y que como se deja entender les continuó su gracia, sobre todo despues que hubo usurpado el imperio á costa de su pupilo. No tratamos de acusar á los Jesuitas de que fuesen autores de esta catástrofe, pues vemos á uno de los gefes del partido cristiano en el Japon que se declara contra el usurpador, levanta un ejército para hacerle guerra, es vencido y pierde la vida: juzgamos por el contrario que los buenos PP. se hubieran arreglado perfectamente con una memoria favorable siempre á los intrigantes y á los ambiciosos. Si no contribuyeron al ensalzamiento de Daifú ó de Daifú-Sama, almenos supieron hacerse pagar muy bien el reconocimiento de su legitimidad, de suerte que los gefes del partido catolico japonés obtuvieron reinos y gobiernos con perjuicio de los príncipes idólatras adversarios declarados del nuevo emperador, y en ese año la factoria de la casa de comercio de Loyola y Compañia envió á Europa una verdadera flota mercante.

Mientras Daifú-Sama creyó que necesitaba á los jesuitas los colmó de favores, hasta el punto de permitirles que dividiesen públicamente la diócesis de Meaco ó del Japon en parroquias, fundasen colegios, Noviciados y Seminarios, edificasen iglesias, y construyesen una y un soberbio palacio episcopal en Meaco en donde residia *el hijo del cielo*, el gefe de la religion indígena, el Dairi ó sea Papa japonés humillado y dos veces caido de su alto rango. Preciso era que el nuevo Coubo hiciese olvidar su ilegítimo origen, y por esto pensó que hasta tener su trono bien sólidamente sentado le convenia mostrarse amigo de los jesuitas tras los cuales marchaba en un ejército de catecúmenos aguerridos á quienes tenia por adversarios har

to temibles; mas á la vuelta de tres años se cree bastante fuerte para luchar, y á deshora declara la guerra al cristianismo, esto es á los jesuitas.

Los escritores de la Compañia se han esforzado atribuir en las causas de esta persecusion á sus envidiosos rivales los franciscanos y dominicos, á los rivales de España los ingleses y holandeses, al almirante Cólignes héroe Calvinista, á este, á aquel, á los otros, y á todo el mundo, menos á ellos mismos. Han presentado certificaciones en debida forma segun las que los rivales de la Compañía, y por consiguiente enemigos de la Iglesia romana han causado la ruina del cristianismo en el Japon. Mas adelante citarémos esos documentos discutiendo su valor que se reduce á nada, segun verán nuestros lectores.

Como quiera que sea desde entónces no cesó ya la persecucion contra los cristianos sino en muy pocos y cortos intérvalos; mas sin embargo los Jesuitas eran tan poderosos que cambiando de residencia, ocultándose á veces cuando los edictos imperiales eran muy rigorosos, y presentándose otra vez cuando parecian calmarse, aun consiguieron durante mucho tiempo estar pegados con la tenacidad de la sanguijuela á esa tierra, á la cual en cambio de la ruina y desolacion no habian llevado mas que el ceremonial de una religion de que se hicieron apóstoles, solo porque sanciona su presencia y justifica sus acciones. Segun dicen los Jesuitas Daifú-Sama se contentó durante mucho tiempo con proscribir á los misioneros y con meter en la cárcel y desterrar á sus adictos; pero bien pronto los buenos PP. iban á obligarle con sus intrigas á que persiguiese con doble rigor cuanto pertenece á la religion profesada por los ambiciosos y turbulentos bonzos de Europa. Deseosos los Jesuitas de echar abajo el poder á cuya consolidacion contribuyeron y que habian reconocido abiertamente con la esperanza de que les fuese propicio hacer remanecer cuando menos se esperaba al hijo y legítimo heredero de Taiko á quien tenian en buen recaudo en una de sus casas sin duda para servirse de él en caso necesario. Este príncipe llamado Fidero Sama solo tenia siete años cuando su tutor Daifule arrebató en 1599 el trono y el título de Coubo. Muy antes dirigieron los Jesuitas como les plugo el espíritu de ese niño á quien bautizaron y afiliaron en su órden, presentandole

despues en público con la esperanza de que por su brazo y gracias á su buen derecho recobrarian su antiguo ascendiente. Entonces se empeñó una larga y sangrienta lucha. Segun Castillon el pretendiente á quien llama Fide-Jori estaba á la cabeza de doscientos mil hombres casi todos cristianos; pero despues de muchas alternativas de victorias y reveces que cubren el pais de ruinas y de sangre es vencido el bando católico ó sea jesuítico, cuyos últimos restos acorrala Daifú Sama en la ciudad de Osacca que toma despues de un largo sitio, la entrega al saqueo, al degüello y finalmente á las llamas. Fidero cae en poder de Daifú Sama que lo manda degollar en 1616 á fin de librarse de este competidor temible, pues si bien el autor de las *Anecdotas Japonesas* dice que aquel desventurado príncipe desapareció sin que haya podido saberse cual fue su paradero es probable que los jesuitas ocultaron su muerte, para que el temor de su vuelta fuese una arma suspendida de continuo sobre la cabeza del victorioso Coubo. Desde entonces toma este la resolucion de no conceder tregua ni gracia á los que con fundado motivo acusa de autores ó promovedores de todos los disturbios. Confundiendo á los cristianos en su odio contra los jesuitas, se dispone á obrar de modo que desaparezca enteramente del territorio de su imperio todo vestigio de aquella religion cuyos divinos dogmas son continuamente desmentidos por la conducta de sus ministros; de aquella creencia cuyo primer y mas sublime precepto es *amaos los unos á los otros*, y cuyos infieles apóstoles solo obran por medio de la intriga que desune, de la ambicion que arma á los hermanos contra los hermanos, del crímen y de la muerte.

En el instante en que Daifu Sama acaba de jurar resueltamente la destruccion de los jesuitas, muere legando á su hijo el trono y el cumplimiento de su venganza. Xogun-Sama recoge lo uno y lo otro; mas en los primeros tiempos de su reinado, bien fuese por dulzura de carácter, bien para no aumentar el número de los adversarios que le inquietaban, se mostró poco enemigo del cristianismo. Castillon escritor partidario de la Compañía de Jesus, dice formalmente que este príncipe economizó toda la sangre que pudo. Si es asi ¿Sobre quien deben caer los torrentes que de ella corrieron muy pronto? Fácil es adivinarlo. Xogun sin abolir los edictos hechos por su padre contra la religion cristiana y sobre todo contra los jesuitas los

dejó caer en desuso; de suerte que en aquella época de su reinado, cualquiera podia ser cristiano, con tal que no hiciese público alarde de ello. Toleraba las religiosas ceremonias de aquella creencia, mientras no se celebrasen á la luz del dia. La vida de sus ministros y apóstoles no corria el menor riesgo, con tal que ni estos ni aquellos impeliesen á su grey á desobedecer las órdenes del gefe del imperio y que se mantuviesen humildes y tranquilos en el silencio de su santuario, y sobre todo siempre que renunciasen á los esplendores del siglo, á la ambicion humana, al influjo temporal, conformándose con aquel precepto de su divino maestro *mi reino no es de este mundo.*

Facilmente se comprende que semejante ecsistencia no era tolerable para los Jesuitas, pues los RR. PP. han demostrado muchas veces y aun quizás en el momento en que escribimos, que es el mes de junio de 1845, estar dispuestos á demostrar que prefieren el odio al desprecio, la persecucion á la indiferencia. La bandera de Loyola se hizo para ser desplegada en mitad del dia por mas que las acciones de sus hijos esten destinadas á producir su efecto en las tinieblas. Despliéguese pues y venga lo que viniere.

Lo que vino fué la definitiva espulsion de los Jesuitas del Japon (lo cual en verdad no es cosa digna de deplorarse) una sangrienta y lastimosa persecucion dirigida contra los cristianos, y por fin la proscripcion y la ruina del cristianismo en aquel vasto archipiélago, lo que en verdad reputamos por una verdadera catástrofe. No queremos darnos por un cristiano muy fervoroso y muy ortodoxo, pero bien es del caso declarar aqui que estimamos y respetamos las grandes verdades, los nobles y vivificadores principios, las *cosas reales* de la religion de Cristo. Decimos franca y claramente que esta religion ha hecho mucho para los pueblos, y aun creemos que puede hacer mucho para todos. Juzgamos como la gente pensadora de nuestra época que debe conservarse grande y reverenciada, bienhechora, sublime y al mismo tiempo popular; pero que ha de sacudir esos viejos oropeles con que manos interesadas é ignorantes se obstinan en cubrirla y que para algunas gentes son la religion misma, la cual estas ciertas gentes convierten de este modo su grosero *fitiquismo*, (idolatría de los negros). Si juzgamos que el cristianismo

es una cosa grande, útil y consoladora, que debe ser conservada entre los hombres y venerada en la tierra, como cosa verdaderamente venida del Cielo, se sigue de aqui que debemos admitir la estension de esa creencia, la propagacion de esa doctrina. Sí, y esto es lo que deseamos, pero que esa estension se verifique por los medios regulares y su propagacion por medio de la persuasion y del buen ejemplo; pero estenderla y propagarla por caminos tenebrosos y en direccion opuesta á la senda de la verdad y del honor, estenderla por medios que la razon reprueba ó la humanidad rechaza, propagarla con la espada y las hogueras ¡Oh! no, esto no, no lo queremos, lo repetimos mil veces, no lo queremos

La primera idea de las misiones, esto es, de aquellas en que el misionero tiene por únicas armas su palabra, su virtud, las verdades y las bellezas de su creencia, por únicos medios de accion el ardor de su fé, por único móvil la gloria de Dios Padre, y por único fin el amor de los hombres sus hermanos, la primera idea de esas misiones decimos fué en nuestro concepto grande, buena, hermosa y santa. Parécenos que en eso habia un lazo fuerte y sublime capaz de reunir gloriosamente un dia los eslabones de la gran cadena humana dispersos por el mundo. ¿Y será posible que el cristianismo quede defraudado para siempre de esta gloria inmensa? No nos atrevemos á decidirlo; mas si debiera ser asi podria con justa razon achacarlo á sus operarios torpes, codiciosos ó infieles, y sobre todo jesuitas. Es cosa averiguada y la repetirémos mil veces que ellos han cerrado el Japon al cristianismo, como de ello los acusan los misioneros de las otras órdenes. Convendrémos con los defensores de la Compañía de Jesus, en que los franciscanos y dominícos, capuchinos y lázaros contribuyeron en algo á la catástrofe final procurando repartirse con los jesuitas el honor de la mision; pero á lo menos á los hijos de san Francisco y de santo Domingo, solo se les puede achacar un esceso de celo; pero á vosotros hijos de san Ignacio, ¿qué cosa no se os puede echar en cara?

Despues que el Coubo Xogun Sama habia solemnemente cerrado las puertas de su imperio á los jesuitas y á la creencia que enseñaban, consultando al parecer sus intereses mercantiles, permitió á los misioneros que residiesen en Nangasaki, ciudad de la isla de Kin Sin, casi enteramente poblada de cristianos japoneses, y en

donde era público el egercicio del culto. Con el deseo de no privar á sus estados de las ventajosas relaciones de los portugueses y españoles. Xogun dejaba dormir las leyes contra los cristianos, cuando he aqui que los RR. PP. aprovechándose de esta blandura salen de su escondrijo y se derraman por todo el archipiélago. Por otra parte los misioneros franciscanos despreciando la cólera del Coubo osaron desembarcar en el Japon en mitad del dia y predicar y catequizar en público; en cuya vista los jesuitas creyeron que ante todo debian rechazar á esos intolerables intrusos que comenzaron á removerse. Noticioso Xogun de que tratan de rehacer el partido católico compuesto de enemigos suyos, y convencido mas y mas de que es imposible que tenga paz en el imperio y seguridad en el trono mientras haya en el Japon un solo Jesuita resuelve de nuevo esterminar á todos los cristianos y esta vez llevó á cabo su resolucion. Un ejército de verdugos cae sobre el cristianismo japonés, y cuantos se niegan á abjurar su creencia son condenados á horrorosos tormentos que terminan con una muerte lenta. Allí se emplean todas las especies de tortura asiática. Se quema, se decapita, se crucifica, se mete á unos en hoyos llenos de materias ardientes, á otros se los azota con un bambú ó con un látigo hasta que los huesos les queden descubiertos, y hay infelices á quienes les asierran los miembros lentamente y por partes, y lo que es mas horrible las mugeres cristianas que no quieren abjurar son prostituidas á los verdugos antes de ser llevadas al suplicio. Los jesuitas dicen con orgullo que en el solo año 1590 hubo veinte mil quinientos setenta mártires; y segun ellos mismos la persecucion de Xogun, de la cual hablamos ahora, centuplicó este número. Y qué ¿no pensais hijos de Loyola que toda esa sangre pide venganza contra vosotros que la hicisteis derramar, no por el ardor de un celo respetable aunque estraviado, sino por un bajo y sórdido egoismo?

Notarémos aquí una contradiccion evidente que resulta de los escritos de los misioneros jesuitas. Segun ellos los japoneses son ligeros, frívolos y versátiles, y segun dicen para conformarse con ese carácter modificaron con respeto á ellos los ritos de la religion cristiana; mas si esos pueblos son tan frívolos y versátiles; ¿cómo es posible que en un solo año veinte mil de esas gentes se dejen degollar con estoicismo por una creencia que aca-

Lit: Gadelle y C.ª P.ª del Palacio, Barña

Suplicios del Japon.

baban de abrazar y que conocian apenas? ¿No es mas probable que aprovechándose del escesivo amor propio y de la viveza de imaginacion de esos desgraciados, los RR. PP. los exaltaban hasta el fanatismo á fin de dominarlos y de beneficiarlos mas y mas para siempre? Notése bien, y los mismos jesuitas lo confiesan, que los miembros japoneses de su Compañía son los que muestran mas entusiasmo y corren á la muerte como los antiguos mártires. Kimura jesuita japonés, cuya admision en la Compañía se ignoraba, se denuncia á sí mismo y va á la hoguera cantando. Comprendemos muy bien que semejantes actos en que si hay un poco de locura, hay ciertamente mucho heroismo, entusiasmaron eficazmente á esos pueblos, entre los cuales las ideas de pundonor se llevan hasta los últimos límites de la exageracion. Parece que hubo momentos en que los catecúmenos lejos de esquivar las angustias de la muerte corrian á provocarlas y no individualmente, sino, por cuadrillas y por familias. ¡Ah! el cristianismo y la humanidad deben pedir estrecha cuenta á los Jesuitas que dejaron anegarse en sangre infecunda las llamas de ardor semejante.

Una muger sufrió el martirio con una firmeza mas que varónil que redobló la general exaltacion de los perseguidos. Esa muger era portuguesa, y no contenta con morir por su Dios arrastró á la hoguera á su hijo, inocente criatura de edad de cuatro años que se sonreía al ver como encendian la hoguera, que bien pronto iba á consumir sus delicadisímos miembros. Cuando las llamas dirigieron sus devoradoras lenguas á la delicada carne del niño, aterrorizado este y comprendiendo al fin lo que significaba se arroja al seno de su madre gritando con voz desesperada: ¡*Madre, madre, salva á tu hijo*! Conmovida la madre hasta el fondo de sus entrañas por este grito desgarrador, estuvo muy á pique de gritar á los verdugos que apagasen el fuego y que estaba dispuesta á abjurar la religion para salvar á su hijo; mas en el instante en que se dispertaba el amor maternal lo enmudeció el fanatismo. Pasaba entónces un Jesuita llevado por los ejecutores de los decretos imperiales el cual hizo á la infeliz madre un gesto que comprendió muy bien, y apretando á su hijo frenéticamente contra su pecho á fin de no oir sus voces comenzó á cantar con voz entera y con entusiasmo un himno á la reina de los ángeles. Sufocado el niño por la apretura de la madre y por el humo no exaló mas

que algunos gemidos, y la madre siguió cantando el himno hasta el momento de espirar.

Mientras los cristianos japoneses y las mugeres morian de este modo por su religion, cuatro Jesuitas renegaban de ella á la vista de los tormentos y de la muerte que ellos habian provocado y hácia la cual empujaban tan estoicamente á sus entusiastas neófitos. Bien merecen conservarse los nombres de esos cuatro miserables que fueron Cristóbal Ferreira, Juan de Morales, Juan Bautista Porro y Diego Monrai. Estos cuatro renegados eran Jesuitas de Europa y los dos eran ó habian sido provinciales: Ferreira y Porro que fueron los primeros apostatas se casaron en el Japon, cuyas costumbres y religion adoptaron ayudando ademas al Coubo en la caza de cristianos. Decidieron á muchos cristianos entre otros á sus cofrades Morales y Monrai á que los imitasen, y trocaron una muerte terrible por una vida de riquezas y placeres.

Los escritores de la Compañía de Jesus hablan lo menos posible de esos cuatro miserables, y algunos ni los mientan siquiera. Los hay que solo confiesan las apostasías de Ferreira y de Morales; pero añaden que arrepentidos los dos abjuraron públicamente la religion japonesa y espiaron con un glorioso martirio la debilidad y la vergüenza de su pasada conducta. En el tomo II, tratado VII, pag 366 y siguientes de la obra del P. Domingo Navarrete misionero en la China y despues arzobispo de Santo Domingo, puede verse todo lo que hicieron para cambiar en triunfo la ignominia de esos miembros de su órden. En la época en que Navarrete estaba en Meaco los Jesuitas se valieron de todos los medios inmaginables, a fin de sacar certificaciones de muchas personas que atestiguasen que los dos renegados se habian convertido otra vez á la religion cristiana y muerto como santos y mártires. El mismo Navarrete añade que habiéndose pedido delante de él una certificacion de esa especie á un religioso llamado Juan Acosta Binuche, este se negó formalmente á darla esclamando que no firmaria jamas una certificacion con el objeto de hacer pasar en Europa por santo y mártir á un hombre de quien sabia positivamente que habia muerto como un perro. No pudiendo los Jesuitas conseguir que se pusiesen firmas al pié de la certificacion, les pareció mucho mas sencillo suplantarlas yasí lo hicieron. Entónces pues se presentó una memoria firmada por el Dr. D.

Juan Cevicos, canónigo de Méjico en la cual estaban relatados los gloriosos martirios de Morales y de Ferreira; pero desgraciadamente para la Compañía de Jesus habiendo tenido noticia de esto el verdadero D. Juan Cevicos, declaró ante notario público no era obra suya y que la firma era falsa, y en fe de ello hizo redactar una acta solemne en que desmentía la memoria y el discurso que al mismo tiempo se le atribuia, y cuyo objeto era destruir ó atenuar cuando ménos las terribles acusaciones que contra los Jesuitas lanzó Luis de Sotelo víctima suya. El P. Diego Collado declara en el párrafo IX de su Memoria, que en Roma recibió una copia de esa declaracion hecha por el canónigo Cevicos.

Segun los mismos escritores de la Compañía, Ferreria despues de su apostasía presenció los tormentos en que se hizo morir á sus antiguos neófitos. ¡Y quien sabe si ese miserable no apostató porque se le mandara hacerlo! Entónces hubiera sido muy útil á los RR. PP. tener algunos de sus miembros cerca de Xogun, que como quiera que sea colmó de bienes al renegado y á sus asquerosos compañeros.

Hasta el fin de su vida ese emperador mantuvo en toda su fuerza su edicto de proscripcion contra el cristianismo ó mas bien contra los Jesuitas, puesto que en 1612 permitia á los ingleses y holandeses que comerciasen libremente con el Japon; y los mismos portugueses podian traficar en Nangasaki; pero los españoles como protectores de los Jesuitas y para quienes creia el Coubo que estos habian preparado la conquista del Japon, fueron rigurosamente rechazados de todos lo puntos del archipiélago y para siempre. El hijo y sucesor de Xogun continuó la guerra de esterminio que su padre habia jurado á los jesuitas, y el cristianismo fue poco á poco desapareciendo del Japon hasta que en el reinado de To-Xogun Sama desapareció enteramente anegado en un mar de sangre. Los ingleses y sobre todo los holandeses reemplazaron á los españoles en el tráfico con el archipiélago japonés. Segun se asegura dijeron al Coubo que no eran cristianos sino ingleses y holandeses, y el Coubo se dió por contento con esta aseveracion; mas á pesar de esto se veian forzados á la par que los portugueses de Nangasaki á escupir en un crucifijo y á pisotearlo y hacer otras pruebas antes de permitirles comerciar con los japoneses. En 1638 apenas

quedaba ya cristiano alguno en el Japon, y desde mucho antes ya no habia ningun Jesuita á escepcion de los cuatro renegados; pues los jesuitas comerciantes habian ido á plantear factorias en otros puntos.

Lit: Gardelle y Cª Pª del Palacio Bar.ª

Los Jesuitas Mandarines.

CAPÍTULO III.

Los Jesuitas Mandarines.

Desde el 1581 hasta el 1774.

« Sin una necesidad estrema no debe permitirse que nuestros her-« manos vayan de este modo de ciudad en ciudad, porque la espe-« riencia tiene demostrado que el espíritu interior ó uncion del « Espíritu Santo es un precioso perfume que se disipa facilmente « cuando con mucha frecuencia toma el aire. » Si esta opinion de un religioso del siglo XVII está (1) conforme con la verdad, basta á esplicarnos la falta de fervor síncero y de positivo anhelo por los intereses del cristianismo que tan á menudo y con tanta justicia se ha vituperado á los misioneros Jesuitas, quienes en efecto durante tres siglos, y no solo de ciudad, en ciudad sino de nacion en nacion y de uno en otro hemisferio no han cesado de hacer *tomar el aire* sirviéndonos de la espresion del P. Boulard á ese perfume que tan facilmente se disipa y del cual en nuestro concepto nunca han tenido

(1) El Reverendisimo P. Boular escribia estas mismas palabras al R. P. Le Berger Prior de S. Mecino en Chalon. La carta del P. Boulard está al fin de las *Instrucciones* del R P. Carlos Faure abad de Santa Genoveva de Paris, obra en IV publicada en 1698.

grande acopio. El religioso que escribió esas líneas con que damos principio al presente capítulo no era Jesuita, y el lector lo comprenderá fácilmente. Si hubiera pertenecido á la Compañía y si en vez de ser abad de santa Genoveva hubiese sido general de la negra órden, léjos de prohibir á sus buenos hermanos que fuesen de ciudad en ciudad los habria lanzado de reino en reino diciéndoles: « hijos mios, ya que nuestra negra bandera no flota en el Japon « cubierta de escombros y sangre por vuestros desesperados esfuer- « zos, cogedla con mano igualmente inflexible, pero mas diestra, é « id en el acto á enarbolarla en el corazon de otro imperio mas « vasto y mas rico. »

Apenas los Jesuitas hubieron sentado sólidamente sus pies en el archipiélago japonés cuando dirigieron una detenida mirada de envidia al continente vecino. Hemos visto que Francisco Javier murió delante de las costas del celeste imperio segun los chinos apellidan á su pais; pero estaba reservado á otro Jesuita penetrar en esa tierra prometida mucho mas vasta, y mas rica que la India y que el Japon, y de la cual Marco Polo habia bosquejado un cuadro magnífico. Despues de la época del viagero veneciano la China estaba otra vez absolutamente cerrada para los estrangeros, que tan solo podian comerciar con ella por algunos puntos y casi siempre por medio de intermediarios puestos á guisa de centinelas en una isla inmediata á las costas. El rumor de las conquistas hechas en la India por los europeos habia aumentado la desconfianza de los chinos con respecto á los estrangeros, á todos los cuales confundian en una sola nacion. En vano por los años 1581 y 1582 trataron de establecerse en la China los PP. Miguel Ruggieri y Pazzio de la Compañía de Jesus y los dominícos maltratados en el Japon y en la India por sus rivales, lo probaron tambien sin conseguir no obstante fruto alguno. En nuestro concepto los PP. Ruggieri y Pazzio no fueron mas que los esploradores lanzados por la negra Compañía, y cuyos relatos escritos de vista habian de completar los rumores y los dichos que acerca del celeste imperio habia la órden recogido con grande esmero.

Durante este tiempo la Compañía de Jesus preparaba para su conquista en la casa del noviciado de Roma al joven iniciado Mateo Ricci, que despues de Francisco Javier es el misionero que se ha hecho

mas célebre y cuya gloria han encarecido á mas alto punto. Sin embargo bien sea por efecto de ingratitud, bien por olvido, bien sencillamente por la dificultad de la cosa en sí misma no han hecho de él un santo ni aun siquiera un pobre bienaventurado; pero en compensacion han ponderado sus trabajos apostólicos mas allá de toda medida. Segun sus escritores el P. Mateo Ricci es una especie de Encarnacion de San Francisco Javier á quien le comparan; pero muy luego verémos el juicio que debe formarse de este paralelo. Segun esos escritores, en los dos misioneros brillaron el mismo fervor, la misma piedad y la santidad misma; y « finalmente, añaden, cual si Dios quisiera significar que el uno acabaría lo « que comenzó el otro, Mateo Ricci nacia en Macerata en la Marca « de Ancona, es decir á poca distancia de la Sede de la Compañia « de Jesus, en el mismo instante en que Francisco Javier espiraba « en Sancian, delante de las playas de ese grande imperio chino « del cual no le habia reservado Dios la gloria de ser apóstol. » Advirtamos ante todo que el *instante mismo* de los escritores Jesuitas es un intervalo de dos meses ;pues Javier murió el dia 2 de diciembre de 1552 y Ricci vino al mundo en 6 de octubre anterior; de manera que mediaron cuarenta y siete dias desde el nacimiento del uno á la muerte del otro. Sin embargo nos place no disputar con los jesuitas acerca de esto y decir como ellos que Mateo Ricci nació en el instante mismo en que moria Francisco Javier. Ademas esa coincidencia para nosotros no significa nada, á no ser que los RR. entiendan decir que Ricci fué la única persona que vino al mundo en ese dia, y no seria estraño que asi lo supusieran porque otras cosas de mas bulto han inventado.

Mateo Ricci despues de estudiar por algun tiempo las buenas letras en el pueblo de su nacimiento se fué á Roma en donde durante tres años estudió el derecho, y despues de ellos y á la edad de diez y nueve entró en la Compañia. Que Dios hubiese ó no predestinado al nuevo Jesuita á ser el sucesor de Francisco Javier, al menos parece evidente que el gefe de los hijos de San Ignacio ó por mejor decir los gefes, puesto que Francisco de Borja que era entónces general se dejaba gobernar por Salmeron y por algunos otros PP. depositarios de las ideas de Loyola y particularmente de Laynez, parece evidente decimos, que los gefes del nuevo iniciado lo

educaron teniendo en mira la China e hicieron todos los esfuerzos imaginables á fin de acomodarle bien con esa mision que le reservaban. Así es que habiendo los esploradores de la negra é invasora milicia anunciado en su relatos que los chinos serian accesibles por medio de las ciencias exactas que tenian en grande estima y particularmente de las matematicas, de la quìmica y de la astronomía, el Padre Valignani maestro de Novicios en el plantel Jesuítico de Roma hizo enseñar al jóven Ricci esas tres ciencias por los mas célebres profesores de Italia, entre otros por Clavus profundo matemàtico de su época. Tampoco descuidó hacerle adquirir algunos conocimientos en las artes, mecánicas especialmente en la relogeria desconocida en la China, cuyos productos debian hacer y realmente, hicieron que el misionero fuese bien admitido. Al llegar á Goa el P. Visitador dejó á su discípulo para trasladarse al Japon despues de haberle encargado espresamente que aprendiese la lengua china; á cuyo estudio se dedicó Ricci muy de propósito y casi por espacio de cuatro años en el Colegio de San Pablo. El émulo ó sea la encarnacion del apostól de las Indias juzgaba fundadamente que Francisco Javier debió ver perdidos muchos de sus esfuerzos por ignorar la lengua de sus catecúmenos, y como era quizás bastante entusiasta para recurrir á los milagros de su antecesor y sin duda no contaba con los prodigios de la elocuencia mímica, aprendió con mucho esmero la lengua china.

Cuando creyó conocerla bastante se embarcó para Canton que era el punto en que se hacia el comercio con la China; mas los mandarines de los puertos reputaban ya á los Jesuitas por intrusos muy peligrosos. El gefe del celeste imperio quizás habia pedido consejo al Coubo japonés; y como por otra parte el rumor de las conquistas hechas en Asia por españoles y portugueses habian conmovido los aletargados ecos de esa patria de la inmovilidad, Ricci se vió en la precision de dar la vuelta á Meaco.

En virtud de nueva órden de sus superiores á principios de setiembre de 1583 volvió á embarcarse para la China, y á los diez dias llega á Tchao-chen; mas segun resulta de las *Memorias* dejadas por el misionero y que le han servido al P. Trigale para componer su historia del imperio chino, Ricci se guardó muy bien de presentarse como convertidor, y aun es problable qne mientras pudo

ocultó su origen europeo del que podia hacer dudar su perfecto conocimiento de la dificilísima lengua china. Llevaba ademas un trage parecido al de los *letrados*, cuyo afecto se grangeaba por este medio y á quienes atraía cerca de sí por sus conocimientos superiores. Lejos de ostentar públicamente y con ruido su celo de convertidor se concretaba á soltar de tiempo en tiempo algunos principios de la creencia cristiana, de los que estaban en menos desacuerdo con las fabulas chinas, y esto solia hacerlo en medio de una tranquila leccion de astronomía ó de química (1). Así se le habia encargado que representase su papel; mucho mas cuando al dejar la Europa estaba muy versado segun dícen sus biógrafos en las matemàticas, astronomia, etc. pero era corto en teologia; pues ni aun habia acabado de estudiarla.

Para que mas le honrasen los letrados á ruego de ellos emprendió Mateo Ricci un Mapa mundi para su uso, en lo cual se presentaba una dificultad muy grande. Por efecto de su cándido orgullo estan intímamente convencidos los habitantes del Celeste imperio de que su pais es el mundo entero ó poco menos, y que el resto, si resto hay, está compuesto de algunos pequeños puntos, humildes estribos de la masa principal. El misionero que tenia datos mucho mas cientificos no queria publicarlos por no herir mortalmente el orgullo nacional de los chinos; pero le repugnaba cargar en conciencia de cristiano y sobre todo de sabio con una mentira geográfica tan enorme. Queria por otra parte mostrar, segun lo hemos dicho, á los Doctores del Celeste imperio ó letrados la superioridad de sus conocimientos sobre los de ellos, y he aqui el sesgo que le inspiró su calidad de Jesuita. Dispuso de tal manera su mapa que cambiando el primer meridiano la China pareció ocupar el centro de la tierra, que es la posicion que le atribuía el orgullo de sus hijos, y

(1) Todo el mundo sabe que los chinos conocian la pólvora y la imprenta, mucho antes que estas dos fuerzas hubiesen estendido su accion sobre la Enropa, pero lo que no pocos ignorantes que la quimica estaba muy adelantada en ese pueblo singular como lo demuestran las pinturas de sus porcelanas. Tambien parece que en el celeste imperio se hacia grande aprecio antes que á nadie le ocurriese en Europa la piedra filósofal, del elicsir de larga vida y de otras boberias de nuestros alquimistas, boberias que sin embargo precedieron y trajeron los grandes resultados de la Quimica Li-Lao. kun gefe de una secta de epicureos chinos que segun dicen vivia seiscientos años ante de J. C. tiene fama de haberse hecho inmortal y Dios por medio de las transmutaciones.

en seguida iluminó con colores muy fuertes el celeste imperio, dejando lo demas en blanco y cual si apenas flotara en medio del Océano, Mientras se ocupaba de este mapa hacia por grangearse el favor de los grandes ó mandarines: mas en cuanto á ilustrar al pueblo no se vé que el misionero se ocupase de ello nunca. Los escritores de la Compañía se opinan que Ricci debiò conducirse de este modo porque el pueblo bajo de la China es muy ignorante y esta muy aferrado en sus supersticiones, al paso que los mandarines y sobre todo los letrados se mostraron muy tolerantes con respecto á sus creencias á cuya validez no vacilaban en discutir filosóficamente.

Háy en la China tres sectas principales á saber la de Fo, la de Lanzu ó Li-Laokun y la de Confucio. Los sectarios de Fo son una especie de ateos Pirronistas, los cuales profesan que acá abajo todo son ilusiones, que no hay cosa alguna real sino la nada, cuya sencillez constituye la perfeccion de todos los seres, y con la cual es preciso confudirse por medio de un absoluto quietismo del alma y un completo entorpecimiento de las facultades intelectuales. La mayoria de los partidarios de esa secta pertenecen á la infima clase del pueblo. La religion de Li-Laokun es una especie de epicureismo mezclado de estoicismo, y el estado perfecto en esa secta es el bienestar á que dán el nombre de apatia. Los ricos siguen esta religion cuyo gefe llamado Ciam, segun el P. Le-Conte (1) reside en Pekin y es muy bienquisto en la Córte imperial en donde desempeña el papel de adivino.

La tercera secta que es la mas elevada y tiene creencias mas puras y adictos de mayor inteligencia, como que es la secta de los letrados y de los filósofos, mira á Confucio como su Dios y siguiendo los principios de este profesa mas amor al tan parecido á la de Jesucristo, que segun el P. Martini (2) pudiera decirse que Confucio tuvo una revelacion divina que le descubrió nuestros santos misterios. El P. Le-Compete misionero Jesuita añade en la citada obra, que podria asegurarse, que Confucio no ha sido un mero filósofo que todo lo debiera á la razon, sino un hombre inspirado por Dios para la reforma de aquel nuevo mundo.

(1) Véase Memorias de la China por el Padre Le-Comte en el tomo segundo.
(2) Historia de la China por el Padre Martini. libro cuarto.

Generalmente los mandarines y toda la corte imperial son de una subdivision de esa secta; pues la doctrina de Confucio ha sufrido muchas interpretaciones. Los emperadores chinos, que pertenecen á la secta de los *nuevos filósofos*, siempre han tenido el gran talento de no perseguir á los *antiguos*, ni á ninguna otra de las diversas sectas religiosas de sus vastos estados. Para probar el zelo de su creencia se han contentado con hacer condenar todos los años en Pekin á las diferentes creencias como heregias; conducta que hubieran debido observar los gefes de los pueblos de la antigua Europa, para la tranquilidad del mundo! Segun parece las diversas sectas de la China tienen una idea muy poco distinta de Dios, hasta el punto de no tener esos pueblos una palabra para espresar lo que á nosotros nos dá la idea de Dios. Sus varias divinidades son como las de la mitología de los Griegos y de los Egipcios, hombres que habiendo permanecido en la tierra mas ó menos tiempo, ahora forman parte del cielo; y este para los chinos es el mismo Dios, es decir, la suprema inteligencia que se estiende por encima de la tierra y de los otros mundos, que los hace nacer, los conserva ó los destruye para hacerlos renacer otra vez; pues los chinos comunmente creen en al metemsicosis.

Se conoce cuan grande ha de ser la dificultad de dar á conocer el misterio de la trinidad cristiana á unas gentes que no tienen una idea exacta de Dios, que no tienen un término para espresar Dios. Ricci buscó el modo de dar un giro á la dificultad, segun dice su biográfo y cofrade el P. de Orleans (1), y compuso al uso de los chinos un breve catecismo en el cual no continuó casi otra cosa (nótese esa particularidad cuya exactitud garantizamos) sino los puntos *conformes á la luz natural*, es decir, lo que se comprende humanamente. Asi que el misionero Jesuita no decia una palabra de la trinidad, ni del nacimiento de Cristo, ni de la Redencion, ni de ninguno de los misterios del cristianismo! Por eso Moreri, crítico bastante moderado, ha dicho con razon en su diccionario, que el plan adoptado por Ricci» de ningun modo podia instruir á esos pobres infieles en órden á la verdad de nuestros misterios.» No repetiré-

(1) Véase la vida del Reverendo Padre Mateo Ricci de la Compañía de Jesus escrita por el padre de Orleans.

mos ahora lo que pronto apoyarémos con nuevas autoridades, á saber que los Jesuitas en todas partes solo se han servido del cristianismo como de un escelente pretesto que artificiosamente sabian adaptar á las circunstancias, y que en caso necesario recogian y echaban á un lado, como una bandera que es solamente un feo andrajo cuando se la ha separado de su asta de oro.

A pesar de todo eso, á pesar de las precauciones tomadas por el P. Ricci, á pesar de su deferencia à las ideas de los discípulos de Confucio, á pesar de los servicios hechos á los letrados por la ciencia que les comunicaba, á pesar de los regalos que hacia á los Mandarines y la maña con que procuraba hacerselos favorables su mision siempre habia tenido un viso muy lastimoso y precario. Los Mandarines y letrados recibian bien al Misionero; pero el pueblo de cada dia se mostraba mas hóstil, y era en vano que Ricci se presentase vestido á lo chino con el traje de los letrados, sectarios de Confucio, traje que tambien hacia tomar á sus compañeros (1). Sin embargo, el populacho amotinado por algunos *Hochans*, sacerdotes de Fo, matan á sus dos compañeros, quienes sin duda menos prudentes que Ricci habian querido predicar en público. Cuando el Misionero quedó solo en 1589 tomó la resolucion de seguir adelante á todo evento, y como quien dice echado de Kantong ó Canton pasó al cercano reino de Kiang-Syse fué luego á Nankin, y finalmente en 1595 llegó á Pekin capital del imperio chino. Aunque no se nos dice si durante esa peregrinacion Ricci predicó su Mision con buen éxito; es muy probable que fuera así; y casi se declara diciendo que el Padre como varon prudente, contentóse con hablar á las gentes de buena disposicion para la astronomía ó matemáticas sembrando en sus conversaciones algunas palabras de religion.

Cuentan los Jesuitas que cuando volvió á Pekin por segunda vez, porque la primera no logró llegar hasta el emperador segun era el objeto de su viaje, habiendose embarcado en la playa de Chi, naufragó, y que cuando vacilaba acerca de si continuaria un viaje anunciado bajo tan sombríos auspicios, repitiendo Dios en fa-

(1) Mas de una vez los Reverendo Padres han negado estos pormenores, y por esta razon los hacemos notar aquí, sacados de un mismo Jesuita, del Reverendisimo Padre Miguel Boyn, segun se apellida en su *Sucinta relacion de la China*

vor suyo lo que hiciera en favor del fundador de su Compañía, le hizo conocer cuan feliz seria esta vez en su empresa. Asegura el Padre Boym que en el mismo instante en que Ricci estaba deliberando en sí mismo la cuestion de saber si continuaria siguiendo adelante, ó si daria media vuelta, una persona llegada repentinamente á su lado decidió la cuestion exhortando al Misionero á que emprendiese su marcha hácia Pekin; y que el Padre muy sorprendido, como puede pensarse, habiendo preguntado á ese consejero estraordinario su nombre, apellido y cualidades, solo obtuvo la siguiente contestacion en un mediano latin: » Yo os seré favorable en la corte! » y luego desapareció la vision.

La mayor parte de los historiadores Jesuitas modernos dan un giro mucho menos fantástico á la manera con que el P. Ricci llegó á introducirse en esas vastas provincias, en esas populosas ciudades. en cuyo suelo aun no habia puesto la planta ningun estrangero, Hallábase el misionero todavía en Tchao-tcheou cuando se supo en Pekin la invasion de la Corea por los japoneses, invasion aconsejada por los Jesuitas, como se ha visto, los cuales esperaban introducirse asi por fuerza en el norte del imperio chino, al paso que otros misioneros probarian introducirse con maña por la parte de las provincias meridionales.

No puede hallarse seguramente un escritor mas favorable á los Jesuitas que Castillon, (1) el cual fundándose quizás en el corto número de soldados que componian el ejército invasor, ha dicho que Taiko-Sama ó Cambacundono, segun él llama á ese emperador, enviaba á Corea ese ejército de cristianos japoneses á fin de deshacerse de ellos sin correr ningun riesgo. Esto es muy posible; pero nos parece mas probable que los jesuitas, quienes habian aconsejado la espedicion y formaban parte del Estado mayor del general en gefe llamado Tsucamidono, esperasen sin embargo volverla en provecho

(1) Castillon es el autor anónimo de las Anecdotas chinas, japonesas, etc Notamos aqui que el nombre de Cambacundono que da à Taiko- Sama, fué el que tomò en efecto este Ceubo cuando destronó al hijo de Nobunanga, y que se llamaba Faxiba antes de entronizarse. Cambacundono (este nombre significa soberano señor) no tomò el nombre de Taiko, que quiere decir altisimo; y al cual añadió la imperial terminacion de Sama, sino cuando se viò dueño absoluto. Abdicó entonces el titulo de Cambacundono en favor de un sobrino suyo que acababa de adoptar por no tener hijos, y à quien hizo matar luego que tuvo un heredero.

de su Órden, sea que solo les proporcionase el medio de hacer un reconocimiento en la China, sea que les sirviese para hacer en el norte del imperio celeste una diversion que podia ser útil en gran manera á los demás conquistadores de traje negro que tanteaban el terreno por la parte del mediodia.

Con efecto el Padre Mateo Ricci se valió de esa diversion para introducirse en Pekin. Segun parece ese Padre reunia la habilidad de médico con las de mecánico, relojero, astrónomo y astrólogo, sobre lo cual nos cuentan sus cofrades que el emperador Van-Lié á fin de hacer frente al japonés Tsucamidono llamó desde las provincias del sud á un Mandarin de muy elevado rango, el cual teniendo un hijo enfermo y moribundo fue á consultar con el misionero universal, y este prometió volver la salud al jóven con la condicion de que su padre le permitiria continuar hasta Pekin. Fuese habilidad ó fortuna, ó segun dicen sus cofrades gracia especial de la Providencia, el misionero salió airoso en la curacion y el Mandarin agradecido mantuvo fielmente su promesa, y desde entonces protejió constantemente al hábil y sabio *Letrado* de Europa.

Dirémos aquí de paso que despues de una serie de triunfos, aplastado Tsucamidono por el número, pudo no obstante volver á pasar el canal de Corea y llevar al Japon los restos del ejército invasor casi anonadado, pero que probablemente habia producido, como vemos, todo cuanto esperaban los Jesuitas; consejeros de la invasion.

Finalmente habiendo llegado el P Mateo Ricci á la capital del imperio celeste, merced á la proteccion del Mandarin cuyo hijo curó, se hizo amigo de algunos otros grandes oficiales del imperio; los cuales secundando los deseos del misionero que eran de introducirse en palacio, suscitaron á su señor grande ansia de conocer á aquel, contándole como tenia *una campana que tocaba por si misma*; pues parece que entre los regalos habia traido Ricci algunos relojes de repeticion, cosa desconocida en la China. Sin perder tiempo el Jesuita aprovechó la ocasion y se presentó al emperador Van-Lié con la campana que tocaba por sí misma, cuya posesion fué de tanto placer al monarca chino, que pasaba horas enteras mirando el movimiento de las ruedas, el giro del horario y minutero, y las vibraciones de la campana. Al ruido de tal maravilla la emperatriz madre y todas las mugeres del emperador (la poligamia existe en

la China como en el Japon) acuden, contemplan y se estasian; pero á puro hacer tocar esa admirable máquina parece que se descompuso alguna rueda; por cuyo motivo Ricci fué enviado á buscar inmediatamente é introducido ante el desconsolado emperador, quien le muestra el reloj descompuesto diciendo en tono plañidero: «Ha muerto!»—Volverá á vivir, hijo del Cielo! le contesta el misionero cortesano, puesto que vos lo deseais.

Y á fuer de hábil mecánico, segun hemos dicho, Ricci en un instante arregla el reloj que pronto repite su tic-tac regular á los alegres oidos de la cándida magestad.

Asi fué como el Padre Mateo Ricci se grangeó la gracia del emperador Van-Lié, á quien supo hacerse tan necesario, sea para armar á los numerosos relojes con que Van-Lié desde entonces hizo alhajar su palacio, sea por cualquier otro motivo, de modo que fué inútil la solicitud que para echar al estrangero hizo el tribunal Ci-pu, ese benigno guardian de la ortodoxia de los dogmas de Confucio, del cual hemos hablado antes. Con tal apoyo el misionero puso luego manos á la obra, y no tardó en tener una iglesia edificada y al mismo tiempo un colegio de Jesuitas.

Hemos visto que el P. Ricci habia compuesto para sus neófitos un breve catecismo en el cual solo enseñaba de la religion cristiana lo que está al alcance de la razon humana; teniendo á mas el cuidado de acomodar su enseñanza á las ideas y preocupaciones de los chinos. Dicen pues que Jesucristo rey de los judios no estaba representado en ese singular catecismo muriendo en la cruz, suplicio infamatorio, etc, etc. Mas tarde dirémos dos palabras sobre este asunto.

Murió Ricci en 1610, dejando los negocios de la Compañía en estado progresivo; y no tardó en seguirle al sepulcro su protector Van-Lié. Pero ya los Jesuitas reunidos á la voz de Mateo Ricci se habian gobernado con tanta destreza, que gozaban de gran predicamento en la corte imperial: á mas de que ellos solamente podian componer y arreglar las famosas campanas que tocaban por sí mismas; ellos solamente podian afinar un clavicordio que Ricci habia regalado tambien á Van-Lié y que igualmente formaban las delicias de los ratos ociosos en el palacio imperial. Bajo el gobierno de los sucesores de Van-Lié los Jesuitas edificaron en Pekin

una academia, en la cual se hicieron recibir á porfia como miembros los Mandarines y los Letrados. Era ya considerable el número de los chinos convertidos, y podemos decir que esos neófitos eran unos cristianos tan exóticos como los del Japon y de las Indias; pero todo el anhelo de los convertidores se reducia á tener influjo en los convertidos. Poco les importaba la manera, sin embargo que en sus relaciones enviadas á Europa se jactaban cumplidamente de esa cristiandad china, la cual, segun dice un gran número de personas, testigos oculares de tal estado de cosas, y entre quienes se cuentan prelados y delegados de la santa Sede, era el hecho mas monstruoso para un crítico de sangre fria, el mas deplorable para un amigo de la religion; el mas gracioso para un enemigo, el mas grotesco para un indiferente, el mas escandaloso para todos. Luego hablarémos de él, y con las pruebas en la mano demostrarémos la singular transformacion que la política de los Jesuitas hacia sufrir en la China á la religion católica, apostólica y romana, de la cual pretendian no obstante ser sus fieles conservadores.

Bajo el gobierno de los emperadores Tien-Ki; Tay-Cin y Gun-Cin, sucesores de Van-Lié los Jesuitas constantemente ganaron terreno en la China; y seria muy largo especificar los amaños merced á los cuales lograron ese resultado, amaños de que solo darémos un resúmen, por muestra. A fin de destronar á ciertos mágicos chinos de gran prestigio y acierto entre sus naturales, los Reverendos Padres se pusieron á echar á los demonios del cuerpo de los endemoniados. Uno de los exorcistas *encargado* de una muger embarazada á quien la presencia del maligno espíritu le impedia dar á luz la criatura, arrojó á aquel del cuerpo de la desgraciada paciente despues de una terca lucha que tuvo por testigos una multitud de chinos maravillados. Si hemos de dar crédito al Reverendísimo Padre Miguel Boym, que nos describe las frases de tan admirable combate, el *maligno* era solamente un diablillo de pocas fuerzas y muy poco astuto, que despues de haberse dejado vencer por el misionero jesuita y obligado á hacer fuga, con toda benevolencia reveló «que el hijo de la exdemoniada, inocente víctima atropellada en la lucha y casi moribunda, recobraria la vida y la salud si el Reverendo Padre le imponia el nombre de san Miguel

Arcangel, escrito en pergamino en la cuna del chiquillo (1).»

Los misioneros Jesuitas á fin de asegurar el creciente influjo de que disfrutaban en la China probaron por último establecer entre el pueblo la veneracion de la cruz de Cristo, cuya verdadera significacion hasta entonces habian ocultado con tanta cautela. A varios trechos y en diversos puntos se encontraron cruces ó formas de cruz grabadas en la piedra. Una llama brillante que serpenteaba por el suelo era el anuncio de la presencia del símbolo cristiano para los neófitos y sus hábiles directores, quienes no dejaban de acudir prontamente y con gran pompa en procesion para sacar el sagrado emblema, del cual hacian de este modo el objeto de una piadosa truhanería. Algo hicieron aun de mejor los Jesuitas en 1626; pues hicieron la *Invencion* (este es el término!) de una tabla de mármol en la cual se leia «en caractéres chinos y egipcios ó coptos, que en el año de Jesucristo 636, ciertos sacerdotes habian venido á esos paises anunciando un Dios trino en personas, la segunda persona de esa trinidad hecha hombre, la vírgen María, etc.; y que cuatro emperadores chinos habian adoptado aquella creencia.»

El objeto de esa *Invencion* era mostrar á los chinos, que es el pueblo mas inmóvil del universo menos amante de salir de su inmovilidad y por consiguiente mirando toda novedad con el mas profundo horror, que la religion cristiana no era cosa nueva, ni aun entre ellos. Y parece que desde entonces se verificaron numerosas conversiones en el pueblo, merced á este testimonio grabado en el mármol y milagrosamente facilitado á los misioneros Jesuitas. Mas sea que adivinasen la ambicion de los negros convertidores, sea por los escandalosos altercados que se levantaron entonces entre los Jesuitas y los misioneros de las demás órdenes llegados en pos de los hijos de Loyola y á quienes estos rechazaban valiéndose de todos los medios como intrusos y enemigos, sea por cualquiera otra razon, los Mandarines y los Letrados, es decir los individuos á quienes podia hacer descender una revolucion religiosa y civil, desde entonces se mostraron hostiles á los jesuitas y por consi-

(1) Véase la *sucinta relacion* del Reverendisimo P. Miguel Boym, jesuita y misionéro en la China, no solo respecto á esto sino acerca de las particularidades mas ó menos maravillosas puestas á continuacion.

guiente á la religion cristiana, contra la cual empezó la era de las persecuciones. Creyéndose los Jesuitas bastante fuertes para luchar, lucharon y fueron derrotados casi en todas partes; pero en donde sufrieron mas los cristianos fué en las provincias de Quan-Tong y de Kiam-Nan. En Nankin, capital de este último reino, los Jesuitas fueron encarcelados, muy maltratados y por fin arrojados á viva fuerza como fardos de mercancia averiada á un buque que los llevó á Macao. Furiosos los buenos padres dejaron esa parte de la China amenazando á todo el imperio celeste con las plagas que en otro tiempo asolaron al Egipto, y disponiéndose á volver á la China favorecidos por alguna grande conmocion. ¿Acaso los hijos de san Ignacio vestidos de negro como los cuervos husmean al igual de estos la muerte y la destruccion? Apenas habian trascurrido tres años desde que fueron echados de tal manera, cuando volvian á los lugares de donde los espulsaran, favorecidos por una grande conmocion política que trastornaba la inmutable nacion.

Un gefe de los tártaros amenazó sujetar á la China, y los Jesuitas ofrecieron al Emperador legítimo el socorro de los europeos y principalmente de los portugueses; prometiéndole á mas hacer que permaneciesen fieles á su servicio todos los chinos convertidos, con la condicion empero de que en recompensa pedian la derogacion de la ley que los desterró, y mejores pactos que antes de su destierro. Alcanzaron cuanto quisieron del soberano asustado y el gefe tártaro fué rechazado. Mas al ladron Thien-Min, como dicen los historiadores chinos, sucedió luego el ladron Ly, enemigo mucho mas temible; el cual enseñoreado de los reinos de Chen-Sy y de Chan-Sy, provincias situadas en el mediodia de Pekin, volvió entónces á subir hácia el norte, y al frente de sus formidables caballeros, fué á sitiar la capital del Celeste imperio. Segun dicen Ly solo tenia á sus órdenes setenta mil caballeros, y causaria admiracion que con semejantes fuerzas osase aventurarse frente á una ciudad que cuenta mas de dos millones de habitantes, á no tener presente que los soldados chinos son los peores de toda la redondez, y que en la China cualquiera que no sea soldado nunca se bate y permanece impasible ante el mas terrible cataclisma capaz de mover al hombre y hacerle sacrificar á la salvacion de la patria. ¿Cuando los ingleses hicieron su espedicion á la China, en nuestros

dias, no se ha visto á esos visibles defensores de tan estraordinario pais, cubrir á sus ciudades amenazadas no con trincheras, murallas, ni cañones, ó con sus cuerpos sino con cuadros de papel ó carton en los que veíanse pintadas terribles y fantásticas representaciones de animales monstruosos, que á su vez habian de ahuyentar y hacer correr despavoridos á los que iban al ataque?...

A mas, parece que Ly habia encontrado medio de corromper á los Mandarines y Eunucos de la córte imperial; así que entró en Pekin casi sin sacar la espada é inmediatamente fué á instalarse en el palacio en que el Emperador habia quedado solo con su familia. Este desgraciado príncipe al verse abandonado, en un momento de desesperacion con los dientes se cortó la primera falange del índice de la mano derecha, y con tan estraña pluma escribió silenciosamente en la pared una terrible imprecacion contra los cobardes y traidores. Sin duda podia haber estendido su maldicion hasta los Jesuitas, cuyas incesantes íntrigas favorecieron de un modo maravilloso aunque indirecto, á la confusion que Ly supo aprovechar. Por otra parte la presencia y las estrañas doctrinas profesadas por los hijos de Loyola, bajo el falaz nombre de Cristianismo, ciertamente habian tenido por efecto desunir y desorganizar á la gran familia china, armando á sus hijos unos contra otros, haciendo que se aborrecieran y degollasen en nombre de Confucio y de Jesus, los cuales solo predicaron el amor, la union y la paz.

El usurpador pudo tomar posesion del trono con toda tranquilidad; pues el Emperador destronado se ahorcó, cuyo ejemplo siguieron todas sus mugeres; y el heredero del trono habia huido con algunos Mandarines fieles. Sin embargo Vsan-Quei, príncipe de la familia destronada, á quien suponen algunos sobrino ó hermano del último Emperador (1), el cual á la sazon mandaba el ejército de la Gran muralla, sabiendo lo que acababa de pasar y hallándose muy débil para vengarse, toma el partido de acudir al mismo enemigo contra quien guardaba la gigantesca cuanto inútil muralla. Pronto se le vé presentarse delante de Pekin, seguido de un numeroso ejército de tàrtaros mantchoux que ataca y desbara-

(1) Asi es como le llamaba el P. Boym, el cual dice tambien que Tum-Liè era solamente sobrino de Van-Lié; pero en esto se engaña el Jesuita.

ta completamente el de Ly, viéndose este forzado á abdicar. Mas entónces el victorioso gefe de los mantchoux pretende que debe aprovecharse de la victoria y se apodera de la corona, mientras que los herederos legítimos alternativamente toman posesion de las dignidades en las provincias. El usurpador está aferrado en el trono á pesar de los asaltos desesperados de los diversos pretendientes; cuando en medio de la espantosa confusion que reina en la China, se vé comparecer en la escena al Jesuita Andrés Javier Cofler, quien va inmediatamente á colocarse junto al nieto de Van-Lié. Este príncipe que permanecia en la provincia de Chian-Sy, acogió bondadosamente al Jesuita, quien le prometió el oro y el moro si determinaba hacerse cristiano ó mostrarse amigo de los Jesuitas. En efecto, todos los catecúmenos acudieron en torno del nieto y heredero legítimo de Van-Lié un doctor llamado Luca, cristiano y general de ejército, mandaba á esos reclutas á quienes los portugueses suministraron oficiales y artilleros; pues si los chinos han inventado la pólvora, no han encontrado el mejor método para sacar partido de ella. Como Cofler esperaba alcanzar cuanto quisiese de ese nuevo pretendiente si subia al trono, le inducia á promulgar sus pretensiones y á manifestarse decidido á sostenerlas vigorosamente. El jòven príncipe no veia la hora de tomar el título de Emperador; mas al mismo tiempo temia que tal paso no acarrease sobre su cabeza las desgracias ocurridas á sus competidores. Cofler le augura victorias y un reinado pacífico en el trono imperial, si quiere hacerse bautizar, ó cuando menos permitir bautizar á su mugeres è hijos. Accede Tum-Lié á este último pacto con la condicion de que los bautismos se verificarán en secreto y en el interior del palacio. Mas esto no les tenía cuenta á los Jesuitas, quienes solo querian valerse de esas conversiones para tener encadenado al Emperador, y con él á sus súbditos. En aquella ocasion una de las mugeres legítimas de Tum-Lié pare un niño, que poco despues de haber nacido es atacado de un mal repentino y violento; y el padre Cofler aprovechando la circunstancia dice en alta voz que aquel niño morirá si no se le bautiza, lo que por fin se hace como quiere el misionero. La madre tambien habia prometido hacerse cristiana; decidida, segun dice el jesuita Boym (1), por haber visto al Padre Cofler, que para alcanzarle un feliz

parto habia encendido unos cirios benditos delante de una imágen del Señor y de la Santísima Vírgen, cantado himnos, y orado largo rato, hasta tanto que la reina parió felizmente. Otra muger del Emperador tambien estaba dispuesta á hacerse cristiana, movida á ello por una truhaneria de los misioneros Jesuitas; asi parece al menos resultar de la narracion de uno de esos últimos; el cual refiere con toda gravedad que la vocacion de la princesa china fué determinada por las amenazas que una noche le hizo el niño Jesus de un cuadro que ella tenia de los buenos Padres. En el instante en que ella pasaba por delante del cuadro le pareció salir de él una voz que le decia: « Si no sigues mi ley te haré morir!» Debemos convenir en que los Reverendos Padres dan á veces una atroz espresion al dulce y místico cordero que se dejó degollar hace diez y ocho siglos para salvar al mundo.

A pesar de eso, fieles las princesas al gineceo imperial, querian precisamente que las bautizase el *Gran-Colao*, canciller ó primer ministro del Emperador, y no el Padre Cofler, como este absolutamente exigia. La habilidad del Jesuita corria riesgo de dar al través contra la inmutable roca de la etiqueta china. ¿Qué hace entonces el hijo de Loyola? Cual rayo llega al palacio una noticia, inventada quizás por el Convertidor ó por alguno de sus catecúmenos: El ejército imperial, dicen, ha sido batido y derrotado por el usurpador que vuela á dar el último golpe á los restos de la familia tamingiana!.. Aprovechando la ocasion el P. Cofler, seguido de sus cofrades que se le han reunido, va á encontrar al Emperador á quien esta nueva ha dejado estúpido de terror y á quien rodean, grave infraccion de la etiqueta china, sus mujeres de las cuales una quiere ahorcarse loca de desesperacion. Cofler presenta diestramente á esas mujeres el bautismo, pero de tal modo que quiere sea administrado como el único remedio de aquella calamidad, que acaso apartará Dios de encima de las cabezas cristianas, al paso que sin ninguna duda dejaria desplomarla sobre cabezas idólatras. Se da por sentado que logró cuanto quiso; pues el mismo dia bautizó á la madre del Emperador, á quien puso por nombre Marìa, y á sus dos mujeres legítimas, de las cuales la una fué llamada Helena y la otra Ana. Poco despues de haber permitido Tum-Lié que se administrase á su familia el primer sacramento

de la religion cristiana, supo que la funesta noticia no habia tenido ningun fundamento, ó mejor dicho, el Jesuita Cofler le dió conocimiento de que el mismo Dios con su mano habia apartado la catástrofe al oir las preces del misionero y al ver la sumision del príncipe.

Ignoramos si Tum Lié se hizo cristiano como sus mugeres; mas parece que en cuerpo y alma habíase entregado á Cofler y á los Jesuitas, los cuales, como se supone, admirablemente supieron atraer sobre los intereses de su Compañía el rocío imperial. Refieren que el Emperador siguiendo la costumbre quiso se formára el horóscopo del hijo bautizado por el Jesuita y á quien se habia impuesto el nombre de Tam-Tym (significacion china que quiere decir Contastino), y como Cofler no pensaba en dejar meter el pié á los letrados astrólogos ó adivinos cerca del trono imperial, con esta ciscunstancia, el mismo formó el horóscopo y pronosticó gravemente « que el niño seria feliz por haber nacido á media noche, lo mismo que el hijo de Dios, y que llegando el sol al signo del dragon, seria como un sol que resplandeceria en toda la China representada evidentemente por el dragon(1).»

Encantado Tum-Lié de la prediccion envió magníficos regalos al colegio de los Jesuitas de Macao, y colmó de honores y de bienes al Padre Andres Cofler y á sus compañeros.

Pero en la misma hora en que el Jesuita pronosticaba de tal modo una tan feliz estrella al hijo de Tum-Lié, representante de los emperadores legitimos del imperie celeste, un cofrade suyo representaba el mismo papel en la corte de Chun-Tchi, hijo de Vsan-Quei, el usurpador, y en calidad de astrólogo le prometia para él y su descendencia, la gloriosa posesion y muy pronto tranquila del trono imperial; por cuyo motivo el Padre Adan Schall fué igualmente colmado de honores y de bienes por Chun-Tchi, asi como el Padre Andrés Cofler lo habia sido por Tum-Lié. El primero

(1) Hemos tomado textualmente estos pormenores de la *Sucinta Relacion* del Reverendisimo Padre Boym.

Ya tenemos á los Jesuitas hechos astrologos y adivinos, ejercicio sobre el cual los mandamientos de Dios lanzan el anatema y que á veces la Iglesia ha castigedo de muerte. ¿Pero que estamos hablando de Iglesia y de mandamientos de Dios? Los Jesuitas han despreciado la una é insultado á los otros siempre que les ha convenido hacerlo; es cosa que ya nadie ignora!

sin duda se mostró mas magcifico. De los dos horóscopos empero solo uno podia cumplirse; asi que los Jesuitas debieron deliberar en cual de los dos tenian mas confianza, á cual de los dos debian prestar su ayuda para que se realizase. Los anteojos de los Reverendos Padres astrólogos, les hicieron ver mas probabilidades de buen éxito en la parte de la usurpacion que en la de la legitimidad, por lo cual procuraron hacerse bienquerer del usurpador sin malquitarse empero con el soberano legítimo; lejos de eso: le adormecieron en una fatal seguridad, de la cual solo debia dispertarle el estallído del rayo. El P. Boym, lugarteniente del padre Andres Javier Cofler, en 1651 dejó la corte de Tum-Lié para ir á informar al general de los Jesuitas acerca del estado de las cosas, mucho mas que para ir á entregar al papa una cárta de la emperatriz Helena, segun era el objeto aparente de su viaje. Ese buen Jesuita que quizás tomaba su embajada por lo serio, pero que seguramente no sabia nada de las secretas resoluciones tomadas por sus cofrades, publicó en Europa su *Sucinta Relacion*, en la cual despues de haber referido los acontecimientos de los misioneros de la Compañía en la China, el gran influjo que ejercian en la corte de Tum-Lié, la docilidad de ese emperador, etc., añadia: «Desde aquella epoca (es decir, desde el bautismo del hijo del emperador, y los regalos que recibieron los Jesuitas en aquella ocasion). merced á nuestras oraciones, Dios ha protegido al emperador y le ha hecho ganar victorias contra los rebeldes (1).»

Desgraciadamente para Tum-Lié en el mismo instante en que el muy Reverendo, pero poco veridico Padre Boym escribia esto, el hijo de Vsan-Quei, animado por los Jesuitas que tenía junto á sí, y de los cuales algunos le fueron de mucha utilidad por sus conocimientos en matemáticas, tomó la resolucion de deshacerse de su rival, y ser desde entonces el único que reinase en

(1) Este aserto que no ha mucho se ha desmentido, puede verse en la *Sucinta Relacion* del Reverendisimo Padre Boym, impreso en la pagina 13, parte segunda, de la edicion hecha en Paris en 1664 de los *Viajes curiosos* de Thévenot.

El autor de la Historia religiosa politica y literaria de la Compañia de Jesus nos hace saber que tiene en sus manos la carta de la emperatriz que el Reverendisimo P. Boym trajo al gefe de su órden.» Esta carta, dice M. Crétineau-Joly, es un largo velo de seda amarillo, guarnecido con frangas de oro, y le tenemos en nuestras manos.. » Corriente! ¿pero no hay alguna mancha de sangre en ese velo? eso es lo que quisiéramos saber.

el imperio celeste. Puesto al frente de sus tártaros invade las provincias que aun reconocen al descendiente de Van-Lié, las sorprende, bate, y destroza el ejército del desafortunedo príncipe, que con toda su familia cae en manos del vencedor; el cual inmediatamente hace degollar á Tum-Lié y á su hijo, á ese desgraciado jóven príncipe á quien el Jesuita Cofler habia pronosticado tan bello porvenir al tiempo de bautizarle! Pero el Padre Adan Schall habia predicho la victoria á Chum-Tchi, y este era el superior de Cofler, como Chum-Tchi era mucho mas poderoso que Tum-Lié: verificóse pues la prediccion del padre Adan Schall.

Si solamente á causa de sus talentos astrológicos Adan Schall y sus negros compañeros fueron recompensados por Chum-Tchi; es preciso que á ese Emperador le causára estrema admiracion la astrologia! Podrá juzgarse por lo que sigue: Cuando murió Chun-Tchi, es decir en 1661, y por consiguiente menos de sesenta años de la llegada de Ricci á aquella mision, la Compañía de Jesus contaba en la China treinta y ocho residencias, y ciento cincuenta iglesias!...

En todo el tiempo de su vida Chun-Tchi mostróse constantemente favorable á los Jesuitas, á quienes colmaba de honores, y honores harto incompatibles, á nuestro ver, con la calidad de Jesuita. Apelamos al testimonio de los mismos misioneros, cuando decimos que el Padre Adan Schall, vicario general de la mision, fué decorado por el emperador con el título de mandarín de primera clase, y debió violentar la humildad de un hijo de san Ignacio hasta dejarse prodigar todos los homenages anejos á aquella dignidad que acumulaba con muchas otras. ¡Vaya que es muy singular! ¿Las Constituciones do los Jesuitas que á cada uno de los miembros de la órden les prohiben aceptar ninguna prelacía, acaso permiten en rúbrica secreta dejarse revestir con una dignidad china cuyos deberes, á pesar de toda la habilidad de los cofrades de Escobar, á veces debian estrañamente jurar, teniendo no obstante el carácter de sacerdote cristiano? Figúrese el lector el estraño y curioso espectáculo de un dignatario Jesuita, revestido con esas vistosas y relucientes telas de la China, en su rica palanqueta llevada por una docena de sus gentes, escoltado por una partida de sus guardias, haciéndole sombra un inmenso parasol de honor,

y á los dos lados del cual unos criados agitan grandes abanicos, pasando con toda gravedad por lo largo de aquellas calles circuidas de paredes de porcelana, al través de aquella multitud pintarrajada que respetuosamente se aparta, y se postra delante» del gran Mafá, gefe de los Bonzos de Europa, presidente de las matemáticas del imperio, y mandarin de primera clase, etc.;» pues todos estos títulos tuvo realmente el padre Adan Schall. Otros Jesuitas tambien fueron creados mandarines. Cosa inaudita en los anales del imperio celeste, la cual al paso que nos pinta el favor de que gozaba el Padre Schall, nos demuestra igualmente la importancia de los servicios hechos al vencedor de Tum-Lié! Este Jesuita tenia libre entrada en el palacio imperial y departia mano á mano con el emperador, quien solamente por él queria quebrantar las leyes de la etiqueta china, que colocan un misterioso velo entre los súbditos y el soberano. En sus memorias nos dice el padre Ricci que se creyó que él tambien gozaba del mismo favor para con Van-Lié; pero que era un error, error que le dió mucha importancia, y que por consiguiente se guardó muy bien de desmentir (1).

Ocioso parece decir que los Jesuitas se aprovecharon y ampliamente del favor que gozaban para con el emperador á fin de procurarse amigos, prosélitos, y filiados en todas partes, á fin de establecerse en todas partes; y sobre todo á fin de amontonar durante el tiempo de paz y de calma, tesoros que habian de servirles en los dias de guerra y de borrasca.

En aquella época la Compañía de Jesus fuése consolando de la pérdida del Japon; pues la China habia reemplazado la provincia arrebatada al imperio Jesuítico. Por espacio de algunos años los Jesuitas mandarines, hicieron correr desde Pekin á Roma un rio de riquezas, cuyas copiosas avenidas llenaron hasta la tapa las arcas del tesoro secreto de la Compañía (2).

(1) Ricci añade que solo fué admitido, como los mandarines, á saludar el trono imperial en los dias de solemnidad. Notamos aqui que ese fundador de la mision jesuitica en la China, si no hizo la farsa en vestido de Mandarin entre los Grandes del imperio celeste, colocóse al menos entre los *Letrados* chinos. Con la autorizacion de sus gefes tomó el vestido talar y el alto bonete de los Bonzos. Solo nos hace saber que ese bonete se parece mucho *á los de nuestros Obispos*. El cofrade de Escobar sin duda veia en eso una escusa del abandono hecho del traje de sacerdote cristiano y del disfraz de sacerdote idólatra.

(1) Debemos creer que ese tesoro, agotado por los gastos de las conquistas en Asia

Desgraciadamente Chun-Tchi murió jóven, dejando por heredero un príncipe aun niño. Era tan grande el influjo que el Padre Adan habia sabido tomar y conservar hasta el último momento en el espíritu del monarca chino, que al espirar confió al Jesuita la educacion y tutela de su hijo sucesor. Sin perder tiempo quieren los Jesuitas aprovecharse de esa minoría que pone en sus manos las vacilantes riendas de aquel inmenso imperio. Desde Roma á Pekin vuelan y cámbianse ambiciosas palabras sobre toda la superficie del imperio celeste, fórmanse los batallones de los neófitos cristianos y organizan brigadas al mando de sus negros oficiales. Atenta la Europa escucha los misteriosos ruidos que le llegan de aquellas estremas regiones del Asia; y ve como los pliegues de la bandera negra se hinchan con mas orgullo y se estienden desmedidamente, prontas á cubrir una perte del continente asiático con su dominadora sombra, que desde aquella hora va ocupando el espacio de una vasta region de América, el Paraguay, ese reino en que los Jesuitas son los reyes.

Sábese de repente que el cristianismo está proscrito en la China, que han desterrado de allá á los Jesuitas, y que el Padre Adan Schall desde la primera grada del trono imperial ha sido precipitado á un lóbrego calabozo, de donde no saldrá sino para el último suplicio. Todas estas noticias eran verdaderas; pues en el celeste imperio acababa de acontecer un gran trastorno que habia terminado con la expulsion de los Reverendos Padres, por ser debido aquel únicamente á las perpetuas intrigas, á la desmesurada ambicion, á la insaciable codicia de los hijos de san Ignacio, y á sus eternas disputas con los Misioneros de otras Órdenes. Los Regentes del reino nombrados por Chun-Tchi segun los consejos de Schall, y que le eran sumamente adictos procuraron luchar contra la tempestad que finalmente se desencadenaba contra los Jesuitas; pero hubieron de abandonarlos por medio de que no se llevase á ellos juntamente. No obstante el Padre Adan Schall,

y en América, se hallaba vacío en aquella época; pues vemos que los Reverendos Padres en 1646 hicieron una quiebra famosa, enorme, y de la que hablarémos mas adelante. A no ser que la quiebra de Sevilla haya tenido por objeto, como podria ser muy bien, enriquecer á la Compañia con 450, 000 ducados de deuda pasiva que manifiesta su balance. ¿Què dicen de ello los Jesuitas mercaderes á los Jesuitas mandarines?

mandarin de primera clase, presidente de las matemáticas del imperio y gobernador del jóven monarca, tenia aun tantos partidarios, que no solamente se libró de la muerte cruel á que habia sido condenado, sino que tambien alcanzó su libertad, la cual solo le sirvió para morir luego con toda quietud y reposo entre los suyos. Por lo demas parece que pasados los primeros temores de la reaccion, no sufrió el cristianismo una persecucion muy violenta, á la cual pusotérmino algunos años despues la mayoría del hijo y sucesor de Chun-Tchi.

Bajo el reinado del emperador Kang-Ki los Jesuitas volvieron á afianzar luego su poder, y con mas solidez que nunca; pues doblaron el número de sus casas, de sus iglesias y catecúmenos; siendo décuplo el de sus filiados ó satélites. A fin de que todo el imperio tuviese una prueba clara y convincente de esa revirada, alcanzaron del Emperador una especie de rehabilitacion póstuma en favor del padre Schall; y vióse en cierto dia una estraordinaria pompa fúnebre, dirigida por un Mandarin, gran oficial de la corte, que atravesando las calles de Pekin se encaminaba hácia el campo de reposo, en donde acababan de alzar un magnífico mausoleo en honor del padre Adan Schall. Observando lo practicado en China el acompañamiento abría la marcha con banderas en que habia figuras de hombres, de mugeres y de diversos animales. Seguian luego sacerdotes de Confucio, recitando las alabanzas del difunto, y unos cuantos muchachos llevando enormes incensarios de cobre en la cabeza caminaban delante del féretro cubierto con ricos ropajes y debajo de un soberbio palio sostenido por cuatro Letrados. Tras el ataud iban los Misioneros jesuitas sin que ninguno de ellos vistiese el traje de su Órden, y en algunos brillaban las insignias de las altas dignidades con que el empera dor los condecorara. El Jesuita Verbiest sucesor del padre Adan Schall, con el grado de gran Mandarin y presidente de las matemáticas, estaba al frente de esa cuadrilla de europeos disfrazados de chinos; de esos sacerdotes transformados en Bonzos; de esos modestos obreros de Cristo convertidos en soberbios dignatarios del imperio celeste. En esa pompa fúnebre de un eclesiástico de la Iglesia romana habia una particularidad digna de tenerse presente, y es que, segun la invariable costumbre de los chinos, unos Bonzos llevando las imágenes de

Confucio y de algunos otros de los santos de la leyenda china, formaban parte del acompañamiento, en el cual veíanse tambien varios juglares, charlatanes y saltabancos, los unos caminando en zancas, los otros montados en corceles ya echando carreras, ya dando corcovos, y todo al son de los tam-tams chinos, que con la esplosion de cohetes y los artificios de pólvora formaban la música mas infernal que pueda darse (1)!...

A fin de mostrarse agradecidos á semejantes honores, sin hablar de gracias mas lucrativas, los Jesuitas se hicieron los arquitectos, los músicos, los pintores, los geógrafos, astrónomos, astrólogos y médicos del emperador (2). Cada vez que que Kang-Hi habia de enviar un ejército contra los tártaros, contra esos rápidos y peligrosos abejones dispuestos siempre á invadir la grande y espléndida colmena de la China, le hacia acompañar por algunos mandarines jesuitas, que componian el estado mayor, el cuerpo de ingenieros, etc. Los escritores de la Compañía de Jesus dicen, que por órden del emperador el digno sucesor de Adan Schall, el Padre Verviest, vicario general de las misiones chinas y gran mandarin, creó una fundicion de cañones, dirigida por él, cuyos resultados son muy superiores á la antigua artillería china, y regaló al celeste imperio un medio perfeccionado de destruccion. Segun se deduce de sus relaciones, los jesuitas formaron tambien el cuerpo diplomático del imperio Chino; y de entre ellos eligió Kang-Hi á sus enviados ó embajadores cerca del Czar de Rusia, encargados de la demarcacion de los dos imperios y de la intervencion de un tratado de paz. Si hemos de dar crédito á cuanto aseguran las relaciones de los misioneros Jesuitas, el emperador quedó tan contento de sus negociadores, que los colmó de títulos honoríficos, y hasta tal punto subió su reconocimiento que á uno de ellos le revistió con su trage imperial!... Tampoco se mostró descontento de ellos el Czar; muy al contrario, nosotros creemos que desde ese instante comenzó la buena voluntad de la corte rusa respeto á la Compañía de Jesus; esa corte cismática, que en algun tiempo ha-

(1) Tocante á esos honores fúnebres, véase á Dapper, *Coleccion de Embajadas* etc.

(2) Los mismos Jesuitas nos hacen saber que uno de esos farautes, llamado el P. Rodes, se hizo entregar 200, 000 francos, suma enorme en aquella época, por el cuidado con que asistió al Emperador.

bia de ofrecer un asilo á la Órden que se proclama defensor nato y perpetuo sosten de la Iglesia romana.

Pero nos hemos estendido ya lo bastante en órden á los Jesuitas mandarines y debemos hablar algun tanto de los Jesuitas misioneros. Convenimos en que los Reverendos padres fueron en la China hábiles mecánicos, astutos diplomáticos, y sabios médicos; ¿pero fueron igualmente dignos obreros evangélicos? Merced á su saber la Compañia de Jesus crecia en poder y riquezas; ¿pero acaso era este el fin con que los envió á la China? fué fundada con ese objeto? La obra de Loyola veíase glorificada, exaltada por sus negros hijos; ¿pero no habian ellos casi arrinconado el cristianismo, ó tal vez puéstole en olvido, y aun ultrajádole? A todo eso procurarémos responder ahora mismo.

Metieron mucho ruido los Jesuitas por los resultados obtenidos en la China en favor de la religion, como tienen la osadía de decirlo y con todo orgullo han opuesto las ciento cincuenta y una iglesias, las treinta y ocho residencias que desde el 1661 tenian en ese imperio, á las veinte y una iglesias y á las dos residencias de los dominícos; y á las dos iglesias, y á la única casa de los franciscanos. De la comparacion de estos guarismos se deduce necesariamente la siguiente conclusion: que los misioneros de la Compañia de Jesus eran los únicos aptos para establecer el cristianismo en aquellas regiones y mantenerle floreciente y para siempre glorificado. A pesar de las sospechas que contra los Reverendos padres empezaban á suscitarse en Europa, tal vez esa conclusion iba á tener fuerza de ley cuando los humillados rivales de los Jesuitas, despues de haber tomado sus medidas en silencio, repentinamente hicieron rostro á los orgullosos ataques de esos por medio de un choque tan imprevisto como aterrador. A despecho de los Jesuitas, pudieron penetrar en las regiones donde estos eran omnipotentes, ciertos misioneros dominícos, franciscanos, capuchinos y lázaros, delegados por sus órdenes en calidad de informadores en las misiones de la India, de la China y del Japon; é hicieron saber al mundo cristiano lo siguiente (1).

(1) Todo cuanto diremos de aqui en adelante lo hemos sacado de los mas auténticos manantiales; hemos procurado sobre todo no recurrir á testimonios dados por hombres que los Jesuitas pudiesen recusar, como hereges, ateos, ni tampoco filosofos

Los Jesuitas para establecerse en la China habian recurrido á la estraña parodia representada ya en el Japon; si bien ahora la llevaron mas al extremo. El padre Ricci, el apóstol de la China, segun él mismo confiesa (1), solo habia puesto en su catecismo los puntos de la religion de Cristo, que de pronto podia comprender la razon humana. Los sucesores de ese padre hicieron todavia mas; pues echando de ver que repugnaba á los letrados ver á Confucio condenado, los convertidores imaginaron hacer un regalo al gran filósofo chino de una especie de revelacion, de intuicion de la creencia y de los dogmas de la Iglesia romana, y por consiguiente de un puesto en el cielo (2). Por otra parte á fin de no acarrear desprecios ni peligros á sus catecúmenos, les permitian ocultar la cruz, la cual segun ellos decian, ya no era el símbolo de la redencion del mundo por la sangre de un Dios, en la que Jesucristo no habia padecido su gloriosa ignominia para la salvacion de los hombres. A fuer de directores indulgentes consentian que sus neófitos conservasen la mayor parte de las antiguas supersticiones, sin oponerse á que se mezclaran en la fiesta de las Hadas, en la de las Almas, en la de Felo, el inventor de la sal; que con culto particular honrasen á los ídolos domésticos; que rezasen su *na-mo-o-mi-to-fo* (oracion del rosario chino), al mismo tiempo que el rosario cristiano; que se proveyesen del *lou-in* (especie de pasaporte para el otro mundo), con tal que no omitiesen la extremauncion. Aun hay mas: con la condicion de presentar ofrendas de mas ó menos valor á esos cómodos directores, podian tener una infinidad de esposas ó concubinas, costumbre que casi es imposible abolir en la China; y casarse tambien con las mas cercanas parientes, con

que es lo peor. Hemos acudido á los padres Navarrete y Collado, á los *Documentos contra los Jesuitas*, á las *Memorias dirijidas á la Santa Sede*, á los *Escritores de autores de las misiones estrangeras sobre los asuntos de la China*, etc., obras todas escritas por religiosos.

(1) Véanse las *Memorias* del P. Mateo Ricci, de la Compañia de Jesus.

(2) Véase sobre esto el tomo primero de las *Memorias del* P. *Le Comte*, misionero Jesuita en la China; el libro cuarto de la *Historia de la China* por el P. Martini, otro Jesuita; y tambien la *Moral de Confucio*, libro publicado en 1688, en el cual Confucio tiene doce apóstoles como Cristo, un discipulo muy amado, etc., etc.: finalmente, segun los misioneros Jesuitas, Confucio fué un primer *tipo* de Jesucristo; espresion é idea que sin rebozo nos ha manifestado el abate Renaudot en su *Disertacion sobre las ciencias de los chinos*.

sus propias hermanas (1)! Lo que acaba de dar la última mano á ese retrato de los misioneros, es que como los chinos no tienen idea de un Dios supremo, ni siquiera termino para espresarle, los Jesuitas con el objeto de procurarse prosélitos mas aina, contentáronse con anunciar en el imperio celeste al Dios de los cristianos bajo el nombre de *Tien* que solo significa *Cielo*, y no mas que el cielo material, segun el padre Rhodes, Jesuita, el cual hace cargos á sus cofrades sobre esa última y suprema acusacion formulada en un diccionario de ese misionero, impreso por la sagrada Congregacion...

Por lo dicho pueden comprenderse todos los grandes resultados que alcanzaron los jesuitas en la China. ¡Qué hay de admirable! Ellos decian á los pueblos de aquella region:» Nosotros serémos vuestros arquitectos, vuestros médicos, vuestros astrónomos; conduciremos y armarémos á vuestros ejercitos, os iniciarémos por fin en todos los conocimientos de la Europa que aun no han podido abrirse paso en Asia; y para eso os pedimos poca cosa: que consintais llamaros cristianos ó dejaros disfrazar con ese título. Oh! no temais nada: solo haréis lo que os venga en talante! ¿teneis clavada en el corazon alguna parte de vuestra antigua religion? pues bien, conservadla! si os incomoda algo de vuestra nueva creencia, ¿porqué no lo deciais mas pronto? Os dispensamos de ello! Príncipe, Mandarines, Letrados, hombres del pueblo, vereis que somos los directores mas acomodaticios que puedan darse... en cuanto concierna á la religion que queremos ser los únicos en difundir entre vosotros. Oh! es preciso que tan solo nosotros la prediquemos; no siendo absolutamente asi, no puede haber salvacion para vosotros, Príncipe, Mandarines, Letrados, hombres del pueblo!»

Nosotros admiramos, que no hayan sido mayores los resultados de los Misioneros Jesuitas; pues el secreto valor que los Reverendos Padres daban á sus cómodas indulgencias, á sus dispensas tan benignas, debió hacer parar á muchos pobres neófitos en el umbral de la iglesia. Por otra parte los chinos quizás eran harto

(1) Navarrette (tom. primero, pàg 73) dice formalmente y como cosa que no niegan los Jesuitas, que estos varias veces concedieron permiso á los chinos para casarse con sus hermanas. El mismo escritor dice que el dia 16 de febrero de 1761, el Jesuita Pedro Morales le contó en presencia de testigos, que un misionero de la Compañia habia dado licencia á un hermano de casarse con su hermana; pero que habiendo muerto esta, logró el permiso ese singular cristiano de desposarse con la segunda.

desconfiados para tratar de pretexto á una religion, y mirar las conveniencias ingeniosas halladas para los convertidos como una via trazada por la ambicion y codicia de los Convertidores. La envidia empero no tardó en detener el curso de sucesos tan halagüeños para la religion de Cristo; pues unos Misioneros franciscanos y dominícos pudieron penetrar en aquella Mision á pesar de todos los esfuerzos de los Jesuitas, los cuales se valieron hasta de la violencia contra dos de ellos, los Padres Juan Bautista Morales y Antonio de Santa María, y la conducta de los Misioneros de la Compañía de Jesus en la China fué puesta de manifiesto al pié del trono pontificio. En 1645 Inocencio 10.° publicó un decreto que confirmaba otro dado en el año anterior por el Santo Oficio, despues de una solemne discusion en el consistorio, por cuyo decreto se mandaba á todo Misionero de las Indias, y particularmente á los de la Compañia de Jesus, que en lo sucesivo debian predicar á los idólatras los dogmas de la Iglesia católica en toda su integridad, y que desde aquel dia en adelante no tolerasen ningun resto de superstición por parte de los catecúmenos, cualesquiera que fuesen. Cuando en 1649 el Padre Morales volvió á la China con ese decreto pontificio, dió conocimiento de él á los Jesuitas, que mostraron recibirle con humildad, pero que en el hecho no le hicieron caso. Su superior en las Indias escribió al P. Morales diciéndole que el y sus hermanos obedecerian al papa *en todo cuanto pudiesen*, y eso no era comprometerse mucho, como se deja ver. Los Jesuitas de Europa hicieron que Alejandro VII atenuase lo que incomodaba á sus Misioneros, y las cosas siguieron la marcha de antes. Mas en aquella ocasion sobrevinieron nuevas acusaciones de los dominícos, que enviaron á Roma á uno de los suyos, el Padre Navarrete, despues arzobispo de Santo Domingo. La santa Sede con el objeto de tener noticias exactas tocante á la formacion de la causa, envió á Asia tres vicarios apostólicos elegidos en la Congregacion de las Misiones estrangeras, la cual nuevamente establecida y sin estar mas ligada con los Jesuitas que con los dominícos, parecia que sus individuos darian fieles é imparciales informes. Para dar á esos un carácter mas sagrado, se les revistió con la dignidad episcopal; pero á pesar de eso, ¿qué recibimiento se cree que hicieron los Jesuitas á esos tres delegados del soberano pontífice? Nos

lo esplica el secretario de la Propaganda, que al dar su parecer acerca de los autos de la causa, dice así: « Empezaron los Jesuitas á desacreditar á esos obispos vicarios apostólicos en las reuniones públicas, en las mismas iglesias, y levantando un reprehensible cisma, con astucia dieron á entender al pueblo que aquellos obispos eran hereges, y que eran sacrílegos ó nulos todos los sacramentos administrados por ellos ó por sus sacerdotes, siendo preferible morir sin sacramentos á recibirlos de su mano..... Hicieron trasladar algunos á Goa, y se sirvieron de los príncipes idólatras para arrojar á otros, *valiéndose tambien para eso de los malvados y de los apóstatas!. .. »*

Peor se condujeron los Reverendos Padres con el cardenal Tournon, legado del Papa, enviado en 1706 con el encargo de allanar las dificultades de las misiones asiáticas. De toda suerte contrariaron á ese prelado los Jesuitas, empezando por indisponer contra él al emperador chino, cuya irritacion llegó á tal punto, que en 1710 le arrojó de sus Estados y á viva fuerza le hizo embarcar para Meaco, en donde los hijos de san Ignacio se constituyeron sus guardias y carceleros. El venerable prelado murió en poder de los Jesuitas: quienes cuidaron de no dejarle volver á Europa despues de la conducta que con él habian tenido, conducta verdaderamente infame; pero antes de morir el cardenal Tournon habia podido trazar con su débil mano una carta para el señor obispo de Conon, que es el documento mas terrible que contiene el legajo de los cargos dirigidos contra la negra Compañia, el cual dice asi: «Horrorizará al saber que aquellos mismos que naturalmente debian ayudar á los pastores de la Iglesia los hayan provocado y hecho comparecer ante los tribunales de los idólatras, despues de haber escitado contra ellos el odio en el corazon de los paganos, empeñado á esos paganos á tenderlos lazos y á tratarlos pesimamente con desprecio de la dignidad episcopal y de la santidad de la religion (1).

En otra carta dirigida al señor obispo de Auren, dice el prelado que por parte del obispo Jesuita ha sufrido una barbarie que

(1) Estas cartas fueron impresas, y se encuentran en los *Escritos de autores de las Misiones estranjeras sobre los asuntos de la China*; cuya obra abunda en convincentes pruebas contra los Jesuitas, descubriendo su bàrbaro comportamiento contra el Legado, las estrañas transacciones con las supersticiones chinas, las intrigas y tambien los crimenes.

no habia hallado entre los gentiles, y llama á los Jesuitas » gentes que de todo punto han sacudido el yugo de la obediencia y del temor de Dios. » Resulta de esas dos cartas, que los Jesuitas omnipotentes cerca del emperador Kang-Hi disponian de la libertad y tambien de la vida de sus adversarios que no habian sabido imitar la osadía de ellos para hacerse nombrar mandarines. El papa Clemente XI á pesar de ser amigo de los Jesuitas, no pudo empero tolerar su audaz y cruel conducta, que condenó solemnemente por medio de una bula dada en 1715; pero los Reverendos Padres recibian esas bulas á corta diferencia como los temibles pachas recibian los firmanes del famoso padischah. Cuando el contenido no era favorable á sus intereses, ni siquiera se tomaban el trabajo de imitar á los dignatarios osmanlis para aparentar grande respeto por el firman pontificio, sino que con el mismo cruzaban la cara al portador, muy dichoso si salia tan bien librado: testigos de ello el cardenal Tournon, el señor obispo de Heliópolis, los señores Maigrot, Leblanc, el Padre Espíritu, superior de Capuchinos y cura de Pondicheri, el señor Visdelou, que si bien era Jesuita no lo era á gusto de sus cofrades, etc. etc.

Siguiendo los Jesuitas su loable costumbre no dejaron de echar toda la culpa á sus víctimas, cuyos actos é intenciones procuraron denigrar en Europa despues de haber comprometido en Asia su libertad y vida, de haber atentado ó hecho atentar contra ella, si hemos de creer á los testimonios recopilados en el alegato de autores de las Misiones estranjeras, y en las memorias y defensas de los que han sufrido los escesos cometidos por los Reverendos hijos de san Ignacio. Para sincerarse pues en Europa, á los ojos del santo Padre y de toda la cristiandad, del mal tratamiento que dieron al desventurado cardenal de Tournon, é igualmente de las acusaciones que motivaron el enviar á ese legado á la China, no perdieron tiempo para lograr certificaciones que atestiguasen su inocencia sobre todos los estremos. Merced á su poder en el imperio celeste y al terror que inspiraban, no les fué dificil hallar varias personas que les dieron las certificaciones tales como deseaban, proviniendo de aquí el gran ruido que hizo y el triunfo que logró la Compañía; pero por desgracia muchos de los que firmaron dichas certificaciones, no tardaron en declarar que con maña y terror les

habian arrancado la firma. En prueba de lo dicho citarémos una *Declaracion* del Reverendo Padre Miguel Fernandez, fraile franciscano, antiguo misionero en la China (1), en la cual ese religioso declara «libremente y sin ser requerido, pero tan solo en honor de la verdad y para descargar su conciencia, que reconoce *haberse desviado de la verdadera senda y que ha cometido una falta* dando á los Jesuitas ciertas certificaciones, etc.» Casi al último de su declaracion confiesa el Reverendo Padre Fernandez, que á mas del mal trato por parte del emperador chino y de los Jesuitas mandarines, le decidieron á dar tales testificaciones el haber creido de buena fe cuanto le dijeron los Jesuitas acerca de que el legado Tournon tenia el encargo de destruir á todos los Misioneros que no pertenecie sen al clero regular. Añade que un Jesuita llamado el Padre Franqui, le mostró una copia de un convenio firmado por religiosos de las diferentes Órdenes y en el cual se comprometian á sostenerse mutuamente. Mas el franciscano al concluir se esplica así: desde que entregué tales testificaciones á los Reverendos Padres me atormentan las inquietudes y los remordimientos; habiendo ya dicho al momento de entregarlas: » No permita Dios que en el dia del juicio haya de presentarme con esas testificaciones colgadas al cuello. »

Todas las órdenes religiosas nos proporcionarian pruebas infinitas acerca de lo dicho, las cuales muestran que «los Jesuitas en su cálculo solo se apartan de la verdad en un todo» valiéndonos de una frase usada por los autores de las misiones estrangeras. No obstante en aquella época mientras que los Jesuitas de la China despreciaban las órdenes del santo Padre, insultaban, encarcelaban, hacian perecer miserablemente á su legado y á vicarios apostólicos; los jesuitas de Europa teniendo á su frente el reverendísimo General María Angel Tamburini, hacian una protesta de su obediencia inalterable, esplícita, á los pies de Clemente XI, el cual quedó contento con esa comedia. Y la Compañía de Jesus pudo continuar cobrando los impuestos que sus mandarines percibian en la China en pago de sus estraños trabajos apostólicos, impuestos enormes segun dice el Padre Norbert, el cual si bien era capuchi-

(1) Esta *declaracion* tan concluyente se encuentra en los escritos de 1710 por los autores de las Misiones estranjeras, pàg. 204 y siguientes.

no no temió dar á conocer la monstruosa liga de las idolatrias chinas y los dogmas cristianos, tolerada y aun autorizada por los Reverendos padres asi en la China, como en las Indias; revelar los falsos testimonios, la insolencia, las intrigas y los crímenes que cometian en esas regiones para conseguir sus fines, y todo con gran detrimento de la religion de Jesucristo (1).

Los Jesuitas conservaron su poder y riqueza en el celeste imperio mientras que vivió el emperador Kang-Hi á quien ellos habian educado; pero desde su muerte, segun se deduce claramente de una carta del padre Gaubil de la Compañia de Jesus (2), la canalla solamente se dejaba disfrazar por los Jesuitas con el título de cristiano. Sin duda para ofuscar esa verdad y subir algunos puntos la gloria menguante de sus misioneros, los buenos padres habian pensado desde el 1652 en mandar á Europa á uno de los suyos con el pretendido título de enviado por el emperador de la China cerca de la santa Sede, y en calidad de embajador extraordinario. Y en verdad ese embajador, harto extraordinario, fue quien entregó al papa Alejandro VII y al General de los jesuitas, Alejandro Gottofridi, esa soberbia carta en un pedazo de seda amarilla, que tan grande admiracion causó al señor Crétineau Joly, quien publicó de ella un fac-simile en su obra. Pero el autor de la *Historia religiosa, politica y literaria* de la Compañía de Jesus se ha dejado en el tintero la escena mas curiosa de esa comedia, y es que el visible embajador para dar realce y crédito á su embajada, presentó al papa un jóven chino dándole á entender que era el hijo y heredero del emperador Tum-Lié, el cual habia sido confiado al jesuita como en rehenes de la obediencia que su padre juraba al sumo Pontífice y del reconocimiento que atestiguaba á la Compañía de Jesus. A fin de que esa farsa se tomára por lo serio, con toda pompa instalaron al pretendido príncipe en la casa de los Reverendos padres en Roma, y la multitud curiosa podia ir todos los dias á ver el heredero del imperio celeste, entronizado en una pieza colgada al uso chino, y recibiendo

(1) Véanse las *Memorias apologeticas* del P. Norbert, capuchino; en cuya obra se encuentra cuanto acabamos de referir, si bien espresado con mas energia y acompañado de pruebas tan convincentes como numerosas.

(2) Véanse las *Cartas de algunos Misioneros* y las diversas *Relaciones*.

Lit. Gardelle y C.ª Plaza del Palazio.

El falso emperador.

las genuflexiones de una media docena de mandarines y oficiales del imperio que le habian acompañado á Europa; pero que á pesar de la exactitud de trages y de la longitud de sus bigotes, se presentaban como si se hubiesen disfrazado para un dia de carnaval.

En hora menguada para el embajador estraordinario y para su príncipe de contrabando se recibieron cartas de la China, las cuales esplicaban como el emperador Tum-Lié y su único hijo habian sido asesinados poco despues de haberse marchado el jesuita Boym. A mas un dominico reconoció en el pretendido hijo del emperador chino á un muchacho de muy humilde cuna, y criado por caridad en una casa de su Órden, de la cual salió para entrar en calidad de doméstico al servicio del Reverendo padre Boym En la *Moral práctica* de Arnaud, y en las *Memorias acerca del establecimiento de los Jesuitas en las Indias de España, etc., etc.,* se puede ver cuanto se refiere de esa burlesca comedia, siendo ocioso decir que fué completamente silvada. Los Jesuitas procuraron que cuanto antes desapareciesen los actores, quienes no volvieron á presentarse y sin duda fueron castigados por el mal éxito en su encargo.

Si la tentativa del Padre Boym hubiese llegado á oidos de los emperadores chinos, es muy probable que se hubieran alarmado en gran manera esos soberanos desconfiados de un pueblo enemigo de todos los estranjeros; pero sea que Kang-Hi no oyese hablar de ello, sea que lazos muy estrechos le uniesen á los Jesuitas, á quienes su padre Chum-Tchi habia encargado su educacion, como antes hemos dicho, lo cierto es que ese emperador, vencedor de Tum-Lié y de su hijo, el verdadero príncipe Tam-Tym, siempre se mostró propicio á los Jesuitas, quienes con su influjo se valieron de todos los medios posibles para cerrar la China á los demas misioneros. La suerte no fué empero tan favorable á la Compañía de Jesus bajo el sucesor de Kang-Hi; pues á pesar de sus esfuerzos, que á veces degeneraron en verdaderas persecuciones, los franciscanos, dominicos, capuchinos y lázaros lograron introducirse en la China. Esos otros misioneros, rivales envidiosos del buen éxito de los Jesuitas; segun dicen estos; ó testigos indignados de las intrigas y de las abominaciones de los hijos de Loyola, segun pretenden aquellos, denunciaron á los Reverendos padres en el tribunal

del santo Padre y de toda la cristiandad. Desde entonces asi en la China como en el Japon hubo disputas, conflictos, escándalo en la cristiandad china, conmocion en todo el imperio celeste. Con varios intervalos lograron los adversarios de san Ignacio decretos y bulas del Papa que condenaban á los Jesuitas; mas estos contestaron á los decretos del soberano pontífice con otro decreto del emperador Yong-Tching, sucesor de Kang-Hi, por el cual mandaba que todos los misioneros si querian quedarse en sus estados debian jurar desde la fecha, que se conformaban con los usos del imperio celeste, lo cual era precisar á los rivales de los misioneros jesuitas á obrar como ellos obraban ó á largarse inmediatamente, dejando la China en poder de los solos hijos de san Ignacio, que sabian el modo de conciliar el cielo cristiano con el cielo chinesco. No quisieron someterse á un decreto del emperador que anonadaba sus trabajos ni dominícos, ni franciscanos, ni lázaros, ni ninguno de los obreros apostólicos (1), para quienes hubo solamente persecucion, destierro y muerte. Conformáronse empero los jesuitas con la órden del emperador y se quedaron en la China y en la misma córte del soberano, siendo como en lo pasado sus astrónomos, sus ingenieros, sus relojeros, sus músicos, geógrafos, mecánicos, médicos y diplomáticos (2), en una palabra cuanto quisieron ser. Bajo Yong-Tching hubo tambien jesuitas mandarines; pero á fin de que sus medros no formasen contraste con el abatimiento de los otros misioneros, para cubrir con una apariencia de borrasca la escandalosa calma de que disfrutaban, los dignos padres escribian á Macao, en donde habian arrinconado á sus rivales, á Europa, al Papa,

(1) Los franciscanos no obraron como debian queriendo destruir las supersticiones toleradas, autorizadas por los Jesuitas, con el objeto que sabemos, declamando bruscamente y en alta voz que era preciso optar entre Jesucristo y Confucio; que toda práctica del culto chino era capaz de privar á una alma del paraiso; que el gefe y el dios de la secta de los Letrados estaba condenado, etc, etc. Sin embargo eran consecuentes con su carácter de miembros de la milicia católica y de apóstoles de la Iglesia romana. Nosotros somos defensores de la tolerancia; pero cuando se hacen cinco mil leguas para catequizar á un pueblo, nos parece que se le ha de catequizar en la debida forma: si bien es verdad que los Jesuitas no hacian un viaje tan largo con ese preciso objeto.

(2) El emperador Yong-Tching, á imitacion de su antecesor se valió de los Jesuitas para negociar con el emperador de Rusia, el famoso Pedro primero, á quien tuvo el talento de contentar el Padre Parénin; en cuya mision diplomática ganó el titulo de Gran Mandarin de Yong-Tching.

á los reyes, á toda la cristiandad, «que ellos sufrian todos los contratiempos que acababa de esperimentar la iglesia de la China; que les tocaba una gran parte de su afliccion, y que el emperador habia hallado el medio de hacerles pagar con toda crueldad los honores, las dignidades y los bienes con que los colmaba públicamente.» ¿Podrá negarse que esa era una bella invencion? Los jesuitas tienen gran maña! Previendo que algun dia se les pediria cuenta de la esterilidad de sus obras, de la pérdida del cristianismo do quier que ellos hayan puesto el pie, los Reverendos padres en defecto de la gloria religiosa procuraron hacer resaltar en su estandarte los reflejos de la gloria científica. No negarémos que en parte consiguieron su intento, si bien algo hallariamos que rebajar en cuanto á la importancia de sus trabajos literarios y científicos; lo cual seria en verdad mucho menos que en sus trabajos evangélicos. Los padres Gaubil, Martini, Beuchet, Le Comte y otros muchos nos han hecho conocer una parte del Asia casi desconocida hasta entonces, las diversas religiones, las estrañas costumbres, los usos singulares de esas regiones, su geografía, su historia, la esplicacion de su zoología y la descripcion de sus plantas, etc., etc. No pretendemos negar nada de eso; pero apoyados en el parecer de jueces competentes, insistimos en que hoy dia los trabajos y obras de los Reverendos padres no tendrian la cuarta parte de estimacion que lograron cuando fueron publicadas por primera vez; pues muchos de esos cacareados escritos de los misioneros de la Compañía estan plagados de errores, voluntarios los unos é involuntarios los otros. Si de nuestro aserto se exige una prueba la darémos sin dilacion.

Segun refiere uno de sus mismos cofrades, los jesuitas de Goa en vez de destruir las supersticiones de sus catecúmenos las admitian hasta tal punto, que en su hospital de Goa se servian de un diente de caballo marino (1) para restañar la sangre. El Padre Boym que nos ha conservado esa particularidad (2), añade grave-

(1) Cuadrúpedo de doce á catorce pies de largo y de seis de alto. Es indígeno del Africa, en donde vive indistintamente en el agua y fuera de ella.

(2) Véase su *Breve Relacion* en los viajes curiosos de Thevenot, parte segunda; en cuyo escrito se lee tambien que en la isla de Hanam existen unos *cangrejos* que se petrifican al momento de haberlos tirado al agua. Entonces se reducen á polvos que mezclados con vinagre curan la oftalmia, y mezclados con vino generoso el cólico.

mente «que la esperiencia ha demostrado que la virtud de ese diente depende en parte de la época en que uno se apodera del cuerpo muerto de ese singular animal.» Ese diente, añade el buen Padre con toda gravedad, posee una virtud verdaderamente milagrosa, y da la prueba siguiente: «Un capitan malabar fué hallado muerto en su buque en medio de toda la tripulacion igualmente degollada. Pero si bien el comandante tenia él solo tantas heridas como todos los marineros juntos, sin embargo al paso que estos nadaban en su propia sangre, el capitan no habia perdido una sola gota de la suya. Mas tan pronto como le hubieron quitado un dentecillo de caballo marino que llevaba en el cuello, salió inmediatamente la sangre á borbotones por sus cien heridas.» Bien podriamos multiplicar los ejemplos de semejantes errores científicos, traidos á Europa y acreditados en ella por los misioneros de la Compañía de Jesus... Mas eso nos parece inútil de todo punto, pues ¿acaso los Reverendos padres se establecieron en las Indias, en el Japon, en la China como naturalistas, geógrafos, versados en las lenguas orientales y sabios en todas las ciencias? No por cierto, sino como obreros evangélicos. Por lo tanto aquí solo se trata de discutir los resultados que pudieron conseguir con ese último carácter. Todo lo dicho hasta ahora puede convencer de que esos resultados han sido tan deplorables en órden á los intereses de Cristo, como respecto á los intereses de esas vastas regiones, en las cuales mostraron la cruz solamente para hacerla maldecir.

Los Jesuitas á fin de quedar solos para beneficiar la rica y vasta mision de la China no dejaron piedra por mover, como llevamos referido, y para destruir el efecto de las bulas de muchos papas que prohibian severamente toda alianza de las supersticiones chinas con los dogmas cristianos, los Reverendos padres llegaron hasta el punto de escitar al emperador á que publicase un famoso edicto, con el nombre de Piao, el cual desterraba del celeste im-

¡Esos se llaman crustaceos útiles! Sin duda serán de la misma familia que el *cangrejo* bien enseñado que trajo el crucifijo de san Francisco Javier en las costas de Malaca, y que los singulares cangrejos aparecidos en la China hácia el 1644, los cuales, aun cuando estaban cocidos tenian en su concha una cruz blanca muy visible con dos estandartes tambien blancos por soporte. ¡Que farsa y que farsantes!... En el reino de Chan. Si el misionero ha visto piedras preciosas sacadas de la cabeza de las serpientes, que aplicadas á las mordeduras de reptiles venenosos, se pegan por si mismas á la herida y no caen hasta que la curacion se ha verificado perfectamente!...

perio á todos los Bonzos de Europa que no siguiesen el culto de Confucio. Se deja entender que desde entonces todo fiel y sincero obrero apostólico debió resignarse á salir de la China ó á desafiar la persecucion, y que tambien desde entonces quedaron enteramente arruinadas las misiones de los religiosos de Santo Domingo, de S. Fraacisco y de los encargados de las misiones estrangeras, etc., sublime resultado «producido, dice *el autor de las Anécdotas*, por los perjurios, las impiedades, las negras calumnias, el asesinato, el veneno y la profanacion de cuanto el cristianismo tiene de mas santo!» Segun esplica el mismo escritor, á los Jesuitas se debe tambien el destierro de los obreros evangélicos, la espulsion de los obispos, la ruina de las iglesias, las sangrientas persecuciones, etc., etc. En vano procuró Inocencio XI poner un freno saludable á la conducta de los Jesuitas durante el año 1693; y luego Inocencio XIII irritado de la desobediencia y del escándalo que aquellos daban de cada dia mas, les prohibió que recibiesen novicios en ninguna parte del mundo. Cuando ese pontífice tomaba medidas para librar á la Iglesia y á la humanidad del negro azote, una muerte repentina libertó de tal enemigo á la Compañía de Jesus, sobre la cual recayeron algunas sospechas de haber contribuido á ello.

Levantóse empero en aquella época un grande clamor contra los Jesuitas; de los cuatro puntos principales del globo llegan y se formulan contra su órden sangrientas acusaciones. No hay nacion ni pais que no hayan tomado parte en esa larga requisitoria de los pueblos y de los reyes alarmados: la Holanda presenta el asesinato de su Estatúder (1); la Inglaterra, las tentativas de asesinato contra Elisabeth con la conspiracion de los polvos; la España, la usurpacion de un rico imperio en el Brasil, el Portugal, tambien otro asesinato intentado contra su rey; y por fin la Francia, la trágica muerte de dos de sus monarcas, Enrique III y Enrique IV. Llegó por fin el momento en que manos vigorosas han osado rasgar el velo con que se tapaba la Compañía y fijar en la frente de la *Bestia* (2) la sentencia dada contra «Babilonia la grande, madre de las fornicaciones y abominaciones de la tierra, embriagada con

(1) Gefe de la antigua república de Holanda.
(2) Capitulo XIII del Apocalipsis.

la sangre de los Santos y con la sangre de los mártires de Jesus (3).»

Benedicto XIV y Clemente XIII se atreven por fin á poner la mano sobre esa terrible arca de la cual la humanidad ya ha visto salir tantos males. Puesta en ese camino la santa Sede no ha osado retroceder, impelida como está por los clamores universales que se levantan asi de la Iglesia y del pie de los tronos reales, como de la plaza pública.

Sin embargo los Jesuitas á fuerza de maña por algun tiempo conservaron en la China su influjo y riqueza. Manda el gefe del celeste imperio que los misioneros sigan el culto de Confucio; los Jesuitas obedecen. Los bonzos y los grandes escitan el fanatismo del populacho ignorante; los Jesuitas abandonan completamente su papel de convertidores y se quedan en la China, no ya como misioneros, sino como mecánicos, como pintores, en clase de grabadores, de músicos, relojeros, astrónomos, y de esa manera la corte imperial guarda todavia por algunos años á los Jesuitas mandarines! En cuanto á los Jesuitas misioneros ya desde mucho tiempo no se hablaba de ellos.

Cuando la Compañía de Jesus era reprobada universalmente en Europa, algunos de sus miembros continuaban todavia recibiendo honores en la córte del celeste imperio; si bien en el resto de la China eran proscritos por algo de mas terrible que un edicto emanado del poder imperial: era el odio de los pueblos, quienes por fin reconocian que los Bonzos de Europa, incitándolos á desafiar los edictos de su señor, la persecucion, el destierro, los tormentos y la muerte, no pensaban en el interés espiritual de los catecúmenos, sino en el interés material y materialisimo de los convertidores de su propia órden.

Al grito de agonia y de rabia lanzado en Europa por la negra Compañía, respondió la China con un clamor de júbilo y de aligeramiento.

Ahora debemos dar á nuestros lectores un breve sumario de la

(3) Palabras del apocalipsis en el cap. 17, versiculos 5 y 6; espresiones que Lutero aplicaba á Roma. — Luego describirémos las diversas catàstrofes que motivaron la destruccion de la Compañia de Jesus en Europa, y sinceramente dirémos sobre quien debe pesar la responsabilidad.

historia de los jesuitas no solamente en la India, sino tambien en las otras partes del Asia de las cuales no hemos hablado hasta aquí.

Mientras que los portugueses fueron dueños del Indostan, los jesuitas vieron florecer allá sus misiones; así que los sucesores de Francisco Javier por una temporada bastante larga fueron solos en predicar el Evangelio á los idólatras hindous, ocupándose con gusto en ello porque asi eran solos en extraer á dos manos de esa abundante mina de riquezas asiáticas. Es verdad que en la costa occidental, en un cierto radio, estaban precisados á trabajar de cuenta y mitad con la Inquisicion de Goa; pero en el norte y al este de la península indiana, la casa de comercio Loyola y Compañia cobraba sola los beneficios de vastas y opulentas regiones. Sus activos comisionistas pasando el Indo por la parte de occidente, el Gánges por la parte de Levante, en el norte la gran muralla de los montes Himalayos, fueron á establecer nuevas factorias en Persia y en Kaboul, en Cachemira, en Thibet y entre los Birmanes, en los páramos tártaros, y hasta en medio de las poblaciones del Caucaso.....

Nos parece inútil añadir que asi en esas regiones, como en la China y en el Japon, los Misioneros Jesuitas taparon con mas ó menos habilidad y humillaron con mas ó menos ignominia la cruz de Jesucristo, á fin de plantar cómodamente la bandera de Loyola. Darémos sin embargo alguna muestra de su modo de conducirse, á pesar de que podriamos limitarnos á remitir al lector á las memorias publicadas sobre ese asunto por Navarrete, Collado, etc.; á las acusaciones dirigidas contra los Reverendos Padres por los franciscanos, dominicos, capuchinos, por los señores de las misiones estranjeras, y sobre todo á las diferentes bulas lanzadas por los papas en órden á la prostitucion del cristianismo que los Jesuitas causaron para provecho de los intereses de su órden, do quiera que levantáran una de sus Residencias, verdaderas plazas de mercado público (1). De esta manera los Reverendos Padres procuraban singularmente

(1) A los que hallaren estas espresiones un poco fuertes, les dirémos que las copiamos de los adversarios *religiosos* de los Jesuitas, de los obispos, de los legados, y que á mas uno puede usarlas cuando tres papas (Urbano 8.° en 1633, Clemente 9.° en 1669, Clemente 10.° en 1673) las han aplicado á los hijos de Loyola, encubriéndolos mas ó menos con la uncion apostólica.

que ningun misionero de otra órden pudiese penetrar en el territorio que ellos habian esplotado, y con violencia no muy cristiana perseguian á los audaces que osaban ir tras sus pasos: testigo de ello el cardenal de Tournon, y tantos otros que echaron ignominiosamente, á quienes entregaron á los golpes de los idólatras cuando carecian de otro medio para deshacerse de ellos. Mas cuando Portugal pasó al dominio de España, los frailes dominícos, mejor protejidos, empezaron á sostener una seria competencia contra los Jesuitas; y tan pronto como la Francia hubo puesto el pié en Asia, acudieron los misioneros de las diferentes órdenes pidiendo su parte en la cosecha evangélica. Es ocioso decir que los Jesuitas recibieron muy mal á esos intrusos, originándose grandes disputas, escandalosos debates entre ellos; y entonces fue cuando la cristiandad quedó edificada por los medios que los jesuitas emplearon á fin de fundar esas Iglesias del Asia con las cuales habian hecho tanto ruido. Es notorio que entre otros sus cristianos del Indostan casi no conocian á Roma sino por el nombre, que con un fin, averiguado luego sin dificultad, los Convertidores les permitian conservar la mayor parte de sus supersticiones y antiguas costumbres. Fué en aquella época cuando habiendo presentado el cargo ante el tribunal del soberano Pontífice, los Jesuitas emprendieron disculparse con toda clase de mentiras; arreglando el Padre Lecompte de tal modo las ceremonias chínas, que nada se encuentra absolutamente capaz de chocar con las prescripciones de la iglesia cristiana; y entonces fué tambien cuando Vasquez probó negar el hecho que Martini y algunos otros quisieron justificar. Los jesuitas hacen otra cosa mejor: trasforman á Confucio en una especie de precursor de Jesucristo. Otro mas osado con toda sencillez pretende probar que está bien hecho cuanto sus cofrades hacen en las Indias, y publica su *Defensa de los nuevos Cristianos* (1) Refuta Arnaud ese libro y prueba victoriosamente que tan solo es una mala apología de las supersticiones permitidas por los Reverendos Padres á sus neófitos con un objeto puramente mercantil. El Papa Inocencio X da la razon al doctor Jansenista condenando la obra del Jesuita.

«Los Jesuitas comerciantes! esclama en 1758 el autor de las *Memorias pertenecientes al establecimiento de los Jesuitas en las Indias*, pero es un hecho de pública notoriedad! A pesar de todas las prohibiciones, los Jesuitas quedaron poseyendo un rico comercio. La Compañia nació comerciante, y comerciante morirá!....

(1) Véase ese libro escrito por el padre Le Tellier.

Al paso que la Congregacion de Jesus se mostraba tan acomodaticia con los cristianos nuevos, de los cuales sacaba provecho, hacia alarde de una ortodoxa, y de estraordinariamente severa respecto á los antiguos, á esos cristianos de santo Tomas, que merced á ella, perseguidos, entregados al brazo del santo Oficio, cercados, dispersos, prefirieron abandonar su creencia antes que modificarla siguiendo cuanto querian sus opresores. Se dice que cuando los holandeses llegaron como vencedores á la península índica, los restos de la primitiva Iglesia de las Indias se entregaron á la heregía por odio á los portugueses, á los españoles, y sobre todo por odio á los Jesuitas; pues la pujanza de los primeros conquistadores de las Indias desplomábase por todas partes, y en vez de sus pabellones ya humillados; veíase flotar triunfante en los mares asiáticos el de Holanda, seguido inmediatamente por el de su rival y luego su vencedor, el pabellon inglés. Reclamaba tambien la Francia su parte en esa gran caza sobre la cual lanzabánse con toda avidez ingleses y holandeses; procurando tambien la Dinamarca sacar raja. Se da por sentado que nada de eso se obraba tranquilamente; pues las diversas pretensiones se sostenian con la ayuda del mosquete y del cañon. En medio del conflicto los príncipes índos volvian á levantar allá y acullá sus tronos derribados; y el célebre Mogol, Aureng Zeyb, despues de haber conquistado Bengala, los reinos de Visapour, de Golconda, y todo el norte del Indostan, puesto en Delhi su nueva capital, tomaba el ostentoso título de *Rey del Mundo*. Arrojados en parte los Jesuitas del medio dia de la península, fueron bien tratados por el conquistador Mogol, quien no parece haber sido muy fanático á pesar del título de Musulman, y á este propósito se cuenta que un dia cansado por las importunidades de los Fakirs, especie de frailes mahometanos, mandó á sus oficiales que vistiesen á aquellos con soberbios trajes nuevos, quitándoles los andrajos con que iban cubiertos. Ejecutóse la órden del soberano malgrado la tenaz y viva resistencia de los Fakirs, resistencia que si de pronto pareció estraordinaria, se conoció que era muy natural cuando en el monton de cenizas producidas por los quemados vestidos de los Fakirs, se encontró una considerable cantidad de piezas de oro, las cuales fueron confiscadas por el malicioso Mogol. Aureng-Zeyb á favor de los talentos de los Jesuitas que em-

pleó, hizo callar los edictos de proscripcion lanzados por su antecesor contra la religion cristiana, la cual en su imperio fué tolerada durante su reinado.

Como los Jesuitas no cejaban en la lucha para volver á conquistar su antiguo valimento en el Indostan, se internaron en el Maduré, hácia la punta de la península, en donde un príncipe índo se habia constituido una especie de soberanía, y lograron que se les tolerase. Florecian sus establecimientos en Pondichery, posesion francesa en donde se trabó una fuerte lucha entre Jesuitas y Capuchinos, quedando estos vencidos; pues entónces el sexagenario Luis XIV espiaba sus amores y su gloria bajo la disciplina de un confesor Jesuita. En Tanjora, en Carnate y en Madras, la Congregacion pudo quedarse ó volver á la sombra del estandarte de Francia, cuya proteccion pagaba persiguiendo á sus religiosos y prelados, y que con sus intrigas tal vez aceleró la ruina en las Indias.

Cuando los Jesuitas no podian colocar la bandera de Loyola al abrigo de algun real estandarte europeo, procuraban plantarla al pié del trono de algun Rajah índo, ó entre su pueblo. El Jesuita Padre Costantino Beschi, que cuidadosamente habia estudiado las lenguas habladas en la India, y hasta el sanscrit, lengua eclesiástica de los índos para establecer su influjo de un modo incontestable, se trasformó en Brahmen y se hizo pasar por tal. Compuso en idioma índo poesias populares, que hicieron su nombre famoso y á fuerza de truhanerias hizo que le tuviesen por santo á la manera del pais, adquiriendo tal autoridad entre el pueblo de esa parte del Indostan, que el soberano le confirió el encargo de primer ministro. Desde entónces el Reverendo Padre, quien segun dicen sus cofrades, habia renunciado las costumbres de Europa, solo apareció en público magnificamente vestido, montado en un córcel, ó llevado en una rica litera, y escoltado siempre por un número séquito de caballeros índos, de entre los cuales unos llevaban banderas y otros hacian resonar los ruidosos instrumentos de que se compone la música índica. El Sr. Crétineau-Foly confiesa «que el Padre Beschi entónces era tan poco Jesuita como podia.» Si el escritor citado ha querido decir que el Jesuita cuya gloria canta no era absolutamente cristiano en medio de esa mogiganga, nos sentimos muy dispuestos á creerle; mas nosotros estamos conven-

cidos de que siempre permaneció Jesuita, que jamás fué otra cosa sino Jesuita, lo cual es enteramente diverso. El papel que representaba en el Indostan era el mismo que aquellos de los cuales se habian encargado en la China sus cofrades Mandarines.

Allá en donde el soberano no queria admitir á los Jesuitas bajo ningun pretesto, ni bajo ningun traje; los buenos Padres se valian de otra táctica, usaban de otra metamorfosis: no se presentaban como nobles Brachmanes, sino como humildes paries entre el pueblo proclamando ideas de libertad, cuyo exaltado entusiasmo se encargaban de reprimir sus cofrades, ministros y grandes viramamouni.

¿No observaron la misma conducta en Europa? ¿No se les ha visto conformándose con el país, con la época, con la ocasion alternativamente hacer oir á las naciones los embriagadores sonidos de ese himno eterno y que se murmura en voz baja, cuando no es puede cantar en voz alta, ó bien ofrecer á la mano del déspota atemorizado su vestido negro que se echa como una sordina sobre las terribles y amenazadoras vibraciones de la cuerda popular? Sí todo eso lo hemos visto! ¿Debemos ver otra vez todo eso? Dios lo sabe (1).

Casi hasta el fin del siglo décimo séptimo la negra congregacion merced á sus misioneros, pudo diezmar en la parte mas grande del Asia meridional. Bajo el reinado de Luis XIV, decia el almirante Duquesne que despues de los holandeses, los Jesuitas eran quienes hacian mas fuerte comercio en las Indias, esplicándose el célebre marino en estos términos: « Y causa mucho perjuicio á los negociantes franceses, porque hay Jesuitas enmascarados que envian las mercancías á otros Jesuitas disfrazados por cuenta de la Compañía!... »

No podemos pasar por alto una circunstancia bien probada y

(1) En el momento en que escribimos estas lineas, se anuncia con gran ruido que el Sr. Rossi, nuestro herético embajador, acaba de alcanzar del Papa la dispersion de los Jesuitas de Francia, la cerradura y venta de sus casas. Que se haya alcanzado del santo Padre ò del General de la Compañia, no nos parece un resultado de consideracion; pues nuestro parecer es que la sumision de los Reverendos Padres es solamente un ardid. Si hoy retroceden es para arremeter mañana con mas impetu; y serian muy necios sus adversarios si se fiasen en esa mentirosa tregua. ¡Centinelas, alerta!...

que parece la consecuencia de un párrafo de las *Instrucciones secretas* de los Jesuitas, que citamos en el capítulo tercero de la primera parte de esta historia. Los Reverendos padres cobraban en Asia el interés de veinte y cinco y aun de treinta por ciento. ¡ Bonita ganancia para unas personas tan piadosas, tan buenas y tan santas!...

Segun parece los misioneros sucesores de san Francisco Javier, habian descuidado mucho á Cochin y el pais dependiente de ella, por la razon de que era muy pobre: así que dejaron tranquilo por mucho tiempo al obispo de esa ciudad, sufraganeo del arzobispo de Goa; pero en fausto dia uno de los que iban á la descubierta les manifestó que si era ingrato el territorio de Cochin, esta ciudad tenia en cambio una especie de lago salado, el cual producia abundantemente perlas de la mayor brillantez. Al momento los Reverendos padres sienten enternecerse sus entrañas en favor de los habitantes de la diócesis de Cochin, casi todos idólatras: proponen pues al obispo ir á ayudarle para aumentar su rebaño de fieles, y el bueno del obispo acepta con alegria esa proposicion que le conmueve; y los jesuitas se instalan en su casa. La pesca de las perlas era casi la única industria de los índos de ese paraje. Es fácil de adivinar que si los jesuitas predicaban secundando el interés del obispo, no descuidaban el suyo propio, para lo cual adoptaron el plan siguiente. Con estudiada maña hicieron entender á sus catecúmenos cuan justo era que si sufrian el trabajo de su conversion, lograsen tambien la utilidad de su comercio; en una palabra, indujeron á los pescadores índos á que no vendiesen sus perlas sino á ellos, y se las pagaban al mismo precio convenido con los mercaderes portugueses, quienes una vez al año venian á esa pesca; y asi fué que en la época ordinaria llegaron segun costumbre; pero les fué preciso marcharse como vinieron porque los jesuitas habian comprado todas las perlas. Al año siguiente los misioneros practicaron lo mismo, y por consiguiente el resultado fué el mismo del año anterior para los mercaderes, los cuales no volvieron á parecer. Entonces los jesuitas declaran á los pescadores que no pueden comprar el producto de su pesca sino con un dos ó tres de rebaja; y los índos tuvieron que acceder á la proposicion de los Reverendos padres, los cuales no contentos con eso, acabaron por

hacer que esas pobres gentes trabajasen á jornal y por cuenta de los misioneros; habiendo alcanzado, segun parece, una declaracion de propiedad del lago, que les habia entregado el gobernador á quien habian procurado interesar en su pequeño y honroso comercio. Cuando el obispo de Cochin conoció cuan peligrosos asociados habia introducido en su diócesis quiso despedirlos; pero los buenos padres no se mostraron dispuestos á obedecer: antes al contrario; hicieron edificar un castillo fortificado en una isla que se levantaba casi en medio del lago de la pesca, y desde entonces se consideraron como los señores del lugar, y usaron de mas rigor contra los pobres pescadores, obligándolos á trabajar por tan largo espacio en el agua, que muchos de ellos murieron. El obispo de Cochin denunció la usurpacion al papa y al rey de España, los cuales le enviaron bulas y decretos; pero los Jesuitas se rieron de todo: en vista de eso el prelado enfurecido reune y arma á los pescadores, muy exasperados por su parte, y al frente de ellos va á atacar la fortaleza, que por fin cae en su poder á pesar de una obstinada defensa.

Sin embargo los Jesuitas protejidos por el gobernador y por su título, no fueron ahorcados segun merecian y lo pedian á voz en grito los pescadores, ni siquiera fueron echados de la diócesis, como el obispo deseaba de veras El buen prelado se contentó con reunir todo su clero y sus fieles, pasando luego con solemnidad á las orillas del lago, que maldijo y al cual mandó en nombre de Dios que no produjese mas perlas.» Y el lago obedeció, añade el cándido historiador de quien copiamos estos pormenores; pero apenas los Jesuitas habian partido cuando otra vez, volvió á dar perlas, mas hermosas y en mayor cantidad que antes.»

En las Indias los Jesuitas siempre se mostraron hostiles á los obispos; y mientras pudieron no dejaron de impedir que se estableciesen alli. Nunca quisieron reconocer mas de uno para todo el Japon, y en caso de vacante ó de ausencia se habian nombrado sus vicarios generales natos; haciendo que residiese casi siempre en Meaco ese prelado elegido de entre los suyos. En la China no los quisieron absolutamente. Refiriendo Bartoli como el padre Trigault, uno de sus cofrades, procuró en vano hacer observar en la China los decretos pontificios de reforma, añade: «¿Qué sucediera

si á mas hubiese traido un obispo? y un obispo que *no hubiese podido introducir?*» Vese claramente que el historiador jesuita no teme decir que sus cofrades no habrian permitido al obispo entrar en su diócesis. Ya hemos referido el como los Reverendos Padres sabian deshacerse de los obispos ariscos. Hasta ahora vacilábamos en repetir una terrible acusacion que hemos encontrado formulada contra la Compañía en una obra que se publicó el año primero de la Restauracion (1). El autor anónimo de ese libro dice así: «Habiendo leido en un escrito cuyo título es. *Del papa y de los Jesuitas*, que segun los archivos de Roma, informados y verificados en los regístros de Clemente XI, los Jesuitas envenenaron al cardenal Tournon, preso en su casa de Macao, él habia adquirido la certeza de la existencia de tal documento.»

Y despues de esto aun se atreven los Jesuitas á glorificar, casi á deificar á sus misioneros de las Indias, y á su famoso P. Parennin entre los propios verdugos del Cardenal legado!... Es ocioso decir que nada de eso se menciona en las *Cartas edificantes de algunos Misioneros.*

Y á propósito de esas cartas muy célebres, muy hábilmente redactas, debemos decir, que segun parece, sus principales autores fueron los Padres del Halde, Gobien, Patouillet y algunos otros Jesuitas que nunca salieron de Paris ó de su distrito, y quienes sin duda recibian de la China ó del Japon los borradores informes que estaban encargados de corregir, de embellecer y de amplificar. La Sorbona censuró á Gobien en vista de los errores que à sabiendas habia propagado acerca de la religion china. Benedicto XIV condenó un libro del P. Patouillet (el *Diccionario de los libros jansenistas*).

En 1723 Inocencio XIII no temió declarar que los Jesuitas se habian constituido *los espias, los alguaciles, los carceleros y los verdugos* de los otros misioneros, de los prelados de las Indias, de los vicarios apostólicos y legados de la santa Sede. Ya el cardenal Tournon habia dicho de los hijos de san Ignacio: «Si los demonios hubiesen salido del infierno para introducirse en Pekin, no

(1) *Los Jesuitas tales como han sido en el órden político, religioso, etc* por un antiguo magistrado, un volúmen en octavo, impreso en 1815. Su autor es el Señor de Selvy.

habrian causado mas daño á la religion y á la santa Sede, del que han hecho los Jesuitas!» Lo que hay de singular, como afortunadamente lo notan los señores de las misiones estrangeras, en su *Contestacion á la protesta de los Jesuitas* (pagina 313), es que tales palabras de la víctima de su Compañía, las refiera un miembro de la negra Congregacion, el P, Tomas. ¡El autor del *Primer siglo de la Compañía de Jesus* no esclama con toda candidez que sus cofrades son « los fariseos del Cristianismo!... » Es bien sabido que los fariseos eran los doctores, los príncipes entre los judios; pero que ellos fueron tambien quienes hicieron crucificar á Jesucristo. Es preciso que el orgullo haya trastornado la cabeza al jesuita que llega á hacer tal confesion!...

Hemos dicho que un misionero Jesuita permitió á un chino que se casase con dos hermanas; pero otro hizo algo de peor aun como lo atestigua el P. Ibannés de Echeverny, pues permitió á una portuguesa, la cual habia envenenado á su marido de acuerdo con su amante, que se casase con este, y celebró sus bodas *un mes* despues de la perpetracion del crímen, sabido ya en todo el pais. Si el padre Ibannés preguntára á ese estraño Director llamado Pedro Canavari, « ¿como habia podido dar una dispensa?» el Jesuita hubiera contestado « que no se habia ocupado de ello.» En efecto, ¿que dispensa podia haber en semejante asunto?

No concluiriamos nunca si quisiesemos referir todas las infamias toleradas, autorizadas, perpetradas por los miembros de la Congregacion en las diversas misiones asiáticas.

Armand y algunos de sus contemporaneos nos han sugerido varios pormenores que nos parecen muy preciosos, y que no debemos despreciar. Segun dice el doctor jansenista, el famoso viagero Tavernier, que en su relacion esplica de un modo favorable el comportamiento de los Jesuitas en las diversas regiones de Asia en donde pudo penetrar, tenia en su conciencia una opinion asaz diferente de los buenos Padres; y Antonio Arnaud, de acuerdo con algunos otros críticos esplica tal divergencia del modo siguiente:

Parece que Tavernier no sabia manejar la pluma, y cuando hubo arreglado la historia de sus viajes suplicó á una persona conocida que le procurase quien pusiera sus escritos en estilo limado y puro. El oficioso amigo desempeñó tan bien su comision,

que la verdad no debió ruborizarse por su desnudez mirándose en ese terso espejo, tal era el esmero con que la habian adornado, acicalado y engalanado.... Es por demas decir que el oficioso amigo del célebre viajero no era enemigo de la famosa Compañía!...

En la Cochinchina, en Touquin, en los reinos de Siam y de Pegu, los hijos de Loyola observaron la misma conducta que en la India, la China, y el Japon. Tambien allá probaron dominar ó hacerse tolerar, acomodando el cristianismo mas ó menos á las supersticiones de esos diversos paises, grangeándose la voluntad de los reyes, ó si estos los rechazaban colocábanse en medio de la plebe; pero siempre halagando los vicios de unos y otros que beneficiaban en provecho suyo. Lo mismo allí que en otras partes su presencia causó sangrientas revoluciones. Se ha acusado á los Jesuitas de haber contribuido con sus intrigas á la muerte de Cárlos I, tal vez porque en la misma hora en que moria en Inglaterra ese monarca en un cadalso levantado por la revolucion de su pueblo, un rey de Siam era del mismo modo ejecutado por una sentencia popular, en cuya redaccion no habian dejado de intervenir los negros Compañeros. Tambien allá los otros obreros apostólicos y los delegados de la santa Sede se vieron perseguidos por los Jesuitas. El P. Norbert en sus *Memorias Históricas* (tomo 5.° de la edicion en cuarto) dice que los misioneros jesuitas cometieron tantos crímenes en la Cochinchina y en Touquin, que los vicarios apostólicos por cinco veces les intimaron de parte del soberano pontifice la órden de salir de esas dos Misiones; pero los jesuitas se resistieron tanto como les fué posible, valiéndose de todos los medios imaginarios, suscitando mil apuros á los vicarios apostólicos, y hasta llegaron á escitar á sus catecúmenos para que prefiriesen renunciar su nueva religion antes que separarse de sus antiguos directores.

Llegaron á Cochinchina unos Misioneros franceses, y como á los hijos de Loyola les pareciese que aquellos habian de conseguir buen éxito, trataron de arrojarlos abusando de pronto de la calumnia y de la traicion: luego usaron de astucias, y para atraer hácia ellos la multitud que empezaba á dirigirse á la iglesia de los Misioneros franceses, los Jesuitas transformaron las suyas en espléndidos mercados, en donde se verificába *la estraccion de soberbias lote-*

rias (1). Como ese medio era gravoso, inventaron trasformar sus iglesias en teatros, en donde representaban comedias, ó mas bien farsas que hacian soltar carcajadas á los cochinchinos; pero que seguramente no los edificaban por ningun estilo. Finalmente, decididos los Jesuitas á arrojar á los Misioneros franceses de su Iglesia, se introducen en ella á viva fuerza derribando las puertas, cual en una cindadela enemiga. Irritado el soberano de Cochinchina por todo eso y confundiendo á todos los Misioneros en el desagrado con que miró esas escandalosas escenas, publicó en 1690 un edicto contra el Cristianismo; siendo esto precisamente lo que buscaban los Jesuitas. Desembarazados de sus rivales se quedaron en aquellas lejanas playas, en donde pudieron tener alzados sus impuestos sin que los incomodáse la presencia de obreros evangélicos mas fervientes y mas desinteresados. Los breves de Inocencio XI en 1680, y de Clemente XIII en 1762, «condenaron las prácticas idólatras de los Misioneros jesuitas en Tonquin y en Cochinchina, el comercio que hacen allí y los males que causan á los otros Misioneros.» A pesar de todo eso los Jesuitas permanecieron allá observando siempre la misma conducta. ¿Quiere saberse cual era esa conducta? Antonio Arnaud ha probado que uno de esos Misioneros llamado el Padre Bartolomé Acosta, vivía en ese paraje de Asia con un comportamiento que le hubiera acarreado el desprecio de toda la Europa, le hubiera hecho encarcelar y quemar vivo en alguno de los paises católicos. En Cochinchina son muy numerosas las mujeres públicas y su ocupacion es bastante lucrativa. El Jesuita Acosta á fin de convertirlas se familiarizó con ellas, hasta el punto de jugar, beber é ir de bracero con las fulanas, las cuales solo buscaban hacerse ovejas de un convertidor tan despavilado; y si algo temian era por haber oido decir que los Misioneros condenaban el oficio que las hacia vivir. Afortunadamente Acosta era casuista de la Compañía de Jesus: les enseñó pues con toda gravedad que podian hacerse cristianas sin dejar de ser daifas, con tal que consagrasen á Dios una parte de sus beneficios, y solo tuviesen comercio con cristianos (2).

El lector debe disimular que nos presentemos con tamaña por-

(1) Por mas singular que parezca el hecho; está perfectamente probado.

(2) Las pruebas de todo esto pueden verse cuidadosamente recopiladas y reunidas por Antonio Arnaud en su *Moral política*.

queria; pero al atravesar el cenagal jesuítico, indispensablemente ha de comparecer cualquiera hecho un asco, por mas que procure escojer el paso menos sucio.

Hemos dicho que los Jesuitas habian adquirido títulos de gloria por las numerosas obras debidas á sus Misioneros. Dicen que han compuesto tratados de matemáticas, — es verdad! — de historia, — es verdad, mucha mucha verdad!.. ¿Pero han hecho Sus Reverencias algun tratado acerca del Evangelio, acerca de los dogmas, ó sobre la moral? El guarismo de esas obras está casi reducido á cero. El Padre Jesuita Kircer en su *China ilustrada* pone al principio de las obras de su querido é ilustrado hermano, Mateo Ricci, las palabras siguientes:

Sequentes post se libros in bonum Ecclesiæ Sinæ reliquit.

¿Quiere saberse cuales son *esos libros que Ricci ha legado para el bien de la iglesia china*? He aquí los títulos: 1.° Las matemáticas prácticas de Clavio; 2.° seis libros de Euclides; 3.° la esfera del mismo; 4.° un mapa general; 5° un tratado de física; 5° un método para hacer cuadrantes; 7.° la manera de servirse del astrolabio; 8.° *el uso y la manera de hacer clavicordios*; 9.° una filosofía moral; por fin!... Sin embargo, cualquiera que sin advertencia lea el catálogo precedente lo atribuirá á un mecánico, á un instrumentista, ó á todo otro menos á un apostol de la religion cristiana! No obstante estamos dispuestos á convenir en que vale mas tocar el clavicordio ó el violon, como el Padre Ricci, que bailar con las sacerdotisas de la Venus cochinchina, á la manera del jesuita Acosta; aun suponiendo que se limitó á bailar!...

Despues de lo dicho no debe causar admiracion si en la mayor parte de las regiones de Asia do los jesuitas han puesto la planta, el Cristianismo es odiado hasta tal punto, que los europeos no puedan ó al menos por mucho tiempo no hayan podido comerciar allá sino jurando que no eran cristianos, y solo despues de haber hecho lo que llaman el *jesumi*, esto es, despues de haber escupido á un crucifijo, despues de haberle pisado, etc...

De cada uno de esos ultrajes el Cristianismo debe pedir cuenta á los hijos de Loyola; otra mas terrible todavia tienen que dar á la humanidad entera. ¿Cuando llegará la hora de esto?

* *

Pronto se cumplirán tres siglos desde que el primero de los *hombres negros* ponía el pié en Asia; hay cerca de tres cuartas partes de siglo que el último, buitre estremecido, ha huido lejos de esa rica presa. .

Y cada vez que el ángel de la tierra fija la vista en la *Madre de las naciones*, pregunta al espíritu de los tiempos:

« Hermano! cuando se pronunciará su última sentencia? »

Y dícese que se ha oido una voz que por fin respondia, entre los estallidos de un trueno venido del Occidente:

« Prepárate, hermano, para su *Juicio final.* »

PARTE TERCERA.

LOS JESUITAS EN AMÉRICA.

PREAMBULO.

1553.

Los últimos rayos del esplendoroso sol de los trópicos heria transversalmente las gigantescas columnatas del bosque americano acercábase la noche y el *Slicci* ó rey de las flores, como los indios llaman al pájaro mosca, comenzaba ya á buscar un hueco en donde acurrucarse para pasar la noche. En las márgenes del gran rio del Paraguay, en el punto en que se acerca á su hermano Parana, con quien no se abraza hasta cien leguas mas lejos, una tribu de la fugitiva nacion de los Guaranis habia colocado su campo ó rancheria á las sombras de un bosque de Palmeras cuyos troncos se alzaban hasta mas de ciento cincuenta pies y entre los cuales se veian á fuer de hijos de una familia misma el magestuoso *Airi-Asu y el Gesiri Pisando* con los colgantes racimos de color de naranja.

En aquel instante no habia en el campo indio sino mugeres que murmurando un estrivillo en dulce y triste ritmo preparaban la comida de la tarde compuesta de algunas piezas de caza proporcionadas por el Aguti, (verdadero perro de los bosques), y principalmente de arroz silvestre de *Arachis* especie de alfonsigo que en el Paraguay se come asado, de *Jejoes* ó judías del Brasil, de tortas de Inca y de varias frutas, servido todo en platos de madera, ó en las inmensas hojas del Coco de Pindova. Muchas de esas mugeres á quienes la edad y el trabajo no habian agostado eran graciosas, y á despecho de la bronceada tinta de su cútis podian

llamarse hermosas. Jugaban los niños y divertíanse persiguiendo por entre los besucos á los hijuelos del gruñidor Tajasú. De tiempo en tiempo la juguetona turba se replegaba en desórden hácia el campo lanzando agudos gritos, una severa matrona que sobre ella velaba corria á sus gritos de espanto causados no como ella creia por la aparicion de un terrible Surúcucú, mortifera serpentiente, sino por la de un escuerzo cornudo, enorme y asqueroso aunque inofensivo.

Ningun hombre se veia, segun hemos dicho, en el recinto de la provisional aldea, pues todos los de la tribu que podian aspirar al título de generosos estaban congregados en el bosque, en una especie de plaza circular en cuyo centro descollaba una inmensa Pisaba, palmera cuyas enormes hojas de color sombrio caian en largos filamentos lignosos formando cual fúnebre velo. Los boyas ó sacerdotes magos de la tribu estaban acurrucados al pie de la Pisaba teniendo apoyados en su tronco los tamaracas, especie de idolos ó dioses domésticos que eran calabazas adornadas con plumas de diferentes colores. Los gefes de la tribu formaban otro círculo, y aun habia otro compuesto de guerreros guaramis armados y pintados para la guerra. Todos estaban inmoviles y callados y solo de tiempo en tiempo uno de los boyas se alzaba e iba á ver en que altura estaba el sol en el horizonte. Cuando el rey del dia comenzó á bajar los inflamados escalones de la grande escalera occidental levantóse el gefe mas anciano de la tribu y volvió muy luego seguido de las mugeres que traian la cena por ellas preparada, y cuyos mas esquisitos manjares fueron ante todos ofrecidos á los Tamaracas. Desaparecieron entonces los sacerdotes con los ídolos y las ofrendas, y los guerreros comieron servidos por las mugeres. Despues se presentaron de nuevo los Boyas trayendo los dioses de la tribu y declarando que estos estaban satisfechos de las ofrendas recibidas.

En aquel momento una ave nocturna acurrucada bajo la flotante sabana del gígantesco Pisaba, saludó aleteando la llegada de la noche con su fúnebre grito al cual parecian contestar desde lejos los roncos rugidos de un jaquar. Entonces mismo levantándose los boyas lanzaron un clamor agudo y singularmente modulado que fué repetido por los guaramis puestos igualmente

de pié. En seguida todos los guerreros cogiendose por la mano dieron vueltas en derredor de la Pisaba, mientras que los sacerdotes blandiendo con una mano uno de los Tamaracas cogian con la otra un largo tubo de caña lleno de tabaco encendido, en el cual cada uno de ellos soplaba con tanta fuerza que al pasar por delante de aquel punto, cada uno de los guaranis que iban dando vueltas quedaba oculto en una espesa nube. Y mientras tanto los guerreros iban dando vueltas y mas vueltas aumentando la viveza del movimiento y la energía de los gestos, mientras que alguno de los sacerdote scantaba una especie de himno ó cancion repetida por los viejos que decian:

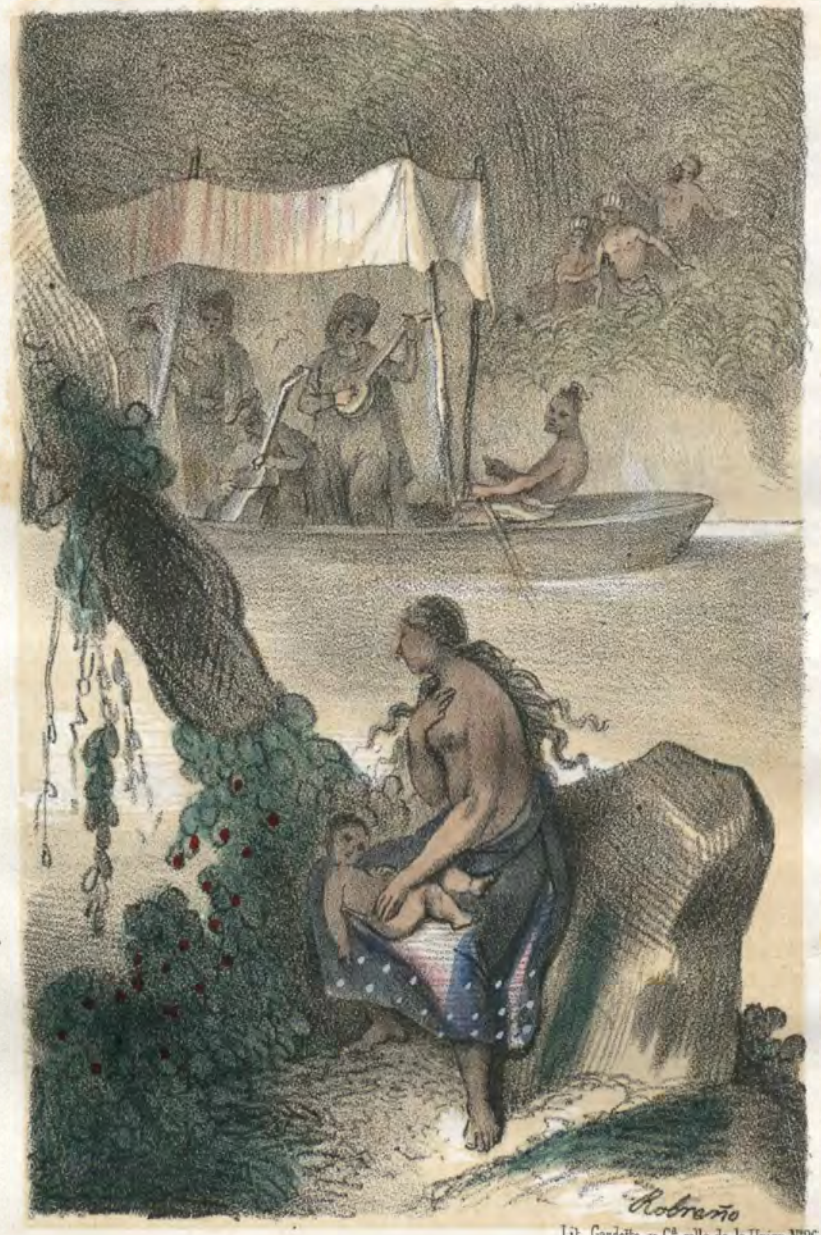
«Guarini, Guarini, recibe el espíritu del valor para que siem-
«pre puedas matar á tu enemigo.»

Y continuaban dando vueltas y siempre vueltas. Poco á poco una embriaguez terrible producida por el humo del tabaco y por la ecsaltacion moral, se apoderó de los guerreros que blandieron sus macanas de palo con gestos frenéticos y lanzaron terribles gritos á los cuales se dispertó el Jaguarete dormido en el corazon del bosque. Los guerreros guaranis sucumbiendo á esa general embriaguez cayeron al suelo á escepcion de uno solo al cual en vano arrojaban los boyas espesos torbellinos de humo de tabaco, acompañándolos con violentos golpes dados con el tamaracas, pues á pesar de todo el guerrero continuaba dando vueltas en torno de la Pisaba, vacilando pero sin caerse.

De repente resonó un agudo grito fuera del recinto en que se ejecutaba la ceremonia, y los estenuados boyas vieron llegar las mugeres y los niños cual si los persiguiese el terrible Sucuarana rival del leon de América. Avanzó el gefe de los sacerdotes hácia aquella muchedumbre aglayada y preguntó á una matrona ya anciana cual era el motivo de terror tan insólito.

Preguntádselo á Guainombi, respondió la vieja india estremecida y Guainombi ó sea un rayo de sol que era la mas hermosa entre las jóvenes de la tribu participó á los boyas y á los guerreros repentinamente dispertados del sueño de la embriaguez y vacilantes todavía, que sus enemigos los guerreros de Europa llegaban de nuevo siguiendo su rastro para dar fin con ellos, puesto que habia visto á poca distancia del campo una de sus grandes piraguas que remontaba el Paraguay.

A semejante nueva los guerreros guaranis parecieron heridos por un rayo, y por un instante se quedaron inmóviles y alelados mientras que aquel en quien los sacerdotes no habian podido infundir el espíritu del valor daba vueltas en torno de la Pisaba vacilando y cantando con voz entrecortada : Guarani, Guarani recibe el espíritu del valor. Otro grito de las mugeres mas agudo que el primero anunció á los guaranis la llegada de aquellos enemigos de Europa tan temidos; y los guerreros á pesar de la ceremonia que debió hacerlos invencibles se precipitaban hácia el fondo del bosque cuando los detuvo su gefe Caramurn-Asú (hombre de fuego), el cual habia ido á reconocer á los que venian y se convenció de que no llevaban armas y que su trage no daba indicio de que fuesen guerreros. A pesar de esta tranquilizadora noticia los guaranes que era la nacion menos belicosa de cuantas habitaban la América meridional se consideraba poco segura cuando hácia el lado por donde se habia visto llegar la barca de los estrangeros sonó una armoniosa sinfonía parecida al vuelo de Azulados, siguió las dos márgenes del gran rio y pasando por encima de la tribu india fué á estinguirse en el corazon de la selva misteriosamente conmovida. Poco á poco percibióse que la armonía mas claramente y á medida que se iban distinguiendo los sonidos, el ritmo se hacia mas vivo, mas alegre y mas seductor. Ya los niños corrian hácia las márgenes del rio y algunos guerreros jóvenes lanzaban esclamaciones guturales de sorpresa y placer y hacian chasquear los dedos. En aquel momento por sobre las olas mas sonoras pero lentamente conmovidas se alzó una voz joven, hermosa y dulce aunque fuerte y llevó á los oidos de los guaranis una especie de himno de amor en lengua desconocida. Viejos y guerreros, matronas y jóvenes, todos corrieron entonces hácia un recodo del rio en el cual entraba una barca conducida por algunos remadores indios y en medio de la cual y bajo una especie de tienda se veia á los misteriosos cantores que repetian en coro la armoniosa estrofa que acababa de cantar uno solo, mientras que los remeros amarraban el esquife á las largas y retorcidas raices de los nopales de la márgen. Los boyas ó sacerdotes de los guarinis fueron los únicos que no participaron del entusiasmo general de la tribu y permanecian cerca de los primeros árboles del bosque ecsaminando lo que pasaba; mas cuando atisba-



Lit. Gardelle y Cª calle de la Union Nº26

Los Jesuitas en el Paraguay.

ron á los esceraordinarios músicos corrieron hácia la márgen del rio blandiendo sus tamaracas con aire terrible y gritando á los guaranis que huyesen al momento y que los recien venidos eran los magos negros de las tribus de Europa mil veces mas temibles que sus guerreros. Los guaranis no oian esos gritos de alarma; los músicos tocaban con viveza el seductor aire de una danza meridional, y los indios redoblando sus esclamaciones guturales nacidas esclusivamente del placer alzaban los brazos por encima de la cabezas, inclinaban estas á uno y otro lado y hacian chasquear los dedos con mucha fuerza en señal de alegria; mientras que los viejos y los gefes dirigian á los recien llegados gestos y palabras de bienvenida y habian despachado al campamento á varias mugeres á fin de que trajesen los refrescos que pudiesen hacerles al caso á los huéspedes. Todos esceptuando los remeros que parecian indios *Patos* y un piloto *Cusciboca* ó mestizo, eran europeos y su trage correspondia perfectamente á la espresion de *magos negros* que acababan de aplicarles los boyas. Eran en efecto magos terribles aunque entonces no usaban de otra varita para sus encantamentos que los arcos de sus violines. Esa gente eran Jesuitas.

Desde el P. Charlevoix autor de una historia del Paraguay y Jesuita veraz, hasta el autor de la verídica historia religiosa y literaria de la Compañía de Jesus, la mayor parte de los escritores adictos á San Ignacio cuentan que en el Brasil y en el Paraguay los Jesuitas á fin de domesticar á los salvages indios que huian de las crueldades de los portugueses y de los españoles, subian y bajaban los rios tocando toda clase de instrunentos músicos, y que los Orfeos cristianos no consiguieron menos triumfos que su modelo del paganismo. Efectivamente los indios son muy sensibles á la armonia; y la música les causa una exaltacion singular. Sabedores los Jesuitas de esta circunstancia resolvieron sacar partido de ella y efectivamente lo sacaron.

En el año 1549 los Jesuitas llegaron á las costas americanas junto con los portugueses que acababan de edificar la ciudad de san Salvador en el golfo de Bahia, en la costa oriental de la América meridional, y esto provino sin duda de que el rey de Portugal Juan III queria por medio de los Jesuitas alcanzar en las Indias occidentales los mismos resultados que le procuraron en las

Indias del oriente. Desde nueve años á aquella parte Francisco Javier acostumbraba á la conquista y al yugo á los pueblos de Asia, recientes súbditos de la corona de Portugal, con cuyo motivo Juan III estuvo muy satisfecho cuando Loyola le ofreció seis de sus discípulos para las posesiones de América. Creia este monarca que los buenos PP. así en América como en Asia trabajarian para él al paso que trabajasen para el cristianismo; y sin embargo los tales solo pensaban en trabajar por cuenta propia. Nos parece haber ya demostrado que esta fue su conducta en Asia, y bien pronto verémos que estuvieron tan léjos de cambiarla en América como que esa es la parte del mundo en donde mas evidentemente han mostrado su ambicion, su orgullo y su sed de dominio.

En Europa los Jesuitas han sido doctores, teólogos, casuistas, escritores, consejeros de príncipes y de papas, confesores de reyes y de emperadores, diplomáticos y cardenales; en Asia se hicieron médicos, mecánicos, astrónomos, brachmanes; y letrados, generales y grandes mandarines; en América fueron reyes. Es notorio que en el Paraguay fundaron aquella estraña monarquía cuyos preludios fueron síntomas de violas, flautas y violines, egecutadas en los rios en medio de las cándidas tribus salvages que corrian para oir aquellos melodiosos sonidos, como el imprudente pajarillo acude con rápido vuelo á la llamada del reclamo.

Antes de referir como se formó aquel estraño *imperio Guaranico* que este nombre se ha dado á los misioneros del Paraguay, preciso es que demos de este pais algunas nociones preliminares.

La parte del Paraguay conocida con el nombre de *Mision* no es todo el Paraguay como generalmente se cree, puesto que segun los dos viageros modernos Mr. Regger y Mr. Longchamp, el singular reino fundado por los Jesuitas comprendia cerca de seiscientas leguas cuadradas del pais, situado entre el rio Parana y el Paraguay al sudeste de la ciudad de la Asuncion. Nosotros creemos sin embargo que el territorio de las misiones comprendia ademas una porcion bastante considerable de terreno por lo largo de las márgenes del Bermejo, y quizás aun se estendia mucho mas lejos al occidente y al medio dia. Ese pais es pasmosamente fértil, pues produce en abundancia el arroz silvestre, el Yuca, y la mayor parte de las plantas y raices alimenticias del nuevo mundo. No hay cosa que

pueda compararse con la magnificencia de sus bosques en donde el sabio Mr. de Humboldt ha visto monstruosos Barsigudos de tres brazas de circunferencia y palmeras de ciento ochenta pies de altura. Una lujosa vejetacion cubre todo el suelo limoso; por todas partes se estiende el bejuco de grandes hojas, se rolla al rededor de los grandes árboles y ostenta muchas veces enormes mazorcas de magníficas flores. Acá y acullá ese magnífico follage está interrumpido por las aberturas que hacen en él, el Tapir que es el mas grande de los animales de la América meridional, las inmensas cuadrillas de Peccaris ó Cerdos salvages, los Jognars y Jaguaretes, el Cugnar, y el leon americano. Pueblan esos primitivos bosques inmensos vuelos de hermosísimas aves de todas especies y debajo de los helechos perfumados por la flor de la vainilla se arrastra una numerosa familia de reptiles entre los cuales está la serpiente de cascabel.

En nuestros dias el Paraguay contiene un prodigioso número de bueyes y de caballos salvages, cuyas cuadrillas pasan como un huracan por las sabanas huyendo de la encarnizada persecucion de una familia de tigres negros: mas esos útiles animales no son originarios del continente americano sino hijos de los que llevaron allí los europeos. Los Jesuitas suponen que todo el ganado vacuno del Brasil procede de once vacas y un toro que los misioneros trasportaron á la Guayra. Nadie les ha refutado este hecho y nosotros queremos dejarles la gloria de esa propagacion aun cuando no fuera mas que para callar un instante el ódio que dispiertan todas sus obras. Nadíe ignora que las riquezas metálicas de la América del Sur y particularmente del Brasil son inmensas; y que tambien se encuentran allí diamantes, topacios y amatistas; y probablemente la vista de los tesoros que de allí trajeron los conquistadores portugueses no dejaria de ser una causa muy eficaz para que el fundador de la Compañía pusiese á disposicion de Juan III no dos misioneros ó uno solo, como lo hábia hecho enviando á Francisco Javier á las Indias, sino seis de sus discípulos que llegaron allá en 1549; y al instante pusieron mano á la obra. Fácil es comprender de que obra tratamos. Los Jesuitas vivieron durante muchos años en buena inteligencia con los portugueses, quienes deseosos de establecerse sólidamente en sus posiciones de América habian levantado pocos años antes la ciudad de Buenos Ayres. Para

ella y para la ciudad de san Salvador construida en el golfo de Bahia les llevaron algunos habitantes los Jesuitas; mas á poco tiempo los RR. PP, dejando allí sus enviados inútiles ya, sino nocivos, penetraron en el interior del pais en donde los conquistadores se habian dejado ver en las pocas espediciones hechas con el objeto de descubrir el fabuloso *Dorado*, pais de oro y verdadero paraiso terrenal por el que suspiraban tantos intrépidos conquistadores, entre los cuales debe quizás contarse á los hijos de Loyola.

Como quiera que sea los misioneros Jesuitas, cuyo número habia ido siempre en aumento, trabajaron con tanto acierto que en pocos años tuvieron en el Brasil un influjo grandisimo, y desde 1553 ese pais estaba ya en el número de sus provincias, como que el P. Nobrega Jesuita portuges fué el primer Provincial.

Desde aquel momento parece que el Santo y Seña de los misioneros de la Compañía fué buscar sitio para un establecimiento en donde lejos de las miradas de los europeos pudiesen ser soberanos sin contradiccion alguna y sin que nadie los residenciase; y finalmente creyeron haber encontrado ese lugar favorable entre los dos rios el Uruguay y el Parana al norte de la confluencia de ambos. El primero habia sido descubierto en 1516 por un aventurero español á quien los salvages se comieron. Cuando la llegada de los conquistadores aquel pais estaba habitado por muchas tribus de indios salvages entre las cuales la gran familia de Tupi era notable por su valor, su fuerza y su acerrimo amor á la libertad. Esas tribus hostigadas por los europeos fueron cejando poco á poco ó desaparecieron á sus incesantes golpes. Los tupinambas despues de haber luchado bizarramente abandonaron por fin los rios que habian visto la cuna de sus tribus, é internandose en los bosques del norte fueron á edificar sus aldeas hácia el grande rio de las Amazonas en sitios que aun no hubiesen sido visitados por los *rostros-pálidos*. Los Apiacas y los Cahahivas tribus medio salvages de la actual república del Paraguay son, segun se dice, los restos de la poderosa familia del Tupi. De suerte que en es Paraguay no habian quedado mas que los Guaranis, nacion poco belicosa y menos enérgica, de cuyos indios hicieron los españoles y los portugeses animales de carga. En medio de esas tríbus erijieron los Jesuitas su singular imperio cuyo cuadro procurarémos trazar ahora.

CAPÍTULO I,

Los Jesuitas reyes.

desde 1608 á 1758.

En los primeros años del siglo XVII remontaba en una ligera y rápida piragua el inmenso caudal de agua del rio de la plata un viagero recientemente llegado de Europa. Al llegar al desembocadero del Parana echó pié á tierra dirigiéndose en seguida hácia un pueblecillo de muy hermoso aspecto. Todo á su alrededor anunciaba la paz, la felicidad y la bienandanza: los campos bien cultivados ostentaban una riquisima mies de arróz, maiz, trigo, y legumbres de Europa, cuya mayor parte de árboles frutales habian sido transportados igualmente á esa fertil comarca. En hermosos y pingües prados que seguian las márgenes de los rios divagaban riquisimos é innumerables rebaños de ganado vacuno, de carneros y cabras mientras que al traves de las vastas *pampas* desfilaban gravemente manadas de caballos soberbios sin dueño, y sin trabas erguiendo la cabeza ó respirando las dulces brisas por las abiertas y ardientes narices. Lanzábanse repentinamente á precipitado galope y volvian luego con la rapidez misma á despuntar la fresca y reciente yerba ó á beber algunas gotas de la fresca agua que entre flores filtraba. De tiempo en tiempo oia nuestro viagero los sonidos de una flauta ó de un oboé, no sin que esas armonías le recordaran la lejána patria. Presentábase en el horizonte oriental

la radiante órbita de sol cuando nuestro viagero llegó á la aldea, que era una encantadora ciudad en miniatura, con calles anchas tiradas á cordel, y que iban á pasar á hermosas plazas rectangulares, en cuyo centro se alzaba un edificio de apariencia monumental. En la mayor y mas hermosa de esas plazas puesta en el centro del pueblo se levantaba una magnifica iglesia. En todas las plazas y calles habia frondosos árboles por bajo cuyas bienhechoras bóvedas corria murmurando continua agua proporcionada por fuentes saltadoras, y protegidas por esa sombra contra los abrasadores rayos del sol de los trópicos. Despues de haber regado y esparcido la frescura en el pueblo iban esos arroyuelos á lanzarse en los canales que circuian la villa rodeada toda ella de fortificaciones de ladrillo y de cesped perfectamente dispuestas.

Conoció el viajero que el aspecto del pueblo correspondia al de la campiña, y que la hermosura del uno era digna de la riqueza de la otra. Suena de repente una campana anunciando la oracion matutinal y apenas las últimas vibraciones hubieron pasado cual un vuelo de gorgeadores pájaros por sobre el lindísimo villorrio, cuando por un movimiento simultáneo se abieron las puertas de todas las casas, y los habitantes jóvenes y viajeros, niños y mugeres salieron de ellas dirigiéndose á la iglesia. Allí entró tambien nuestro viagero y el aspecto del templo hubo de parecer maravilloso á sus ojos por mas que antes se hubiesen fijado en el esplendor y en las riquezas de San Pedro de Roma y de San Marcos de Venecia. En todas partes se veia la pasmosa profusion de riquezas: la mayor parte de las imagenes eran de metal precioso, y el tabernáculo era de oro puro cuajado de rica pedreria.

El sacerdote, despues de una corta oracion en lengua guarámica bendijo á la muchedumbre que salió de la iglesia, y repartiendose en pequeños grupos fué á poner en movimiento ingenios de azucar, molinos y otros establecimientos de industria, ó se dirigió hácia los espléndidos campos que estaban ofreciendo rica mies. Al frente de cada uno de esos grupos iban uno ó mas músicos cantando, y los jóvenes y los viejos y las mujeres y los niños todos estaban vestidos y parecian rebosar en salud y en contento.

Mientras que todos trabajaban con afan los músicos no cesaban de cantar aires alegres, cuyo compas seguian en cuanto era posi-

sible los trabajadores, ó de tiempo en tiempo lo marcaban con algunas notas reemplazando el asqueroso y cansado grito con que en Europa acompañan sus esfuerzos muchos trabajadores. Cuando el sol lanzó perpendicularmente sus rayos de fuego hubo un descanso de muchas horas de las cuales se aprovecharon con los operarios para comer lo que les proporcionaba la ubre de hermosas vacas que daban abundante leche, y la fruta que los árboles tenian colgada hasta tocarles las cabezas; y satisfecha la natural necesidad fueron á tenderse bajo la numerosa sombra de las palmeras. Cuando el sol se ocultó entre las purpúreas nubes del ocaso todos los trabajos cesaron á la argentina voz de la campana de la iglesia, de la misma manera que habian comenzado por igual aviso. Todos entonces así hombres como mugeres se dirigieron otra vez guiados por los músicos hácia el templo y despues de una plegaria tan corta como la de la mañana entraron cantando en sus pacíficas moradas en donde tomaban luego un alimento sano y abundante. Concluida la comida de la noche y con la plateada luz de la luna contra la cual luchaba el titilante resplandor de un inmenso número de velas colocadas entre los árboles vió nuestro viagero como los habitantes del pueblo bailaban y jugaban hasta hora muy abanzada. Otra vez sonó luego la campana y al momento todo quedó apagado y todo calló, así la luz de las velas como la alegria de los danzarines, el sonido de la música y los diversos rumores de la villa sobre la cual el Dios del sueño y del silencio pareció derramar en un momento mismo sus somniferos vapores.

Al dia siguiente aconteció lo que en el anterior, y al tercero fué dia de fiesta para el pueblo, cuyos habitantes salieron de sus casas mas tarde, y vestidos con mas hermosos trages se dirigieron hácia la iglesia en donde se quedaron por mas largo rato; pero los sonidos de una música muy bien dirigida, las entonadas y armoniosas voces de los coristas, los esquisitos perfunes que se alzaban hasta las altas bóvedas, la rica voluptuosa comodidad de los asientos y el esplendor de las ceremonias del culto debia hacer que su duracion pareciese muy breve. En menos de diez dias nuestro viagero contó tres de esas fiestas, tres dias de reposo ó de placeres, de modo que estaba maravillado, enternecido, pasmado, estupefacto y arrobado. ¡Oh! esclamaba: nadie me hable ya del fabuloso *El Dora-*

do; en ninguna parte existe sino en las *Reducciones* del Paraguay y es debido á los Jesuitas.

Si, querido lector, en el Paraguay, reino singular fundado por los reverendos padres es en donde nuestro viagero decia estas cosas, que sin duda os han admirado tanto como la felicidad perfecta y sin nubes que el precedente cuadro os ha pintado como patrimonio de los dichos súbditos de los Jesuitas; pero aguardad un poco antes de compartir la alegria y el enternecimiento del buen viagero. Al cabo de pocos dias durante los cuales adquirió la certidumbre de que el régimen de todas las demas *Doctrinas, Reducciones* ó *Misiones* de la provincia jesuita del Paraguay era exactamente el mismo que el de la primera que habia visitado, fué menguando su admiracion, su ternura se agotó, y bien pronto no le quedó ninguna. La causa de esto fué haber observado mas lo que le rodeaba y el haber visto. He aquí lo que vió en este segundo examen (1).

En la rica comarca á donde el artista habia llevado todas sus bellezas vivia el Guarani cual un autómata insensible que anda y obra como un hombre, pero que sin embargo no es hombre aunque tenga la perfecta forma humana y voz tambien humana; y esto consiste en que los Jesuitas no habian civilizado al indio para él mismo sino en provecho de la Compañía y para su uso. No le habian dicho: escucha, cree, y serás salvado, esto es regenerado; sino que le dijeron: ¿Quieres que te protejamos? pues bien, obedécenos. No habian visto en el pobre salvaje un hermano sino un esclavo, y un esclavo sobre cuya cabeza habian puesto un yugo mil veces mas pesado que el que pone el sable de un conquistador ó el látigo de un déspota, porque ese era el yugo de la degradacion moral. Los Jesuitas habian probado á los Guaranis que ellos eran de naturaleza distinta y como se deja entender superior, y se dice tambien que enseñaban á esos ignorantes salvajes que habia dos dioses, uno de los ricos y otro de los pobres, y que el primero mucho mas poderoso que el segundo, era la divinidad de

(1) Tenemos muy pocos pormenores acerca del regimen interior establecido por los Jesuitas en el Paraguay, y el esterior bosquejo que acabamos de delinear está pintado copiando los cuadros de los jesuitas. La pintura menos superficial que vamos á presentar ahora es el resúmen de las diversas críticas escritas por el P. Ibañez de Echeverni, por D, Felix de Azara historiadores del Paraguay y por otros.

los Jesuitas y el otro la de los indios (1). Los Jesuitas sujetaron á los Guaranis á una disciplina verdaderamente monástica y tan degradante y embrutecedora como era posible, y siempre cuidaron de no aflojar los estrechos vínculos en los cuales los indios vivian entorpecidos con toda la apatía del salvaje que no cree tener medio alguno de resistencia. Por otra parte hemos dicho que los guaranis eran dulces, inofensivos, poco belicosos, y por lo mismo fáciles de ser sujetados al yugo y mantenidos en él. Sus descendientes que viven todavía en estado salvaje en los montes septentrionales del Paraguay son casi inofensivos, bastante dulces é incapaces de emprender cosa alguna, y ademas hay que tener presente que cuando los Jesuitas concibieron la idea de hacerse soberanos del Paraguay los indios de aquel territorio de América habian ya sufrido el contacto de la opresion, de suerte que su trabajo estaba ya medio hecho, y por esto se presentaron á los Guaranis no como conquistadores sino á fuer de protectores. Los portugueses y españoles habian vencido y dispersado las tribus indias que no quisieron someterse y se servian de las otras para beneficiar las minas del Brasil, y se dice que allí lo mismo que en Méjico viendo los conquistadores que se disminuia el número de operarios, cazaban á los desgraciados indios como fieras con el ausilio de perros enseñados á correr hombres. Los Jesuitas que habian participado de esta caza infame la reprobaron á voz en grito cuando hubieron fundado sus misiones del Paraguay, porque entonces tenian dos motivos para anatematizarla. De pronto justificaban en Europa la ereccion de su imperio guaránico y en seguida eso les facilitaba poblar sus singulares estados, pues los indios á fin de escaparse de los portugueses corrian alegres á ese lugar de asilo que se hallada abierto, y los habitantes de las *Reducciones* pudieron luego contarse por centenares de miles.

He aqui los estados en que reinaban los jesuitas. Las Reducciones (2) eran en numero de treinta de las cuales siete estaban

(1) El cartujo Valenzuela es quien ha dirigido á los jesuitas del Paraguay esta acusacion estraordinaria fundandola en pruebas sólidas.

(2) Los portugueses conquistadores del Brasil llamaron *Reducciones* á los establecimientos que tenian en las fronteras de los indios salvages, y los Jesuitas conservaron este nombre que significa aldea ó ciudad con su territorio. Cada Reduccion es pues una provincia que toma su nombre del de la capital.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

en la márjen izquierda del Uruguay, ocho en la márgen derecha del Parana, y quince entre esos rios; mas á estos estados regulares hay que añadir otros anejos, mas ó menos vastos hácia el Este y el Sur. Sin comprender mas que estas treinta Reducciones, provincias, ó distritos, el reino de los jesuitas era mas estenso que muchos de los actuales reinos de Europa de los que llamamos estados de segundo orden, y ciertamente que ningun monarca de Europa ha visto á sus súbditos sujetos á un cetro tan dominador como el que los reverendos padres estendieron sobre el Paraguay. Los Guaranis eran muchachos grandes, y los jesuitas se guardaron muy bien de convertirlos en hombres y ni siquiera cristianos los hicieron, á lo menos en la verdadera acepcion de esta palabra. Los jesuitas reyes enseñaron á sus súbditos no á amar á Dios sino á temerle, y por esto las magníficas iglesias que levantaron en las provincias del imperio guaránico estaban llenas de santos de talla colosal, de terrible facha, de gesto amenazador, y cuyos ojos y miembros movibles acababan de aterrorizar á los pobres indios. Los dos viajeros modernos M. M. Regger y Longchamp dicen hablando del ornato y de la distribucion de las iglesias de las misiones que les parecieron almacenes de teatro; mas como quiera que sea bien se alcanza que esta fantasmagoría era fuerza que causase grande impresion al sencillo, ignorante y supersticioso salvage. Es ya cosa sabida que los brasileños cuando llegaron á su pais los europeos solo creian en el espíritu del mal á quien daban el nombre de Aguian. Los Jesuitas les enseñaron á temer al demonio, y este es casi el único cambio que hicieron en su creencia. Si á esto se añade la severa observancia de los domingos y otras fiestas de guardar, la rigurosa obligacion de murmurar algunos Padre nuestros y Ave marias, de oir misa y de orar allí y cantar bajo la direccion de algunos inspectores religiosos, se tendrá una idea exacta de la estension del cristianismo que los hijos de Loyola hicieron conocer á sus súbditos del Paraguay. No podemos pasar por alto que si los jesuitas procuraron poco á poco de que los Guaranis amasen al Dios de los cristianos, en cambio no olvidaron cosa alguna para inspirarles respeto hácia los ministros de ese Dios. Puede decirse que ellos mismos se hacian objeto de os honores divinos, y por esto si uno de ellos se presentaba en pú-

blico todos los paraguais de ambos secsos debian prosternarse al instante y conservar la misma postura hasta que hubiese pasado aquel alto personaje. La infraccion á esta orden era severamente castigada con algunas docenas de azotes reciamente dados. Con azotes se castigaban tambien los delitos y faltas de toda especie de los súbditos del imperio Guaránico, pues segun se vé el látigo era el grande argumento y el raciocinio único de los jesuitas reyes. Algunas aunque pocas veces se substituia la prision al látigo, pero nunca se imponia la pena capital. La razon de esto es porque cada dia de prision de un paraguay hubiera sido la pérdida de un jornal para sus soberanos y despóticos calculadores, y la pena de muerte habria disminuido una res del rebaño de que eran supremos pastores. ¡Con que esmero cuidaban esa grey humana! asiduamente procuraban que no les faltase alimento sano y abundante, y habitacion alegre y construida segun leyes de higiene: y tampoco los forzaban á trabajos muy pesados ó muy largos porque á fuer de especuladores intelijentes no sacaban de ellos sino lo que podia sacarse sin acabarlos. Algunos médicos elegidos entre los mismos reverendos pastores curaban con mucho ahinco las enfermedades y hacian todos los medios imaginables para estinguir ó prevenir las causas de la mortandad del ganado guaránico. No era menor el empeño con que cuidaban de la reproduccion, pues se dice que los jesuitas de las Reducciones deseosos de poblar sus estados activaban con mucha habilidad el acrecentamiento de la poblacion del Paraguay. No se crea que nos chanceamos, pues decimos seriamente y muy seriamente que en el Paraguay los jesuitas á fuer de *criadores* hábiles vigilaban, dirigian y hasta mandaban la union de los sexos en aquella estraña grey, sobre la cual durante un siglo estendieron su látigo como un cetro dominador. He aquí la razon porque los reverendos pastores del Paraguay no mataban sino el número de reses posibles.

De aquí resulta que no era la humanidad sino el egoismo la causa de que los jesuitas de las reducciones prodigasen tantos cuidados á sus súbditos: así vemos que los colonos cuidan de sus esclavos y los negreros de sus cargamentos de hombres. Dícese que cuando estos últimos ven que los negros hacinados en los entrepuentes de un buque van á asfixiarse por falta de aire, de espacio y de movimiento los hacen subir sobre el puente por cuadrillas en donde

algun marinero ó rústico orfeo toca ó canta algunos aires vivos para estimular á los negros á que bailen. Pero si la pesada apatía, el agudo sufrimiento, ó la rabiosa desesperacion hacen que esos infelices continúen silenciosos é inmoviles entonces el capitan del buque coje un látigo, su segundo coje otro y ambos azotan cruelmente á los negros que teñidas ya las espaldas en sangre se remueven al fin, se levantan, corren y saltan con horribles ahullídos mientras que el capitan negrero se frota con satisfaccion las manos pensando que el cargamento llegará sano y salvo gracias al ejercicio que hace. Seguramente esta filosofía del tráfico fué la que los jesuitas reyes pusieron en práctica en las Reducciones del Paraguay. Cuando sus súbditos habian trabajado bastante preciso era que se divirtiesen y asi es que el placer era para el guarani tan obligatorio como el trabajo. La campana de la iglesia era el regulador del uno y del otro: que diese la señal del trabajo ó del reposo, de la misa ó del sueño, de la comida ó del baile era preciso que el Paraguay obedeciese al punto la orden dada por su voz de bronce, ó bien el látigo del comendador jesuita recordaba al rebelde el yugo á que estaba sujeto. Las rebeliones eran raras porque los jesuitas al fundar un pueblo llevaban allí el núcleo de otro pueblo antiguo que desenvolvian lentamente, de suerte que cuando la nueva aldea era completa, las ruedas de su régimen interior funcionaban desde mucho tiempo ántes. Hemos dicho pocas líneas atras que ese régimen no nos es bien conocido, porque los jesuitas nunca dejaron penetrar voluntariamente en las misiones del Paraguay á persona alguna que no perteneciese á su congregacion, y no solo esto sino que impedian que las aldeas se comunicasen entre sí, y como entre estas unas no producian todo lo que necesitaban en un artículo mientras que en otras sus productos escedian á su consumo, los reverendos padres establecieron en los confines de cada reduccion lugares á propósito para hacer cambios. Con mas escrupulosidad se observaba esto mismo con respecto á los mercaderes que iban á comprar los frutos del Paraguay, de quienes al fin prescindieron los jesuitas, gracias á los principales rios de sus estados por los cuales hacian bajar sus frutos hasta la desembocadura del rio de la plata en donde los trasladaban á las embarcaciones que los conducian á Europa ó á otros puntos del continente americano. La esportacion

del Paraguay debia ser muy considerable sobre todo enpeleteria y en cueros, puesto que la sola aldea jesuítica de Santa Rosa poseia cerca de cien mil cabezas de ganado. No tardarémos en ver de que manera los Jesuitas beneficiaban este ramo de industria.

Del mismo modo que es poco conocido el régimen interior de las Misiones del Paraguay, tenemos escasos datos para formar juicio de aquel singular imperio, y solo nos consta que era muy sencilla y compendiosa. Al frente de cada Reduccion habia un jesuita con el título de cura (1) que era un gefe supremo religioso, civil y militar de la provincia. Esta especie de gobernador ó de prefecto tenia un teniente ó vicario que muchas veces desempeñaba el poder ejecutivo de cada Reduccion, pero que muy probablemente era el *Socius*, consultor, ó por decirlo de una vez espia, puesto cerca del superior segun la política de la Compañía á fin de vigilar su conducta, dar noticia de las operaciones y justificar su ciega obediencia. A la cabeza de todas las provincias del imperio guaránico ó sean Reducciones habia un superior general revestido con toda la autoridad monárquica, al menos en la apariencia, porque es pobable que los consultores de ese déspota de sotana y bonete debian por lo comun limitar su poder á poca diferencia á la de un verdadero rey constitucional que reina y no gobierna; por el singular libro del jesuita Mariana titulado *De las enfermedades de la Compañía de Jesus* nos da á conocer que muchas veces esos lugartenientes del general de los jesuitas rompian las riendas con que se trató de contener su ambicion, y que sino las rompian las aflojaban todo lo posible (2). ¡Cuan espantoso debió ser el despotismo que pesaba entónces sobre aquel territorio perdido en el seno de un vasto continente, poco accesible en aquel tiempo y cerrado para los paises inmediatos! ¡Cuantos insensatos actos del vértigo del poder supremo deberia haber al otro lado de aquella espesa cortina estendida por la polí-

(1) Segun el acta de acusacion redactada contra los jesuitas de Portugal, los indios del Paraguay daban á este cura el nombre *de Bendito Padre*.

(2) He aqui un precioso pasaje de la obra del P. Mariana: Si un provincial ó un rector lo trastorna todo, ó todo lo *viola* el castigo que ha de tener despues de muchos años es que lo depongan y aun lo *mas frecuente es que su condicion se haga mejor*. El mismo jesuita nos dice la razon de esto: la razon es dice porque temen que al castigo se sepa y perjudique á la órden. He aqui porque la Compañia sufre ú oculta la falta de sus individuos, *sus mas groseros crimenes* segun la espresion de Mariana, crimenes; añade el mismo *cuyo catalogo seria bastante largo*.

tica jesuítica entre su reino y las miradas del resto del universo! Sin duda causaron horror al viajero á quien hemos puesto en escena en el principio de este capítulo, y le hicieron mirar como un verdadero infierno lo que de pronto habia creido ser el paraiso terrenal. Desgraciadamente aquel viagero no es como el lector lo habrá adivinado sino la personificacion, el símbolo, la condensacion de algunos datos ciertos y fielmente recogidos que han llegado hasta nosotros en órden al estraño reino de los jesuitas, á despecho de los esfuerzos que estos hicieron para que las miradas de la crítica no pudiesen atravesar sus fronteras.

Despues de haber estudiado cuanto ha sido posible esta materia creemos poder afirmar que en el Paraguay, como en todas partes, fué fatal la presencia de los Jesuitas. Esos negros hijos de Loyola, suspendieron por muchos siglos la civilizacion del Paraguay, y esto es tan cierto como que los guaranis que viven hoy en ese territorio despues de haber estado sujetos por mas de un siglo al influjo de los Jesuitas, son los salvages mas embrutecidos y mas degradados de cuantos sobrevivian aun á la absorcion europea. Es preciso que ventilemos aquí la cuestion ya por tan largo tiempo controvertida acerca de los motivos que decidieron á la Compañía de Jesus á fundar su reino del Paraguay, y á las causas que le hicieron luchar por tantos años á fin de impedir la entrada á los estrangeros y transmitir el cetro á sus hijos. Cuando se procesó á los Jesuitas de Portugal se dijo contra ellos que si tenian tanto apego al Paraguay era porque estaba lleno de minas de plata y oro, y hoy, segun afirman los partidarios de la Compañía, está demostrado que no hay ninguna de esas minas en el territorio comprendido en las Reducciones.

Desde luego dirémos á los tales escritores que eso no está tan probado como ellos dicen, pues el Paraguay está demasiado cerca del Brasil y del Perú para que las ricas capas metalúrgicas de estos no tengan á lo menos algunos filones que alcancen hasta aquel; y por otra parte muchos de los arroyos que van á parar al rio de la plata arrostran arenas auríferas y argentíferas. En efecto, se sabe que aquel inmenso caudal de agua debe su nombre precisamente á esta particularidad. Otras riquezas hay sin contar la de las minas, y ciertamente los ricos vegetales del suelo guaránico y el

producto del tabaco de los súbditos de los jesuitas ó por mejor decir de sus esclavos, y sobre todo el que sacaban de los innumerables ganados vacuno y caballar que tan rápidamente se multiplicaron en las sábanas de aquella parte de América del sud, podian proporcionar cantidades de consideracion á la caja general de la Compañía negra. Cuando los Jesuitas se establecieron en el Paraguay la opinion comun era que ese pais encerraba lo mismo que el Brasil minas de oro y hasta de piedras preciosas, y seguramente que esa creencia engolosinó á los negros conquistadores que defraudados luego en este punto no quisieron perder los gastos hechos para fundar establecimientos, ni las probabilidades al título de soberanos de ese país sometido realmente por ellos. Es probable ademas que contasen con incorporar algun dia el todo ó parte del Brasil á su imperio guaránico. Mas aun sin eso las riquezas del Paraguay por sí solo eran bastantes para consolar á los jesuitas de la pérdida de su primera esperanza, y esto es tan cierto como que hoy, esto es, despues que durante las tres cuartas partes de un siglo el Paraguay libre de los jesuitas, pero salido de su sufocante apretura como un gladiador despedazado en la lucha, ha sido sufocado por los gobernadores españoles ó portugueses, y por los gefes de la república recientemente fundada; en las Reducciones jesuíticas es en donde están todavía las iglesias mas ricas de las dos Américas. El famoso dictador Francia varias veces acuñó moneda á costa de esas iglesias de los jesuitas, y segun M. M. Regger y Long-champ testigos oculares, los chalecos que llevaban los lanceros del dictador del Paraguay se hicieron con los ricos damascos de aquellos faustuosos templos.

El P. Charlevoix jesuita tambien nos dice que cerca del punto que antiguamente ocupaba la ciudad de Santa Fé habia habido una pesqueria de perlas muy pequeña y que se agotó luego, pero en esta parte está en contradiccion con el Arcediano de Buenos Aires D. Martin del Barco de quien ha tomado este dato y que asegura, que aquella pesquera era muy productiva. Charlevoix asegura, probablemente sin pensar que proporciona un dato para la acusacion que muy pronto va á lanzarse contra su Compañía, que un español que estuvo prisionero entre los indios del Paraguay contó á su vuelta que, en la tribu en que habia residido no se hacía caso al-

guno de esas perlas que se encontraban con bastante frecuencia, y que habiendo los españoles enviado algunos emisarios para asegurarse de que esas perlas existian, trajo la noticia de que era cierto. En un manuscristo citado por Charlevoix y cuyo autor segun este dice merece crédito, se lee que las damas de la Asuncion capital del Paraguay saben lo mismo que las de otra ciudad cualesquiera realzar su belleza con joyas que se encuentran en abundancia en el Paraguay (1).

Uno de los primeros escritores que hizo conocer el Paraguay es D. Martin del Barco que dió á su obra el título de *argenteria*, y los jesuitas debieron hallar en aquel país cosa mejor que plata, pues al llegar á él pensaron que al fin habian puesto los pies en el pais del oro, en aquel maravilloso *El Dorado* que siempre huia á la insaciable codicia de los conquistadores. El Arcediano de Buenos Aires asegura formalmente que el rio del Paraguay tomó nacimiento en el lago *Parsiné* que está situado en la provincia de *El Dorado*. Cien años despues de la llegada de los jesuitas al Nuevo Mundo escribia el P. José Gumilla que no consideraba la existencia del pais del oro tan fabulosa como se suponia (2).

Es digno de notarse que el P. Pedro Lozano ha suministrado á Voltaire la descripcion de la tenebrosa entrada por la cual penetra en *El Dorado Cándido* en el célebre cuento que lleva este nombre (3). Refiere el reverendo que en los primeros años del siglo XVIII un español hijo de la Asuncion en el Paraguay vino á Europa é hizo que otra vez se creyera en la existencia de un país de oro cuyas fronteras decia haber tocado. Aseguraba ese hombre que en compañía de los indios que lo tuvieron prisionero habia remontado el Paraguay y uno de los rios que en él desembocan y que llegó al frente de una montaña atravesada por un angosto canal en el que se introdujeron los indios despues de haber tomado la precaucion de encender antorchas, y que cuando hubieron pasado ese tenebroso canal que fué operacion de dos dias se halló en la márgen de un grande lago etc.

Un escritor moderno muy afecto á los reverendos padres nos ha

(1) Vide libro 1.° tom.° de la historia del Paraguay por el P. Charlevoix.
(2) La obra del P. Gumilla lleva por titulo: El *Orinoco ilustrado*.
(3) La obra de Lozano se titula: *Descripcion Corográfica del gran Chaco*.

presentado las *Reducciones* jesuíticas como verdaderos *Falansterios*, y otro no menos afecto á san Ignacio ha encontrado realizadas en ellas las ideas de la comunidad de bienes (1). Segun esos dos ingeniosos escritores los jesuitas del Paraguay fueron sencillamente los Saint-simones, y los Fourrieres de la América; nosotros no somos sansimonianos ni furieristas, ni comunistas; mas si lo fuéramos nos indignaria y no sin motivo comparacion semejante.

Hemos dicho ya que los Jesuitas del Paraguay hicieron vivir con mucho esmero los cuerpos de sus súbditos; pero en cuanto á las almas las mataron; pues en efecto los guaranis fueron insensiblemente encadenados en un espantoso enrejado cual la volateria en el oscuro enverjado en que se la ceba. Cierto que en cambio de un trabajo moderado se les proporcionó casa, vestido y alimento sano y abundante, pero con esto solo se satisfacieron las necesidades del cuerpo, mas no las del alma que los jesuitas procuraban comprimir ya que era imposible hacer que desapareciese. Antes de los Jesuitas los indios del Paraguay eran muchachos grandes, y los jesuitas los convirtieron en muchachos gordos: he aquí toda la diferencia. Muy bien se guardaron los reverendos padres de ilustrar su espíritu; muy bien se guardaron de dar la menor actividad á sus cándidas inteligencias. A las espirituales mantillas en que estaba envuelta el alma del guarani cosieron los jesuitas algunas cintas deslucidas y las sellaron con el nonogramo de Cristo, pero nada mas, pues ni siquiera pensaron en desvanecer las preocupaciones sino que las modificaron y las convirtieron en un medio para alcanzar sus fines. Dieron magnitud á la idea del espíritu del mal profundamente impresa y casi única en la creencia del salvaje, y no pensaron siquiera en corregirla con la idea del espíritu del bien. En ninguna parte del mundo son los hombres tan supersticiosos como en la provincia del Paraguay y en este rasgo de la fisonomía de ese pueblo, no puede menos de reconocerse el sello del embrutecedor yugo con que los jesuitas sujetaron á sus súbditos.

Con respecto á este nos proporcionó un dato bastante curioso el *Ensayo sobre el Paraguay*. El cura de Curuguaity, dicen M. M. Regger y Long-Champ envió un dia al dictador Francia una pobre

(1) Quizás el honor de estos dos descubrimiento s originales de justicia pertenece únicamente al autor de la *Historia política, religiosa y literaria de la Compañia de Jesus*

vieja acusada y convencida de bruja y de haber como tal causado muchas enfermedades y hasta muertes, y con el fin de que por el camino no hiciese maleficios un cura la mandó atar y embalar con un inmenso rosario. El dictador que á lo que parece era hombre despreocupado se rió mucho de la aventura y dijo á los autores de el *Ensayo sobre el Paraguay* ; he aquí para lo que sirven *esas gentes*, para hacer creer en el diablo mucho mas que en Dios.

Hemos dicho que los jesuitas de las Reducciones procuraron sobre todo inspirar á sus cándidos é ignorantes súbditos los terrores del cristianismo, y que á este fin arreglaron en sus iglesias una fantasmagoria verdaderamente infernal. Asi es que los santos de esos templos movian los ojos de una manera terrible, blandian unos la lanza, otros un grande sable, y otros la palma del martirio y sin duda en ocasiones solemnes esas espantosas imágenes de los soldados celestiales estaban dotadas de la palabra, y de palabra tan aterradora como el gesto y el movimiento. En nuestros dias los hijos de san Ignacio están muy lejos de haber renunciado á esos recursos teatrales, mas á lo menos han adulzado y embellecido muy notablemente esos pormenores de un escenario. Sus iglesias son encantadores gabinetes, sus santos tienen aire de elegantes, y sus santas..... no nos atrevemos á decir á que se parecen sus santas. Finalmente todo eso es bonito, gracioso, elegante, cuco, rico y voluptuoso, porque los reverendos padres á fuer de hombres que marchan con el siglo han abandonado la tragedia antigua por la moderna pieza en un acto. ¡Son muy cómicos los reverendos!

Algunos escritores dando por sentado que la Compañia de Jesus no sacaba grandes provechos de su imperio guaránico han creido que solo se empeñó en conservarlo para satisfacer su ambicion desmesurada y su necesidad de dominar, lo cual indudablemente es en parte cierto; pero nosotros sostenemos que el Paraguay era ademas para los negros hijos de san Ignacio un campo fértil y productivo, y ademas ese reino tan bien guardado que ningun súbdito podia salir de él ni penetrar estrangero alguno sin especial permiso, debió ser una especie de *Siberia*, á la cual los gefes de la órden desterraban á los individuos cuya torpeza ó desersion querian castigar, ó bien sufocar sus gritos, ó bien en enmudecer sus acusaciones. Varias veces cuando se habia visto desaparecer de Europa á este ó

á otro mienbro de la Compañía de Jesus que habia comprometido la órden con algun escándalo muy grande ó que amenazaba comprometerla con confesiones harto esplícitas, si entonces se hubiese preguntado que fué del jesuita ausente, los jaguars de los bosques del Paraguay ó los ecos de un calabozo de alguna Reduccion hubieran podido responder á tal demanda. Aunque no fuese mas que bajo este punto de vista tenian los Jesuitas grande interés en conservar su imperio Guaranico, y en efecto lo tuvieron hasta el estremo de luchar tenazmente con las armas en la mano contra las coronas de España y de Portugal.

Ha llegado el momento de presentar la historia del estraño reino fundado en el Paraguay por los Jesuitas y cuya organizacion acabamos de describir en cuanto nos ha sido posible atendida la falta de fuentes claras en donde beber sin temor alguno. Hácia el año 1586 fundaron los Jesuitas su primer establecimiento en el Paraguay en cuya édoca los misioneros de la Compañía estaban derramados por Tucuman, el Brasil, el Maranamh, Chile, la desembocadura del inmenso rio de las Amazonas y por toda la América meridional, procurando eficazmente estender el influjo de su órden en todos esos paises. Tenian ya un colegio en la ciudad portuguesa de la Asuncion recientemente fundada, y en muchos otros puntos levantaban casas, favorecidos por los españoles que acabando de suceder en América á los portugueses vencidos y sujetados por ellos, querian hacerse propicios á los misioneros para que la conquista religiosa abriese el camino de la conquista política. De pronto pareció que los jesuitas aceptaron esta mision, mas muy luego creyendo que no tenian necesidad de los españoles trabajaron solo para sí mismos, y desde entonces hubo frecuentes disputas entre los misioneros jesuitas y los conquistadores españoles. En esa época en virtud de una órden de Claudio Aguaviva general de la Compañía, los jesuitas diseminados se reunen, concentran sus fuerzas para hacerlas mas poderosas y van á las márgenes del Vrugay y del Parana á formar el imperio guaránico.

La primera Reduccion jesuítica que se establecio fué la de Loreto, y desde entonces el Paraguay que no habia sido sino un adyacente de la provincia jesuítica del Brasil fue elevado al rango de provincia. Algunos años mas adelante, es decir, desde 1608 á

1620 el número de Reducciones ó de provincias del reino Jesuítico era de mas de veinte, y contenian una poblacion bastante crecida y disciplinada por los jesuitas reyes, para que el gobernador español de aquella parte de América que quiso introducir tropas en las misiones se viese obligado á retroceder en vista de la actitud hostil de los Guaranis, secretamente impulsados por los benditos padres y que deseaban ansiosamente vengar en el limitado ejército del gobernador todos los males que habian tenido que sufrir por parte de los españoles. Los jesuitas juzgaron que convenia dejar que el gobernador saliese de sus Reducciones llevándose el ejército casi intacto, y supieron encarecer este comportamiento político cerca del rey de España, que autorizó con repetidos decretos la existencia de las Reducciones y el poder que en ellas gozaban los reverendos padres, poder que no creía temible.

Hácia esa época el P. Torres, primer provincial del Paraguay, alcanzó del visitador general enviado á ese punto de las posesiones españolas una especie de privilegio que hoy llamariamos de invencion y de perfeccion, el cual concedia esclusivamente á la Compañía de Jesus el derecho de catequizar á los individuos de la comarca Guarani. Esto valia tanto como cerrar las Reducciones á los misioneros de las otras órdenes y consagrar la soberanía que en esa parte de América iban á arrogarse los reverendos padres. El primer provincial del Paraguay sostuvo con mucha habilidad la lucha contra el clero regular del pais que comenzaba á adivinar las atrevidas miras de los jesuitas, y contra la inquisicion de Buenos Ayres que le acusaba de profanar el sacramento del bautismo administrándolo á muchos indios en masa y que lo reclamaban, porque el jesuita les daba á entender que despues del bautismo vendria la libertad. El mismo P. Charlevoix confiesa este hecho y dice que un pueblo de cerca de mil familias situado en la márgen oriental del Paraguay se hizo cristiano con esta esperanza, pero que no habiendo podido el P. Torres cumplir su promesa los indios volvieron á su antigua creencia. Entonces mismo se acusó á los jesuitas del Paraguay de su libertinage con las indias y de otros crímenes que se justificaron mas ó menos plenamente, y la Compañía para acallar la voz pública sacrificó al P. Torres reemplazándolo con otro

provincial, quien siguió ecsactamente aunque con mas dulzura el camino abierto por su predecesor.

Parece que en los principios los jesuitas procuraron causar impresion en los ánimos por medio de milagros, cuyo objeto era dar á entender á los rivales de los jesuitas que únicamente á estos habia Dios encomendado la predicacion del Evangelio en ese pais. El jesuita español Montoya refiere en la página 22 de la *Conquista espiritual* escrita en honor de la Compañía, un milagro de que fué testigo y en el cual desempeñó su papel. Un indio convertido cae enfermo y espira despues de haber recibido los sacramentos de mano del P. Montayo, y ya iban á enterrarle cuando el muerto resucita y llama al jesuita, quien corre y le pregunta qué es lo que le ha sucedido desde que no le ha visto. Entonces el resucitado en medio del numeroso auditorio comienza la relacion de lo que le ha sucedido desde que ha muerto. « Cuando el bendito padre me hubo « dejado, dijo el iudio, mi alma se separó de mi cuerpo, y vino « á refugiarse en esta esquina, (y el narrador indicaba un ángulo « de la cabaña en que estaba colgada la hamaca) y luego ví un « demonio asqueroso que con su engaravitada mano me dió en la « espalda diciéndome eres mio. No, contesté yo, esto no puede ser « porque me he confesado y he sido absuelto. A esto replicó el « demonio que en la confesion habia omitido decir que me habia « emborrachado muchas veces, y comenzaba á arrastrarme á él con « mucha fuerza cuando se presentó san Pedro en compañía de dos « ángeles, quienes por órden del príncipe de los apóstoles echaron « de allí á aquel maldito que desapareció bramando de cólera. San « Pedro me cubrió con su capa y al instante me sentí trasportado « por los aires y cuando recobré la vista ví una campiña encanta- « dora, y mas lejos una ciudad perfectamente redonda de donde salió « una luz mas brillante que la del sol. Esa es la ciudad de Dios me « dijo el apóstol, y es nuestra morada, pero tú no debes entrar en « ella hasta de aqui á tres dias y por lo mismo vuélvete á la tier- « ra de los vivientes. En aquel momento me he dispertado ». Entonces el P. Montoyo preguntó al resucitado lo que pensaba de su vision, y segun el jesuita dice le contestó de esta manera. « Pien- « so que efectivamente moriré dentro de tres dias y que si se me « ha concedido vivir otra vez es únicamente para que vuelva á contar

« las maravillas que he visto, y á fin de que induzca á cuantos me « rodean á que escuchen atentamente vuestras instrucciones y obe- « dezcan siempre á los padres de la Compañía de Jesus. »

El padre Montoyo termina la relacion diciendo que efectivamente el Indio murió al cabo de tres dias.

A pesar de los buenos efectos que hubo de producir semejante milagro los jesuitas del Paraguay se valieron siempre de medios humanos para fundar su reino, que hácia el año 1618 comenzó á estar regularmente organizado, y si bien en ese mismo año una de las Reducciones quedó casi enteramente despoblada por una enfermedad contagiosa, los jesuitas volvieron á poblarla trasladando allí indios de otra comarca; pero esos desgraciados, segun confiesa el mismo padre Charlevoix, murieron casi todos en menos de un año por el dolor de verse arrancados de su pais nativo. Parece tambien que los jesuitas procuraban poblar los puntos desiertos de su imperio establecido allí para los negros que los españoles trasportaban á América. Esos africanos eran los mas dóciles prosélitos de los reverendos padres, quienes los convertian en instrumentos suyos y mas de una vez se sirvieron de ellos para contener la desercion de los otros súbditos, los cuales con frecuencia preferian la vida libre aunque precaria de los bosques al bienestar que esos jesuitas les concedian en sus Reducciones, pero á costa de su libertad.

El P. Charlevoix historiador jesuita del imperio Guarani algunas veces habla en su obra de las tentativas de revuelta por parte de los indios y de algunos castigos oportunamente inpuestos como correcciones ó como preservatios. No pocas veces se sirvieron los jesuitas del siguiente medio para arrancar uno á uno á la corona de España los privilegios cuya masa acabó por formar en favor suyo una verdadera carta de concesion del Paraguay. En la tribu de Indias invadia una porcion de territorio segun importaba á los reverendos padres; entonces verdaderamente alarmado el gobernador del Paraguay en nombre del rey de España procuraba reunir tropas, y en el acto se presentaba á él un jesuita de las Reducciones ofreciéndole que alcanzaría la sumision de los salvajes, sumision con la cual ccntaba ya de antemano y que en efecto conseguia con una condicion sin embargo, condicion que se suponia impuesta por los indios y de la cual no podia prescindir la autoridad

española, con la condicion decimos de que los jesuitas fuesen los únicos pastores y directores religiosos de esos indios. Los jesuitas ademas cuidaban que se especificase que estos nunca serian esclavos de los españoles ó como entonces se llamaba, que no serian dados en encomienda.

Cuando finalmente los gobernadores del Paraguay en nombre del rey de España comprendieron que por esos medios habia sido substraida á su autoridad una buena parte de su provincia, mas de una vez quisieron volver á su gobierno toda su integridad é importancia, pero siempre los jesuitas frustraron estas tentativas ya por medio del ardid, ya por medio de la fuerza. Por esta causa en 1626 el gobernador español trató de establecer en algunas de las Reducciones subdelegadas que con el nombre de corregidores hubiera encontrado el anunciado poder de los reverendos padres: el padre Gonzalez que era entonces Provincial dejó que los corregidores se estableciesen tranquilamente en las Reducciones, pero bien pronto pareció que iba á estallar sobre los territorios del Paraguay en que se hallaban los tales la tempestad horrorosa, puesto que los indios se sublevan y amenazan con el degüello á todos los europeos. Llegan entonces los jesuitas, se constituyen mediadores segun su táctica, protejen á los oficiales del gobernador contra la furia de los indios, y facilitan su huida con la cual los reverendos se quedan dueños únicos de las Reducciones; y el resultado fué que el gobernador no pudo hacer otra cosa que mostrar su gratitud á los que libraron á sus mandatarios de una muerte horrorosa y restablecieron la paz allí en donde su imprudencia la habia turbado. Los Jesuitas reyes se aprovecharon de este triunfo á fin de engrandecer su imperio.

A despecho de toda la destreza de los jesuitas del Paraguay, mientras la obra de la conquista no estuvo acabada, harto á menudo estallaron entre sus súbditos terribles revueltas. En 1628 un gefe ó cacique que mandaba en las márgenes del Vruguay despues de haber admitido y dejado alternativamente no pocas veces el carácter de cristiano y de vasallo de los reverendos padres, acabó por hacerles una guerra terrible que costó la vida á muchos miembros de la Compañía, entre otros al padre Gonzalez y cubrió de ruinas las Reducciones de aquella parte del Paraguay Vengáronse los jesuitas

con crueles represalias, pues habiendo reunido un ejército se dirigieron contra los rebeldes que fueron rotos y casi esterminados y su gefe muerto ó á lo menos desaparecido para siempre. Otra victoria que vino en seguida de la primera sujetó á los indios al yugo. Habia entonces fundadas veinte y una Reducciones cuya importancia crecia diariamente; poco tardaron en establecerse otras nuevas y desde entonces los jesuitas del Paraguay pudieron considerarse como verdaderos reyes. Su autoridad era ya bastante grande para que pudiesen prohibir á los gobernadores españoles la entrada en su reino, y para que estos respetaran tamaña prohibicion.

Los jesuitas del Paraguay hubieron de sostener tambien una larga y terrible lucha contra los *mamelucos*, nombre que se da á los mestizos del pais nacidos de un blanco y de una india (1). No tratamos de referir sus variadas faces lo cual nos llevaria demasiado lejos sin que por otra parte sea necesario para desenvolver la tesis que sostenemos, y bastará decir que desde 1630 á 1642 las Reducciones tuvieron mucho que sufrir por parte de los mamelucos, los cuales redujeron muchas de ellas á cenizas. Los súbditos de los jesuitas reyes se unieron frecuentemente á esos adversarios que los reverendos padres sublevaban contra ellos con su ambicion y sus intrigas; mas por último los mamelucos fueron vencidos y anonadados sin que les quedara mas recurso que sujetarse al yugo de los jesuitas ó alejarse de su reino. Componíase este en 1642 de veinte y nueve hermosas provincias, cada una de las cuales tenia á su cabeza dos jesuitas que gozaban de un poder casi absoluto sobre sus administrados (2). El imperio guaránico era entonces bastante floreciente para que los jesuitas pudiesen esportar todos los años y por valores muy grandes arroz, algodon, y cueros. El padre Charlevoix asegura que en su tiempo se vendia en el Paraguay un toro ó un caballo por muy bajo precio y que no salia de Buenos Ayres buque alguno que no llevase cincuenta mil cueros, y el mismo jesuita asegura que uno de los mejores frutos de las Reducciones era la *yerba del Paraguay*, que en una parte de la

(1) Se llaman *Cholos* los hijos de un mestizo y de una india; *curibocas* los hijos de un negro y de una india; y *sacalaguas* los mulatos hijos del cruzamiento de las razas negras y americanas.

(2) Las Reducciones fueron convertidas en Curatos algunos años mas tarde, y entonces cada una tuvo un Cura y un Vicario.

América meridional substituia y aun substituye al té. Esa yerba es la hoja de un arbusto que se hace secar y se pone en infusion á poca diferencia como el té Los brasileños, peruanos, paraguais, argentinos y otros gustan mucho de la bebida aperitiva que se prepara con ese té americano, y el padre Charlevoix asegura que únicamente para el Perú se esportaba por valor de dos millones seiscientos mil reales de vellon, lo cual era para entonces una suma enorme; de donde se deduce que los Jesuitas no tenian necesidad de abrir el suelo de su reino para sacar de él ricos productos.

Pero en América lo mismo que en Europa los jesuitas no miraban cada una de sus conquistas sino cual un vehículo hácia otra nueva y mas brillante conquista. Tranquilos soberanos de una parte del Paraguay quisieron estender los límites de su imperio y al mismo tiempo emanciparlo de todo vasallage asi láico como eclesiástico, y con respecto á esto supieron arreglarse con los gobernadores españoles que desde el año 1640 dejaron que los reverendos padres reinasen pacíficamente en el imperio guaránico sin dividir el poder con nadie. De mas difícil composicion se mostró la autoridad religiosa, pues en efecto ya muchas veces los obispos del Paraguay sufragáneos del arzobispo de Buenos Ayres habian querido que los jesuitas reconociesen su jurisdiccion superior con respecto á las Reducciones: Los padres supieron siempre rechazar esta pretension sin ruido y sin romper con los obispos, cuyo descontento calmaban por medio de las riquezas de que eran dueños. De una en otra concesion que, merced á sus cuidados habian sido regularizadas y sancionadas con reales cédulas, los jesuitas habian llegado al punto de considerarse como emancipados en sus Reducciones de la jurisdiccion del arzobispado, cuando he aquí que en el año 1643 vino á ocupar aquella silla el nuevo prelado don Bernardino de Cardenas.

Este varon, hijo de una noble familia de criollos americanos habia sido religioso de la órden de S. Francisco, lo cual era ya un motivo muy poderoso del odio que le tuvieron los jesuitas; porque en aquella parte de la América los franciscanos fueron los constantes rivales de los negros hijos de san Ignacio á quienes finalmente han sucedido. Muy desde sus principios se grangeó don Bernardino gran reputacion de saber y de santidad por mas que le hayan

negado ambas cosas los jesuitas para quienes no fué mas que un ambicioso. Aun cuando eso fuera, les convenia á los buenos padres callarlo para evitar que se les respondiera que si se desencadenaban de esta manera contra un franciscano es porque seguian sus huellas (1). Se nos hará la justicia de creer que somos de todo punto desinteresados en esta disputa de la cual solo queremos referir sencillamente las faces.

D. Bernardino de Cardenas despues de haber sido Guardian de su convento y de haberse hecho célebre como á predicador y misionero, fué nombrado por el rey de España obispo del Paraguay en 1638. De mil maneras se opusieron los jesuitas á que tomara posesion de su silla y durante largo tiempo le impidieron la entrada en la ciudad de la Asuncion, capital de su diócesis, y se retardó por muchos años la llegada de sus bulas; pero Cardenas impaciente sin duda por ser obispo aunque no tenia las bulas se hizo consagrar presentando una carta del Cardenal Barberini con fecha de diciembre de 1638 en que le anunciaba la espedicion de las bulas, y otra del rey de España en la cual el monarca le daba el título de Obispo.

Los jesuitas han dicho sin vacilar que estas dos cartas eran supuestas acusando con esto de falsario á un religioso venerable y á un prelado célebre, nombrado y confirmado sino consagrado. El P. Bernardino y sus defensores han demostrado que esta acusacion de los jesuitas era una calumnia infame, y Antonio Arnaud ha consagrado muchas páginas de su *Moral práctica* á dilucidar este punto en términos que, para los lectores imparciales este cargo ha recaido en gran parte sobre la Compañía y sus adictos.

Como quiera que sea los jesuitas de América se negaron á reconocer en calidad de obispo de la Asuncion al prelado que fué al instante reconocido por los otros religiosos y por el clero, y á quien recibieron con grande alegria y pompa todas las ciudades

(1) Los jesuitas han vituperado á D. Bernardino sus maceraciones y disciplinas públicas, sus extásis, y sus profecias sin acordarse de que su órden se ha aprovechado de los mismos medios frecuentemente puestos en uso desde san Ignacio. «Todo esto no era en el obispo del Paraguay mas que una comedia» dice Charlevoix. ¿Y qué, reverendo padre, acaso entre sus muchos privilegios tienen los jesuitas el de poder ser cómicos con esclusion de cualquiera otro? Si es asi, digasenos y gritarémos contra el obispo del Paraguay.

por donde atravesaba; de manera que asi los indios como los españoles corrian á solicitar y recibir la bendicion de un prelado á quien veneraban como un santo (1). Por todo el camino hasta la Asuncion acudian las poblaciones y se arrodillaban en las márgenes de un rio que remontaba la barquilla en que iba el Obispo. A pesar de la oposicion de los jesuitas y de una parte del Cabildo, el prelado hizo su entrada solemne en la capital de su Diócesis á principios del año 1643. Los jesuitas le vituperan el haber renovado allí lo que con harta acrimonia é imprudencia llaman truhanerias, á saber que el prelado decia diariamente dos misas, en lo cual no vemos mal alguno; que quiso ir procesionalmente descalzo y cargado con una gran cruz, en lo cual seria un daño tan solo para el obispo, y por fin que volvió á sus extásis y sus profecias. ¿No es esto acaso la manera como Ignacio de Loyola se hizo conocer en el mundo cristiano? Parece tambien que el obispo se compadeció de la suerte de los indios y que quiso mejorarla, cosa que sin duda fué considerada como un nuevo crímen. Tambien le echan los jesuitas en cara que hizo enterrar en tierra sagrada los cadáveres de las personas que se habian suicidado; pero el mas grande y verdadero cargo dirigido por los reverendos contra el prelado, fué que tuvo la audacia de querer sujetarlos á su jurisdiccion religiosa, y la imprudencia de dejar conocer su intento. Acaso don Bernardino habia resuelto conceder la libre entrada en las Reducciones á todos los curas y religiosos; quizás pensaba arrojar de allí algun dia á los reverendos padres; nosotros no lo sabemos, pero lo cierto es que los jesuitas le acusan de ello, y en cuanto á nosotros le absolvemos de estos cargos.

Deseosos los jesuitas de fortificarse para sostener la lucha á viva fuerza que ellos preveian y que procuraban con sus intrigas, se esmeraron en hacerse propicio al gobernador del Paraguay y acabaron por hacerle mortal enemigo del obispo, que lo escomulgó dos veces y entonces el gobernador sostenido por los jesuitas respondió á la escomunion con la violencia Los jesuitas continuaron arreciando el viento de la discordia y las cosas llegaron á tal punto que el gobernador hombre de malas trazas y peor carácter segun un

(1) El mismo jesuita Charlevoix no lo niega, y esto en nuestro concepto es de mucho peso á favor de Cardenas.

escritor, resolvió deshacerse del obispo á toda costa y comenzó por echar de la Asuncion á un sobrino del prelado á quien hizo arrebatar de un convento de franciscanos del cual era fraile. D. Bernardino pidió reparacion de este atentado, y el gobernador D. Gregorio de Hinostrosa contestó con nuevos insultos y las cosas se iban de poco en poco exasperando.

En medio de este conflicto parecia que los Jesuitas guardaban una neutralidad que hubo de instar á su superior espiritual el obispo quien, segun dicen el P. Charlevoix y otros escritores de la Compañía, quiso poner de su parte á los reverendos padres á quienes elogiaba públicamente, y á los cuales nombró muchas veces árbitros entre él y el gobernador, pero los Jesuitas á quienes convenia la guerra se guardaron muy bien de restablecer la paz y al fin estalló una lucha cruel y encarnizada. Los combatientes eran por una parte el gobernador y sus soldados marchando en primera línea con los Jesuitas y sus indios llamados para la guerra, y por otra el obispo sostenido por la mayoria de la ciudad de la Asuncion con los frailes franciscanos. Para librarse de los insultos y de los malos tratamientos de la soldadesca del gobernador salió D. Bernardino de la Asuncion despues de escomulgar de nuevo á D. Gregorio y á sus soldados y de haber puesto la ciudad en entredicho, paso que tuvo para el obispo un resultado favorable, pues los Jesuitas retrocedieron ante el escándalo y el gobernador por miedo de ser destituido. Al cabo de cinco meses el mismo fué á suplicar al prelado que lo olvidase todo y que entrara de nuevo en la capital de su diócesis. Acaso D. Bernardino abusó de su triunfo, y siempre que los Jesuitas que por ningun término querian ver restablecida la paz intrigaron para resucitar las discordias y las revueltas, mas ello fué que el obispo acabó por escomulgar otra vez al gobernador de quien los Jesuitas confiesan que por mucha razon que tuviera siempre echaba á perder su partido. Los Jesuitas aliados de Hinostrosa hicieron que se presentase ante los muros de la Asuncion un enjambre de indios que amenazó con un sitio la ciudad diezmada entonces por una enfermedad contagiosa, en cuya virtud el prelado levantó la escomunion y desaparecieron los indios; mas adivinando aquel cual era la mano que los habia arrojado contra la ciudad comenzó á dirigir vituperios contra los Jesuitas.

Lito. de Ferrando Roca Calle Libreteria Nº 15 Barcelona.

Saqueo en la Ciudad de la Asuncion.

Leios estos de intimidarse por tan poca cosa se quitaron la máscara presentándose como los primeros adversarios del prelado, quien usando de un derecho reconocido retira á los jesuitas los curatos que les habia confiado y quiere que se cierren sus casas. Entonces los hijos de Loyola echan á un lado todas las consideraciones y Cardenas tiene que escaparse, pero los habitantes de la Asuncion se sublevan con los jesuitas y llaman á su obispo que destierra á su vez á sus irreconciliables enemigos.

Alzase un terrible grito en las *Reducciones*; los indios vasallos de los reverendos padres corren á las armas, forman brigadas, se ejercitan y ponen en marcha hácia la Asuncion llevando á su cabeza á los Jesuitas montados y con sable y pistola en mano. A pesar de esto el ejército tenia ostensiblemente por gefe á un tal D. Sebastian de Leon á quien los Jesuitas habian hecho nombrar gobernador interino del Paraguay porque D. Gregorio habia muerto poco ántes. El ejército jesuítico despues de haber saqueado muchos lugares que estaban á favor del obispo del Paraguay puso finalmente sitio á la ciudad de la Asuncion de la cual se apodera por asalto y en donde los salvages cometieron mil atrocidades, toleradas sino autorizadas por los gefes de Sopalandas. El saqueo de la Asuncion trae á la memoria las asquerosas espediciones de esa misma clase tan repetidamente hechas en Alemania durante la guerra de treinta años, y apesar de esto los soldados Walenstesis ó del viejo Tilly acaso hubieran retrocedido al ver los horrores de que la ciudad de la Asuncion fué teatro durante muchos dias (1).

D. Bernardino de Cardenas que cayó en manos de sus enemigos corrió graves riesgos de ser asesinado por los indios quienes dirigidos por sus oficiales de sotana, le arrancaron de una iglesia cuyas puertas le obligó á abrir el hambre, lo metieron en un calabozo junto con muchos de sus partidarios eclesiásticos y seglares, y acabaron por llevarlo brutalmente hasta las fronteras de su diócesis prohibiendo bajo pena de la vida que volviese á poner los pies en ella.

(1) Hemos rebajado y no ecsagerado los colores de este cuadro. La memoria escrita acerca de esto y presentada al rey de España por un fraile franciscano contiene una sumaria informacion por muchos testigos y en la cual el proceder de los jesuitas presenta un carácter de atrocidad que estremece.

Despues de esta espedicion los jesuitas se ocuparon en tranquilizar la ciudad de la Asuncion á cuyo fin acudieron, segun se dice, al medio de levantar horcas y amenazar con que colgarian de ellas á quien no reconociese que la espulsion de D. Bernardino de Cardenas habia sido justa. Fácil es comprender el pasmo que causaria á la desdichada ciudad el proceder de los reverendos padres. Antes de ahora hemos dicho que no queriamos mostrarnos favorables ni al obispo ni á los Jesuitas, y aun convendrémos en que el prelado no tenia razon, sin embargo de lo que atestiguan en favor suyo D. Juan de Palafoix víctima tambien de la Compañía de Jesus, el obispo de Buenos Aires y muchos otros eclesiásticos de todas gerarquías; mas no por esto es menos cierto que la conducta de los Jesuitas del Paraguay fué en esas circunstancias muy infame. La sangre de los niños inmolados por los indios, de las mugeres degolladas despues que hubieron satisfecho en ellas su brutalidad salvage, inclinará sin duda hácia una terrible condena la balanza en que algun dia ha de pesar Dios definitivamente la negra y asquerosa congregacion. El saqueo de aquella ciudad tuvo lugar en 1649 en que los Jesuitas recompensaron á D. Sebastian de Leon por las sangrientas hazañas que habia autorizado haciendo que su general le diese el glorioso título de conservador y segundo fundador del Colegio de la Asuncion, y que el rey de España le confirmara el título de gobernador del Paraguay.

La Corte de España se habia alarmado al ver estas diferencias y los Jesuitas lograron que se aprobase su conducta ó que á lo ménos no fuese juridicamente condenada. Por otra parte la España necesitaba de los reverendos padres, pues como Portugal acababa de sacudir el yugo de España y queria recobrar las colonias que en otro tiempo habia poseido en América; el Paraguay fué uno de los primeros puntos que atacaron las armas portuguesas, merced al ausilio de los Jesuitas y de los indios, los españoles rechazaron á sus enemigos. Aunque la España y Porgtugal reconocido ya independiente habian concluido un tratado de paz, sin embargo en América continuó la lucha y diferentes veces la Reducciones proporcionaron á los gobernadores españoles ejercitos de cinco y seis mil indios bien armados perfectamente disciplinados que iban à las ordenes de oficiales de sotana. Dícese que muchos de ellos se condujeron como

peritos y valientes generales, pero no como ministros de Dios. Se deja entender que los jesuitas supieron hacer de modo que el rey de España les pagase el ausilio que les habia dado, y por otra parte eran entonces bastante poderosos para que conviniera contemporizar con ellos.

No fueron menos útiles para sufocar las revueltas que no pocas veces estallaron en las colonias españolas, entre las cuales hubo una que puso á la Metrópoli en mucho riesgo de perder el Paraguay. Alli ensayó un hombre en los principios del siglo XVII el papel que con tan buen éxito habia de representar en nuestros dias el dictador Francia. Ese hombre se llamaba Antequera, pero merced á los jesuitas el rebelde que por mucho tiempo habia sido feliz fué vencido, preso y ejecutado en 1731. Al parecer el plan de Antequera era convertir el Paraguay en un estado independiente y ponerse él á su cabeza, pero como los jesuitas comprendieron las fatales consecuencias que para ello debia tener la realizacion de semejante proyecto, se declararon abiertamente contra la revuelta, Antequera los arrojó de la Asuncion y si hubiera salido bien con su intento probablemente los habria acorralado en el corazon de las Reducciones. Ya hemos dicho de que manera los jesuitas evitaron este riesgo.

La muerte de Antequera no apaciguó la revolucion que iba dirigida tanto contra la Compañía de Jesus como contra la corona de España. Efectivamente los Jesuitas fueron otra vez echados de la Asuncion á donde habian vuelto con el gobernador; pero se habian hecho tan odiosos que como el gobernador del Paraguay quisiese establecerlos otra vez á viva fuerza como antes, todo el mundo le abandonó y fue asesinado en una conmocion popular. El obispo de Buenos Ayres nombrado gobernador no pudo calmar la tempestad sino dirigiéndose contra los Jesuitas, quienes fueron desterrados para siempre de la Asuncion y sus bienes se confiscaron á favor de la Junta general que asi llamaba á los insurgentes al Estado en que fundaron y á cuyo gefe dieron el nombre de defensor. Los Jesuitas levantan con los súbditos de las Reducciones un numeroso ejército y lo ponen á disposicion del nuevo gobernador, quien con este refuerzo bate á los insurgentes, destierra, ó hace ahorcar á los miembros de la Junta general y en 1735 escribe á su soberano

que en el Paraguay se ha restablecido el órden. Sí, lo que se habia restablecido es el órden de los Jesuitas, lo que es muy distinto á juzgar por ello de las dos Memorias presentadas en esa época al rey de España por un eclesiástico francés que habia visto las Reducciones, y por el gobernador español D. Martin de Barna en las cuales los reverendos padres están pintados con colores muy sangrientos.

Entre todas las luchas que sostuvieron los Jesuitas reyes del Paraguay la mas encarnizada, mas larga y mas famosa es sin duda la que sustentaron desde 1750 á 1767 contra las coronas de España y de Portugal. Aunque quizás traspasemos con ello los límites que nos hemos propuesto, vamos á bosquejar con grandes rasgos este cuadro histórico que es fantástico y verdaderamente estraordinario. Despues que Portugal hubo sufrido durante tres cuartas partes de un siglo el yugo de la España que convirtió ese reino en una de sus provincias, pudo finalmente reconquistar su independencia, pues en 1740 fué entronizado Juan IV de la casa de Braganza y despues de una sangrienta lucha obligó á la España á que le reconociese por rey independiente. En el reparto de las colonias americanas que se hizo entre las dos coronas, el Brasil fué devuelto á Portugal y el Paraguay conservado á España; si bien á consecuencia de los tratados de esta última potencia cedió á la primera la parte oriental del Paraguay confinado con el Brasil, y con este arreglo pasaron á Portugal las siete Reducciones de la márgen izquierda del Uruguay.

Por mas que digan los defensores de la Compañía las dos potencias contratantes estaban en su derecho al hacer estos tratados, cambios, ó cesiones, pero obraron mal dejando que entre las dos se alzára otra potencia con la cual hubo de contarse cuando se trató de llevar á ejecucion esas medidas. Los Jesuitas que se habian acostumbrado á considerarse como soberanos de la parte del Paraguay en que estaban sus Reducciones, pusieron el grito en el cielo contra los que ellos calificaban de verdadera desmembracion de su imperio. Al paso que la Compañía luchaba diplomaticamente en Europa contra esa medida se disponia á resistirla en América á mano armada. Por desgracia de los reverendos regía entonces el Portugal el marqués de Pombal á quien se habia hecho enemigo irre-

conciliable, ó por mejor decir la nacion portuguesa y su nueva familia reinante se acordaban de que los Jesuitas no habian sido estraños á la catástrofe que sujetó su patria á la coyunda castellana.

D. José de Braganza, segundo rey de la restauracion portuguesa, ordena á los Jesuitas que le entreguen las siete Reducciones del Uruguay; Pombal se dispone á echar abajo el Portugal mismo y á esto responden en Europa el asesinato de José de Braganza y en América la guerra del Paraguay (1). Los gobernadores españoles y portugueses noticiaron á sus respectivas Cortes y á la Europa entera el proceder de los jesuitas en el Paraguay, y por medio de un escrito cuajado de lances curiosos y de tremendas acusaciones contra los reverendos padres, cuyo escrito tiene por título: *Relacion compendiada acerca de la república que los jesuitas del Portugal y de España han erigido en los paises que esas dos monarquias tienen en Ultramar, y de la guerra que en ellos han promovido* (2).

Escusado es decir que los Jesuitas contestaron y que el negocio fué llevado por estos y por aquellos ante los consejos de Castilla y Portugal, ante el Santo Padre y ante la opinion pública. Despues de conferencias y de esperas fué preciso acudir á las armas para resolver la cuestion y se declaró la guerra entre los soberanos de España y Portugal, y los jesuitas reyes del Paraguay quienes fortificaron las ciudades y llamaron á las armas á sus súbditos. Desgraciadamente aunque su reino se hallaba bastante poblado para proporcionar ejércitos, sus habitantes embrutecidos y desmoralizados bajo aquel tiránico yugo no podian dar mas que soldados malos, y faltos de valor, de celo y de audacia ¿Qué le importaba al Guarani el nombre de sus dominadores? Opresion por opresion, esclavitud por esclavitud, el resultado era siempre estar oprimido y esclavo. Acaso lo sabia tan bien que en secreto deseaba un cam-

(1) Véanse las instrucciones del Rey de Portugal á sus ministros en la corte de Roma. El decreto del cardenal Saldaña, los Breves de Benedicto XIV y otros escritos relativos á esos sucesos de que darémos noticia en el 2° tomo cuando refiramos lo que los jesuitas hicieron en su provincia de Portugal.

(2) Los partidarios de la Compañia de Jesus, que atribuian ese escrito al marques de Pombal, suponen que es un tejido de imposturas y de calumnias. En nuestro concepto el mas grande error cometido por el autor ó autores de esa formal acusacion no es mas que haber dado á las *Reducciones* jesuiticas el nombre de *república* cuando en realidad era un reino

bio, el cual de seguro no podia traer cosa peor y era dable que produjese un efecto menos malo. Los Jesuitas reyes investigaron la interior disposicion de sus súbditos procurando que al menos por algun tiempo saliese alguna chispa de ese pedernal ya frio. A este efecto hicieron revivir el antiguo odio de los españoles y portugueses y los impulsaron al combate haciendo brillar á sus ojos la antigua libertad que debia dispertarse al rumor de la victoria, y tampoco descuidaron rehacer el espíritu nacional, asi entre los guaranis como entre los restos de las otras tribus indias.

Cierto dia la márgen izquierda del Uruguay fué testigo de un singular espectáculo. En un vasto prado de forma circular, ceñido hácia un lado por un rio y hácia el otro por un bosque, estaban reunidos cerca de cien mil indios de ambos sexos y de todas edades; bajo la apariencia de estóica apatía que siempre manifiesta el salvage indio se traslucia una agitacion calenturienta, y de tiempo en tiempo dijérase que un temblor eléctrico hacia ondular esa multitud inmóvil y silenciosa. De cuando en cuando alzábase un murmullo grave y subitamente sofocado, y se oía despues la terrible voz del bosque á la cual contestaba la monotona voz del rio. Todas las miradas se dirigian hácia una eminencia que se alzaba en medio de la llanura con traza de ser obra de los hombres mas bien que de la naturaleza; y en efecto era una especie de túmulo indio. En otro tiempo existia allí la principal aldea de los guaranis y alli se reunieron en remota época sus numerosas tribus en derredor del *fuego del consejo*. La grande poblacion india habia sido incendiada por los conquistadores europeos, y bajo sus derruidos muros yacían los huesos de mas de mil víctimas. La naturaleza cual si estuviese encargada por el cielo de reparar ó de ocultar á lo menos las consecuencias del furor de aquellos que tienen el orgullo de llamarse su obra maestra y sus señores, habia tendido sobre esas melancólicas ruinas un denso y rico tapiz de grana tachonado con magníficas flores. En la cumbre de la eminencia habíase levantado una especie de vasta tienda, y á ella se dirigian de continuo, cual si quisieran atravesar sus ondeantes pliegues, mas de cien mil miradas de la muchedumbre, rápidas cual la flecha que vuela hácia su blanco. Alzóse de repente uno de los paños de la tienda y salió de allí un grupo de hombres vestidos con trage

talar negro, con las manos plegadas y cual murmurando una fervíente plegaria.

¡Los benditos padres! esclamaron los indios arrodillándose. Eran en efecto los gefes del ímperio guaránico que llevaban en el centro al provincial ó gefe supremo del Paraguay, que era el octogenario padre Barreda. Este dió una vuelta en derredeдor de la eminencia en donde la tienda estaba, levantando las manos al cielo bendijo al arrodillado pueblo y en aquel instante un armonioso coro entonó dentro de la tienda el salmo *In exitu Israel.* La multitud fué respondiendo, reinó despues un solemne y absoluto silencio que fué roto por el provincial, quien en un discurso bien entendido, recordó á la muchedumbre, que con religiosa atencion le escuchaba, la inmensidad de dolores y de miserias en que las tribus índias estaban sumergidas, cuando llegaron al Paraguay los jesuitas. Pintó con riquísimos colores el cuadro de las atrocidades cometidas por los portugueses y españoles contra los guaranis y las diversas tribus de la gran familia Tupí: esplicó de que manera hubieron de dejarse sujetar á la esclavitud mas dura aquellos que por medio de la muerte ó de la fuga no lograron escaparse de la encarnizada persecucion de los opresores: de que suerte aquellos bárbaros conquistadores cuando temian una revolucion de los indios ó con el solo objeto de prevenirla, los cazaban con el ausilio de perros amaestrados en ello, o con los lazos propios para coger lobos; y de que modo á impulsos de una barbaridad inconcebible diezmaban la poblacion de una aldea india, que les parecia demasiado grande y por consecuencia temible enviando á ella regalos impregnados con el mortal virus de las viruelas.

«Entonces, añadió el Jesuita, Dios nos llamó para defenderos y «venimos á colocarnos cual un escudo tutelar entre los opresores y «los oprimidos, entre los verdugos y las víctimas. ¡Indios, her«manos é hijos mios! Bien sabeis lo que por vosotros hemos he«cho consultando unicamente el interés vuestro; sabed pues, que «ahora quieren impedirnos que lo hagamos. Los malvados quieren «retiraros la preteccion que Dios os habia dispensado, y lo quie«ren con el objeto de dar rienda suelta á sus vicios y á su inhu«manidad, cual animales de presa sedientos de sangre y carne á «quienes otra vez serviréis de alimento. ¡Guaranis! todo esto es

«cierto y vosotros lo sabeis. El corazon se me despedaza al recor-«dároslo; los dias de desgracia vuelven para vosotros, hijos mios, «y vuestros padres espirituales nada pueden hacer en favor vues-«tro. Os roban á nosotros y nos mandan que huyamos de vuestra «tierra; y cuando ya no estemos en ella; ¿quien os enseñará al me-«nos á sufrir con paciencia los males que van á caer sobre vues-«tras desdichadas cabezas? Las primeras ráfagas del espantoso «huracan que va á lanzarse sobre este pais que nosotros habia-«mos hecho tan apacible, nos dispersan y nos lanzan lejos de vo-«sotros, cual las hojas que caen al comenzarse el invierno. ¡Gua-«ranis hijos mios, ¿y tendrémos que separarnos?»

Por mucho mas tiempo habló el jesuita con voz trémula y cascada sin que la muchedumbre atenta y silenciosa perdiese una siquiera de sus palabras: durante largo rato procuró que los ignorantes indios comprendieran que los arrebataban á sus antiguos amos para venderlos á otros nuevos, cual un víl rebaño que es arrancado del pasto para llevarlo al matadero. Dejó entrever á sus cándidos oyentes que sacaban del Paraguay á los jesuitas porque querian regenerar sus pueblos; lo que no decia dejaba que se adivinase, y cuando por largo tiempo hubo hecho rozar el puñal por dentro de la herida de espanto y de angustia que sus palabras acababan de abrir en el corazon de todos los guaranis, se detuvo lanzando un prolongado grito de dolor, al cual contestó un espantoso aullido que salia de cien mil pechos palpitantes.

Ese inmóvil mar de de la multitud india corrió formando olas impetuosas y mugientes hasta invadir la base de la eminencia en que estaban los benditos padres, y allí no tanto por amor hácia los Jesuitas como por miedo y odio á los portugueses, rogaban á sus soberanos de sotana que no los abandonasen. Unos besaban la orla del ropage de los reverendos que lloraban con aire de ternura perfectamente imitado, otros se arrastraban por el suelo á manera de furias, lanzando gritos de rabia. Allí una muger furiosa, con el cabello esparcido, blandia por encima de la cabeza cual si fuera una honda un muchacho que tenia cojido por los pies, el cual decia que iba á estrellar contra una roca antes que dejarlo vivir para que fuese esclavo de los portugueses. Por largo tiempo dejaron los Jesuitas que hirviese esa lava humana cuya efervescencia aumenta-

ban en vez de disminuirla. Bien sabian ellos que se enfriaria al presentarse cualquiera obstáculo serio, porque bajo el yugo jesuítico los guaranis perdieron toda su energía; y por esto habian resuelto administrarles, cuando su causa estuviese desesperada, un estimulante eficaz de cuyo efecto estaban seguros. El anciano provincial indicó por señas que iba á hablar de nuevo, y la tempestad que su anterior discurso habia levantado fué calmándose gradualmente, calló despues de algunos sordos rugidos de cada vez mas sufocados y reinó luego un absoluto silencio.

¡«Guaranis! esclamó el jesuita; en Europa en donde viven los «españoles y los portugueses nos acusan de que estamos con vo- «sotros y á favor vuestro con el solo objeto de reinar sobre voso- «tros. Dan el nombre de ambicion á la caridad que nos ha impul- «sado á haceros mejores y á daros á conocer el verdadero Dios: «llaman egoismo y vil cálculo al amor y al esmero con que por «tanto tiempo hemos cuidado de vosotros. Hoy mismo darémos á «esas falsas é indignas acusaciones un mentis solemne. ¡Hijos mios! «en cuanto mi palabra baste para ello, desde ahora sois libres; desde «ahora quedan rotos los vínculos que nos unian esceptuando tan «solo los del respeto que no dudo conservaréis hácia el carácter «sagrado de que estamos revestidos, y los del amor que conserva- «rémos siempre hácia vosotros que sois nuestros hijos adoptivos. «Desde hoy á vosotros toca decidir lo que habéis de contestar á «los españoles y á los portugueses que nos acorralan, os cuentan «os reparten, y os truecan cual un rebaño del cual por tanto tiem- «po hemos sido pastores. Guaranis, id en paz, ya sois libres.»

En la palabra *libertad* hay un no sé que de embriagador, de suerte que los pobres y enervados guaranis se sintieron conmovidos y galbanizados al oir como esa palabra rodaba por sobre sus cabezas. A esa palabra contestó un eco de lo pasado que susurró en los oidos dé los indios y que les hizo pensar en un porvenir risueño; mas eso no fué sino un veloz relámpago en medio de sombría y pesada nube, porque esa gente hacia demasiado tiempo que era esclava, y estaba avezada al yugo con harta destreza para que no la embarazase esa libertad que tan de improviso se la daba. Despues que durante algunas horas se hubieron repetido unos a otros como niños, *somos libres*, *somos libres*, comenzaron á comprender que eso

no bastaba, porque era necesario conservar esa libertad que se les habia devuelto y no atinaban en el medio de hacerlo. ¿Habian de volver á su antigua vida errante? ¿Iban á dividirse en fracciones y en tribus, cual en otro tiempo estuvieron por los bosques? Si hacian esto les era imposible satisfacer los nuevos gustos y las nuevas necesidades que despues habian conocido.

Estas reflexiones disminuian el placer que los indios esperimentaron al verse libres, y ademas habia ya gérmenes de discordia entre esa muchedumbre súbita y violentamente emancipada. Esas infelices y cándidas gentes que pasaron sin transicion alguna desde el estado de servidumbre á la dignidad de hombres libres, procuraban reorganizar los restos de las diversas tribus indias y por consecuencia querian poseer el territorio donde en otro tiempo se alzaron sus antiguas aldeas. En todo esto habia dudas, confusion, pretensiones encontradas y graves riesgos de desavenencia. Manifestábanse ademas algunas ambiciones particulares, y asi es que los descendientes de los antiguos gefes ó caciques de una tribu hablaban con mas ó menos entono (segun era la autenticidad de sus títulos) de los derechos que tenian á ser gefes ó caciques, como sus antepasados. Finalmente despues de una larga y confusa disputa en que tomaron parte los principales indios y los ancianos mas respetables, se convino en pedir à los que acababan de ser señores de los guaranis como debian conducirse, y que planes convenia que adoptasen.

Los jesuitas se habian retirado otra vez á su tienda, y de tiempo en tiempo se oia como alzaban la voz pidiendo á Dios que hiciese felices á sus hermanos indios. Cuando la Diputacion de estos subió por la eminencia, oyóse en la tienda un coro de voces armoniosas y de ellas salió el provincial solo. Apenas los diputados hubieron manifestado al Padre Barreda el objeto de su embajada, cuando el jesuita se arrodilló y al parecer suplicaba á Dios que le inspirase lo que debia salvar á sus hermanos indios, los cuales permanecian inmóviles y silenciosos. No tardó Barreda en levantarse y con la vista inflamada y cual si acabara de comunicarse con los epíritus celestiales dirijió á la atenta muchedumbre estas palabras.

«Guaranis! he presentado vuestra súplica á los piés del Eterno «y he aquí lo que acaba de murmurar en mi oido el ángel que

«vela á la derecha de su trono. El Paraguay no debe formar mas «que una nacion, y los Guaranis serán un gran pueblo. Un solo «gefe debe estar á su cabeza y ese gefe será el Cristo y el ungido «del Señor. Ese gefe, continuó el Jesuita con el mayor entusias- «mo; indios, hermanos é hijos mios, ese gefe de quien en adelante «serémos consejeros fieles y humildes ministros, ese gefe va á pre- «sentarse en medio de vosotros: ese gefe que debe conduciros al «combate, esto es á la victoria, á la libertad y á la ventura, hele «aquí Guaranis.»

A estas palabras el padre Barreda hace una señal con la mano; el coro de voces invisibles entona el himno de triunfo *Pange lingua*; la tienda que corona la eminencia cae cual herida por el soplo de una tempestad invisible, y se presenta á los ojos de la muchedumbre un espectáculo estraordinario. En la cumbre de la colina se habia alzado un altar circuido por treinta sacerdotes con magníficos trages pontificales y que están orando, á su alrededor forman otro círculo algunos coristas y una triple hilera de negros armados y que están inmóviles descansando en sus desnudos sables semejan una especie de muro. En los cuatro ángulos del altar otros tantos hermosos niños indios agitan incensarios ó queman suaves perfumes y al través de la odorífera nube al pie de un inmenso crucifijo de oro macizo que está en medio del altar se ven una bandera y una espada puestas en cruz. Lo que en medio de esta pompa llama mas particularmente la atencion de la conmovida muchedumbre, es un hombre que está en pié en frente del altar apoyando una mano en la bandera y otra en la desnuda espada. Ese hombre jóven todavia lleva un blanco trage talar, su cabeza y sus brazos están desnudos y el color del cútis indica que es de raza india.

Nótase en toda la muchedumbre un movimiento que se ha comunicado cual chispa eléctrica y luego se alza un grito que termina en esclamaciones guturales; los corazones de todos los presentes palpitan por efecto de una conmocion poderosa aunque indistinta; pues todos los Guaranis dudan; pero presienten y temen; pero esperan. La persona de trage blanco que está en pie delante del altar vuélvese hácia los indios á una indicacion del padre provincial, y en medio del mas solemne silencio dice:

«Hijos del *rio coronado* (que este nombre daban algunas tribus

« indias al rio del Paraguay). En otro tiempo viviais felices y libres « en las aldeas cuyo asiento eligieron vuestros antepasados; libres « y felices corriais al traves de vuestros bosques abundantes en caza « cuyos senderos conocia el indio entre las altas plantas y que habia « marcado el terrible jaguan ó el tapir-asugues cual una colina « que se mueve; mas entonces no conociais al grande espíritu, al « verdadero Dios; no le dirigiais vuestras plegarias, ni siquiera « pensabais en él, y asi es que no mereciais vuestra libertad ni vues- « tra ventura. Un dia nuestros padres vieron llegar por el lado « por donde el sol se alza, á los hombres blancos armados con el ra- « yo, que bien comprendéis hablo de los mosquetes. Nuestros « antepasados solo conocian la flecha y la maza de palo de hierro y « por lo mismo fueron vencidos. Tal era la voluntad de Dios, pero « los ministros de su cólera traspasaron las órdenes que les habia « dado, porque eran unos malvados que solo pensaban en satisfacer « su codicia y sus demas pasiones. Es inutil que os diga lo que hi- « cieron porque de la tierra en donde tengo sentados mis pies salen « incesantemente grandes voces para recordaros los rostros pálidos y « desde este lugar á aquel á donde llegaria un rápido gamo corriendo « aceleradamente durante muchos dias, no hay un sitio en donde no « se levanten las mismas voces diciendo las atrocidades cometidas « por aquellos á quienes se dan los nombres de portugueses y de es- « pañoles y que viven muy léjos de aqui, en el lugar en que el sol « se alza. Vino el dia en que Dios á quien le constaba que si noso- « tros no le amábamos era porque ninguno nos habia hablado de él, « echó una ojeada por lo largo del rio coronado, y viendo las mi- « serias de los indios dijo, *basta*. Entonces los *Trages-Negros* vinieron « á colocarse entre la desgracia y el Guarani desesperado. Esos eran « los primeros de nuestros benditos padres que nos enseñaron á co- « nocer y á rogar á Dios, y Dios dijo: todos los Paraguais son hi- « jos mios. Ellos nos dieron pan para alimentarnos; nos dieron pól- « vora para matar las fieras del bosque y para defendernos contra « enemigos aun mas terribles que ellas; nos enseñaron á edificar ciu- « dades y á cultivar los campos, y mecieron cual á un niño enfer- « mo la nacion de los Guaranis, y esta cesó de prorumpir en gritos « de dolor, y ya no esperimentó sufrimiento alguno. Y porque « los benditos padres han hecho esto se quiere que partan y que se

« vayan lejos, muy lejos del rio coronado, pero Dios no lo quiere « y mis hermanos no lo sufrirán. Los españoles han dicho á los por- « tugueses: este terreno abundante en caza es para vosotros, esta « poblacion para nosotros: tomad el bosque porque nosotros quere- « mos el prado. Segun ellos los indios de la poblacion, los del bos- « que, los del yermo, y los del pais cultivado deben ser repartidos « como las palmeras; como la caza y como el rebaño. No, esto no « debe ser. Todo esto era vuestro, ó indios, muchos millares de so- « les antes que el primero de los hombres blancos hubiese impreso « en vuestra tierra la huella fatal de sus pasos. Si quereis que los « huesos de vuestros degollados padres descansen en paz, es menester « que el suelo que los cubre pertenezca tan solo á sus descendientes « á quienes se ha robado la herencia. Decid á los rostros pálidos que « el sol del Paraguay es demasiado ardiente para ellos, y que ya es « hora de que nosotros los reemplacemos en las márgenes del rio « coronado. Dios lo quiere, y yo he oido su voz que me decia: *anda*. « ¡Guaranis! sin duda os acordais de que en este mismo sitio hubo « en otro tiempo la casa del Consejo, y una nacion poderosa; bien os « acordaréis de esto. Tampoco habeis olvidado que el mas valiente, « el mas sabio, el mas venerado entre los grandes gefes que venian « á sentarse en torno del *fuego del consejo* se llamaba el *Aguila de « fuego*: conozco que os acordais; pues bien, ese hombre era el padre « de mi padre. ¿Quereis que el nieto del *Aguila de fuego* sea vuestro « gran gefe, como sus antepasados fueron los grandes gefes de vues- « tra nacion entonces poderosa y libre, y que otra vez debe serlo? « Dios lo quiere, y nuestros benditos padres lo dicen.

Es imposible pintar el efecto que esta escena produjó en los indios que á voz en grito y cual si fueran un hombre solo clamaron al nieto del águila de fuego que fuese su gran gefe y marchase á su cabeza para que otra vez pudiese ser una nacion independiente. Con la exaltacion que en los instantes de acaloramiento es natural en el salvage, juraban morir ó ser libres, y prometian presentar sin temor alguno su pecho á los golpes de los portugueses. Algunos de ellos matando al vuelo con la flecha ó con el mosquete las aves que pasaban por encima de la muchedumbre preguntaban si acaso era mas dificil matar á un soldado de Europa, otros cual ébrios é insensibles al dolor se abrian con los cuchillos profundas

heridas en las carnes para manifestar su valor, ó con el objeto segun ellos mismos decian de probar que su sangre era del color mismo que la de sus antiguos vencedores. Con todo esto iban mezclados los gritos de las mugeres que exortaban á sus hijos, hermanos y esposos, pero gritos tan agudos que iban á turbar en sus profundas cavernas á los tigres negros que algunas veces respondian á ellos con un breve rugido de sorpresa.

Los Jesuitas habian llevado á los indios hasta el punto en donde querian verlos, porque bien se comprende que todo esto era una comedia representada en provecho de los reverendos padres. El provincial despues de haber recomendado hiprocritamente á su auditorio la paciencia y la moderacion, pero con un tono que no hizo sino aumentar el antusiasmo que habia llegado ya á su último punto, pareció acceder á las tumultuosas instancias de los Guaranis y consagró solemnemente al nieto del águila de fuego como gran gefe ó emperador de la nacion Guaránica con el nombre de Nicolas I.

Este singular monarca improvisado de tal suerte descendia realmente de una de las familias de Caciques del Paraguay, que eran las mas poderosas y mas respetadas entre las tribus de esta nacion. Los Jesuitas consultando sus intereses se apoderaron de ese jóven y le tenian encerrado en una de sus casas. Segun manifestaron los gobernadores Español y Portugues ese indio era un hermano coadjutor de la Compañía de Jesus, y ademas parece que fué un instrumento dócil con el cual los reverendos padres contaban para hacer sentir siempre su accion directora, y que en efecto nada hizo durante su singular reinado sin órden de sus ministros y consejeros (1).

Habíase entre tanto celebrado una misa solemne que el emperador Nicolas oyó revestido con un trage magnífico y desde una especie de trono puesto á un lado del altar y en frente de otro trono que ocupaba el provincial de los Jesuitas. En el momento en que el celebrante acababa de consagrar la hostia acercose el nue-

(1) Los jesuitas han negado todo esto, y la mayor parte de ellos dicen que el emperador Nicolas es un fantasma nacido en el cerebro del marqués de Pombal: sin embargo la revolucion de los jesuitas reyes està justificada por documentos irrefragables unidos al proceso que se les formò en Portugal; y las diversas *Memorias* publicadas con motivo de ese proceso atestiguan la realidad de la coronacion del emperador Guarànico. Benedicto XIV al publicar entonces mismo la reforma de los jesuitas pareciò sancionar esas acusaciones que muy luego habiàn de servir á otro Papa para dar el postrer golpe à los hijos de Loyola.

vo gefe de los Guaranis y cogiendo la bandera y la espada que sobre el altar estaban, juró consagrar su vida á la felicidad de su pueblo y en seguida tomó la comunion. Casi todos los indios que se hallaban en estado de tomar las armas fueron adelantándose y juraron morir por el emperador; y á los que por este ó por otro motivo se negaron á prestar juramento no se les administró la eucaristía. Al fin de la misa el padre Barreda bendijo al estraño monarca y á su pueblo; los coristas dijeron *ite, misa est*, y los Guaranis guerreros gritaron *al combate, al combate*! Los Jesuitas esclamaron entre sí: reyes de España y de Portugal, ahora vamos á probaros que somos enemigos formidables.

Entonces el nuevo gefe del imperio Guaránico mandó desfilar en su presencia el ejército que se componia de cerca de veinte mil combatientes, entre los cuales solo una tercera parte tenian fusiles, pues los restantes no llevaban mas armas ofensivas que arcos, flechas y mazas, en cuya vista los reverendos ministros del emperador Nicolas hicieron fabricar en poco tiempo crecido número de picas con que armaron á los Guaranis. El ejército de estos tenia cañones esclusivamente dirigidos por los Jesuitas con el ausilio de negros que formaban un cuerpo de artilleros. Segun parece mucho tiempo antes del rompimiento que tuvo lugar entre el Portugal y los Jesuitas, ya estos previéndolo sin dudu habian procurado adiestrar á muchos súbditos suyos en los ejercicios y maniobras de la táctica militar de Europa, y el padre Charlevoix refiere que un cuerpo de ese ejército que llevaba un tren de artillería perfectamente arreglado causó por la precision de sus movimientos y su buen equipo no poca admiracion á un oficial francés ante el cual desfiló. El mismo Jesuita nos dice que en cada aldea del Paraguay sus cofrades habian formado dos compañías de milicia mandadas por oficiales, en cuyo trage habia galones de oro y plata en todas las costuras y que hacian egercitar mucho á los soldados. Dice ademas que en cada Reduccion hay un arsenal bien provisto y situado en la plaza pública en frente de la iglesia. Por lo dicho se vé que los Jesuitas no estaban desprovistos, y asi es que sostuvieron por mucho tiempo y con gran destreza la lucha. Como ya no eran reyes al menos de nombre se hicieron generales y mas de una vez derrotaron á los de Portugal y España. La espada iba tan bien en sus manos ó mejor

que el crucifijo; bien es verdad que sabian hacer oportunamente uso de este y de aquella, y no pocas veces de las dos cosas juntas. Aunque los Guaranis enervados desde mucho tiempo y á propósito por los reverendos padres eran muy malos instrumentos de lucha, no obstante en las playas del Uruguay hubo sangrientos combates y se vieron todos los horrores de las guerras indias. Acaso los Jesuitas hubieran llegado á contrarrestar los reunidos esfuerzos de los reyes de España y Portugal, que solo de tarde en tarde podian enviar tropas á esos lejanos territorios; pero los gobernadores del Brasil, del Paraguay y de la Plata encontraron un poderoso ausiliar en los mestizos americanos á quienes los Jesuitas habian hecho enemigos desde mucho antes.

Sobre todo los *Paulistas* de quienes hablarémos en el capitulo siguiente, que eran unos mamelucos intrépidos, infatigables y audaces; pero codiciosos y sanguinarios, aprovecharon con ansia aquella ocasion de vengarse de los Jesuitas que constantemente los espulsaron de los puntos del Paraguay en que ellos dominaban. Por otra parte los *paulistas* que entre sus muchos ramos de industria contaban con el comercio de los indios á quienes cazaban como fieras y vendian despues, encontrábanse muchas veces con los Jesuitas que les hacian competencia, puesto que tambien los reverendos padres con el objeto de poblar las Reducciones cazaban á los desgraciados indios á manera de *bestias feroces* segun los llama un obispo del Paraguay en una carta dirigida al rey de España y escrita á favor de los Jesuitas. A pesar de las negativas de los escritores Jesuitas creemos que á ejemplo de los Paulistas, tambien ellos vendian algunas veces los productos de aquella infame caza humana, como á nuestro parecer resulta evidentemente de una bula del papa Benedicto XIV, que fué educado por los Jesuitas y que no se mostró enemigo suyo. Esa bula pontificia es de 20 de diciembre de 1741, y prohibe á los Jesuitas que en adelante se atrevan á reducir á servidumbre á los hijos del Paraguay, á separarlos de sus familias y de sus hijos, y á comprarlos ó venderlos. Parécenos que las palabras de la bula son muy esplícitas.

Es imposible que describamos los infinitos episodios de la lucha que sostuvieron los Jesuitas y dirémos únicamente que abandonados por las papas á quienes finalmente estremeció su poder, y acusados

por los reyes que á causa de las intrigas de los Jesuitas mas de una vez sintieron bambolear sus coronas en la cabeza, finalmente hubieron de sucumbir en el Paraguay, pero no abandonaron la ensangrentada tierra de su antiguo reino hasta que por órden del papa todo el mundo cerraba la puerta á la Compañía de Jesus. En 1768, los franciscanos habian reemplazado á los Jesuitas en todos los puntos del Paraguay y aun hoy ocupan las casas de los hijos de Loyola. Los Guaranis fueron aniquilados y desaparecieron casi enteramente, y en las Reducciones vinieron á reemplazarlos los mestizos. No se sabe lo que fué del infeliz emperador Nicolas, primero y último de este nombre, y en el dia solo se encuentran algunos vagabundos restos de las grandes tribus que formaron la poblacion de aquel estraño imperio Guaránico.

Para no repetir lo que llevamos referido de la historia del Paraguay, nos limitarémos á decir que el influjo de los Jesuitas tan fatal á los indígenas, y á la gran causa de la civilizacion, quizás no lo fué menos en aquel país á la religion católica romana. La autoridad del santo padre sobre los actuales Paraguais es por lo menos dudosa; de suerte que no solo los legos sino tambien los religiosos y el clero secular estan preparados para un cisma que estallará tarde ó temprano, segun la opinion de viageros bien informados. Nadie ignora que en nuestro siglo el Paraguay se ha sustraido al dominio de Europa constituyéndose en república; y no es estraño porque los Jesuitas reyes necesariamente debian hacer odiosa la monarquía, como los Jesuitas sacerdotes han hecho odiosa la iglesia de Roma.

Completarémos lo dicho acerca del interior de las Reducciones con algunas noticias tomadas en parte del Jesuita Charlevoix.

Los Jesuitas habian alcanzado de Felipe IV que sus súbditos no pagaran anualmente mas que un escudo por cabeza, y como los gobernadores reales no podian entrar en las Reducciones, los Jesuitas fijaron á su antojo el numero de personas que debian pagar el tributo, el cual se dispensaron de satisfacer muy luego. Con objeto de cerrar enteramente las Reducciones, mandaban á los gefes que en manera alguna permitiesen hablar otra lengua que la Guaránica, y los padres que iban al Paraguay tenian obligacion de aprenderla. Charlevoix dice que los Jesuitas introdujeron en las Reducciones

fábricas de toda clase de que sacaban buenos provechos, y que tenian indios escultores, pintores, doradores, plateros &.

El espionage y la delacion estaban alli en gran boga como resulta evidentemente de lo que nos dice el padre Charlevoix en orden á la vigilante y bien entendida policia que los Jesuitas establecieron. El mismo confiesa que los jesuitas del Paraguay hacian mucho comercio, pues dice: «Los que hacen este comercio de ir á «buscar los metales que faltan en el pais, como tambien los que «esportan los frutos del mismo, hacen muy bien el viage.»

Los Jesuitas establecieron en las Reducciones el uso de las penitencias públicas y muchas otras cosas, que pudieron ser buenas en los primeros tiempos del cristianismo pero que hoy son ridículas ó peligrosas; asi es que se azotaba en público á los pecadores y aun á las pecadoras. Los reverendos padres transportaron al Paraguay las congregaciones de que tanto y tan bien se sirvieron en Europa. Habia allí las dos del arcángel S. Gabriel y de la Vírgen María; los recibidos en ellas gozaban de honores particulares y se les administraba la comunion de que con mucha dificultad se hacia partícipes á los otros: Es probable que los cofrades eran los Guaranis mas acostumbrados al yugo.

Los Jesuitas de las Reducciones habian prohijado los mas bellos aires de la música de Europa para las diversas oraciones de su iglesia Guaránica, en la cual todo se cantaba y todo se hacia cantando.

El trage de los súbditos de los Jesuitas reyes era el siguiente: jubon, calzones, y encima una especie de blusa de tela blanca que algunas veces era de seda ó de otra materia colorada, y esto se concedia como una especie de investidura cual en Oriente se conceden á los *Caftanes* de honor. Las mugeres iban con camisa sin mangas, y los domingos se ponian encima un especie de ajustador medio flotante.

En cuanto a las magnificencias teatrales de la religion introducidas en el Paraguay por los Jesuitas ya hemos hablado de ellas, y el que apetezca mas pormenores puede ver la estensa descripcion que de las mismas hace el padre Charlevoix en el libro 5° t. 2° de su obra.

Fácilmente comprenderá el lector que nuestra esposicion ha sido rápida, y que muchas veces hemos descuidado cosas muy capaces de dar mayor fuerza á los cargos que hacemos á los negros soberanos del Paraguay.

Lit. Gardelle y C.ª calle de la Union N.º 26.

La muerte de un Pueblo.

CAPÍTULO II.

La muerte de un Pueblo.

Si hemos empezado por el Paraguay la historia de los Jesuitas en América, no es porque la Compañía de Jesus haya formado en esa region del Nuevo Mundo su primer establecimiento, sino porque sus Reducciones han sido la mas vasta, mas importante mas extraordinaria y mas curiosa de las colonias jesuíticas. Por el Brasil empezaron los Jesuitas su empresa en América, en donde edificaron su primera casa en 1550, con la ciudad de San Salvador en el golfo de Bahía, porque allá estaban entonces los principales establecimientos de los portugueses, cuyo rastro seguian los misioneros. Desde 1553 Ignacio de Loyola erigia el Brasil en provincia, siendo muy fácil á los Jesuitas fundar y asegurar sus establecimientos sin ninguna contradiccion mientras que los portugueses fueron los dueños de esas rejiones del Nuevo Mundo. Mas el Portugal desaparece de entre las naciones, sumergido en el inmenso imperio español, y entonces por todas partes se ven correr al Brasil los aventureros Conquistadores castellanos. Incomodados los Jesuitas en su accion, reducidos á estrechos límites, se disponen para marchar á otras regiones en donde sean menos molestados, menos observados; y en esa época acaeció una aventura romancesca en el golfo de Bahía, ó Bahía de todos los santos.

Un buque montado por aventureros españoles que sin duda iban en busca del famoso El Dorado, el cual entonces ya no creian que existiese en Asia sino en algun golfo de la América del Sud, naufragó y se estrelló contra los peligrosos arrecifes que abundan en aquella parte del Brasil. Corrieron los salvages al lugar de la desgracia, se apoderaron de los naúfragos que no habian perecido y los devoraron; pues la mayor parte de las tribus indicas eran antropófagas, á mas de que los indígenas habian concebido un odio mortal contra las *caras pálidas*, si bien es verdad que el rencor mas implacable era contra los portugueses. Solo se libró de la muerte uno de aquellos aventureros; un jóven bello, vigoroso y bien formado, pues cuando ya estaba atado al poste, cuando los salvages le decian que entonase su *canto de muerte*, se adelantó una jóven india, la mas bella muchacha de la tribu, y declaró que le tomaba por esposo, cuya declaracion salvaba al condenado, y segun las leyes del pais convertíale en un guerrero de la tribu.

Llamábase aquel español Diego Alvarez, el cual adquirió grande reputacion entre los indios, que le nombraron uno de sus gefes, merced á su audacia y al fusil que conservó. Sin embargo Diego siempre pensaba en evadirse para juntarse de nuevo con los suyos; asi que un dia habiendo columbrado un buque de Europa que iba costeando, sin saber á cual nacion pertenecia la nave se echó al mar y procuró llegar hasta ella á nado. Oyó Alvarez tras él el ruido de otra cosa que caia en el agua; pero ni siquiera se volvió á mirar si alguno seguia su ejemplo: pensó mas bien que era un enemigo decidido á perseguirle en su evasion; se puso pues á nadar con todo esfuerzo y logró alcanzar la nave, que habiéndole apercibido se habia puesto al pairo. La persona que nadaba en pos de Diego, tocó casi tan pronto como este al costado del buque, y los marineros ayudaron á entrambos á subir; mas cual fué la admiracion de Alvarez reconociendo á su muger, la jóven india, que sonriéndose con dulzura, le decia en guirigay, mezclando palabras españolas con las indias: « El marido habia olvidado á su mujer; pero se alegra de verla! El grande Espíritu no quiere que vivan separados... » Diego no tuvo valor para desechar á esa sencilla y afectuosa criatura: la estrechó contra su corazon jurándole que jamás se separaria de ella.

El buque que los habia acogido era francés, por cuyo motivo los llevó á Francia en donde llamó la atencion general la historia de Diego y de su esposa. El rey Enrique II, los hizo presentar á la corte, y cuando la jóven india aceptó como suya la religion del hombre á quien su corazon habia elegido, fueron sus padrinos en el bautismo Enrique y Catalina de Medicis. La corte de Francia sin duda quiso servirse de Alvarez para tantear de meter el pié en el Brasil, pues una nave bien provista de cuanto es indispensable para una colonia naciente volvió á la Bahía de todos los santos á Diego con su esposa. Mas los trastornos suscitados en Francia despues de la muerte de Enrique II no dejaron seguir adelante la tentativa de que hablamos, por haberse intentado una segunda en la cual los Jesuitas representaron su papel.

Bajo el reinado de Enrique IV, La Rivadiere, valiente capitan francés, abordó en el Brasil, y fundó en la isla de Maranham la ciudad de San Luis. En aquella época los españoles habian conquistado el Portugal y reemplazaban á los portugueses en las colonias de América; por consiguiente la naciente colonia de San Luis tuvo que defenderse de los españoles. Como los Jesuitas de San Salvador supiesen que los franceses habian traido consigo misioneros capuchinos, auxiliaron á sus enemigos para arrojar á aquellos del dicho punto del Nuevo mundo. Por otra parte la Francia estaba empeñada en las guerras interior y exterior; por cuyo motivo se olvidó de la pequeña colonia, á lo que contribuyeron tambien los Jesuitas de la provincia de Francia: los cuales, segun dicen, hasta extinguieron las memorias y relaciones que sus rivales, los misioneros franceses, habian publicado acerca del Maranham; y esos aventureros franceses fueron arrojados definitivamente de aquel pais lo mismo que de algunos otros puntos del Brasil en donde probaron establecerse. Los franceses contaron con el auxilio de los indígenas á quienes habian hecho enemigos irreconciliables de los españoles y de los portugueses, los bárbaros tratamientos de ambas naciones. «Yo he comido cinco portugueses, decia un gefe indio; los cinco gritaban que eran de Francia; pero yo les respondia: No, nó; no sois bastante blancos!»

Los indígenas de la América del Sud tuvieron por los holandeses el mismo afecto que mostraron á los franceses; y cuando las

provincias unidas hubieron sacudido el yugo de España, se les vió luchar y luchar victoriosamente contra sus antiguos señores. En 1624 apareció en las aguas del Brasil una flota holandesa con intencion de quitar á la España aquel inmenso pais, y con efecto los holandeses consiguieron establecerse en diversos puntos. Pero el Portugal pudo recobrar su independencia y unió sus armas con las de España para arrojar á los invasores de aquellas regiones. En 1654 los holandeses opusieron una tenaz resistencia; pero acorralados en la capital viéronse precisados á embarcarse de nuevo y á renunciar de todo punto la conquista del Brasil.

Segun hemos referido en el capítulo antecedente, los Jesuitas habian logrado adquirir un gran poder en América; pues no solamente fundaron en aquella época su reino del Paraguay, sino que tambien sus misioneros recorrian incesantemente el Perú, el Chile, la Guayana, toda la América meridional desde el istmo de Panamá hasta el estrecho de Magallánes; y poseian numerosas casas en Chile y sobre todo en el Perú. Esas ricas regiones se habian convertido para ellos en inmensas alquerías, en donde sabian hacer producir y recoger con mucha habilidad abundantes cosechas. Entiéndase empero que no hablamos de cosechas espirituales.

Si algo ganó la civilizacion por la presencia de los Jesuitas en América, lo que no nos parece probado, lo creemos un efecto preciso de la fuerza de las cosas.

En una carta que en 1647 escribia al papa don Juan de Palafox decia asi: « Casi todas las riquezas, todas las posesiones y toda la opulencia de la América meridional están en poder de los Jesuitas. »

Ya se deja entender que ocupados en sus negocios los reverendos padres no tenian tiempo para dedicarse á la causa de Dios, de la civilizacion y de la humanidad; de todo lo cual se tendrá una prueba mas convincente abriendo las *memorias para consultar de los hermanos Lionci*: de las cuales dirémos algo al hablar de la famosa quiebra del Padre Lavalette. Decimos solamente que en el rico suelo de las Antillas los Jesuitas obraban de la misma manera que en el continente americano.

Repetidas veces se les ha acusado; diremos mas, se ha probado que en América negociaban con todo. Se ha visto á esos virtuosos

misioneros, tan desprendidos de los intereses mundanos, tener « mercado de ganados, de reses muertas. y tambien de comercios mas infimos (1).» En Europa tenian al cargo de los afiliados, y á veces cuidaban ellos mismos, en sus Casas convertidas en almacenes y tiendas, segun la espresion del cardenal Saldanha (2), depósitos y almacenes en que vendian aceite, algodon, drogas, etc. ¿ Acaso los Reverendos Padres no habian de procurar el despacho de los productos de sus colonias? ¿ Se ha de creer á pie juntillas que trabajaban por amor de Dios?

El escandaloso comercio de los Jesuitas, comercio que quisieron sostener por medio de la rebelion, fué ratificado por el rey de Portugal, don José de Braganza (3). Pero como los reverendos Padres solo hacen caso de los cardenales y de los reyes cuando esperanzan alguna utilidad, en apoyo de esas acusaciones contra los hijos de Loyola, presentarémos un testimonio que ellos deben mirar como irrecusable; pues es nada menos que un breve del Papa Benedicto XIV (4), que daba la razon á Palafox, á Saldanha, á don José, á cuantos se han declarado contra san Ignacio y su négra cuchillada de ávidos buitres; es verdad que ese breve solo habla con los Jesuitas de Portugal y de las colonias portuguesas, pero la total estincion que luego se siguió de la Compañía, estincion provenida del trono pontificio, nos parece que generaliza la cuestion. Ese breve esplica formalmente » que es preciso hacer entrar los Jesuitas en la observancia de las prohibiciones pontificias hechas en contra del comercio de los Regulares. » Este nos parece claro! Mas el breve añade: « que tambien es preciso hacer entrar á los Reverendos en *un modo de vivir regular* (¿qué es eso, mis queridos Padres?); en la doctrina del Evangelio y de los Apóstoles (¿ pues que doctrina seguian los Jesuitas?); finalmente en la celebracion del culto divino...» — Ah! el porrazo recibido nos hace ver las es-

(1) Carta de don Juan de Palafox al Papa Inocencio 10.°

(2) Decreto del cardenal Saldanha con fecha 15 de mayo de 1758 escrito en latin y francés. Ese decreto contiene por menor lo que nosotros referimos en sumario. En él se dice literalmente que los Jesuitas tenian factorias en las ciudades mas ultimas para el despacho de las mercancias que sus naves traian de América, de Africa de Asia, etc.

(3) *Instrucciones* dadas por el rey de Portugal á su enviado en la corte de Roma, don Francisco de Mendoza; y *Carta instructiva* al mismo con fecha 10 de febrero de 1758.

(4) Ese breve fué dirigido por el soberano Pontifice al cardenal Saldanha; está escrito en francés y en latin, y lleva la fecha del 1.° de abril de 1758.

trellas! Qué! á los Jesuitas se les habia de intimar la órden de celebrar el culto divino! y lo dice nada menos que un Papa, un Papa que fué discipulo de los Reverendos Padres! ? Qué podemos añadir á todo eso?...

Terminarémos aqui estas pocas líneas acerca de las diferentes misiones jesuíticas de la América del Sud bien distintas de la del Paraguay, tocante á la cual nos hemos estendido porque es la principal, porque ella ha llamado mas la atencion, porque presenta una faccion en su fisonomia que la distingue enteramente de todas las otras obras de los Reverendos Padres. Harémos ahora una reseña de la historia de las Misiones jesuíticas en la América del Norte.

La Florida fué la primera region de la América setentrional en que aportaron los Jesuitas; pues en 1566 fueron á establecerse allá con los españoles conquistadores, siendo entonces nuevo general de la Compañía Francisco de Borja. No pudieron empero establecerse completamente en ese país, porque los indígenas siempre se mostraron hostiles á los misioneros Jesuitas por odio á los españoles, segun dicen los escritores de la Compañía, la cual nunca tuvo mucho influjo sobre los habitantes de aquella region; y lo mismo sucedió á corta diferencia en toda la parte meridional de la América del Norte, si esceptuamos el territorio de Méjico, cuya rica region desde mucho tiempo estaba subyugada por la espada y el fuego. Los misioneros no habian de temer nada de los indígenas; pero los españoles sin duda creyeron que habian de temer á los misioneros, pues no se mostraron muy dispuestos á recibir en esa magnífica colonia á los Jesuitas, quienes ya encontraron en ella á lol frailes dominicos solidamente establecidos y probablemente con poca disposicion para recibir como hermanos, á los que los habian expulsado cual si fuesen intrusos, como enemigos de las Indias Orientales.

Las únicas misiones jesuíticas de la América del Norte que merecen una particular mencion, son las del Canadá, cuyo pais era una colonia de Francia, y los indígenas en general eran amigos de los franceses. Y podemos decir con orgullo que estos no se valieron jamás con las poblaciones sometidas de medios atroces, asaz frecuentemente usados por los españoles y que con tanta energía reprobó un Español, el venerable Las Casas. Los misioneros jesui-

tas que fueron á establecerse en el Canadá eran franceses en su mayor parte, y como siempre se presentaron bajo los auspicios de la corona de Francia, acogiéronlos los indígenas con toda bondad. Desde los primeros años del siglo 18° las misiones jesuíticas estaban florecientes, y cobijándose con mucha astucia bajo el blanco estandarte de las tres flores de lis, la bandera de san Ignacio se desplegaba poquito á poco y se establecia entre la grande familia de las mil tribus con el *cútis colorado*. Segun parece los Jesuitas habian estancado en gran parte el comercio establecido entre la Europa y esa vasta region de la América del Norte; y lo antestigua el tratado de Dieppe citado en uno de nuestros capitulos anteriores. Muchas veces los comerciantes franceses se quejaron de ello á la corte; pero esta entonces se ocupaba poco de las colonias: asi que los buques franceses no tardaron en olvidar el rumbo del Canadá; y los Jesuitas por su parte contribuyeron tambien á la pérdida de esa colonia francesa.

Los lectores que hayan recorrido las atractivas páginas en que el famoso romancero americano Cooper presenta el cuadro de las tribus indias que vivian en torno de los grandes lagos, saben que entre los numerosos habitantes del Canadá se distinguian los hurones y los algonquinos. Esas tribus de cútis colorado, nombre que se apropian los mismos indios, eran los fieles aliados de Francia, ya por amistad á los franceses, ya por odio contra los iroqueses, aliados de los ingleses. Mostráronse dóciles á las exortaciones de los Jesuitas todos los indios del Canadá y aceptaron con gusto el título de cristiano que se les ofreció, y que con un lazo mas estrecho debia unirlos á los buenos rostros pálidos, á sus amigos los franceses. Esos infelices con quienes beneficiaban los Jesuitas, que abandonaron á los franceses por los cuales habian combatido durante un siglo, se mostraron constantes en su creencia religiosa y en su amor á la Francia; dos sentimientos que se identificaban en ellos formando uno solo. Bien persuadidos los Jesuitas de que si la Inglaterra llegaba á ser dueña del Canadá, se verian espulsados de aquel pais para siempre jamás, hicieron cuanto les fué posible para conservar esa colonia á la Francia; y eso es precisamente lo que les ha valido el elogio de uno de nuestros mas célebres escritores. Dice Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*, que «si la Fran-

cia conservó el Canadá por tanto tiempo contra los iroqueses y los ingleses, debiólo casi todo á los Jesuitas. » Mas nosotros dirémos á nuestra vez: Si los Jesuitas cooperaron casi á todos los buenos exitos de la Francia en el Canadá (lo que nos parece harto exagerado), es porque combatian en favor de sus intereses, y esto es lo que podria haber añadido el ilustre escritor, lo que quizás hubiera añadido á no ser una procupacion de sentimientos, de opiniones, y de estar decidido por un partido, que no es dificil adivinar. Los Reverendos Padres sabian muy bien que la bandera de san Ignacio solo podia enarbolarse en el Canadá con la condicion que tremolaria cerca del estandarte blanco de Francia; y eso les inspiró el grande y sorprendente amor para con la Francia lo mismo que para con sus reyes, sentimiento á que esos últimos no estaban acostumbrados en Europa como demostrarémos luego.

Por lo demas los Jesuitas observaron con los indios del Canadá la misma conducta que con todos sus prosélitos asi de América como de Asia: dedicándose á hacerles conocer mucho menos las grandes ideas del cristianismo que las pequeñeces del dogma católico, las fútiles prácticas, las supersticiones de la formula romana. Mas ante todo se dedicaron á sacar la mayor utilidad posible de esa iglesia del Canadá en cuya colonia los misioneros Jesuitas fueron sobre todo comerciantes, á despecho de las bulas pontificias.

Y como si fuese su estrella causar desgracias aun á los que desean servir, la Francia perdió finalmente el Canadá ensangrentado en medio de luchas encarnizadas: y como ya lo temian los Jesuitas, fueron espulsados de allá irrevocablemente luego que dejó de tremolar en aquella region el estandarte de Francia, siendo sabido que en 1763 el ministerio Choiseul firmó el acta de abandono de nuestras colonias del Canadá.

Los indios amigos de la Francia fueron esterminados casi todos; sus alianzas desaparecieron y ni el nombre ecsiste siquiera de muchas de esas tribus. Algunas de ellas á impulsos de los Jesuitas probaron todavía á sostener por algun tiempo una lucha que era imposible contra los ingleses y sus salvages aliados los Irogueses acaso porque los Jesuitas esperaban conseguir de los ingleses por este medio que se les permitiese continuar en el Canadá y conservar en él su influjo; mas esa tentativa solo sirvió para que fuesen

completamente esterminados los infelices restos de la gran familia hurona. Una tribu de esa nacion india dió entonces uno de aquellos grandes ejemplos de heroismo tan feroz como admirable y raro, que sin exageracion puede compararse á cuanto en este género nos ofrece la antigüedad, harto encomimada en sus clasicos y celebrados fastos. Vamos á referirlo. Los franceses evacuaban el Canadá y los misioneros Jesuitas, despues de haber procurado inutilmente que los ingleses victoriosos les diesen un salvo conducto para permanecer en el pais, juzgaron venida la hora de pensar en su seguridad; pero ya era tarde porque los RR. PP. habian confiado mas de lo justo en su talento y en su intriga. Los iroqueses estaban á poca distancia y los ingleses lejos de permitir á los Jesuitas que continuasen en el Canadá, ni siquiera habian pensado en contener á favor de ellos la sanguinaria cólera de sus feroces aliados. Entonces los misioneros Jesuitas que estaban en los puntos amenazados apelaron á la felicidad y á la adhesion de los hurones, adhesion y fidelidad que no les han faltado nunca; mas temiendo que el riesgo que amenazaba alterase y desmintiera la una y la otra, procuraron persuadir á los hurones de que interesaba á su tribu que los protejieran en la fuga.

„ Si conseguimos escaparnos, decian á sus cándidos catecúmenos, „irémos á encontrar al gefe de las tropas francesas que se mar„chan, y por su medio alcanzarémos que los ingleses se inter„pongan entre vosotros y vuestros enemigos los iroqueses. Soste„neos pues todo el tiempo que podais y contad con nuestra „ protecion. » Los infelices hurones creyeron en la promesa de los Jesuitas y se apartaron en una especie de desfiladero por donde necesariamente debian pasar los iroqueses. Se dispuso que los viejos, las mugeres y los niños de la tribu siguiesen á los RR. PP.; pero todos se negaron á ello declarando que querian vivir y morir con sus guerreros. A pesar de la desigualdad del número los hurones se sostuvieron ocho dias contra los furiosos é incesantes ataques de los iroqueses, y durante el último combate aquellos valientes é infelices guerreros reducidos á las tres cuartas partes de su primitivo número, volvian los ojos atras para ver si sus padres, segun llamaban á los Jesuitas, volvian, como prometieron, trayendo con ellos las tropas francesas. Nada vieron y continuaron combatiendo

con la angustia que era natural, y en el dia octavo, de ochocientos guerreros que fueron, estaban ya reducidos á ciento cincuenta capaces de empuñar las armas, y los PP. no volvian. En la noche de ese último dia los guerreros hurones supieron por uno de sus espias que los misioneros por cuya salvacion se sacrificaban, habian atravesado el grande lago Michigan y refugiadose en la Luisiana olvidando sus promesas y á los desdichados que dieron crédito á ellas.

A semejante nueva reuniéronse sombrios y torvos aunque no desalentados los guerreros hurones y deliberaron acerca de lo que debian hacer. Cuando hubieron apagado el fuego del consejo llamaron á los niños, á las mugeres y á los viejos, y les comunicaron su determinacion reducida á que en la misma noche se pusiesen los dichos en marcha con las provisiones que les quedaban, y siguiendo el rastro de los Jesuitas procurarau hallar un asilo entre los franceses dueños todavía de la Luisiana.

«Está bien; respondió despues de algunos momentos de silencio «uno de los ancianos de la tribu, y sin duda el gran Manitú de «los cristianos ha inspirado esta idea á mis jóvenes guerreros. Co«lóquense algunos de ellos á nuestra cabeza para hallar el rastro «y dirigir nuestra marcha, y quédense los otros á retaguardia á «fin de que los iroqueses no crean que los hurones apelan á la fu«ga. Cuando estémos ya bastante separados del enemigo, mis jóve«nes guerreros que se habrán quedado atrás vendrán á alcanzarnos, «corriendo como el gamo que busca á su compañera. Está bien.»

Los guerreros hurones guardaron silencio mientras algunos se ocupaban en los preparativos necesarios para la fuga y los otros vigilaban al enemigo. Cuando todo estuvo dispuesto el gefe de los guerreros, que hasta entonces habia callado, volvióse al guerrero que habló antes y le dijo: "Sagamore, tú fuiste en otro tiempo „ un gran guerrero de mi tribu, y ni entre los hombres pálidos „ ni entre los rojos hubo ninguno mas valiente que mi padre. Hoy „ la mano de mi padre es débil, pero su corazon es todavia fuer„te; su cuerpo está viejo pero su espiritu siempre es jóven. Mi „ padre guiará á los que quieran huir. Es un Sagamore y sabe que „ sus jóvenes guerreros deben quedarse cara á cara de los iroque„ses los cuales no verán la espalda de un huron. Los guerreros

„ jóvenes permanecerán aqui mientras que mi padre guiará hácia „ nuestros amigos los hombres pálidos de la Francia, á aquellos á „ quienes les es dado huir sin avergonzarse ante un iroques que „ ahulla y es voraz como un lobo. Por otra parte nuestra tribu no de- „ be perecer toda entera porque entonces ¡quien vengaria nuestra „ muerte! Las mugeres de los hurones alimentarán á sus hijos „ para que lleguen á ser hombres, los ancianos los convertirán en „ guerreros y les enseñarán á vengar sobre diez malditos iroqueses „ la muerte de cada guerrero huron que aqui perezca. Bien sabe „ mi padre que esto debe ser asi; es un sagamore, ha comprendido „ á sus jóvenes guerreros y dice: está bien.

En efecto la resolucion de los guerreros hurones era batirse con sus irreconciliables enemigos los iroqueses hasta que el último de ellos cayese para nunca mas levantarse, y mientras tanto las mugeres, los niños y los ancianos debian huir hácia la Luisiana á fin de libertar á la tribu de un esterminio completo y conservarle futuros vengadores. Mientras tanto todo se disponia para la marcha de los fugitivos: las mugeres llevando en brazos ó á la espalda á los niños mas tiernos iban á marchar sin atreverse á dirigir una mirada á sus esposos; los muchachos mas robustos se colocaban delante y detras de la columna llevando en medio á los ancianos que habian de dirigirlos y cuyos vacilantes pasos debian sostener ellos. De repente desde el centro de una negra nube, tras la cual se ocultó el sol en su ocaso una hora antes, lanzóse un relampago y derramó sobre el desfiladero una tinta lívida, y tras él estalló un trueno cuyos ecos fueron largo rato repitiéndose en las profundidades del valle. En aquel instante el anciano á quien el gefe de los guerreros hurones habia dado el título de Sagamore y que ahora estaba inmovil, callado y con los ojos fijos en la bóveda del cielo, estremecióse de pronto y arrojó aquella esclamacion gutural que entre los indios del norte del América es indicio de una conmocion muy grande. Todas las miradas se dirigieron á él en un mismo punto.

«Hurones, dijó el anciano gefe, acaba de oirse la voz del Manitú, pero es el Manitú de los hombres rojos que está irritado contra sus hijos porque solo escuchan y dirigen sus preces al Manitú de los hombres pálidos. Oid lo que acaba de decir al oido de un gefe que nunca ha dejado de adorarle en secreto, por mas que en

público orase al Dios de los trages negros: Los jóvenes hurones herirán mientras puedan alzar el brazo á los cobardes y hambrientos iroqueses que van en cuadrillas como los perros y los lobos: está bien. ¿Pero los guerreros ancianos cuyos cabellos están encanecidos huirán ante el ahullar de esos perros y de esos lobos. No; harán conocer á los rostros pálidos que la nieve que cubre sus cabezas no ha helado sus corazones, y se quedarán con sus jóvenes guerreros que no quieren abandonar los lugares en que reposan los huesos de sus antepasados. — Hurones! la voz del Manitú de los hombres rojos me ha dicho estas palabras, yo digo que esas palabras son buenas y que deben obedecerse. Yo no iré entre los rostros pálidos que nos han abandonado, ni cerca de los trages negros que nos han mentido. Huyan las mugeres y niños, yo quiero quedarme con mis jóvenes guerreros; soy un Sagamore de los hurones, y si ya no puedo enseñarles á pelear y á vencer, al menos puedo enseñarles como se debe morir.

Dichas estas palabras el anciano indio se encaminó á pasos lentos hácia la aldea de la tribu que estaba situada á poca distancia en el estremo opuesto del angosto valle, y bien pronto desapareció en la obscuridad. La noche era profunda porque la tempestad que entre sordos mugidos se iba acercando habia estendido un denso velo sobre el desfiladero. De tarde en tarde iluminaba aquella escena un resplandor siniestro, y cada vez que el valle retemblaba al estallido de un trueno, alzando el indio los ojos al cielo decia: « el Manitú de los hombres rojos me ha hablado. » Entonces caminaban tras del viejo gefe. Los guerreros no hicieron el menor movimiento ni gesto, ni hablaron una palabra hasta que los ancianos de la tribu alcanzaron al antiguo gefe que los precedia; mas cuando el último hubo desaparecido, cada guerrero esposo ó padre fué á cojer por la mano á uno de los niños ó de las mugeres; y conduciéndolos á un camino hondo que estaba en la parte meridional del desfiladero por donde era posible escaparse, decia á la muger: *haz de mi hijo un guerrero*; y al hijo: *acuérdate de que tendrás que vengar á tu padre*..

Hecho esto los intrépidos guerreros fueron á ponerse otra vez cara á cara de sus enemigos los iroqueses. Durante el resto de la noche no se oyó en el desfiladero ni en sus inmediaciones rumor

alguno, á no ser los ahullidos de los lobos á quienes atrajo el olor de los cadáveres y la esperanza de un próximo festin; mas al asomarse el sol de la mañana siguiente los iroqueses que habian recibido refuerzos de guerra y boca dieron un furioso ataque para abrirse paso, y los hurones á pesar de su cansancio, de su inferioridad numérica, y de la falta de municiones no cedieron hasta que por la tarde les fué preciso conocer que toda resistencia era imposible. Ya no tenian pólvora ni balas, sus cuchillos y tomahawkas estaban mellados e inservibles á fuerza de haber servido; habian pasado veinte y cuatro horas sin tomar alimento y solo eran sesenta hombres, de los cuales no habia uno que no estuviese herido. Segun las ideas de los indios de la América del norte la resistencia deja de ser honrosa cuando ya no ofrece probabilidades de buen éxito, y entonces entra la resignacion fria y estóica. Por este motivo al llegar otra vez la noche los guerreros hurones se retiraron uno á uno con vacilantes pasos, y atravesando el valle llegaron á Sualdia en donde no pensaban hablar sino á los ancianos y encontraron á sus mugeres y á sus hijos, quienes no queriendo huir sino con sus padres y esposos habian vuelto para vivir y morir con ellos. Los guerreros no manifestaron por ello ni sorpresa ni desconentto; su gefe depuso las armas, desciñóse el cinto y quitó la pluma de águila atravesada en el mechon de cabellos que el indio del norte deja crecer hasta mucha longitud, cual para desafiar la mano del enemigo ansioso siempre por agarrarlo. Todos los guerreros imitaron al caudillo, al menos aquellos á quienes sus mortales heridas permitian aun algun movimiento. Al asomarse el alba y cuando los iroqueses espantados del silencio que en torno de ellos reinaba llegaron al pueblo huron, no vieron mas que siete guerreros al rededor del gefe; los ancianos estaban sentados en actitud severa á poca distancia de los guerreros de la tribu, y el Sagamore con voz tremente á causa de la edad cantaba las hazañas de los hurones, las victorias que sus tribus habian alcanzado sobre los iroqueses antes de la llegada de los rostros pálidos, y el poder de que gozaban antes que los trajes negros les hubiesen enseñado á no honrar al Manitú de los rostros encarnados. Las mugeres estrechando contra su seno á los infantes lanzaban una especie de grito lúgubre en los intermedios del canto de muerte.

Pasmados los iroqueses de tal espectáculo se detuvieron por un instante, mas luego su odio hereditario pidió satisfacerse y comenzó la obra de la destruccion. Al punto incendiaron la aldea y en conformidad con su costumbre atroz *escalpelaron* (1) á todos sus enemigos. Guerreros, viejos, mugeres y niños todos sufrieron ese tormento espantoso, despues de lo cual con aquella lentitud del tigre que saborea por largo rato la carne de su palpitante víctima antes de matarla enteramente, degollaron uno á uno á los infelices hurones comenzando por los niños y mugeres y dejando para los últimos á los guerreros. El Sagamore continuó su canto de muerte mientras tuvo aliento en el pecho; mas al sentirse que se le escapaba la vida reunió todas sus fuerzas y en su último grito de odio juntó por medio de una maldicion horrible á los aborrecidos iroqueses y á los embusteros trages negros. El grito de esas termópilas índicas resuena todavía en los ecos del Canadá; y aunque en esos territorios el amor hácia la Francia ha sobrevivido á su abandono, el nombre de los Jesuitas es generalmente detestado.

En el anterior episodio hemos dicho que los Jesuitas merced al sacrificio de los indios, habian podido penetrar en la Luisiana, territorio de la América septentrional que pertenecia entonces á la Francia. Despues de cerca de un siglo que los franceses estaban establecidos en el Canadá pensaron atravesar la línea meridional de los grandes lagos y penetrar en el centro del vasto continente, del cual solo las costas eran conocidas y se habian esplorado en la segunda mitad del siglo XVII. Parece que las circunstancias de esos dilatados paises fué revelada á los europeos por los indígenas, quienes noticiaron á los franceses que en la inmediacion de los grandes lagos tenia origen un inmenso rio cuyas aguas corrian hácia el medio dia atravesando vastos bosques y grandes prados llenos de caza. Ese rio era el Misisipi llamado por los indígenas *Namesi-sipu*: es decir, rio de los peces. La geografía de América era tan poco exacta, que ciento cuarenta años despues de Cristóbal Colon se creia que el desembarcadero del Misisipí estaba en el Méjico occi-

(1) El salvage indio arranca la cabellera de su enemigo vencido y hace de ella un trofeo. Para arrancar la piel del craneo se vale de un cuchillo llamado *escalp* del cual formamos el verbo *escalpelar* que como se deja entender no puede hallar equivalente en la lengua de los pueblos civilizados.

dental ó en la California, es decir, muy lejos del punto en que este grande rio entra en el golfo de Méjico. En 1673 algunos aventureros franceses se lanzaron al Misisipí bajando por él hasta el desembocadero del Arkanzas; tres años mas adelante el oficial y administrador francés La Salle penetra en la tierra de los Illineses, pasa á la que ocupaban los Chicasas, llega al gran golfo meridional, y da al vasto pais que acaba de recorrer, el nombre de Luisiana en honor de su amo Luis XIV. El relato que La Salle publicó de su espedicion dispertó el entusiasmo de la Francia; pero desgraciadamente Luis XIV ocupado en la guerra de sucesion nada pudo hecer en favor de la nueva Colonia, la cual en 1712 fué cedida temporalmente á Crozat por medio de patentes que le autorizaban para el esclusivo comercio de la Luisiana. Pocos años despues y en tiempo de la regencia, Crozat renuncia su privilegio que el duque de Orleans transmite al famoso Juan Lan; mas puesta esa colonia en manos de agiotistas pronto hubo de considerarse perdida para la Francia, á la cual ya solo pertenecia de nombre cuando Napoleon la cedió á los Estados-Unidos.

Los Jesuitas que en aquella época todo lo podian en Francia trataron de establecerse en la Luisiana comenzando por echar de ella á los otros misioneros. Un confesor Jesuita y una vieja dama se habian puesto cual dos opacas nubes á los dos lados de aquel moribundo sol que se habia llamado el gran rey y que no era mas que Luis XIV. Los recoletos fueron los primeros que llevaron la palabra de Cristo á las márgenes del Misisipí, de suerte que el P. Hunnepin que era hombre de valor y bastante instruido, participó de los riesgos y fatigas de la espedicion de La Salle. Pronto se presentaron los Jesuitas para recojer la mies, pero no tardó en disgustarles esa emision que no aumentaba las riquezas, ni el poder, ni la celebridad de la Compañía. Nótese que en general los Jesuitas se vengaron mucho menos de la América del norte que de la del Sur, y no obstante segun el dictamen de todos los viageros, los indios de la parte septentrional del Nuevo mundo eran mas dignos de los esfuerzos de los misioneros que los de la América del Sur; pues la mayor parte de esas tribus de hombres colorados, asi por el carácter como por el valor y la inteligencia sobrepujaban en mucho á los pueblos del Brasil y del Paraguay. Probablemente por

esto mismo los RR. PP. han ensayado muchísimo menos entre ellos su accion de la cual lejos de secundarla la contrariaban todas esas prendas. Con decir que la América del Norte no ofrecia sino en el territorio de Méjico las riquezas ocultas bajo toda la superficie de la América Meridional, se comprenderá facilmente la razon del abandono relativo en que los Jesuitas han dejado la primera de esas dos inmensas mitades de un hemisferio.

Nadie ignora que el vasto territorio megicano encierra grandes tesoros metálicos y por esta razon los hijos de Loyola lejos de despreciarlo hicieron cuanto imaginarse puede á fin de estancar en la Compañía las misiones de esa tierra en que vivian los hijos del Sol. Sus esfuerzos tuvieron un exito feliz durante algun tiempo, pues los Jesuitas lejos de inspirar temores á los reyes de España dueños de esa rica colonia les ayudaron á tener sujetos bajó un ferreo yugo los restos de la gran nacion vencida por Hernan Cortés, y asimismo procuraron hacerse constantemente amigos de los Virreyes y gobernadores particulares de Megico. Efectivamente se vé que los diversos delegados de la corona de España estaban siempre en perfecta armonia con los hijos de Loyola, de lo cual entre otros mil podemos citar los siguientes egemplos.

En el año 1633 se suscitó una disputa bastante acolorada entre el arzobispo de Santa fe de Bogotá, D. Bernardino de Almansa y el presidente de aquella audiencia D. Sancho Giron, llegando las cosas tan al cabo que el arzobispo maltratado por el administrador de la justicia lo escomulgó. Intervienen entonces los Jesuitas, declaran que tienen derecho de levantar la excomunion; la levantan en efecto, y el presidente puesto ya el abrigo de los rayos de la iglesia pudo hacer sentir impunemente al prelado los golpes de su autoridad.

Hácia mitad del siglo XVII D. Juan de Palafox obispo de Angelópolis hubo de sufrir una terrible persecucion de los RR. PP. á quienes no queria ceder una parte de su autoridad ni ciertos derechos de diezmos. Sostenidos los Jesuitas por el Virrey, hicieron al prelado una guerra infame y á la vez ridicula, predicaron contra él desde el púlpito, hicieron epigramas y sátiras sangrientas, y el P. San Miguel recorrió las calles de Mégico precedido de trompetas anunciando por público pregon que D. Juan de Palafox era un

miserable, indigno de ser obispo. En el dia de la fiesta de san Ignacio corrió por las calles de la capital una asquerosa comparsa de discípulos de los Jesuitas que cantaban contra el prelado canciones obscenas y una de las máscaras montaba un caballo de cuya cola iba colgando un báculo episcopal. Palafox escomulgó á los Jesuitas; mas estos lejos de humillarse escomulgaron al prelado y declararon su Sede vacante mandando al pueblo que no le obedeciese: de suerte que no encontrando el obispo justicia ni proteccion en el virrey, no tuvo mas recurso que refugiarse en las montañas. Los Jesuitas maltrataron tambien, hicieron encarcelar ó desterraron á los prelados que se habian puesto de parte del obispo. En 1649 Palafox dirigió al papa una carta en la cual esplica las persecuciones que le han hecho sufrir los Jesuitas, los cuales viendo que era dificil contestar á aquella carta, calcularon mas fácil hacerla pasar por falsa. Se ha probado que realmente estaba escrita por el que la firmó, y que los hechos relatados en ella eran otros tantos cargos contra la Compañía. Tambien supusieron los Jesuitas una falsa retractacion de D. Juan de Palafox; mas al fin el papa y el rey de España se declararon á favor del prelado.

Gracias á su alianza con los gobernadores los Jesuitas sacaron de Mégico sumas inmensas, pues habian estancado casi su comercio, eran banqueros, no despreciaban ningun negocio por mínimo que fuese, habian establecido un inmenso carreteo desde Cartagena á Quinito, y casi hicieron esclusivamente suya la conduccion de géneros por agua; pero habiendo querido arrebatar esta industria á cuantos la egercian, exasperáronse sus rivales y en una noche pegaron fuego á casi todas las canoas de la negra compañía y destruyeron un crecido número de sus carruages. Poco tiempo despues el consejo de castilla prohibió á los Jesuitas que en adelante se dedicasen á ese tráfico y hasta les hizo cerrar los almacenes. A fin de procurarse los brazos necesarios para esa industria, que bien puede calificarse de singular tratándose de misioneros y de Sacerdotes, los RR. PP. enviaban sus buques á hacer la trata en las costas de Angola; cubrian los gastos del viage vendiendo á los plantadores una parte de sus cargamentos humanos, y del resto sacaban los carreteros y remadores que eran necesarios para llevar adelante la industria. A fin de dar una idea de las sumas inmensas que los

Jesuitas sacaron de Mégico y de la América meridional dirémos que los buenos PP. pidieron al rey de España Felipe III y alcanzaron el derecho de acuñar moneda de las barras de oro y plata que tenian. Este estraordinario privilegio les fué concedido hasta la cantidad de un millon, pero se deja entender que los buenos PP. lo estendieron cuanto les fué posible, asi es que se dice que acuñaron hasta tres millones. Se añade que ganaron grandes sumas en esa acuñacion porque sus monedas no tenian el tamaño ordinario. Entonces llegó á haber un proberbio vulgar español, pues cuando un deudor no pagaba sino la mitad de su deuda solia decirse que pagaba en dinero de Jesuitas. Los RR. PP. salieron de Mégico al mismo tiempo que del resto de América, es decir, cuando la Compañía fué espulsada de Portugal y de España. Ya los reyes de esta comenzaban á temer que los Jesuitas de aquella colonia se hiciesen alli demasiado poderosos, y en efecto parece que los buenos PP. sea por regios donativos, sea por compras, sea por usurpacion, habian adquirido muchos y fértiles territorios. El rey de España les dió un vasto pantano cerca de Cartagena creyendo que nada les daba, porque ellos no se descuídaron en decir que eso no valia cosa alguna; mas el pantano producia mas de diez mil escudos cada año, y habiéndose descubierto el fraude, el consejo de castilla revocó la donacion. Cuando el rey de España y de las Indias espulsó de sus estados á los Jesuitas es de presumir que tambien tuvo por objeto vengarse de tales bellaquerias, y le halagó asimismo la esperanza de los provechos que sacaria de los bienes que se confiscasen á los hijos de Loyola despues de haberlos castigado.

Lo mismo en América que en Asia los Jesuitas enseñaron á sus neófitos á orar en latin; y celebraban la misa en latin tambien, de donde se deduce una evidente prueba de lo poco que les importaba la conversion real de sus catecúmenos. El apóstol de las gentes ha dicho: «si oro en una lengua desconocida mi corazon ora, pero mi inteligencia y mi espiritu no sacan de la oracion provecho alguno (1).» Santo Tomás de Aquino apoya estas palabras en una enérgica y muy ilustrada discusion, y lo que resuelve la duda es que los papas permitieron á los misioneros que iban á convertír

(1) San Pablo primera Carta á los Corintios.

naciones idólatras que dijesen la misa y el rezo y administrasen los sacramentos en la lengua de los indígenas. Y asi es que Juan VIII habia permitido á los sacerdotes de las naciones eslavas que celebrasen la misa en lengua vulgar. Los Jesuitas jamás hicieron uso de semejante permiso; y sin embargo ¡cosa estraña! los trescientos cuarenta tratados de física, matemáticas, astronomia & que se jactan de haber compuesto para los chinos tuvieron buen cuidado de escribirlos en lengua china. ¿Por que esta diferencia? ¿Creen acaso los RR. que la palabra de Jesucristo y las preces de la Iglesia sean menos dignas de conocerse que la diferencia, del diámetro ó la circunferencia, la divisibilidad de la materia ó los eclipses de sol? Si hubiese de juzgarse por lo que los Jesuitas hicieron deberia creerse asi.

Esos mismos Jesuitas que predicaban, cantaban los oficios y hacian orar á sus neófitos de América y de Asia en lengua latina, jamas quisieron permitir á los cristianos de Santo Tomas que hiciesen eso mismo en lengua caldea, El grande historiador de la Compañía dice formalmente (1), que los PP. habian creido poco útil trabajar para la conversion de esos cristianos porque no querian servirse en el sacrificio de la misa sino del caldeo. Ese historiador que es Bartoli elogia á los Jesuitas por esto, y con tal motivo trata á los cristianos de Miliapur de cismáticos desesperados. ¡ Vaya una diferencia que hay de orar en latin ó Caldeo cuando el que ora no entiende lo que dice en una ni en otra lengua!

Los primeros Pontífices de la iglesia romana manifestaron mas saber, asi es que san Gregorio al despedirse de su misionero que marchaba á Inglaterra, no le diria que estableciese en aquella iglesia lo que existia en la iglesia de Roma, sino lo que fuese mas agradable á Dios, ya en aquella iglesia, ya en la anglicana, ya en cualquiera otra. El mismo san Agustin en su carta 119 dice que con respecto á las cosas que no son contrarias á la fé ni á las buenas costumbres, cuando las encontramos establecidas *es regla muy saludable* que no solo no las desaprobemos sino que las elogiemos y hagamos por imitarlas. Los Jesuitas sin duda se consideraban mas grandes doctores que el obispo de Hippona, y en cuanto á los papas santos y no santos, cuyo testimonio hemos invocado,

(1) Bentholi, Historia de la Compañia de Jesus, primera Parte, pag 472.

los Jesuitas si bien á mano se burlan de los papas ni mas ni menos que de los santos y de los doctores; y á fin de que el mundo se convenza de ello hemos continuado el relato que precede.

Terminamos el presente capítulo con algunas anécdotas suficientes en nuestro dictámen para que acaben de edificarse los lectores de la historia de los Jesuitas en América, que con lo dicho hasta ahora deben estar ya medio edificados. Hemos dicho antes que los Jesuitas del Brasil y del Paraguay tuvieron que sostener luchas con los *Paulistas* nombre que se dió á los mestizos hijos de padre portugués y de madre india. El P. Charlevoix cuyo saber encomian los Jesuitas, los llaman sencillamente *mamelucos* y para ofrecernos una muestra de su ponderada ciencia nos hace saber que se les daba este nombre porque eran una especie de mamelucos americanos. No sabemos ver la analogía que existe entre esas dos especies de hombres. Por lo demas el P. Charlevoix ha incurrido en errores mucho mas crasos como lo es por ejemplo lo que nos dice de la estraña serpiente del Paraguay cuya cabeza es tan grande como la de un becerro, con la añadidura que la culebra macho ataca á las mugeres y las viola (1). Los mamelucos fundaron en el Oceano atlántico austral á unas doscientas leguas del Paraguay la ciudad de san Pablo, de donde vino llamarles paulistas. Esos hombres vivian á poca diferencia como los acecinadores y forbantes de las Antillas: codiciosos y audaces, crueles é infatigables se derramaban por todas partes y ellos descubrieron el Paraguay, y gran parte del centro de la América meridional. Formando cuadrillas se internaban en regiones desconocidas en busca de minas de oro y de diamantes; dedicáronse luego al comercio de esclavos á fin de surtir de ellos á los plantadores brasileños y para esa caza se valian de un medio muy sencillo que era hacer una incursion en un pueblo Tupí ó Guaycura matando á cuantos se resistian y llevándose á los que se daban á partido. El establecimiento de las Reducciones jesuíticas perjudicó mucho á ese comercio porque ofrecian un asilo á los indios, y asi es que muchas veces los Jesuitas tuvieron con este motivo disputas con los paulistas, sin embargo

(1) Vide el libro primero, pág. 28 de la Historia del Paraguay. En cuanto á los mamelucos indios cuyo verdadero nombre es mamalucos es probable que se los llamó asi por desprecio de la palabra mamaluco que significa grosero y sucio.

de lo cual frecuentemente comerciaban con ellos. Cuando los Jesuitas querian poblar una Reduccion nueva se dirigian á los paulistas, los cuales mediante una suma convenida les entregaban en la época fijada el pedido de indios hecho por los buenos PP. Un dia los paulistas en virtud del pedido de un bendito padre llevaron á una Reduccion á una cuadrilla de indios encadenados, y el Jesuita pagó el precio convenido añadiendo á él una buena gratificacion porque jamás habia visto una entrega de indios tan hermosa. Apenas los paulistas se hubieron marchado cuando el gefe de la Reduccion hizo llevar al baño á sus nuevos súbditos que estaban cubiertos de polvo y de barro; mas con indecible pasmo del bendito padre y de sus ministriles á medida que lavaban á los indios su cútis lejos de aparecer rojo se volvia blanco amarillento. *Estos son mamelucos*, esclamó el jesuita; y los paulistas, que en efecto paulistas eran los supuestos indios, se echaron á reir desvergonzadamente á las barbas del reverendo padre. Furioso este hizo ahorcar una media docena, los restantes se escaparon y mas adelante para vengarse de los Jesuitas contaban la siguiente historieta, en la cual los buenos P. P. representan un papel mucho peor que en la que precede.

Al occidente de las montañas del Perú habia una nacion de indios llamados Chiriguanaes. Los paulistas noticiaron á los Jesuitas que ese pais abundaba en minas de oro, y al momento seis hijos de Loyola parten de Buenos Ayres y se lanzan á la tierra de los Chiriguanaes. Al cabo de algun tiempo vuelven cinco de ellos y preguntados por el éxito de la misíon y por la suerte del otro compañero gimen muy recio los R. R. y con largos y magníficos pormenores refieren sus trabajos apostólicos: de que manera tuvieron al principio un resultado feliz, y como despues se perdió todo por culpa del otro compañero que era el miserable P. Mendiola de quien dijeron que habia renegado de su fé y casádose con una india. Todo el mundo compadeció á los misioneros y maldijo á su infiel camarada, cuando de improviso este se presenta y sabiendo lo que sus cofrades, que le creyeron muerto, habian contado de él refiere á su vez la historia de la mision en el pais de los Chiriguanaes. Segun el nuevo historiador aprovechándose los Jesuitas de la mansedumbre de los indígenas se condujeron con ellos de un

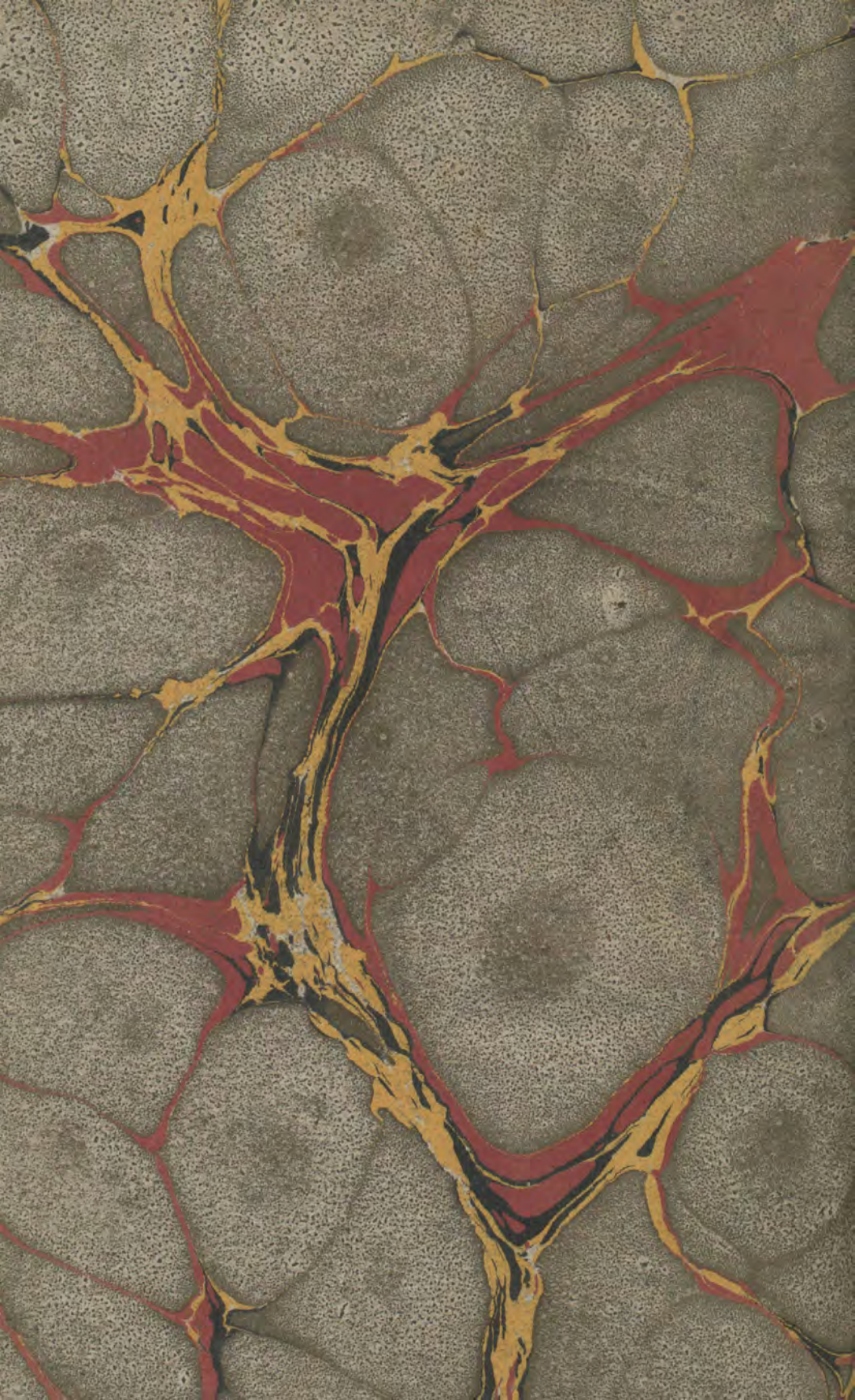
modo brutal y tiránico. Contaba el P. Mendiola que sus cofrades se habian ocupado mucho mas de las indias que de los indios, y esto con tanta frecuencia y tan poca cautela que los maridos Chiriguanaes á pesar de su grandísima bondad acabaron por enfadarse y por espulsar á los misioneros. El P. Mendiola abandonó entonces la Compañía de Jesus y se hízo clérigo secular, diciendo que no queria formar parte de una órden en que habia pícaros tan redomados.

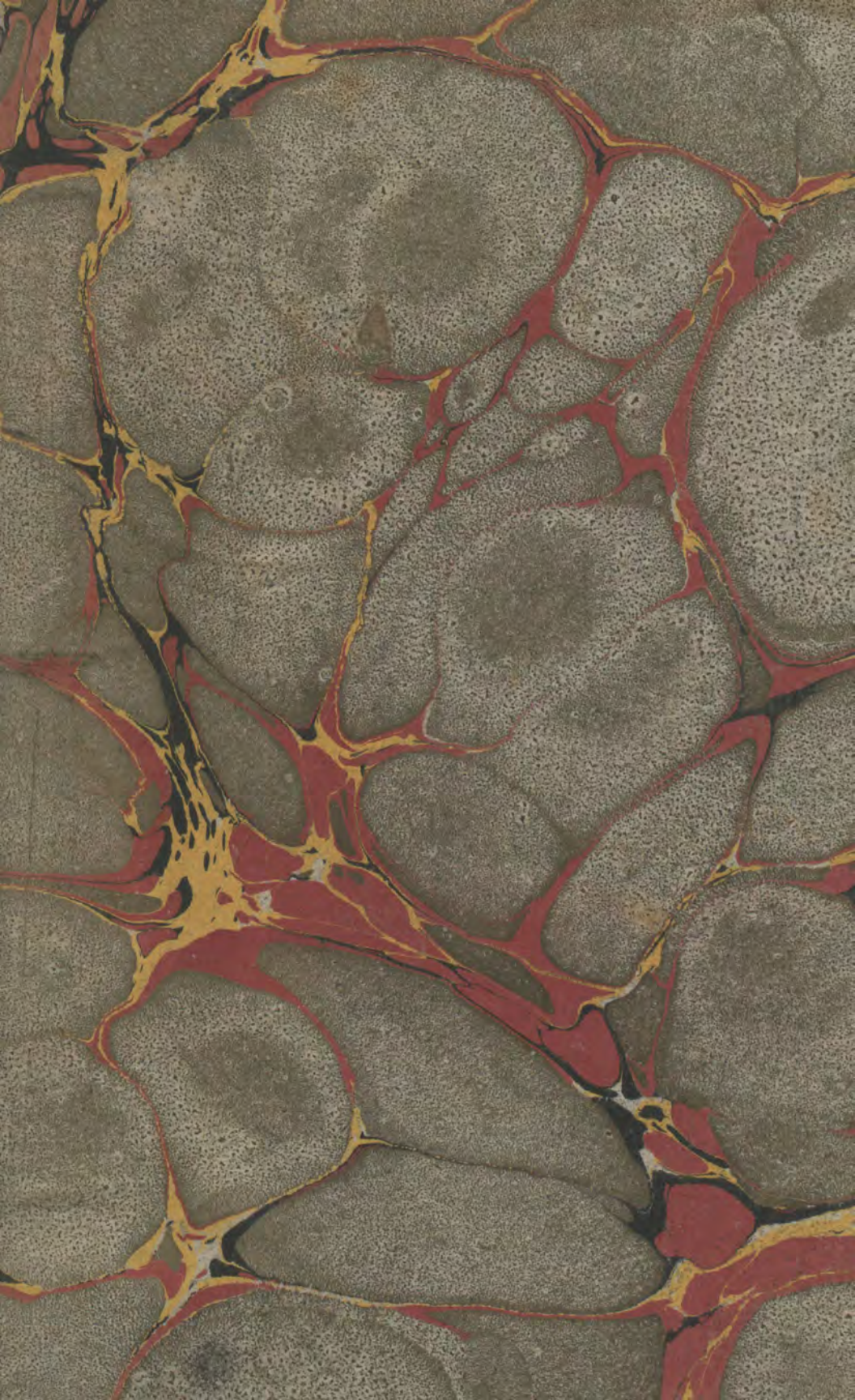
Los Jesuitas poseyeron tambien ricos establecimientos en las Antillas y hubo muchas querellas entre ellos y los famosos piratas llamados Filibusters. Asimismo penetraron sus misioneros muy desde los principios en la Guyana; mas ese pais ofrecia entonces escasos recursos para que ellos trataran de establecerse alli solidamente.

Hemos dicho que si se esceptuan el Canadá y Mégico, los Jesuitas miraron con igual desprecio todo el resto de la América del Norte, dejando á los misioneros de las diversas comuniones de la iglesia anglicana vastas comarcas en que pudiesen predicar el Evangelio. No queremos hacer comparaciones, pero pregúntese al indio del Paraguay y al de la Pesilvania, y se oirá como este bendice al buen Cuakaro Pesan, y como el otro lanza una maldicion contra los Jesuitas.

¡ Oh san Ignacio de Loyola, orad por vos!

FIN DEL TOMO PRIMERO.





G 40185